COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

José Díaz Fernández

PROSAS

FUNDACIÓN
Santander Central Hispano

PROSAS

JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ

PROSAS

Introducción y selección de
Nigel Dennis

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

FUNDACION
Santander Central Hispano

© Herederos de José Díaz Fernández
© Fundación Santander Central Hispano, 2006
© De la introducción, Nigel Dennis

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-89.913-75-7
Depósito legal: M. 37.353-2006

Maqueta: Gonzalo Armero
Impresión: Gráficas Jomagar, S. L. Móstoles (Madrid)

ÍNDICE

Tras las huellas de José Díaz Fernández, por Nigel Dennis [**IX**]
Bibliografía [**XXIII**]
Nota sobre esta edición [**XXVIII**]

NARRATIVA

EL BLOCAO [**3**]

LA VENUS MECÁNICA [**69**]

OCTUBRE ROJO EN ASTURIAS [**241**]

ENSAYO

EL NUEVO ROMANTICISMO [**339**]

OBRA PERIODÍSTICA

CRÓNICAS DE LA GUERRA DE MARRUECOS
Camino de la guerra [**429**]
En plena zona africana [**431**]
Primera impresión de Tetuán [**435**]
La guerra no es broma [**437**]
Literatura de la guerra [**439**]
Reflexiones de un soldado que no se emboscó [**443**]
Cómo mueren los soldados [**445**]

CRÍTICA LITERARIA

[La poesía de Alejandro Gaos] [**451**]
Campesinos, de Arderíus [**453**]
Poemas de Ernestina de Champourcín [**455**]
Las obras de Ortega y Gasset, en un tomo [**457**]
Sobre todo, artista [Con motivo de la muerte de Valle-Inclán] [**461**]

ESCRITOS POLÍTICOS

Annual, archivado [**467**]
Si no hubiera mañana. Los contrarrevolucionarios [**471**]
Los emboscados [**475**]
Una política de Frentes Populares [**479**]
La guerra a la inteligencia. En la muerte de Leopoldo Alas [**483**]
Palabras de homenaje. Madrid [**487**]

Nigel Dennis

TRAS LAS HUELLAS DE JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ

Tomar la pluma en la mano constituye, tal como va el mundo, la máxima responsabilidad.

José Díaz Fernández, *El nuevo romanticismo*

Tras los lentes explora, ávida la mirada
cual buscando de todas las cosas la emoción;
cuando habla, parece que siempre está asomada
una idea a los vitrales de la conversación.

Anduvo los caminos ásperos de la Ciencia
y conoció del Arte la sutil armonía.
Fue la lucha su norte y encontró en la experiencia
la más piadosa, exacta y honda filosofía…

Es, en el siglo xx, militar y poeta.
Tiene mucho de héroe, tiene mucho de asceta
como un clásico y noble caballero español.

No se turba ante nada, ni de nada se extraña,
y sueña con que un día vuelvan para su España
los tiempos en que en ella no se ponía el sol…

Con estas palabras, llenas de ingenuo fervor patriótico, se autodefine el joven escritor José Díaz Fernández, que en pocos años se convertirá en una de las figuras más des-

tacadas de la generación de intelectuales inquietos y beligerantes identificados durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera con la lucha por la radical transformación de la sociedad española[1]. El soneto está fechado en 1920, cuando el autor, todavía residente en provincias y con apenas veintidós años, es prácticamente desconocido fuera de un círculo reducido de amigos lectores. Me permito citarlo aquí no por sus méritos literarios —harto discutibles— sino porque constituye un curioso anticipo de su trayectoria vital posterior, en la que la militancia política, el idealismo ético y la vocación literaria se fundirán —noble y heroicamente— en un profundo impulso regeneracionista. A este impulso, anclado en un sincero deseo de colaborar activamente en la construcción de una nueva España, permanecerá fiel toda su vida, dedicándole tenazmente, contra viento y marea, todas sus energías. Será una vida breve, truncada por la muerte prematura en el exilio a los cuarenta y dos años de edad, y la seguirá un largo período en el que su nombre —tan apreciado en la época de preguerra— languidecerá en el olvido, ninguneado en la España de Franco[2]. El objetivo primordial del presente libro no es otro que el de reivindicar su memoria, poniendo al alcance del lector en un solo volumen el núcleo esencial de su obra en prosa, tanto la narrativa como la ensayística.

●

[1] El soneto se titula «Retrato» y es el segundo de una serie de tres que bajo el título general «Atrio» Díaz Fernández da a conocer como prólogo al libro de Antonio García y Pérez, *Historial del Regimiento de Infantería de Tarragona nº 78* (Gijón, Imprenta de El Noroeste, 1920). He corregido el último verso, que en el original dice equivocadamente «los tiempos en que ella no ponía el sol».

[2] Se trata, desde luego, de un olvido relativo, y es de justicia recordar aquí los estudios pioneros sobre la vida y obra de Díaz Fernández realizados por investigadores como Víctor Fuentes y José Manuel López de Abiada. Este último es quien más atención ha prestado al escritor en las últimas décadas, preparando una serie de ediciones imprescindibles de sus obras. No deja de ser significativo, a mi modo de ver, el hecho de que tanto Fuentes como López de Abiada residan fuera de España. Cabe destacar también, sin embargo, la importante labor llevada a cabo en el mismo terreno por el editor y crítico José Esteban. Me es grato reconocer la enorme deuda personal que he contraído con estos —y otros— estudiosos de Díaz Fernández en el curso de mis propias investigaciones. Los datos sobre sus trabajos, así como los que corresponden a estudios más recientes, están recogidos en la bibliografía al final de estas páginas introductorias.

José Díaz Fernández nace en Aldea del Obispo (Salamanca) en mayo de 1898, pero muy pronto se traslada a Castropol (Asturias), lugar que, andando el tiempo, considerará como su auténtico pueblo natal. Esta fuerte filiación asturiana será una constante en su vida y dejará una huella imborrable en su obra. Apoyado por su madre, desarrolla sus tempranas ambiciones literarias y, siendo todavía adolescente, colabora en el periódico trimestral *Castropol* con poemas y artículos sobre diversos temas de actualidad. En 1918 se muda a Oviedo, donde, fiel a su vocación incipiente, funda con un grupo de amigos la revista *Alma Astur*. Dos años después pasa a formar parte del diario gijonés *El Noroeste*, en el que por medio de sus comentarios y poemas —los llamados «Versos del domingo»— consolida su creciente reputación de joven promesa de las letras asturianas.

En septiembre de 1921, Díaz Fernández es llamado a filas y se incorpora al batallón expedicionario del Regimiento de Infantería de Tarragona, compuesto exclusivamente, como apunta López de Abiada, por soldados asturianos[3]. Después de una breve estancia en Sevilla, pasa a África, donde permanecerá hasta agosto del año siguiente. Fruto de esta experiencia es el aluvión de crónicas que envía regularmente a *El Noroeste*, en las que recoge su vision de la realidad del colonialismo español y la crudeza de la guerra misma. Vistas en conjunto constituyen, por su tono y contenido, un testimonio excepcional de la guerra en Marruecos. Más allá de su interés intrínseco, estos escritos también marcan un paso decisivo en el desarrollo de la situación profesional de Díaz Fernández, así como en la plasmación de su perspectiva crítica sobre España. Por un lado, al ir captando sus observaciones sobre su nuevo entorno y reflexionando sobre la conducta de la guerra, la redacción de las crónicas le permite afinar sus talentos de escritor y comentarista. Una de ellas es premiada por el periódico madrileño *La Libertad*, que, a su regreso a Gijón a finales de 1922, le ofrece la corresponsalía literaria de Asturias. Poco después es nombrado también corresponsal literario de *El Sol*, y en 1925 pasa a formar parte de su equipo de redactores. Al trasladarse a Madrid para ejercer estas funciones, es acogido por Fernando Vela, antiguo compañero de *El Noroeste*, y gracias a éste no tarda en introducirse en el

[3] Este esbozo biográfico de Díaz Fernández debe mucho a la información minuciosamente recopilada por López de Abiada en sus diversos trabajos sobre el escritor.

mundo cultural e intelectual de la capital, en plena ebullición. Es decir que en pocos años su carrera de periodista avanza notablemente debido al éxito de sus escritos sobre la guerra. Por otro lado, la redacción de sus crónicas, que en muchos casos se caracterizan por un fuerte tono amargo e inconformista, desemboca en una lúcida toma de conciencia ante la degradante realidad de España. A raíz de sus experiencias en África, Díaz Fernández comienza a predicar sistemáticamente la necesidad de una reconstrucción total de la estancada sociedad española.

A partir de 1925, después de fijar su residencia en Madrid, Díaz Fernández combina sus actividades periodísticas y literarias con un creciente activismo político. Colabora en diversas iniciativas que marcan un nuevo rumbo en la vida literaria y cultural de la capital. Con un grupo de amigos (Joaquín Arderíus, José Antonio Balbontín y Rafael Giménez Siles, entre ellos) funda en 1927 la revista *Post-Guerra*, en cuyas páginas se propugna la superación del vanguardismo estéril y ensimismado de la época y se esboza un programa de radical reforma política. De especial significación es la atención que se presta en *Post-Guerra* al papel del intelectual en las luchas políticas, tema explorado por el propio Díaz Fernández en varios escritos posteriores. La revista tiene una notable resonancia; según el juicio acertado de López de Abiada, constituye «la única tentativa de los intelectuales para superar la neta división entre la vanguardia política y la vanguardia literaria»[4]. Al año siguiente, 1928, Díaz Fernández es uno de los socios fundadores de Ediciones Oriente, creada con el propósito de continuar y desarrollar la labor de *Post-Guerra* por medio de la publicación de obras sociales extranjeras y de obras del nuevo arte español que va surgiendo hacia finales de los años veinte. En el mismo año publica *El blocao*, novela compuesta de siete relatos cuasi independientes —si bien unidos por su tono y por el ambiente evocado en ellos— que giran en torno a las experiencias del autor en Marruecos y que en conjunto ofrecen una perspectiva amarga y desmitificadora sobre las ambiciones coloniales de España. El libro tiene un éxito inmediato, de crítica y de público, y llega a constituir el punto de arranque de un nuevo tipo de escritura novelística comprometida con las inquietudes sociopolíticas del momento.

[4] En el prólogo de su edición de *Octubre rojo en Asturias*, pág. XXIII. Véase el importante estudio de Víctor Fuentes sobre *Post-Guerra* mencionado en la bibliografía.

Simpatizante con la disidencia expresada por los sindicatos estudiantiles, Díaz Fernández se involucra activamente por estas mismas fechas en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera[5]. Su postura política no deja de radicalizarse y sus firmes convicciones republicanas se manifiestan en su colaboración en Acción Republicana. Su militancia se ve castigada en 1929 con tres meses en la cárcel Modelo de Madrid (febrero-abril), a los que se añaden otros tres (junio-agosto) de exilio forzado en Lisboa. Díaz Fernández aprovecha estas circunstancias para escribir *La Venus mecánica*, novela clave en la que recoge y desarrolla toda una serie de vivencias personales, utilizándolas para plantear diversos problemas relacionados con el contexto sociocultural. Además de denunciar despiadadamente el absurdo esnobismo de la élite vanguardista de la década de los veinte, vuelve al tema —ya planteado en «Magdalena roja» de *El blocao*— del intelectual pequeñoburgués que se esfuerza por convertir su vago inconformismo social en acción revolucionaria. Igualmente importante en esta novela es la reflexión sobre la situación de la mujer en la España de entonces. Según el argumento desarrollado por el autor, la mujer, para conseguir la emancipación auténtica, tiene que ir más allá de las formas superficiales del feminismo e integrarse plenamente en la sociedad.

El 30 de enero de 1930 —el mismo día en que cae, por fin, el régimen de Primo de Rivera— se lanza la revista *Nueva España*, dirigida por Díaz Fernández, Antonio Espina y Adolfo Salazar[6]. Tiene una acogida favorable desde su primer número. Su título mismo afirma su voluntad de ruptura con el pasado y no sorprende constatar que se dedica a denunciar sistemáticamente la «vieja política». Se proclama republicana y manifiesta una decidida admiración por la Rusia soviética. En diversos artículos se presta atención a cuestiones literarias y artísticas, propugnando una postura de

[5] Dignas de recordarse en este contexto son las páginas que dedica al movimiento estudiantil en *El nuevo romanticismo*, y a ellas remito al lector.

[6] Asustado, probablemente, por el hiriente tono radical de *Nueva España*, Salazar no tarda en separarse de la revista, siendo sustituido, a partir del segundo número, por Joaquín Arderíus. La revista comienza siendo quincenal, y a partir del número 15 pasa a ser semanal. Para más información sobre esta publicación puede consultarse el nutrido libro de Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Los intelectuales y la República* (Madrid, Nerea, 1990), especialmente el capítulo 5: «La radicalización de los intelectuales jóvenes», págs. 67-92.

compromiso beligerante y subrayando una y otra vez los vínculos ineludibles entre literatura y política. Muy representativas de la estética de compromiso social promovido por *Nueva España* son estas palabras de Julián Zugazagoitia, pertenecientes a un artículo publicado en el segundo número:

«Yo estoy plenamente persuadido de que el porvenir pertenece a esa masa hasta hoy desdeñada social y literariamente, a estas masas proletarias que ya han significado su decidida voluntad de intervenir en la vida, a la que traen su tónica nueva. ¿Persistirá la literatura en sus desdenes? ¿Comprenderá al cabo su deber?… ¡Feliz la pluma que sepa servir a la Justicia!»[7].

Díaz Fernández precisa su propia postura ante estos temas y varios otros en *El nuevo romanticismo*, que saca a la luz en 1930. El libro recoge una serie de ensayos ya publicados anteriormente pero el escritor los ubica en un nuevo contexto y añade otros, matizando y ampliando sus ideas. Es imposible exagerar la importancia de *El nuevo romanticismo* en el marco de la literatura de la época, ya que llega a definir un nuevo acercamiento a la narrativa y al arte en general —ya manifiesto en *El blocao* y *La Venus mecánica*— que en menor o mayor grado atraviesa toda la novelística española de los años treinta. Frente a la novela vanguardista de los discípulos de Ortega, agrupados en torno a la colección «Nova Novorum» que dirige Fernando Vela para la editorial de la *Revista de Occidente*, Díaz Fernández propone una literatura «de avanzada» —heredera de la soviética— en la que, sin abandonar los avances técnicos y expresivos de la vanguardia, se afirme una «vuelta a lo humano», es decir, un interés consciente por la situación del hombre y un compromiso con las dramáticas realidades del momento. Como libro programático, el libro de Díaz Fernández funciona como respuesta contundente a las ideas de Ortega exploradas en *La deshumanización del arte* y, sobre todo, en *Ideas sobre la novela*.

En vísperas de la República, nuestro autor sigue compaginando sus quehaceres literarios con una activa participación en el mundo político. Ante la crisis que se produce en el seno de *El Sol*, abandona el periódico y pasa a la redacción de *Crisol*

[7] «La masa en la literatura», *Nueva España*, 15 de febrero de 1930.

y luego *Luz*, donde seguirá cultivando la crítica literaria y el comentario sobre temas de actualidad. Al convocarse las elecciones para las Cortes Constituyentes de 1931, se presenta como candidato del partido radical-socialista y es elegido diputado por Asturias. En el mismo año publica dos relatos significativos —«La largueza» y *Cruce de caminos*— y, en colaboración con Joaquín Arderíus, escribe la *Vida de Fermín Galán*, otro testimonio elocuente de su tenaz compromiso republicano.

Durante el bienio negro, Díaz Fernández se aparta de la política y se dedica infatigablemente al periodismo, colaborando con asiduidad en el periódico *El Liberal*, así como en otras publicaciones nacionales y extranjeras. De estos años datan, por ejemplo, sus primeras colaboraciones en *La Nación* de Buenos Aires, tribuna predilecta para las figuras más consagradas de la intelectualidad española de entonces. La sublevación de los mineros en Asturias en octubre de 1934 le incita a volver a la narrativa larga, y bajo el seudónimo de José Canel se pone a escribir uno de sus libros más apasionantes: *Octubre rojo en Asturias*[8]. En esta novela —curiosa mezcla de reportaje, reflexión crítica y recreación imaginativa—, Díaz Fernández se propone narrar los acontecimientos que se produjeron en Asturias entre el 5 y el 20 de octubre en un intento de explicar el porqué del fracaso del movimiento revolucionario y de poner al desnudo las maniobras de sus líderes. Conmovido por el idealismo heroico de los mineros y por el espectáculo de la destrucción de Oviedo, escribe en el prólogo de la obra:

«Yo he sentido, como el que más, el dolor de ver correr la sangre por aquel país que es mío, que está unido a la intimidad de mi corazón, porque en él se han mez-

[8] No deja de ser curioso que Díaz Fernández opte por esconderse tras un seudónimo (y acabe por firmar el prólogo de su propia novela), sobre todo porque en un artículo publicado muy poco después de su aparición —incluido en el apartado de este libro dedicado a su crítica literaria— confiesa públicamente ser autor de la novela. En *Fact and Fiction: Representations of the Asturian Revolution (1934-1938)*, Sarah Sánchez estudia a fondo el impacto que causa la revolución en los medios intelectuales y literarios de la época, y dedica unas páginas sumamente iluminadoras a la novela de Díaz Fernández. Sobre el mismo tema general puede consultarse el breve libro sintético de Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, *Los intelectuales españoles durante la II República* (Madrid, Siglo XXI, 1978), especialmente el capítulo 5: «Los intelectuales ante la revolución y la contrarrevolución (1934-1936)», págs. 99-134.

clado mis luchas y mis triunfos. Las calles devastadas de Oviedo, sus ruinas innumerables, sus árboles destrozados y sus torres caídas, pesan sobre mi alma, porque, además, todo eso va unido a los recuerdos de mi primera juventud. Pero me duele tanto como eso la injusticia que pudo hacer posible la revolución; me conmueve el heroísmo de esos mineros que, sin pensar si van a ser secundados, se lanzan a pelear por una idea que va dejando de ser una utopía, sin pensar si son bien o mal dirigidos, ofreciéndole a la revolución la vida, porque es lo único que tienen».

Después del paréntesis del bienio negro, Díaz Fernández reanuda sus actividades políticas, y en febrero de 1936 se presenta a las elecciones, en las que resulta elegido diputado a Cortes por Murcia en el Frente Popular. Llega a desempeñar el cargo de secretario político del ministro de Instrucción Pública, Francisco Barnés, quien le encomienda la tarea de reconstruir la enseñanza laica, seriamente perjudicada durante los dos años anteriores. Después del estallido de la guerra, entregado incondicionalmente a la causa de la República, ejerce distintos cargos oficiales vinculados al mundo de la prensa[9]. En 1939, como tantos otros españoles fieles al régimen derrotado, Díaz Fernández no tiene más remedio que emprender el doloroso camino del exilio. A finales de enero y acompañado de su mujer y de su hija, cruza la frontera con Francia; a pesar de tener sus papeles en orden, es internado en un campo de concentración. Afortunadamente, su mujer consigue sacarlo después de pocas semanas. En circunstancias difíciles, que se vuelven especialmente dramáticas después de la invasión del país por las tropas alemanas, la familia va y viene de una zona a otra hasta fijar su residencia —siempre de modo provisional— en Toulouse, donde esperan con impaciencia la oportunidad de marcharse a Cuba[10]. Según el testimonio de su hija, Mercedes Díaz Roig, recogido por López de Abiada, la muerte sorprende al escritor el 18 de febrero de 1941, «en la miseria de una horrenda *chambre meublée*». Sobra cualquier comentario sobre las palabras con que termina el relato del final de su padre: «Los

[9] En el trabajo citado en la bibliografía, José Esteban ofrece un escueto resumen cronológico de las diversas actividades políticas y filiaciones partidistas de Díaz Fernández entre 1920 y 1939. Entre otras cosas, Esteban destaca su participación en la creación del Partido Republicano Radical-Socialista (1929) y de Izquierda Republicana (1934).

[10] Tramitan el pasaje a Cuba durante una de sus estancias en París.

amigos tuvieron que hacer una colecta para su entierro. Llevó encima del ataúd una cinta con colores republicanos, que mi madre había cosido durante la noche»[11].

●

La principal distinción histórica de Díaz Fernández es haber desempeñado un papel decisivo en un movimiento o tendencia que aspira no sólo a la reconstrucción total de la sociedad española sino también a la creación de modos de conducta y formas de expresión adecuados para una nueva civilización. Es decir que se produce en él un doble impulso revolucionario: por un lado, de índole político-social, y por otro, de índole estética. Díaz Fernández pertenece a una generación cuya postura beligerante ante la realidad de España es consecuencia ineludible de su propia experiencia histórica. Recordemos las atinadas observaciones al respecto de Luis de Zulueta:

«Esta generación, que no ha conocido más que gobiernos de derecha y de extrema derecha, se sitúa resueltamente en la izquierda y en la extrema izquierda. Educada bajo un régimen dictatorial, aliado del fariseísmo y la plutocracia, se inclina ella hacia las soluciones más avanzadas en los problemas religiosos y morales, sociales y económicos»[12].

Estas circunstancias producen una voluntad de ruptura con el pasado que se manifiesta con especial intensidad en la figura de Díaz Fernández. De hecho, no sería exagerado decir que nuestro autor se afirma como conciencia y portavoz de sus compañeros de generación y que en un momento especialmente crítico para el país llega a definir el sentido de su inconformismo así como de sus aspiraciones para el futuro.

[11] El testimonio de Mercedes Díaz sobre el triste capítulo final de la vida de su padre es bastante detallado. Remito al lector interesado al indispensable libro de López de Abiada, *José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político*, págs. 16-17, de donde proceden los fragmentos citados.

[12] «La generación de la Dictadura», *El Sol*, 20 de enero de 1931. En otro artículo publicado poco antes en el mismo periódico —el 9 de enero de 1931— Zulueta destaca el sentido del compromiso político de la generación de Díaz Fernández: «La juventud pide hoy una nueva sociedad y un nuevo estado. Por eso se ha vuelto esencialmente política».

En lo político, arremete exasperado contra el inmovilismo y la torpeza de la generación anterior, contra todo el peso muerto del pasado:

«Los hombres de 1930 han presenciado la guerra europea, la caída de los imperialismos, el desarrollo próspero del socialismo, el triunfo de la máquina y del razonamiento lógico, la democratización de la vida en torno. ¿Podrán resignarse a que nada de esto rija en su país porque las viejas oligarquías, como esqueletos de elefantes, continúen en pie por la inercia y la indiferencia de una gran parte de la sociedad española?

Yo creo que no. Y creo, además, que la presente generación no encomendará esta obra al sufragio. El sufragio es instrumento de una política radicalmente distinta, la que hay que derrocar precisamente. Sólo podrá salvarnos una revolución, no sólo contra el régimen y el Estado, sino contra la actual sociedad española»[13].

El tono áspero de estas declaraciones no refleja más que la impaciencia que sienten Díaz Fernández y el sector más combativo de sus coetáneos ante la dificultad de conseguir que los dirigentes del país asimilen la lección de las nuevas realidades históricas. Díaz Fernández denuncia una y otra vez la falta de agilidad y de creatividad —la falta de responsabilidad, en definitiva— de los viejos políticos, y a ellos echa la culpa por la degeneración de la vida nacional:

«Los hombres maduros que en nuestro país no han sabido hacer nada ni construir nada han colocado a España en el calamitoso estado en que la encuentran los jóvenes de 1930. Hombres maduros que han servido a la política tradicional hasta el envilecimiento y que, en el momento en que España les exige una rectificación de conductas, no saben siquiera colocarse en la única posición digna: en el apartamiento de la vida pública»[14].

[13] *El nuevo romanticismo*. Salvo indicación contraria, todas las citas a continuación proceden de este libro. No indico el número de página correspondiente, ya que el lector tiene el texto entero a su alcance aquí.

[14] «La nueva generación», *El Sol*, 18 de julio de 1930. Díaz Fernández no hace más que reiterar lo ya dicho en el primer número de *Nueva España*, donde, en un artículo que no lleva firma, se declara lo siguiente: «El plebiscito juvenil arroja una suma de preocupaciones nuevas mientras que el de los viejos políticos no demuestra otra cosa, con rarísimas excepciones, que el dar vigencia en lo futuro a los mismos hombres y a los mismos sistemas».

Ante la sensación de frustración y asfixia que producen los modelos políticos antiguos, Díaz Fernández pide espacio y oxígeno para la nueva generación, queriendo que todos los valores nuevos que representa, todas las formas nuevas que le corresponden, tengan salida adecuada en la vida española. Llama la atención, de hecho, la frecuencia con que aparece la palabra «nuevo» en sus escritos para calificar todo lo que anhela y promueve: *nueva política, nueva democracia, nuevo liberalismo, nuevo humanismo, nueva época, nueva civilización, nueva mujer, nueva generación, nueva España, nuevo romanticismo…* En cada caso no hace más que realzar su deseo franco y sincero de que se revivifique el país, renovando sus prácticas sociales y políticas y forjando una nueva conciencia o ética nacional.

Como en el caso de Díaz Fernández el militar y el poeta se dan la mano y la literatura y la política se funden en una sola preocupación totalizadora, es natural que nuestro autor dirija su atención hacia finales de la década de los veinte a lo que considera el «fiasco intelectual» de la estética purista del movimiento vanguardista. Para él la vanguardia despreocupada es otro síntoma del agotamiento e irresponsabilidad de todo el sistema social:

«Defender una estética puramente formal, donde la palabra pierda todos aquellos valores que no sean musicales o plásticos, es un fiasco intelectual, un fraude que se hace a la época en que vivimos que es de las más ricas en conflictos y problemas».

Con el mismo desprecio que caracteriza su postura ante los viejos políticos, arremete contra los exquisitos practicantes del arte puro que, indiferentes a esos conflictos y problemas mencionados, no pasan de ser meros deportistas literarios:

«Por lo general, estos muchachos no hacían otro deporte que el de ir al teatro con su familia en automóvil propio, o recorrer en bicicleta las carreteras lugareñas. Creían que los versos con muchos aviones y muchos *cocktails* eran cifra y compendio de la moderna sensibilidad».

Frente a la literatura de vanguardia —elitista, individualista, desconectada de la realidad—, Díaz Fernández propone lo que llama la «literatura de vanguardia»,

comprometida con su entorno y su época e inspirada en el ejemplo de la Rusia soviética: «La Revolución rusa, que pretende sencillamente organizar la vida, transformando, no un Estado, sino una moral, produce la verdadera literatura de avanzada». No se trata de descuidar la forma rechazando, sin más, las innovaciones vanguardistas sino de poner los avances más útiles y fecundos al servicio de un contenido o temática responsable, de índole humana y de intención ética. Es decir que la eficacia expresiva y la dignidad estética no tienen por qué ser incompatibles con una postura comprometida, según explica lúcidamente el autor: «La auténtica vanguardia será aquella que dé una obra construida con todos los elementos modernos —síntesis, metáfora, antirretoricismo— y organice en producción artística el drama contemporáneo de la conciencia universal». El rasgo definitorio de esta auténtica vanguardia es la «vuelta a lo humano»: la vuelta al hombre inmerso en la vida real. Supone la reincorporación a la literatura de lo que Antonio Espina llama certeramente «el verismo en el pensamiento» y «la autenticidad de la emoción»[15].

El nuevo romanticismo representa la culminación de todo un proceso de reflexión crítica cuyos orígenes se remontan, cuando menos, a la revista *Post-Guerra*. Las ideas estéticas desarrolladas en este libro iluminan, además, la práctica del Díaz Fernández narrador en obras como *El blocao* y *La Venus mecánica*, en las que junto al cultivo de un estilo ágil y sugerente, auténticamente moderno, se manifiesta con poderosa expresividad el «drama contemporáneo» del hombre: el del simple soldado de infantería embrutecido por la guerra; el del intelectual pequeñoburgués que quiere unirse al proletariado combatiente; el de la mujer que busca la plena autorrealización en un medio denigrante. Por medio de estas narraciones, arraigadas en una reflexión teórica de total coherencia, Díaz Fernández consigue establecer las pautas para un tipo de escritura de gran calidad que florece en España por esas fechas. No es difícil rastrear la influencia del *nuevo romanticismo* —tanto del libro de nuestro autor como de todo lo que la frase misma llega a significar— en la obra de escritores como Ramón Sender o César

[15] En su reseña de *El nuevo romanticismo*, publicada a finales de 1930 en la *Revista de Occidente* (véase la bibliografía), pág. 376.

Arconada, que, a mi juicio, representan lo mejor de la novelística española de los años treinta[16].

Si la «literatura de avanzada», tal y como la define y ejemplifica Díaz Fernández, no tiene el desarrollo natural o la continuidad que indudablemente se merece, es porque alrededor de 1931 se produce una especie de aceleración del tiempo histórico en España, fenómeno debido, ante todo, a las enormes expectativas que suscita el nuevo régimen republicano y a la impaciencia con que la población general espera la implementación de los cambios que promete. Ante estas circunstancias, los escritores que en principio podían haberse nutrido de la estética del nuevo romanticismo tienden a adaptar su escritura a las exigencias del momento, llevando la preocupación sociopolítica a extremos de militancia partidista. La literatura de avanzada cede el paso a esos apremios, quedándose en gran medida supeditada al «nuevo idioma del realismo social revolucionario de la literatura de consigna»[17]. No cabe duda de que Díaz Fernández se siente algo inhibido por este fenómeno, y no sorprende constatar que, con la excepción de *Octubre rojo en Asturias*, abandona la narrativa después de 1931. Por otra parte, hay que tener en cuenta que, con la desaparición de la dictadura y la monarquía, ve colmadas sus esperanzas políticas fundamentales y, en lugar de tener que luchar en la oposición, se puede permitir el lujo de centrarse en la consolidación del nuevo régimen nacional[18].

●

[16] Sobre el caso de Sender, véase, por ejemplo, la importante introducción —«Política y estética en una novela de avanzada»— de Francis Lough a la reciente reedición de *Siete domingos rojos* (Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza / Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2004), págs. XI-LVII. Sobre el caso de Arconada, puede consultarse mi «Arconada at the Crossroads: *La turbina* (1930)», en F. Lough (ed.), *Hacia la novela nueva. Essays on the Spanish Avant-Garde Novel* (Oxford / Nueva York, Peter Lang, 2000), págs. 179-198.

[17] Vuelvo a citar el prólogo de López de Abiada a su edición de *Octubre rojo en Asturias*, pág. XLIII. El tema de la radicalización de la novela española durante los años treinta ha sido estudiado detenidamente por Fulgencio Castañar en su excelente libro *El compromiso en la novela de la II República* (Madrid, Siglo XXI, 1992).

[18] Mi interpretación del silencio (relativo) del Díaz Fernández narrador después de 1931 coincide básicamente con la de los máximos conocedores de su vida y obra. Víctor Fuentes, por ejemplo, considera que por esas fechas Díaz Fernández es «un escritor sobrepasado por los acontecimientos» y afirma: «Al no poder continuar por esta ruta

Recogiendo los versos citados al comienzo de estas páginas, no sería exagerado decir que, contemplada más de medio siglo después de su muerte, la figura de José Díaz Fernández «tiene mucho de héroe, tiene mucho de asceta / como un clásico y noble caballero español». Hombre de gran entereza y de conducta siempre consecuente, no escatimó ningún esfuerzo para promover y defender los valores en los que creía. Aceptó el desafío de su tiempo y estuvo a la altura de las circunstancias, cumpliendo las tareas que se le asignaron e ideando las bases de un arte digno de la sociedad justa y libre con la que soñaba. Hombre modesto, además, que dio poca importancia a sus triunfos literarios personales. Cuando le rindieron homenaje en Madrid en el verano de 1928, con motivo del rotundo éxito de *El blocao* —dos ediciones en tres meses y traducciones al francés, al inglés y al alemán—, sólo se le ocurrió decir: «No quiero ningún éxito artístico, sino otro éxito moral y humano»[19]. Firmemente convencido de la necesidad de superar los límites asfixiantes del esteticismo puro, llevó la literatura a un terreno más amplio con el objetivo de recuperar al hombre y a la realidad. Cabe recordar una vez más las palabras emocionadas con que termina su prólogo a la segunda edición de *El blocao*:

«Me siento tan unido a los destinos de mi país, me afectan de tal modo los conflictos de mi tiempo, que será difícil que en mi labor literaria pueda dejar de oírse nunca su latido».

Es de esperar que el lector actual, al adentrarse en la obra de este singular escritor, oiga el latido vivo de los tiempos conflictivos que le tocó vivir.

N. D.

revolucionaria, su obra creadora queda encallada, truncada» (en «De la literatura de vanguardia a la de avanzada», págs. 259 y 260). Por su parte, López de Abiada sostiene que nuestro escritor «se ve marginado por los escritores de la novela revolucionaria» (en el prólogo a su edición de *Octubre rojo en Asturias*, pág. XLIII).

[19] Véase el comentario sobre el banquete-homenaje a Díaz Fernández publicado en *El Sol*, 24 de julio de 1928.

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía puede servir idealmente para orientar a cualquier lector interesado en la obra de José Díaz Fernández. Está dividida en dos secciones. En la primera, se ofrece un resumen de la historia editorial de todos los libros del autor, así como los datos sobre ediciones y antologías que están disponibles en la actualidad; en la segunda, se ofrece una selección de los trabajos críticos más importantes que se han dedicado a diversos aspectos de su obra.

Obras de Díaz Fernández

El ídolo roto, Gijón, 1923 (Col. La Novela Asturiana, 2). [Recogido en *El ídolo roto y otros relatos*, prólogo de Emilio Frechilla Díaz, Oviedo, López & Malgor, 2004, págs. 17-44.]

El blocao, Madrid, Historia Nueva, 1928. [Reed. Madrid, Historia Nueva, 1928; Madrid, Turner, 1976, prólogo de Víctor Fuentes; Madrid, Viamonte, 1988, prólogo de José Esteban.]

La Venus mecánica, Madrid, Renacimiento, 1929. [Reed. Madrid, Diana, 1933 (Col. Novelas y Cuentos); Barcelona, Laia, 1980, prólogo de José Manuel López de Abiada; Madrid, Moreno-Ávila, 1989, prólogo de Rafael Conte.]

El nuevo romanticismo: polémica de arte, política y literatura, Madrid, Zeus, 1930. [Reed. Madrid, José Esteban, 1985, prólogo de José Manuel López de Abiada.]

[Con Joaquín Arderíus] *Vida de Fermín Galán*, Madrid, Zeus, 1931.

«La largueza», en Antonio Espina, Benjamín Jarnés, César Arconada *et al.*, *Las 7 virtudes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931, págs. 153-171. [Recogido en *El ídolo roto y otros relatos*, cit., págs. 79-94.]

Cruce de caminos, Madrid, Atlántida, 1931 (Col. La Novela de Hoy, 462). [Recogido en *El ídolo roto y otros relatos*, cit., págs. 45-77.]

[Bajo el seudónimo de José Canel] *Octubre rojo en Asturias*, prólogo de José Díaz Fernández, Madrid, Agencia General de Librería y Artes Gráficas, 1935. [Reed. Gijón, Silverio Cañada, 1984, prólogo de José Manuel López de Abiada.]

Mi poesía eres tú, prólogo de Ant Manuel, [s. l.], Teja, 1998, 2 tomos.

Crónicas de la guerra de Marruecos (1921-1922), antología, edición e introducción de José Ramón González, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 2004 (Col. Fortuna Balnearia, 16).

Estudios sobre la obra de Díaz Fernández

Barrantes Martín, Beatriz, «La experiencia urbana en *La Venus mecánica* de José Díaz Fernández», *Castilla: Estudios de Literatura*, 25 (2000), págs. 31-41.

Boetsch, Laurent, *José Díaz Fernández y la otra generación del 27*, Madrid, Pliegos, 1985.

——, «La humanización de la novela de vanguardia: *El blocao* de José Díaz Fernández», en Fernando Burgos (ed.), *Prosa hispánica de vanguardia*, Madrid, Orígenes, 1986, págs. 219-225.

——, «Una aventura de la otra generación de 1927: Díaz Fernández, Arconada y la literatura de avanzada», *Bazar*, 4 (otoño de 1997), págs. 144-149.

——, «José Ortega y Gasset en *El nuevo romanticismo* de José Díaz Fernández», en Marshall J. Schneider y Mary S. Vásquez (eds.), *Ramón J. Sender y sus coetáneos: ho-*

menaje a Charles L. King / Ramón J. Sender and His Contemporaries: Essays in Honour of Charles L. King, Huesca / Davidson, NC: Instituto de Estudios Altoaragoneses / Davidson College, 1998, págs. 21-35.

Bolado, José, *El cuerpo de los vientos. Cuatro literatos gijoneses*, Gijón, GEA, 2001.

——, «José Díaz Fernández: años de formación», en *La masonería española en el 2000. Una revision histórica. IX Symposium Internacional de Historia de la Masonería Española*, J. A. Ferrer Benimeli (ed.), Zaragoza, Gobierno de Aragón, Departamento de Cultura y Turismo, 2001, vol. 1, págs. 345-362.

Bordons, Teresa, «De la mujer moderna a la mujer nueva: *La Venus mecánica* de José Díaz Fernández», *España Contemporánea*, 6, 2 (1993), págs. 19-40.

Díaz Freire, José Javier, «El progreso de las ideas: José Díaz Fernández en *El Liberal* de 1931 a 1937», *Historia Contemporánea*, 2 (1989), págs. 267-296.

Espina, Antonio, «José Díaz Fernández. *El nuevo romanticismo*», *Revista de Occidente*, xxx (octubre-diciembre de 1930), págs. 374-378.

Esteban, José, «José Díaz Fernández», *Política*, 11 (junio-julio de 1994) [disponible en http://www.izqrepublicana.es/documentacion/diaz.htm].

Fuentes, Víctor, «De la literatura de vanguardia a la de avanzada: en torno a José Díaz Fernández», *Papeles de Son Armadans*, 54 (septiembre de 1969), págs. 243-260.

——, «*Post-Guerra* (1927-1928), una revista de vanguardia política y literaria», *Ínsula*, 360 (julio-agosto de 1976), pág. 4.

——, *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980 (especialmente 2.ª parte, cap. ii: «Narrativa de "avanzada": Arderíus, Díaz Fernández, Sender», págs. 75-94.)

——, «Novela y vanguardia política», en Javier Pérez Bazo (ed.), *La vanguardia en España. Arte y literatura*, Toulouse / París, CRIC / Ophrys, 1998, págs. 275-290.

Hernández, José, «El truncado exilio de José Díaz Fernández», en *Sesenta años después. Las literaturas del exilio republicano de 1939*, 2 vols., Manuel Aznar Soler (ed.), Sant Cugat del Vallès, Barcelona, Associació d'Idees-GEXEL, 2000, vol. 1, págs. 295-304.

Herzberger, David. K., «Representation and Transcendence: the Double Sense of Díaz Fernández's *El nuevo romanticismo*», *Letras Peninsulares*, vol. 6, 1 (primavera de 1993), págs. 83-93.

Kim, Woo Jung, *Vida y obra de José Díaz Fernández* [tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002].

Larson, Susan, «The Commodification of the Image of Spain's "New Woman" by Mass Culture and the Avant Garde in José Díaz Fernández's *La Venus mecánica*», en Maria T. Pao y Rafael Hernández-Rodríguez (eds.), *¡Agítese bien! A New Look at the Hispanic Avant-Gardes*, Newark, DE, Juan de la Cuesta, 2002, págs. 275-306.

López de Abiada, José Manuel, *José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político*, Casagrande, Bellinzona, 1980 [tesis doctoral, Universidad de Berna].

——, «José Díaz Fernández: la superación del vanguardismo», *Los Cuadernos del Norte*, 11 (enero-febrero de 1982), págs. 56-65.

——, «De la literatura de vanguardia a la de avanzada. Los escritores del 27 entre la "deshumanización" y el compromiso», *Journal of Interdisciplinary Literary Studies*, 1 (1989), págs. 19-62.

Martínez Latre, María Pilar, «Aspectos vanguardistas de una novela comprometida: *La Venus mecánica*», en María Pilar Martínez Latre (ed.), *Actas del Congreso en homenaje a Rosa Chacel*, Logroño, Universidad de La Rioja, 1994, págs. 185-196.

Miller, John C., *Los testimonios literarios de la guerra español-marroquí: Arturo Barea, José Díaz Fernández, Ernesto Giménez Caballero, Ramón Sender* [tesis doctoral, Ann Arbor, Mich., Gettysburg College, 1978].

Sanchez, Sarah, *Fact and Fiction: Representations of the Asturian Revolution (1934-1938)*, Leeds (UK), Maney Publishing for the Modern Humanities Research Association, 2003 (especialmente págs. 303-321).

Schneider, Marshall J., «Toward a New Vanguard: Ideology and Novelistic Form in José Díaz Fernández's *El blocao*», *Hispania*, 77, 3 (1994), págs. 406-415.

——, «The Genealogy and Praxis of New Romanticism: From the Nineteenth Century to the New Vanguard», en Marshall J. Schneider y Mary S. Vásquez (eds.), *Ramón J. Sender y sus coetáneos*, cit., págs. 63-81.

Vicente Hernando, César de, «Representaciones sociales de la vanguardia: *La Venus mecánica y Metrópolis*», *Letras Peninsulares*, vol. 6, 1 (primavera de 1993), págs. 109-125.

Vilches de Frutos, María Francisca, «El compromiso en la literatura: la narrativa de los escritores de la generación del nuevo romanticismo (1926-1936)», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 7.1 (1982), págs. 31-58.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Elegir lo fundamental de la obra de un escritor tan fecundo y tan poco conocido como José Díaz Fernández y presentarlo en el marco de un libro de dimensiones razonables no ha sido tarea fácil. La verdad es que en sus sucesivas versiones, este libro ha ido reduciéndose —cada vez más drástica y dolorosamente— ante la necesidad de ir adaptando su contenido al espacio disponible. Es decir que en su forma actual no pretende, ni mucho menos, constituir una recopilación exhaustiva de los escritos de nuestro autor. Es de lamentar, por ejemplo, la imposibilidad de ofrecer una muestra de la obra en verso de Díaz Fernández, la cual a pesar de su carácter algo ingenuo posee un indudable interés. Remito al lector interesado en este aspecto de su quehacer literario al curioso volumen titulado *Mi poesía eres tú* (1998), en el que se recogen —sin indicar su procedencia— unos treinta y cuatro poemas de clara índole romántica[20]. Igualmente lamentable ha sido la imposibilidad de dar una idea fiel de la envergadura de su obra periodística, que ha quedado circunscrita aquí a un pequeño conjunto de textos sueltos de varia índole. Díaz Fernández era, sin lugar a dudas, uno de los más aquilatados articulistas de su generación, y durante años, en diversas publicaciones, comentó infatigablemente y con un criterio muy fino una gama muy amplia de temas. Muchos de estos artículos se agrupan de un modo natural en series cuasi independientes bajo los epígrafes generales que usaba el propio escritor según el contexto en que escribe: las «Cartas de Portugal», por ejemplo, que envió a *El Sol* en 1929 desde su exilio portugués, o los «Reflejos», sobre temas radiofónicos, que dio a conocer en la revista *Ondas* entre 1925 y 1927[21]. Pienso también en sus numerosos comentarios sobre temas políticos —los publicados en el radical semanario *Política*, por ejemplo, entre 1935 y 1936, y en

[20] Es de notar, sin embargo, que no se incluye en *Mi poesía eres tú* ninguno de los poemas —casi todos ellos sonetos— que Díaz Fernández dio a conocer entre 1920 y 1924 en el periódico gijonés *El Noroeste*.

[21] Afortunadamente existe una excelente antología de sus «crónicas» de la guerra de Marruecos, preparada por José Ramón González, aunque cabe lamentar —como lo hace el propio antólogo— el hecho de que sólo recoja sesenta y dos del total de más de doscientas crónicas que Díaz Fernández dedicó a sus experiencias en África. Los datos sobre esta antología están incluidos en la bibliografía.

El Diluvio entre 1936 y 1938—, así como en las incontables reseñas de libros aparecidas en periódicos como *El Sol* y *Luz* entre 1927 y 1933. Este conjunto de escritos, por muy misceláneo que parezca, ofrece una perspectiva sumamente coherente e iluminadora no sólo sobre la postura ideológica y estética del propio Díaz Fernández sino también sobre el clima político-cultural en general durante una época de importancia decisiva para España. A estos trabajos sueltos habría que añadir muchísimos otros, desde sus primeros escritos juveniles publicados en revistas locales como *Castropol* y *Alma Astur* hasta los que escribe durante su breve exilio en Francia después de la guerra civil.

Si me detengo en estos datos no es sólo para explicar lo que no se ha podido incluir en esta edición sino también para subrayar la necesidad de seguir prestando atención a la figura de Díaz Fernández con el propósito de explorar y valorar debidamente las zonas más desconocidas u olvidadas de su obra. No cabe duda de que el lector encontraría en ellas muchos textos de gran interés intrínseco y de indudable valor histórico.

De acuerdo con los criterios que rigen esta colección, pues, y habida cuenta de los parámetros que forzosamente se imponen a los volúmenes que la configuran, el presente libro se limita a recoger lo que podría considerarse el centro inamovible de la obra en prosa de Díaz Fernández. Ocupan un lugar privilegiado, como es natural, sus cuatro libros fundamentales: *El blocao*, *La Venus mecánica*, *El nuevo romanticismo*, y *Octubre rojo en Asturias*. He consultado sus sucesivas ediciones, dando prioridad a la primera en el caso de tener que resolver alguna lectura dudosa. Como los cuatro libros todavía hablan elocuentemente por sí mismos y como no se pretende ofrecer aquí una edición crítica o definitiva de ellos, los textos no llevan anotaciones ni notas a pie de página.

A este conjunto de libros me hubiera gustado agregar el relato titulado «La largueza», que, entre los breves textos narrativos de Díaz Fernández, me parece el mejor y el más significativo, sobre todo por la estrecha relación que guarda con «Magdalena roja», texto clave de *El blocao*, así como con *La Venus mecánica*[22]. Desgraciadamente, debido a problemas de derechos, esto no ha sido posible. Tampoco se ha incluido *Vida de Fermín Galán* (1931), no porque carezca de interés —la verdad es que nos hace mucha falta una reedición de este libro— sino más bien por-

[22] Por otra parte, como he señalado en la bibliografía, se ha publicado últimamente un breve volumen titulado *El ídolo roto* en el que, además de «La largueza», se recogen «Cruce de caminos» (1931) y «El ídolo roto» (1923).

que constituye un caso especial en el marco de la obra de Díaz Fernández, ya que fue escrito en colaboración con su amigo y co-conspirador republicano Joaquín Arderíus. Teniendo en cuenta, entonces, los parámetros mencionados arriba y puesto a elegir, he optado por dejarlo fuera. Sobra decir que conviene tenerlo presente en cualquier aproximación totalizadora a la vida y obra del autor.

Ante la vasta y variadísima obra periodística de Díaz Fernández ha sido sumamente difícil hacer una selección de textos mínimamente representativos de los diversos intereses que manifestó a lo largo de su carrera. Para redondear este volumen no he tenido más remedio que limitarme a una modesta selección de textos que, o bien por su contenido o bien por su estilo y tono, dan fe del talento excepcional del escritor, así como de la lucidez con que abordó ciertos temas de innegable significación. En la medida de lo posible he querido dar prioridad a las crónicas de la guerra de Marruecos, puesto que complementan e iluminan, si bien indirectamente, las experiencias e ideas recogidas en los relatos de *El blocao*[23]. He seleccionado, además, algunos textos de crítica literaria y un puñado de comentarios sobre temas políticos que, cada uno a su manera, ponen al descubierto la perspicacia y entereza del Díaz Fernández articulista. Sólo espero que, como este libro en general, sirvan de punto de arranque para futuros estudiosos ansiosos de abarcar la totalidad de los escritos de nuestro autor.

Sólo me queda expresar mi más sincero agradecimiento a los que han hecho aportaciones importantes a la realización de este proyecto. El interés y el apoyo de Javier Aguado, director de la Fundación Santander Central Hispano, han sido decisivos, ya que sin ellos este libro sencillamente no existiría. Extiendo este voto de gracias a su equipo de ayudantes, especialmente a los de Armero Ediciones, que con una profesionalidad modélica me han proporcionado todo tipo de ayuda. Quisiera terminar destacando la colaboración intensa y fructífera de Juan Ignacio Pérez Alcalde, que realizó una labor de investigación minuciosa y de enorme utilidad, proporcionándome una gran riqueza de materiales sin los cuales no habría podido ampliar y refinar mi propia perspectiva sobre la figura extraordinaria de Díaz Fernández.

N. D.

[23] Cabe señalar que, con ciertas excepciones prácticamente inevitables, he procurado no repetir crónicas ya reproducidas en la antología de José Ramón González mencionada en la nota 21.

NARRATIVA

EL BLOCAO

NOVELA DE LA GUERRA MARROQUÍ

NOTA PARA LA SEGUNDA EDICIÓN*

A LOS TRES MESES DE PUBLICADA *la primera edición de este libro, se imprime la segunda. Muy pocas obras literarias, de autor oscuro, han alcanzado esta fortuna en nuestro país, donde la masa lectora es tan restringida. Esto me hace suponer que* El blocao *no es absolutamente una equivocación, aunque el propio autor le vea, ahora, defectos de bulto. Pero, al mismo tiempo, esta experiencia me ha servido para comprobar que existe un público dispuesto a leer obras de ficción que no sean el bodrio pornográfico o la ñoñez espolvoreada de azúcar sentimental. Revelación sorprendente, por cuanto, hasta hace poco, algunos de nuestros primeros ingenios no habían logrado agotar tiradas análogas a la mía sino después de transcurridos muchos meses.*

El interés del público ha ido esta vez de acuerdo con el de la crítica, suceso que no ocurre todos los días. Con rara unanimidad, los diferentes sectores estéticos han coincidido en otorgar a mi obra un trato excepcional. El hecho de que El blocao *haya podido instalarse en esas zonas antípodas me infunde verdadera confianza para el futuro.*

Porque —lo digo con absoluta sinceridad— yo no aspiro a ser un escritor de minorías, aunque no me halagaría nada que éstas no simpatizaran con mis libros. Creo que todo escritor que no sienta el narcisismo de su producción, que no construya su obra para un ambiguo y voluptuoso recreo personal, pretenderá hacer partícipe de ella a cuantos espíritus intenten comprenderla. Yo no sé qué otros fines pueda tener el arte.

Claro que quiero llegar hasta el lector por vías diferentes a las que utilizaban los escritores de las últimas generaciones. Soy, antes que nada, hombre de mi tiempo, partidario fervoroso de la época que vivo. El pasado no me preocupa gran cosa, y, desde luego, si en mi mano estuviera, no lo indultaría de la muerte. Sostengo que hay una fórmula eterna de arte: la emoción. Y otra fórmula actual: la síntesis. En la primera edición de mi libro lo decía, dando a entender que ésa es mi estética. Trato de sorprender el variado movimiento del alma humana, trazar su escenario actual con el expresivo rigor de la

* Texto incluido por José Díaz-Fernández en la segunda edición de la editorial Historia Nueva (Madrid, 1928).

metáfora; pero sin hacer a ésta aspiración total del arte de escribir, como sucede en algunas tendencias literarias modernas. Ciertos escritores jóvenes, en su afán de cultivar la imagen por la imagen, han creado una retórica peor mil veces que la académica, porque ésta tuvo eficacia alguna vez y aquélla no la ha tenido nunca. Cultiven ellos sus pulidos jardines metafóricos, que yo me lanzo al intrincado bosque humano, donde acechan las más dramáticas peripecias.

Eso no quiere decir que no dé importancia sobresaliente a la forma. Así como creo que es imprescindible hacer literatura vital e interesar en ella a la muchedumbre, estimo que las formas vitales cambian, y a ese cambio hay que sujetar la expresión literaria. Vivimos una vida sintética y veloz, maquinista y democrática. Rechazo por eso la novela tradicional, que transporta pesadamente descripciones e intrigas, e intento un cuerpo diferente para el contenido eterno. Ahí está la explicación del rótulo «novela de la guerra marroquí» que lleva El blocao. *En esto no se han puesto de acuerdo los críticos. Mientras unos han hablado de un libro de novelas cortas, otros lo han llamado colección de cuentos y muchos narraciones o relatos. Yo quise hacer una novela sin otra unidad que la atmósfera que sostiene los episodios. El argumento clásico está sustituido por la dramática trayectoria de la guerra, así como el personaje, por su misma impersonalidad, quiere ser el soldado español, llámese Villabona o Carlos Arnedo. De este modo pretendo interesar al lector de modo distinto al conocido; es decir, metiéndolo en un mundo opaco y trágico, sin héroes, sin grandes individualidades, tal como yo sentí el Marruecos de entonces.*

Y, para terminar, quiero referirme al sentido político que se ha dado a mi libro, unas veces con aplauso y otras con censura. Sería insensato mezclar la política con la literatura, si no fuera para obtener resultados artísticos. Tratándose de Marruecos, que es un largo y doloroso problema español, pienso que muchos lectores fueron al libro previamente equipados de la opinión que les merecía aquella guerra. Resultó un libro antibélico y civil, y me congratulo de ello, porque soy pacifista por convicciones políticas, y adversario, por tanto, de todo régimen castrense. Pero al escribir El blocao *no me propuse ningún fin proselitista: quise convertir en materia de arte mis recuerdos de la campaña marroquí. Yo no tengo la culpa de que haya sido tan brutal, tan áspera o tan gris. Quizá no haya sabido inhibirme bastante de mi personal ideología. ¿Qué escritor, sin embargo, está libre de tales preferencias? El arte más puro se somete a una concepción temperamental de la vida y refleja siempre gustos, inclinaciones y sentimientos del autor.*

Lo que sucede es que mi libro llega a las letras castellanas cuando la juventud que escribe no siente otra preocupación fundamental que la de la forma. El blocao *tiene que parecer un libro huraño, anarquizante y rebelde, porque bordea un tema político y afirma una preocupación humana. Me siento tan unido a los destinos de mi país, me afectan de tal modo los conflictos de mi tiempo, que será difícil que en mi labor literaria pueda dejar de oírse nunca su latido.*

I. EL BLOCAO

Llevábamos cinco meses en aquel blocao y no teníamos esperanzas de relevo. Nuestros antecesores habían guarnecido la posición año y medio. Los recuerdo feroces y barbudos, con sus uniformes desgarrados, mirando de reojo, con cierto rencor, nuestros rostros limpios y sonrientes. Yo le dije a Pedro Núñez, el cabo:

—Hemos caído en una cueva de Robinsones.

El sargento que me hizo entrega del puesto se despidió de mí con ironías como ésta:

—Buena suerte, compañero. Esto es un poco aburrido, sobre todo para un cuota. Algo así como estar vivo y metido en una caja de muerto.

«¡Qué bárbaro!», pensé. No podía comprender sus palabras. Porque entonces iba yo de Tetuán, ciudad de amor más que de guerra, y llevaba en mi hombro suspiros de las mujeres de tres razas. Los expedicionarios del 78 de Infantería no habíamos sufrido todavía la campaña ni traspasado las puertas de la ciudad. Nuestro heroísmo no había tenido ocasión de manifestarse más que escalando balcones en la Sueca, jaulas de hebreas enamoradas, y acechando las azoteas del barrio moro, por donde al atardecer jugaban las mujeres de los babucheros y los notarios. Cuando a nuestro batallón lo distribuyeron por las avanzadas de Beni Arós, y a mí me destinaron, con veinte hombres, a un blocao, yo me alegré, porque iba, al fin, a vivir la existencia difícil de la guerra.

Confieso que en aquel tiempo mi juventud era un tanto presuntuosa. No me gustaba la milicia; pero mis nervios, ante los actos que juzgaba comprometidos, eran como una traílla de perros difícil de sujetar bajo la voz del cuerno de caza. Me fastidiaban las veladas de la alcazaba, entre cante jondo y mantones de flecos, tanto como la jactancia de algunos alféreces, que hacían sonar sus cruces de guerra en el paseo nocturno de la plaza de España.

Por eso la despedida del sargento me irritó. Se lo dije a Pedro Núñez, futuro ingeniero y *goal-keeper* de un equipo de fútbol:

—Estos desgraciados creen que nos asustan. A mí me tiene sin cuidado estar aquí seis meses o dos años. Y, además, tengo ganas de andar a tiros.

Pero a los quince días ya no me atrevía a hablar así. Era demasiado aburrido. Los soldados se pasaban las horas sobre las escuálidas colchonetas, jugando a los naipes. Al principio, yo quise evitarlo. Aun careciendo de espíritu militar, no me parecía razonable quebrantar de aquel modo la moral cuartelera. Pedro Núñez, que jugaba más que nadie, se puso de parte de los soldados.

—Chico —me dijo—, ¿qué vamos a hacer si no? Esto es un suplicio. Ni siquiera nos atacan.

Al fin consentí. Paseando por el estrecho recinto sentía el paso lento y penoso de los días, como un desfile de dromedarios. Yo mismo, desde mi catre, lancé un día una moneda entre la alegre estupefacción de la partida:

—Dos pesetas a ese as.

Las perdí, por cierto. Los haberes del destacamento aumentaban cada semana, a medida que llegaban los convoyes; pero iban íntegros de un jugador a otro, según variaba la suerte. Aquello me dio, por primera vez, una idea aproximada de la economía social. Había un soldado vasco que ganaba siempre; pero como hacía préstamos a los restantes, el desequilibrio del azar desaparecía. Pensé entonces que en toda república bien ordenada el prestamista es insustituible. Pero pensé también en la necesidad de engañarle.

El juego no bastaba, sin embargo. Cada día éramos más un rebaño de bestezuelas resignadas en el refugio de una colina. Poco a poco, los soldados se iban olvidando de retozar entre sí, y ya era raro oír allí dentro el cohete de una risa. Llegaba a inquietarme la actitud inmóvil de los centinelas tras la herida de piedra de las aspilleras, porque pensaba en la insurrección de aquellas almas jóvenes recluidas durante meses enteros en unos metros cuadrados de barraca. Cuando llegaban los convoyes, yo tenía que vigilar más los paquetes de correo que los envoltorios de víveres. Los soldados se abalanzaban, hambrientos, sobre mi mano, que empuñaba cartas y periódicos.

—Tienes gesto de domador que reparte comida a los chacales —me decía Pedro Núñez.

Los chacales se humanizaban enseguida con una carta o un rollo de periódicos, devorados después con avidez en un rincón. Los que no recibían correspondencia me miraban recelosamente y escarbaban con los ojos mis periódicos. Tenía que prometerles una revista o un diario para calmar un poco su impaciencia.

Sin darnos cuenta, cada día nos parecíamos más a aquellos peludos a quienes habíamos sustituido. Éramos como una reproducción de ellos mismos, y nuestra semejanza era una semejanza de cadáveres verticales movidos por un oscuro mecanismo. El enemigo no estaba abajo, en la cabila, que parecía una vedija verde entre las calaveras mondadas de dos lomas. El enemigo andaba por entre nosotros, calzado de silencio, envuelto en el velo impalpable del fastidio.

Alguna noche, el proyectil de un paco venía a clavarse en el parapeto. Lo recibíamos con júbilo, como una llamada alegre de tambor, esperando un ataque que hiciera cambiar, aunque fuera trágicamente, nuestra suerte. Pero no pasaba de ahí. Yo distribuía a los soldados por las troneras y me complacía en darles órdenes para una supuesta lucha, una lucha que no llegaba nunca. Dijérase que los moros preferían para nosotros el martirio de la monotonía. A las dos horas de esperarlos, yo me cansaba, y, lleno de rabia, mandaba hacer una descarga cerrada.

Como si quisiera herir, en su vientre sombrío, a la tranquila noche marroquí.

Un domingo se me puso enfermo un soldado. Era rubio y tímido y hablaba siempre en voz baja. Tenía el oficio de aserrador en su montaña gallega. Una tarde, paseando por el recinto, me había hablado de su oficio, de su larga sierra que mutilaba castaños y abedules, del rocío dorado de la madera, que le caía sobre los hombros como un manto. El cabo y yo vimos cómo el termómetro señalaba horas después los 40 grados. En la bolsa de curación no había más que quinina, y le dimos quinina.

Al día siguiente, la fiebre alta continuaba. Era en febrero y llovía mucho. No podíamos, pues, utilizar el heliógrafo para avisar al campamento general. En vano hice funcionar el telégrafo de banderas. Faltaban cinco días para la llegada del convoy, y yo temía que el soldado se me muriese allí, sobre mi catre, entre la niebla del delirio.

Me pasaba las horas en la explanada del blocao, buscando entre la espesura de las nubes un poco de sol para mis espejos. En vano sangraban en mis manos las banderas de señales. Pedíamos al cielo un resplandor, un guiño de luz para salvar una vida.

Pero el soldado, en sus momentos de lucidez, sonreía. Sonreía porque Pedro Núñez le anunciaba:

—Pronto te llevarán al hospital.

Otro soldado subrayaba, con envidia:

—¡Al hospital! Allí sí que se está bien.

Preferían la enfermedad; yo creo que preferían la muerte.

Por fin, el jueves, la víspera del convoy, hizo sol. Me apresuré a captarlo en el heliógrafo y escribir con alfabeto de luz un aviso de sombras.

Por la tarde se presentó un convoy con el médico. El enfermo marchó en una artola, sonriendo, hacia el hospital. Creo que salió de allí para el cementerio. Pero en mi blocao no podía morir, porque, aun siendo un ataúd, no era un ataúd de muertos.

Una mujer. Mis veintidós años vociferaban en coro la preciosa ausencia. En mi vida había una breve biografía erótica. Pero aquella soledad del destacamento señalaba mis amores pasados como un campo sin árboles. Mi memoria era una puerta entreabierta por donde yo, con sigilosa complacencia, observaba una cita, una espera, un idilio ilegal. Este hombre voraz que va conmigo, este que conspira contra mi seriedad y me denuncia inopinadamente cuando una mujer pasa por mi lado, era el que paseaba su carne inútil alrededor del blocao. Por ese túnel del recuerdo llegaban las tardes de cinematógrafo, las rutilantes noches de verbena, los alegres mediodías de la playa. Volaban las pamelas en el viento de julio y ardían los disfraces de un baile bajo el esmeril de la helada. Mi huésped subconsciente colocaba a todas horas delante de mis ojos su retablo de delicias, su sensual fantasmagoría, su implacable obsesión.

Y no era yo solo. Al atardecer, los soldados, en corro, sostenían diálogos obscenos, que yo sorprendía al pasar, un poco avergonzado de la coincidencia.

—Porque la mujer del teniente…

—Estaba loca, loca…

Sólo la saludable juventud de Pedro Núñez se salvaba allí. Yo iba a curarme en sus anécdotas estudiantiles, en sus nostalgias de gimnasio y alpinismo, como un enfermo urbano que sale al aire de la sierra.

Una de mis distracciones era observar, con el anteojo de campaña, la cabila vecina. La cabila me daba una acentuada sensación de vida en común, de macrocosmos

social, que no podía obtener del régimen militar de mi puesto. Desde muy temprano, mi lente acechaba por el párpado abierto de una aspillera. El aduar estaba sumergido en un barranco y tenía que esperar, para verlo, a que el sol quemase las telas de la niebla. Entonces aparecían allá abajo, como en las linternas mágicas de los niños, la mora del pollino y el moro del Rémington, la chumbera y la vaca, el columpio del humo sobre la choza gris.

Buscaba a la mujer. A veces, una silueta blanca que se evaporaba con frecuencia entre las higueras hacía fluir en mí una rara congoja, la tierna congoja del sexo. ¿Qué clase de emoción era aquélla que en medio del campo solitario me ponía en contacto con la inquietud universal? Allí me reconocía. Yo era el mismo que en una calle civilizada, entre la orquesta de los timbres y las bocinas, esperaba a la muchacha del escritorio o del *dancing*. Yo era el náufrago en el arenal de la acera, con mi alga rubia y escurridiza en el brazo, cogida en el océano de un comedor de hotel. Y aquel sufrimiento de entonces, tras el tubo del anteojo, buscando a cuatro kilómetros de distancia el lienzo tosco de una mora, era el mismo que me había turbado en la selva de una gran ciudad.

Nuestra única visita, aparte del convoy, era una mora de apenas quince años, que nos vendía higos chumbos, huevos y gallinas.

—¿Cómo te llamas, morita?

—Aixa.

Era delgada y menuda, con piernas de galgo. Lo único que tenía hermoso era la boca. Una boca grande, frutal y alegre, siempre con la almendra de una sonrisa entre los labios.

—¡Paisa! ¡Paisa!

Chillaba como un pajarraco cuando, al verla, la tromba de soldados se derrumbaba sobre la alambrada. Yo tenía que detenerlos:

—¡Atrás! ¡Atrás! Todo el mundo adentro.

Ella entonces sacaba de entre la paja de la canasta los huevos y los higos y me los ofrecía en su mano sucia y dura. Yo, en broma, le iba enseñando monedas de cobre; pero ella las rechazaba con un mohín hasta que veía brillar las piezas de plata. A veces, se me quedaba mirando con fijeza, y a mí me parecía ver en aquellos ojos el brillo de un reptil en el fondo de la noche. Pero en alguna ocasión el contacto con la

piel áspera de su mano me enardecía, y cierta furia sensual desesperaba mis nervios. Entonces la dejaba marchar y le volvía la espalda para desengancharme definitivamente de su mirada.

Un anochecer, cuando ya habíamos cerrado la alambrada, Pedro Núñez vino a avisarme:

—El centinela dice que ahí está la morita.

—¡A estas horas!

—Yo creo que debemos decirle que se vaya. Porque esta gente…

—¿No ha dicho qué quiere?

—Ha pedido que te avise.

—Voy a ver.

—No salgas, ¿eh? Sería una imprudencia.

—¡Bah! Tendrá falta de dinero.

Salí al recinto. Aixa estaba allí, tras los alambres, sonriente, con su canasta en la mano.

—¿Qué quieres tú a estas horas?

—¡Paisa! Higos.

—No es hora de traerlos.

Le vi un gesto, entre desolado y humilde, que me enterneció. Y sentí como nunca un urgente deseo de mujer, una oscura y voluptuosa desazón. La figura blanca de Aixa estaba como suspendida entre las últimas luces de la tarde y las primeras sombras de la noche. Abrí la alambrada.

—Vamos a ver qué traes.

Aixa dio un grito, no sé si de dolor o de júbilo. Y aquello fue tan rápido que las frases más concisas son demasiado largas para contarlo. Un centinela gritó:

—¡Mi sargento, los moros!

Sonó una descarga a mi izquierda en el momento en que yo me tiraba al suelo, sujetando a la mora por las ropas. La arrastré de un tirón hasta las puertas del blocao, y allí me hirieron. Pedro Núñez nos recogió a los dos cuando ya los moros saltaban la alambrada chillando y haciendo fuego. Fue una lucha a muerte, una lucha de cuatro horas, donde el enemigo llegaba a meter sus fusiles por las aspilleras. Pero eran pocos, no más de cincuenta. Yo mismo até a Aixa y la arrojé a un rincón, mientras Pedro Núñez disponía la defensa.

No me dolía la herida y pude estar mucho tiempo haciendo fuego en el puesto de un soldado muerto.

A medianoche los moros se retiraron. Al parecer, tenían pocas municiones y habían querido ganarnos por sorpresa. Pedro Núñez me vendó cuando ya me faltaban las fuerzas. Había cuatro soldados muertos y otros tres heridos. Casi nos habíamos olvidado de Aixa, que permanecía en un rincón, prisionera. Me acerqué a ella, y a la luz de una cerilla vi sus ojos fríos y tranquilos. Ya no tenía en la boca su sonrisa de almendra. Me dieron ganas de matarla yo mismo allí dentro. Pero llamé a los soldados:

—Que nadie la toque. Es una prisionera y hay que tratarla bien.

Al día siguiente, cuando ya habíamos transmitido al campamento general la noticia del ataque, llamé a Pedro Núñez:

—Debo de tener fiebre. Efectivamente, 39 y décimas. ¿Y la mora?

—Ahí está; como si no hubiera hecho nada. ¿Qué vamos a hacer con ella?

Me encogí de hombros. Yo mismo no lo sabía.

—Debíamos fusilarla —dije yo sin gran convencimiento.

—Eso dicen los soldados. Toda la noche han estado hablando de matarla.

Yo pensé en aquellos quince años malignos, en aquella sonrisa dulce; pero también pensé en aquel heroísmo grandioso y único.

—Ayudó a los suyos.

Pedro Núñez se enfadó:

—¿Todavía la defiendes? ¿Hay derecho a eso?

—¡Yo qué sé! Tráela aquí.

Vino maniatada y me miró con aire indiferente. Tuve un acceso de rabia y la insulté, la maldije, quise tirarle a la cabeza un paquete de periódicos. Pero volví a quedarme silencioso, con el recuerdo sensual de la víspera, que esta vez caía en mi conciencia como una piedra en una superficie de cristal.

—¿Y qué conseguimos con que muera, Pedro?

—Castigarla, dar ejemplo.

—¡Una niña de quince años!

—No paga con la muerte. Ahí tienes cuatro soldados que mató ella. Yo se la entregaré al capitán.

Tuvimos una larga disputa. Por fin, Pedro Núñez me amenazó:

—Si tú la pones en libertad, tú sufrirás las consecuencias.

—Yo soy el jefe. A ver, ¡desátala!

Pedro Núñez, pálido, la desató. Yo me levanté trabajosamente y la cogí de un brazo.

—¡Fuera! ¡A tu cabila!

Entre los soldados que presenciaban la escena se levantó un murmullo. Me volví hacia ellos:

—¿Quién es el que protesta? ¿Quién manda aquí?

Callaron. Empujé a la mora hacia la puerta, y ella me miró despacio, con la misma frialdad. A pasos lentos salió del blocao. La vi marchar, sin prisa y sin volver la cabeza, por el camino de la cabila.

Entonces yo me tumbé sobre el camastro. Me dolía mucho mi herida.

II. EL RELOJ

Hay almas tan sencillas que son las únicas capaces de comprender la vida de las cosas. Eso es algo más difícil que la teoría einsteiniana.

Villabona, el de Arroes, poseía un reloj que era el asombro de la compañía; uno de esos cronómetros ingentes que hace años fabricaban los alemanes para demostrar que la Alemania del Káiser era grande en todo. Ojo de cíclope, rueda de tren, cebolla de acero. Como ya entonces sentía yo aficiones literarias, recuerdo que utilizaba esos símiles para designar aquel ejemplar único de reloj. Pero, a pesar de tales dimensiones, no era un reloj de torre, sino un reloj de bolsillo. De bolsillo, claro está, como los que usaba Villabona, especie de alforjas en el interior del pantalón, cuyo volumen producía verdadera ira a los sargentos de semana.

Pero antes de contar la historia del reloj de Villabona, oídme una breve biografía de Villabona.

Le conocí en el cuartel, a los pocos días de nuestra incorporación, con motivo de la rota de Annual. Como no se había decidido a irse a América, sus padres, unos labriegos sin suerte, invirtieron el dinero del pasaje en pagarle la cuota militar. Y he aquí a Villabona, gañán de caserío, buen segador de hierba, clasificado entre los señoritos de la compañía.

Villabona recibió la orden de presentarse en el cuartel la misma mañana de su boda. Como Villabona era un ser elemental y había heredado el franciscanismo campesino, desde la iglesia se encaminó al cuartel a pie, con su paso tardo y manso. La novia quedó intacta, envuelta en su ropa de domingo, como una castaña en su cáscara morena. En la compañía, que conocía este episodio de Villabona, le interrogaban con malicia:

—¿Y pasó sola la noche, Villabona?

—Pasó.

—¡Pobre! Entonces, ¿para qué te casaste?

—Una vaca más que mantener.

—¡Qué bárbaro!

El reloj de Villabona llegó a hacerse famoso en el cuartel. Venían a la nuestra soldados de todas las compañías para conocer el artefacto. Villabona se resistía a enseñarlo; pero, al fin, lo extraía del fardo de su bolsillo y lo colocaba en la palma de su mano, como una tortuga sobre una losa. El soldado espectador lo miraba con la misma prevención que se mira a un mamífero domesticado. Villabona, en cambio, sonreía; la feliz y bondadosa sonrisa podría traducirse así: «Ya ves, yo no le tengo miedo. Es muy dócil».

Pero cuando el reloj adquirió su verdadera celebridad fue en una revista, pocos días antes de que embarcásemos para Marruecos. El sargento Arango nos formó velozmente, porque siempre llegaba tarde. En el silencio de la fila el reloj de Villabona jadeaba como una vulpeja en una trampa. Pasó primero el teniente, miope, distraído, que se detuvo, sin embargo, dos o tres veces, inquiriendo aquel rumor insólito. Después vino el capitán, alto, curvado. Se puso a escuchar, sin decir nada, y se le vio unos minutos intranquilo, mirando de reojo a los rincones, hasta que llegaron juntos, disputando en alta voz, el comandante y el teniente coronel. De pronto:

—¡Compañía! ¡El coronel!

El coronel era un anciano corpulento y malhumorado. Empezó por arrestar al segundo de la fila.

—Éste no tiene bigote —dijo señalando a Pérez, un muchacho lampiño que estudiaba matemáticas.

—Es que… verá usía, mi coronel… —respondió el capitán.

—Nada, nada. He dicho que todos vayan pelados al rape y con bigote. No quiero señoras en mi regimiento. ¡Bigote! ¡Bigote!

Aquella desaforada invocación al vello producía en los restantes jefes una visible desazón. Todos miraban al pobre Pérez como a un relapso, un proscrito, un mal soldado de España. Pérez temblaba.

—Es que —se atrevió a decir el capitán— a este soldado no le sale el bigote.

—Pues al calabozo, hasta que le salga.

Después de aquella detonación verbal, el silencio era hondo y angustioso. El reloj de Villabona se oía más claro y preciso que nunca. Un escalofrío de terror recorrió la fila. El teniente coronel miraba al comandante, y el capitán al teniente.

—¿Qué es eso? ¿Hay ratas por aquí? —dijo el coronel, recorriendo el suelo con la mirada.

—Mi coronel… —balbuceó el capitán.

—¡Ratas! ¡Ratas en la compañía! Esto es intolerable.

Fue cuando Carlitos Cabal, el pelotillero de la compañía, dijo con su voz quebrada:

—Es el reloj de Villabona.

—¿Un reloj? —gritó el coronel—. A ver, a ver.

Villabona, tembloroso, se desabrochó el correaje y sacó de su pantalón la causa de tanta inquietud.

La sorpresa de los jefes ante el monstruoso aparato era inenarrable.

—¡Qué barbaridad! —exclamó el coronel—. ¿Esto es un reloj? Capitán, ¿cómo consiente usted que un soldado vaya cargado con este artefacto?

Todos creíamos que después de aquella escena el capitán iba a enviar el reloj de Villabona al Parque de Artillería; pero no fue así. Villabona, ya en África, seguía transportando su reloj a lo largo de los convoyes y los parapetos.

Algún cabo bisoño reforzó las guardias del campamento ante el extraño ruido del reloj de Villabona. Éste, cuando no tenía servicio, permanecía en una esquina del barracón, como adormecido. Dijérase que el sonido del reloj era un idioma entrañable que sólo él entendía. Otro corazón oscuro, perdido en la campaña, ininteligible como el corazón de Villabona.

Estábamos en el Zoco-el-Arbaá de Beni Hassam y nos disponíamos a batir al Raisuni en Tazarut. Más de un año llevábamos en África. Por aquellos días empezó a decirse por la compañía que Villabona tenía un hijo.

—¿Es verdad eso, Villabona?

—Así dice la carta de mi padre.

—¿Pero no hace un año que no ves a tu mujer?

—Sí.

—¿Y entonces…?

Villabona se encogía de hombros.

—Cuando vuelvas a casa vas a encontrarte con dos o tres hijos más.

—Bueno.

Y hasta sonreía, como si le halagase aquella prole inesperada. Como si aquella feraz cosecha de hijos fuese dispuesta por el santo patrón de su parroquia.

Una mañana me tocó ir entre las fuerzas de protección de aguada. Iba también Villabona. Al hacer el despliegue, unos moros, parapetados detrás de una loma, nos tirotearon. Fue una agresión débil, aislada, de las muy frecuentes entonces en aquella guerra. Cuando el teniente nos reunió de nuevo, faltaba Villabona. Le encontramos detrás de una chumbera, llorando, con el reloj deshecho entre las manos. Un proyectil enemigo se lo había destrozado. El reloj le había salvado la vida. Pero Villabona lloraba con un llanto dulce, desolado y persistente.

—Pero, hombre —le dijo el oficial—, ¿por qué lloras? Debieras estar muy contento. Vale más tu vida que tu reloj.

El soldado no oía. Sollozaba entre los escombros de su reloj, como si su vida no tuviera importancia al lado de aquel mecanismo que acababa de desintegrarse para siempre. De morir también.

III. CITA EN LA HUERTA

De mis tiempos de Marruecos, durante las difíciles campañas del 21, no logro destacar ningún episodio heroico. Por eso, cuando se habla de aquel pleito colonial y algún amigo mío relata con cierto énfasis la reconquista de Nador o el ataque a Magán, tomo una actitud prudente y no digo nada. Pero yo no tuve la culpa. Hasta creo que no carezco en absoluto de temperamento para dejarme matar con sencillez por cualquier idea abstracta. Los que me conocen saben que me batí una vez por el honor de una muchacha que luego resultó tanguista, y que en otra ocasión sostuve una polémica de prensa para reivindicar la figura histórica de Nerón, víctima de las gitanerías de Séneca. Yo no tuve la culpa de no ser héroe. Con mis leguis de algodón, mis guantes de gamuza, que originaban la furia de los sargentos por antirreglamentarios, y mi fusil R. 38.751, yo estaba dispuesto a tomar sitio en la Historia, así, sin darle importancia. Vivía esa época de la existencia en la cual nos seducen las más inútiles gallardías. Mi inclinación al heroísmo en aquella época no era sentimiento militar, facilitado en el cuartel al mismo tiempo que las municiones y el macuto; era una oleada de juventud, de altivez e indiferencia ante las cosas peligrosas de la vida. Aun siendo yo un recluta ilustrado, un *cuota*, con mi carrera casi terminada, no sentía ningún interés por el que llamaban «nuestro problema de África». Tampoco lograban conmoverme las palabras de los oficiales ni las órdenes y arengas que nos dirigían los jefes de los cuerpos expedicionarios. En cambio, me irritaban los relatos de los paqueos y las trágicas sorpresas en aguadas y convoyes.

En este estado de ánimo iba yo para héroe. Sin embargo, los dioses no me lo permitieron. En primer lugar, mi batallón fue destinado a Tetuán, en cuya zona la campaña era menos dura. Y cuando cierta mañana nos disponíamos a marchar al campo para cubrir posiciones de Beni Hassam, me llamó el capitán de mi compañía y me preguntó si sabía francés. Y como sabía francés, quedé destinado en la Alta Comisaría, donde, dicho sea de paso, jamás necesité el francés para nada. Allí se frustró mi vocación heroica.

De igual manera que carecía de sentido político no poseía la menor capacidad estética. La belleza de Tetuán no me impresionaba. Me parecía un pueblo sucio, maloliente, tenebroso aun en los días de sol. Al sol debía de sucederle lo que a mí, puesto que se vertía alborotadamente en todos aquellos lugares que, según los artistas, carecían de interés y de sugestión: la plaza de España, la calle de la Luneta, la carretera de Ceuta. Yo veía al sol muy europeizado y me sentía tan europeo como él.

En cambio, el barrio moro, los soportales de la alcazaba, las callejas que iban como sabandijas bajo arcos y túneles hasta sumirse en la boca húmeda de un portal, me aburrían inexorablemente. El sol tampoco llegaba hasta allí, y si llegaba era para tenderse, como un dogo, a los pies de una mora que permanecía en cuclillas sobre una terraza. Carlos Paredes, otro soldado que además era pintor, me reñía:

—Eres un bárbaro, chico, un bárbaro. Pero ¿qué te gusta a ti, vamos a ver?

—No sé, no sé. A veces pienso si me faltará espíritu; pero de repente me noto lleno de una ternura inesperada. Ya ves: a mí esas nubes sobre esa azotea, en este silencio de la tarde, me tienen sin cuidado. Pero de pronto pasa un soldado en alpargatas, con su lío al brazo, caminando penosamente hacia el campamento, y me emociona lo mismo que un hombre que va de camino, no sé por qué ni adónde, mientras nuestro automóvil traga carretera como un prestidigitador metros de cinta.

—¡Pero, hombre! ¡Tan bonito, abigarrado y curioso como es todo! Los tejedores de seda, los babucheros, los notarios, los comerciantes… Éste es un pueblo elegante y exquisito; está pulimentado por el tiempo, que es el que da nobleza y tono a la vida. En cambio, nuestra civilización todo lo hace ficticio y huidero; estamos enfermos de mentiras y de velocidad.

Las mujeres moras sí llegaron a obsesionarme. Ya he dicho antes que mi actitud de entonces ante las cosas era una mezcla de desprecio y desafío. Sólo una librera de la calle de la Luneta y algunas francesas de Tánger quedaron alucinadas en mi zona de seducción como dos avispas bajo un foco. Las hebreas bajaban los ojos con cierta frialdad de raza; me parecía estar mirando una ventana cuyos visillos corre de pronto una mano inadvertida. Las moras, no. Las moras reciben con desdén la mirada del europeo y la sepultan en sí mismas como los pararrayos hunden en tierra la electricidad. Quien las mira pierde toda esperanza de acercarse a ellas; van seguras y altivas por entre los hombres de otra raza, como los israelitas sobre las aguas dictadas por

Dios. En vano perdí días enteros siguiendo finas siluetas blancas, que se me evaporaban en los portales como si no fuesen más que sutil tela de atmósfera.

El obstinado misterio de aquellas mujeres llegó a desvelarme a lo largo de los meses. Me volví malhumorado y colérico. Dos o tres veces engañé mi afán con mujeres del zoco que ejercían su oficio como las europeas; pero, al fin, mi deseo se veía burlado, como un cazador después de la descarga estéril. Yo quería desgarrar el secreto de una mujer mora, abrir un hueco en las paredes de su alma e instalar en ella mi amor civilizado y egoísta.

En otras palabras le dije un día esto mismo a Mohamed Haddú, hijo del Gran Visir, que era amigo mío del café. Haddú me repugnaba, porque era un señorito cínico, que se reía del Corán y de su raza; bebía mucho y se gastaba la plata hasaní del Gran Visir con las cupletistas españolas. Por entonces, Haddú perseguía a Gloria Cancio, tiple de una compañía de zarzuela que actuaba en el teatro Reina Victoria. Esta mujer era amiga mía de Madrid y cenaba conmigo algunas veces. Me fastidiaban su lagotería andaluza, sus mimos de gata sobona; a veces sentía deseos de quitarme de encima sus palabras como uno se quita los pelos del traje. A Haddú le gustaba Gloria. Ésta, en cambio, con notorio exceso de nacionalismo erótico y una más notoria falta de sentido práctico, me guardaba una fidelidad desagradable; odiaba al moro profundamente. Solía decirme:

—Cuando me mira, sus ojos me parecen los dos cañones de una pistola que me apunta.

—Pero está descargada, tonta.

Al conocer Haddú mi desventurado frenesí por las mujeres de su raza, me dijo:

—De modo que tú quieres casarte con una mora.

—¡Hombre! Tanto como casarme…

—Entonces, ¿qué quieres?

—Verla sin velos, tenerla cerca, que no me huya. Ser su novio, vaya.

—¡Oh, eso es muy difícil! —replicó Haddú—. Pero, oye —dijo después de meditar un poco—, podemos hacer una cosa: yo te llevo al lado de una mujer mora y tú me dejas el sitio libre con la cómica del Reina Victoria.

—Pero tiene que ser una mora de verdad, ¿eh? Una hija de familia, como dicen en España.

—Sí, hombre; mi hermana Aixa.

Aquel Haddú era un canallita. Quedamos en que yo citaría a Gloria para comer y en mi lugar iría el hijo del Gran Visir. Tampoco mi conducta con la tiple era ejemplar, ni mucho menos; pero no estaba yo entonces para sutilezas morales. Ante la probabilidad de conocer a una de aquellas mujeres imposibles y mezclar un poco de mi vida a la suya, estaba mi alma indomada, ambiciosa y dispuesta como una flecha en el arco.

Era una tarde llena de sol. Haddú y yo bajamos a la carretera de Ceuta por la pista del campamento. La casa del Gran Visir tenía a su espalda una de aquellas huertas jugosas y enormes que perfuman todo Yebala. A esta huerta habría de entrar yo para verme con Aixa. Los picachos de Gorgues cortaban por un lado el horizonte; más próximos, dulcificaban el paisaje los valles y cañadas cuya cintura ceñía el río. Recuerdo que topamos con uno de esos convoyes exiguos de los blocaos, un acemilero, un mulo, tres soldados y un cabo, que caminaban con aire de fatiga hacia los olvidados puestos de la montaña.

Hasta entonces no se me había ocurrido pensar en detalle la aventura. De pronto, me di cuenta de que iba a cometer una irreparable insensatez. ¿Qué papel sería el mío en la primera entrevista con una mujer exótica, cuyo idioma no conocía siquiera, separada de mí por el océano de una civilización? Pero ya era tarde para rectificar. Haddú abría en el mismo instante una puertecita colocada como un remiendo en la muralla de la huerta, y me empujaba nerviosamente. Me encontré de pronto, solo, bajo la mano de una palmera levantada en ceremoniosos adioses y al lado de una fuente cuyo vaporoso árbol de agua competía en claridad con los floridos naranjos próximos.

Y en simultáneo advenimiento apareció Aixa, indecisa y trémula, filtrándose como un poco de luz por el verde tabique de los rosales. Si Aixa fuera una muchacha europea me recordaría como un tonto; tan acobardado, inexpresivo e inmóvil me figuro a mí mismo en aquel momento. Tuve la gran suerte de que Aixa no fuese una señorita de la buena sociedad, acostumbrada a medir la timidez de sus pretendientes, sino una morita de apenas quince años que estaba delante de mí despidiendo sonrisas como una joya despide luz. Estaba sin velos y era como una chuchería recién com-

prada a la que acababan de quitar la envoltura de papel de seda. Morena. Pero una morenez de melocotón no muy maduro, con esa pelusa que hace la piel de la fruta tan parecida a piel de mujer.

La recordaré siempre delante de mí, porque mi estupor de entonces fue una especie de tinta china para estampar bien la imagen de Aixa en mi memoria. No llevaba velos. Un justillo de colores vivos, bordado en plata y oro, le cerraba el busto. Vestía también unos calzones anchos, como los holandeses, y se ceñía la cintura con una faja de seda azul. Llevaba medias blancas y babuchas rosadas guarnecidas de plata. La llamé al recobrarme:

—¡Aixa!

Se llevó el dedo índice a los labios recién pintados, se acercó a mí, lentamente, colocó sus manos de uñas rojas sobre mis hombros y estuvo contemplándome atentamente unos segundos. Y cuando yo quise prenderla con mis brazos tontos, mis brazos que aquel día no me sirvieron para nada, ella dio un brinco y se puso fuera de mi alcance. De un macizo de claveles, grande como un charco de sangre, arrancó uno, rojo, ancho y denso, y me lo arrojó como un niño arroja una golosina a un león enjaulado. Después huyó ligera y no la volví a ver. No sé cuánto tiempo estuve allí, al lado de la alta palma, extático, con el clavel en la mano como una herida palpitante.

En vano vigilé muchas tardes la huerta de Aixa y los ajimeces de su casa. En vano hablé a Haddú. No la volví a ver más.

Aquel suceso me desesperó tanto que pedí la incorporación a mi Cuerpo, destacado en Beni Arós. Nuestro campamento era como un nido sobre un picacho. Me pasaba los días durmiendo y paseando por el recinto, y las noches de servicio en el parapeto. Un día se destacó una sección de mi compañía para asistir a la boda de un caíd. Me tocó ir. El espectáculo era animado y pintoresco. Asistían los montañeses armados, las jarkas, los regulares. La caballería mora era como un mar ondulante, donde cada caballo resultaba una ola inquieta. El aire estaba repleto de gritos y de pólvora. Las barbas blancas de los caídes formaban un zócalo lleno de gracia y de majestad sobre la masa oscura de los moros jóvenes alineados al fondo.

Entre el estruendo y la algarabía de la fiesta vi aparecer a los nuevos esposos, a caballo. Los velos, las ajorcas y los collares de la mora refulgían espléndidamente. Miré

sus ojos. ¡Oh, Aixa! La novia era Aixa, la hija del Gran Visir. Aquellos ojos eran los mismos que me alucinaron una tarde en Tetuán y que yo llevaba como dos alhajas en el estuche de mi memoria. Ella no me vio. ¡Cómo me iba a ver! En la larga fila vestida de caqui, yo era el número dieciocho para doblar de cuatro en fondo.

No recuerdo bien lo que sucedió después. Pero debí de cometer muchas inconveniencias, porque cuando regresamos al destacamento oí que el teniente decía al capitán, señalándome:

—Este chico no parece estar en sus cabales. Sería conveniente que fuese al hospital para que lo vieran.

Nada de esto tiene, sin duda, importancia; pero es lo único saliente que me ha sucedido en Marruecos. Lo cuento porque dejó en mí un desasosiego especial, algo como la sensación ínfima, penosa y lejana de una herida ya en cicatriz.

IV. MAGDALENA ROJA

Confieso que la única persona que me desconcertaba en las juntas del Sindicato era la compañera Angustias. Ya entonces tenía yo fama de orador. Cuando pedía la palabra en el tumulto de las discusiones, se apaciguaba el oleaje verbal, y los camaradas, aun aquellos que a lo largo del discurso habían de interrumpirme con frases más duras, adoptaban una postura cómoda para escucharme.

—Callarse. A ver qué dice el *Gafitas*.

Debía el apodo a mi presbicia precoz, disimulada por las gafas de concha. En realidad, la mitad de mis éxitos oratorios nacen de este defecto óptico. Ya en pie, los oyentes, uno a uno, no existían para mí. Tenía delante una masa espesa, indeterminada, convertida, todo lo más, en materia dialéctica. Como no veía concretamente a nadie, ni llegaban a mí los gestos de aprobación o desagrado, exponía fácilmente mis ideas y permanecía aislado de toda coacción externa. Eso me daba un aplomo y una serenidad de tal índole que mis palabras se ceñían al argumento como la piel al hueso. A veces, una opinión mía provocaba una tempestad de gritos. Pero mi voz se abría paso como el rayo entre el clamor de la tormenta. A veces me insultaban:

—¡Charlatán! ¡Político!

—¡Palabras, no! ¡Acción!

—¡Intelectual! Sois una m… los intelectuales.

—¡Niño! ¿Qué sabes tú de eso?

Esta interrupción era la que prefería Angustias y me azoraba mucho. Porque yo comprendía que a mis discursos les faltaba la autoridad que dan los años. Era demasiado joven para conducir aquella milicia frenética de alpargatas, de trajes de mahón, con el alma curtida por el rencor de muchos siglos de capitalismo. Para ellos las palabras mágicas eran «huelga», «sabotaje», «acción directa». Yo sabía lanzarlas a tiempo, seguro de su efecto. Pero, enseguida, la asamblea se daba cuenta de que aquel que las pronunciaba las había aprendido en Marx o en Sorel y no en la bárbara escuela del trabajo manual. Aun ahora echo de menos en mi espíritu la disciplina del prole-

tario, del hombre que ha conocido la esclavitud de la ignorancia y del jornal. Sólo ése posee un corazón implacable, ciego y cruel, un corazón revolucionario.

Yo, ¿por qué negarlo?, era un muchacho de la clase media, un *dilettante* del obrerismo. El «gran hecho ruso», como llamaban los semanarios a la dictadura de Lenin, me había entusiasmado de tal modo que me di de alta en el Sindicato Metalúrgico. Yo era perito químico en una fábrica de metales y estaba a punto de obtener el título de ingeniero. En mi cuarto había una cabeza de Lenin dibujada por mí mismo; una gran cabeza mongólica, a la que contemplaba con exaltada ternura, mientras abajo, en la calle, corrían, alegres, los automóviles charolados. Muchas veces evoco aquel cuarto, donde mis pasos latían como un rumor de la propia entraña del mundo. ¡Qué impaciencia por vivir, por luchar, por dejar de ser una oscura gota del torrente urbano! Y, a veces, el generoso pesimismo de los veinte años, el vago anhelo de morir por el simple hecho de que una mujer no se ha fijado en nosotros, o porque estuvimos torpes en una disputa, o porque el correo no ha traído la cita ofrecida la noche antes. En aquel cuarto esculpía mi pensamiento universos que minutos después quedaban convertidos en polvo.

Pero, siempre, mi conciencia acechaba como un centinela que tuviese la consigna de la duda. Yo me encontraba sin fuerzas para trazar una vida dura, obstinada, rectilínea. Lenin, huraño, enfermo, mal alimentado en su cuchitril de Berna, sin ropa para salir a la calle, era el atroz remordimiento de mi soledad. Porque yo sentía la carne gravitar constantemente sobre mi espíritu, y toda la vida circundante se convertía en tentación de mis sentidos. No era puro mi rencor contra el burgués del automóvil y del abrigo de pieles. Y, sin embargo, no podía ser más repugnante aquella multitud ventruda y cerril que llenaba los teatros y los salones de té y se esparcía por toda la ciudad con su escandaloso rastacuerismo.

Pero el rival más temible de mi obra era el deseo erótico. Yo iba por las calles enredándome en todas las miradas de mujer; y tenía que ir quitándolas de mis pasos como si fueran zarzas o espinos. Aquello me perdía para la *causa*. Pascual, el líder, con su sonrisa, que era lo mismo que una grieta de sol entre la nube de la barba, me disculpaba con frecuencia:

—Este *Gafitas* es un muchacho que quiere sorberse el mundo con una paja, como quien se toma un refresco. Ya parará.

Angustias, sin embargo, no me lo perdonaba. Tan altiva, tan firme, tan fanática. Según ella, yo no tenía más que una visión literaria de la vida y en la primera ocasión me pasaría al campo de enfrente.

—Usted —solía decirme— no es de los nuestros. Usted es un señorito. No, no se enfade, *Gafitas*; usted no tiene la culpa. El atavismo, hijo, el atavismo. Mi odio contra todo esto ha venido acumulándose de generación en generación y estallará en mí cuando esta mano, esta que usted ve tan pequeña, lance la bomba en una iglesia, en un banco o en uno de esos reales clubes que hay por ahí.

—Esa mano —le contestaba yo en voz baja— no tirará más que besos.

—¡Puaf! ¡Qué asco me da usted! Como los señoritos. Como los señoritos.

Los compañeros decían que Angustias era la amante de Pascual Domínguez; pero no pude comprobarlo nunca. Es cierto que aquella mujer áspera, dominante, voluntariosa, era otra al lado del viejo propagandista. Pero más bien su actitud de entonces parecía de discípulo, de escolar que aprende la más difícil asignatura. Cuando Pascual hablaba con su voz sustanciosa y caliente, Angustias sufría algo así como una transfiguración. Resplandecían sus ojos metálicos, y seguían, anhelantes, el ademán y la palabra, como golondrinas detrás de la golondrina guía. Lo que más fácilmente se confunde con el enamoramiento es la admiración.

Pascual Domínguez la había encontrado en América, durante uno de sus viajes de agitador. Se decía que Angustias había sido corista de zarzuela, maestra rural y querida de un millonario. Pero nadie conocía, a ciencia cierta, su pasado. Cuando yo la conocí era ya una mujer de más de treinta años, con el cuerpo duro y firme y el cabello negro y brillante como el plumaje de los cuervos. Se ganaba la vida haciendo muñecas de trapo, de esas que se ven en los grandes bazares, en los gabinetes de las casas elegantes y en las alcobas de las meretrices de precio. Yo la irritaba con mis bromas.

—Anoche he visto una de sus muñecas en casa de una amiga mía. Es preciosa.

—¿Quién? ¿La amiga?

—No, no. La muñeca.

Me lanzaba, como dos piedras, sus ojos iracundos; pero yo creo que era para disimular algo. Porque Pascual me lo dijo una tarde:

—Es curioso lo que le sucede a Angustias. Ya la oye usted despotricar contra los trabajadores que tienen hijos, porque dice que es criminal prolongar el dolor del mundo. Afirma que es preciso destruirlo con la infecundidad. Pues bien, quiere a sus muñecas como si fueran hijas suyas. Recorre los escaparates para verlas por última vez. A veces llega con el semblante opaco y me dice: «La del Bazar González, aquella del sombrerito verde, ya no está». Y añade: «Bueno, era graciosilla, ¿verdad?».

A los pocos días, por mortificar a Angustias, escribí estas cuartillas y se las mandé a su casa por un *continental*:

«CARTA DE MAMÁ A LA MUÑECA DEL SOMBRERITO VERDE.
EN EL HOTEL DE CONSUELO LÓPEZ, BAILARINA DE EL CABARET ROJO.

Niña mía: Ayer fui a verte, por la mañana. La mañana era como una esfera de cristal, tan frágil que yo temía verla romperse con los bocinazos de los automóviles y los timbres de los tranvías. A las puertas de los cafés brotaba el arco iris de los aperitivos. Por las aceras, con libros debajo del brazo y alguna con un violín enfundado, iban niñas como tú, mayores que tú, con más vida que la que yo te di, muñequita perdida ya para mis manos. Los húsares, con sus grandes plumas; los barquilleros, con su caja a la espalda como otro barquillo rojo y tremendo; las *nurses*, vestidas de chocolate; todo lo que a ti te encantaría desde tu escaparate delirante de colores y destellos. Había también mujeres con pieles, y como llevaban abrigos abiertos, diríanse rajadas desde el cuello hasta los muslos para enseñar por la herida reciente los intestinos de crespón de los vestidos.

Yo iba a verte otra vez, hija de mis horas de obrera, a esa inclusa del bazar donde ya jamás podré recuperarte. Y al ver que no estabas, el odio que llevo encharcado en las entrañas afluía a mi boca y a mis ojos. Me daban ganas de insultar a los transeúntes, a esas mujeres elegantes y despreocupadas a quienes divierten mis muñecas. Porque nadie sabe el seco dolor que me has costado y la amargura que han bebido mis pinceles para crear el alegre mohín de tus labios y tus ojos. Ahora te veo reclinada en un diván frente a la porcelana japonesa y el indispensable mantón de flecos. El gabinete de una cupletista española está amueblado por el estilo de su alma, que tiene por todo adorno un cuplé patriótico, unos versos de revista ilustrada y una carti-

lla de la Caja de Ahorros. Te compadezco, niña mía, porque tú, tan pintoresca, tan moderna, tendrás que soportar el álbum de postales iluminadas, el piano que no sabe más música que la de Guerrero y el patán ensortijado que saliva en el piso y devora ronchas de jamón a las tres de la mañana.

Perdóname. Yo no quise darte un destino tan duro. Me consuela pensar que algún día se abrirá para ti la tumba de un baúl, o que perecerás en las manos de una niña que querrá descubrir el secreto de mi arte de hacer muñecas».

Al día siguiente encontré a Angustias en el Centro y me increpó:

—He quemado sus cuartillas, y enseguida me lavé los dedos, no tan manchados de ceniza como de sensiblería. ¡Pero qué literato más cursi es usted! ¿Y usted quiere hacer la revolución? ¡Vamos, hombre! Dedíquese a escribir novelas blancas para las burguesitas. A mí me importan un rábano mis muñecas después de venderlas. Y antes también. Porque me da rabia pensar en el esfuerzo que me cuestan. Lo de menos es que diviertan a las señoritas estúpidas. Me irrita, sobre todo, tener que dedicarme a esto.

—Entonces, ¿qué querría usted hacer?

—¿Yo?

Iba a decírmelo, pero se arrepintió en el acto:

—Nada, nada, *Gafitas*. ¿Para qué vamos a hablar? No merece la pena.

Lo cierto es que Angustias, a fuerza de altivez, se apoderaba de los resortes de mi vida. Yo veía que mi vida estaba entre sus manos. Pero lo inquietante era sentirme entre sus manos como una cosa inútil, más inútil que el paño o el cartón de sus muñecas. Angustias valoraba a los hombres por su capacidad revolucionaria; era una obrera de la idea. Ante un obrerillo insignificante que acariciaba a escondites su *star*, como quien mima un tigre domesticado, le centelleaban los ojos igual que carbones removidos. Le decía:

—¿Qué tal? ¿La has probado?

—Sí. El otro día en los desmontes. Es superior.

—Pero las armas no valen nada. Hay que tener corazón.

—¡Anda! ¡Pues claro! Yo lo tengo. Que se atrevan los del Libre…

—Di que sí, chico. Para eso eres hombre. ¡Duro con los esquiroles!

Una tarde salía yo de casa y me encontré a Angustias en la calle. Era al anochecer y la ciudad acababa de prenderse los alfileres de sus focos para entrar, brillante y dadivosa, en una tibia noche de mayo. Serpenteaban los anuncios luminosos, como si estableciesen pugilato con los timbres y las bocinas de los coches. Las gentes se agrupaban en las taquillas de los cines, o formaban murallas humanas al borde de la acera, esperando que los guardias, con gesto de domadores, detuviesen el rebaño de bestias mecánicas.

—Adiós, Angustias.

—Sería raro no encontrarle; usted anda por la calle a todas horas. Detrás de alguna chica, ¿eh?

—Pues no. Salía a dar un paseo.

—Lo mismo que yo. Esta tarde estaba aburrida. Casi, casi, melancólica.

—¡Qué raro!

—Sí, es raro; esto no me da nunca. Lo que hago es ponerme de mal humor.

—¿Quiere usted que sigamos juntos?

—Bueno.

—Podemos entrar en un café de éstos a tomar cualquier cosa.

—No. En los del centro no me gusta. Vamos a un bar de barrio, de esos que tienen pianola.

Abandonamos las calles céntricas y atravesamos pasadizos angostos alumbrados con gas.

De vez en cuando teníamos que dejar la acera porque tropezábamos con parejas de novios adosadas a las fachadas y a las vallas. De las tabernas salían bocanadas de escándalo con alguna blasfemia silbando como una bala. Angustias censuraba siempre:

—Esto es lo que nos pierde. Son brutos; no piensan y se someten.

—No se empeñe usted, Angustias. La disciplina quitará interés a la vida. Reglamentarlo todo, someter la existencia a una organización, quizá nos haga más infelices.

Los ojos de Angustias fosforecían en la sombra:

—Pues mientras tanto no seremos la fuerza, no seremos nada.

—Pero ¿por qué está usted tan resentida con la vida? ¿Qué le ha pasado a usted?

No me contestó porque entrábamos en una animada calle de los suburbios.

—Aquel bar me gusta. A veces vengo aquí con Pascual.

Entramos. No había mesas vacías y el camarero nos colocó en la que ocupaban dos individuos con traza y gesto de chóferes. Discutían mucho acerca de una mujer.

—Te aseguro que es una birria en cuanto se quita la ropa.

—Me vas tú a decir… ¡Vamos, hombre!

Pedimos dos vermuts. Un endiablado *jazz band* negro alborotaba, incansable, entre la indiferencia de la clientela que hablaba a gritos para imponerse a la música y consumía aperitivos y aceitunas. Angustias, volcando sobre mí las sombras más ocultas de sus ojos, me dijo:

—En efecto, *Gafitas*; yo soy una resentida, como usted dice. ¿Usted sabe por qué yo no he querido entrar antes en uno de esos cafés del centro? Porque ahí está todo mi pasado. Sí, mi pasado, mi vileza. Yo he vestido pieles y he tenido automóvil a mi puerta. Esto parece un folletín, pero es una historia. Y un día, ¡me daba aquello tanto asco!, la ciudad, el hotel, el hombre de las joyas, todo, que lo tiré como quien tira un cesto de basura a un vertedero. De repente, aquí, en la entrañas, sentí que me nacía la conciencia; una cosa muy rara, un odio, un rencor… Ahora padezco más pensando en mi juventud que en mi hambre de niña. A nadie se lo cuento. ¿Para qué? Pero hoy me han dado tristeza la calle y la casa. Hasta ese *jazz band* que toca tan inútilmente.

—¡Magdalena roja!

Y en aquel mismo instante vi a aquella mujer tan alejada de mí, con un alma tan diferente a la mía, que la hubiera estrangulado en un abrazo.

A los pocos días se declaró una huelga general. Las patrullas de caballería resonaban dramáticamente en la oquedad de las calles sin vehículos. Cientos de obreros, como hormigas ociosas, entraban y salían en el Centro a inquirir noticias, a disputar y a comentar el conflicto que tenía suspensa y atemorizada a la ciudad. Los más extremistas, azuzados por Angustias, hablaban de utilizar las pistolas contra los guardias. Pascual Domínguez, sin embargo, no era partidario en aquella ocasión de la violencia, porque sabía que los sindicatos no estaban todavía preparados para una lucha así. Con el pretexto de unos despidos, él había iniciado la huelga a modo de un recuento de fuerzas. Todos sus discursos tendían a sujetar a aquella fiera policéfala, desmelenada, que vibraba en los bancos mugrientos cada vez que se hablaba de la tiranía patronal.

—Daremos la batalla —me decía Domínguez— cuando se nos crea atemorizados.

Angustias se había aliado con los elementos comunistas y anarquistas y predicaba el terrorismo a espaldas de Pascual Domínguez. Una tarde me llamó.

—*Gafitas*, usted es un cobarde.

Debí de palidecer de rabia.

—Y usted una imprudente, Angustias.

—Un cobarde. Porque Pascual aconseja calma lleno de responsabilidad. Pero usted lo hace porque le falta corazón.

—Me sobra para todo; hasta para meterla a usted en él para siempre.

—Lo que yo digo: un corazón de tanguista. Y si no, demuéstrelo usted.

—Tonterías no.

—¡Qué juventud tan reflexiva! Es usted un excelente hijo de familia.

—¡No me irrite!

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¿A que no se atreve a acompañarme esta tarde?

—¿Adónde? ¡Alguna locura!

—A la fábrica de hilados. Pondré una bomba.

—No haga usted eso.

—Lo haré.

—Lo echará a perder todo.

—Mejor. Necesito sangre, incendio. ¡Muerte!

El incendio lo tenía Angustias en los ojos. Parecía que empezaba a arder por allí.

—No se asuste, hombre. A mí me divertirá mucho. El pánico saltará de casa en casa; hará desmayarse a las burguesitas y temblar a esos hombres gordos que salen a pasear por las tardes protegidos por la autoridad y el orden.

—¡Así no se adelantará nunca nada!

—No lo crea, *Gafitas*. Nuestra fuerza está en que todo lo tenemos perdido.

Y luego, con una voz de tañido dulce, una voz que inyectaba en mí el veneno del heroísmo inútil:

—Usted no tiene que hacer nada; acompañarme únicamente.

—En todo caso lo haría yo solo.

—Yo, yo. Quiero para mi vida ese placer. Quiero destruir algo con mis manos. ¿Vendrá usted?

—¡Angustias!

—Ese peligro nos unirá para siempre.

—Iré.

—Gracias. Mañana, a las ocho de la noche, espéreme en el bar del otro día. Vístase de otro modo; como un artesano en domingo.

—Pero hay que preparar la huida.

—Yo me encargo de eso. Hasta tengo dinero.

Estuve a punto de buscar a Pascual Domínguez y contárselo todo. Pero podía más en mí la promesa de Angustias de unirme a su vida con aquel secreto trágico. Además, el solo pensamiento de que ella pudiera considerarme un cobarde y adivinar mi flaqueza interior lubricaba mi ánimo hasta dejarlo propicio al atentado. Sufrí bastante al darme cuenta de que mi espíritu había caído desde la cumbre de las ideas al vórtice de la pasión erótica.

Al día siguiente conseguí de un electricista amigo mío que me prestase su traje y su gorra. Me caractericé delante del armario de mi cuarto como para salir a escena. El traje influyó en mis nervios de tal modo que asistí, casi alegre, al espectáculo de mi propia metamorfosis. Ya no era Carlos Arnedo, alumno de la Escuela de Ingeniería, sino un jornalero anónimo dispuesto a servir la causa sindical. En realidad, me estorbaban el sombrero de fieltro, la trinchera y la camisa de seda para entender la *Teoría de la violencia*, de Sorel. Entonces pensé, no sé por qué, si el alma no será también cuestión de indumentaria.

Aproveché un instante en que el pasillo de la pensión estaba desierto y me lancé escaleras abajo. Pero no contaba con el portero, apostado en el vestíbulo y dispuesto a ejercer, con el primero que topase, su misión inquisitiva. Dudé si inventar una historia de mujeres para despistarlo o escapar temerariamente a su investigación; opté por lo último y, al verle de espaldas, salí corriendo, mientras detrás de mí rodaba la temible voz:

—¡Eh! ¡Eh! ¿De dónde viene usted? ¡Oiga!

En un taxi fui hasta el bar de la cita.

No eran las ocho todavía; pero ya estaba allí Angustias vestida de obrera… ¿Con un niño en brazos? Sí; con un niño en brazos.

—¡Estupendo, *Gafitas*, estupendo! ¡Ahora sí que es usted de los míos!

—Pero… ¿y ese niño?

—Mi hijito. Véalo.

Me acercó el envoltorio. Era una muñeca enrollada en una manta de lana.

—Para algo serio habían de servir mis muñecas —murmuró Angustias en voz baja.

—¿Y aquello?

—Aquí en la manta. No tengo más que desdoblarla. Pero pesa un horror.

—Tendremos que ir en un taxi.

—Está a la puerta; lo guía un compañero de toda confianza. La fábrica está rodeada de Guardia Civil, que protege a los esquiroles. Yo diré que soy la mujer de uno de los del turno de noche y que necesito hablarle. A usted no le dejarán pasar; pero yo, con el niño, no despierto sospechas. La dificultad está en entrar, prender la mecha y salir antes de los diez minutos.

—¿Cuánto durará la mecha?

—Un cuarto de hora.

—¿De manera que yo…?

—Usted entretiene a los guardias y procura colocarse siempre de modo que no puedan detallar su rostro. Ayer estuve viendo aquello y hay muy poca luz.

Hablaba con una frialdad indescriptible. ¿En qué dramáticas experiencias se había templado el carácter de Angustias para permanecer impasible con la muerte en los brazos? La muerte iba disfrazada aquella tarde de niño recién nacido, y saldría de las entrañas de la anarquista como un monstruo que vomitase devastación y crimen. Pero ¡quién sabe! Quizá aquel hijo tremendo de Angustias, aquel que se mecía sobre su pecho intacto, fuese el Mesías de la humanidad futura.

—¡Vámonos!

La seguí avergonzado de mí mismo. Porque mientras ella entraba, inconmovible, en el auto, mi sangre se batía como las aguas de dos corrientes opuestas. El coche arrancó sin que ninguno cambiara una sola palabra con el conductor.

A los pocos minutos estábamos en una calle inmediata a la fábrica de hilados. Descendimos, y a los pocos metros apareció la fábrica, jadeante y siniestra. Dos focos eléctricos, como dos alabarderos gigantes, iluminaban la explanada. El edificio parecía haber absorbido las construcciones próximas, porque se levantaba solo y dominante. Más abajo había campo, desmonte, silencio urbano.

Parejas de guardias cabalgaban por los alrededores. Pero no debía de temerse nada porque hubimos de detenernos para dar lugar a que un guardia se acercase, espoleando un caballo somnoliento.

—¿Adónde van?

—A la fábrica. Mi marido trabaja ahí —contestó Angustias.

—Hay orden de que no pase nadie a estas horas —repuso el guardia.

—Es que… Mire usted —dije yo—, la cosa es urgente. Se trata de darle un recado esta misma noche. Porque como hasta el amanecer no deja el trabajo…

—Bueno, bueno. Se lo diré al cabo.

Vino el cabo, que nos increpó con voz agria.

—¿No saben ustedes que por la noche no se puede entrar?

—Es que yo he pasado la tarde fuera de casa —respondió Angustias—, y mi marido se llevó la llave. Ahora no puedo entrar, y el niño…

El cabo contempló un segundo el tierno envoltorio, y dirigiéndose a mí dijo después:

—¿Lleva usted armas?

—No, señor.

—Regístrelo, García.

García echó pie a tierra y me cacheó.

—No lleva nada.

—Bien; pasen ustedes —replicó el cabo—. Esto lo hago bajo mi responsabilidad, ¿eh? No sé cómo salen de casa con niños…

Pero la puerta de la fábrica estaba cerrada. Angustias oprimió el timbre.

—¿Y ahora? —le dije yo en voz baja.

—Ahora preguntamos por un nombre cualquiera.

Salió el ordenanza.

—¿Qué desean?

—Hablar un instante con mi marido, que trabaja aquí.

—¿Cómo se llama?

—Pedro Estévez.

—Bueno; esperen ahí, que preguntaré.

—Oiga, buen hombre. Es que quería darle de mamar al niño, mientras tanto, y aquí hace relente. ¿No podría pasar a cualquier rincón?

El ordenanza vaciló.

—El caso es que no hay permiso… En fin; pasen aquí, al cuarto del conserje, mientras busco a su marido. ¿Dice usted que se llama?

—Pedro Estévez. Es de los nuevos.

En el cuarto del conserje había una mesa, varias sillas y una percha con ropa. Apenas salió el ordenanza, Angustias se sentó, desdobló la manta y sacó una caja alargada con una guita enrollada. La colocó debajo de la mesa y extendió la guita a lo largo de la pared. Yo debía de estar lívido.

—Ahora hay que encender —dijo Angustias.

—Pero ¿y si tarda?

—Nos da tiempo a escapar.

—Gritará y nos echarán mano los guardias.

—Pues hay que encender. Sostén la muñeca.

Sacó del pecho una caja de cerillas y prendió fuego a la guita.

—¿Viene?

—No.

—Pues vámonos.

—No puede ser.

Con espanto vi que la llamita, tan débil, tan insignificante, corría por la cuerda como un gusano.

Angustias me arrancó la muñeca y se plantó en la puerta de la estancia al tiempo que volvía el ordenanza.

—Dicen que ése no trabaja aquí.

—Pues él me dijo que aquí. Será en la otra fábrica.

—Será.

—Muchas gracias. ¡Qué fastidio!

El ordenanza nos abrió la puerta con rostro contrito. A paso largo, sin ver a Angustias, crucé la explanada.

—No corra, por Dios, que es la perdición.

Aún tropezamos con el cabo:

—¿Qué, encontró a su marido?

—Sí; muchísimas gracias.

Yo caminaba automáticamente y llevaba en la nuca el frío de los ajusticiados. Hasta que me derrumbé en el asiento del taxi, que se puso a correr como enloquecido a través de la ciudad. Angustias tiró el envoltorio y abandonó las manos sobre mis hombros.

—*Gafitas*, ahí detrás hemos sembrado la muerte, la justicia. Ya le dimos algo a la idea. Quizá ahora mismo… ¿Vale algo para usted un beso mío?

—No quiero otro premio.

—Pues tómelo.

Y su boca grande y un poco áspera descargó en la mía un beso imponente, eléctrico, rápido y penetrante como un fluido.

—Después de esto, Angustias, doy el pecho, sin temblar, a los fusiles del piquete.

—Se trata de lo contrario. El coche nos dejará en un sitio seguro. Durante dos o tres días permaneceremos escondidos, hasta que las circunstancias digan lo que debemos hacer.

El coche paró en una calle bastante céntrica. Penetramos en una casa que yo no había visitado nunca y allí nos dio de comer una mujer de cabello gris. Más tarde, en una alcoba antigua, Angustias me ofreció la fiesta de sus caricias, una especie de conjunción de amor y muerte. Me dormí muy tarde, agotado. Al día siguiente, Angustias me despertó. Blandía un periódico, rabiosa.

—Una desgracia, Carlos. La bomba no estalló; el ordenanza apagó la mecha. Y, además, lee, lee; la huelga está solucionada. El Comité firma hoy las bases de arreglo.

Mi alma, en cambio, encogida la víspera por el remordimiento, se derramaba de nuevo por todo mi ser como una alegre inundación.

El desastre de Marruecos me llevó al cuartel otra vez. Yo había hecho cinco meses de servicio, comprando el resto por la módica cantidad de dos mil pesetas. Pero al sobrevenir Annual me llevaron a filas para que contribuyese a restaurar el honor de España en Marruecos. Angustias era derrotista y me aconsejaba:

—No debes ir.

—¿Qué remedio me queda?

—Márchate, emigra.

—Ya no es posible. Además, sería un desertor.

—¡Un hombre de tus ideas con uniforme!

—¡No parece sino que el comunismo no tiene ejército!

—Pero es el ejército de la Revolución.

—Te prometo matar el menor número posible de moros.

—¡Estúpido!

—Pero ¿no comprendes que es imposible?

—A mí no me hables más. Eres un farsante.

Fui al cuartel, naturalmente. Y para acabar de ganarme la antipatía de Angustias hasta me hicieron sargento. El sargento Arnedo instruía a los soldados bisoños en los sagrados deberes de la patria y la disciplina. Cuando en el patio del cuartel, después de la misa reglamentaria, se cantaba «La canción del soldado», el sargento Arnedo sentía una voz interior que le gritaba «La Internacional». Era la voz de Angustias, cargada de recuerdos, mezclada con apasionadas confidencias, que había quedado allí dentro, como el mar en las caracolas. Voz querida y viva, intransigente y soñadora; voz de un mundo imposible, construido con la frágil materia de la imaginación. Y, sin embargo, allí, delante de mí, estaba el pueblo armado, armado por una idea que venía corrompiéndose a lo largo del tiempo en las páginas de los códigos y en las palabras de los hombres.

—¿Qué es la patria? —le preguntaba a cualquier soldado de aquellos que limpiaban su correaje en un rincón.

—Yo… mi sargento, como fui tan poco tiempo a la escuela…

—Tu patria es España, hombre. Claro que si fueras alemán sería Alemania. Ya ves qué fácil…

La mañana que salimos para Marruecos era una mañana de cristal. Como en un vaso aparecía en el horizonte la naranja del sol naciente. Los soldados desfilaban hacia la estación medio encorvados ya por el peso de las mochilas y de las cartucheras. La banda del regimiento tocaba un pasodoble de zarzuela; aquel «Banderita banderita…» encanallado por las gargantas de todas las segundas tiples. Y era espantoso marchar a la guerra entre los compases que horas antes, en las salas de los cabarets, habían servido para envolver las carcajadas de los señoritos calaveras, nietos de aquellos otros que tenían minas en el Rif. De vez en cuando se rompía la espesa formación porque una mujer del pueblo, desmelenada, tendía el almez de sus

brazos para rescatar al hijo soldado. Yo miraba las casas mudas, las casas sin dolor, que cobijaban el tranquilo sueño de sus inquilinos. Y veía las otras casas, de ventanas abiertas, de ventanas que eran como ojos atónitos por donde manaba el llanto de la ciudad.

En la estación, según iban subiendo a los vagones los expedicionarios, las damas católicas regalaban escapularios y estampitas. Un teniente, muy jovencito, se metía a puñados las imágenes en los bolsillos. A mí quisieron también colocarme un escapulario.

—Señorita, lo siento, pero no creo en Dios.

—Es de la Virgen.

—Ni en la Virgen. ¡Qué le vamos a hacer!

Cuando el tren arrancaba ya, mientras mis amigos me apretaban las manos, yo buscaba entre la multitud el rostro de Angustias. Pero no estaba. El convoy echó a correr entre vivas y sollozos, y yo seguí bastante tiempo en la ventanilla recluido en el camarote de mis gafas. Hasta que los soldados se pusieron a cantar las mismas canciones de los talleres y las eras.

Mi batallón llevaba un año arrastrándose por las pistas de Yebala, desde Beni Ider hasta Tetuán. Guarnecíamos entonces Zoco-el-Arbaá de Beni Hassam, en el camino de Xauen. Yo estaba cansado de dormir bajo las tiendas de lona, de comer huevos fritos en las cantinas y de recorrer los parapetos, apoyando el oído en el pecho de la noche africana. Los periódicos empezaban a hablar de repatriación, y todos, en los soliloquios del campamento, hacíamos planes para la vida futura. Mis camaradas de antes no me escribían, juzgándome, sin duda, un mistificador ideológico. Sólo Pascual Domínguez, comprensivo, me saludaba de vez en cuando con unas líneas llenas de efusión.

Una tarde, me llamó a su tienda el capitán ayudante del batallón.

—Le reclama a usted —me dijo— el jefe de Estado Mayor. Mañana, en la primera camioneta, trasládese a Tetuán y preséntese a él.

Por mucho que reflexionaba acerca de aquella orden, no comprendía su origen. Pensé si se relacionaría con mi antigua intervención en las luchas sociales; pero conociendo los procedimientos militares, donde la primera medida coercitiva es el arresto, deseché enseguida la sospecha. En realidad, aquella inesperada visita a la pla-

za, después de algunos meses de campo, era una recompensa en la que no había soñado un sargento que no gozaba entre los jefes de ninguna simpatía. Me esperaban el lecho blando, el café de la Alhambra y, sobre todo, Raquel, la hebrea, en su callada alcoba de la Sueca, desde donde oíamos, abrazados, las agudas glosas que el Gran Rabino hacía del Viejo Testamento.

A la mañana siguiente me presentaba en la Alta Comisaría para recibir las órdenes del jefe de Estado Mayor. Un ayudante me hizo pasar entre oficiales de todas las armas, moros notables y comerciantes de la Junta de Arbitrios.

—¿Usted es el sargento Arnedo, del 78?

—A la orden de usía, mi coronel.

—Bien. Debe usted presentarse en el hotel Alfonso XIII al coronel Villagomil. Nada más.

—A la orden de usía, mi coronel.

Jamás había oído hablar del coronel Villagomil. Fui al Alfonso XIII, muy intrigado, y pregunté.

—No está en este momento; pero la señora dice que suba.

—¿La señora?

—Sí; viene con su señora.

Metido en el ascensor, yo me preguntaba quién sería aquella familia Villagomil, que con tanto interés se ocupaba de mí hasta recibirme en sus propias habitaciones. Hice una estadística mental de todas las relaciones de mi madre; pero la operación resultó igualmente infructuosa.

El botones me franqueó la cabina:

—Es en el número 35.

Llamé en el número 35. Y de pronto se abrió la puerta y ante mis ojos asombrados apareció Angustias. Pero otra Angustias, transformada por el oxígeno y las pinturas. Tenía el pelo dorado y los labios encendidos por el lápiz reciente. Llevaba una bata esmeralda, abundante como una clámide, y en el índice de la mano izquierda un rubí de color frío.

—Abrázame, hombre, abrázame.

—Pero… ¿qué haces aquí?

—Ya te contaré. Abrázame.

—Bueno. ¿Y si llegan?

—No; si es un abrazo amistoso nada más. Soy —y se puso cómicamente solemne— la señora Villagomil.

—Déjate de bromas y explícame todo esto, porque me voy a poner enfermo de impaciencia.

—Di que le tienes miedo al coronel. Pero siéntate, hombre, en esa butaca… Eso es. Ahora dime: ¿qué tal te va? ¿Eres ya un héroe?

—Soy… Mira: te iba a contestar un disparate. Haz el favor de decirme qué haces aquí y quién es el coronel Villagomil a quien debo presentarme.

—¡Si he sido yo quien te ha llamado! Vamos a ver: contéstame a una sola pregunta y enseguida te lo cuento todo. ¿Tú crees que yo puedo dejar de ser lo que era?

—No lo creí nunca. Sin embargo, todo esto es muy raro…

—Óyeme: llevo en Tánger seis meses trabajando por nuestras ideas. No tuve más remedio que disfrazarme de esto, de lo que fui. Parezco una burguesa o una cocota, ¿no es cierto? Ventajas de la edad. Las cocotas de nuestra raza, cuando llegan a los treinta y cinco, no se diferencian en nada de las señoras honorables. Además, yo sabía bien mi oficio. En el hotel de Tánger me hice amiga del coronel Villagomil. Mi labor necesitaba la confianza de un militar de su influencia.

—Pero ¿no eres su mujer?

—Soy… su amante. Sencillamente.

—Y tú, ¿eres capaz?

—Peor para ti si no lo comprendes, *Gafitas*.

—¿Y qué te propones?

—¡Ah! Ésos son mis planes.

—¿Y no puedo yo saberlos?

—Si estás dispuesto a ayudarme, sí.

—No sé de qué pueda servirte, perdido allá en el campo meses y meses.

—Tú puedes observar, enterarte…

—Y eso ¿para qué?

Angustias me auscultó con la mirada el pensamiento.

—¿Sigues creyendo en Lenin, *Gafitas*?

—Sí.

—Pues Lenin está contra el imperialismo burgués, al lado de los pueblos que defienden su independencia, al lado de Abd-el-Krim.

—¡Vamos, tú me quieres adjudicar el bonito papel de espía!

—¿Por qué no? Ése es tu puesto.

—El Partido nada me ha dicho.

—Te lo digo yo en su nombre.

—Pero tú no eres comunista. Tú eres una anarquista individualista; una soñadora que se divierte con el peligro. No, no. Locuras, no.

—¡Tienes miedo! ¡No te importa traicionar las ideas! Todos tus discursos, naturalmente, eran pura palabrería. Querías subir a costa de los trabajadores.

—Eres una insensata.

—Y tú un cobarde, un *patriota*. ¡Qué gracia! Mi patria es la Revolución, ¿sabes? Una cosa más alta, una cosa que no es el suelo ni las fronteras. ¿Qué defiendes con tu fusil? ¿Qué defiendes? Di. A los políticos, a los burgueses, a los curas, a los enemigos del pueblo. Hablas de ver a tu España en los toros y en el fútbol mientras tú y tus piojos os arrastrabais por estas pistas encharcadas.

—Angustias: eres una insensata. Lo de allá poco me importa. Me importa lo de aquí, estos camaradas que se amontonan debajo de las tiendas, sucios, estropeados. Más que una idea vale un hombre. No, no. Yo no seré motivo para que un día caiga uno aquí, y aquí se quede. Llámame lo que quieras; pero esta vez no me convencerás como aquel día de la bomba.

Se abrió la puerta y apareció, sudoroso, el coronel Villagomil. Yo me levanté y me cuadré.

—Siéntese, sargento; siéntese.

Y dirigiéndose a Angustias:

—¡Vaya! Ya lo tienes aquí. Está sano y salvo.

—Y hasta gordo —contestó Angustias—. Le va bien el campo. ¡Qué alegría recibirá su madre cuando sepa que le he visto!

—Si esto es hasta un sanatorio —dijo el coronel—. Los pacos son los que… ¿Usted dónde estaba?

—En el zoco.

—¡Ah! Allí se está bien. Además, Vilar es un buen punto. Vilar manda la brigada, ¿no?

—Sí, mi coronel.

—Tiene pegas de vez en cuando. Pero Vilar…

El coronel Villagomil hablaba a medias. Se le veía buscar las últimas palabras de cada frase inútilmente, hasta que optaba por dejarla en el aire, abocetada. Era gordo y de baja estatura y tenía el bigote blanco y rizado como unas hebras de guirlache. Se desabrochó la guerrera, tatuada de cruces y placas. Angustias le recriminó mientras me miraba de reojo.

—Te vas a enfriar. Aquí tienes la capa.

—Hace calor. Llevo una mañana… de aquí para allá… Ahora resulta que voy a tener que irme.

—¿Adónde? —interrogó vivamente Angustias.

—A la Península. Una comisión.

—¡Qué fastidio! Pues yo me quedo.

—Cuestión de tres o cuatro semanas, creo yo.

Yo no podía disimular mi inquietud.

—Mi coronel, con el permiso de usía, me retiro.

—Quédese a comer con nosotros —dijo Angustias.

—No, no; tengo que incorporarme esta misma tarde. Muchas gracias.

—Usted querrá venir destinado a la plaza, ¿no es eso? —me preguntó el coronel.

La proposición era tentadora. Pero recordé mi escena con Angustias y el atrevido designio de aquella mujer que todavía mandaba en mí. Hice un gran esfuerzo:

—No, mi coronel. Quiero seguir en mi batallón.

—¿Usted no es de complemento?

—Sí, señor. Pero están allí todos mis amigos.

—Sin embargo, sin embargo, un destino…

—Me gusta más el campo.

—Bien, bien. Ya lo oyes, Angustias.

Angustias tenía en los ojos tanta ira que de ellos me vino un escalofrío. Pero sonrió:

—Si usted lo quiere… Suerte, pues.

Y me alargó la mano.

—A la orden de usía, mi coronel.

—Adiós. Si quiere algo, ya sabe… Yo…

Me cuadré otra vez y salí. Sin ver a Raquel, sin dormir en lecho blando, con una congoja oscura dentro de mí, regresé al campamento a la hora en que los soldados, cruzado el torso con las mantas a modo de salvavidas, formaban para las guardias de parapeto.

Zoco-el-Arbaá de Beni Hassam. Barracones de titiriteros; tiendas pavimentadas de paja; soldados de gorros azules y rojos alborotando en las cantinas; chilabas parduscas; capotes grises. De vez en cuando un camión, apoplético, camino de Xauen. Blocaos de Audal, de Timisal y Muñoz Crespo. Vosotros sois testigos de que mi vida valía poco entonces para mí.

Por aquellos tajos de tierra amarilla, asido a las crines ásperas de la gaba, con el sol en la nuca como un hacha de fuego, salí con mis hombres día tras día, voluntario de aguadas y convoyes. Por fatigarme y ahogar la voz persistente, opaca, del remordimiento. Mi espíritu era ya un espíritu adaptado y cotidiano, incapaz de apresar el mundo con un ademán de rebeldía. Como los discípulos de san Ignacio, que dejan hecha trizas la voluntad en el cepo de los *Ejercicios*, mi voluntad civil había quedado desgarrada y rota entre los alicates de la disciplina. Me encontraba sin juventud, allí, entre la calígine del campo, frente al Atlas inmenso. Mi juventud no eran mis veinticuatro años victoriosos del hambre y la intemperie. Mi juventud era aquella idea que en otro tiempo me hacía sentirme camarada del africano o del mongol. Yo había renunciado al mejor heroísmo, y me sentía viejo de veras. Porque la vejez no es más que una suma de renunciaciones, de limitaciones, hasta que el espíritu queda transformado en una sombra, en un espectro de lo que fue. La muerte, antes de afectarnos orgánicamente, anda ya como un fantasma por dentro de nosotros.

Zoco-el-Arbaá de Beni Hassam, con sus parapetos erizados de fusiles, su mugre cuartelera y sus coplas babélicas: tú eres testigo de que mi corazón quiso alojar alguna vez la bala enemiga, el pájaro de acero de un paco que llegaba silbando desde la montaña indócil.

Volvimos a Tetuán, ya en otoño. Nuestro corazón viajaba en los topes del tren de Ceuta, en las nubes que venían del lado del Estrecho, en los aviones del correo, en las estrellas que se encendían a la misma hora sobre las calles españolas. Las fuentes del

barrio moro llevaban el compás a las guitarras de la alcazaba. Hacer guardia en la plaza, después de tantos meses de campamento, era casi una diversión. Veíamos jugar a las moras en las azoteas y oíamos el español señorial de las judías filtrándose por las rejas de barrotes desnudos.

El único servicio comprometido era el de Casa Osinaga. Casa Osinaga era un puesto establecido fuera del recinto de la plaza. Un comandante había tenido el capricho de construir allí una casa en tiempos de Alfau, suponiéndose, sin duda, capaz de rechazar con su pistola todas las cabilas del contorno. Una noche, como es natural, los moros asaltaron la casa, le prendieron fuego y pasaron a gumía a sus habitantes. Desde entonces se nombraba una guardia de un sargento y ocho soldados para que guardasen las ruinas del edificio, porque no había otra cosa que guardar. Cuando una partida de moros quería sembrar la alarma en la plaza, caía sobre Casa Osinaga y fusilaba a la pequeña guarnición o la hacía prisionera para comerciar después el rescate. Pero parece que el mando tenía interés en demostrar que España no agota fácilmente sus héroes: al día siguiente, otro sargento con otros ocho soldados volvía a Casa Osinaga. Cuando el sargento mayor de plaza, un capitán gordo, benévolo, de grandes mostachos, formaba las guardias, era una escena inolvidable:

—A ver: Casa Osinaga.

—Presente.

El capitán miraba al aludido por encima de sus gafas:

—¿Usted?

—A la orden.

El capitán hacía un gesto de piedad, como diciendo: «¡Pobre! ¡Quizá no vuelva! En fin, ¡qué ha de hacérsele!». Luego añadía en alta voz:

—Bien, bien; tenga usted cuidado. No duerma. Esta Casa Osinaga…

Y daba un gran suspiro.

A mí no me ocurrió nunca nada en Casa Osinaga. Pero en el cuartel nuevo sí. Allí estaban las prisiones militares: desertores, prófugos, confidentes del enemigo, prisioneros… Me tocó un día de guardia en el cuartel nuevo. Al anochecer, la patrulla de vigilancia llegó para hacer entrega de un preso acusado de intervenir en el contrabando de armas. El oficial me llamó:

—Sargento Arnedo: hágase cargo del detenido y destínele un calabozo provisional.

Salí al cuerpo de guardia. Era una mujer, una señora, oculta por un velo. El sargento de la patrulla me entregó la orden del juez.

—¿Se llama…? ¿Usted se llama?

Y de repente sentí que me ponía pálido, que las piernas no bastaban para sostenerme.

—Me llamo… —dijo la mujer con voz segura y fría—, me llamo Angustias López.

—Angus…

El sargento de la patrulla aclaró:

—Compra armas para los moros. La cogieron esta mañana en el camino de Tánger. Es una *pájara*.

—¡Idiota! ¡Canalla!

El sargento quiso pegarle.

—Aquí no te valen ni el sombrero ni las pulseras, ¿sabes? Habrá que ver de dónde viene todo eso.

Me interpuse:

—Bien. Toma; ya está eso firmado.

Salieron todos y yo le dije a la presa en voz baja:

—¡Angustias! ¡Por favor!

Ella me repudió con un gesto. Y luego, extendiendo sus manos hacia mí, murmuró:

—Toma, toma, traidor, carcelero; colócame tú mismo los grilletes. ¡Eres odioso! ¡Me das asco!

—Eres una loca, una loca…

—Y tú un traidor, un vendido. ¡Ah! Pero yo saldré de aquí, y entonces…

—Calla; te van a oír. ¿Qué hago yo? ¿Qué hago yo?

—Morirte de vergüenza. En cambio, yo entro ahí con la frente muy alta.

—¡Calla! ¡Calla!

—¡No me da la gana! He de gritar tu cobardía. Lo sabrán todos, los de aquí y los de allá.

—¡Calla!

Los soldados ya se habían arremolinado a mi alrededor. Si Angustias seguía hablando estaba perdido. Llamé al cabo:

—¡Cabo Núñez! Registre a esta mujer. Encárguese de sus joyas y de su bolso.

El cabo Núñez obedeció.

—¡Canallas!

Ella misma fue entregando las sortijas, los pendientes, las pulseras que dejaron de ceñir su brazo moreno. Luego grité:

—A ver, dos de la guardia, con fusiles: condúzcanla al calabozo número 4.

Así, entre bayonetas, entró Angustias en la celda, desdeñosa, impávida, glacial.

Yo fui ante el oficial de guardia:

—A la orden de usted, mi teniente. La detenida está en el calabozo número 4. He puesto un centinela.

—Pero es una mujer.

—Sí, señor.

—¿Guapa?

—¡Pchs! Regular.

—¿Y qué ha hecho?

—Vender armas a los moros.

—¡Qué curioso! Bien, bien.

Volví al cuerpo de guardia y me desabroché la guerrera porque me ardía el pecho. ¡Tampoco entonces tuve valor para pegarme un tiro!

V. ÁFRICA A SUS PIES

Cuando Riaño no tenía servicio nos reuníamos en su casa del barrio moro a beber té y a fumar kif. Íbamos casi siempre Pedro Núñez, Arturo Pereda y yo. Todos habíamos sido compañeros en los jesuitas, y todos, menos Riaño, estudiábamos carreras civiles cuando se hizo la movilización del 21. Riaño era un muchacho rico, alegre y voluntarioso, recién ascendido a segundo teniente. Para él todo era una juerga: las operaciones, las guardias, el campo o la plaza. Cuando su regimiento salía destacado o en columna, el asistente de Riaño transportaba al carro regimental dos o tres cajas de botellas de buen coñac y otras dos o tres de la cerveza preferida, que iban allí de matute, sin que se enterara el comandante mayor. Luego, en el campamento o en pleno combate, Riaño improvisaba una cantina mucho mejor surtida que las que acompañaban a las tropas. Una vez le arrestaron por llevar a la posición una mujer, con el consiguiente peligro para la disciplina y la moral de la tropa. En otra ocasión sufrió una dura reprimenda del coronel por emborrachar a un prisionero y hacerle faltar a los preceptos coránicos.

Era un buen muchacho, sin embargo, y lo hacía todo con sencillez, poseído de un alborozo de niño. La casualidad nos había reunido, y aunque estaba prohibido que los oficiales confraternizaran con los cuotas, Riaño iba con nosotros a los cafés y al teatro, sin importarle gran cosa tropezar con el jefe de día. Con Pedro Núñez, sobre todo, se llevaba muy bien, porque discutían de fútbol y de caballos.

En cambio, cuando Pereda y yo nos enzarzábamos en una discusión literaria o política, Riaño protestaba:

—Bueno, bueno, camelos. No sé cómo os gusta amargaros la vida con esas cosas.

Pero el orgullo de Riaño era su querida. Su querida le había dado fama en Tetuán, y muchos oficiales jacarandosos palidecían de envidia cuando Riaño, jugando con su fusta, pasaba por la plaza de España con África del brazo. Por aquella fecha Tetuán era un vivero de vicio, de negocio y de aventura. Como todas las ciudades de guerra, Tetuán engordaba y era feliz con la muerte que a diario manchaba de sangre sus flancos. Dijérase que aquellos convoyes silenciosos que evacuaban muertos y heridos,

aquellas artolas renegridas por la sangre seca de los soldados, eran el alimento de la ciudad. De la ciudad que, mientras se combatía en los blocaos de Beni Arós, mientras los hombres en los parapetos sentían el enorme pulpo del frío agarrado a su carne hasta el alba, jugaba a la ruleta en el Casino y bailaba en la alcazaba con las manos en alto. Pereda le llamaba a Tetuán «la ciudad antropófaga».

La amante de Riaño era una mora auténtica. Aquel lujo no se lo permitían ni los jefes de regulares, que hablaban bien el árabe y tomaban el té con los notables de la ciudad. Más que por sus méritos de guerra se conocía al teniente Riaño por su espléndida querida. Los camareros de los restoranes le llamaban «ese teniente de la mora». Y Riaño gustaba de exhibirla en los paseos de la plaza de España, ataviada con una elegancia francesa, entre el escándalo de las señoritas de la guarnición, unas buenas chicas que volvían de la Hípica como si regresaran de las carreras de Longchamps, o que jugaban al tenis para remedar el lejano Madrid de la clase media. África, con una arrogancia aprendida en dos inviernos de París, no detenía siquiera sus ojos orgullosos sobre aquella asamblea uncida a la música zarzuelera de moda en la Península. Pasaba indiferente, con la mirada por encima de las azoteas, hacia su cabila perdida.

Porque África no se llamaba África; quizá Axuxa o Zulima. Riaño la había conocido en un cabaret de Tánger, recién abandonada por un diplomático de Fez, que acababa de exhibirla en París como una rara planta colonial, hasta cansarse de ella. Por lo visto, África, vestida a la europea, con su cartel galante de mora escapada del aduar, tenía innumerables pretendientes. Nunca supimos por qué había preferido a Riaño, para quien ella sólo era otro lujo de muchacho rico. Sus amigos apenas la veíamos; pero ella estaba viva y silenciosa como un secreto en la casa de amor de Riaño, una casa musulmana que tenía una fuente en el patio. Por detrás de los tabiques había siempre un perfume, un rumor, una presencia misteriosa: África, que iba de la azotea al ajimez y del baño al jardín. A veces, por el frunce de una puerta, veíamos un pijama de seda y una oscura melena de desierto, brillante y salvaje.

Riaño nos contaba que, al principio, África salía a la azotea con sus vestidos europeos; pero las moras de la vecindad la insultaban frenéticamente y la llamaban: «¡Lijud! ¡Lijud!» (judía). Entonces África, para contemplar en paz sus montañas, su Gorgues inaccesible, donde habitaban los pacos mortíferos, para oír al muecín de Sidi Saidi y arrojar todos sus pecados de réproba a la ciudad sometida al cristiano, se ves-

tía su traje primitivo, su caftán ancho y tupido como una nube. Sola, con la esclava negra de brazos tatuados, comía África su cuscús y tomaba su té oloroso con el ámbar y la hierbabuena.

—Es a lo que no se acostumbra —solía decir Riaño—, a comer en los restoranes. Prefiere esas bazofias de la cabila. Además, me voy cansando de ella porque es más triste que un fiambre. No sabe más que tenderse a mis pies como un perro.

Pero Pereda descubrió un día los ojos de África acechantes y fríos.

Pereda no era tan ligero como nosotros. Ahora que ya no nos pertenece quiero dedicarle estas palabras:

EL SOLDADO DE LAS GAFAS DE CONCHA

Camarada de las gafas de concha, debe de ser alegre estar ya por encima de la vida. Debe de ser alegre no recordar.

Yo descubrí enseguida la fina materia de tu alma, a pesar del traje de caqui o del capote arrugado de tanto arrastrarse por las pistas. Como esos frisos góticos donde alternan las alimañas con los santos, tú eras en la fila de mi sección un dibujo noble y delicado. Con tus gafas de concha, tu cabeza un poco inclinada, tus manos rojas por la presión de la nieve y del fusil. Por eso tu vida se rompió casi sin estrépito como una de aquellas ampollas de cristal de la enfermería que recogieron el último brillo de tus ojos miopes.

—Éste es un maula, una mosca muerta —gritaba el capitán iracundo.

Y es que le hacían daño tu pureza y tu desdén. No dabas importancia a los parapetos, ni a los convoyes, ni al acarreo de piedra, ni a las bárbaras marchas de cincuenta kilómetros. Antes de ir a Marruecos, el capitán te había dicho:

—Usted, que es abogado, tiene que ascender.

Tú le contestaste con voz segura:

—No, señor.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque no tengo vocación.

—Pues ha de saber usted —gritó el capitán soliviantado— que la milicia es una religión. Sí, señor (Calderón es un clásico hasta en los cuarteles), una religión de hombres honrados.

Una tarde, los moros atacaban el pequeño puesto de Timisal. El teléfono, angustiosamente, pedía auxilio. Y cuando el capitán pidió voluntarios para una muerte segura, tú diste un paso al frente.

—¿Usted?

—Sí, señor.

Yo corrí a tu lado, enloquecido. Recuerdo tu palidez y tu sonrisa, camarada. Mi dolor debía de empañar tus gafas en aquel instante.

—Pero, hombre, ¿cómo haces esto? Es una barbaridad ir voluntariamente. Hay moros a cientos. Los veo por el anteojo cubrir toda la loma.

—¿Qué más da? Un día u otro…

Y volviste, ensangrentado, en las parihuelas de la ambulancia. Nunca comprenderé tu suicidio, aunque quizá hayas sido tú, entre todos, el que mejor murió por aquella España que sentíamos enconadamente agarrada a nuestro corazón.

Los ojos de África, acechantes y fríos. Riaño era un muchacho sin complicaciones; no se parecía, sin embargo, a otros compañeros que castigaban a sus amantes con el látigo, como si se tratara de un caballo o de un moro de la mehala. África no estaría enamorada de él; pero tampoco tendría razón para odiarle. Los ojos de África tenían el luto de los fusiles cabileños y las sombras de las higueras montañesas. Ojos de esos que se encuentran en un zoco o en una calle de Tetuán y que quisiera uno llevarse consigo para siempre con el mismo escalofrío y el mismo rencor, porque enseñan que hay algo irreparable que hace imperfecta la obra de Dios.

Por aquellos días se combatía en Beni Ider violentamente. Los hospitales de Tetuán estaban repletos de heridos. Todas las tardes cruzaban los entierros por las calles de la plaza. Se decía, incluso, que los cabileños, audazmente, querían penetrar en Tetuán, y se vigilaban los barrios moros de la ciudad donde era de temer una sublevación armada.

Una tarde encontré a Riaño en el café de la Alhambra. Me anunció que le habían destinado a una columna que saldría al día siguiente para reforzar a las que operaban desde el zoco de Beni Hassam. Nos abrazamos con ese abrazo tan particular de la guerra, que es como una despedida más larga.

—Llevarás cantina, ¿eh?

—Espléndida. Ya me aburría por aquí.

—¿Y África?

—¡Bah! La pobre… Pienso dejarle dinero hasta mi regreso.

Y al día siguiente un rumor terrible llegó a nuestro cuartel. Un teniente había aparecido asesinado en su casa. Era Riaño. África le había atravesado el corazón con aquella gumía de empuñadura de plata comprada en Tánger. Y luego, vestida de mora, había huido sin dejar rastro. Sus ojos fríos, desde un ajimez cualquiera, vieron quizá pasar el ataúd a hombros de cuatro tenientes.

VI. REO DE MUERTE

Cuando llegamos a la nueva posición, los cazadores estaban ya formados fuera de la alambrada, con sus gorros descoloridos y sus macutos fláccidos. Mientras los oficiales formalizaban el relevo, la guarnición saliente se burlaba de nosotros:

—Buen veraneo vais a pasar.

—Esos de abajo no tiran confites.

—¿Cuántos parapetos os quedan, pobrecitos?

Pedro Núñez no hacía más que farfullar:

—¡Idiotas! ¡Marranos!

La tropa saliente se puso en marcha poco después. Una voz gritó:

—¿Y el perro? Les dejamos el perro.

Pero a aquella voz ninguno le hizo caso, porque todos iban sumidos en la alegría del relevo. Allá abajo, en la plaza, les esperaban las buenas cantinas, los colchones de paja y las mujeres vestidas de color. Un relevo en campaña es algo así como la calle tras una difícil enfermedad. La cuerda de soldados, floja y trémula, desapareció pronto por el barranco vecino.

En efecto, el perro quedaba con nosotros. Vio desde la puerta del barracón cómo marchaban sus compañeros de muchos meses, y después, sin gran prisa, vino hacia mí con el saludo de su cola. Era un perro flaco, larguirucho, antipático. Pero tenía los ojos humanos y benévolos. No sé quién dijo al verlo:

—Parece un cazador, de esos que acaban de irse.

No volvimos a ocuparnos de él. Cada uno se dedicó a buscar sitio en el barracón. Pronto quedó en él un zócalo de mantas y mochilas. A la hora del rancho el perro se puso también en la fila, como un soldado más. Lo vio el teniente y se enfadó:

—¿También tú quieres? ¡A la cocina! ¡Hala! ¡Largo!

Pero Ojeda, un soldado extremeño, partió con él su potaje. Aquella misma noche me tocó servicio de parapeto y vi cómo el perro, incansable, recorría el recinto, parándose al pie de las aspilleras para consultar el silencio del campo. De vez en cuan-

do, un lucero, caído en la concavidad de la aspillera, se le posaba en el lomo, como un insecto. Los soldados del servicio de descubierta me contaron que al otro día, de madrugada, mientras el cabo los formaba, el perro se adelantó y reconoció, ligero, cañadas y lomas. Y así todos los días. El perro era el voluntario de todos los servicios peligrosos. Una mañana, cuando iba a salir el convoy de aguada, se puso a ladrar desaforadamente alrededor de un islote de gaba. Se oyó un disparo y vimos regresar al perro con una pata chorreando sangre. Le habían herido los moros. Logramos capturar a uno con el fusil humeante todavía.

El practicante lo curó y Ojeda lo llevó a su sitio y se convirtió en su enfermero. El lance entusiasmó a los soldados, que desfilaban ante el perro y comentaban su hazaña con orgullo. Algunos lo acariciaban, y el perro les lamía la mano. Sólo para el teniente, que también se acercó a él, tuvo un gruñido de malhumor.

Recuerdo que Pedro Núñez comentó entonces:

—En mi vida he visto un perro más inteligente.

¿Recordáis, camaradas, al teniente Compañón? Se pasaba el día en su cama de campaña haciendo solitarios. De vez en cuando salía al recinto y se dedicaba a observar, con los prismáticos, las cabilas vecinas. Su deporte favorito era destrozarles el ganado a los moros. Veía una vaca o un pollino a menos de mil metros y pedía un fusil. Solía estudiar bien el tiro.

—Alza 4. No, no. Lo menos está a quinientos metros.

Disparaba y a toda prisa recurría a los gemelos. Si hacía blanco, se entregaba a una alegría feroz. Le hacía gracia la desolación de los cabileños ante la res muerta. A veces, hasta oíamos los gritos de los moros rayando el cristal de la tarde. Después, el teniente Compañón murmuraba:

—Ya tenemos verbena para esta noche.

Y aquella noche, invariablemente, atacaban los moros. Pero era preferible, porque así desalojaba su malhumor. El teniente padecía una otitis crónica que le impedía dormir. Cuando el recinto aparecía sembrado de algodones, toda la sección se echaba a temblar, porque los arrestos se multiplicaban:

—¿Por qué no han barrido esto, cabo Núñez? Tres convoyes de castigo… ¿Qué mira usted? ¡Seis convoyes! ¡Seis!

No era extraño que los soldados le buscasen víctimas, como hacen algunas tribus para calmar la furia de los dioses. Pero a los dos meses de estar allí no se veía ser viviente. Era espantoso tender la vista por el campo muerto, cocido por el sol. Una idea desesperada de soledad y de abandono nos abrumaba, hora a hora. Algunas noches la luna venía a tenderse a los pies de los centinelas, y daban ganas de violarla por lo que tenía de tentación y de recuerdo.

Una noche el teniente se encaró conmigo:

—Usted no entiende esto, sargento. Ustedes son otras gentes. Yo he vivido en el cuartel toda mi vida. Siente uno rabia de que todo le importe un rábano. ¿Me comprende?

El perro estaba a mi lado. El teniente chasqueó los dedos y extendió la mano para hacerle una caricia. Pero el perro le rechazó, agresivo, y se apretó a mis piernas.

—¡Cochino! —murmuró el oficial.

Y se metió en el barracón, blasfemando.

Al otro día, en el recinto, hubo una escena repugnante. El perro jugaba con Ojeda y ambos se perseguían entre gritos de placer. Llegó el teniente, con el látigo en la mano, y castigó al perro, de tal modo que los latigazos quedaron marcados con sangre en la piel del animal. Ojeda, muy pálido, temblando un poco bajo el astroso uniforme, protestó:

—Eso… eso no está bien, mi teniente.

Los que veíamos aquello estábamos aterrados. ¿Qué iba a pasar? El oficial se volvió, furioso:

—¿Qué dices? ¡Firmes! ¡Firmes!

Ojeda le aguantó la mirada impávido. Yo no sé qué vería el teniente Compañón en sus ojos, porque se calmó de pronto:

—Está bien. Se te va a caer el pelo haciendo guardias. ¡Cabo Núñez! Póngale a éste servicio de parapeto todas las noches hasta nueva orden.

Una mañana, muy temprano, Ramón, el asistente del teniente, capturó al perro por orden de éste. El muchacho era paisano mío y me trajo enseguida la confidencia.

—Me ha dicho que se lo lleve por las buenas o por las malas. No sé qué querrá hacer con él.

Poco después salieron los dos del barracón con el perro, cuidando de no ser vistos por otros soldados que no fueran los de la guardia. El perro se resistía a aquel extraño paseo y Ramón tenía que llevarlo casi en vilo cogido del cuello. El oficial iba delante, silbando, con los prismáticos en la mano, como el que sale a pasear por el monte bajo el sol primerizo. Yo les seguí, sin ser visto, no sin encargar antes al cabo que prohibiese a los soldados trasponer la alambrada. Porque el rumor de que el teniente llevaba al perro a rastras fuera del campamento saltó en un instante de boca en boca. Pido a mis dioses tutelares que no me pongan en trance de presenciar otra escena igual, porque aquélla la llevo en mi memoria como un abismo. Los dos hombres y el perro anduvieron un buen rato hasta ocultarse en el fondo de una torrentera. Casi arrastrándome, para que no me vieran, pude seguirlos. La mañana resplandecía como si tuviese el cuerpo de plata. De la cabila de allá abajo subía un cono de humo azul, el humo de las tortas de aceite de las moras. Yo vi cómo el oficial se desataba el cinto y ataba las patas del tierno prisionero. Vi después brillar en sus manos la pistola de reglamento y al asistente taparse los ojos con horror. No quise ver más. Y como enloquecido, sin cuidarme siquiera de que no me vieran, regresé corriendo al destacamento, saltándome la sangre en las venas como el agua de las crecidas.

Media hora después regresaron, solos, el oficial y el soldado. Ramón, con los ojos enrojecidos, se acercó a mí, temeroso.

—Sargento Arnedo… Yo, la verdad…

—Quita, quita. ¡Pelotillero! ¡Cobarde!

—Pero ¿qué iba a hacer, mi sargento?… No podía desobedecerle. Bastante vergüenza tuve. Dio un grito, sólo uno.

Me marché por no pegarle. Pero lo de Ojeda fue peor. Desde la desaparición del perro andaba con los ojos bajos y no hablaba con nadie. Merodeaba por los alrededores de la posición expuesto al paqueo. Un día apareció en el recinto, entre una nube de moscas, con el cadáver del perro, ya corrompido, en brazos. Pedro Núñez, que estaba de guardia, tuvo que despojarle violentamente de la querida piltrafa y tirar al barranco aquel montón de carne infecta.

VII. CONVOY DE AMOR

Esto no me ha sucedido a mí, porque a mí no me han pasado nunca cosas extraordinarias; pero le ocurrió a Manolo Pelayo, que estuvo a punto de ir a presidio por aquello. Desde entonces, Manolo Pelayo habla con un gran odio de las mujeres y pasea su celibato melancólico por las salas desiertas del Casino.

—Son la perdición… Son la perdición… —suele murmurar, con la cabeza apoyada en los cristales de la galería.

Por el paseo de enfrente cruzan las parejas de novios, guillotinadas por el crepúsculo. Manolo Pelayo, cuando se cansa de los divanes del Casino, se va al monte, a la caza de la perdiz o del jabalí. Allí permanece semanas enteras. Luego hemos sabido que, además de la cinegética, practica en la montaña el ejercicio sexual. Pero sin entusiasmo, como una jornada viril inevitable, deseando que todo se haga en el menor tiempo posible. Parece que las campesinas del contorno están maravilladas de aquel señorito huraño, al que reciben en el pajar o en la cuadra, en silencio y a oscuras, después de ajustar la entrevista con el criado. Para algunas es un arcángel violento, que lleva el ardiente dardo de la anunciación. Lo conduce la noche y en la noche se pierde, como un milagro atroz y dulce a la vez.

Manolo Pelayo fue cabo de un batallón expedicionario. Su sección estaba destacada en un puesto avanzado de Yebala. Hacía convoyes al zoco con frecuencia y alguna vez tuvo agresiones de importancia. Lo que voy a contar es mil veces más espantoso que un ataque rebelde. Al fin y al cabo, la guerra es una furia ciega en la cual no nos cabe la mayor responsabilidad. Un fusil encuentra siempre su razón en el fusil enemigo.

Pero esto es otra cosa, una cosa repugnante y triste.

Para comprenderlo hay que haber padecido a los veintitrés años la forzosa castidad de un campamento. Se remueven todas las escorias del instinto y emanan un vaho corrompido de sueños impuros, de bárbaras tentaciones, de angustias perennes. Ni la sed ni el hambre mortifican tanto como esta rebelión de la carne forzada por el

recuerdo y la fantasía. El alma se mezcla también en el clamor físico, azuza los sentidos como un cómplice cobarde y astuto. A veces, la nostalgia tierna del atardecer, el terror de la noche, la misma voz de la tierra distante, no son sino olas de lujuria coloreadas por el alma en vigilia. También de modo semejante vierte el cielo sus tintas en el mar.

El batallón de Manolo Pelayo llevaba siete meses en el campo. Siete meses en una posición pequeña, en uno de aquellos puestos perdidos, donde de repente le entra a uno el temor de que se han olvidado de él en las oficinas del mando. Cuando cada quince días llegaba al zoco aquel convoy, todos íbamos a verlo para cotejar nuestro aspecto con el de aquellos soldados rotos, consumidos y mustios. A su lado, nosotros éramos casi felices, con nuestras cantinas bien surtidas, nuestros periódicos de tres fechas y nuestros moros tranquilos que nos vendían a diario la fruta y la caza.

Una tarde, a la llegada de la camioneta de Tetuán, el zoco se alborotó con la presencia de una mujer. De una señora rubia y alegre, muy joven, que dejaba un rastro de perfumes. Todo el campamento se estremeció. Cada hombre era un nervio cargado de escalofríos voluptuosos. Los soldados salían a la puerta de los barracones, se subían a los muros de la explanada, corrían de un lado a otro, atropellándose para verla. Ella iba sembrando el escándalo de su juventud entre aquella chusma hambrienta, desorbitada y torva, que sentía al unísono el bárbaro acezar de la lujuria. Era asombroso cómo se abría paso la mujer entre la fronda de obscenidades, a la manera del sol en una floresta salvaje. Y su aroma quedaba quieto y denso en la pista, como si el aire fuera una vasija dispuesta para guardarlo. Yo vi aquel día a muchos compañeros míos aspirar fuerte el vapor de la viajera y tenderse después en la paja de la tienda, a solas con aquella fragancia, mareados deliciosamente por ella como por una droga.

La mujer rubia, con el sargento que la había acompañado desde Tetuán, penetró en la oficina del jefe de la posición. El jefe era el coronel Vilar, un hombre locuaz y alegre que en vísperas de operaciones, mientras los oficiales discutían de táctica y estrategia, ilustraba los mapas del Estado Mayor con dibujos obscenos. En aquel momento estaba de tertulia con el ayudante y el capellán. Al ver a la mujer, los tres se levantaron. El coronel Vilar, erguido, sonriente, no pudo menos de retorcerse el bigote entrecano.

—Mi coronel —anunció el sargento—: se trata de la esposa del teniente López, el de Audal. Trae una carta del alto comisario para usía.

—Sí, señor —dijo ella, adelantándose con un sobre en la mano—; el general es amigo mío.

—¡Ah!

Pero después de aquel ¡ah! exhalado en tono de suspiro, al coronel le costaba trabajo dejar de mirar a la recién llegada para leer la carta. Ella entonces se quitó el sombrero:

—¿Puedo quitarme el sombrero? Hace tanto calor…

—Quítese lo que quiera —exclamó el coronel—. Una mujer como usted manda siempre.

—Gracias… Vilar.

—Vi… Vilar. ¿Sabe usted mi apellido?

—¡Ay, qué gracia! ¡Pues claro! Y su nombre también: don Manuel. ¡Manolo!

—Eso, eso: Manolo. ¿De dónde nos conocemos, pues?

—¡Si lo dice el sobre!

El ayudante y el capellán se miraban asombrados. Al capellán, sobre todo, se le presentía desgranando mentalmente las sílabas de aquel «¡Manolo!» lanzado con tanta desenvoltura por la viajera. El sargento no sabía qué hacer:

—Mi coronel, yo…

—Sí, hombre, márchese.

Y luego, dirigiéndose a la mujer:

—Está usted muy bien así, sin sombrero.

—¿De verdad?

Estaba bien, muy bien. El pelo, libre, era un remolino de fuego. Toda ella estaba un poco sofocada.

—Estoy ardiendo. Mire usted este brazo. Lo tengo rojo. Arde.

El coronel se acercó tanto que ella tuvo que retirarse.

—Es verdad; arde.

El capellán dio un respingo ante el brazo desnudo:

—Mi coronel, si usted no me manda nada…

—Nada, nada. Hasta luego.

Al ayudante, miope, también le interesaba, por lo visto, aquel brazo ardiente y oloroso, porque no demostraba ninguna prisa por marcharse.

—Siéntese usted. Aquí hay una silla. Poco cómoda, porque en campaña… Siéntese usted, Carmen. Carmela, ¿no es eso?

—Eso es. Un nombre de morena dicen que es el mío. Ya ve usted, tan rubia…

—Pero usted es muy atrevida, Carmela. Venir así, sola, sin miedo al paqueo. ¡Mucho debe de querer a su marido!

—¡Huy! Muchísimo. Hace un año que no nos vemos. Yo me dije: «¡Pues cuando los moros no le han hecho a él nada, que se mete con ellos, no me van a matar a mí, que no pienso hacerles daño!».

—Sin embargo, sin embargo… Audal es un destacamento avanzado, a tres horas de camino, monte arriba.

—Además —objetó el ayudante—, allí no hay sitio para alojar a una mujer. Un barracón pequeño, sucio…

Pero Carmela no se arredraba:

—Es igual. A mí me encantan estas dificultades. Lo mismo me decía el general en Tetuán. Pero se me ha metido este viaje en la cabeza… ¡Ay! Me figuro la sorpresa de Pepe: «¿Tú aquí? ¿Tú aquí? ¡Loca! ¡Loca!». Y luego los abrazos, ¿sabe usted? ¡Qué sorpresa!

El coronel la escuchaba con la boca abierta:

—Bien, bien. Pues, nada; irá usted a Audal.

Y luego, dirigiéndose al ayudante:

—Ramírez, haga el favor de avisar al cabo del convoy de Audal que se presente a mí. Y que ensillen un mulo para Carmela.

—Perfectamente, mi coronel.

El ayudante, distendidas las aletas de la nariz por el perfume de Carmela, salió para cumplir la orden.

El cabo Pelayo se presentó en la oficina del coronel, con correaje y fusil. A pesar del uniforme descolorido por el agua y el sol, el cabo Pelayo tenía un aspecto agradable. Era un muchacho fuerte y distinguido, en el cual las privaciones de la campaña no habían dejado huella deprimente; al contrario, se le notaba enjuto y ágil como

un deportista. Al entrar le recibieron los ojos de Carmen, que en aquel momento comenzaron a gravitar sobre él como cuerpos celestes.

—Usted es el cabo de Audal, ¿no es eso?

—Sí, mi coronel.

—¿Cuánto tiempo tarda en llegar el convoy?

—Unas dos horas.

—Unas dos horas. Bien. Usted hace con frecuencia este servicio…

—Cada quince días. Hace siete meses que estamos destacados.

—Perfectamente. Esta señora irá con ustedes. Es la esposa del teniente. Usted me responde de ella con la cabeza. ¿Lo oye usted? Con la cabeza.

—Sí, mi coronel.

—¡Por Dios, Vilar! ¡Que yo no valgo tanto! —intervino Carmen, risueña—. ¡Pobre chico!

—Usted dispondrá la fuerza —siguió diciendo el coronel— de modo que esta señora vaya protegida mejor que nada. Mejor que el saco de los víveres. Con eso está dicho todo.

—Sí, mi coronel.

—Puede retirarse. ¡Ah! Cuando el convoy esté preparado, avíseme.

Minutos después el convoy de Audal estaba en la carretera, dispuesto a partir. Lo componían el cabo, seis soldados, dos acemileros y dos mulos. En uno de éstos se habían colocado una jamuga para Carmen, que llegó con el coronel entre una doble fila de ojos anhelantes. El coronel la ayudó a subir a la cabalgadura, sosteniendo en su mano, a manera de estribo, el pie pequeño y firme. Fue aquél un instante espléndido e inolvidable, porque, por primera vez y en muchos meses, los soldados del zoco vieron una auténtica pierna de mujer, modelada mil veces con la cal del pensamiento. Ya a caballo, Carmen repartía risas y bromas sobre el campamento, sin pensar que sembraba una cosecha de sueños angustiosos. Diana refulgente sobre la miseria de la guerra, en lo alto de un mulo regimental, mientras los soldados la seguían como una manada de alimañas en celo, Carmen era otra vez la Eva primigenia que ofrecía, entre otras promesas y desdenes, el dulce fruto pecaminoso.

Aquellos hombres se custodiaban a sí mismos. Porque, de vez en cuando, la falda exigua descubría un trozo de muslo, y algún soldado, sudoroso y rojo, exhalaba un gruñido terrible.

El sol bruñía la montaña y calcinaba los pedruscos. Al cuarto de hora de camino, Carmen pidió agua. El cabo le entregó su cantimplora y ella bebió hasta vaciarla.

—¡Qué calor, Dios mío! ¿Falta mucho?

—¡Huy, todavía!…

Le cayeron unas gotas en la garganta y ella bajó el escote para secarse. Pelayo sintió que la sangre le afluía a las sienes como una inundación.

Al devolverle la cantimplora, Carmen le rozó los dedos con su mano. Y Manolo Pelayo estuvo a punto de tirar el fusil y detener al mulo por la brida, como los salteadores andaluces.

—Usted será soltero, ¿verdad? —le dijo Carmen.

—Sí, señorita.

—¿Con novia?

—¡Bah! Tanto tiempo lejos… Ya no se acuerdan.

—¡Qué ingratas! Un muchacho tan simpático…

—Muchas gracias.

—Y éstos ¿tienen novia?

—Aquél y éste —dijo señalando a dos de los soldados— sí la tienen. Oye, López, ¿cómo se llama tu novia?

—Adela.

—Bonito nombre —declaró Carmen—. Será muy guapa.

—Sí… Pero usted es más.

Y López acompañó el piropo de una carcajada metálica, casi obscena.

—Eres muy galante, López —replicó la viajera—. Que no lo sepa Adela.

—Es que yo… Verá usted… Yo…

Pero a López debía de ocurrírsele una barbaridad, porque, de pronto, se quedó muy serio, prendido en los labios de Carmen, como un moscardón en un tarro de miel.

El calor era asfixiante. La pista era ahora una pendiente callosa, sin un árbol, ni una hierba, ni un pájaro. Los mulos ascendían trabajosamente en zigzag.

—Cabo —exclamó Carmela—, ¿a que no sabe usted lo que me gustaría ahora?

—No sé.

—Tirar toda esta ropa que llevo empapada de sudor y tostarme al sol.

Aquella incitación enardeció a los hombres todavía más. Ya no sentían el calor ni el cansancio, sino la lujuria que se les enroscaba a los hombros brutalmente. Manolo Pelayo quiso desviar el diálogo:

—Ahora llegamos enseguida a un camino de cabila, con higueras. Allí podremos descansar.

—Deme usted agua —pidió Carmen.

—No me queda. López, trae tu cantimplora —López entregó a Carmen la cantimplora. Para beber, ella detuvo el mulo, y los dos se quedaron un poco rezagados.

—Está buena.

—Yo le echo anís, ¿sabe usted? Y está más fresca.

—¿Qué es lo que te gusta a ti más, López? Quiero hacerte un regalo.

—¡Huy! ¿A mí? Pues a mí me gustan… ¡No se lo dirá usted al teniente!

—Claro que no.

—Pues a mí me gustan… las mozas. A mí me gustan las mozas una barbaridad.

—¿Y si se entera Adela?

Otra vez Carmen se incorporó al convoy, que momentos después ganó la cumbre del monte. Dos higueras enclenques —heroicas hilanderas del sol del desierto— fabricaban allí un poco de sombra. En la cumbre era la atmósfera más fina, pero se notaba el mismo calor. Sin embargo, la presencia de la cabila, allá abajo, destruía la sensación de soledad que hasta entonces petrificara el paisaje. El cabo dio la voz de ¡alto! y los soldados se tumbaron, rendidos y febriles, después de desabrocharse los correajes.

—Dejad la sombra para la señora —ordenó Pelayo.

—No, no; cabemos todos. No se muevan.

Ella descendió de un salto y fue a sentarse con los soldados, como una llama entre carbones. Después, pidió el estuche de viaje. Con una toalla se secó bien el rostro y se friccionó con colonia la cabeza y los brazos. Pelayo, de pie, inquieto y hosco, la miraba de reojo. Carmen sacó un espejo de plata y un peine, y se peinó.

—A ver: ¿quién quiere colonia? Voy a perfumaros a todos —dijo Carmen—. Primero a ti, López. Ven aquí.

López se acurrucó a sus pies, como un simio. Y Carmen le vació medio frasco en la cabezota salvaje.

—¡Huy! ¡Huy! ¡Cómo pica!

Los perfumó a todos, uno a uno.

—¿Usted no quiere, cabo?

—No.

—Me desprecia. Bueno…

Después se acostó, boca arriba, con las manos a modo de almohada. Toda ella era un vaho sensual. Su pecho, pequeño, palpitaba con fuerza. Los soldados, con el aliento entrecortado, se apretaban a ella, que parecía no darse cuenta del silencioso cerco. López tenía la boca pegada a su tobillo. Pelayo, indignado, gritó:

—Vamos a seguir. ¡Hala!

Carmen le detuvo:

—Otro poquito, cabo. ¡Estoy tan sofocada!

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Manolo Pelayo, frenético, instaba al montón de soldados, que no le hacía caso. El grupo iba haciéndose cada vez más compacto alrededor de Carmen.

—¿Lo oís? ¡A formar! Pero ¿no oís?

No oían. Uno se atrevió a poner la mano en un brazo de Carmen, que se echó a reír, diabólica. Y entonces sucedió algo monstruoso. López, de un brinco, se lanzó sobre Carmen y le aferró los labios con los suyos. Y como si aquélla fuera la señal, todos se abalanzaron sobre la mujer al mismo tiempo, feroces, siniestros, desorbitados, disputándosela a mordiscos, a puñetazos.

—¿Qué es eso? ¡López! ¡Martínez!

Manolo Pelayo se echó el fusil a la cara y disparó dos veces. Los alaridos de júbilo se transformaron en gritos de dolor. El grupo se deshizo y todos fueron cayendo uno aquí y otro allá, bañados en sangre. Carmen, hollada, pisoteada, estaba muerta de un balazo en la frente.

LA VENUS MECÁNICA

I

—Déjeme. Déjeme. No podemos hablar.

—¿Nunca?

—Pues claro.

—Me tiraré delante del taxi, a que me mate.

Se echó a reír, y después de cerrada la portezuela aún sintió Víctor su carcajada chafarse en los cristales. Pero el chófer fue más insolente:

—Se ríe de usted —le dijo, al tiempo que arrancaba.

—¡Imbécil!

Midió bastante bien la voz, porque el mecánico no debió de oír el insulto. En cambio, la dignidad de Víctor se irguió satisfecha y petulante, mientras un guardia, con gesto de prestímano, le escamoteaba aquel automóvil en plena calle de Alcalá.

Se encontró de nuevo a solas con su cólera de muchacho tímido y soberbio; su cólera pueril, donde poco a poco se iba sumiendo, como en un pantano, la risa de antes. «Debí haberla seguido.» «Debí tomar otro taxi, a ver dónde vive.» «Soy un idiota.» Quiso componer su rostro con fracciones de recuerdo, con rasgos cazados apresuradamente en la brevísima escena. «Tiene la nariz así.» «No, no es así.» «Y la boca…» «Los ojos, negros; desde luego, negros.» «Pero la nariz…» Se paró frente a un escaparate, sin mirarlo, distraído con aquel rompecabezas interior. Nada, no recordaba bien. Sin embargo, aquella cara tenía para él un aire conocido. «Parece que la he visto en algún sitio.» «A lo mejor es la mujer de algún amigo.» Porque en estas efímeras aventuras de la calle, lo que le daba más terror era pensar que la mujer acosada fuese la que días antes le había sido presentada precipitadamente por alguna persona de su intimidad. ¿Qué género de memoria era la suya, que en su fondo turbio sentía estremecerse, en desconcertante confusión, partículas de recuerdos y larvas de presentimientos, residuos de pasado y átomos de futuro? A veces no sabría decir si una videncia cualquiera, un temor o un gozo, habían sido ya suyos o es que iban a su encuentro por primera vez. Debe de haber un túnel secreto en nuestra conciencia por

donde se comuniquen la memoria y el corazón. Por eso su madre, cuando le enseñaba inglés, le decía: «Saber de memoria se dice *to know by heart*. O sea "saber de corazón"». Acaso esa mezcla de memoria y corazón le había despistado con la imponderable transeúnte. Porque habían sido cinco minutos nada más los transcurridos en la persecución. La vio bajar del taxi para entrar en una perfumería, y entonces se miraron. Víctor fue de nuevo, un instante, ese hombre de guardia a las puertas de una tienda, ese mendigo de palabras y sonrisas fugaces, ese misógino devorador de citas falsas y respuestas equívocas que desgasta su alma en todos los quicios y todas las esquinas. Por eso, para desquitarse, cuando la desconocida salió con sus paquetes, la afrontó decidido, hasta incurrir en la burla del chófer.

Pero, en fin, aquella mujer ya no existía. Se había diluido como una gota azul en el torrente urbano de las ocho de la noche. Cruzó la calle de Peligros y salió a la Gran Vía, casi contento de encontrarse otra vez con su libre albedrío, lejos de la complicación amorosa que desbarataba sus horas y le tenía semanas enteras alejado del trabajo. Desde la ventana de un café le llamaron a gritos:

—¡Víctor! ¡Víctor!

Era Augusto Sureda, el psiquiatra de moda, al que llamaban en el Ateneo el «médico de las locas». Por su consulta desfilaban, efectivamente, aristócratas y burguesas de nervios descompuestos, muchachas de sexualidad pervertida, matronas menopáusicas; en una palabra: las «histéricas de primera clase». Muchas no mostraban otro síntoma de histerismo que el de acercarse al mundano doctor, famoso en plena juventud, que, siendo el favorito de las gentes distinguidas, sufría arrebatos políticos y vehemencias democráticas. Las viejas condesas se escandalizaban de que sus hijas confiasen los pensamientos más vergonzosos, las inquietudes o los deseos que en otra época sólo se descubrían ante la rejilla del confesionario, a un hombre joven e impío que aseguraba muy serio que un vómito provenía de cierta frase obscena escuchada por la paciente en un almuerzo elegante celebrado años atrás. El doctor Sureda, además, no tenía inconveniente en sentarse en las tertulias de los cafés entre estudiantes, artistas y profesionales anónimos, gentes deslenguadas que hacían chistes a costa de los reyes desterrados y nombraban Rusia con emoción.

Víctor entró en el café y se sentó con el médico, que acababa de arrojar sobre una silla un periódico recién comprado.

—¿Qué hay, doctor?

—Estoy indignado. Acabo de leer la reorganización del Gobierno. Otros dos cretinos en los ministerios nuevos. Pero ¿adónde vamos a parar?

—A mí ya no me asombra nada. Es un Gobierno de compadres que resume la idiotez nacional. Créalo usted, Sureda: pertenecemos a un país viejo, agotado e inculto que duerme a la sombra de sus tópicos. Aparte de unos cuantos que compran libros, que hacen viajes de vez en cuando, a los demás no les importa nada eso que llaman vida pública.

—No, no. No estoy de acuerdo, Víctor. Usted es extremoso en el entusiasmo y en el pesimismo. Muy español, demasiado español. Algo le ha contrariado a usted hoy.

—Quizá.

—Claro. Ese juicio es otro lugar común en labios de un muchacho inteligente. Yo confío en el pueblo. Hay que guiarlo. Hay que enardecerlo… ¿Qué toma usted?

—No sé… Una copa de jerez.

Mientras el camarero iba por ella, Víctor continuó:

—Por supuesto que lo que pasa por ahí fuera es idéntico. Una Sociedad de Naciones que celebra Conferencias del Desarme para armarse; histriones que se hacen reyes y dictadores; rastacueros republicanos que se desmayan de gozo en las antesalas palaciegas. ¡Un asco!

Víctor se bebió de un trago el aperitivo, mientras la fina sonrisa del médico neutralizaba aquella extemporánea irritación.

—Entonces, querido, no nos queda más que la utopía, el feliz país de mis locos.

—No creo en Occidente, doctor. No creo en la cultura occidental, ni en la política occidental, ni en la diplomacia occidental. No creo en otra cosa que en la violencia.

Sureda se echó a reír:

—El camarero piensa que usted está enfadado de veras.

Y luego, cambiando de tono:

—Yo tampoco creo demasiado en todo eso. Pero el camino de la revolución es diferente en cada pueblo. Aquí, todavía los librepensadores bautizan a sus hijos y anuncian en los periódicos que han tomado la primera comunión. Usted sabe bien el heroísmo que supone por esas provincias ser liberal, estar frente al cura y al terra-

teniente, leer un periódico avanzado; por ahora, ése es el único drama del hombre español.

—Cierto. Pero ¿qué se puede hacer? Por uno que sienta eso, hay un centenar de indiferentes. Y, luego, esa mugre del casticismo, abajo y arriba. Mire, mire usted —agregó Víctor, señalando una de las mesas—: esa pareja es el símbolo de la vida nacional.

—¡Ah! El general Villagomil. Y ¿quién es ella?

—Una ex camarera: la Milagritos. Lleva un convoy de alhajas encima. Es de esas andaluzas que disimulan su estupidez con un papirotazo y un *¡Grasioso!* insoportables. Se trata de la mujer de mayor influencia en el país.

—Una especie de madame Du Barry analfabeta.

—Y con moño. Hasta las cocotas son aquí reaccionarias. En fin, voy a limpiarme los zapatos. ¡Limpiabotas!

—También eso es bien español, Víctor. Ya sabe usted lo que decía Trotski.

—Sí. Que España es el país de los zapatos brillantes y el corazón sombrío. Tiene razón.

II

La conversación con el médico le había eliminado las últimas toxinas del mal humor. Víctor, enfermo del hígado a los treinta años, necesitaba con frecuencia descargar aquel órgano desmoralizado de su fluido de acritud.

Una contrariedad cualquiera le oprimía el resorte hepático, y entonces se producían en él terremotos de rabia, conmociones furiosas que hacían trepidar su conciencia. Era la hora de escribir. Sus artículos resultaban después iracundos y ardientes, como si conservasen aún el plomo derretido de la linotipia. No era raro que las manos de acero del fiscal acudiesen a detener el fuego sedicioso. El doctor Sureda solía decir:

—¡Y que todo dependa de una simple insuficiencia biliar! El día que Víctor esté bien, se acabó el revolucionario. No hay más remedio que cuidar ese hígado para que no se cure nunca.

Con su zumbido de avión prisionero, el ascensor dejó a Víctor en el quinto piso de la Gran Vía, donde estaba instalado su hotel, pequeño hotel hermafrodita, pues era mixto de hotel y pensión. La célula primaria de aquel alojamiento había sido una modesta casa de huéspedes de la calle de Jacometrezo, en la que predominaban estudiantes y burócratas. Al desaparecer el viejo reducto de la galantería económica, en cuyos portales celebraban asamblea nocturna las musas de don Emilio Carrere, la hospedería se hizo pensión y ascendió a un alto piso de la avenida de Pi y Margall. Los estudiantes se transformaron en opositores y los burócratas en viajantes catalanes. Había camareras con cofia y cocinero. Más tarde, la pensión descendió dos pisos, y quedó convertida en hotel. La servidumbre fue aumentada con un mínimo elemento de la hostelería europea, un botones uniformado, y los clientes eran ya turistas, cocotas caras, bailarinas y empleados de la industria extranjera de la posguerra. Víctor vivía allí porque en el mismo piso estaba la agencia periodística que él dirigía.

Entró en el comedor para cenar, y desde su mesa, mientras le servían la sopa, inició el ejercicio eterno de mirar a las mujeres, delicioso ejercicio que se practica en to-

dos los comedores de la tierra. Casi todas eran conocidas. Una alemanita de pelo color cerveza, cuyos ojos huían como pájaros asustados de la imponente recriminación de su marido. Dos inglesitas infatigables en el manejo del *Baedecker* y el diccionario inglés-español. Una eminente actriz española, que ocupaba dos mesas, con su amante, el empresario, su otro amante, el primer actor y tres hijos de su marido legítimo, estoico representante de la compañía. Una abundante matrona de provincias. Una cocotilla insignificante… Pero la mirada de Víctor se detuvo en la pareja desconocida: dos damas que comían lejos, cerca del balcón. A una la veía difícilmente, porque estaba casi de espaldas. A la otra, en cambio, pudo observarla Víctor a su antojo. Desde luego, extranjera. El rostro aniñado, un poco andrógino, el sombrero de muchacho y la blusa cerrada sugerían una de esas bellezas preparadas por la química cosmopolita. Más que mujeres, esquemas de mujeres, como las pinturas de Picasso. Pura geometría, donde ha quedado la línea sucinta e imprescindible. Víctor pensó en lo lejos que se encontraba aquella mujer de la mujer académica, mórbida y maternal, capaz de promover el entusiasmo erótico del bosquimano. Ésta sería el tope de la especie, la etapa última del sexo. En realidad, aquella figura no era ya un producto natural, sino artificial. Pero un producto encantador. Aquel ser no podría cuajar por sí solo en el misterioso laboratorio del útero. Era una sutil colaboración de la máquina y la industria, de la técnica y el arte. Alimentos concentrados, brisas artificiales del automóvil y el ventilador eléctrico, iodos de tocador, sombras de cinema y claridades de gas.

Esa mujer, más que la hija de su madre —seguía meditando Víctor—, es hija de los ingenieros, de los modistos, de los perfumistas, de los operadores, de los mecánicos. Cuando la civilización penetre totalmente en la vida, sin que ninguna de sus capas quede virgen, entonces aparecerá la mujer *standard*, la mujer Ford o la mujer Citroën.

«Estoy bebiendo demasiada agua mineral —pensó Víctor—. Me parece que pierdo la cabeza.» ¿Y esa alma? ¿Cómo será esa alma? Un latino no podrá nunca contemplar a la mujer sino como una deidad caprichosa y terrible. Un gesto, una palabra, una sonrisa, son la llave del paraíso o del infierno, del amor o de la indiferencia. Víctor se reconocía ante la inédita extranjera mucho peor que un latino: se veía cargado con las cadenas del español celoso, brutal, caballeresco. Estaba ya deseándola, rodeándola de complicaciones y peligros, amándola con el incomparable amor que

precede a todas las intimidades. «En esto soy todavía un poco salvaje.» Porque el secreto puede que esté en la trivialidad de un diálogo sostenido en el vestíbulo de un cine, en el fondo de un taxi o en el rincón de un restaurante, ante la embozada botella y la verde pirámide de las frutas. Víctor, de cada mujer que había pasado por su vida, con paso apresurado o lento, recordaba esos instantes únicos que eran a modo de señales para fijar la historia de una pasión, y que al fin valían más que la pasión misma. Que esas mujeres, delgadas y esbeltas como vegetales, no tengan abrazo de yedra, sino tacto de magnolia. Ningún instrumento tan primoroso como ellas para comer bombones, sumergirse en la electricidad de las pieles o surcar el lomo de las alfombras. Si Augusto Sureda pudiese ahora sorprender sus pensamientos, le diría lo de siempre: «Dos hombres viven en usted en constante disputa: el español secular y el europeo civilizado. Lo que repugna a uno le agrada al otro, y viceversa. ¡Una tragedia!».

Las dos mujeres habían terminado de comer, y pedían café. Víctor, distraídamente, daba fin también a un filete de ternera, única carne que no entraba en colisión con su hígado. «Será preciso informarse —se dijo—. Parecen interesantes.» Llamó a la camarera:

—¿Quiénes son esas señoras?

—¡Anda! Pues llevan ya dos días en casa.

—No las vi en el comedor hasta hoy.

—Una dicen que es condesa… Pero vaya usted a saber… A lo mejor, una prójima. Son extranjeras. Vienen de Bilbao.

En tal momento, la que estaba de espaldas cambió de sitio, sin duda para observar mejor a los restantes comensales. Víctor tuvo que reprimir un grito de sorpresa. ¡Cómo! Era la que momentos antes, en la calle, se había burlado de él con graciosa insolencia. Y sin duda le reconocía, puesto que a la segunda mirada cuchicheó con su compañera y reprimió la risa que otra vez quería escapársele como un borbotón de malicia.

Víctor, que desenfundaba un plátano, lo dejó intacto en el plato y fue hasta la mesa de las forasteras.

—Perdón, señorita. Quiero ofrecerle ahora mis respetos, ya que antes llevaba usted tanta prisa.

—¡Oh!, muchas gracias. Pero entonces no era ocasión.

—¿Y ahora?

—¡Bah! Ahora, tampoco. Pero ya que somos compañeros de hotel… Voy a presentarle. El señor… No sé cómo se llama…

—Víctor Murias, periodista.

—El señor Murias, que todavía persigue a las mujeres en la calle. La condesa Edith Kasor, de Viena, mi amiga. Yo me llamo Elvira.

La condesa extendió la mano a Víctor desdeñosamente y siguió moviendo el café.

—Puede sentarse, ¿no es cierto, Edith?

—Sí, sí.

La escena había promovido en el comedor cierta sensación. La voluminosa matrona de provincias les miraba con ojos de terror, como quien está pensando: «¡Qué desfachatez! ¡Y cómo van vestidas esas desgraciadas!». La cocotilla de la otra mesa, contrariada porque nadie se fijaba en ella, hubo de salir precipitadamente, sin disimular un gesto de rabioso desprecio. Solamente las dos inglesas seguían descifrando itinerarios y discutiendo en voz baja.

—Mi amiga no conoce Madrid —le dijo Elvira—, y estoy haciendo de «cicerona».

—Madrid —dijo la condesa en un español lento, pronunciado con bastante corrección— es una ciudad muy hermosa.

—Desde ahora lo será más, porque está usted.

—Gracias.

Víctor se arrepintió en el acto de aquel piropo hosteril, indigno de un intelectual y más indigno aún de una condesa.

—Como usted ve, Edith —dijo Elvira—, el señor Murias es un galanteador temible. A mí me ha bloqueado esta tarde, y tuvo que salvarme un chófer.

—No se burle.

Elvira extrajo de su bolso una caja de cigarrillos ingleses, y los tres se pusieron a fumar y a charlar. A charlar de España, de Madrid, del amor y de mil cosas igualmente indiferentes.

III

Elvira Vega había nacido en Sevilla. A los dieciocho años contrajo matrimonio en Madrid, y a los veinte, en París, abandonó a su marido para hacerse amante del embajador de la Argentina.

—Mi marido era simpático, pero no me daba dinero, porque se lo gastaba en los *music-halls*. Yo, naturalmente, no estaba enamorada de él. Tenía yo misma que limpiar la casa y hacerme la ropa y la comida. Desde la ventana veía pasar a los trasnochadores y divisaba los rótulos luminosos de los cines. Un día, un señor de cierta edad me siguió por la calle y me invitó a dar un paseo en coche por el Bosque de Bolonia. Era el embajador. Hacía mucho que no paseaba en coche, y acepté. Como volvimos tarde, el embajador me llevó a su hotel. Allí daba gusto estar, porque había personas distinguidas y servían unos postres riquísimos. Me quedé, y no volví a ver a mi marido. Es decir, sí, le vi una tarde, desde el auto, y le dije adiós con la mano. Se quedó parado, con los ojos muy abiertos, como un tonto. Por poco le baña un manguero.

Al embajador le trasladaron a Berlín, y Elvira fue embajadora cerca del apoderado de Dios en la tierra de Guillermo de Hohenzollern.

—El káiser me hacía mucha gracia, no lo podía remediar. Se parecía bastante al portero de mi hotel de París, que también se engomaba el bigote y daba órdenes en el *hall* al grupo de botones. «Es un hombre de hierro, como Bismarck», decía mi buen embajador. Y yo le veía desmontado, pieza por pieza, quitándose el casco, los guantes, las cruces, el sable, las espuelas. «Es un montón de chatarra, querido.» Ahora dicen que se ha casado otra vez. Pues debe de ser como acostarse con una estatua caída.

En Alemania hizo Elvira su carrera mundana.

—El embajador era muy bueno conmigo, muy respetuoso. Claro que yo no había sido una cocota, sino una muchacha de muy buena educación, una incomprendida, como tantas otras que andan por ahí. Me gustaban las perlas, las pieles, las carreras de caballos. Mi marido no se había dado cuenta. En cambio, el embajador… ¡Qué hombre más espléndido! A él le gustaba todo lo antiguo: heráldica, los cuadros,

y a mí todo lo nuevo, todo lo que veía en los almacenes y en los bazares. «Cosita querida, mi viejita linda, no sabes lo que me gustaría casarme contigo. Pero aquella mujer…» Aquella mujer, la suya, había abandonado a mi pobre embajador. ¡Una canallada! ¡Dejar plantado a un hombre tan generoso y tan fino! Por supuesto, yo no le hice nunca traición en Alemania. Bueno, y en Austria, lo que se dice traición, tampoco. Cuando fuimos a Viena tuve algún *flirt* y una sola pasión que duró cuatro meses escasos. Era una persona grata al embajador, un duque, aficionado, como él, a la heráldica. Precisamente hermano de la condesa Edith, a quien conozco desde entonces. Murió en la guerra. Entonces yo creía estar enamorada de él. Pero ahora pienso que quizá no era cierto, porque me resultaba demasiado rubio. El embajador no lo sospechó nunca; pero tratándose de un duque, y además coleccionista, estoy segura de que me lo hubiera perdonado. Por cierto que en Viena le di un grandísimo disgusto. Fue en un baile, en la Embajada norteamericana. Asistía la familia real, el Gobierno, el cuerpo diplomático y lo mejor de la aristocracia. Un militarcito muy petulante, que me hacía el amor descaradamente, me sacó a bailar, y en una vuelta se atrevió a darme un beso. Yo me paré en seco y le sacudí una bofetada. El barullo fue enorme. Era la primera vez que una embajadora utilizaba argumentos tan poco diplomáticos. El pobre embajador estuvo a punto de tener que batirse, y no le quedó otro recurso que pedir el traslado. «Mi viejita, eres demasiado nerviosa. Después de todo, un beso no tiene importancia. Además, ese joven es un barón. Su escudo tiene tres cuarteles.» Meses más tarde estalló la guerra, y nos fuimos a Buenos Aires. El embajador enfermó de diabetes, y se murió una noche leyendo el *Gotha*. Sin duda, lo leía para dormirse, y como es un libro tan pesado, se durmió definitivamente. ¡El pobre! Lloré por él, entre otras razones porque no me olvidó en su testamento. Pero no me vestí de luto, porque me sienta mal. Poco después regresé a España, de donde había salido ocho años antes. En San Sebastián me encontré a la condesa, arruinada por la guerra, expulsada de su patria con la emperatriz. Es muy inteligente y muy desgraciada. Y bonita, ¿verdad?

IV

—Y BIEN, ya sabe usted mi historia. Cuénteme ahora la suya.

—¡Bah! Yo apenas tengo historia. Estuve en un colegio de frailes, y un día me puse muy enfermo porque Dios en persona entró en mi cuarto a verme. Era un muchacho con demasiada imaginación. Tuvieron que sacarme de allí y matricularme en el instituto. Después me expulsaron de la universidad porque capitaneaba una huelga. Entonces me marché a Londres con un tío mío, comerciante. Pero yo no trabajaba. No hacía más que leer escondido entre los bultos del almacén. Mi tío me devolvió a casa y le escribió a mi padre: «Ese chico no sirve para los negocios. Es un botarate, que se dedica a leer los artículos de los periódicos». Luego me suspendieron en unas oposiciones. ¡Nada, un desastre! Un día, en el Ateneo, me encontré a míster Harris, un inglés ridículo que se entusiasmó porque le recité a Shakespeare en inglés y le dije que admiraba a míster Bernard Shaw. Míster Harris me llevó a su agencia, y al marcharse él le sustituí en la dirección. Es un oficio fácil.

—Ese Shaw es también periodista, ¿verdad? —preguntó Elvira.

—Una cosa parecida.

—Yo conocí en París a un escritor muy simpático. Pero al embajador no le agradaba que hablase con él. Decía que los escritores son gente de vida muy desarreglada y que, además, se dedican a desacreditar a las personas honorables.

—Habría que saber a quiénes llamaba personas honorables el señor embajador.

—La verdad es que era un poquito majadero. No puedo quejarme de su conducta; pero cuando se murió, fue como si una puerta por donde yo tuviese que salir quedase libre. ¿Podrá usted creer que me entraron unas ganas enormes de divertirme? Luego pensé que eso no estuvo bien.

—¿Por qué no? —repuso Víctor—. El ideal no debe ser tener un amante rico, sino heredarlo.

—Entonces, ¿usted no toma en serio eso del cariño y la gratitud?

—¡Qué sé yo! Nadie hace nada desinteresadamente. No hay que agradecer mucho las cosas, ni tampoco amarlas demasiado.

Elvira se echó a reír.

—Pero un embajador no es una cosa.

—Claro que no. Pero mi teoría puede aplicarse también a los embajadores.

—¿Y el amor?

—¡Ah! ¡Qué sé yo! Puede que no sea sino un espejismo, un engaño más.

—Por eso yo no lo he tomado en serio nunca. He procurado divertirme. Además, me aburren las personas tristes.

—Como yo.

—No. Usted… No sé qué pensar de usted, la verdad. Unas veces tan simpático y otras tan agrio, tan raro. Se lo digo a Edith muchas veces: «¡Pero este muchacho es un tipo incomprensible!». Y ella me contesta que no, que es usted como todo el mundo.

—Un tipo vulgar, vaya.

—Es que Edith también tiene un tipo inexplicable. El cambio de vida para ella ha sido terrible. Y, además, no se queja, no habla. ¡Si usted la hubiera conocido! La mujer más orgullosa de Viena, la más distinguida. Y ahora, en la miseria. Con el dinero que le envían apenas podría pagar el hotel.

—Que se dedique a algo.

—Pero, hombre, ¿a qué se va a dedicar una condesa?

—Es verdad. Un aristócrata no sirve para nada.

—Para mí no sería problema, le advierto. Una mujer elegante, que no tiene más de treinta años y con una novela detrás, encuentra siempre un amante que le convenga. Yo se lo digo muchas veces. Pero es tan orgullosa y tan fría…

—Terminará por convencerse.

—No sé, no sé. Quiere tomar un piso modesto y vivir alejada de todo. No lo comprendo.

—Querrá dedicarse a la mortificación.

—No se burle de la desgracia. No sea cruel.

—No me burlo, Elvira. Precisamente siento por Edith una gran piedad.

—Y, además, le gusta a usted.

—Y, además, me gusta. Pero no puedo menos de pensar que el mundo recobra su equilibrio: que nacer noble ya no significa nada; más bien, un estorbo.

—¡Ah! ¿Usted es un revolucionario? ¡Qué horror! —exclamó Elvira entre risas.

—Ojalá lo fuese.

—¡Ya! Usted es un aficionado. De todas maneras, me da usted miedo. ¿Dónde trae las bombas? ¡Ahí, en la americana! A ver, a ver…

Y las manos de Elvira gateaban por el pecho de Víctor, burlonas e insidiosas. Él le apresó una con fuerza en un acceso sensual y se la fue soltando poco a poco, hasta vencer aquel súbito arrebato. Elvira, un poco sofocada, se apartó.

—Me hizo usted daño. Tiene usted una vehemencia salvaje.

—Y usted una atracción irresistible.

—Usted, Víctor, es de esos hombres que no nos convienen a las mujeres. De esos que quieren devorarnos en el primer minuto. Son los que se cansan enseguida. ¿Quiere usted que demos un paseo?

—¿Y Edith?

—Está con jaqueca esta tarde. No sale.

—¿Y adónde iremos?

—Quiero pasar por delante de la casa donde viví de niña. Allá, en la calle de la Princesa. Hace años que no la veo. Voy a vestirme.

Poco después, Elvira y Víctor salieron del hotel y tomaron un tranvía. Era en otoño, y el sol de las cuatro de la tarde era un sol delgado, extenuado sobre los edificios y las calles: un sol como la última tela que le faltase por desgarrar al invierno. Se apearon al pie de la estatua de Argüelles.

—Era el número 54.

Pero el número 54 correspondía a un edificio en construcción, un esqueleto gris, de tablas y piedra, donde cabalgaban los albañiles de blusas blancas. Tancredos temerarios frente al toro del vértigo.

Elvira se quedó pensativa ante la obra. Víctor dijo:

—¡Qué lástima! Ha llegado usted tarde.

—Es verdad. Pues ahí me asomaba yo, de niña. En el bajo había una tiendecita de telas, donde compraban sus percales las criadas. A las seis pasaba todos los días un muchacho de pantalón corto, demasiado crecido para su edad. Me miraba sin decir

nada y volvía la cabeza muchas veces hasta desaparecer en aquella esquina. Yo les decía a mis amiguitas que era mi novio…

—¿Seguimos hasta la Moncloa?

—No, no. Se me han quitado las ganas. Vámonos a un cine, a un café, a cualquier sitio. No quiero ponerme triste.

V

Elvira se hizo amiga de la eminente actriz, que trabajaba entonces en el teatro Fontalba. Era una mujer ancha, de mirada vacuna, que alternaba la alta comedia con el «astracán» para demostrar su «flexibilidad artística», frase favorita de los críticos al juzgarla. Ascendía de tabernera a duquesa sin más transición que la de una función a otra. «En eso —decía Víctor— imita perfectamente a muchas de nuestras duquesas.» Cuando le presentaron a Edith, repasó todas sus relaciones aristocráticas.

—La de Arnal estuvo en mi cuarto el otro día a felicitarme. Mañana estoy invitada a pasear en coche con Elena Troya. No sé si podré ir, porque estoy ocupadísima. ¡Este teatro! ¡Oh, es abrumador! ¡Pero amo tanto el arte! Le aseguro a usted, condesa, que sin el teatro me moriría. He nacido para el arte.

La actriz regaló un palco a la condesa y a Elvira y las invitó a su cuarto. Víctor asistió con ellas a la sección *vermut*, donde se representaba una obra de Benavente con muchas marquesas y muchos duques. A Elvira le interesaba grandemente todo lo que ocurría en el escenario; pero Edith, que había ya dado muestras de fastidio, exclamó:

—¡Pero ésta es una colección de majaderos!

—Son aristócratas —aclaró Víctor.

—Es imposible que haya nadie que hable así ni que proceda de esa manera. Ese hombre no conoce el mundo.

—Claro que no. Se ha pasado la vida en los cafés.

—Y esa actriz, ¡qué exagerada!

—De la escuela española. Es capaz de pedir un chocolate patéticamente.

Al final de la representación fueron al cuarto de la actriz, que conservaba puesto el traje de la escena, por el cual le desbordaban las grasas. Estallaba de vanidad, pero fingía una sonrisa de modestia y contestaba las felicitaciones. «¡Por Dios! No merece la pena. El público estuvo muy cariñoso.»

Con ella, además del amante de turno, estaban un autor próximo a estrenar y un arquitecto amigo de Víctor, que acababa de regresar de Alemania, muy aficionado a las actrices.

—No sabía que usted cultivase también el género dramático —le dijo Víctor.

—Sí. En el lírico hay mucha competencia. Les ha dado por ir a los ricos de la guerra, y le vencen a uno. Éstas son menos interesadas.

La comedianta recibió a Edith y a Elvira con el mismo júbilo de la escena. Para aquella mujer, la vida era una constante representación teatral. Les presentó al autor nonato, un cretinillo con lentes que había fracasado en todos los géneros y que no cesaba de adular a la cómica:

—¡Maravillosa! ¡Estuvo maravillosa! Aquella escena del jardín… A mí todavía me dura la emoción.

Y se quitaba los lentes para frotar los cristales con el pañuelo. A Víctor le dieron ganas de pegarle.

De pronto un actor llegó corriendo con la noticia:

—El general Villagomil… El general Villagomil viene a saludarla.

La actriz se puso casi lívida de alegría.

—¿Quién? ¿El general? ¿El ministro?

Ya no atendía a nadie. No hacía más que bambolearse delante del espejo.

—Estoy muy pálida… Debí ponerme más color. Sí, sí, un poco de color…

La voz del general llegaba antes que él, jacarandosa y campechana como un garrotín:

—¿Dónde está esta gran mujer? Porque es una gran mujer en todos los sentidos, ¿eh?

—¡Por dios, general! Tanto honor…

—Nada, nada. Estuve ahí abajo encantado. ¡Encantado! No quise marcharme sin verla. Estuvo usted ¡pero que muy bien, Conchita!

—¡Oh, gracias, gracias!

—Señores, muy buenas noches. ¡Qué grande es esta mujer! ¡Qué grande! Bueno, y la obra… ¡Colosal! Este don Jacinto es un «maestrazo».

Víctor le dijo al oído al arquitecto:

—Me voy ahí fuera. No puedo resistir a este animal.

—Yo tampoco. Vámonos.

La actriz presentó a Edith y a Elvira. El general las galanteó a las dos, en plural.

—Preciosas. No sabía yo que iba a encontrarme con esta sorpresa tan agradable.

Luego le dijo a Edith:

—A la emperatriz la he visto hace poco en Bilbao. También está muy bien. Yo hubiera querido que viviese en Madrid, cerca de la corte. Pero la política… No puedo con la política.

Con Elvira estuvo tan expresivo que terminó por hacer el amor:

—¿Casada?

—No, no. ¡Qué horror!

—Soltera, pues. El estado ideal de la mujer. Vaya, Conchita, las invito a tomar unos fiambres en el Ritz. Da gusto estar allí a estas horas.

—General…, tanta molestia…

—¡Qué molestia! Abajo tengo el coche oficial. ¡Al Ritz, al Ritz!… García —al ayudante—, avise por teléfono al hotel.

Elvira, antigua embajadora, acostumbrada a los personajes oficiales, bromeaba ya con el general:

—Me gustaría usted con barba, general.

—¿Sí? Desde mañana, barba. Porque a mí me gusta usted de todas maneras.

Víctor se despidió de sus amigas cuando ya se disponían a tomar el coche. Y dijo a Elvira:

—¡Cuidado! Es un hombre que lleva siempre las botas de montar.

—No hay cuidado. Conmigo tendrá que ir en zapatillas.

VI

Víctor y el arquitecto, con un actor que ambos habían conocido en el Ateneo, se dirigieron al cabaret del Alkázar. La sala estaba casi desierta, y la orquesta languidecía en los compases de un tango. Algunas parejas bailaban sin alegría, como cumpliendo un deber penoso. En muchas mesas, las tanguistas, parapetadas detrás del cubo de hielo, inspeccionaban a los concurrentes para descubrir al cliente rico que había de invitarlas a champán y después a cenar en Los Burgaleses.

—¿Qué toman ustedes?

—Yo, whisky.

—Nosotros, coñac con soda.

—Pero —observó Víctor— ¿han visto ustedes algo tan estúpido como un cabaret?

—Un cabaret español, querrá usted decir —replicó el arquitecto—. Porque en Berlín y en París se divierte uno. Son ciudades de turismo, adonde van las gentes a gastarse el dinero. Aquí sólo vienen los muchachos de provincias, los militares y los estudiantes. Además, allí hay vicio.

—Aquí también. Sólo que es un vicio de puertas adentro. Estamos impregnados de catolicismo, no lo olvide usted.

—Y, por lo tanto, de tristeza.

—Eso se nota perfectamente en el teatro —intervino el actor—. Nuestras actrices hacen bolillos en el escenario y nuestros actores juegan al tute en los ensayos.

—La influencia del género chico —dijo Víctor.

—Pero, señores —repuso el actor—, aquí no hemos venido a disertar sobre sociología. Hemos venido a divertirnos. ¡A ver, chicas! Hombre, allí veo a una que ha sido cancionista en Eslava.

Le hizo seña de que se acercase; pero ella, muy digna, le dio a entender que era él quien debía levantarse.

—Voy a bailar con ella.

La muchacha tenía bastante buena figura y no bailaba mal.

—¿No le gusta a usted el baile? —preguntó el arquitecto a Víctor.

—No bailo nunca. El baile por el baile no lo concibo. Me gustaría bailar con una mujer muy deseada, eso sí.

—A mí me distrae mucho ver bailar. Fíjese, fíjese en ese vejete. Lleva peluca.

—Y baila muy mal. Es repugnante.

—Tiene tipo de empresario o de industrial rico.

—Esos hombres me sublevan. Arrastran su ancianidad como un pingajo. La ancianidad, que es una cosa tan noble…

El actor había terminado de bailar, y presentó a su amiga:

—La señorita… ¿Cómo te llamas, que no me acuerdo?

—Laura.

—La señorita Laura. Preciosa, como ustedes ven.

—¿Qué toma usted, Laurita? —invitó el arquitecto.

—Trátame de tú, hombre. Como en familia.

—Bien. ¿Qué tomas?

—Pipermín.

—Una de pipermín, camarero.

Laura, de cerca, era insignificante. Tenía la boca demasiado grande y, sobre todo, unas manos anchas, de carnicería, donde fulgían algunas piedras falsas.

—¿Y por qué dejaste el teatro?

—¡A ver! No pasaba de los dos duros. ¡Como no le hice caso a la Morales!

—¿Contigo también?

—Pues claro. Aquí, por lo menos, hay más salidas. Siempre viene algún señor particular que se porta bien. Porque, chico, la verdad, en mi casa no se come si yo no llevo la pasta.

—¿Y con quién vives? —le preguntó el arquitecto.

—Con mi padre, que no trabaja; mi hermana, que no trabaja, y mi madre…

—Que no trabaja —interrumpió Víctor.

—Lo que ellos me dicen: «Mira, ten cuidado de que no te hagan un *desavío*. Así te quedan todavía unos años para pasarlo requetebién».

—¿Y qué es eso de un *desavío*?

—Hombre…, una barriga, por ejemplo.

—Pues con la Morales —observó el actor— no corrías ese riesgo.

—Oye, tú. Pero yo soy muy decente, ¿sabes? Una lleva esta vida, pero no hace porquerías.

—Todo es relativo, como usted ve, amigo Murias.

—Es verdad.

En una mesa de enfrente acababa de promoverse un pequeño escándalo. Una muchacha se debatía entre tres señoritos medio borrachos que le habían atado los pañuelos al cuello. La tanguista gritaba: «¡Bruto! ¡Animal! ¡Dejadme!».

—Es la Mary Sol —dijo Laura—. Uno de ésos es muy bestia. Hace beber a la fuerza, y luego le quema a una el vestido. Es aviador.

La Mary Sol pudo desasirse de los juerguistas y vino hacia Laura con los ojos enrojecidos y el traje en desorden.

—¿Qué te han hecho?

—Me han quemado en el cuello con el cigarro. Mira.

Enseñaba la nuca, socarrada con una constelación de quemaduras.

—Se divierten —murmuró Víctor.

—Quéjate al encargado —le aconsejó Laura.

Pero Mary Sol se había tranquilizado ya. Sacó un espejo del bolso de mano y comenzó a empolvarse. Después se avivó los labios con el lápiz y se hizo una boca breve como un ojal. Era el tipo acabado de *flapper*, de jovencita pervertida. Los ojos, dos botones de gas; el cuerpo, recto, sin curvas apenas, y los brazos, de niña, cargados de pulseras de pasta.

—¿Me convidáis?

—Con mucho gusto.

—Oye, cangrejito —dijo, dirigiéndose al camarero vestido de rojo—, tráeme fiambres y vino blanco.

—¿Y cómo te dejan en casa salir sola por la noche, pequeña? —le preguntó el actor.

—¡Qué gracioso! Vivo sola.

Mientras comía, husmeando los emparedados con su hociquillo de ratón, explicaba el incidente:

—Son buenos chicos, ¿sabes? Pero tienen unas bromas… El aviador es muy guapo, ¿eh? Me han ofrecido llevarme en avión por ahí. Yo prefiero el automóvil. Uno tiene un Citroën estupendo.

La sala se había animado bastante. De pronto recorrió el local un escalofrío de expectación. Acababa de entrar el Niño del Olivo, un torero ilustre, con su cuadrilla de flamencos, aristócratas y revisteros. En todos los grupos se oía bisbisear:

—¡El Niño! ¡Está ahí el Niño!

Hasta el *jazz-band* pareció tomar más brío. Los negros multiplicaban sus alaridos, sus gritos, sus contorsiones del Far West, como si estableciesen un diálogo primitivo con el bestiario de las dehesas y los espacios libres. El que danzaba en el centro, de piernas largas y ágiles, ponía una X de tinta en el rojo cartón del escenario.

Las tanguistas acudían en enjambre a la mesa del torero, inmóvil y mudo como un enigma, un poco hacia atrás la cabeza de pájaro. Sus amigos eran los que alborotaban y convidaban. Laura y Mary Sol se apresuraron a levantarse.

—Volvemos enseguida. No os marchéis.

—La superstición de los toros —exclamó Víctor—. Madrid, con rascacielos y aeródromos, sigue siendo un lugar de la Mancha.

—¡Hombre! Allí hay dos tanguistas que no se han movido —dijo el actor—. Ya me gustan.

—Serán extranjeras.

—Una tiene tipo de española.

—Hay que felicitarlas.

—A la que está fumando me parece que la conozco. Sí, sí. Es la Mussolini, una italiana que bailaba en Romea. Voy a saludarla.

La Mussolini tenía un aire glacial y una sonrisa cínica. No era una mujer joven. Porque aunque se pintaba con mucha habilidad, dos arrugas casi invisibles se le insinuaban a cada lado de los labios, como si pusieran la boca entre paréntesis, terrible signo que señala en la ortografía erótica la inminencia de la vejez. La Mussolini, a pesar de su ostensible frialdad, recibió a Víctor con agrado y le presentó a su compañera:

—Mi amiguita Obdulia.

Obdulia sí era una muchacha interesante. Tendría unos veinte años, y sus ojos eran negros y hondos. El pelo, húmedo y oscuro, emanaba de vez en cuando un reflejo azul.

—¿Es usted andaluza, Obdulia?

—Nací en Córdoba, pero he vivido siempre en Londres y en Barcelona.

—¿En Londres?

—Sí: estuve en un internado hasta los diecisiete años. Después me trajeron a España.

Víctor la miró con extrañeza. Le costaba trabajo creer aquella historia de tanguista. A lo más que llegaban otras muchachas era a llamarse hijas de un general y asegurar que se habían educado en las Ursulinas.

—¿No me cree? —le preguntó Obdulia sonriendo.

Tenía, sin embargo, tal gesto de sinceridad que Víctor le respondió:

—Sí, sí. ¿Por qué no?

—Le advierto que me molesto pocas veces en explicarlo. En un cabaret choca un poco eso. Pero usted me parece un chico serio.

—Muchas gracias.

—Dígales a sus amigos que vengan, hombre. Se han quedado con las caras muy largas.

Víctor les hizo señas de que se acercaran, y los presentó. El arquitecto se despidió, porque tenía que madrugar, y el actor invitó a bailar a la Mussolini, que accedió sin entusiasmo.

—Y usted ¿no baila? —le preguntó Obdulia.

—No bailo nunca.

—Mejor. A mí me agrada más charlar.

—Les decía antes a mis amigos que a mí sólo me gustaría bailar con una mujer muy deseada. Ahora siento ganas de bailar con usted.

—No se burle, hombre.

—Es la verdad…

—Pero ¡si acaba de verme!

—Y ya la deseo.

Obdulia hizo un gesto resignado.

—Va usted a proponerme… que nos vayamos juntos esta noche, ¿no es cierto?

—¿Por qué no?

—¡Bah! No debiera extrañarme… Y, sin embargo, usted es uno de esos muchachos con quienes me gustaría hablar. Hablar mucho de todas las cosas…

—Pues hablemos, Obdulia.

—No. ¿Para qué? Se aburriría.

—No lo creo.

—Es que… Esto es difícil de explicar. Se acercan a mí hombres que quisiera que pasaran pronto. Bailo con ellos y, ¡adiós!, siguen siendo desconocidos. Hay alguno que no… Lo retendría, a ver cómo era, a ver si era otra cosa. Pero se va también.

—Pues yo me quedo.

Obdulia se echó a reír:

—Hasta mañana, ¿no?

—Hasta que usted me diga: «¡Vete!».

La muchacha se quedó un instante pensativa. Después sacó una pitillera de plata y se puso a fumar un aristón sin mirar a Víctor.

La Mussolini y el actor regresaban de un *fox*. La italiana venía indignada:

—*Non* dejan *bailare*. Cochinos *toguegos*.

Estuvo un rato protestando, entre las bromas del actor. Por fin dijo que se marchaba.

—Yo —dijo Obdulia— tengo que quedarme hasta las cuatro. Estoy contratada por todo este mes.

El actor se despidió también.

—Espere usted un rato, hombre —le indicó Víctor.

—No. Me voy con ésta. Hasta mañana.

—Adiós. Yo me quedo con Obdulia.

—Esta Mussolini —dijo Víctor cuando se quedaron solos— es una mujer de muy mal genio.

—¡Pobre! Acabará por conformarse. Llegó a Madrid con cierto cartel de bailarina, y acabará en esto.

—Y usted, ¿cómo está aquí?

—Pero ¿de veras le interesa mi vida? Bueno, ya se lo contaré otro día. Ahora convídeme, para que no me riña el encargado.

Pidieron dos ponches. Víctor, el analítico de siempre, comenzó a reprocharse a sí mismo la súbita simpatía que sentía por Obdulia. «Soy incorregible. Me dejo vencer por la imaginación. Es una mujer vulgar. Un poco bonita, pero vulgar. Y ya me pa-

rece que se trata de una mujer de excepción. Me dirá todas las mentiras que se le ocurran, y después se acostará con cualquiera. Estoy hecho un idiota.»

—¿En qué piensa?

—En nada —respondió Víctor con voz acelerada, casi brutalmente.

Obdulia le miró con fijeza. Después murmuró, acercándosele:

—¿Está usted enfadado conmigo?

—No, cosas mías, Obdulia: me gusta usted mucho, y sentiría enamorarme de usted. Me marcho. Voy a pagar.

La mano pequeñita de Obdulia, arrastrándose en la mesa como un pichoncito tierno, le alcanzó la suya:

—¡No se vaya! ¿Por qué? ¿De veras que le intereso?

—Sí, sí. ¡Te quiero!

—¡A cuántas se lo habrá dicho! No importa. Mira, trae la mano. ¿Oyes el corazón?

El corazón o el seno. Era igual. Cuando Víctor retiró su mano, la llevaba henchida de fluido, cóncava de palpitaciones. Ahora Obdulia le derramaba en los ojos sus ojos, espesos y dulces como un vino. Luego echó la cabeza hacia atrás y se pasó la mano por la frente:

—¡Pero tendrás otra por ahí! ¡Qué pena!

—Te juro que no.

En aquel momento, Laura salía del brazo de un anciano voluminoso y rojo que estallaba en su *smoking* mal cortado. Al pasar junto a Víctor le tocó en el hombro:

—Adiós, hombre. ¡Qué románticos!

Obdulia miró la hora en su reloj y se levantó:

—Son ya las cuatro. Espérame en el vestíbulo.

Víctor pidió la factura, y poco después salió para ponerse el abrigo. A los pocos minutos apareció Obdulia, con un sombrero negro y un abrigo gris.

—¿Vamos?

—Vamos.

Salían las tanguistas, con sus amigos de una noche, hablando a gritos. Del salón llegaba un vaho de licores, de polvo y de cansancio. Obdulia se había cogido del brazo de Víctor. Ya en la acera, titubearon.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

Ella se desprendió de pronto y le acarició la cara:

—Esta noche, no. Esta noche llévame a casa.

—Pero…

—Me hace más ilusión así. ¡Otro día!

Víctor hizo un gesto resignado.

—Bueno…, ¿dónde vives?

—Guzmán el Bueno, 90.

La luna, sentada en los tejados del Hispano, se arrojó a los pies de Obdulia mientras subían al taxi. La luna, por lo visto, estaba contratada por la empresa del cabaret para casos parecidos.

VII

Al día siguiente, a las tres, Víctor esperó a Obdulia en la estatua de Argüelles. Como hacía buen sol, las gentes iban hacia Rosales, ávidas de campo y de calor natural, para compensarse del falso aliento de la calefacción. Pasaban los automóviles, frenéticos, en busca de aire y campo raso.

—¿Has dormido bien?

—Muy mal. Yo creo que a las nueve no me había dormido. Pensando, pensando…

—¿En qué?

—En ti.

—Anoche has sido mala conmigo.

—No digas eso. Quería saborear nuestra aventura. ¡Tú no sabes cómo esperaba yo esto! ¡Una noche y otra en ese cabaret estúpido, sola entre tanta gente!

—Ahora ya me tienes a mí.

—Es que aborrezco esta vida. No me acostumbro. Cada vez que entro allí siento un frío en las entrañas… Pero eso era lo de menos. Lo peor era tener que devorar mis pensamientos.

—Tus negros pensamientos.

—No lo digas en broma. Te advierto que no soy cobarde ni me asusta la vida. Pero me han pasado unas cosas…

Cruzaron Rosales, lleno de niños, de familias que paseaban al sol. Siguieron después hacia el parque del Oeste, regazo de la urbe que amortigua su aspereza y la transforma en melodía vegetal. Se veía la carretera de Extremadura, viruta de papel que se enreda en las torretas de Cuatro Vientos. Después, el remolino azul de los pinos de El Pardo. Y, más cerca, la estación del Norte, termitera de trenes; los pelotones que hacen ejercicio; los chiquillos que juegan al fútbol. El olor de los álamos y de las plantas se sumergía de vez en cuando en la nafta de los coches, pero volvía pronto a nadar en la atmósfera, como si se derramasen con él las venas de la tarde.

Obdulia se desabrochó el abrigo para empaparse mejor de aromas y de luz.

—¡Qué hermoso día! En Inglaterra yo hablaba siempre de este sol. Allí es como vivir en un túnel alumbrado con luz eléctrica.

Se sentaron en un banco. Víctor la besó, de repente, en la boca.

—¡Chiquillo! ¡Van a vernos!

Y Víctor no creía que era el primer beso de amor. Hasta que Obdulia empezó a contar su vida, sin darle demasiada importancia.

VIII. HISTORIA DE UNA TANGUISTA

—En el colegio, el cuarto de Mabel y mío daba al jardín. Por encima de los árboles veíamos el campo de tenis y, más lejos, los tendejones de unas fábricas. Recuerdo a miss Dorothy, la directora, con su pelo de panoja y su voz inflada, lenta; a la profesora de dibujo, muy miope; a la de matemáticas, regordeta y roja como una manzana. El comedor, con azulejos y una lámpara enorme de cristal que tintineaba como un timbre estropeado cuando entrábamos. Aún ahora, el recuerdo de aquel comedor me sabe a compota y a manteca cocida. Mabel y yo nos queríamos mucho. Porque aunque Mabel era irlandesa y tenía el rostro pecoso y pálido, reía por todo y se sabía siempre mis lecciones para apuntármelas en clase (creo que se ha casado con un marino y vive en Escocia). Lo que más me gustaba en el colegio era el teatro. Dábamos funciones todos los domingos, y a mí me encargaban de los tipos dramáticos. Fingía muy bien el llanto, la ira, el temor, la rabia. También me gustaba el tenis, hasta el punto de que, en vacaciones, mi madre se indignaba porque llevaba en el equipaje la pelota y la raqueta.

»A principios de junio, cuando el jardín olía mejor y Mabel estaba más alegre, mi padre venía a buscarme. Yo lloraba siempre al despedirme. Luego íbamos a París, donde esperaba mi madre, que se dedicaba a recorrer los almacenes y las tiendas de moda. Papá me llevaba al teatro y al circo. Mamá estaba muy fría conmigo, y en el hotel se ponía siempre muy nerviosa; decía que yo le complicaba la vida. En julio nos marchábamos a Biarritz, y allí estábamos hasta octubre. Me encantaban la playa, las excursiones, las fiestas en el Casino. Después íbamos a nuestra casa de Barcelona. Y en noviembre papá me llevaba otra vez al colegio, que seguía con su montera de cristales, su *hall* enarenado y su jardín desierto.

»Así todos los años. Tenía yo diecisiete cuando, en febrero, mi padre se presentó a recogerme. Me asusté, porque mi padre había envejecido mucho en unos meses. Miss Dorothy, tan fría, me besó con lágrimas en los ojos. Mabel, también. En el hotel, antes de cenar, papá me dijo: "Es preciso que lo sepas, hija mía. Estoy arruinado,

y me iré a América. Me angustia tan sólo pensar en tu porvenir". Aquello no me habría impresionado mucho si no le hubiera visto a él tan triste. Volvimos a Barcelona en segunda. Y ya no fuimos a nuestra casa, sino a una pensión, en la Rambla. Mi madre, irritadísima, se pasaba los días acostada, sin salir. No quiso siquiera ir al barco para despedir a mi padre. Fui yo sola, en medio del viento, floja como un papel. ¡Qué soledad, después, en el muelle! Se me iba el único brazo fuerte y seguro. Con mi sombrerito de burguesa, yo era tan pobre como las muchachas que recogían residuos de carbón entre las grúas del puerto.

»Después fue peor. Mi madre me colocó de señorita de compañía en casa de un banquero. Este banquero tenía dos hijas, que me martirizaban a humillaciones. Un día, loca de rabia, me marché de allí. Mi madre se puso fuera de sí: me insultó, me maldijo. Y aquí empieza lo más infame de mi historia. Es la primera vez que lo cuento, pero lo llevo en mi alma como una úlcera. En aquella pensión vivían gentes torvas, extrañas. Entre ellas, un policía llamado Luis, un hombre cínico y cruel que se jactaba de abofetear a los presos. "Tranquilidad viene de tranca, ¿sabe usted? Conmigo no les vale." Este hombre penetró un día en mi cuarto y quiso besarme a la fuerza. Yo me defendí con mis uñas. En aquel momento entró mi madre. Y entonces ella me injurió, me escupió en la cara. ¡Estaba celosa de mí! El policía era su amante. Lloré mucho tiempo indefensa, horrorizada. Pero eso no es todo. Durante unos días, el policía y mi madre dejaron de hablarse, pero pronto los vi más unidos que nunca. Una tarde, mi madre me llamó y me hizo una porción de reflexiones: nuestra situación era muy apurada y se hacía necesario resolver alguna cosa. "Como tú no sirves para trabajar en nada, lo mejor sería que te casaras." "¿Casarme? ¿Con quién?" "Mira, olvida lo del otro día: aquello fue culpa de mis nervios. Luis te quiere, y te conviene." "¿Luis? ¿Ése?" "Sí. Me lo ha dicho esta mañana." Enseguida me di cuenta de la infamia. Pero quise saber hasta dónde llegarían los dos. "¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?" Ella, sin descomponerse, me contestó: "Viviríamos juntos. Él tiene buen sueldo". Con un gran esfuerzo logré dominarme, y le prometí pensarlo.

»Al día siguiente empeñé mi reloj, mi única alhaja, y tomé el tren para Madrid. Mis bailes del colegio con Mabel, la irlandesa, son los que arrastro ahora por la sala del Alkázar.

Víctor la apretó contra sí:

—¡Pequeña mía! ¡Amor mío! Todos los dolores del mundo van detrás de ti como una jauría, mordiéndote el vestido. Quisiera ser fuerte, enorme, para salvarte. En ti lloran los corazones huérfanos, las muchachas hambrientas, los desgraciados de toda la tierra. Si por encima de ese sol y más allá de los horizontes hubiera una conciencia; si la vida no fuese una cosa ciega, tú podrías lanzar como nadie tu grito de justicia.

Pero Víctor sabía que un grito así es como arrojar una piedra contra el azul del cielo.

IX

Víctor vivía ya de la presencia de Obdulia, como si fuera ella quien le comunicase la conciencia de la vida. Era el buzo sumergido en el océano de una pasión: de los ojos de Obdulia, de su risa y de su voz venían el oxígeno y la fuerza, la animación y el entusiasmo. En el amor existen esas zonas subterráneas, tupidas y lóbregas que no se iluminan sino con la presencia del otro ser. Elvira, maliciosa, le interrogaba:

—¿Qué le pasa a usted?

—Nada.

—No sea hipócrita. Está usted abstraído, torpe.

—Pues no me sucede nada.

—No lo creo. Huele usted a mujer.

—¿Yo?

—No es que huela a perfume de mujer. No, no. Tiene usted el espíritu lleno de mujer, de preocupaciones por una mujer.

—¡Bah!

La condesa, tan glacial, no decía nada. Pero sus ojos inquirían en los de Víctor, y eran mucho más sagaces aquellas miradas que todas las preguntas de Elvira. Delante de Edith no estaba nunca sereno. Era ella la única que le hacía olvidar a Obdulia, como si el alma de Víctor tuviese una zona virgen, vulnerable sólo para la aristócrata.

El doctor Sureda lo había advertido también enseguida. Víctor, en el café, se aislaba de las discusiones con un gesto de displicencia.

—¿Quién es ella, Murias?

—No, si no se trata de eso. Tengo sobreexcitado el hígado.

—Es usted un caso nuevo. He aquí un enamorado que convierte el hígado en víscera del amor. ¡Habrá que oír esos diálogos! En serio: ¿esa condesita…?

—No, no.

—¡Ah, es otra…!

—Nada. Una chica de un cabaret.

—¿Histérica?

—¡Ca! Una muchacha interesantísima.

—Pero histérica. Vayan a verme. Es preciso diagnosticar ese amor y equilibrarlo. ¿Llora? ¿Se arroja al suelo? ¿Dice que quiere morirse?

Víctor se echó a reír:

—No, hombre, no. Es una mujer normal.

—Imposible. Un cabaret es un vivero de histéricas. Preséntemela.

—Acompáñeme esta noche.

En el Alkázar, el médico conoció a Obdulia.

Al día siguiente le comunicó su impresión.

—Obdulia es preciosa. Pero tenga usted cuidado. Ese tipo de mujer medio idealista, medio sensual, no se sabe nunca adónde va a parar. Si puede, déjela.

A Víctor le repugnaba cada día más ir al cabaret para ver a Obdulia. La encontraba muchas veces en brazos de otro, bailando. Entonces los ojos de Obdulia se le entregaban ya, desde lejos, rehenes de amor. Ella buscaba siempre la ocasión de desprenderse del baile; pero, a veces, le era difícil hurtarse al asedio de los grupos. En tales momentos, Víctor sentía en la garganta una rabia ronca, de hombre celoso, que le hacía después mortificarla injustamente:

—Le has sonreído a ése.

—Es que bailó ayer conmigo y acaba de saludarme.

—Tienes algo que ver con él.

—¿Cómo dices eso?

—Sí, sí.

—Te digo que no. Te lo juro, vaya.

—Sois todas lo mismo.

—¡Víctor!

—Por supuesto, la culpa es mía, por venir aquí. No hay más que cretinos y golfas.

Disputaban un rato. Hasta que Víctor, en ocasiones, acababa por levantarse para marchar. Ella le detenía:

—No seas así. Ven.

—Me voy. No quiero verte.

—Pero, hombre… ¿No comprendes que eres injusto? Siéntate. Estamos dando un espectáculo.

El encargado del cabaret conminó a Obdulia con el despido si no atendía mejor al público. Su carnet de consumiciones estaba casi en blanco, y la casa no podía sostener a una tanguista así. Cuando se enteró Víctor, dijo:

—Me alegro. Deja el cabaret.

—¿Y de qué voy a vivir?

—Yo te ayudaré.

—¡De ningún modo! Me parecería que comprabas mis besos, mi cariño. No, no. Prefiero morirme en mitad de la calle.

—¡Qué tontería! Yo sufro más viéndote como ahora.

—Pero mi corazón está alegre. Soy feliz cada vez que pienso que, entre todas éstas, yo soy quizá la única que siente de este modo el amor. Sólo aceptaría eso para vivir juntos.

Víctor no contestó. En el fondo de aquel silencio latía el miedo a encadenarse, a perder su libertad de hombre voluntarioso e inadaptado. No pudo menos de encontrarse empequeñecido delante de Obdulia, inferior a ella, que le ofrecía aquel amor desinteresado y espontáneo. Ella, inerme y sola en medio de su desventura, se defendía del egoísmo sin otro escudo que su alma, resistente y clara como el cristal de roca.

A los pocos días, Obdulia estaba muy contenta. Cuando fue a buscarla Víctor, le recibió palmoteando:

—¡Una gran noticia! Dejo el cabaret.

—¿Ah, sí?

—La Mussolini me ha presentado a una amiga suya que forma compañía para hacer películas.

—¿Cómo se llama?

—Esperanza… Espérate, que no recuerdo el apellido. ¡Ah, sí! Esperanza Brul. ¿La conoces?

—No.

—Ha sido cantante. Buena cantante, ¿eh? Ahora quiere dedicarse al cine. Tiene una empresa con mucho dinero.

—Pero ¿tú has trabajado alguna vez?

—No. Pero en el colegio todas las chicas decían que yo era muy buena actriz. Sirvo, ¿sabes? Hemos ensayado en casa, delante de un espejo, y a Esperanza le he gustado mucho. Dice que soy fotogénica. Me dará el papel de segunda.

Víctor hizo un gesto de duda.

—¿No lo crees?

—¡Qué sé yo! ¡Hay cada loca por ahí…!

—Es una mujer seria. No se trata de una niña. Además, va muy bien vestida, con joyas. Estoy citada con ella mañana, en su casa. ¿Me acompañas?

—Bueno.

Esperanza Brul vivía en la calle de Claudio Coello, en una casa magnífica. El portero, uniformado, les puso el ascensor:

—Segundo, derecha.

—¿Sabes que está bien esta casa? —le dijo Víctor a Obdulia.

—¿No te decía yo?

—¿Y de qué conoce a esta señora la Mussolini?

—Del teatro. De cuando ella trabajaba.

—¿Es que la Mussolini no quiere hacer películas?

—¡Ca! Dice que ése es un arte para los choriceros de Chicago. Y te advierto que su situación es cada día peor. Además, está enferma.

Una doncella, de rizado delantal, les hizo pasar a un gabinete japonés. Sobre una mesilla, un Buda enorme, de bronce, amontonaba su vientre sagrado. En los tapices corría una teoría de geishas.

Víctor lo miraba todo con cierta atención irónica. Luego declaró:

—Estos orientalismos decorativos me hacen mucha gracia. A lo mejor esta señora cree que el Japón está en América, cerca de Hollywood.

A los cinco minutos apareció Esperanza Brul:

—Ustedes me perdonarán. Es que ando atareadísima; acabo de instalarme, y todavía no está cada cosa en su sitio.

—Pues esto está muy bien —dijo Obdulia—. Voy a presentarle: Víctor Murias, periodista.

—¡Ah! ¿Periodista? ¿De qué periódico?

—Soy corresponsal nada más.

—Muy bien. ¡Oh! —exclamó Esperanza—. En mí tiene usted una admiradora de la prensa. Es la que hace a los artistas. Claro que hay que tener facultades, ¿eh? Cuando yo canté en Milán…

—¿Cantó usted en Milán?

—En el Scala. Y en el Metropolitan de Nueva York. He recorrido el mundo. Los periódicos me han publicado fotografías, interviús… Pero —agregó con una tristeza fingida— tuve que dejarlo. Me hacía mucho daño. Porque, ¿sabe usted?, padezco del corazón, y me impresionaba demasiado. La música… La siento de tal modo…

Víctor estuvo a punto de romper a reír con aquella pintoresca exclamación.

Esperanza era una mujer morena, opulenta, de más de cuarenta años. Tenía un rostro agraciado y correcto, pero se lo echaba ella misma a perder con dos lunares, uno en cada mejilla, tan simétricos que era evidente su falsedad.

—Ahora —siguió diciendo Esperanza— quiero dedicarme al cine. Hay que hacer la película española. Pero yo soy muy patriota. Aquí tenemos lo mejor del mundo: las costumbres, los paisajes, las mujeres… Figúrese usted si yo habré visto cosas… Bueno, pues aquí, lo mejor del mundo.

Parecía absolutamente convencida. Después agregó:

—Cuento con el Gobierno. Al ministro lo conozco desde niña… Sabe quién soy yo. Usted también, en esos periódicos…

—Desde luego —contestó Víctor por contestar algo.

—No… Nada para mí. Si acaso, que se nombre a estas chicas. Mi obra es puramente patriótica. Yo… Figúrese… Han hablado tanto de mí…

—¿Tiene usted ya argumentos? —le preguntó Víctor.

—Tengo uno, precioso. Se titula *¡Viva Sevilla!* Cosas de toreros, ¿sabe usted? Juergas, amoríos. ¡Precioso! Está escrito por el primer actor, un chico que vale mucho.

La doncella apareció en la puerta:

—Señorita, ahí está la profesora.

—Dígale que espere un momento… Sí, la profesora de piano. ¿Querrán ustedes creer que todos los días tengo que cantar un poco de ópera? Si no, no estoy satisfecha.

Por lo visto, tomaba la ópera como un pastel o una taza de té. Luego hizo grandes elogios de Obdulia:

—Tiene una gran figura. A ver, levántese. ¡Divina! Es lo que exijo, ¿eh? Línea, línea. Yo estoy un poco gruesa, pero conservo la línea.

Se levantó. Por comparación con Obdulia, era enorme, pesada, matronil. Víctor pensó: «No cabe en el lienzo». Con la melena muy corta, la falda por la rodilla y los brazos desnudos, resultaba de una comicidad penosa.

Esperanza volvió a sentarse:

—¡Y eso que he sufrido tanto! No puede usted figurarse… Disgustos de familia. Mi marido es un hombre imposible. Un gran tipo, ¿eh? Pero tan celoso… Claro, en todas partes me dicen cosas. Ya sabe usted cómo es Madrid…

Hablaba incansablemente. Víctor y Obdulia se miraban, fatigados ya. Volvió la doncella:

—Ha llegado la modista.

Los dos jóvenes se levantaron para despedirse.

—¿Ven ustedes? No me dejan… La profesora, la modista. Luego vendrán la pedicura, el empresario… ¡Horrible!

Quedaron en que avisaría a Obdulia para empezar las pruebas. Por la escalera, Víctor comentaba:

—¿No te lo decía yo? Una loca, una megalómana. Me abruma esa mujer.

—Pero parece tener medios. Fíjate cómo vive.

—Una aventurera sin talento.

Salieron a la calle, donde el sol poniente vertía ya sus últimos jugos.

X. MUERTE DE MARÍA MUSSOLINI, BAILARINA

Cuatro ángeles de Italia, cuatro ángeles gordezuelos, aéreos, de alas pintadas con purpurina, cuatro ángeles de retablo habrán venido a buscarte a ti, María Mussolini, a la casa de huéspedes de la calle del Pez. Volarían sobre las ventrudas canastas de fruta, sobre las vitrinas que guardan el aluminio del pescado, sobre la asamblea municipal de la lonja para penetrar aquella mañana lívida de febrero en el cuarto opaco, denso, donde acababas de morir más huraña que habías vivido.

El cuarto daba a un pasillo sombrío, callejón de sedas mustias, de incomodidades y de esplín. Tenía un montante como una horca, donde se ahorcaba alguna bata marchita, cáscara de un cuerpo ya pútrido. Un retrato de cuando bailabas, estrella de puerto, bailarina de marineros que llegan al bar después de un mes de navegación. (Quizá habías empezado a danzar con los zapatos manchados de vino. Por eso eras cínica, cruel y despectiva.) Sobre el tocador, una mano terrible había mezclado los frascos de perfume y los de medicamentos; el aire de la vida y el hielo de la muerte; el pájaro agorero del cuentagotas y la granada deslumbrante del pulverizador. Pero en este inventario de ruinas, lo que más impresionaba era la puñalada del espejo. Allí estaba la huella de tu rebelión, la protesta nerviosa, iracunda, contra la sorda lima del tiempo que iba desgastando tu belleza. En realidad, antes de morir quisiste cometer el gran magnicidio: quisiste asesinar la conciencia de la vida, mutilar la implacable fuerza que rige el mundo. Pero te equivocaste, María Mussolini. Tampoco ahí, en el espejo, en ese revés de la vida, en esa avenida de vidrio que no se sabe adónde conduce, está el inflexible dios de la injusticia.

Te llamaban la Mussolini porque asegurabas haber conocido al dictador cuando era albañil y leía a Bakunin. En Milán te había convidado a comer en un restaurante barato, decorado con flores de papel. Quién podría pensar en que aquella pareja había de tener tan diferentes destinos: tú, molécula enferma del vicio internacional; él, audaz *condottiero* de la política internacional. Y, sin embargo, tú, que

no habías leído a Maquiavelo, exhibías también el mito de Roma, la marca de tu italianidad: eras soberbia, fantástica, desgarrada y maligna. Los cuatro ángeles romanos habrán regresado a tu país con la última mueca de tu desdén nacionalista en el pico.

XI

Una mañana, Obdulia llamó a Víctor por teléfono:

—La Mussolini está muriéndose.

—Pero ¿tan grave está?

—El médico dice que no hay esperanza. ¿Por qué no traes a ese médico famoso, amigo tuyo, para que la vea?

—Se lo diré. ¿Qué número es?

—El 180.

Víctor fue a casa de Sureda después de comer, y le contó el caso. El psiquiatra mandó preparar el automóvil.

—Le advierto que en estas ocasiones nadie mejor que el médico que la asista. Además, yo estoy desentrenado. No olvide que vivimos en la época de las especialidades.

La tarde estaba espléndida. El auto atravesó la Castellana, la calle de Alcalá, la Gran Vía, a esa hora de las cuatro en que la ciudad pone otra vez en juego su musculatura de titán. Después dejó la avenida de Pi y Margall y atravesó calles estrechas como tubos. Otra ciudad gibosa y paralítica se agarraba a la urbe moderna, como una vieja raíz difícil de extirpar.

—Desde estudiante no vengo por aquí —dijo el médico.

El número 180 era una casa decrépita, con los balcones cubiertos de ropa puesta a secar. Subieron al tercer piso por una escalera desvencijada y maloliente. Les abrió Obdulia:

—Acaba de llegar el otro médico. Está gravísima.

Detrás de Obdulia apareció la dueña de la pensión, una vieja enlutada y renqueante, que hablaba lacrimosamente:

—¡Para mí es una desgracia! ¡Es mi ruina, caballeros!

Llegar de la luz radiante de la calle libre y abierta a un piso sombrío, angosto, de muebles resquebrajados y desvaídos, era como descender al mundo subterráneo de la miseria y la pesadumbre. Primero, el comedor, con su infame tapete de hule, su ala-

cena grasienta, sus bodegones deslustrados: los tres emblemas del hambre nacional. Después, el pasillo, tenebroso viaducto de toses y de insomnio. Por fin, la alcoba de la enferma, alumbrada con una bombilla tenue.

El médico de la casa era un vejete de barba pulcra, que conservaba puesto el abrigo. Al darse cuenta de que uno de los recién llegados era el eminente doctor Sureda, tartamudeaba de emoción:

—Verá usted… Yo creo…

—Querido compañero —le dijo Sureda—, aquí soy un discípulo. Se trata de una amiga antigua; por eso he venido. ¿Usted me permite que la vea?

—Desde luego, desde luego… Muy honrado… A mi entender, es un caso grave, gravísimo. El corazón…

El viejillo estaba aturullado. ¡De modo que aquel mozo era el ilustre Sureda, el médico de la aristocracia, el académico! ¡Qué cosas! ¡Y visitaba a una desgraciada, a una mujer de la calle!

Sureda se acercó a la enferma, y al ir a destaparla frunció el ceño. Le puso la mano en la frente y retrocedió:

—¡Muerta! ¡Está muerta!

Obdulia le apretaba a Víctor una mano. El otro médico se acercó también y murmuró:

—El corazón… No resistía el corazón.

Todos se quedaron silenciosos. Hasta que la dueña de la casa, hipando, llamó aparte a Víctor:

—Es mi ruina, señor. Me debía cuatro meses. ¡Y el descrédito de la casa!

—Cállese, señora. Ya se la pagará. ¿No oye usted que está muerta?

Antes de subir al automóvil, Sureda le dijo a Víctor:

—Avise usted al Consulado de Italia.

—Ya lo había pensado.

—Adiós, pues. Adiós, señorita. Y no se entristezca. La muerte… Ya ve usted qué cosa más simple.

Víctor y Obdulia salieron a la calle de Fuencarral, espesa de gentes y vehículos. Ella iba concentrada, pensativa. Sentía en lo más hondo del pecho, en ese subsuelo inexplorado donde debe alojarse la conciencia, una indefinible pesadumbre. No era

dolor por la muerte de la Mussolini, por quien jamás había sentido cariño, ni casi simpatía. Era una angustia difusa e indeterminada de vivir, una sensación abstracta de riesgos y pesares futuros, una inquietud oscura y humana, como si acabara de rompérsele una tela del alma. Se encontraba insignificante y débil en medio del mundo, frente a los azares amenazadores del mundo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Víctor.

—En nada. Tengo frío.

XII

Obdulia dejó el cabaret prematuramente. Porque pasaban los días y no recibía aviso para dar comienzo a la película. Transcurrido cerca de un mes, se decidió a visitar a Esperanza. El portero, con muy malos modos, le dijo que ya no vivía allí, que se había trasladado a una pensión de la calle de Pardiñas. Fue a la calle de Pardiñas, y allí le dijeron que no estaba, pero que podría verla de ocho a nueve en un bar de la glorieta de Bilbao. Obdulia, desesperada, fue al bar, y allí encontró a Esperanza rodeada de jovenzuelos bien vestidos. Había también dos muchachas casi púberes, que eran coristas del Apolo. Hablaban de películas y de actores, y entre sus observaciones vulgares, sin ingenio, crepitaban palabras obscenas. No tenían otra cultura que la de las carteleras, y castellanizaban los nombres de los artistas de modo tan pintoresco que a Obdulia le costaba trabajo saber a quiénes se referían.

Esperanza recibió a Obdulia con grandes agasajos. Con su pecho abultado y su risa fuerte, que expelía derrumbando la cabeza hacia atrás, la cantante daba la sensación de una pava rodeada de sus crías. Aquellos mocosos, según explicó Esperanza, eran todos grandes peliculeros. Las pruebas se retrasaban porque ella estaba pendiente de un viaje a París.

—He levantado la casa, ¿sabe usted? Pero el mes que viene comenzamos.

Uno de los jovenzuelos, a quien llamaban Charlot porque era el gracioso de la reunión, se instaló al lado de Obdulia.

—No haga usted caso —le dijo en voz baja—. Hace seis meses que dice lo mismo.

—Pero ¿no tiene empresa?

—¡Qué va! Cuando pesca mil pesetas pone un piso espléndido, para recibir…

—¿Para recibir?

Charlot hizo un guiño:

—Sí. Para recibir chiquitas… Le gustan las chiquitas…

Una de las coristas mostraba grandes preferencias por Charlot.

—Charlot, di un chiste.

—¿A que no sabes en qué se parece un toro a una camisa?

—No.

—En la puntilla.

La muchacha lanzó una carcajada escandalosa:

—¡Huy! ¡Qué gracia tiene!

Obdulia se despidió, y abandonó aquella tertulia estúpida. Iba acongojada, porque su situación era cada vez más difícil. Tenía sin pagar la factura de la pensión, y se encontraba sin recursos para los gastos indispensables. Había rechazado por dos veces dinero de Víctor, hablándole de ahorros que no poseía. En su naufragio de desventuras quería salvar a toda costa su equipaje de amor: las noches prensadas de besos, las ojeras azules, las citas urgentes. En aquel rincón de su vida se tendía, como en un almohadón de sueños, su alma musulmana. Pero la realidad resultaba demasiado dura. Ella querría trabajar, ganarse la vida como una obrera, como una de aquellas muchachas de los talleres y las oficinas que cruzaban en grupos alegres la Puerta del Sol. Y se resistía a confesarle a Víctor su pobreza, su debilidad, porque así se veía disminuida, insignificante, un poco mendiga de cariño y de bienestar. Si su amor tenía que apoyarse en él, recibir protección y consuelo, ¿qué era lo que daba ella, gota de azar, tímido grito de la desigualdad humana? Para tal pasión ella quería ser fuerte, poderosa, eficaz; modelar su destino con las mismas manos que años atrás, en el colegio, modelaban la vía aérea de la pelota de tenis. «Tienes mucho amor propio», le decía con frecuencia Víctor. Él, tan perspicaz, no la comprendía. No comprendía que aquella susceptibilidad estaba fundida con el temor de perderlo, con el pensamiento de que alguna mujer mejor que ella, ofreciéndole mayores heroísmos, le arrebatase su corazón.

Porque ¡cuánto miedo le daba el corazón de Víctor, centro de corrientes confusas, de ambiciones encontradas, de afirmaciones y dudas! Obdulia lo veía fluctuar entre el escepticismo y la acción, como un corcho entre dos olas. Era un hombre inadaptado y desconfiado como pocos, hasta el punto de juzgar irremediables los males humanos; pero a la vez sufría como nadie con las injusticias del mundo. «La vida es feroz, ¿sabes? —le había dicho una noche—, pero los hombres la hacemos más feroz

aún.» No, no. No se le entregaba Víctor. Lo tenía entre sus brazos, sujeta a él como la llama al combustible, y Víctor era en sí mismo distancia y horizonte.

Por eso él no se decidía a que viviesen juntos, ni ella, por otra parte, estaba segura de retenerle. Obdulia, en sus largas meditaciones, llegaba a la conclusión de que el amor es un cruce de caminos, una efímera cita en la inevitable jornada del mundo.

XIII. CAPÍTULO PARA MUCHACHAS SOLAS

Algún día ha de llegar en que no existan esas muchachas perdidas, indecisas, que merodean alrededor del bar económico donde han comido alguna vez. No se atreven a entrar porque en el fondo de su bolso no hay más que la polvera exprimida, la barra de carmín, sangrienta y chiquita como un dedo recién mutilado, y la factura sin pagar de la última fonda. Muchachas de zapatos gastados y sombreros deslucidos, que buscan un empleo y terminan por encontrar un amante. Un pintor actual podría retratar en ellas la desolación de una urbe: al fondo, la valla de un solar: a la izquierda, un desmonte, y más lejos, la espalda iluminada de un rascacielos. No se sabe quién ha de redimirlas, porque no han formado todavía sociedad de resistencia contra el dolor ni tienen otros líderes que algunos bohemios socializantes que acaban por leerles el manuscrito de un drama en cualquier café de barrio. Pero algún día la vida tendrá un sentido más puro y un gesto más humano. Puede que entonces ciertos novelistas echen de menos este precioso material de emoción suburbana y los ancianos bolsistas y los viejos industriales gotosos se quejen amargamente de la falta de muchachas huérfanas capaces de dejarse proteger por tan honestos varones.

Entretanto, escribamos para los corazones convulsos, para las manos acongojadas que quieren «trabajar en cualquier cosa», para las pajaritas ateridas de las nieves urbanas, para los cuellos sin collares que corta el cuchillo de la escarcha.

XIV

Obdulia acabó por sumergirse en la cuarta plana de los periódicos para encontrar ocupación. Hizo cola en las antesalas de los despachos donde se precisaba «señorita que sepa idiomas»; compareció en algunos pisos lujosos de la Castellana, cuyos dueños buscaban «señorita de compañía»; ella misma se anunció como profesora de inglés para dar lecciones a domicilio. Todo fue inútil. Otras aspirantes, además de idiomas, sabían taquigrafía. Además, ella carecía de referencias que garantizasen sus cualidades, y nadie se decidía a aceptarla sin informes. Notó que en todas partes fruncían el ceño cuando explicaba que no había trabajado nunca, quizá porque el hambre necesita pasado, como la riqueza, para que pueda convertirse en título. Una tarde, Obdulia atravesaba, desalentada, la Puerta del Sol, cuando se encontró a Esperanza Brul. La cantante la saludó con estrepitosa cordialidad y volcó sobre ella un montón de exageraciones:

—¡Me devoran a piropos, amiga mía! Por eso me da rabia pasar por aquí a pie. Siempre voy en taxi.

—¿Y su viaje?

—Lo he aplazado unas semanas. Pero nuestra película marcha muy bien: no se preocupe.

Obdulia le confesó su situación. Ella estaba apuradísima, y buscaba una colocación cualquiera, la más humilde.

Esperanza pareció asombrarse mucho:

—¿Es posible? ¿Y su novio?

—No sabe nada de esto. Me resulta humillante contárselo.

—Pero una muchacha tan bonita como usted, en Madrid, lo tiene todo resuelto.

—¿Cómo?

—Naturalmente. Un amante… Un hombre de cierta posición…

—No, no. ¡Qué horror! ¿Y Víctor? Yo no quiero engañarle.

—No necesita engañarle. Es el amor del corazón; el otro…, un buen señor que paga las facturas.

—Me despreciaría. Lo perdería para siempre.

—No haga usted caso. Acaban por encontrarlo muy cómodo. Además, una artista necesita presentarse bien, llevar joyas. Venga un día a mi casa y conocerá a un caballero de toda confianza, muy fino…

—No, no podría.

—En fin, piénselo. Tome mi tarjeta. Tengo ahora un piso muy mono en Luchana.

Obdulia se quedó con la tarjeta, decidida a no ir. Aquello sería el vencimiento, el fracaso absoluto de sus sueños. Antes de conocer a Víctor casi no le importaba, porque, para ella, la sala del cabaret había sido el principio, la primera estación de un viaje de claudicaciones. Pero después, no. Después proyectaba su vida al lado de Víctor segura de que el mundo no podía ofrecerle otra pasión igual. Después de Víctor, sentía su alma inserta en su cuerpo como nunca, vaciada en él totalmente, hasta el punto de que un beso, que antes no era nada más que un contacto, le parecía ahora un borbotón caliente y entrañable. Obdulia recordaba la pérdida de su rubor como una leve desgarradura externa, de la que había quedado ileso su espíritu. Por aquella fecha, su alma estaba replegada en un ángulo de su cuerpo, y no repartida por todo él, como una vibración y un fluido.

Y sin embargo, ella comprendía que era el momento de las resoluciones. Calle de la Montera arriba, Obdulia perseguía desesperadamente un recurso. En el bolsillo, la factura sin pagar de la pensión le pesaba como una culpa. Cada vez que recordaba el gesto huraño de la hospedera y se veía atravesar clandestinamente los pasillos de la fonda, sentía dentro de sí un angustioso desaliento. En medio de la tarde de otoño, el viento repartía ráfagas intermitentes que se deshacían en los portales y en las capotas de los coches. Llevaba dos días sin ver a Víctor, porque éste le había escrito comunicándole una excursión a Toledo con un extranjero amigo suyo. Al llegar a la Gran Vía pensó ir al hotel Suizo para saber si había regresado. Pero en el mismo instante en que le asaltó esta idea le pareció ver a Víctor en la acera de enfrente acompañando a una señora. Obdulia, de repente, se sintió desfallecer, pero se repuso pronto y cruzó la calle, sorteando en zigzag los automóviles. Era Víctor, en efecto. Conversaba tan animadamente con ella que ni siquiera la vio. Obdulia se detuvo frente a Fontalba, y pudo observar cómo paraban un taxi y entraban en él sin interrumpir la charla.

La joven estuvo durante algunos segundos parada, vacía, vertical, en el centro de la acera. No pensaba en nada. Vio un cielo tupido, una ventana allá arriba, ya con luz; un rótulo muy alto que tapaba un balcón. Y después siguió, con paso lento, hasta los soportales de Madrid-París. Se lanzó en un arcaduz de la puerta giratoria y fue de vitrina en vitrina entre los grupos de compradores y curiosos, adivinando a través de la niebla de su turbación los objetos, las telas, los encajes. De pronto sintió en sus entrañas algo parecido a una lámina de hielo afilada y cortante. ¿La engañaba Víctor?

La engañaba Víctor. Obdulia ya se despeñó por el terraplén de las hipótesis. Indudablemente, entre Víctor y aquella mujer existía algo más íntimo que una amistad. La actitud de ambos no podía ser más clara. Se explicó entonces las ausencias de Víctor, sus frialdades incomprensibles y, en fin, su resistencia a la idea de instalarse juntos. Hubo un momento en que Obdulia se quedó inmóvil, con los ojos turbios sobre un anaquel, cercada por el murmullo del público. Entonces se fijó en cosas pueriles: en un estirado maniquí que había enfrente, en el pelo casi azul de la cajera, en un globo de gas que huía de las manos de un niño. Luego pensó en una cosa enorme, redonda, bárbara, aplastante: pensó en el mundo que ella llevaba a cuestas, como el hombre del Atlas. Estuvo a punto de encogerse, de ceder como una planta bajo el peñasco desprendido. Y, sin embargo, Obdulia poseía la fuerza en su corazón: como otras veces, le llegaba, no sabía de dónde, un imprevisto aliento. Era uno de esos seres que tienen espíritu de doble fondo; cuando todos sus ánimos parecen agotados, descubren nuevas existencias de entereza y de orgullo.

Obdulia salió de los almacenes dispuesta a no transigir con su propio desamparo. Después de haberlas conocido, le espantaban la insignificancia y la pobreza. Por Víctor, por el amor de Víctor, hubiera aceptado la vida sórdida, humillante, precita, de tantas mujeres emparedadas en el taller y la oficina. Pero es que aquello, el amor, había sido una revelación tan maravillosa… Ahora, no. Ahora se sentía inadaptada, disconforme, enemiga del heroísmo y de la humildad. Manaba sarcasmo el recuerdo de Víctor, aunque de vez en cuando saltaban de él unas gotas adormecedoras y dulces. Tenía razón Esperanza Brul: era necesario encontrar un amante que no tuviese nada que ver con el amor. «La virtud no es cuestión de epidermis», le había dicho Víctor muchas veces. «Puesto que él no me ama, ¿para qué quiero estos labios, estas manos, estas palabras que están encharcadas en mi garganta?»

Se decidió a visitar a Esperanza aquella misma tarde. La cantante la recibió muy bien.

—No creía verla tan pronto por aquí.

—Sí. Estoy decidida. He pensado que tiene usted razón.

Convinieron en que Obdulia cenaría allí, porque después acudirían dos caballeros amigos de la casa:

—Gente seria, ¿sabe usted? A mí, para estas cosas, sólo me gusta la gente seria. Tienen más de cincuenta años. Uno es magistrado, hombre de gran influencia… Venga a ver su gabinete.

Un gabinete forrado de cretona, con una lámpara roja.

—Los muebles, nuevos. Lo inaugura usted.

Obdulia estaba dispuesta a no intimidarse por nada. Se vio en el espejo del armario, impávida. Víctor, en su memoria, se perdía, remoto, del brazo de una mujer.

XV

—No sé dónde está la luz. ¡Ah, sí! Aquí.

La habitación quedó, con la luz, como ruborizada. En cambio, Obdulia, que acababa de empolvarse, parecía pálida. El hombre entró detrás y cerró la puerta con llave. El hombre era alto, magro, afeitado, de cabello cano. Declaró:

—Está bastante bien esta alcoba.

—Sí —respondió Obdulia, que se había sentado en una butaca.

—Eres muy jovencita; casi podías ser hija mía —dijo el hombre, acercándose.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Su hija, no.

—Trátame de tú.

—Bueno.

—Hablas poco.

—Sí.

—Pero a mí me entusiasman las mujeres que no son charlatanas: las mosquitas muertas.

El hombre se sentó en el brazo de la butaca y se apoderó de una mano de Obdulia. Era, entre las suyas, un poco de nieve entre dos pelladas de barro.

—¿Me das un beso?

—Sí.

El aliento del hombre era una oleada de tabaco.

—¡Qué arisca eres! ¿No te gusto?

—Sí, me gustas mucho.

El hombre sonrió, halagado.

—¿Quieres que nos desnudemos?

—Como quieras.

El hombre se quitó la americana y el cuello de pajarita. Era horripilante verle en mangas de camisa, con la espalda tachada por el aspa de los tirantes.

—Preferiría apagar la luz —dijo Obdulia.

—A mí me gustaría verte sin ropa, a mi gusto. Porque debes de tener un cuerpo…

El hombre se le acercó de nuevo, con trémulo ademán, y le puso la mano en un hombro. Obdulia notó como si el brazo fuese a despegársele, tierno tallo florido. Sentía más que nunca el alma adherida a la piel, concentrada en ella como el alcohol en el mosto.

—Hay luna —dijo—. Descorreré las persianas.

Las descorrió y apagó la luz. La luna entró, hecha un triángulo, hasta la alfombra. Desde el balcón, las estrellas se confundían con las luces de los barrios lejanos. Brillaba como un mármol la azotea próxima.

El hombre se quitaba los zapatos. Murmuró:

—Eres una mujer rara.

Obdulia empezó a desnudarse en silencio. El hombre se había sentado en la cama y comenzaba una historia:

—Te pareces a una muchacha que iba al café. Muy caprichosa, pero después era un encanto acostarse con ella. Tenía unos pechos duros, duros…

De repente, en la penumbra, se oyó, frenética, la voz de Obdulia:

—No me hables. No quiero oírte, ¿sabes? Me importan un rábano tus historias. Te odio… Os odio a todos. Al mundo, también… ¡Qué desgracia!…

Cayó sollozando, medio desnuda, sobre la butaca. El hombre, asombrado, parecía un pelele en medio del cuarto. Al fin abrió la puerta y se lanzó al pasillo. Pedía a gritos una taza de té.

XVI

Cada vez que el tren se sumergía en un túnel, la modista se persignaba. Obdulia, recostada en el asiento, chupaba bombones. Iba sin sombrero, con las largas piernas prestas a saltar, como dos corzas jóvenes. La luz del campo, veloz e inmóvil, parecía fluir de sus propios cabellos, como el alba del fondo de la noche. La modista, doña Blanca, aplicaba de vez en cuando los impertinentes a la casita del guardabarrera, al poblado lejano o a la yunta de mulas estampada sobre el paisaje. Dijérase que doña Blanca utilizaba entonces un derecho incluido en el precio del billete, como si la casa, el pueblo y las mulas fueran colocadas allí por la compañía de ferrocarriles para mejor servicio de los viajeros.

Iban solas en el departamento. Obdulia se cansó de los bombones y se dispuso a fumar un cigarrillo. Doña Blanca hizo un gesto de horror:

—Pero ¿va usted a fumar?

—Claro —contestó la joven—. ¿Quiere usted?

—No. ¡Qué disparate! Usted no debía tampoco…

—¿Por qué?

—Figúrese usted si entra alguien… La tomarán por una cualquiera.

—¡Pero si fuma todo el mundo! ¡Hasta madame!

—¡Oh! A madame no le agradaría que una modelo de la Casa Dupont fumara como una tanguista. Además, el respeto propio. En mi tiempo…

Obdulia se echó a reír después de encender el *abdulla*.

—No se inquiete, doña Blanca. Si viene algún viajero, tiraré el cigarro. Es una costumbre inofensiva.

Doña Blanca inició una aburrida disertación acerca de la inmoralidad reinante, de la ligereza de la juventud, de la falta de educación cristiana de las mujeres actuales. Hacía alusiones a su vida, a sus amores con un marino de guerra, a su viudez prematura. Sólo se interrumpía a sí misma para exclamar: «¡Mire usted qué arbolito tan chico!». «Ha visto usted aquel rebaño? ¿Lo ha visto usted?»

Obdulia, mientras tanto, pensaba en sus últimos días de Madrid. En Víctor, a quien no había vuelto a ver después de una carta despidiéndose para siempre. En la casa de Esperanza, horrible, monstruosa, con su desfile de hombres degenerados. «Me hubiera muerto allí si sigo en aquella cama turbulenta.» Recordaba el mejor triunfo de su cuerpo en el concurso de modelos de la Casa Dupont, que la enviaba al norte para exhibir las novedades de verano. Y partía de Madrid casi contenta, aunque allí, con Víctor, quedaban raíces de su corazón. «Me duele no sé dónde cuando pienso en él.» Mil veces había rechazado la tentación de ir a buscarlo para arrojarse en sus brazos.

Doña Blanca relataba ahora su segundo matrimonio y su segunda viudedad.

—Manolo no me dejaba salir sola nunca. Era un hombre de gran mérito.

El mozo del restaurante entró en aquel momento para anunciar que se iba a servir el almuerzo. Después de acicalarse un poco se dirigieron las dos al coche restaurante —inseguro trayecto que tiene algo de paso por la cuerda floja—, donde las esperaba el abominable *ragoût* de los trenes españoles. En el comedor almorzaba ese público trashumante de funcionarios, militares y viajantes de comercio que caracteriza la ruta peninsular. Entre las señoras, Obdulia produjo la natural expectación, porque tanto su figura como su *toilette* le daban un aire de mujer tan distinta, producto de tan diferente clima moral, que su sola presencia entre aquellas españolas representaba ya un poco de escándalo.

El mozo las colocó en una mesa que ocupaban ya dos viajeros de cierta edad. Uno, delgado, inexpresivo, con voz metálica y desagradable. El otro, grueso, serio, con muchas sortijas, enseñando la mitad de los puños planchados. Hablaban de una mina, del precio de los carbones ingleses y de un tal Becerra que parecía preocuparles mucho. «Eso no lo autorizan porque a Becerra no le conviene.» «Pero el ministro…» «Nada de ministro. Becerra hace lo que le da la gana.»

—¿Vino?

—Yo no quiero vino —declaró doña Blanca—. Tráigame agua.

—Tiene que ser mineral.

—Pues Insalus.

—Insalus no hay.

—Entonces, Mondariz.

—Mondariz, tampoco.

—Entonces, ¿qué hay?

—Cabreiroá.

—Traiga entonces Cabreiroá. ¡Qué servicio!

—En estos trenes —intervino el viajero grueso— hacen lo que quieren. Yo estoy cansado de firmar en los libros de reclamaciones.

Obdulia pidió vino. El viajero de la voz metálica empezó a describir los ferrocarriles alemanes, los ingleses, los franceses y hasta los yugoslavos. Su compañero le explicó a Obdulia, orgulloso:

—Lo tengo de ingeniero. Es un hombre muy competente.

—¡Ah! ¿Usted tiene una fábrica?

—No, no. Tengo minas. Tres mil obreros trabajan allí.

—¡Caramba! ¡Enhorabuena! Eso da dinero.

—¡Pchs! No va mal. Pero estaba mejor el negocio en tiempo de la guerra. Ahora los obreros se han puesto imposibles. Son unos señoritos.

—Creo que mueren muchos sepultados.

—¡No haga usted caso! Siempre se exagera. De vez en cuando, alguna explosión… Pero los tengo asegurados. A las familias se las indemniza. Consiguen lo que quieren.

—Sin embargo… Vivir así, en medio de ese peligro, debe de ser horrible.

—También uno tiene muchos quebrantos. Que si bajan los precios. Que si el barco no llega… No puede usted figurarse la serie de disgustos…

Doña Blanca escuchaba encantada al ingeniero, que entre trozo y trozo de merluza le explicaba el funcionamiento de una locomotora. Se veía que doña Blanca no entendía nada de todo aquello, pero su afán era parecer persona importante. De vez en cuando exclamaba:

—Mi difunto marido también había viajado mucho. ¡Qué hombre!

El minero era asimismo hombre locuaz, y en poco tiempo enteró a Obdulia de la marcha de las minas, de su vida en Madrid, del par de automóviles que había comprado en Barcelona meses antes.

—El Renault me gusta mucho. Mi mujer prefiere el Buick. Pero a mí el Renault me entusiasma.

Terminó invitándola a pasear en automóvil por el campo.

—Para viajes largos, soy partidario del tren. Cuando llegue a Oviedo ya estará esperándome en el hotel el Renault. ¿Vendrá usted un día?

—No sé si podré. Ya veremos —contestó Obdulia riendo.

—Invitaré también a su mamá.

—¡Si no es mi madre!

—¿Entonces…?

—Es la encargada de la Casa Dupont. Yo soy modelo.

El minero, que daba fin a la segunda botella de Diamante, comenzó a galantear a Obdulia:

—Es usted una mujer preciosa.

—¡Regular! Tiene usted los ojillos empañados.

—Estoy ciego por usted.

—¡Huy! ¡Qué deprisa camina! Eso no es higiénico.

El minero las invitó a café y licores. Doña Blanca pidió té, sin dejar de atender al ingeniero, cuyo verbo atravesaba ahora el lago Léman, camino de Suiza. Obdulia quiso café solo.

—¿Coñac, anís, benedictino?

—Benedictino. Me gustan mucho las bebidas dulces.

Habían quedado solos en el vagón. En la otra ala comían los mozos. Obdulia sacó un cigarrillo, sin hacer caso de la mirada oblicua de doña Blanca. Estaba sofocada y le fulgían los ojos. Era una ampolla de voluptuosidad en medio del ronco jadeo del tren y de la panza de humo que quedaba arrastrándose por la llanura.

Llegaron a Oviedo por la noche. Fueron a hospedarse al hotel de París, donde el minero había pedido también habitaciones. Obdulia cenó en su cuarto. Aunque estaba fatigada, contempló desde el balcón una calle bulliciosa, que no parecía de provincia, y un gran bosque, cerrado y denso como una bahía, de donde le llegaba, por primera vez en mucho tiempo, un auténtico olor de primavera. A una ciudad así hubiera deseado ella llegar del brazo de un hombre como Víctor; ser esa pareja desconocida que viene de un mundo distinto para sentir la caliente palpitación del tiempo, bestezuela insumisa que acaba por devorar a quien la doma. No ser el turista que anota en la guía la ruina ilustre o el monumento putrefacto, ni el comerciante que

despacha desde el *hall* mensajes beocios, sino el viajero que no conoce a nadie y conduce en su alma la imperiosa inquietud de las cosas vivas.

Al día siguiente, cuando Obdulia dormía mejor, doña Blanca la despertó para trabajar. Tuvo que hacerse deprisa la *toilette* y disminuir el carmín de los labios.

—Nuestras clientes se escandalizan con las modelos demasiado pintadas.

En el momento de empezar las pruebas, por el mirador entraba un sol tierno, reciente, que acababa de llegar del campo, de revolcarse en los arroyos y los prados. Obdulia hubiera huido de entre baúles y muestrarios, rompiendo la valla de señoras fofas y de muchachitas impertinentes que la curioseaban a ella mucho más que a los vestidos que exhibía.

—Ese color no me gusta. Vuélvase usted, haga el favor…

—Claro… Con ese cuerpo, todos los vestidos parecen bien.

—A mí me agradaría el mismo corte en azul. ¿No es verdad que parece demasiado sencillo?

XVII. IMPRECACIÓN DEL MANIQUÍ

Yo, Venus mecánica, maniquí humano, transformista de hotel, tengo también mi traje favorito, mi elegancia de muchacha que sabe vestir para la calle, para el teatro y para el *thé dansant*. Conozco el color que arrastra a los hombres y el que impresiona a las mujeres. Finjo que voy a las carreras, que he de cenar fuera de casa o que salgo de compras por la mañana, después de las doce, bajo el arco de cristal de los barrenderos. Soy una actriz de actitudes, una pobre actriz de trapo, que no puede siquiera llevarse las manos al corazón para hacer más patético el verso que dicta el apuntador.

Odio esa asamblea de pequeñas burguesas y ese escenario que tiene un biombo y unos cofres abiertos. Pequeñas burguesas que carecen de imaginación, miden el pecado por los centímetros de tela y no conocen la gracia del escorzo ni el valor del movimiento. Cuando compran un traje, yo le lloro como a una cosa mía que ha de quedarse para siempre sobre un cuerpo casto, bajo la imponente vigilancia de los padres jesuitas. Me horroriza sobremanera la virginidad de esos vestidos que no han de sentir nunca la violenta sacudida ni la impaciente desgarradura.

Yo, Venus mecánica, maniquí humano, sé bien en qué consiste la gracia de vestirse. Tengo un alma emboscada en mi figura, un alma que late en cada uno de mis pasos, mientras cruzo lentamente el cuarto del hotel. Vosotras, burguesas, no tenéis esa juventud insolente, este impudor mundano, estas piernas voraces, este pecho alto y pequeño como un fruto. ¡Ah, cómo os odio, rebaño de pavas, cerditas grasientas de las provincias, buches rollizos de donde cuelga la medalla católica de la domesticidad!

En el comedor se encontró Obdulia varias veces al minero opulento. Las invitó a champán, porque a Obdulia le gustaba mucho.

—Me da una alegría ese vino… Me encanta sentir su niebla en los párpados.

—Yo traería para usted todo el champán del mundo.

—Aún no es usted bastante rico.

—Lo soy. Pídame lo que quiera. Me perturba usted. ¿Por qué no viene a dar un paseo conmigo?

—No puedo. Me espera doña Blanca.

—¡Déjela! Usted no debe vivir así.

—Mañana nos vamos a Gijón.

—Yo iré detrás.

—No se canse, porque perderá el tiempo.

Al día siguiente marcharon a Gijón. Obdulia iba fatigada de exhibir trajes y hacer notas de pedidos. En Gijón les dieron habitaciones al puerto, y por la noche era hermoso observar cómo los caballos de las olas sacudían contra el muelle la luna de sus crines.

XVIII. LA LEYENDA DEL HOTEL

El hotel donde fue a hospedarse Obdulia tenía también su leyenda, una leyenda que no conocían el gerente ni los camareros, pero que se conservaba allí como un aroma. Como la ciudad era una ciudad fenicia y transatlántica, de esas que parecen encalladas para siempre en un hueco de la costa, el mejor hotel, el Majestic, estaba sobre el puerto, y la estancia allí daba muchas veces la sensación de buque. Desde el comedor se veía el mar estriado, movedizo y largo; el horizonte, como una tela combada por vientos de trasmundo, bien sujeta por los clavos de las estrellas. El *hall*, con sus muebles frágiles de paja y cristal, parecía también una instalación de a bordo. Los viajeros presenciaban desde allí las maniobras de las embarcaciones y veían las flexiones hercúleas de las grúas en las faenas de carga y descarga. Pasaban cogidas de las manos las vagonetas, se oía la tos gaseosa de los motores, y a ciertas horas, los marineros, vestidos de mahón, cruzaban dando bandazos con sus botas de agua, sus botas de mil leguas (de mil millas, porque esas botas cuentan su camino por singladuras). Estar en el hotel Majestic era como estar de paso en un puerto. Las noches de mar fuerte, el mar salpicaba las ventanas como las claraboyas de los camarotes, y la luna abría en el interior sus venas de mercurio. Ayudaba a la imaginación la naturaleza de los huéspedes, casi todos negociantes y turistas americanos o inmigrantes enriquecidos. Los diálogos eran un *cock-tail* de modismos ultramarinos, con azúcar de tango y zumo de vidalita.

Por aquellos días había llegado al hotel, para embarcar camino de la Argentina, Asunción Lanza, una diva ilustre, «la favorita de los públicos hispanoamericanos», según los periódicos: una mujer rubia, muy vistosa, que disimulaba muy bien sus cuarenta años. De Asunción Lanza se contaban muchas extravagancias. Tenía fama de mujer áspera, caprichosa y colérica, que sufría con frecuencia crisis espirituales. Había estado alejada del arte algunos años, a raíz de su matrimonio con un diplomático inglés. Pero separada de su esposo por no se sabe qué conflictos, retornó a la escena con más éxito que nunca. Las gentes no le perdonaban su aislamiento, y le

reprochaban genialidades pintorescas, como la de no llevar apenas joyas, a pesar de su espléndida posición, y la de negarse sistemáticamente a tomar parte en fiestas oficiales. Hablaba con gran desdén de su arte, diciendo que era un arte de rastacueros y de personas desocupadas, y decía que el ideal era suprimir los intérpretes, intermediarios abominables entre la inspiración pura y el auditorio. Viajaba sola, o casi sola, porque la acompañaba únicamente una doncella, que era la encargada de sus equipajes y de escamotear a la cantante de la curiosidad de admiradores y periodistas. Los profesionales aseguraban que en Asunción Lanza se daba el tipo de mujer soberbia enferma de megalomanía. Lo cierto es que huía de la publicidad y que la irritaba el reclamo. Rechazaba entrevistas e interviús, y no le importaba el enojo periodístico, que para ella no era la losa de la impopularidad. En una sola ocasión admitió el diálogo con un reportero vivaz, a quien manifestó fríamente: «Mire usted: para mí, el artista es un paralítico de la acción, un fracasado. Se trata de una individualidad frustrada. Puede que la vida y las sociedades lo necesiten; pero como tal individuo, el artista es un ser inferior. A mí me irrita este papel de gramófono, de máquina musical que se exhibe en los escenarios».

Desde luego, no era una mujer vulgar. Conspiraba todos los días contra su fama, y su fama crecía a pesar suyo, hasta remontar las fronteras.

Al día siguiente de la llegada al hotel de la diva, se presentó un joven, casi un adolescente, que preguntó si Asunción Lanza se hospedaba allí. Como le contestasen afirmativamente, pidió habitación, y penetró en ella con su pequeña maleta de estudiante. Poco después acudió al comedor, y allí se enteró de que la artista almorzaba en su cuarto. Entonces volvió a subir y golpeó con los nudillos en la puerta de Asunción.

—Adelante.

Asunción Lanza escribía. Al volver la cabeza y reconocer al visitante dio un grito y se puso de pie.

—¡Tú! ¡Julio!

Se abrazaron, y estuvieron así cerca de un minuto, convertidos en tierna escultura de amor. De pronto, ella se desasió, agitada, asombrada, demandando explicaciones:

—Pero ¿cómo estás aquí? ¿Cómo te has enterado? Esto es una locura, Julio.

Julio sonreía. Era un muchacho delgado, nervioso, de actitud resuelta, que acabaría de pisar el umbral de los veinte años.

—Me enteré de tu viaje. Sabía que me abandonabas. Y estoy dispuesto a marcharme contigo al fin del mundo. Al fin del mundo, ¿sabes?

—¡Qué tontería! ¡Si no puede ser! Pero ¿cómo te has enterado? No dije a nadie una palabra.

—Por la agencia del barco. Sabía que habías tomado pasaje.

—¡Qué chico! ¡Qué chico! Pues mira, te estaba escribiendo. La última carta. Pensaba echarla a bordo.

Julio cogió el pliego, que estaba a medio escribir, y leyó: «Perdóname, mi querido pequeño. Pero no me sentía con fuerzas para despedirme de ti. Además, eres tan obstinado, tan irreflexivo… Te he dicho siempre que nuestra separación era inevitable, que nuestra pasión es un error, como tantas que hay por ahí. Yo soy una vieja que siente el hielo en su corazón. Tú, un niño al que no puedo amarrar a mi escepticismo. Estuve engañándome a mí misma, porque me halagaba merecer tu amor. Todo se reducía a un dulce subterfugio. Lo cierto es que a los cuarenta años todos los sentimientos, todas las palabras, todos los instantes, están gastados. ¿Para qué seguir? Si yo fuera una mujer como muchas, te haría presa de mis nervios, de mis caprichos. ¡Eres tan ingenuo y tan impetuoso! No, no. Me voy para no verte más, para que la vida se ensanche en torno tuyo. Yo soy ahora la montaña de nieve —tengo canas ya— que te impide ver la hermosura del mundo, la variedad del mundo. Aquel día en que te acercaste a mí, a la puerta de una tienda, con esa audacia inocente de los muchachos de tu edad, yo debí huir. Eras el último ángel del amor que enredaba sus alas en la portezuela de mi coche. Después ya no tuve valor. Pero aún es tiempo. Desde aquí veo el mar que ha de separarnos. Y lo odio, porque…».

Julio dejó el papel con lentitud sobre la mesa. Luego volvió a tomarlo y lo fue rompiendo en pedacitos pequeños.

—Es preciso que te des cuenta —le dijo Asunción—. Los arrebatos no conducen a nada.

—Pero ¿es que no me quieres? ¡Me has mentido, entonces!

—No seas chiquillo. ¿Por qué no me comprendes? Te lo he explicado mil veces.

Yo soy una mujer cansada, vencida. Tú tienes una ilusión pasajera. Un día u otro tendrá esto que terminar, y entonces te encontrarías hecho un guiñapo. ¡Tú no sabes lo que es ser el amante de una artista, meterse en esta vida artificial del arte! Tú eres un muchacho serio, inteligente. ¡Compréndelo!

—Pero yo te adoro. Yo me voy contigo adonde sea. ¡No puedo vivir sin ti, vaya!

—¿Ves? ¿Ves? He oído cien veces las mismas cosas. Yo estoy segura de que hablas con sinceridad; pero estas palabras me parecen falsas, vacías, repugnantes.

—Eres una ingrata.

Asunción movió la cabeza con tristeza.

—No. Yo sé que no.

—Pues bien —replicó Julio, exaltado—, no me resigno. Me embarcaré contigo. Y si no me quieres a tu lado, te seguiré a pesar tuyo.

—No harás eso. No seas insensato.

—Lo haré.

Discutieron mucho tiempo. El almuerzo se enfriaba en la bandeja. De vez en cuando llegaba hasta el cuarto el pito de un buque, como una atroz desgarradura de la tarde.

Por fin, Asunción se irguió, dura, enérgica, inflexible, transformada ya en la mujer que había sido siempre.

—Pues hasta que regreses a Madrid no embarco. Perderé el vapor, el contrato. No me importa. Yo sé lo que tengo que hacer.

Al día siguiente, muy de mañana, cuando Julio dormía, después de una noche de dolor, Asunción fue a Teléfonos y puso el siguiente despacho al padre de su Julio: «Su hijo, en peligro. Venga primer tren hotel Majestic. *Asunción Lanza*».

Asunción bajó al *hall* y envió a un botones al cuarto de Julio.

—Dile que le espero; que baje.

A los pocos instantes apareció Julio enfurruñado, oblicuo, con huellas de sufrimiento en el rostro.

—¡Qué chiquillo eres! Vamos, no quiero que te disgustes tanto. Vamos a pasear un poco.

Fueron hacia el centro de la ciudad, donde estaban las tiendas mejores, los cafés lujosos, los cines vocingleros que ya llamaban para la sesión de las cuatro.

—Aquí, en este teatro —dijo Asunción, señalando uno—, canté ya hace muchos años. Entonces era jovencita, casi tanto como tú. Amaba la gloria, el éxito. No me ocupaba del amor. Tenía ambición. ¿Tú no has pensado en eso?

—Sí —replicó Julio—, antes de conocerte. Pero ahora…

—Ahora precisamente es cuando debes ocuparte de cosas duraderas. ¿No ves que esto es una calentura de la imaginación? ¡Ay, chiquillo mío! Yo, para vivir un poco, ya tengo que mirar hacia atrás. En cambio, tú miras de frente, hacia el futuro… Es imposible.

Aquel paseo fue el último. Porque a la mañana siguiente, la doncella anunció la visita de un caballero:

—El padre de Julio.

Era alto, joven aún, de cabello gris. Entró con el abrigo al brazo, agitado.

—Señora… ¿y Julio?

—Cálmese. Está perfectamente. Ocupa el cuarto número 48. Esto es muy irregular, pero no había otro remedio.

—Entonces… Pero ¿dice usted que está bien? ¿Y ese peligro de que habla su telefonema?

—¿Ese peligro? Yo.

El caballero comprendió perfectamente.

—¡Ah…! He pasado una noche… No me explico cómo ha podido venir. Sin dinero, sin ropa. Yo lo ignoraba todo. Estábamos preocupadísimos.

—Ha sido mía la culpa. No le riña. Esto empezó como un juego, un juego delicioso. En fin, no es preciso que le diga a usted más. Julio es tan vehemente que quería embarcarse conmigo. Lléveselo usted. Lléveselo a otro hotel ahora mismo. Y no me guarde rencor.

—No, no. Al contrario. Es usted una mujer buena.

—Regular. Adiós. ¡Ah! Y cónstele que se lleva usted… un pedazo de mi vida.

La ahogaban las lágrimas. El padre de Julio, indeciso, no sabía qué hacer. Asunción, derrotada, pálida, se apoyaba en el quicio de la puerta. Por fin, el padre de Julio se inclinó cortésmente y fue en busca de su hijo.

XIX

Una noche salía Obdulia, a dar un paseo, y en el *hall* vio a don Sebastián, el minero.

—Cumplo mi palabra.

—Pero, hombre, emplee sus esfuerzos en cosa mejor.

—Nada me importa ya tanto como usted. Ahí tengo el coche.

—¿Ah, sí?

A la puerta del hotel estaba el Renault. Nuevo, brillante, con un búcaro dentro. Obdulia lo miraba despacio, y dio dos vueltas a su alrededor, como una compradora que quisiera cerciorarse de las condiciones del coche. Por fin puso una mano sobre el capot, como quien acariciaba el hocico de una bestia querida.

—Es muy hermoso.

—Para usted, si lo quiere.

Obdulia se separó del auto e hizo un gesto con la mano enguantada para espantar la tentación.

—Adiós. Hasta luego.

—¿Tampoco me deja acompañarla?

—Bueno. No me importa.

Atravesaron el bulevar, hirviente de público. El minero explicaba su vida en Madrid, sus disgustos conyugales y la frialdad de su hogar. A veces suspiraba como un fuelle.

—Créalo, Obdulia. Necesito afectos. No puedo vivir sin afectos.

—Verdaderamente… Es usted de los incomprendidos. Si no fuera por el Renault, me daría usted lástima.

Se detuvieron frente al radiante escaparate de una joyería.

—Elija usted. Quiero hacerle un regalo.

Obdulia le miró burlona.

—Vamos, hombre… He pasado de chiquilla, y ése es un truco viejo. Yo soy una mujer carísima.

Y siguió andando.

Pero a la mañana siguiente, el minero, con una tarjeta, le envió una pulsera de brillantes.

—La devolverá usted enseguida —dijo doña Blanca.

Obdulia, que estaba en pijama sobre la cama, declaró:

—No pienso. ¡Que no sea necio!

A los dos días tomaron el tren para Bilbao, y una semana después entraban en Santander. A Santander llegó Obdulia muy irritada. Aquellos viajes veloces y aquellas señoras estúpidas que disponían de ella con insolencia para estudiar un vestido destrozaban sus nervios hasta el punto de cambiarle el carácter. Obdulia se notaba a sí misma colérica y desabrida. Además, volvía a parecerle monstruosa la injusticia del mundo, que le hacía vivir días grises y humillantes. Aquel oficio estaba bien para doña Blanca, mujer en derrota, símbolo triste de la conformidad; pero no para ella, que se sentía entera y audaz para rodear con sus brazos la cintura del orbe. «¿Qué derecho tienen sobre mí las mujeres que triunfan, esas para quienes trabajo? Yo no me resigno.»

Se lo dijo a doña Blanca a la hora de comer.

—Tiene usted que hacerme la liquidación. No sigo el viaje.

—¿Está usted loca?

—No. Pero estoy enferma.

—Eso no puede ser. El contrato es por dos meses. No le queda más remedio que cumplirlo.

—No lo cumplo. Llamaré a un médico.

Tuvieron una disputa enojosa. Doña Blanca terminó por suplicarle:

—¡Quédese usted! ¡No me deje! ¡Qué va a ser de mí ahora! Me había acostumbrado a su alegría, a sus caprichos…

A Obdulia le impresionaban aquellas palabras, pero no cambió de decisión. Por la tarde fue a Teléfonos y puso un despacho a don Sebastián Vijande: «Venga hotel Oriente. Hablaremos».

Don Sebastián llegó al día siguiente, por la tarde, cuando ya se había marchado la modista. Obdulia vio aparecer el Renault, cubierto de polvo, con una maleta detrás, como esos alpinistas que regresan con el morral a la espalda a la hora de ponerse el

sol. Desde el balcón vio descender al minero, rollizo, optimista. La muchacha se llevó instintivamente las manos al pecho para preservarlo, para defenderlo. Pensó vagamente: «De todas maneras, estoy demasiado tranquila para una cosa así. No voy a ser capaz de hacer bien la escena de una mujer que se entrega. Me noto muy distinta». En el espejo se vio con una belleza dominadora y resuelta. «Y bien: voy a venderme. ¿Qué más da? Todos los ricos del mundo no bastarían para comprar mi desprecio. Eso sí que es mío. En cambio, Víctor lo destruía con un gesto.»

La camarera entró para anunciarle que don Sebastián la esperaría en el vestíbulo media hora después. Obdulia invirtió ese tiempo en vestirse, en vestirse para ella, transformada de maniquí en mujer por la más sencilla de las metamorfosis. Un acto tan simple le restituía independencia y altivez.

Abajo estaba don Sebastián. Había añadido nuevas sortijas a sus dedos romos. A Obdulia le pareció más voluminoso que antes, más rojo y pesado que nunca.

—¡Qué felicidad para mí! —balbuceó, después de una inclinación bastante cómica.

—Pero tenemos que hablar —dijo ella—. Vámonos fuera.

Salieron del hotel y siguieron a lo largo del muelle, por donde sólo transitaba la gente marinera. Del otro lado, de la Alameda, llegaba el rumor de la alegría municipal, un poco sofocado por los árboles y por el ruido del mar. Obdulia, de pronto, se detuvo.

—Vamos a ver, Vijande, ¿cuántas mujeres…? No, no. Antes de nada: ¿qué tal el viaje?

—¡Magnífico! Figúrese… Sabiendo que me esperaba usted… ¿Qué más puedo yo desear?

—Pero ¿de veras que se acordaba de mí?

—¡Siempre!

—Voy a interrogarle lo mismo que un juez. No se enfade, ¿eh? ¿Cuántas mujeres ha seducido usted?

—¡Por Dios, Obdulia!

—Claro, hombre. Una persona de sus méritos… Con esa posición…

—Es probable que no me crea. Pero usted es la primera mujer que me interesa de verdad.

—Vijande, a su edad está muy mal mentir de ese modo.

—No me llame por el apellido. Llámeme Sebastián.

—¡Sebastián!

El minero quiso cogerle una mano, pero ella le contuvo suavemente.

—Le he avisado para despedirme de usted. Mañana regreso a Madrid.

—¿Es posible? Yo creí que… ¡Hágame caso, Obdulia!

—Soy una mujer que no le convengo. Créame usted.

—Estoy dispuesto a hacer cuanto me pida. Todo, menos perderla.

—Ya le he dicho alguna vez que ha tropezado con una mujer carísima.

El rostro de don Sebastián se iluminó de complacencia.

—Por eso no hay cuidado. Soy rico, no tengo hijos. ¿Qué quiere usted? ¿Qué me exige?

Obdulia volvió a pararse, esta vez en actitud más grave, más solemne, como para hacer una revelación. Las luces del puerto coincidían en ella, y no eran capaces de amortiguar su ademán lleno de sombra.

—Soy una mujer carísima… No es el dinero, es otra cosa. Usted, naturalmente, no será capaz de entenderme. No, no trato de ofenderle… Como a todas, me gustan las joyas, los coches, los vestidos, los viajes. Pero, además, es que quiero el amor. ¡El amor!

Silabeó la palabra con una voz cargada de fuego y de deseos y, además, de encono, de despecho.

—Es que yo… —susurró el minero—, yo estoy enamorado de usted.

—Eso es muy fácil decirlo. De todas maneras, no es bastante. Porque yo, en cambio, estoy enamorada de otro.

Don Sebastián calló, ante la objeción definitiva. Obdulia lo sentía jadear, a su lado, de emoción o de fatiga. Agregó:

—Claro que a ese hombre no le volveré a ver. Nos separan muchas cosas. Pero siento que todavía le quiero con toda mi alma. ¿Ve usted como no le conviene una mujer así?

Ahora fue don Sebastián el que se detuvo. Respondió con firmeza:

—A pesar de todo, me conviene.

Entonces, Obdulia se dejó alcanzar las manos. Las del minero temblaban.

XX. NUEVA REPRESENTACIÓN DE LA IGUALDAD

¡Ah, tú no sabes a quién albergas, minero opulento, traficante de tierras valiosas, fletador temerario de barcos y mujeres! Cuando ella camina, parece que murmuran de gozo todos los muebles, todos los objetos; parece que vidrios y esmaltes están más bruñidos y despiden una luz más viva. Cuando ella se tiende en el diván y suelta las chinelas rojas, como dos pétalos caídos, todas las cosas la contemplan tocadas de su propia voluptuosidad. El espejo lucha con la luz para quedarse con un poco de su figura, y si el reloj no se detiene es porque quiere cronometrar aquellos instantes. Pero tú no sabes, hombre del cheque y de la factura, lo que ella representa ahí, en ese foco activo de tu vida, pegada a tus días como la planta al muro.

Concisa y aérea como un poco de viento inmóvil, es, sin embargo, tu amante la que restablece el equilibrio humano. Para los hombres de antes, la Igualdad era una matrona con el pecho cruzado por una banda roja. Actualmente, la Igualdad es esa mujer llena de pereza en el cuarto de un millonario, rodeada de esencias y de joyas. Porque ella simboliza el lujo, ácido corruptor de la riqueza, venganza de todos los desheredados de la tierra. Por ahí habréis de morir, becerros de oro, agiotistas del esfuerzo jornalero.

Queréis comprar lo imponderable —la mirada, el arrebato, la sonrisa, el temblor— como compráis el brazo robusto y el pecho tenso que arrancan el mineral o rigen la máquina. Pero vuestras queridas se burlan de vosotros. Tiráis al mar vuestros tesoros. Ellas son, como el mar, hondas e inseguras, y cantan, como el mar, la melodía de la muerte.

XXI

Don Sebastián llevó un día a Obdulia a visitar sus minas de Langreo. Fueron en automóvil por una carretera que corría entre el río y la vía del ferrocarril. Los tres caminos, el de piedra, el de hierro y el de agua, parecían entregados a un permanente pugilato: a trechos iban juntos, se separaban y volvían a reunirse; dijérase que cada rival buscaba el atajo para llegar más pronto. Al fin tocaban juntos las puertas del pueblo, y ninguno triunfaba en la estéril disputa. El río era el más castigado, porque llegaba astroso y sucio, chorreando residuos de carbón.

El pueblo era ancho y destartalado. Altas chimeneas de ladrillo, balcones desvaídos, fachadas sin encalar y unos árboles de hojas polvorientas a los que Obdulia querría limpiar con un plumero. Enfrente la montaña, horadada, con grandes calvas, como un yerto esqueleto de elefante.

La enorme oruga de un tren minero les condujo desde el pueblo hasta las minas. Se había habilitado un vagón para los excursionistas, a quienes acompañaba el gárrulo ingeniero del viaje de Madrid. Hacía un calor pegadizo de principios de estío. En las vagonetas iban hombres tiznados, sudorosos, con desgarradas boinas sobre la frente. En el trayecto se amontonaban las pilas de combustible, como grandes pirámides, y las murallas de briqueta, cuyos panes negros habían de alimentar las panzas insatisfechas de las máquinas. Obdulia iba sintiendo la angustia de un paisaje negro y hermético, donde el mismo sol se empavonaba y se hacía opaco. Hubo un momento en que el tren se hundió en un túnel, y ella tuvo que esforzarse en ahogar un grito de terror entre aquella oscuridad tapizada de humo.

Llegaron a una explanada, donde se abría el bostezo interminable de la bocamina. Alrededor de los almiares de carbón y de los tendejones que alojaban el material trabajaban mujeres despeluchadas y asténicas, niños casi desnudos, cargadores de pecho negro, que lanzaban a los recién llegados miradas oblicuas. Por el tenebroso agujero entraban las ristras de vagonetas, y volvían a salir repletas de carbón, que los obreros iban amontonando y clasificando después. Don Sebastián y el ingeniero ex-

plicaban a Obdulia minuciosamente las faenas de la mina, el oficio de los trabajadores y la misión de las máquinas. Pero ella apenas les oía. Un mundo distinto, el del esfuerzo muscular, el de la esclavitud asalariada, se le revelaba de pronto como un ángulo siniestro de la vida.

—Y estas mujeres, ¿cuánto cobran por hacer eso?…

—Pues de cuatro a cinco pesetas por las siete horas. Pero muchos de esos chiquillos son de la familia. Entre todos sacan un buen jornal.

El que respondía era el ingeniero. Obdulia le miró con rencor. Ocho, diez pesetas: es decir, lo que ella se gastaba en una caja de bombones, en una butaca para el cine. Recordó el Renault del minero, veloz y confortable, y le pareció que iba tirado por aquella muchedumbre macilenta y descalza.

Obdulia se despojó del abrigo de lana gris y se enfundó en el mono azul de un capataz para bajar a la mina. Parecía una protagonista de película. Don Sebastián y el ingeniero hicieron lo mismo, y penetraron todos en el ascensor. El descenso en la gran jaula metálica impresionaba un poco. La luz era lívida y se respiraba con dificultad.

—¿Tienes miedo? —le preguntó don Sebastián.

—No.

Pero la montaña pesaba sobre su corazón. El ingeniero hablaba sin cesar de los nuevos tajos, de las labores recién emprendidas y de las exigencias de los obreros.

Aquel hombre, de una pedantería irritante, lo censuraba todo, y sólo encontraba bien sus propias ideas. Obdulia le habría abofeteado.

—¿Ya?

—Ya.

Estaban en la primera galería. La luz de las lámparas, turbia y difícil, enseñaba un túnel sangrante, sostenido por un armazón de vigas. Los mineros, pegados a tierra como sabandijas, extraían el carbón, que manaba en pellas bituminosas. Se oían, apagados, los diálogos, donde rebotaban de vez en cuando blasfemias e injurias. Cruzaban los estibadores con sus cestos y los capataces que vigilaban el trabajo en la sombra. La atmósfera era densa y húmeda, y los visitantes tenían que orientarse por la exigua claridad de las lámparas. Obdulia comenzó a sentir un estorbo en el pecho y un deseo urgente de abrir los ojos y la boca y aspirar aire y luz. Le parecía que el

universo entero la aplastaba y que pronto se encontraría rodeada de las tinieblas y el silencio eternos. Pensó que estaba enterrada viva entre aquellos hombres que se agitaban como espectros en el subsuelo de un paisaje hostil. Quiso contenerse, pero no pudo:

—Quiero subir. Me hace daño esto.

—Quedan otras dos capas. Cuestión de un cuarto de hora.

—De ningún modo. Me asfixio aquí.

Cuando Obdulia se encontró arriba indemne, creyó recobrarse a sí misma. ¡Oh, qué delicia! Estaba otra vez ilesa y libre, cerca de los caminos ligeros, de los vientos flexibles y de la luz radiante y total. Mientras se quitaba el mono de mahón y volvía a ponerse el fino abrigo gris pensó: «Yo también he bajado unos minutos al infierno, un infierno helado y negro situado, como el otro, "en el centro de la tierra"». ¿Qué género de culpa purgaban aquellos hombres, cuya existencia transcurría en la sepultura de la mina?

A su lado oyó la voz de don Sebastián, inflexible y dura, que hablaba de toneladas y de precios. Cuando volvían en el coche, él ponderaba al ingeniero:

—Desde que lo tengo me dan las minas diez mil duros más al año. Es muy recto con el personal. No les deja parar.

—Me parece un mentecato y un canalla tu ingeniero.

—¡Mujer! ¿Por qué?

—Porque sí. Porque adula al dinero, al poder, y, en cambio, dice mal de esa pobre gente.

—¡Esa pobre gente! No la conoces. No reparan en arruinarle a uno.

—Hacen bien.

El minero dio un salto en el asiento. No era un bache: era una sacudida de asombro.

—¿Cómo?

—Claro. ¡Más arruinados que ellos!… No sé por qué han de trabajar para otro.

—Porque soy el amo —respondió don Sebastián alterado.

—¡El amo! ¡El amo! Pero ellos son los que sufren ahí abajo.

—Expongo mi dinero.

—El que ellos ganan para ti.

—Bueno. No quiero oírte esas cosas, ¿sabes? Estás loca.

Obdulia no replicó. Pero su alma estaba en rebelión y sentía como nunca una furiosa rabia contra el dominio y la fuerza.

XXII

Cuando Víctor se dio cuenta de que había perdido a Obdulia se encerró en su cuarto de la pensión y se acostó por espacio de una semana. Se reconocía iracundo, destemplado, intratable. Lo que más le irritaba era no poder borrar el recuerdo de aquella mujer como el de otras que se extinguían para siempre en su memoria. En el encerado de la noche se acusaba mejor la figura fulgurante de Obdulia. Víctor dormía muy mal y encendía con frecuencia la luz para espantar los corpúsculos de la pesadilla. «Es ridículo que yo me preocupe de este modo por una mujer que me abandona tan fácilmente.» Pero cuando se disponía a odiarla, el querido recuerdo se abrazaba a él balbuceando reproches. En efecto, había estado torpe, áspero y desacertado con ella. Ahora comprendía que Obdulia no era la amiga de una noche que derrama sus risas sobre nuestro hombro; ni siquiera la amante incidental que llega y se aleja con el mismo paso fugitivo. Era de esas mujeres contenidas y hondas que no transitan impunemente por la vida de un hombre.

Aquella semana influyó bastante en la historia de Víctor. Será conveniente, pues, anotar cronológicamente los menudos pensamientos que tuvo entonces.

Primer día, miércoles.— Después de las doce entró la camarera. Al encontrarse con la habitación en tinieblas exhaló un pequeño grito. El desayuno estaba intacto sobre la mesa de noche.

—Hoy no me levanto —le explicó Víctor—. Tomaré un poco de pescado y una taza de café. Si viene alguien, que no estoy.

—¿Abro las ventanas? Hace muy buen día…

—No, no.

Almorzó con luz artificial, y con luz artificial recibió a un redactor de la agencia que le trajo cartas y noticias del día. Víctor se sentía despegado de los acontecimientos del mundo. Su conciencia flotaba en la sombra lo mismo que una boya perdida en alta mar. Obdulia, calzada de silencio, escindía la oscuridad y el sopor como un destello febril. «Y, sin embargo, no estoy enfermo —pensaba Víctor—. Siento mi car-

ne firme, reposada y tranquila, mientras el espíritu hierve y se me desborda como de un vaso.» ¿De dónde viene esa inquietud, ese desasosiego, ese desaliento, esa desesperanza, para que un hombre se encuentre tan angustiado y solo en medio del bullicio urbano? ¿Qué extraña comunicación establecen los sentidos de un hombre con el vasto dolor universal?

Segundo día, jueves.— La muerte —vestida de negro, como es natural— había penetrado en el ascensor. El portero no tuvo tiempo de detenerla. «Eh, señora, ¿adónde va usted?» Pero el ascensor subía ya velozmente con su viajera helada, que iba consultándose la palidez de las mejillas en el doble espejo. La muerte, no se sabe cómo, invisible quizá, estaba a la puerta de la habitación de Víctor, sentada en una silla, con una pierna sobre la otra, enseñando la modelada niebla de las medias de seda. «No es tan fea la muerte —repetía Víctor—. Dan ganas de irse del brazo con ella a través de las calles, a contemplar escaparates. Los amigos le saludarían a uno con un sombrerazo parecido al de los entierros. Y hasta le envidiarían: "Qué mujercita extraña ha encontrado Murias". Luego se internaría uno en cualquier calle sin luz y se borraría para siempre, como el aliento en el cristal.»

Víctor extrajo la pistola de la mesa de noche. No, no se proponía suicidarse. Tenía normal el pulso; el organismo, equilibrado; la cabeza, clara. Pero necesitaba convencerse de que era fácil atravesar la terrorífica frontera. Acercó la pistola a la sien. El cañón estaba frío como el hocico de una marta. «Todo ha de acabar. A lo largo del tiempo, en la distancia infinita, no habrá huella de cuanto me rodea. Qué me importan la historia y la civilización, si no han de ser expresión de mí mismo; qué me importan el sufrimiento o la felicidad de otras almas cuando la mía se haya evaporado con la existencia. Lo trágico es pensar que la vida es el constante despojo de uno mismo, la continua enajenación. Y más trágico aún encontrarse tan identificado con el mundo, tan sumergido en él, que un hombre no es otra cosa que un gusano gozoso de adherirse a la carroña cósmica. Ya la muerte no nos resuelve nada, porque nos hemos manchado del egoísmo del vivir, porque hemos hozado, como el cerdo de Epicuro, en la materia maravillosa del dolor y de la dicha. Habría que no nacer; habría que retornar a la zona virgen, nítida e inmóvil de la antivida, allí donde nada tiene perfil humano y todo refulge ciego y sin conciencia, como un planeta frío.»

Tercer día, viernes.— Como un ramalazo de luz entró en el cuarto Elvira. Abrió las contraventanas de súbito.

—Pero, hombre, ¿es posible? La camarera dice que no tiene usted nada, que son caprichos y aprensiones.

Se efectuaba en Elvira la transverberación primaveral. Ella, más que la luz de la calle, parecía haber destruido las sombras de tres días, con su traje verde y sus ojos violentos. Víctor volvía a ponerse en contacto con la impetuosa tentación.

—Le creíamos de viaje, al no verle por ninguna parte. ¡Qué ingrato!

—¡Bah! Un poco de jaqueca. Estoy acostumbrado.

—Anoche hemos cenado en el Palace. Había chicas preciosas.

—Usted iría con el general, naturalmente.

—Sí. Y con una amiga mía, norteamericana, muy interesante. He de presentársela. Hace propaganda bíblica.

—¿Bíblica?

—Creo que sí. Bueno, ya se lo explicará ella.

—El general seguirá tan necio como de costumbre.

—Mucho más necio. Pero a mí me divierte.

—Y, además, se gasta bien el dinero del país.

Elvira le mostró una de sus manos, sellada por una amatista.

—El último regalo. Está empeñado en seducirme.

—¿Y no lo consigue?

Elvira hizo un mohín de desdén. Luego repuso:

—Debía usted conocerme. Me doy al hombre que me gusta. Pero no me gustan los botarates.

—Sobre todo si son viejos.

Ella, atolondradamente, se sentó sobre la cama. Víctor sentía que las ropas no bastaban para aislarle del cuerpo de Elvira, que le transmitía su ardiente oleaje. De perfil, la espalda era un abanico a medio plegar, muy tenso, sin embargo, a partir de la nuca.

—Anoche he visto a su amigo Sureda. Cenaba con un viejo de tipo muy raro. Un sabio, sin duda. Por cierto que pasó una cosa muy chusca. Sureda vino a saludarme, y en el momento en que Villagomil se dirigía a él, el médico le volvió la espalda. Ha-

bía que oír al general: «A estos intelectuales los voy a meter en cintura cualquier día. Se creen superhombres».

—Él es una «superbestia».

Elvira, sentada en la cama, era una deliciosa provocación. Víctor la ceñía con los ojos vorazmente, hasta llegar al medio limón del seno, afirmado por la postura oblicua. Más que el perfume de la mujer y la picardía de su actitud, le obsesionaban la ligereza de las telas, el estremecimiento de la línea, el choque insólito de la figura con todos los muebles y las cosas cotidianas. Nunca la había deseado de tal manera. La voz de Víctor debía de tener un timbre extraño: era la voz de un cartujo de hotel.

—Elvira.

Ella le miró, sonriente.

—Elvira. Esta mañana… está usted demasiado guapa.

Elvira se echó a reír.

—¡Hombre! ¡Qué novedad! ¿Usted piropeándome? Ahora sí que creo que está enfermo de veras. ¿A ver?

Le puso la mano en la frente. Víctor se la alcanzó y la retuvo contra su boca.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Gravísimo! ¡Loco!

—Loco… ¡por ti!

La alcanzó por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella se resistía débilmente:

—¡No, no! ¡Quieto, quieto!

Pero se dejaba besar en la boca, en el cuello, en el pelo, gavilla intrincada y eléctrica, cuyas hebras parecían subrayar los besos. Besos tan anchos que sobrepasaban los labios de Elvira, activos y vehementes a los pocos segundos.

—Espera, espera. Voy a cerrar.

Pasó el pestillo y se unió a él como una llama a otra.

Cuarto día, sábado.— Elvira estaba de pie, con sombrero, vestida para salir a la calle. Víctor la veía desde la cama, sin desearla ya.

—¿Es que tampoco te vas a levantar hoy?

—Tampoco.

—Pero ¿qué tienes?

—Sigo con jaqueca. Me dura siempre cuatro o seis días.

—Tengo que decirte una cosa. La estuve pensando anoche.

—Dila.

—Lo de ayer fue una tontería. Sí, sí, una tontería. En ninguno de los dos ha de dejar huella.

—¡Mujer!

—¿Para qué vamos a engañarnos? No es que esté arrepentida. Me gusta complacer mis caprichos. Pero, ahora, como si no hubiera pasado, ¿sabes?

Hizo una pausa. Luego, como si recordase de pronto:

—¡Ah! ¿No te lo dije? Edith se ha marchado a vivir a un piso pequeñito, en Pardiñas.

—¿Sola?

—Sola. Cada día está más extraña. Renunciar a la vida a los treinta años es estúpido. ¿No te parece?

—Quizá.

—Bueno. Adiós. Me voy de compras.

Hizo ademán de salir.

—¿Ni siquiera un beso? —dijo Víctor.

—Sí, hombre. ¿Por qué no?

Se besaron sin calor y sin prisa. Cuando Víctor quedó solo pensó: «He aquí una mujer inteligente… y cómoda».

Quinto día, domingo.— Víctor se puso a leer la biografía de Lenin, por Trotski. Durante todo el día siguió el paso sigiloso y seguro del revolucionario ruso a través de Francia, de Alemania, de Suiza. Era como una bomba oculta en el corazón del mundo capitalista, que, al fin, habría de hacerlo saltar hecho pedazos. Lo veía preparar con paciencia benedictina la revolución, animado por la idea fija de salvar a Rusia de la tiranía, de redimir al mundo de la esclavitud económica. Aquél sí era un hombre. Aquél sí cumplía el alto mandato humano. La vida es un problema de justicia. Vale por lo que tiene de exaltación, de esfuerzo, de lucha contra la barbarie del egoísmo y el poder. La existencia de Lenin estuvo en constante función de inteligencia para comprender y reparar. Víctor también sentía en ocasiones la necesidad de consagrarse a una gran obra, de perecer heroicamente en ella. Veía sufrir a su alrededor a los débiles, veía al Moloc de la opulencia devorar mujeres y niños en medio de la impasible estupidez cósmica.

También él sentía a su país palpitar de angustia y de esperanza bajo la enorme armazón de su historia. Él soñaba un pueblo alegre, culto, sin supersticiones, construyéndose todos los días la historia sin dormir a la sombra de un pasado en ruinas. Le conmovía el trozo de humanidad que era su patria, entregado todavía al fraile, al militar, al mercachifle. Tenía razón Sureda: era preciso crear una conciencia, despertar un ideal nacional. Pero no; eso era poco. Había que hacer más. Los hombres mesiánicos de su país, los que predicaban a pecho descubierto tal doctrina, habían caído solos, en el desierto, con los brazos en cruz. Acción, acción. Armar a los obreros, sublevar a los soldados, inyectar rebeldía a los proscritos.

Sexto día, lunes.— Víctor se levantó temprano y escribió un artículo violentísimo contra el llamado Gobierno nacional. Lo hizo transmitir por cable, y salió para hablar con el doctor Sureda.

XXIII

Miss Mary, la americana amiga de Elvira, era el tipo perfecto de la mujer *snob*. Residía en París, y viajaba con frecuencia por Europa so pretexto de hacer propaganda bíblica. Conocía a los artistas de moda y se jactaba de descubrir genios desconocidos en el intrincado bosque de las vanguardias. En realidad, lo que cazaba eran animalitos depilados, que exhalaban gritos primitivos en el lienzo, en el pentagrama o en las cuartillas. Miss Mary explicó a Víctor las dieciocho metamorfosis de *mesié Picasó*, la quiebra del superrealismo y el éxito de un chino que escribía hai-kais para las norteamericanas millonarias. Después le informó largamente de lo que era la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia, para difundir la palabra evangélica sin los errores, rectificaciones y arreglos introducidos por las Iglesias.

—Pero usted es protestante, ¿o no?

—Yo, no. ¡Qué disparate! El año pasado estuve a punto de hacerme católica, porque leí un libro delicioso de Maritain. Pero he pensado fundar una religión.

—¡Caramba!

—Sí, sí. Siento una voz reveladora dentro de mí. Quizá me lance. ¿Quiere usted que la fundemos juntos?

—No, gracias. Yo no me lanzo. Prefiero mi descreimiento, mi odio a todo esto, que es una cosa fatal, criminal, vitanda. La muerte, la vida... Hay que acabar con el mundo. ¿Se acuerda usted de Anatole France?

Miss Mary hizo un gesto desdeñoso.

—No haga gestos. Puso la mano en el corazón de las cosas; sentía palpitar su verdad. Los niños depilados de usted, miss Mary, sus exquisitos, morirán en el río del tiempo con sus *ismos* y sus uñas de color. Aquel viejo sentía latir contra su pecho la tragedia cósmica. Eso es lo que tiene cierta importancia.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues Anatole France decía, poco más o menos: «La solución sería hacer saltar el Cosmos con dinamita y satisfacer así a la conciencia universal, que, por otra parte, no existe».

—¡Bah! Antiguallas. Ahora hay que fundar una religión o convertirse a otra. Yo no sé vivir sin una religión. ¿Y el más allá? Terminar ya con esto, con esto, tan corto, tan efímero…, no puede ser. En fin, acompáñeme a tomar el té. ¿Vienes, Elvira?

—¿Adónde?

—Al Club Femenino.

—De ningún modo. Me voy al Ritz. Tu club es insoportable. No hay más que loros.

—También van jovencitas.

—No, si no les digo loros sólo porque sean viejas. Es que son charlatanas y no hablan siquiera de vestidos. Que os aproveche.

En el Club Femenino, el hombre sólo tenía acceso a la sala de té. Las asociadas se esforzaban en demostrar que el otro sexo no les era necesario y que preferían el trato entre sí para gastar alegremente las horas de ocio. Pero como casi todas eran esposas, madres o hijas de intelectuales, en realidad lo que llevaban allí eran las opiniones de sus maridos, de sus padres o de sus hijos, expuestas aún con más encono y con mayor agresividad. La independencia de aquellas señoras consistía en tumbarse despreocupadamente en los divanes, fumar egipcios e inventar fiestas artísticas para que acudiesen personas del otro sexo. Es cierto que había algunas damas que velaban por la pureza de los estatutos y mantenían respecto al hombre una absoluta intransigencia, hasta el punto de no penetrar jamás en el salón de té; pero las demás aseguraban que tal actitud no provenía tanto del odio al hombre como del cariño por las jovencitas, a las que atraían vorazmente a los rincones más íntimos y silenciosos.

En el Club, miss Mary era muy conocida, aunque tenía fama de mujer original. Y la originalidad era la suprema aspiración de las asociadas. Antes de sentarse, la norteamericana tuvo que saludar a media docena de matronas oxigenadas y señoritas superfluas que la interrogaron con gran interés acerca de su misión bíblica. Víctor no conocía a ninguna.

—Pero ¿es posible que una extranjera venga a descubrirle Madrid? Aquélla es la mujer de Arancedo, el gran novelista. La otra es Elvira Ruiz, la profesora.

—No conozco a nadie.

Minutos después entraron dos muchachas acompañadas de un joven de nariz corva y gafas de concha. A este joven sí le conocía Víctor de verle alguna vez en el Ate-

neo y en la tertulia de Sureda. Era un poeta de vanguardia que escribía deliciosas inepcias en francés. «El castellano es un idioma apoético, antilírico. Además, el francés es la lengua de la inteligencia.»

—Entonces no es la suya —le había contestado Sureda en cierta ocasión.

El tal poeta no era ni siquiera un *snob*: era un tonto.

Miss Mary presentó a los recién llegados:

—La señorita Gloria Martínez, poetisa y nadadora. Maruja Montes, pintora. El señor…

—Al señor ya le conozco: poeta francés.

—No, no: español. Pero escribo en francés porque la cultura moderna es de tipo francés. Además, es el idioma de los intelectuales.

—Y de los camareros.

—A nuestro amigo —intervino la norteamericana— le parece que el castellano está demasiado exprimido por los clásicos. Él hace una poesía deportiva, reciente, y la dice en francés.

—¿Y por qué no se va a Francia? Tendría más difusión.

—¡Oh! Entonces —dijo la pintora— se vería obligado a escribir en español.

—De la difusión no me quejo. Mire usted —el poeta extrajo unos recortes del bolsillo—. Cocteau habla de mí en esta entrevista. Y Montherlant… Vea, vea la carta que me escribe. Ahora me piden una antología de mi obra.

—¡Ah! ¿Tiene usted muchos libros publicados?

El poeta hizo un gesto de horror.

—¿Muchos libros? No. Ninguno. Eso queda para los poetas fáciles. Yo soy un poeta puro.

—Pero una antología…

—Cinco poesías. Una cada año. No se puede hacer más: a veces, una imagen me cuesta meses.

—¡Caramba!

—Rimbaud dejó muy poca obra. Hay que buscar la calidad.

—Pero Rimbaud dejó de escribir a los dieciocho años. Me parece.

—No habría hecho mucho más. A mí no me interesa el público.

—Entonces, usted escribe… para los demás poetas.

Mientras le servían el té, la poetisa relataba sus triunfos deportivos en San Sebastián:

—Tres horas nadando. He vencido a las muchachas más fuertes. Vea usted qué bíceps. Toque, toque usted.

Víctor no tuvo más remedio que comprobar la dureza de aquel antebrazo. Era musculosa y sanguínea: un hermoso ejemplar que nadaba, escribía versos y devoraba emparedados y pasteles.

—Yo, para escribir, necesito hacer mucho deporte. A veces, en la piscina, se me ocurre un poema. Salgo del agua y me pongo a escribir desnuda. ¿Verdad, Maruja?

La pintora asintió. Era una muchachita de figura aguda, incisiva, que debía de ejercer una gran influencia sobre la poetisa, porque ésta, antes de hablar, parecía consultarla con los ojos. Víctor se dio cuenta de que era la única realmente inteligente, y se puso a hablar con ella, mientras miss Mary discutía con el poeta la conversión de Max Jacob.

—¿Usted también cree que eso sea el arte moderno?

—¿Yo? No —contestó la pintora—. Para mí, moderno quiere decir mañana. Éstos no hacen más que volver a los clásicos. ¡Ellos mismos se llaman neoclásicos! ¡A mí no me interesan los clásicos más que para olvidarlos! Leonardo, Miguel Ángel… ¡Bah! Ni Cézanne, ni Picasso. Son los últimos residuos de una cultura, de una sociedad que se extingue. Nada de esto es genial, ni siquiera inteligente.

—Claro. Ven de la época actual lo que tiene de interino y de externo. En cambio, no atienden a lo que va por debajo: al gran tumulto de la vida.

—Todo esto es estúpido. Este pobre chico, creyendo que el universo está pendiente de sus metáforas. Mi amiga Gloria, que es una burguesa sin espíritu, empeñada en tener talento y en hacer poesía deportiva. ¿Y la norteamericana? Insoportable. Hay ahora una masonería del esnobismo, una internacional del ocio ilustrado, que me da asco. Yo me iría de Europa.

—Y yo.

La pintora apretó las manos:

—Lo peor es… que estos cochinos son los que tienen el dinero y el poder. En fin, écheme usted otro poco de té.

XXIV. LA NATURALEZA MUERTA

Ella pintaría la verdadera naturaleza muerta, la naturaleza asesinada con el arma sutil de la imaginación. Borrar el cielo idéntico, el mar hinchado de monotonía, las montañas yertas, los ríos inconscientes, los inmutables colores. Acabar con todo gracias al ácido de una idea nacida en una confluencia de hormonas, en una invisible y misteriosa encrucijada cerebral. Redimir a los sentidos de las sensaciones repetidas, de las imágenes iguales, del peso eterno de los paisajes. Porque el esplín viene de ese universo invariable y lógico que es la alegoría del sentido común. ¡Cómo le pesaba en el espíritu el orden de las cosas, la disciplina ciega del mundo vivo! Ella, minúscula, delgada, insignificante, apenas un latido en medio del aparatoso espectáculo, poseía un pensamiento superior, una concepción del cosmos más divertida y más bella.

Ni sabia ni hermosa la naturaleza. La pintora quería inventarla de nuevo, después de hacerla tinieblas y silencio. «Ustedes se conforman con poco: les bastan la rectificación y la justicia. A mí, no. Para mí, cada día que nace es una tortura, un conato de desesperación. Y acabo de cumplir los veinte años.»

Hombres rutinarios, hombres-máquinas, burócratas, burgueses, comerciantes, felices inquilinos de Beocia: en el tranvía, en la calle, a vuestro lado, rozando vuestras ropas, conversando con vuestros hijos, van unos seres mucho más peligrosos que los bolcheviques: los artistas puros. Tienen una aspiración aún más tremenda que la esperanza del proletariado: quieren suprimir el pacífico sol de vuestras digestiones, la lívida luna de vuestros idilios, el rosado cielo adonde soñáis ascender en compañía de vuestras respetables familias para sentaros cómodamente a la diestra de Dios padre. ¿Qué hacen vuestros valientes generales, vuestros virtuosos obispos, vuestros honorables policías?

Miss Mary se decidió, por fin, a fundar una religión. Lo mismo se le ocurría divorciarse, comprar un yate o hacer un viaje a la Polinesia. Pero acababa de leer un libro de la Cuningham Gram sobre santa Teresa, había visitado Ávila y Toledo, y se encontraba con inclinaciones de fundadora. Miss Mary era una neurótica trascendental.

La pintora se reía de ella y la despreciaba; pero no rehuía sus invitaciones para cenar en el Ritz o pasear en automóvil. En cambio, la poetisa era la primera discípula sincera de miss Mary. Creía que, en efecto, se trataba de una mujer iluminada por la verdad inmortal. Además, la doctrina que predicaba la norteamericana era una doctrina para los menos, una doctrina de selección. A la nueva secta sólo podrían pertenecer los seres cultivados y exquisitos, los artistas, los hombres de ciencia, los aristócratas del pensamiento, las gentes que tuvieran una vida elevada y pura en el orden intelectual. En pocos días, la fundadora reclutó algunos poetas de vanguardia y muchas damas del Club Femenino, a quienes halagaba la idea de formar en aquella milicia distinguida.

Lo primero que hizo miss Mary fue alquilar un piso muy amplio en un rascacielos de la Gran Vía y darle una decoración expresionista, que dirigió Maruja Montes. La luz, los muebles, los colores: todo era allí geométrico y exacto. Al fondo, una tarima con una mesa cúbica y un taburete gris. En el hemiciclo, en forma de rombo, muchas sillas bajas para los prosélitos. Cuando Víctor contempló la sala sintió, en efecto, una sensación de distancia, una especie de tierra ilimitada que se prolongaba hacia un punto infinito.

—Está muy bien. Pero miss Mary ha empezado por el final. Primero, el templo. Después, la religión. ¿Qué nos ofrece miss Mary para el más allá?

—Ya oirá usted mañana mi conferencia. Pero le advierto una cosa: en mi doctrina, como en todas, no se puede participar sin fe.

—Una religión para intelectuales debiera ser una religión científica.

—Nada de ciencia. Estamos fatigados de teología. Espíritu nada más. Ustedes los racionalistas quieren explicárselo todo, razonarlo todo. ¿Qué importa eso? Las Iglesias han fracasado porque se han hecho materialistas. Precisamente, mi panacea consiste en volver a creer.

—¡Bah! Es lo que predican esos frailes sucios que recorren los pueblos.

Mary no le contestó siquiera. Dio a entender que le despreciaba totalmente.

La mayoría del auditorio había adoptado una actitud irónica. A pesar de la fama de mujer culta que tenía miss Mary, aquello de fundar una religión resultaba muy fuerte. Algunas de las intelectuales —intelectuales por colateralidad o afinidad— que le habían demostrado hasta entonces cierta simpatía no se atrevieron a concurrir a la conferencia. Eran católicas de tapadillo, y mientras sus maridos defendían en la cáte-

dra o en el periódico el librepensamiento, ellas se postraban en confesión a los padres jesuitas. Pensaron si miss Mary, debajo de las pieles carísimas de Patou, llevaría enroscado el diablo a su propio cuello. La concurrencia, pues, era muy restringida. Aparte de la poetisa y la pintora, de tres o cuatro adolescentes que jugaban a la poesía pura, estaban la mujer del novelista Arancedo, la ilustre profesora normal, una duquesa arruinada y dos americanas del Sur que escribían versos de un erotismo tempestuoso. Estaba también una mujer alta, delgada, muy elegante, que nadie conocía, y que tenía en los ojos una extraña ansiedad. Había llegado sola y se había sentado casi de espaldas al resto de la concurrencia. Víctor, que acompañaba a Elvira, se fijó en ella desde el primer instante:

—Esa señora debe de ser una amiga de miss Mary.

—No la conozco —declaró Elvira.

—Esta miss Mary es capaz de traer aquí un truco de prestidigitador. Estará de acuerdo con la desconocida e intentará hacernos víctimas de alguna superchería.

—A mí me divierte mucho. Cada año inventa una extravagancia distinta. Durante la guerra formó en París una sociedad de mujeres para facilitarles novia a los mutilados.

—Era una gran idea.

—Pero a mí me tocó un mutilado de verdad, un hombre… que había dejado de serlo. ¡Qué espanto!

—¿Y te sacrificaste?

—No, hijo mío. Me dio mucha pena, pero era demasiado. Habría transigido hasta con que le faltase la cabeza. ¡Hay tantos hombres sin cabeza por ahí! Me convencí de que aquel ser no me servía.

De pronto se apagaron las luces de la sala, y sólo quedó encendida la tarima del fondo. Se abrió un cortinaje del mismo color que la pared y apareció miss Mary en traje de calle. Sin dejar siquiera el bolso sobre la mesa empezó a hablar en un tono casi familiar.

EL SERMÓN DE LA GRAN VÍA

La doctrina que os propongo no es una doctrina de perfección moral. He vivido bastante para estar convencida de que el hombre, a pesar del progreso, a pesar de la

civilización, está dirigido por la fuerza avasalladora de su propia naturaleza. Yo confío en esa fuerza, la defiendo, creo que es la que sostiene y hace perdurar el mundo. Hallo en el egoísmo la fuente de la personalidad que va imponiéndose y triunfando sobre el montón informe de los pusilánimes, de los débiles, de los conformistas. Pienso, como Buda, que el mayor enemigo del hombre es el dolor; pero no aspiro a eliminarlo en el nirvana, en medio de un silencio que me horroriza, porque es el aniquilamiento de esta fuerza mía que me hace feliz. Al contrario, predico una manera de reencarnación, de vida inmortal. El dolor... ¡Qué cosa más estúpida! Podemos estrangularlo en cualquier instante con el auxilio de nuestra inteligencia. Traedme cualquier dolor, el más duro y profundo, y yo lo extirparé con una frase. Traedme a ese padre vencido, amilanado, yerto, que acaba de perder a su hijo más amado, y yo le diré: «¿Por qué sufres, insensato? Cientos de hijos cabalgan en tus poderosos espermatozoides». Para mí, la vida no es mortificación ni renunciamiento; es gozo, apetito, victoria, sabiduría. Creo en Dios, en mi dios: todopoderoso, fuerte, implacable; casi cruel, que sacrifica a las criaturas insignificantes y ama el dominio, el impulso y la claridad. Lo aprendí antes que nada en Nietzsche: «Fuente de alegría es la vida; pero dondequiera que la canalla va a beber, todas las fuentes están envenenadas». Y después: «Dios tiene también un infierno: es su amor por los hombres». No. Dios no ama más que a los hombres que tienen algo de su espléndido aliento. Las demás criaturas que, en posesión de su libre albedrío, no son capaces de imitarle no merecen la gracia divina.

He pasado años estudiando religiones, investigando textos, penetrando el sentido de las palabras que nos fueron transmitidas. Y he comprobado que todas las doctrinas han disminuido a Dios hasta escarnecerle. Buda es un monje ignorante; Confucio, un político fracasado; Lao Tse, un legislador ambicioso; Cristo, un soñador sin voluntad; Mahoma, un voluptuoso. Mi Dios es el señor de la gran armonía cósmica, el Dios que no perdona, el Dios que crea la justicia y la injusticia para uso de los elegidos, el Dios del pensamiento y la acción, el Dios vital e inmortal. Hasta ahora se ha pensado que la virtud consiste en la infelicidad y la mansedumbre. Lo niego, lo niego. La virtud es hacer resplandecer la vida por medio de la fuerza. Que caigan los que, no siendo musculosos, no son astutos; los que no son capaces de hacer triste al prójimo para sentirse alegres; los que viven mal porque no comprenden la dulzura de

la bella existencia. Que caigan los brutos, los tímidos, los pobres, los pusilánimes, los que siempre están anhelando y esperando, mientras el éxito se les escapa de entre los dedos como una ráfaga de viento.

Preconizo la religión del poder, la salud y la fuerza, la religión de la altivez y del desprecio. ¿Cómo no ha de ser inmortal una vida sentida con tanta firmeza? ¡Ah! Yo he tenido la gran revelación; los fuertes somos los representantes de Dios, sus únicos sacerdotes. No se salvará nadie más que nosotros, los que amamos la vida frenéticamente y la hacemos perdurar sin cobardías ni flaquezas. Reencarnaremos en nuestros mismos cuerpos, con los mismos espíritus, cuando la vida, gracias a nosotros, llegue a recobrar la pureza de Dios, su mismo pensamiento original. Como no necesitaremos la muerte para matar, la muerte no existirá, y seremos inmortales.

El silencio con que había sido escuchada miss Mary seguía escoltando sus palabras. De pronto, antes de que la norteamericana volviese a ocultarse, un grito insurgente, un grito atroz, cargado de angustia y de odio, cruzó la sala como un disparo. La dama desconocida que había llamado la atención de Víctor estaba de pie, arqueada, insultando a miss Mary:

—¡Farsante! ¡Farsante! ¿Y mi hijo? ¿Quién ha de devolvérmelo? Le dejé allí, entre tierra asesinado por ese Dios tuyo, ese Dios… canalla. ¡Qué me importa la vida, ni el mundo, ni la justicia! ¡Yo quiero a mi hijo! ¡Farsante!

Cayó de nuevo en la silla, con la cabeza entre las manos para sujetar los sollozos. Mientras el auditorio la rodeaba, miss Mary, apoyada en la mesa, permanecía impasible.

XXV

A los pocos días, la policía se presentó en el hotel para interrogar a miss Mary. El gerente se lo hizo saber entre genuflexiones:

—Querrán revisar el pasaporte de madame; siento mucho importunar a madame.

Madame, en pijama, corregía pruebas de su libro *Nuevo evangelio de la fuerza*. Al volverse y reconocer la calva del *comptoir*, se irritó:

—Ya le dije que no me gusta verle descubierto. Esa calva me pone enferma. Tan lisa, tan morada… ¡Un sombrero, por favor!

El hotelero huyó, y reapareció momentos después con sombrero de copa. Miss Mary se tranquilizó.

—¿Dice usted que la policía…? ¿Quiénes vienen?

—Dos agentes, madame.

—Pues dígales que yo no hablo más que con el jefe.

A los pocos minutos volvió el hombre.

—Perdone, madame. Insisten en hablar con madame.

Miss Mary, furiosa, se levantó.

—¡He dicho que con el jefe! Tengo derecho a recibir a quien me parezca.

Media hora después se presentó el jefe de Policía. Era alto, atlético, y ostentaba uno de esos bigotes germanófilos que después de la guerra sólo usan los militares y los policías. Miss Mary le miró con insolencia.

—¿Qué desea usted?

—Le ruego que me perdone… He recibido órdenes… Para mí es muy enojoso…

—¿De qué se trata?

—La señora se dará cuenta… Yo cumplo con mi deber… Me dicen que averigüe, y averiguo… Créame que este oficio…

Miss Mary, impaciente, se sentó. El policía permanecía de pie.

—Parece que la señora… hace ciertas propagandas. Yo no me permito juzgarlas, ¿eh? Eso de ningún modo. Pero… no se ajustan a nuestras leyes.

—¡Ah! ¿Es que van a mezclarse ustedes en mis asuntos?

—Comprenda la señora. Se trata de un país católico, y se lastiman ciertos intereses. ¡La gente es tan sugestionable!

—Mi obra es una obra desinteresada. ¿Quién se ha quejado?

—¡Oh, señora! El secreto profesional… Pero la nuestra no es la única autoridad. Hay también una autoridad eclesiástica.

—Y bien, ¿qué quiere usted?

—Ya le he dicho que no se trata de mí. Yo cumplo órdenes. La fórmula es facilísima: usted deja su propaganda y nosotros no volvemos a ocuparnos de esto.

—¿Y si yo le digo que no estoy dispuesta a complacerles?

El policía sonrió.

—Entonces… tendrá usted que acompañarme.

—¿Adónde?

—A la Jefatura. Me resulta muy enojoso…

—Soy una extranjera.

Volvió a sonreír el policía.

—La acompañaremos hasta la frontera. Es lo corriente.

Miss Mary se indignó.

—Es un atropello. Me quejaré a mi embajador.

El policía se encogió de hombros. Miss Mary daba pequeños paseos por el gabinete, nerviosa. De pronto se paró y dijo a su interlocutor:

—¿Qué espera usted? Puede marcharse.

—La señora ignora que está detenida.

—¿Yo detenida? Pero ¿usted sabe quién soy yo? ¿Lo sabe usted?

Se retorcía las manos, llena de rabia. Por fin, declaró resueltamente:

—Vamos adonde usted quiera. Voy a vestirme.

A los pocos minutos estaba dispuesta. Bajo las pieles, era una fierecilla de uñas rojas. El policía, detrás, como la imagen corpulenta de la ley. En la puerta del hotel esperaba el auto de la Jefatura. Miss Mary se negó a subir.

—¿Yo en ese coche tan sucio, con las ballestas despintadas? No. Yo no subo ahí. Iré en mi auto…

El portero del hotel avisó a un chófer uniformado que acercó un Rolls espléndi-

do. En él penetró miss Mary, que no se ocupaba para nada del policía y adoptaba ya un aire de martirologio, como si partiera para ser despedazada por las fieras del circo. Fue el mismo inspector el que indicó al mecánico la dirección. El Rolls arrancó como un lebrel, seguido del astroso coche policíaco.

XXVI

Miss Mary fue expulsada de España y clausurado su templo, según habían solicitado los jesuitas de la calle de la Flor. Víctor escribió un artículo terrible, que apareció en varios periódicos americanos y europeos. Le dijo a Elvira:

—Ese viejo sátiro de Villagomil no hace caso más que a los banqueros y a los frailes. Da vergüenza vivir aquí.

—Pero tú mismo decías que miss Mary es una insensata. No sé por qué te indignas tanto.

—No me importa miss Mary. Me importa pertenecer a un país tan envilecido por la estupidez.

—¡Bah! En todas partes suceden cosas parecidas.

A los pocos días, Víctor fue llamado también a la Jefatura. Tuvo que esperar bastante tiempo en un despacho húmedo, con bancos de madera y una sola mesa, donde escribía un guardia pelado al rape y con capote. De vez en cuando llegaban unos hombres pálidos, sin afeitar, que dejaban sobre la mesa pliegos doblados y volvían a marcharse, quizá para continuar la partida de dominó en el bar de la esquina. Ya en presencia del jefe, éste le advirtió:

—El ministro me encarga que le recomiende mayor discreción en sus correspondencias para el extranjero. De lo contrario, tendremos que proceder contra usted.

—No digo más que la verdad.

—Pero hay verdades que no pueden decirse fuera, por patriotismo.

—Yo entiendo el patriotismo de otra manera.

El jefe dio un puñetazo sobre la mesa.

—Pues queda usted advertido. Nada más.

Víctor salió sin saludar. La rabia le agarrotaba la garganta. El mundo seguía en poder de los bárbaros, a pesar de la civilización y de la ciencia. «Estas gentes han puesto la ciencia al servicio de la barbarie. Se ha inventado el teléfono, la telegrafía sin hilos, el motor de explosión, el aeroplano, para que ellos puedan dominar mejor el universo.»

XXVII

Sureda le presentó en su casa a dos militares que conspiraban:

—El general Grandela. Su ayudante.

El general era un hombre de barba blanca, con gafas. El ayudante tenía un aura insolente, casi cínica.

—Yo no necesito más que cien hombres. Con cien hombres lo hago todo. Sin disparar un tiro, ¿eh? Porque a mí me interesa mucho el orden.

—¿Una revolución con orden? —se atrevió a decir Víctor.

El general le miró con altivez, casi con desprecio, y después miró al ayudante. Éste tuvo una sonrisa de conmiseración para Víctor y repuso:

—El señor ignora cómo se hacen esas cosas. Cuestión de estrategia. Veinticinco hombres, a Gobernación; otros veinticinco, la Presidencia; veinticinco, a Comunicaciones, y el resto, en patrullas. No se mueve nadie, se lo garantizo.

Hablaba con tal seguridad como si, gracias a aquel sistema, hubiera hecho ya varias revoluciones.

—Entonces —indicó Víctor al médico—, ¿qué se espera?

—Faltan los cien hombres.

—Pero esos hombres ¿no serían militares?

—No, no. Estos señores están sin mando. El Gobierno sabía que conspiraban y acaban de destituirlos.

Víctor estuvo a punto de preguntar por qué no se habían sublevado a tiempo cuando contaban con algún soldado. Se calló, sin embargo, temiendo que le considerasen poco versado en sediciones.

—Habrá que recurrir a los obreros —dijo Sureda. No sería difícil provocar una huelga.

El general levantó las manos con espanto.

—¿Una huelga? No, por Dios. Ya le he dicho que el orden ante todo.

Y luego, dirigiéndose al ayudante:

—Figúrese usted… El bolcheviquismo… El caos.

El ayudante asintió, al parecer, igualmente horrorizado. Discutieron acerca de los peligros del comunismo.

—Empiezan a saquear bancos y quemar iglesias. ¿Quién los contiene? No, no. Cien hombres con armas, sensatos, que me obedezcan… y está hecho. Se les viste de uniforme, y yo me pongo al frente.

Después habló de las condiciones económicas del pacto:

—Yo no pido nada para mí. Claro que puede salir mal la cosa, y me juego la cabeza. Por eso necesito asegurar el porvenir de mi familia. ¡Tengo tres hijas, doctor! Ustedes me depositan en un banco cien mil pesetas…

Sureda le prometió hablar con el Comité. El general, carraspeando, hizo protestas de liberalismo:

—Siempre he sido liberal… La libertad, ante todo. Éste es un Gobierno de ladrones. ¡Qué digo ladrones! ¡Bandidos! Me han contado que Villagomil ha comprado ya tres casas a nombre de una sobrina. Y a uno, porque es honrado, le echan. ¡Granujas! Para eso me he batido yo en el Barranco…

El héroe del Barranco salió, repitiendo la consigna:

—Cien hombres. Me bastan cien hombres.

Sureda, en la puerta, le rectificó:

—Cien hombres… y cien mil pesetas. ¿No es eso, mi general?

—Hombre, la familia… Ya sabe usted lo que es tener familia.

Cuando hubieron salido, Víctor le dijo al médico:

—¿Y con esta gente quiere usted hacer una revolución?

El médico, pensativo, murmuró:

—Sí, realmente… Esto es desolador. No tropezamos más que con cobardes, con inmorales. Son como los otros.

—Peores.

—Y, sin embargo, es preciso luchar contra esto, poner al país en marcha, renovar la atmósfera, hacer un pueblo europeo.

Víctor movía la cabeza negativamente:

—No, querido doctor. Lo que hay que hacer es provocar la gran revolución. Ustedes se empeñan en soslayar el problema, en confeccionar fórmulas pacíficas, sin contenido humano. Y mientras, el pueblo quiere otra cosa, se muere de esperanza por otra cosa.

XXVIII. LUCILA

Me he despertado a las diez de la mañana, solo, en un cuarto pequeño que la luz matinal hace rojo y transparente como una bebida. Mi amiga de anoche se llama Lucila. Es todo lo que sé de ella. Pienso que estará en el baño, decapitada ahora por el agua, más pálida entre los níqueles, los espejos y las felpas, y espero verla entrar, en kimono, con la dentadura brillante y el casco negro de la melena, húmeda como la copa de un arbusto. Mientras tanto, repaso nuestro encuentro de anoche, en Pidoux, donde ella desnudaba con sus uñas buidas cadáveres de langostinos.

—¿Española?

—Catalana. De Barcelona.

—Tan hermosa y tan sola. ¡Qué raro!

—Mi propietario se ha marchado a Inglaterra esta misma tarde.

—Hombre de negocios, ¿no es eso? Hombre feliz, que puede permitirse una amante tan linda.

—Bah, dos mil pesetas mensuales nada más. Estos comerciales liquidan siempre con saldo a favor.

—¿Y ahora? ¿Sola?

—Descansaré de noventa kilos de pasión.

—Pero eso es como la «coca»: no se puede dejar de repente.

—¿Tan joven y tan… sabio?

—En el amor soy intuitivo.

Lo cierto es que nos fuimos a cenar. Ella pidió Chianti porque su primer novio fue un armador que la llevaba a Génova todos los inviernos.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Víctor.

—Yo, Lucila. Esta noche me siento bien; me siento alegre y libre. Háblame de tu amante.

—No tengo.

—¿Para qué mientes? ¿Es morena o rubia? Será rubia. Os gustan esas muchachas de ojos quietos que se ensanchan las ojeras. Te advierto que no valen la pena.

No quiso ir a ningún teatro, y prefirió que paseásemos por la Puerta del Sol, fustigada por no se sabe qué recuerdos. Yo sentía su brazo mediterráneo tan unido al mío como un injerto vegetal. Lucila es una mujer ejercitada y firme, y anoche tenía ganas de amor. Nos fuimos en taxi a su casa, abrazados desde el coche hasta la habitación, ante el estupor del sereno, que hallaba completamente inadmisible la prematura infidelidad de la inquilina.

Pero mi amiga tarda en aparecer. Ahora me fijo en que no hay aquí ninguna huella viva de su presencia: ni los sombreros, ni los vestidos, ni las joyas. Todo está cerrado y hermético, y sólo veo allí, sobre el tocador, una gran fotografía de Lucila, encerrada en un marco de plata. ¿Dónde está ella? Me asalta la preocupación de encontrarme en ridículo en una casa ajena, y me decido a oprimir el timbre. Es entonces cuando aparece una doncellita vestida de negro.

—¿Y la señorita Lucila?

—Se ha marchado a las ocho.

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

—A Barcelona. Ha dejado una carta. Ahí está.

Miro hacia donde me señala, y veo un tarjetón azul: «Amigo mío. Perdón. He recibido un telegrama. Déjame tus señas, y cuando regrese te citaré una tarde. Un beso. *Lucila*». Y luego, una posdata: «He dicho que te pongan el desayuno. Chocolate o café, lo que prefieras». Me quedo mirando a la doncella, que a su vez me observa con cierta ironía.

—Pues entonces… café con leche y mantequilla.

—Bien, señor.

Me levanto y contemplo a Lucila, que sonríe desde el retrato. Siento que no he de volverla a ver, y sufro un minuto la nostalgia de aquel amor transeúnte y fugaz.

XXIX

A principios de octubre volvió Obdulia a Madrid. Fue a vivir a un piso de la calle de Serrano, que el minero hizo amueblar confortablemente. Ya entonces el hombre de las cifras llevaba en el entrecejo una arruga especial, una arruga que no imprimen las preocupaciones mercantiles ni los desvelos de orden económico; la arruga honda, como grabada a fuego, de unos ojos de mujer. Aquella mirada dura y diamantina de Obdulia marcaría ya siempre el rostro burgués, curtido para el odio, impasible para el deseo, y, sin embargo, como de cera para el desprecio de la amante. No se sabe qué oscuros territorios logran descubrir las mujeres en esas almas herméticas y frías. Lo cierto es que la vida de don Sebastián transcurría ya inquieta y hosca entre las miradas oblicuas de Obdulia, paréntesis de rencor en sus diarias entrevistas. Don Sebastián no comprendía cuáles eran los designios de aquella mujer indiferente e inaccesible, que siempre parecía reprocharle algo.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—Estás siempre como distraída.

—Pues me aburro mucho.

—Entonces, es eso: aburrimiento.

Pero el hastío presenta síntomas distintos. El gesto de Obdulia era unas veces de recriminación y otras de altivez. Don Sebastián temblaba todas las tardes delante de ella, como un acusado, y todas las tardes parecía que ella le perdonaba la vida. Y se la perdonaba realmente, porque si ella huyese, si ella un día se lanzase de nuevo, sola y libre, por los caminos del mundo, el minero se encontraría peor que muerto: le faltaría aquella atmósfera de juventud y, sobre todo, aquella rebeldía fulgurante que crecía a sus plantas, aquel desdén soberbio que no se abatía con dinero, con joyas ni con ternura. Obdulia era el único ser capaz de despreciar al millonario, capaz de retarle y vencerle con la sola arma de su corazón insobornable.

Muchas veces pensó Obdulia en abandonar a don Sebastián. Sobre todo, un día en que, con ocasión de una huelga, el minero llegó radiante:

—¿Sabes? Han tenido que volver. Y, además, he despedido a cincuenta, a los más revoltosos.

—¿Y qué van a hacer ahora esos hombres?

—Que se mueran.

Aquella noche, en el balcón del hotel, hubiera querido que los cincuenta hombres lo incendiasen todo, que cayesen como una horda sobre la ciudad iluminada. Sentía incrustado en la garganta un grito enorme de protesta, una imprecación rencorosa contra la despótica voluntad de los fuertes. Obdulia no era capaz de desentrañar totalmente las causas de su rencor. Pero tenía la evidencia de que el minero pertenecía a esa casta de hombres que son capaces de prolongar la injusticia del mundo hasta más allá de la muerte. En sus largas soledades de reclusa en la habitación del hotel, frente al ciego horizonte, su cabeza se había doblado bajo los atroces pensamientos. Había olvidado el Dios de su infancia y no podía transigir con la idea de que don Sebastián, católico militante, que llevaba al cuello medallas y crucifijo, comprase también con su dinero la felicidad eterna.

—Si ese Dios acepta tal vileza, ese Dios no es el mío —murmuraba Obdulia.

Don Sebastián había regalado algunos miles de duros para edificar un templo.

—Será una cosa preciosa. Tienes que venir a ver el solar.

—No me interesa.

—¡Cómo eres! Entonces, ¿tú no crees?

—No sé. No quiero hablar de eso. En lo que no puedo creer es en un Dios que consiente tanta miseria aquí abajo.

—Estás condenada. Tengo que mandar al padre Concha para que te salve.

—¿Quién es el padre Concha?

—Un jesuita, un sabio. Ya verás cómo vuelves al buen camino.

—No me lo mandes, porque no lo recibo. Detesto a los frailes.

El alma franca de Obdulia había sentido siempre cierta repugnancia por el disimulo y la astucia, y los clérigos le parecían hipócritas y astutos. Además, por temperamento, ella amaba la claridad, la luz, el libre juego de los sentidos y las cosas, y no podía desechar la idea lóbrega de las iglesias, de los claustros y del sexto mandamiento.

Su amante llegó a parecerle insoportable, y alguna vez estuvo a punto de hacer las maletas y huir otra vez, sin norte, mezclada en el azaroso tumulto de ciudades des-

conocidas. Pero una mañana en que tenía casi decidida la fuga tuvo la total revelación de su anhelo. Era preciso seguir al lado de don Sebastián para hacerle víctima de su odio todos los días, ya que él era implacable delincuente de todos los días. El minero sufriría más con la presencia de su desprecio que con el recuerdo de la amante que había acabado por abandonarle. Atada a aquel hombre con la ligadura del odio, que sujeta más que el amor mismo, Obdulia sería cadena de su cárcel, hierro de su tormento, venganza permanente de los obreros sin pan.

En ese estado de ánimo llegó a Madrid después de año y medio de ausencia. Cuando el tren, como un caballo de crines sueltas, entró galopando en la estación del Norte, Obdulia se vio envuelta en todos sus recuerdos. En el andén, los mozos se disputaban sus equipajes; pero en su memoria había otra porfía igual para apoderarse de su corazón. Quizá Víctor quedaba ahora en medio de aquella multitud que cubría las aceras o se hundía en el metro, sin sospechar que en un taxi veloz latía por él, acendrado en la angustia, un fiel y perdurable pensamiento.

Después, la vida de Obdulia en Madrid fue una lucha constante consigo misma por resistir la tentación de buscar a Víctor. Cuando salía de casa temblaba de emoción con la sola sospecha de que al volver una esquina apareciese él con aquel rostro de niño y de viejo a la vez; demasiado taciturno para un niño y demasiado juvenil para un anciano. Al crepúsculo, cuando las calles están llenas de coches y empiezan a encenderse las baterías de las tiendas, cuando en los cristales de los cafés se recortan cabezas bien peinadas y esos muchachos que venden los periódicos atraviesan como galgos las aceras con un manojo de crímenes debajo del brazo, entonces salen al estruendo de la urbe las mujeres que buscan a un hombre perdido quizá para siempre. ¿Recordáis, transeúntes, esos ojos que chocan de pronto con los vuestros, y que reanudan enseguida su vuelo trágico y desalentado? Así iban los de Obdulia, en largas y cruentas jornadas, atomizando la compacta muchedumbre. Infinitas veces escaló el alto balcón de Víctor buscando su huella detrás de los cerrados párpados de visillos. Frecuentó en vano los cafés y los cinematógrafos adonde él acudía en otro tiempo, y se le evaporaban muchas horas sobre una copa de licor, consultando el futuro, como en las leyendas.

Tuvo entonces su única amiga, Patrocinio, una mujer de vida borrascosa y heroica, que había nacido en Lisboa y profesado el vicio en una colonia del África occidental.

XXX. AMANTE DE NEGROS

—Aquello sí que es difícil. Los militares pagan bien, pero son muy exigentes. Están acostumbrados a mandar, y le mandan a una: «¡Desnúdate!», con una voz que hace daño. Además, a veces hay que acompañarlos en el Ford a través de los arenales. Hace un calor que ahoga, y el Ford trota horas y horas lleno de sed, engañándose en las dunas del desierto, donde de pronto parece que brota el agua mágicamente. Pero no hay más agua que la de los termos, y después de beber, el pecho duele de ardor y de cansancio. Luego hay que dormir en los campamentos, entre enjambres de mosquitos, cuyas picaduras acribillan la piel.

»Yo llegué descalza a los muelles de Loanda. Allí, en las barracas, los negros llegaban arrastrándose, con su oro en los bolsillos, para estar conmigo, porque yo era la única blanca que los soportaba.

»Tienen los dientes fríos y afilados, y su boca es lo mismo que la hendidura del coco. Al principio dan miedo. Después, no. Después se advierte que son dulces y sumisos; todo lo contrario que los hombres de Europa, demasiado brutales en la alcoba, de carne resbaladiza como la del pescado. Prefiero los negros, que apenas hablan y la miran a una con respeto. Algunos, al final, me besaban los pies, y era entonces como pisar un trozo de la noche.

»Tú no puedes quejarte. No has sufrido apenas. Yo sí puedo quejarme. Porque anduve más de diez años de aquí para allá, entre negros y boers, soportando militares, colonos y marineros. Alguno desertó por mi culpa, y alguno acabó por pegarse un tiro después de malbaratar la hacienda del caucho o del café. A mí no me importaba nada, porque mi cuenta del Banco de Angola crecía lo mismo que una plantación, a cubierto de las tempestades. Con mis ahorros me fui al Congo, donde hay minas de cobre, y allí los hombres se gastan muy bien el dinero; un belga llegó a darme cien libras por mes.

»Ahora ya puedo reírme de todos. De vez en cuando voy a Lisboa y veo salir los paquetes para África sobre el Tajo azul. Hace quince años allí estaba yo, sentada en mi maleta de cartón, con el inmenso mar por delante.

XXXI

La tarde en que Víctor encontró de nuevo a la condesa era una de esas tardes cansadas, en que el otoño se desmorona sobre los árboles del Prado. Por el Prado iba Víctor, sin rumbo, con el hígado enfermo, sintiéndose acechado por una enfermedad que apenas produce dolor físico, pero que corrompe el ánimo lentamente. El yerto paisaje le trajo a la memoria el diálogo de meses atrás con Maruja Montes, la pintora. Era repugnante, en verdad, la monotonía de la naturaleza, su periódica transformación, que convertía la vida en una película de temas repetidos. Aquel Prado, con sus árboles del año anterior y su melancolía de siempre, era bastante para hacer a un hombre medianamente imaginativo maldecir la estupidez cósmica. Sin embargo, aún hay escritores que se dedican a describir paisajes y declamar enfáticamente delante de ese aborrecible escenario de vulgaridades. Por eso el arte que imita a la naturaleza —pensaba Víctor— es un arte esclavo, un arte para burgueses y tenderos, a quienes habría que privar de todo derecho de opinión estética.

La condesa esperaba un tranvía frente al museo. Ambos se reconocieron enseguida y se estrecharon las manos con afecto. Volvía Víctor a encontrarse con el vértigo que le daba aquella mujer impávida y peligrosa como un desfiladero. Ya en el hotel se había apartado de ella, temeroso de despeñarse por los terraplenes de su orgullo. Aquella belleza contenida y soberbia le atraía desordenadamente, hasta el punto de que, no siendo Obdulia, ninguna mujer había ejercido sobre él una sugestión tan fuerte.

—¿Y qué hace usted ahora, Edith?

—¿Yo? Esperar.

—Elvira me ha dicho que vive usted apartada del mundo, como en un claustro.

—Es verdad. Salgo muy poco. Hoy, como es jueves, he venido al museo.

—Pero no tiene usted derecho a sacrificar así su juventud.

—Y no la sacrifico. Le preparo mejores días.

Víctor la interrogó con los ojos. No sabía lo que quería decir.

—Sí, hombre. Esta racha tiene que acabarse. Mi país está sufriendo una sacudida de estupidez, de locura. Tendrá que volver a nosotros. Dios no puede consentir el triunfo de la plebeyez, de la barbarie.

Lo afirmaba con un convencimiento imperioso, como si el futuro de su pueblo estuviese ya entre sus manos. «He aquí —pensó Víctor— un ejemplo de la relatividad que preside todas las cosas humanas. Esta mujer piensa que un pueblo que se sacude la esclavitud es un pueblo bárbaro. Para ella, ser civilizado será dejarse guiar mansamente por los nobles. Su moral es una moral de casta.»

Edith le invitó para el día siguiente a tomar el té en su casa:

—Ya sé que usted me odia; pero no importa.

—¿Odiarla? No diga eso.

—Sí, sí. Para usted, yo soy una enemiga. Pertenezco a una clase nefanda que hay que extinguir a toda costa.

—Bromea usted.

—No, no. Lo digo en serio.

Llegaba el tranvía, y ella lo hizo parar con ese saludo fascista que tanto irrita a los conductores, quizá porque todos figuran en las filas socialistas.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

Al día siguiente, y ya todos los días, fue Víctor a casa de la condesa, un piso pequeño en la calle de Torrijos, donde Edith vivía con una doncella. Hablaban mucho, discutían casi siempre, y cuanto más se alejaban sus opiniones, más cerca estaban uno del otro, atraídos por el imán de las tardes largas y el voluptuoso recodo de los silencios. Las mujeres más atractivas son esas mujeres orgullosas, difíciles, que parecen rodeadas de una alambrada de aspereza. A veces, Edith se levantaba de repente y encendía la luz, porque la habitación había quedado sumida en una peligrosa clandestinidad. Otras veces era Víctor el que huía vergonzosamente de la condesa, seguro de que si ella seguía hablando, llegaría a corromperle el pensamiento y moverle a su antojo como un muñeco.

XXXII. PELÍCULA DEL BAILARÍN

De vez en cuando visitaba a la condesa un joven alto, rubio, con los labios enrojecidos con exceso, que vestía siempre de *smoking*. Cuando llegaba, la condesa adoptaba un aire solemne, y el joven, curvado, le besaba la mano. La condesa cambiaba con él unas palabras en alemán y le abandonaba ya, para reanudar su diálogo con Víctor. Algún día traía un ramo de flores. La condesa, entonces, le hacía el favor de una sonrisa.

—¿Quién es ese joven? —le preguntó Víctor una tarde.

—Es bailarín de un *dancing*. Fue mi profesor de baile en Viena.

El bailarín permanecía tímidamente sentado, sin hablar jamás, siguiendo los menores movimientos de Edith. Cuando ésta se disponía a fumar un cigarrillo, el joven le acercaba solícitamente su encendedor. Dos horas después pedía permiso para besarle de nuevo la mano, y salía.

—Parece enamorado de usted —le dijo Víctor a la condesa.

—Quizá.

—Sufrirá mucho, entonces.

—Es probable.

—¿Por qué le trata usted así?

—Usted olvida que ha sido mi profesor de baile.

Una noche, Víctor fue con varios amigos al cabaret Maipú, y vio allí al bailarín, con su boca roja y su *smoking*. Víctor, que no sentía entonces la percusión del hígado en el espíritu, bailó toda la noche con una francesita núbil, de rostro de porcelana, que había sido en Marsella amante de un boxeador. Al final, cuando salía del brazo de la muchacha, se sintió tocado en el hombro. Era el bailarín.

—¡Ah! ¿Quiere usted decirme algo?

—Yo… Si me hace el favor… Claro… A solas…

—¿A solas? Bien. Oye, pequeña —le dijo Víctor a la tanguista—, espérame en el bar.

Y luego:

—Usted dirá.

—Perdón, señor… La señora condesa —balbuceó el bailarín— es una mujer de gran mérito.

—Ciertamente.

—El señor tiene que darse cuenta… Después de bailar con éstas… es cuando se comprende lo que vale la señora condesa…

—Sí, ya sé que usted le ha enseñado el baile.

El bailarín levantó las manos, como en éxtasis.

—¡Oh! ¡Maravilloso! Fueron los mejores momentos de mi vida. Es una pluma, una flor, un pájaro.

Víctor estuvo a punto de echarse a reír con aquel arrebato metafórico.

—Bien, bien. Pero usted iba a decirme algo.

—Sí, sí. Yo quisiera que la señora condesa fuera feliz.

—¡Hombre! Y yo también.

—Pero… la señora condesa sufrirá mucho cuando sepa…

—¿Cuando sepa… qué?

—Cuando sepa que usted viene a los cabarets. ¡Son tan insignificantes estas mujeres! No merecen la pena.

Víctor se quedó mirándolo, asombrado. ¿Estaría borracho? Pero el bailarín, tan tímido, tenía ahora una expresión resuelta.

—Amigo mío —le dijo Víctor—, está usted equivocado. Yo no soy el amante de la condesa.

El joven le miró fijamente, y de pronto su rostro se inundó de una inesperada alegría.

—¿Verdad que no? ¡Oh, qué feliz soy! ¡Qué feliz! Permítame que le bese las manos, caballero.

A Víctor le parecía todo aquello soberanamente ridículo, y dejó al austríaco doblado en genuflexiones.

XXXIII

Una mañana, en el baño, tuvo Obdulia la tremenda revelación. Los labios del agua recorrían todo su cuerpo con una delicia casi humana. De pronto, Obdulia sintió en su vientre como un latigazo: un estremecimiento agudo, entrañable, casi doloroso. Saltó de la bañera y quedó frente al espejo como un árbol desnudo y húmedo. Toda asustada, con los ojos ensanchados por la sospecha. Fue inspeccionándose el vientre, la cintura y el pecho. Se encontró firme, normal, con las líneas precisas de siempre. Pero allá, en la raíz de su ser, notaba un punto sensible, algo así como una finísima desgarradura.

—¿Será posible? —murmuró—. ¿Será posible?

Se vistió muy deprisa, y, ya en el comedor, apenas probó el desayuno.

—Un taxi. Avísame un taxi enseguida —dijo a su doncella.

En el vestíbulo se encontró a Patrocinio, que penetraba en el ascensor con un gran ramo de rosas en la mano.

—Oye, ¿tú has estado encinta alguna vez?

—Yo no, hija mía. ¡Qué disparate! ¿Es que has notado algo?

—No sé, no sé. Voy a ver a un médico.

El automóvil la llevó a una clínica, en la calle de Alcalá. Era temprano, y no esperaba nadie. Pasó enseguida.

—Quiero que me vea, doctor. Temo estar embarazada.

El médico sonrió mientras preparaba la mesa y los guantes.

—Eso no es una desgracia.

—Para mí, sí. ¡Horrible!

Se tendió en el caballo de níquel, caballo del dolor, que galopa siempre hacia la muerte con sus jinetes despatarrados y temblorosos. Fue un minuto nada más, pero largo, largo, como el trayecto sobre un precipicio. El doctor afirmó:

—Encinta, desde luego. El tiempo es lo que no puedo precisar. Quizás tres meses.

—¡Qué horror!

—¡Bah! No se preocupe. Le conviene pasear. Vuelva por aquí para hacer los análisis.

Salió de la consulta como una víctima. Jamás había pensado en tal contingencia, porque, de lo contrario, no habría permanecido ni un instante al lado de don Sebastián, del hombre que había hecho germinar en su corazón los sentimientos más sombríos. ¿Y aquel hombre iba a perpetuarse en ella, mezclar su vida a la suya en ese pedazo de espíritu que es un hijo? «No puede ser. No puede ser.»

Obdulia, a pie, salió a Recoletos. Madrid, aquella mañana, estaba lleno de luz viva, de cables de agua que sujetaban el sol. De timbres y gritos claros. Pero ella no veía nada, porque avanzaba como una nube, con la tormenta dentro.

Ella no quería un hijo de la esclavitud, un hijo del odio, concebido en tinieblas. Quería un hijo del amor, sembrado en su corazón primero que en su carne; un hijo a quien habría de enseñar a aborrecer la injusticia y amar la libertad y el talento. El de ahora lo sentía en sus entrañas como una enfermedad vergonzosa, como la erupción de sus horas nefandas. «Y, sin embargo —pensaba Obdulia—, estoy ya regándole con mi sangre, añadiéndole porciones de mí misma. Siento que mi corazón trabaja como una turbina para esclarecer esa vida y rescatarla de la penumbra orgánica. Quizá pueda modelarla a mi antojo y encarnar en ella estos anhelos sin nombre que me devoran desde niña.» «Pero —pensaba después— yo no podré olvidar nunca que este hijo ha fermentado en el odio, ni podré borrar en él la huella de mi tormento. No podré nunca convertirle en espejo de mi pasado, ni evocar los sueños de mi juventud, ni hacerle eco de mis recuerdos. Y hasta es posible que tenga el alma dura y cínica como su padre, y que me sea preciso amarle a pesar de todo. ¡Oh, no! No puedo vacilar.»

Pero vacilaba. Sus lágrimas ensombrecían la mañana, que no fluía ya por sus ojos turbados. Súbitamente pensó en Víctor, y comprendió que era el único capaz de poner término a su zozobra, el único que sabría decirle la palabra mágica y verdadera. Consultó su reloj. «Las once. Sí, ya debe de estar en el despacho.» Sin detenerse a meditar más en su decisión, tomó un taxi y llegó a la Agencia. El botones la detuvo:

—¿Qué desea?

—Ver al señor Murias.

—Haga el favor de llenar ese impreso.

Persona a quien desea hablar: Señor Murias. *Nombre:* Obdulia. *Asunto:* Particularísimo.

No podía sujetar los nervios. Si el muchacho tarda un minuto más, le habría faltado el aire.

—Que pase.

Aún tuvo que contenerse a través de la sala donde funcionaban, incansables, las baterías de las Underwood.

Por fin, Víctor.

—¡Oh!

Un grito sofocado en el abrazo. Obdulia lloraba: Víctor, rígido, aguantaba difícilmente la eléctrica sacudida.

—¡Cálmate! ¡Cálmate!

—¡Perdóname!

—Pero ¿qué has hecho? ¿Dónde has estado?

—¡Qué sé yo! Salgo del infierno. Desde que dejé de verte no tuve ni un minuto de paz.

—Yo también he sufrido.

—¡Ah! Pero no tanto… No puedes figurarte…

—Es inexplicable tu conducta. A raíz de aquello, creí volverme loco de tanto pensar… Luego llegué a la conclusión de que yo no te importaba nada.

Obdulia, con los ojos húmedos, le recriminó:

—Bien sabes que no es cierto. Un día te vi con otra ahí abajo, en la acera. Creí que te burlabas de mí, y me marché con mi dolor para no verte más. Pero no puedo… Ahora, al volver a Madrid, comprendo que es como si no hubiesen pasado los meses.

—No te creo. Antes de marcharte has debido hablarme, explicarme tus dudas.

Obdulia movió la cabeza.

—¡No lo comprendes! Yo era tan feliz que me parecía imposible. Por eso, al verte con otra mujer, tuve la certeza de que no podías ser para mí. Además… Tú no sabes… Tú no sabes… En aquel tiempo… me pasaba los días sin comer.

—¿Es posible? ¡Pobre mía! Pero ¿por qué no hablabas? ¿Por qué no me contabas tus apuros?

—¡Qué sé yo!

Víctor le pasaba la mano por el hombro, en auxilio tardío, arrepentido ahora de su pasada incomprensión.

—Pero no llores más. ¡Alégrate! Yo he pensado siempre en ti. Me parecía imposible que nuestro amor acabara de aquel modo. Ven, siéntate en esta butaca. Cuéntame.

Ella le puso la mano en la boca.

—No, no. No me preguntes nada. ¡Me da espanto! Dime que me has echado de menos…

—Créeme que sí.

—¡Pero no me quieres como entonces!

—Te juro que ahora mismo… Es como si no hubiera pasado un año. Siento que vuelves a mí más deseada que nunca.

—¡Corazoncito mío! ¡Víctor!

Se besaron con un beso grande, que cerraba el paréntesis de la separación.

—Dime qué has hecho. Háblame de ti en todo este tiempo.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú?

—He trabajado, me he aburrido… Lo de siempre. Pasé un mes en Biarritz con mucho tedio encima. Tuve crisis de espíritu, escribí artículos, estuve a punto de ir a la cárcel. A mí no me han sucedido grandes cosas después de perderte. En cambio, tú…

—¿Para qué quieres saber? ¡Ha sido todo tan desagradable!

Víctor la miró atentamente, y poco a poco, por el curso de sus joyas y de su traje, fue descubriendo en Obdulia la huella de otro hombre. Aun habiéndolo previsto, sintió el pinchazo de los celos, y pensó que ya no le pertenecía como en otro tiempo, cuando su voz —la de Víctor— era la única que vertía las caricias en su oído. Le dijo casi brutalmente:

—Tienes un amante.

Obdulia no contestó. Se pasó las manos por los ojos, como si quisiera borrar una imagen aborrecida. Después se replegó en la butaca, acorralada por una culpa inexistente, temerosa otra vez de que Víctor la hiciese responsable de las torpezas del mundo.

—¿Por qué has vuelto, entonces? ¿Por qué has vuelto, di?

Ella le miró con desesperada ternura. Luego le dijo sin reproche, lentamente:

—¿Qué iba a hacer? Sólo me quedaba el otro camino: morirme. Y tú no sabes cómo deseo la vida, cómo me siento rodeada de tentaciones y de esperanzas. Si yo hubiera tenido más suerte, sería una mujer alegre, llena de salud y de fuerza… ¿Qué querías que hiciese, sola, sin dinero, sin amigos?

—Debiste acudir a mí.

—No era ocasión. ¡Compréndelo! Te habría dado lástima.

—Así es como me das lástima. Entregada a otro.

—Mi corazón es tuyo.

—¿Y qué hago yo con tu corazón? Eso es cosa de las novelas. Yo te quiero íntegra, sin romanticismos ni tonterías. ¿Quién es tu amante?

Obdulia se irguió, rápida.

—¡No me hables de él! Uno cualquiera. ¡Cualquiera!

—Pues déjalo.

—¡Hace tanto tiempo que lo hubiera dejado! Pero he vivido junto a él para hacerle sentir mi odio, para impedir que fuera feliz. Sin embargo… Al final ha triunfado él.

—¿Ha triunfado? ¿Es que has acabado por amarle?

—¡Amarle! ¡Qué cosas dices!

Obdulia se acercó más a Víctor, súbitamente resuelta.

—¡Sé que vas a despreciarme; pero eres tú el único que debe saberlo: estoy encinta!

Víctor la contempló un instante con ira.

—Además, eres una imbécil. Una paleta. ¿Y a qué vienes aquí? ¿Vienes a traerme ese hijo de los caminos, esa prueba inútil de tu traición?

—No he sabido ir a otro sitio. Pensé que nuestro amor sería más fuerte que mi desgracia. Pero no eres el mismo. En aquel tiempo hubieras encontrado palabras para mí… Me voy, pues, más sola. Porque cuando entré aquí vivía de tu recuerdo…

Recogió el bolso, que estaba sobre una silla, y se dirigió a la puerta con aire fatigado y pálido, derruido el busto como el de una enferma. Víctor avanzó dos pasos y la detuvo.

—Ven. No sé lo que digo. Perdóname. Vamos a hablar con calma, sin excitarnos. Si no te quisiera tanto, no me importarían tus desdichas… ¡Tú no sabes cómo había acumulado sospechas en mi pensamiento! Dime, ¿qué piensas hacer?

Obdulia inquirió en sus ojos, en sus gestos.

—¿De veras que lo comprendes todo? Ya ves. Ahora soy feliz. En este instante, a tu lado, me parece que el mundo es de otra manera.

—¡Pobre mía! Pero eso ha sido una torpeza. Un hijo… ¿Tú sabes lo enorme que eso es? Aun deseándolo, hay que pensar en la responsabilidad de traer un hombre para el dolor.

—Es verdad. Yo sólo hubiera querido un hijo tuyo. Pero esto es como una burla, como otra desdicha. Yo no lo quiero, ¿sabes? Yo no quiero un hijo de ese hombre.

—¿Y qué te propones?

—Destruirlo.

—¡Oh!

—Es un crimen, ¿verdad? Pero es un crimen mayor contra la vida este ser concebido en el odio. Sería un hombre malo o una mujer perversa.

—O no. ¡Quién sabe!

—Pero ¿tú dudas?

—Dudo, dudo. Pienso en el misterio de la vida. Pienso que no se puede afirmar nada. ¡Un niño es una cosa tan dulce!

—Estoy decidida. Lo siento agarrado ya a mi corazón. Pero daría la mitad de mi vida por formar con mi sangre un hombre puro.

Víctor la acarició sin decir nada. Obdulia era firme y concisa como una idea.

XXXIV. SUEÑO DEL CLOROFORMO

«Ya sé cómo es la muerte, Víctor mío; ya no le tengo miedo. Antes, el solo pensamiento de morir me llenaba de frío; era como una punta de hielo en la nuca. Ahora ya sé que es como una caída interminable, como un olvido repentino, como un espacio sin tierra. Tampoco es eso, porque no hay manera de sujetar con palabras algo tan vago y tan inmenso. Pero la muerte debe de ser aún menos temible que el cloroformo, porque no quedará siquiera el recuerdo del peligro. Patrocinio, que presenció la operación con esa fortaleza de quien estuvo a punto de morir muchas veces, dice que destruir un hijo es mucho más fácil que darlo a luz. Pero a mí me faltó valor a última hora.

Te escribo desde esta clínica misteriosa que funciona en las afueras de París. Estoy floja y un poco pálida; pero, fuera de eso, mi cuerpo parece el mismo. Nadie diría que he sido durante unos momentos "el lugar del crimen". En el jardín encuentro las falsas enfermas. Son mujeres de todos los países, alemanas sobre todo, en su mayoría damas honorables, que con el pretexto de una enfermedad cualquiera se tornan infecundas gracias a la cirugía. Vienen a verlas sus maridos y sus amantes, que parecen muy satisfechos de poder hacer frente al porvenir sin otra responsabilidad que la de gozarlo.

He conocido a una señora argentina, de gran posición, que me ha contado su caso: la necesidad de no tener hijos para continuar en el usufructo de una herencia. Parece que después de la guerra, la estadística "eutanásica" —como la llama el doctor— ha crecido enormemente. Los muertos y los mutilados despiertan en esta generación una originalísima venganza. Pero yo tengo el convencimiento de que la mayor parte de estas mujeres obran así por razones de orden material, por vivir una juventud bella y tranquila.

En cambio, yo, después de la operación, he sentido el más atroz de los remordimientos, y tuve crisis de llanto. El doctor, que es un hombre taciturno, con unas horribles gafas de concha, me señaló la cubera donde quedaba el más sangriento episo-

dio de mi vida. Me aparté con horror. Y él, entonces, se sentó enfrente y me dio una larga explicación. Patrocinio dice que esa explicación la pondrá también en la cuenta, porque forma parte del tratamiento. Me dijo: "No tenga usted ningún recelo. Nuestro cuerpo es ya lo único que nos pertenece. La eutanasia es tan legítima que está admitida en el Derecho moderno. Las sociedades nuevas concederán al hombre esa libertad, la más alta de las libertades. En nuestra vieja civilización se mata a los hombres por razón de Estado, se consuman los crímenes colectivos. ¡Y ella es la que habla de la libertad individual y de los derechos del hombre! Sólo se justificaría el crimen en nombre de la vida. Porque la vida humana no es una cosa transmisible, como predica la moral burguesa. ¡Cochina moral! Nuestra vida no es la de los hijos, porque la de ellos no es 'nuestra'. Los hijos no tienen nada que ver con los padres; no son continuación, son su oposición. Lo que sucede es que la sociedad necesita esclavizar a los hombres por medio del sentimiento de paternidad. El pueblo cría hijos para la miseria y el dolor. Señora, no tenga usted remordimiento. Usted es una mujer moderna".

Pero no me ha convencido. A solas, pienso si toda mi vida no será una cadena de errores, y me irrito conmigo misma, con mi naturaleza, que no se conforma, con mi pensamiento, que no acaba de hacerse sumiso y humilde. A pesar de lo que el doctor dice, siento la inutilidad de mi esfuerzo y no puedo desechar la idea de que todo es feroz e irremediable. Cuando, cierta noche, vi mi cuerpo vendado como el de un herido en campaña, pensé si mi herida no será igualmente estéril, si no habré caído en la guerra más insensata y dolorosa de cuantas han inventado los hombres. Sólo la esperanza de retornar a tus brazos depurada por este doctor taciturno me hace sentirme un poco menos triste. Pero no puedo, Víctor mío, abandonar la idea de ese hijo malgastado. Cuando pasen los años y me quede sin juventud, inmóvil detrás de una ventana, como yo he visto a tantos viejos, ¿no echaré de menos a este hijo sin nombre, en el que no puedo ya prender el hilo del recuerdo?»

XXXV

Don Sebastián entró aquel día en el ascensor, como siempre que regresaba de algún viaje, cargado de paquetes. Un collar de perlas, una caja de pastas, guantes, discos, cigarrillos. Y un nardo, la flor de San José, el símbolo de la pasión provecta. Era un hombre feliz que tiene una amante y llega en taxi, al atardecer, con un convoy de regalos. Para el burgués, todas tienen algo de salvaje en la antesala —el pelo brillante y húmedo, los ojos agudos y firmes, el salto rapaz y ambicioso— y a todas hay que domarlas con presentes, como hacían los conquistadores con los aborígenes de una tierra nueva. Obdulia no era así. Empezaba por no salir al pasillo, y después permanecía indiferente, sentada en la butaca, mientras él iba haciendo en voz alta el inventario de las compras. Pero don Sebastián no conocía otra táctica para casos semejantes, y seguía utilizando la técnica tradicional, aun con el convencimiento de que con aquella mujer resultaba inútil. Ahora, mientras el ascensor le izaba hasta el piso, hurtándole, además, al diálogo oficioso del portero, complicaba a Dios en la cuestión: le pedía, por centésima vez, que obrase en la voluntad de Obdulia para que ésta le recibiese de manera distinta a la habitual. La tercería divina se justificaba en cierto modo porque don Sebastián acababa de inaugurar su templo bajo la advocación del Corazón de Jesús, con una conmovedora plática del padre Concha. Es verdad que la obra estaba hecha a cuenta de la felicidad ultraterrenal; pero Dios bien podría darle un adelanto y proporcionarle un poco de felicidad en el piso de la calle de Serrano.

Oprimió el timbre con mano temblorosa, y entretanto hizo un recuento de paquetes. No faltaba ninguno. «Las perlas, las pastas, los guantes, los discos, los cigarrillos. Y el nardo.»

—¡Cuánto tardan! —murmuró—. ¡Estas criadas…!

Formó el propósito de despedirlas, si no le importaba a Obdulia.

—¡Se han puesto imposibles! Cualquier día piden las ocho horas.

Volvió a llamar apremiantemente, y oyó el timbre recorrer el piso durante un minuto con la insistente ligereza de un muchacho al que nadie atiende.

—Sin duda han salido todas. Pero es muy extraño. Obdulia debe de tener mi telegrama.

Aún hizo otras dos llamadas, tan impacientes e inútiles como las primeras, y entonces se apoderó de él otra vez el terror de perder a Obdulia. Si don Sebastián no fuera uno de esos hombres prácticos, incapaces de apreciar las situaciones ridículas, atendería principalmente a destruir aquel momento innoble del rellano de la escalera, con la mercancía sobre el pecho y la bíblica vara a la altura del hombro. Pero tardó bastantes minutos en libertarse de la sospecha, los suficientes para que pudiesen atestiguar su turbación las tres o cuatro personas que descendían por la escalera.

Al fin bajó hasta el vestíbulo, donde le recibió el portero con grandes aspavientos:

—¡Por Dios, don Sebastián! Haber avisado. Un servidor no puede consentir…

—¿Y la señorita Obdulia? ¿Es que ha salido?

El portero enarcó las cejas, arrugó la nariz y abrió los brazos con convicción.

—¡Si ya lo decía yo! El señor no debe de estar enterado. Me olía mal ese viaje.

—Pero ¿qué viaje?

—¡Si son unas perras! ¡Si no se puede con ellas! Pues nada…, que el otro día va y se presenta aquí la doncella de la señorita Obdulia y me dice que suba. Subo…, y que me encuentro la casa hecha un Trafalgar.

—¿Cómo?

—Sí. Un baúl por aquí, una maleta por allá. Y la señorita Obdulia y la portuguesa haciendo el equipaje.

—¿La portuguesa? ¿Patrocinio?

—Sí, la del piso de arriba. Y va la señorita Obdulia y me dice: «Ramiro, esta tarde me voy fuera de Madrid por una temporada larga. Mañana vendrán por los muebles. Con el dinero de la fianza paga usted las facturas que lleguen, y el "resto se lo guarda"». ¡Y que no me atrevía a replicar, por lo seria que es la señorita Obdulia! Luego, por la noche, vino un taxi por ellas, y se fueron con las maletas. Pero yo le decía a la «parienta»: «Esto no es cuestión del señor, porque el señor no hace así las cosas. Es una persona seria». Ahora lo veo bien claro… ¡Si es que son unas perras! Porque, vamos a ver…

Mientras el portero seguía sus gárrulas digresiones, don Sebastián se dejó caer en el banco del portal, vencido de repente por el abandono de Obdulia. Tenía las pier-

nas flojas y el corazón encogido. Quizá por primera vez en su vida sentía un auténtico dolor, una perturbación íntima que no tenía nada que ver con la materia, y que, sin embargo, le debilitaba como una pérdida de sangre. Pero en estos hombres el sufrimiento moral tiene la duración de un relámpago. El minero se levantó de pronto, sacudió su abrigo, se rehízo el nudo de la corbata y dijo al portero:

—Estos paquetes los recogerán mañana. Guárdelos allí.

Le puso una moneda en la mano y salió a la calle. Un automóvil que pasaba le llevó al Círculo Mercantil.

XXXVI

Cuando Obdulia regresó de París, se fue a vivir con Patrocinio, que a su vez se había trasladado a un piso nuevo de la calle de Ayala. Víctor iba a buscarlas muchas tardes para merendar, y después se metían en un cine. La portuguesa era muy aficionada a las películas yanquis, sobre todo a las que ofrecían peripecias del Far West, con luchas inverosímiles, donde al final resplandecían triunfalmente el bien y la virtud, como en los viejos folletines. Dijérase que Patrocinio echaba de menos los riesgos de su pasado azaroso e incierto y necesitaba evocarlos frente al *écran* para llenar de algún modo su existencia burguesa y plácida. En cambio, Obdulia apenas se fijaba en las películas, porque vivía de nuevo encerrada en su recinto de amor, recuperado con tanta angustia. Evadida por fin de la tutela de don Sebastián, era como si hubiese atravesado dos veces un abismo para volver a Víctor y enfilar de nuevo la ruta de su vida. Aun el mismo episodio de París le ayudaba a enriquecer el futuro, porque ahora sentía como nunca la aspiración de un hijo, para indemnizarse a sí misma del entrañable error. En este punto, Víctor vacilaba:

—Es una idea que me asusta.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Un niño, una cosa tan pequeña… Y levanta en mí montañas de dudas.

—¡Un hijo puro, Víctor mío! Un hijo del amor. Será nuestra fuerza; será un hombre para la vida nueva de que me hablaba el médico.

—La vida nueva… Pasarán tantos años todavía…

Una tarde en que Obdulia salió sola a los almacenes, pasó por delante del hotel Suizo, y se le ocurrió subir para buscar a Víctor. Le abrió la puerta una muchacha.

—¿Don Víctor? Me parece que no está.

En aquel momento salía Elvira, que se quedó mirando a Obdulia con fijeza.

—Perdón —le dijo—. ¿Pregunta usted por el señor Murias?

—Sí.

—No está. No está ninguna tarde a estas horas.

A Obdulia le extrañó aquella afirmación, y la extrañeza debió de leérsela Elvira en los ojos.

—No le choque. Soy una buena amiga de Víctor. ¿Quiere usted algún recado para él? Le veo siempre a la hora de cenar.

—No. Muchas gracias. He de verle también esta tarde.

—¿Baja usted?

—Sí.

Bajaron juntas. Elvira, evidentemente, quería saber. Pero Obdulia estaba aún más intrigada ante aquella dama que hablaba de Víctor con tanta confianza, y a quien él no había aludido jamás. Por eso fue ella quien reanudó el diálogo.

—¿Le conoce usted mucho?

—Un poco —respondió Elvira sonriendo—. Es un buen muchacho, ¿verdad? Un poco raro…

—¿Raro?

Elvira se detuvo y detuvo a Obdulia con los ojos.

—No quiero hacerla sufrir a usted. He sido indiscreta a sabiendas. Usted es la novia de Víctor.

—¿Le habló él de mí?

—No. Pero siempre supuse que Víctor sufría por una mujer. Al verla me di cuenta de que esa mujer es usted.

Obdulia iba a decir algo, pero Elvira continuó:

—No crea usted nada malo de mí. Soy muy curiosa… Eso es todo. Ahora, permítame que le diga que me parece usted una muchacha adorable. Víctor tiene muy buen gusto.

—¡Oh! Muchas gracias.

Estaban en el portal, y Elvira se disponía a tomar un taxi. Ahora fue Obdulia la que interrogó:

—Perdóneme. ¿Es que sale siempre Víctor a estas horas?

Elvira hizo un gesto, como quien se ve forzada a descubrir un secreto.

—Quiero que seamos buenas amigas. ¿Le habló Víctor alguna vez de la condesa Edith?

—Sí, ahora recuerdo. Una austríaca que vivía aquí.

—Ya no vive. Vive en Torrijos, 135. Es muy amiga mía; una mujer interesante, culta, distinguida… Peligrosa para usted.

—¿Para mí?

—Claro. Víctor la visita con frecuencia. Yo no digo que haya nada entre los dos; me parece casi imposible después de conocerla a usted. Pero… esté usted advertida.

Elvira le tendió la mano:

—Elvira Vega. Una amiga leal.

—Gracias. Obdulia Sánchez.

Desde el auto le dijo adiós con la mano. Y otra vez, como hacía meses, quedó Obdulia exhausta e indecisa en medio de la calle, acosada por las sospechas, que le hicieron refugiarse en el fondo de un café. La tarde, hosca y fría, apretaba también su corazón. Empezó a llover con unas gotas gruesas, anchas, que golpeaban como dedos en las vidrieras. Pasaban las gentes veloces, apretándose contra los edificios y las vallas. Desde un rincón vio Obdulia otra mujer sola que esperaba con los ojos llenos de ansiedad, procurando extraer de entre la madeja de transeúntes un rostro conocido. Todo tenía ese aire de desolación, de agonía, que de pronto descubrimos en medio de las cosas habituales. Obdulia se iba sintiendo sin fuerzas para aquella lucha dulce y difícil. En aquel momento sentía como nunca el inmenso agobio de su condición humana.

Pero no podía creer en la falsedad de Víctor. Era imposible que la engañase esta vez con la impasibilidad y el desenfado de un profesional de la mentira. Si así fuera, estaba segura de que su alma lo repudiaría sin esfuerzo. Era, pues, urgente llegar al fondo de aquellas relaciones con la condesa, conocerlas palmo a palmo, como el trecho de tierra que ha de servir para asegurar nuestro paso. ¿Y cómo? Si Víctor era un simulador, llegaría fácilmente a destruir sus dudas. En estudiar su plan invirtió Obdulia algunos días, durante los cuales nada dijo a Víctor, ni siquiera a Patrocinio. Por fin tomó una resolución casi heroica: visitar a la condesa.

«¿Y si es verdad?» La pregunta le enfriaba las entrañas. No, no podría prescindir de Víctor sin luchar con aquella mujer desconocida que sentiría también en sus labios, como un licor, el nombre inolvidable. Cuando salió de casa, Obdulia iba pálida y serena como si se dirigiera a un desafío.

XXXVII

Eran las seis de la tarde, la hora nostálgica de la condesa, la hora del té en las embajadas y en los hoteles —el té de las cinco no se toma nunca hasta después de las seis—, la hora del teatro y de los grandes almacenes. Edith abrió el balcón del gabinete, y la noche metió su hombro de etíope hasta el helado espejo. Más sola que nunca, más extranjera que nunca, la austríaca contempló la calle desde aquel quinto piso. Tranvías colgados de un hilo, autobuses como elefantes, taxis que destrozaban el castillo de la sombra con el doble ariete de sus faros. En las aceras, la masa de betún de la muchedumbre. Y de pronto, uno de esos automóviles solemnes y ligeros que van siempre de etiqueta, como el que le esperaba en Viena, antes de la revolución, a la puerta de su casa.

El paso del coche levantó en su memoria un tropel de recuerdos: la Viena del Imperio, fastuosa y frívola; el estremecimiento de la guerra, la catástrofe política y, por fin, el éxodo de una corte orgullosa y pobre que emplea las últimas coronas en el *sleeping* de la emigración. ¿Tendría razón Víctor cuando le decía que ahora ella, Edith, empezaba a ser verdaderamente una mujer; es decir, una fuerza, una conciencia? Porque en sus días amables, rodeada de cosas gratas, no sentía, como ahora, fluir la vida dentro de sí en forma de deseo, de contrariedad o de angustia. Se encontraba entonces como disuelta en la familia, en las fiestas, en los deportes, movida por inclinaciones pueriles, por golpes de teléfono, por bocinazos de automóvil y músicas de baile. Hasta su matrimonio había sido, en el fondo, un pretexto más para variar de vida y dar al viaje de París itinerarios diferentes: otro hotel, otras compras, otros teatros, otras relaciones. Mientras no llegó a España, con el dinero justo para subsistir modestamente, no sintió la integridad de su ser. Parece mentira que los pequeños detalles cotidianos, eso de sacar ella misma un billete de ferrocarril, esperar un tranvía, buscar un piso, entenderse con el mozo de equipaje, construyan esa cosa enorme que es la personalidad. Recordaba las palabras de Víctor: «Créalo usted, Edith. Todo lo que no sea logrado por uno se viene abajo».

¡Ah, no, no! Pero ella era hija de un duque, viuda de un noble, amiga de una emperatriz, aunque la emperatriz sollozase en el destierro. Su raza llevaba siglos de dominio, y por algo había prevalecido sobre las grises multitudes. Sólo la demencia de una guerra y el bárbaro retroceso de los hombres pudieron despojarla impunemente. El mundo tendría que recobrar su equilibrio, y entonces ella recuperaría el esplendor antiguo. Le irritaba ahora que nadie le hiciera caso, que el mundo subsistiese sin ella, que no hubiese un gran hueco en la vida capaz de revelar el infortunio de la condesa Edith. Aquel anónimo, aquella soledad, eran un poco parecidos a la muerte. Perdida en el estrépito de una ciudad extraña, la aristócrata veía desmoronarse su altivez hasta quedar convertida en una pobre mujer. «Una mujer, una mujer —solía decirle Víctor—. ¿Le parece a usted poco?»

Edith cerró el balcón y expulsó la noche del cuarto, porque hubo un instante en que tuvo miedo de que se apoderase de ella. Se sentó en una butaca y se puso a pensar en Víctor. Qué curioso. Su único amigo actual era un socialista, un perseguido que escribía artículos denunciados por el fiscal. «Somos iguales, Edith. No hay ideas ni clases que junten o separen a los hombres; eso es cosa del dolor.» «Pero en nombre de sus ideas —le contestaba ella— me han arrojado de mi patria, han confiscado mis bienes.» «Y las de usted ¿no han cometido ningún crimen?»

Le encolerizaba pensar cómo aquel hombre había ido minando su soberbia, derritiendo con palabras ardientes el hielo de su espíritu. «Es usted lo mismo que el mercurio —le decía Víctor—. Su alma es de metal, pero se dilata a la menor presión.» Jamás, hasta él, había comprendido lo humanas que son todas las cosas, aun aquellas más nimias y pueriles. La florista, el chófer, el botones —¡parece mentira!— tienen también su historia, su anhelo, su alegría, su drama. Edith siempre los había tomado a su servicio sin pensar. «Pero algunos son muy mal educados.» «Es verdad; pero casi no los educan, porque eso cuesta bastante caro.»

No comprendía Edith cómo le era posible soportar a un hombre que años atrás le habría parecido un monstruo. Y, sin embargo, cada hora se encontraba más cerca de Víctor, sumida en su atmósfera. Temblaba de terror en cada diálogo, con la sospecha de que terminaría alguna vez por darle la razón. Palabras que antes flotaban en su espíritu como corchos usados, ahora se adherían a él subterráneas y firmes. Y la palabra amor, la palabra mágica que aún no había pronunciado Víctor, ya la sentía

Edith dentro de sí, como un corrosivo de su orgullo, como una dulce e inevitable claudicación.

La doncella vino a cortar el soliloquio de Edith.

—Una señorita desea hablar con la señora.

—¿Una señorita…? ¿Ha dicho su nombre?

—No, señora. Asegura que usted no la conoce, pero que han vivido en el mismo hotel.

—¡Vaya unas señas! En fin, que pase aquí mientras me arreglo.

Edith entró en su alcoba y cambió el pijama por un traje de casa muy sencillo.

Estuvo en el tocador más de un cuarto de hora manipulando con cremas y lápices, porque la entrevista de dos mujeres tiene siempre algo de duelo de belleza, de competencia de *toilettes*.

Cuando volvió al gabinete la esperaba, de pie, la desconocida. Era una muchacha delgada, no muy alta, con los ojos y el pelo negrísimos. Llevaba un sombrero rojo y un abrigo de entretiempo muy ajustado. Edith la hizo sentarse.

—Usted me perdonará —le dijo la muchacha en francés—, pero era absolutamente necesario que habláramos.

—Puede usted hacerlo en castellano —le advirtió Edith—. Nos entenderemos perfectamente.

—Gracias. ¿Usted no me recuerda? Yo vivía también en el hotel Suizo.

—Pues no la recuerdo. Es decir… no sé —rectificó la austríaca. Ahora me parece haberla visto antes de ahora.

—En cambio, yo no la olvido. ¡Me impresionaron entonces tanto su elegancia, su distinción!

—¡Por Dios, señorita!

—No me juzgue usted mal, creyendo que quiero adularla. Pero la he envidiado a usted muchas veces.

—¡Oh! Perdóneme usted a mí ahora. Ha dicho usted que era necesario que hablásemos. ¿Que hablásemos de esto?

—Es que aquí empieza la historia.

—¿La historia?

Edith comenzó a sospechar que aquella señorita estuviese loca.

—Le diré su nombre, y comprenderá enseguida. Me refiero a Víctor.

La austríaca se sobresaltó levemente.

—¿Víctor Murias, el escritor? ¿Y qué historia es ésa?

—La de mis amores con él.

—¡Ah! ¿De manera que usted es la novia de Víctor?

—No.

—Su esposa, entonces.

—Tampoco. Soy… su amante.

—¿Y a mí qué me importa —replicó Edith con voz alterada— de esos amores? Señorita, esto no es correcto ni tengo por qué escucharla a usted.

—Perdón. Víctor es mi vida, señora. Si usted tuviese entre sus manos la felicidad, ¿dejaría que se la arrebatasen?

—Pero ¿usted cree que entre Víctor y yo…? Vamos, vamos, señorita. Ése es un insulto en mi propia casa.

La aristócrata hizo un movimiento como para levantarse, pero las manos de la muchacha la detuvieron con un gesto.

—Él viene aquí todos los días.

—Porque es amigo mío. Además, esos reproches podría hacérmelos una esposa, no usted.

—Yo le amo más que nadie.

Edith se quedó mirando a su enemiga como midiendo aquella pasión que le era revelada tan súbitamente. Luego replicó:

—Usted no puede hablar más que de sí misma. Y bien, si yo estuviese enamorada de Víctor, ¿con qué derecho me pediría usted que renunciase a mi felicidad para hacer la suya?

La muchacha, entonces, se levantó y dijo casi a gritos:

—Porque es mío, mío. Usted amó y triunfó, tuvo una casa, una familia. En cambio, mi vida empieza en Víctor. Los otros se servían de mí, pero me compraban. ¡A la cara les tiraría su dinero! Yo pensaba muchas veces que aquello no era justo, pero nadie me daba la razón. Joyas, vestidos. No, no. Yo quería tener la razón y no quedarme a solas con mis pensamientos. ¡Usted no sabe lo que es eso, un día y otro, acostándose al amanecer después de haber bailado toda la noche! El mundo es como un

túnel enorme, interminable. Víctor me ha salvado. No es como los demás. Lleva dentro un fuego, una fuerza… La vida con él es de otra manera: es algo más que ir al teatro y correr en automóvil por ahí. ¿Y quiere usted que lo pierda así, de cualquier modo? Tengo derecho, más derecho que nadie.

Las dos mujeres quedaron silenciosas: la muchacha, encendida, brillante, juvenil; Edith, más tenue, con su pasado y su experiencia sobre los hombros. La austríaca fue la primera que habló, con voz opaca:

—Es cierto: tiene usted derecho. Le prometo que no volveré a ver a Víctor.

Y extendió la mano a su enemiga, que se la cubrió de besos y sollozos.

XXXVIII

Cuando estuvieron instalados en la nueva casa, Víctor comenzó a meditar en su claudicación.

—Heme aquí, Prometeo encadenado, convertido al fin en un ser apacible y doméstico, al que no queda siquiera la anarquía del hotel. Dentro de poco seré la imagen precisa del hombre domesticado; figuraré a la cabeza de un padrón familiar en las estadísticas del distrito del Congreso. Poco importa que Obdulia y yo no aceptemos la venerable institución del matrimonio; poco importa que nuestro amor levante su tienda en el extrarradio de la ley. La ley no es nada; la costumbre es todo. Cuando abro la puerta del piso, me horroriza encontrarme, a pesar mío, con esa palabra que rueda por la boca de todos los vencidos: el hogar. Un hotel tiene algo de estación, de movilidad y de partida, con sus baúles tachados por una geografía de etiquetas, con sus gentes que se informan de todos los horarios y viven siempre en el inmaterial espacio del viaje. Allí me engañaba yo todos los días, figurándome emancipado de la tutela cotidiana. Por la puerta de mi cuarto entraba cada mañana el seductor espectro de lo inesperado. Ahora ya sé que estos muebles son míos, que este sofá abre sus brazos sólo para mí y que en este piso está sepultada el ancla de mi limitación. Soy un hombre doméstico. Por no serlo había huido del tranquilo albergue familiar, de la mansa profesión mercantil y de las tibias almohadas burocráticas. El hombre nace en posesión de una magnífica rebeldía y la sociedad se propone, desde niño, apoderarse de él, domesticarlo, hacerlo una cifra de enorme cociente universal. Sureda diría que ésta es otra de mis contradicciones. Pero es que no sé si soy individualista o colectivista, si quiero la disciplina o el desorden. Sólo sé que me aterra la inercia de mi alma. Que cuando me encuentro una hora a solas, rodeado de cosas conocidas, me ahoga la sensación de lo cotidiano como si viviera en la antesala de la muerte. ¡Esta manera de morir…! Esta manera de morir, sintiéndose encerrado en la lógica de las cosas, olvidándose de que vamos flotando, sin lucha, en las aguas atroces del tiempo. Me irritan esos hombres ecuánimes que viven sumergidos en su me-

nudo mundo familiar, sujetos al ciego itinerario de la especie. Veo a Obdulia delante de mí, y temo su metamorfosis por la ley indeclinable del medio. Todavía no es feliz. Todavía la acecha el pensamiento de perderme. El día en que la vea resignada y dichosa, dispuesta a convertirse en eje de mi tedio, haré a escondidas mi maleta y huiré como un recluso que aprovecha la distracción del centinela.

Obdulia pensaba:

—Pero él no es mío todavía. Es posible que no lo sea nunca. Se me va en los ojos de cada mujer que pasa, en sus proyectos y sus deseos. Hasta ahora he conseguido vencer por el fervor de mi pasión, pero ahora lucho con un enemigo más fuerte, que es la calma de nuestra vida. Puede que el amor no sea más que esta continua zozobra de dos almas que van juntas y no se encuentran jamás. El alma, sin duda, el conflicto, la incertidumbre; yo busco el reposo, la serenidad y la firmeza. Me encanta que transcurran las horas pensando en él, formándolo a mi antojo en el recuerdo, sujetando el porvenir con mi fantasía. Cuando no está a mi lado sigo sus huellas por toda la casa, porque en todas partes flota su presencia y en todos los rincones queda un eco suyo que viene a parar mi corazón.

»Estoy tan segura de perderlo alguna vez que sólo aspiro a él en la vida de un hijo. Pero soy tan ambiciosa que no me conformo con ese hijo que sueñan todas las mujeres en el tránsito de su juventud. No le veo siquiera adherido a mi pecho, con sus gracias tiernas, rodeado de esas palabras puras y mágicas que acuña todos los días el amor maternal. Le contemplo ya convertido en hombre, señor de un pensamiento nuevo, de una voluntad soberbia, de una conducta sin desfallecimiento. Lo que yo no tengo, lo que no tiene Víctor. Pienso que un hijo puede justificar de algún modo mi paso por la tierra, mi paso trémulo, que no acaba de atravesar la frontera de los deseos. En mi época del cabaret, cuando me retorcía en las llamaradas del *jazz-band*, pensaba siempre con terror en el hombre que llegaba hasta mis brazos. Porque todos tenían el mismo arranque brutal y la misma instintiva violencia. Después, en la habitación, contemplando mi vientre todavía intacto, yo pensaba que preferiría morir antes de formar allí dentro un hombre como aquéllos.

XXXIX. EL HOMBRE INTEGRAL

Víctor recibió un día en la Agencia la visita de Aurora Nitti, escultora haitiana de vanguardia. Llevaba una carta de presentación de un periodista argentino residente en París. Aurora Nitti se disponía a hacer en Madrid la exposición de sus obras, y deseaba que Víctor cablegrafiase el éxito a las cinco partes del mundo.

—Yo no soy crítico —le dijo Víctor. No podré decir nada de sus esculturas.

—¡Oh! No importa. Yo se las explicaré. Mi estética es absolutamente nueva.

—¡Oh! Enhorabuena.

—Totalmente nueva. Quiero esculpir el hombre integral.

—¡Caramba!

—Sí. Soy comunista. El comunismo pretende acabar con las diferencias de clase. Yo voy más allá. El arte tiene que ir más allá.

La haitiana era una mulata auténtica, una virago color chocolate, con los pómulos salientes y los labios anchos, morados y rudos. Vestía un traje a franjas blancas y amarillas, una capa escarlata y un sombrero con cenefa de frutas. Llevaba muchas pulseras y muchos aros. Víctor sentía deseos de quitarle un aro de aquellos y colocárselo en la nariz, para completarle la *toilette* de sus antepasados.

—Por lo que se ve, usted no aspira al hombre comunista, sino al hombre común.

—Mi hombre es el hombre perfecto, la síntesis de una idea.

—¿El de Diógenes o el de Nietzsche?

La mulata se irguió, herida en su amor propio, y se golpeó el pecho con la mano.

—No, no. ¡El mío! El hombre que yo anuncio produce y crea; nada menos. Es un mecanismo perfecto, al servicio del Estado. No pierde el tiempo en romanticismos ni en literatura. Para él no existen ni el amor, ni el honor, ni la familia.

—¿Cómo creará, entonces?

—¡Ah! Pues nada… Sin perder el tiempo. Un instante… y a otra cosa.

—Un sueño de artista.

La escultora se indignó.

—Está usted equivocado. La única frase un poco aguda de Wilde es aquella en que la naturaleza imita al arte.

—Quiere decirse… que la plagiará a usted la naturaleza.

—¿Por qué no?

—No, no. ¡Si no lo discuto! ¿Me permite usted una pregunta indiscreta, Aurora?

—Desde luego.

—¿Es usted casada?

La haitiana se horrorizó.

—¿Casada? El matrimonio es una institución repugnantemente burguesa.

—De acuerdo. Bueno… No me he explicado bien. Quiero decir si conoce usted la intimidad masculina… La pregunta, quizá, es demasiado fuerte. Pero usted no tiene prejuicios.

—Claro que no. Pues…, francamente: aborrezco al hombre de hoy; es un producto burgués. Ya le he dicho que busco el hombre integral.

—¿También para el amor?

Los ojos de la haitiana se desmandaron como dos tigres en la noche de su rostro.

—No me lo nombre usted. Esa palabra es como las monedas antiguas: no circula. Por lo menos, yo no la admito.

—Perdón. Uno acaba de ser hombre común. En fin… Iré a ver sus esculturas y hablaré de su éxito. Pero temo que no las comprendan los carpetovetónicos.

—¿Quiénes?

—Los carpetovetónicos. Los españoles de Madrid. Están muy atrasados. Todavía hablan con las novias desde la calle, a tres pisos de distancia, para terminar casándose con ellas. Algunos quieren morder a las mujeres que pasan. Otros se cuelgan al cuello medallas y escapularios y van por ahí, a paso de tortuga, con una vela en la mano. Son unos bárbaros

Víctor le dijo a Obdulia:

—Debíamos encargarle nuestro hijo a la Nitti.

Obdulia no comprendía.

—No te sobresaltes. Una escultora americana que me han recomendado de París. Esculpe el hombre integral.

—No tomes a broma mis preocupaciones.

—En serio, es una mujer graciosísima, una *snob* muy original. Yo pienso escribir una crónica de su exposición con el título de «La matriz futurista». ¿Quieres venir a la apertura?

—Bueno.

Cuando llegaron al salón era temprano, y la artista disertaba acerca de su estética ante unos jovenzuelos con gafas que se apedreaban entre sí con nombres del expresionismo plástico aprendidos en *L'Art Vivant* y en la *Nouvelle Revue Française*. Entre ellos estaba el poeta de los versos en francés que acompañara a miss Mary en su apostolado fugaz.

—Parece usted el representante en España de una nueva marca de mujer. ¿También conocía usted a la Nitti?

—No. Pero me ha escrito Valery Larbaud para que la atienda. Aquí tengo la carta.

Siempre mostraba su documentación de auténtico vanguardista.

—Y de miss Mary, ¿sabe usted algo?

—Está en Italia. Quiere que su religión sea romana, pero no católica. Piensa proponérsela a Mussolini para los fascistas.

—Buena idea, hombre —dijo Víctor riendo. Víctor presentó a Obdulia, y la escultora les fue mostrando sus obras. Eran una colección de esculturas en piedra, escayola y bronce que pretendían sorprender las diferentes etapas de la evolución humana, desde el antropoide hasta el hombre integral. Las figuras no carecían de ingenio, pero estéticamente eran desastrosas. El hombre medieval aparecía aplastado bajo una roca en forma de esfera, y el de la Revolución francesa era un hombre a medias, un hombre de un solo flanco, que mostraba su forma mutilada. El hombre integral enseñaba una anatomía mecanizada, y la mano derecha blandía una luna menguante a manera de hoz. En realidad, lo que estaba mejor era la versión del antropopiteco, que poseía cierta poética gracia animal. Víctor se lo dijo a Obdulia:

—Claro. Lo que mejor esculpe esta mujer es el mono, su abuelo.

—Pues parece instruida.

—No lo creas. Estas gentes no tienen más que imaginación. Lo curioso es que abominan de la imaginación y hablan de cultura, de disciplina y de antirromanticismo. No he visto equívoco mayor que el del arte de ahora.

Víctor notó con asombro que llegaban a la sala muchos caballeros de frac y muchas señoras distinguidas, gentes a todas luces extrañas al ambiente.

La escultora iba de un grupo a otro, saludando con un castellano gangoso y caliente.

—¿Es posible? —dijo Víctor—. ¡Pero esta comunista congrega aquí a toda la aristocracia carpetovetónica!

Interrogó al poeta francoespañol:

—¿Y esos fraques? ¿Es que los traen como taparrabos?

—Es que viene el rey a inaugurar la exposición.

En aquel momento se acercó Aurora.

—¡Un éxito, señor Murias! ¡Un gran éxito! Viene *Su Mahestá*. Puede usted hacer una gran crónica.

Víctor no pudo contenerse.

—Pero ¿no dice usted que es comunista?

La escultora se quedó un segundo suspensa. Sin embargo, reaccionó enseguida:

—¿Y qué importa? Me ha aconsejado mi embajador. *Su Mahestá* es muy simpático, y esto sonará mucho. ¡Un rey en mi exposición!

—Pues yo, querida artista, soy incompatible con las testas coronadas. Adiós.

Tomó del brazo a Obdulia y salieron. En aquel momento se detenía delante de la puerta, rodeado de guardias, el automóvil de *Su Mahestá*.

XL

Más eficaz que las conspiraciones de Sureda contra el Gobierno Villagomil era la huelga general que acababa de plantearse. Madrid, aquella mañana de marzo, amaneció desalojado y yerto. Desde la víspera se conocía la decisión de la Casa del Pueblo de declarar la huelga. Las calles estaban vacías; los cafés, cerrados, y las pocas tiendas que se habían atrevido a abrir se parapetaban detrás de sus cierres metálicos. De vez en cuando pasaban camiones militares erizados de bayonetas, y algún clarín lejano lanzaba el crudo quiquiriquí de la guerra.

Víctor se asomó al jardín de la Agencia. La Gran Vía, llena de guardias, tenía ahora la fisonomía de campamento. El sol bruñía las crestas de los edificios, el charol de las cartucheras y el acero de los fusiles; descendía imperturbable a mezclarse en la retenida furia de las armas para mostrar una vez más la indiferencia de la naturaleza por los angustiosos conflictos de los hombres. «No es el sol de la revolución —pensaba Víctor—, no es el sol de la justicia. Y, sin embargo, lo bebo como un licor, parece que me exalta y me enloquece. Muy pronto, esta tarde, mañana, se vivirán ahí abajo las horas rojas de la lucha. Con ellas, los forzados de hoy pueden fundir la ley de mañana. Me dan ganas de vitorear al dolor, a la sangre, a las armas, a la dinamita, al rencor de los hombres y a los sollozos de las mujeres, porque son capaces de crear este heroísmo del mundo nuevo.»

Víctor se pasó el día y la noche trabajando. A pesar de la censura y de todo género de restricciones gubernativas, él informaría al mundo del primer estallido de la revolución obrera. En aquel momento, más que periodista, se sentía colaborador del proletariado combatiente. Sin prensa, sin comunicaciones libres, él sería testigo y cronista de la epopeya civil. Los mismos aviones oficiales, improvisados por el Gobierno para dar en el extranjero la sensación de calma, llevarían sus despachos a todos los periódicos del mundo. Sus redactores estaban en todas partes: en la calle, en la Casa del Pueblo, en los Ministerios, en las fábricas y los almacenes donde los obreros hostilizaban a los esquiroles. Sus reporteros utilizaban los teléfonos y los automóviles ofi-

ciales, se hacían proteger de los militares para llegar a las zonas peligrosas y arribaban, por fin, a la sala de la Redacción con sus manojos de noticias, que iban enhebrando rápidamente las ágiles mecanógrafas. Todos los elementos de que disponía un régimen disciplinado y perfecto, el régimen capitalista, estaban en aquel instante al servicio del proletariado universal gracias a aquel pensamiento directriz que había hecho suya la causa obrera.

Ni pan, ni periódicos, ni transportes, ni luz, ni agua, ni correo. Los soldados y los esquiroles eran impotentes para abastecer la capital, que vivía de migajas, como una mendiga. Madrid no existía sin el esfuerzo de aquellos hombres de los arrabales, a quienes la urbe arrojaba con desdén al infierno de las zahúrdas. El mundo gira sobre las espaldas de los miserables, y cuando ellos se ponen de pie y rompen la bárbara curva del trabajo, todo queda confuso e inmóvil, como en la víspera del Génesis. Ahora, frente a ellos, la burocracia armada enseñaba la humeante dentadura de las ametralladoras, pero su fuerza era incapaz de crear ni de poner en marcha el mecanismo en crisis. El orden no surgía de la boca de los fusiles ni del destello de los uniformes; el orden se incubaba en una multitud desposeída y rota que atravesaba ahora en amenazadores grupos los barrios desiertos.

A la Agencia de Víctor llegaban las noticias, tartamudas primero, después claras y concretas: «Acaban de abandonar el trabajo los panaderos». «En la Puerta del Sol hubo cargas, con muertos y heridos.» «El Gobierno ha concentrado en Cuatro Caminos la Guardia Civil.» Víctor tenía un gráfico mental de la situación, que iba modificándose según el curso de los acontecimientos. La emoción no le impedía darse cuenta del verdadero estado de la lucha. Hasta entonces, los obreros se encontraban en manifiesta desventaja; si el conflicto no se extendía a las poblaciones más importantes, no les quedaría otro remedio que entregarse. Por otra parte, carecían de elementos para darle al conflicto un carácter revolucionario. ¿Y Sureda? ¿Por qué Sureda no actuaba en aquella atmósfera propicia? Le mandó buscar con urgencia. El médico llegó, excitadísimo.

—Ya sé lo que me va usted a decir: qué esperamos para actuar, ¿no es eso?

—Claro. Ninguna ocasión mejor.

—Estoy desolado. Nadie responde, nadie se mueve. Todos temen a la revolución.

—Siempre se lo dije a usted.

—Les espanta mezclarse con los obreros.

—Porque son los únicos que tienen razón.

—Las persecuciones son brutales. Usted ya sabía. La cárcel está llena; se ha llegado a apalear a las mujeres.

—Todo lo tengo aquí —dijo Víctor, señalando una carpeta—. Cuando esto pase, yo escribiré la verdadera historia de este movimiento. ¡Ah! Pero no importa. El triunfo vendrá. ¡Que tiemblen, que tiemblen todos! Estamos cerca del fin.

El primer día de huelga, Obdulia no salió de casa. Víctor no fue a cenar, y cerca de las once le dijo por teléfono que pasaría la noche en el despacho. Obdulia tampoco pudo dormir; estaba nerviosa, excitada, como si repercutieran en ella las agitaciones de la calle. Se asomó muchas veces al balcón para rastrear alguna huella del conflicto; pero allí, en aquel recodo de los bulevares, había la calma de siempre: el farol impávido, el quiosco de las frutas y algún chiquillo que provocaba el enfurecido relámpago de un gato. Hay almas-antena, almas que recogen las más lejanas vibraciones del universo, como hay almas graníticas, a las que no estremecen ni siquiera los terremotos. Alma finísima y eléctrica era la de Obdulia, a la que conmovía toda leve trepidación. La huelga se había polarizado en su intimidad, como si le afectase personalmente. Recordaba su visita a la mina de don Sebastián, donde la enorme montaña gravitaba sobre los cuerpos enflaquecidos de los mineros. Comprendió entonces un poco mejor la vida y sufrió la difusa tristeza de todos los trabajadores de la tierra.

A la mañana siguiente llegó Patrocinio, muy contrariada.

—Las calles están llenas de guardias. No hay taxis ni tranvías; he tenido que venir a pie. Pero ¿por qué hacen esto? A mí me da miedo esto.

Almorzaron juntas, con pan duro, sin pescado ni postre. La portuguesa recordaba una revolución en Lisboa. Cayó una granada en el patio del hotel, y ella se escondió en el cuarto de baño.

—Ya ves qué tontería. Pero el miedo no deja pensar.

—A mí me gustaría presenciar una lucha así —dijo Obdulia.

—No sé para qué. A mí, no. A mí me encanta la tranquilidad.

—Entonces, ¿no te atreves a acompañarme esta tarde?

—¿Adónde?

—A ver a Víctor. Lleva dos días sin venir.

—Tenemos que ir a pie.

—Pues vamos a pie.

—No, no. Puede haber jaleos en la calle. Eso me asusta mucho.

—¡Bah! No pasa nada. Yo iré, de todas maneras.

Por fin la convenció, y salieron de casa después de las cuatro. Ni un vehículo en todo el trayecto. La calle Fuencarral, sin puestos ni apenas transeúntes, estaba tachada por dos filas de guardias. La mayor parte de las casas aparecían cerradas, y algunos miradores de cristales deshechos estaban blindados con colchones; sin duda habían tenido lugar allí los encuentros más graves. A medida que se acercaban a la Red de San Luis, la inquietud iba creciendo. Patrullas de caballería, a galope, atravesaban las calles de San Marcos y Augusto Figueroa, reclamadas por algún hecho imprevisto. En los escuadrones que cubrían la línea de las aceras se notaba ya el amenazador estremecimiento de la carga. Patrocinio, alarmada, se detuvo.

—Algo pasa por ahí. Vamos a volver.

—¿Por qué? Será alguna falsa alarma. Ahora es cuestión de unos minutos.

Pero al desembocar en la Gran Vía ya no pudieron retroceder. Grupos de huelguistas, surgidos de las calles afluentes, pretendían organizarse en la avenida Pi y Margall. Los guardias se concentraban para evitarlo. Corrían los transeúntes a refugiarse en los portales, y todos, hombres y mujeres, llevaban a cuestas el espectro del pánico. Sonó el primer toque de atención; pero los obreros, lejos de huir, formaban ya una muralla dispuesta a resistir el ataque. Obdulia y Patrocinio, acorraladas por la muchedumbre, sólo tuvieron tiempo de guarecerse en un portal de la calle de Valverde. Se oyó el clarín otra vez, y luego, en medio de un terrorífico silencio, varios disparos. Entonces la colisión surgió tremenda, dramática, como un azote. Los escuadrones cayeron sobre los manifestantes con los sables desnudos, como un huracán de metal. Durante varios minutos sólo se oyó el jaleo clamoroso de la lucha: carreras, gritos, golpes, detonaciones. Patrocinio estaba en el fondo del portal; pero Obdulia, tensa y lívida, permanecía en la puerta, apretando convulsivamente el bolso de mano. Veía a los huelguistas pasar atropellados, dispersos, perseguidos por los guardias. Fue en aquel instante cuando un grupo de ellos ganó la calle Valverde para escapar de la feroz persecución. Pero allí mismo, frente a Obdulia, fueron alcanzados por la pareja que les perseguía. Los guardias descargaron sus sables sobre los hombres, que queda-

ron heridos, pisoteados por los caballos. Uno, con alpargatas y bufanda verde, tenía la frente rota de un sablazo. Obdulia, ciega, frenética, erguida como una virgen roja, increpó a los jinetes desde la acera:

—¡Canallas! ¡Canallas!

No pudo decir más. La avalancha policíaca pasó por encima de ella. Cuando Patrocinio, aterrorizada, quiso saber de su amiga, las ambulancias recogían a las víctimas. En uno de los coches, con la cara manchada de sangre y el traje desgarrado, estibaron a Obdulia. Sobre el pavimento quedó su sombrero azul, abollado y yerto.

Cuando Patrocinio le contó lo sucedido, Víctor salió de la Redacción, sin saber exactamente adónde iba. Llevaba el relato delante de los ojos, como una niebla. Después de la lucha, las calles estaban solitarias y sordas. En todas partes, guardias, uniformes, carabinas. La ciudad era entonces una ciudad de hierro y de metal, cerrada y abrupta como una fortaleza. ¿Cómo golpear su corazón con un nombre para preguntar por aquella mujer hecha trizas, enredada en los cascos de los caballos, desgarrada por el ciego tropel de los escuadrones?

Fue a la Dirección de Seguridad, pero allí no le dijeron nada. Le miraron con desconfianza, le tomaron el nombre, y como insistiese, acabaron por despedirle con gesto áspero. En vano reclamó la presencia del director o de algún funcionario importante.

—Mañana darán la nota de los heridos. Vuelva usted mañana.

Entonces recorrió las casas de socorro y los consultorios, también rodeados de fuerza, donde se arremolinaban mujeres del pueblo, con niños en brazos, que intentaban la misma patética exploración. En ningún centro le daban razón de Obdulia:

—Aquí hay hombres nada más. Se les trasladará hoy al hospital.

Por fin, en el dispensario de la calle de Olózaga le hablaron de una señora herida.

—¿Puedo verla?

—Hay que pedir permiso al médico.

El médico era amigo de Sureda y conocía de vista a Víctor.

—Pase usted a mi despacho. Tenemos un trabajo atroz. He curado esta tarde veintisiete personas. ¡Ha sido espantoso! ¿Usted pregunta…?

—Por una señora: Obdulia Sánchez.

—¡Ah! No es grave; pronóstico reservado. Lesiones en el pecho y en los brazos.

—¿Puedo verla?

—Creo que duerme ahora. Pero ha sido un caso de verdadera suerte. Figúrese usted: está encinta.

—¡Cómo!

—Sí, de muy poco tiempo. Ella misma no lo sabía. Pero no me cabe duda. Si la lesión hubiera sido unos centímetros más abajo...

—¡Oh!

—Voy a ver si puede usted entrar. Tenemos órdenes muy severas. De todos modos…

Víctor quedó solo un instante, más turbado ahora por la inesperada noticia. Y de repente sintió una alegría honda, violenta, extraña, por aquel hijo que surgía ileso de la formidable represión. Sin duda, su hijo, el hijo de Obdulia, sería invulnerable como una idea: no podría ser sofocado por los sables ni las balas. Regresó el médico y le invitó amablemente:

—Pase usted.

En la fila de camas reconoció a Obdulia, vendada. Ella levantó los brazos y le apretó la cabeza contra el pecho, contra la herida, sin decir nada. Oyó de nuevo Víctor el latido de aquel corazón, fiel y puntual como un reloj, que seguiría palpitando para él y para la irremediable miseria de las cosas.

XLI

El primer llanto del niño le sorprendió en el desierto de la noche y le oprimió un punto desconocido de su ser, un punto sutil, magnético, que establecía contacto con no se sabe qué nuevos territorios. Víctor se había encerrado en un cuarto para apagar de alguna manera los gritos afilados de Obdulia, que parecían incrustarse en todos los rincones de la casa. Ella quedaba desgonzada, deforme, inconsciente, inolvidable, oscilando en ese precipicio del parto, donde la muerte y la vida celebran sus peligrosas entrevistas. El médico, sereno, impasible, consultando el reloj y cambiando de guantes. La profesora, indiferente, manipulando gomas, toallas y níqueles. De repente, un silencio, unas cuantas palabras ininteligibles, un rumor confuso. Y enseguida, aquel llanto blando, tibio, humano, que parecía ensortijarse en la habitación como un ovillo azul. Víctor se esforzaba en convencerse de que cuanto estaba ocurriendo a su alrededor en aquel instante era algo vulgar, cotidiano y lógico, que se repetía a diario millones de veces desde el principio del mundo. A pesar de esto, aquel llanto tímido e inútil se le antojaba, sin saber por qué, un suceso definitivo y grandioso. No lo analizaba, no lo medía con una fórmula mental. No pensaba siquiera, al oírlo, que era el llanto de su hijo. Por allí dentro acababa de surgir una vida nueva, una criatura más, un eco normal y perceptible del enigma cósmico. Aquella forma viva, material, palpitante, creada, era la que le conmovía dulcemente. Momentos antes aquélla no existía, sólo se oía el grito de Obdulia, la voz seca del médico, el canto rudo de la profesora. Ahora, ya no. Ahora había un llanto reciente, entrañable, orgánico, salido de las tinieblas como sale el agua de la nube. Víctor, trastornado por una alegría inexplicable, estuvo a punto de salir al balcón y preguntar a la luna, a los luceros, a la noche, a las cosas inmóviles y eternas qué misterio era aquel de un niño recién nacido.

Pasados unos días, la profesora habló del bautizo.

—Mi hijo no se bautiza —dijo bruscamente Obdulia.

La mujer, horrorizada, no insistió. Obdulia, después, se lo explicaba a Víctor:

—Quiero hacerlo un hombre libre, que escoja su verdad sin coacciones. No quiero curas ni maestros estúpidos.

Víctor se reía.

—Pero ¿para qué piensas en eso? Apenas se le ve, y ya tratas de complicarle la existencia.

—Porque está rodeado de peligros. Desde pequeñitos les acechan para apoderarse de ellos. ¡El mío, no!

Obdulia veía a su hijo como un hombre. Víctor lo veía como un niño. Obdulia, sobre la cuna, le exorcizaba contra las viejas supersticiones que hacen la vida tenebrosa y difícil. Patrocinio quiso colgar al cuello del pequeñín una medalla de san Antonio de Lisboa, fabricada con oro ultramarino; pero Obdulia se opuso, indignada:

—De ninguna manera. No consiento etiquetas ni mascotas.

A Víctor, en cambio, lo que más le impresionaba era la debilidad y la dulzura del niño, sus facciones imprecisas, su sonrisa pueril, su llanto incomprensivo. Según iba creciendo y familiarizándose con los colores y las líneas, Víctor sentía el espanto de la inteligencia que empezaba a comprender y tomar posesión del mundo. «¡Pobre hijo mío! Lo peor de todo es que empezarás enseguida a darte cuenta de que este mundo que yo te entrego es demasiado miserable. Tu padre no ha sabido hacerlo mejor. No ha rectificado nada, no ha enmendado ningún yerro, no ha destruido ninguna ferocidad. Algún día echarás de menos el orbe de tu inexistencia, la razón sublime del "no ser". Tu madre no te habla de Dios porque piensa que eres demasiado puro para ser engañado. Pero cuando nadie responda al clamor de tus dudas, buscarás a tu alrededor la causa, la persona, el nombre a quien hacer responsable del terror de tu vida. Y como no encontrarás a Dios, ¿a quién, sino a mí, has de señalar como único culpable de tu destino?»

MAMÁ

Mamá está siempre alerta, en medio del cuarto, como un escucha sin relevo. Mamá es esa forma alacre, vertical, silenciosa, que anda y desanda mil veces el falso césped de la alfombra. Mamá escudriña las vasijas, combina los lactantes, consulta las temperaturas. Mamá domestica el agua y el fuego en las ollas de aluminio y en la lamparilla de alcohol. Ella es un soldado que enciende fuego en su puesto a media noche; un torrero para dirigir la cuna, pequeña embarcación que puede zozobrar por el

abordaje de la microbiana piratería. Mamá estudia los más pequeños movimientos del niño, cronometra su sueño, mide su llanto, ausculta su respiración. Un día, el niño quiere coger el rayo de sol que entra por la ventana, y mamá no se explica por qué la barrita de luz no adquiere solidez, para que sea el primer juguete de su hijo. Otro día, la luna adelanta por encima del tejado de enfrente su rostro blanco, cinematográfico, y mamá la captura para el niño en el espejo del tocador, con la sencillez de quien no sabe que se apodera de un planeta. Mamá organiza el mundo otra vez, al servicio del chiquitín, y el mundo es ahora un mundo poético, un circo, un juego, una fábula, poblado todo él de pequeños seres que dialogan con el niño y hablan el inocente y franciscano lenguaje. Mamá compone un manual de zoología infantil lleno de trinos, de ladridos y de quiquiriquíes. Pero un día todo ese mundo delicioso se desmonta, se viene abajo y se hace añicos. El niño se ha puesto enfermo. Mamá siente que las agujas del médico le atraviesan a ella setecientas veces el corazón.

XLII. FÁBULA DEL BOXEADOR Y LA PALOMA

Las obligaciones del oficio seguían forzando a Víctor a conocer gentes muy curiosas. Un día le presentaron a Eusebio García, el campeón de boxeo que se disponía a combatir con un alemán. Víctor ofreció transmitir a sus periódicos largas reseñas del combate, para difundir las facultades del púgil español. Pero después de la lucha, Víctor pensó en relatar de otra manera la derrota de Eusebio. En realidad, a Eusebio no le había vencido su contrincante, sino el nacionalismo deportivo, que es, probablemente, el más intransigente de los nacionalismos. Por eso imaginó la «Fábula del boxeador y la paloma», que los periódicos no quisieron publicar, a pesar del interés que había despertado el acontecimiento.

He aquí la originalísima información:

«Entre sus amistades de campeón, el boxeador contaba con la de un ingeniero que había estudiado en Alemania. El ingeniero usaba siempre un envidiable vocabulario deportivo y unas excelentes camisas de lana cruda que constituían la fundamental preocupación del *manager*. Porque el *manager*, que sabía mucho de boxeo y había entrenado a Dempsey en su época triunfal, se encontraba disminuido delante de aquella indumentaria olímpica, creada por la sastrería internacional. Jaime Ortiz, el ingeniero, no hacía deporte, no jugaba al fútbol ni al polo, no boxeaba ni montaba a caballo. Pero se vestía mejor que cualquier deportista de veras y acompañaba siempre a algún campeón. Como esos donjuanes aparentes que gustan salir a la calle del brazo de mujeres, y más que sus amantes son sus rodrigones alegres, Ortiz no aparecía en público sino con algún *as* del *ring* o del *stadium*. No le importaba la calidad: le importaba el puesto. Desde el corredor pedestre al *tennisman* de moda, todos le debían las mismas sonrisas, las mismas palmadas, los mismos elogios. A veces, los suplantaba. Porque si en la calle o el teatro el público ovacionaba al campeón que llevaba Ortiz, era Ortiz el que saludaba más resueltamente, el que repartía adioses y genuflexiones, como si el entusiasmo colectivo le enfocase a él con preferencia. Los profanos en deportes pensaban

siempre que el campeón era Jaime Ortiz, porque era el que llevaba verdadero traje de campeón. En realidad, los mayores aplausos los ganaba su espléndido uniforme de hércules estéril. Pero sus preferencias carecían de internacionalidad: eran exactamente patrióticas. El campeón de Ortiz tenía que ser un campeón nacional, porque, de lo contrario, sólo le merecía un altivo desdén. Por esta fidelidad a los productos españoles alguien había pensado en pedir para él la cruz de Alfonso XII.

De Alemania se había traído el ingeniero un nacionalismo exacerbado y una alemanita delgada y blanca que no hablaba más que alemán. Era también muy aficionada al boxeo; pero resultaba tan frágil y tan diminuta que cuando asistía al entrenamiento de Eusebio García —Eusebio García, el campeón— dijérase que iba a caer hecha añicos, como esas porcelanas que se deshacen con el golpe asestado a la mesa próxima. Elsa y Eusebio, juntos, formaban algo así como una paradoja; peor aún: una frase sin expresión, como la de dos vocablos antagónicos. Él era un coloso de anchas espaldas y hombros rectangulares; ella, una cosa fina, de risa tintineante, surgiendo de una envoltura de pieles como de un estuche. No hablaba apenas, porque ni siquiera Ortiz la entendía. (Ortiz había olvidado el alemán también por patriotismo.) Cuando peleaban Eusebio y el *manager* en un estudio blanco, donde predominaba el gesto petrificado de las caretas, ella seguía las evoluciones de los puños con su cuerpecito de paloma, que parecía siempre dispuesto a tender las alas. No la sofocaban los golpes ni le hacía daño el vuelo rudo de los guantes, que oscurecían el espacio como dos azores. En cambio, Eusebio, debajo de la careta, sentía una turbación sin igual, y no era bastante la corteza de cuero para preservarle de los ojos penetrantres y buidos de la extranjera.

Ortiz, delante de Elsa, se enorgullecía de su campeón:

—Fíjate, fíjate qué bíceps. ¡Qué vale Schemelling! Toca, toca aquí.

La mano aérea de la alemana rozaba demoradamente la epidermis tensa y áspera, que se encogía como la carne de una virgen.

—¿Y la carótida? ¡Qué carótida!

Era un simulacro de abrazo que debilitaba de repente al hombre monumental e inconmovible.

—Pero lo mejor es el pecho. Una muralla.

Los ojos de Elsa despertaban en Eusebio una extraña congoja. Hasta que intervenía el *manager*, casi iracundo:

—Vamos a seguir. ¡Hala! Vamos.

Delante de Elsa, el campeón sentía en las entrañas un fuego delicioso que más tarde entorpecía sus músculos; un fuego semejante al que le daba el vino antes de que masajistas y entrenadores le hicieran renunciar a él para disciplinar su organismo. Pero la embriaguez de ahora era mucho más dulce. Le recordaba algún día de su adolescencia, en medio del tumulto del puerto, donde la grúa de sus brazos levantaba cajas de cien kilos. Pasaba alguna muchacha perfumada y flotante, con el viento pegado a las telas claras, y Eusebio sentía todo su cuerpo conmovido, lleno de anhelos casi angustiosos. De la mujer sólo conocía aquella vaga e insidiosa perturbación que a veces se le agarraba a la materia como una sanguijuela invisible. Más tarde, el deporte le había acostumbrado a la castidad, y lo mismo que le racionaba las viandas y le prohibía el esfuerzo estéril, le alejaba de la mujer como de un peligro semidivino. Eusebio vivía para su cuerpo, como un Narciso prepotente; pero también a veces su cuerpo le hacía traición, y allá dentro, en zonas inexploradas y recónditas, una implacable sed animal le empujaba hacia las fuentes de la vida. La presión de Elsa sobre sus músculos, más que una investigación, era una caricia, y él, tan fuerte, tan seguro, parecía desfallecer como una estatua sobre un pedestal de arena.

Por aquellos días, Eusebio se entrenaba para el campeonato de Europa. Debía combatir con un alemán, con un compatriota de Elsa. Ortiz la llevaba a casa del boxeador para convencerla de que el triunfo no podía ser sino de su ídolo. La muchacha reía mucho, reía siempre, y a Eusebio le ruborizaba aquella risa, le intimidaba mucho más que el puñetazo enemigo. Y cuando Elsa lo examinaba minuciosamente, como valuando la resistencia de aquellos brazos, de aquellas mandíbulas, de aquel estómago, Eusebio comprendía que si la alemana seguía actuando sobre él hasta el momento del combate, estaba perdido. Ella calculaba bien su corruptora influencia. Sus exploraciones por la carótida ya no eran una caricia, sino un abrazo. Una mañana llegó ella, muy temprano, a casa de Eusebio. El boxeador estaba solo en el gimnasio, golpeando sus balones. El sol de marzo le bruñía la espalda como si fuera de metal. Elsa, firme, pequeñita, recién pintada, tiró el abrigo sobre un diván y le apuntilló la nuca con un beso. Fue cuando Eusebio se derrumbó estrepitosamente, como un coloso herido.

Tres días después, el *manager* rugía, más irritado que nunca. Pero no eran las camisas de Ortiz. Era que el campeón disminuía de peso y de facultades, a pesar del masajista, del entrenador y del cocinero. A la hora del combate, Eusebio estaba blanco y desmoralizado. Elsa, sentada en la primera fila de pista, se lo dijo a Ortiz en un castellano diáfano:

—Hoy vence mi alemán.

—No seas tonta. Eusebio es invencible.

—¿Apuestas?

—¿Por qué no?

—Van mil pesetas por mi compatriota.

—Mil pesetas por Eusebio.

Eusebio no llegó al quinto *round*. Cada vez que tocaba las cuerdas y veía abajo a Elsa, con la boca alegre y viva, el campeón, el ex campeón, se sentía morir».

XLIII

Una tarde de diciembre salió Sureda para el destierro. La noche anterior había nevado, y muchos tejados conservaban aún su pelliza polar, despeluchada por el agua. Pasaban sobre Madrid legiones de nubes negras, hinchadas y lentas como vientres hidrópicos. El Guadarrama parecía avanzar con su cuchillo invernal, afilado en las piedras de la montaña, para desgarrar la urbe como una tela.

Víctor llegó en un taxi a la estación del Mediodía. Iba irritado y triste. La deportación del médico, dispuesta de repente, le llenaba de ira y de amargura. Sureda era uno de los pocos hombres que atacaban de frente la estupidez nacional, de los pocos que arriesgaban una posición y un nombre para crear un pueblo más inteligente y más libre. Cierto que el doctor manejaba todavía las grandes palabras del siglo xix y propendía a un vago y candoroso liberalismo. Pero en medio de una sociedad ignorante y ruda, que defendía a garra y diente sus privilegios de casta, la figura del médico se levantaba gallarda y responsable como ninguna.

Faltaba más de media hora para la salida del tren, pero ya Sureda estaba en la estación con un grupo de amigos y discípulos. A pocos pasos, los policías que debían conducirlo, con sus bastones de puño vuelto y sus abrigos con cuello de peluche. Bajo la marquesina, muchos guardias tiritando bajo las esclavinas húmedas. Sureda abrazó a Víctor:

—Confío en usted. Siempre confío en usted.

—Gracias, doctor. No olvidaré sus palabras.

Después llegaron el padre y la hermana de Sureda. El padre era un anciano firme y sonriente. La hermana, una muchachita elástica y alegre, casi una niña, que llevaba una caja de pastas.

—Las he comprado para ti. Te dejarán comerlas, ¿verdad?

—Sí, mujer.

Llegaban nuevos amigos del médico, casi todos jóvenes, camaradas de la universidad y el Ateneo. Faltaban, sin embargo, los nombres conocidos, las gentes de la bur-

guesía y de la aristocracia que días antes se disputaban la amistad del sabio. Era la hora de las infidelidades o de las inhibiciones; la hora magnífica del fracaso que todo hombre debe conocer alguna vez para alcanzar un corazón más fuerte. En cambio, algunos de aquellos que acudían allí, en la hora difícil, eran para Sureda casi desconocidos: espíritus pulcros e inalterables que siguen atentamente, desde lejos, la trayectoria del hombre público y sólo van a él cuando necesita asistencia y aliento. Sin ellos, la lucha humana sería mucho más desoladora y hedionda.

Faltaban pocos minutos para la partida. Bajo las bombillas macilentas cruzaban los viajeros apresurados, las carretas de equipajes, los baúles imponentes, como zepelines. Sureda distribuía abrazos metido ya en su *plaid*, que daba a la escena un aire de despedida mundana, si bien a todos les oprimía una recóndita zozobra. La hermanita tenía los grandes ojos llenos de lágrimas, y el padre había abandonado su sonrisa tolerante y tranquila. De pronto, un hombre del pueblo, un obrero vestido de mahón, llegó hasta Sureda, y sin decirle nada le extendió la mano. El médico se la apretó conmovido. Después subió al coche, donde los policías esperaban ya, impacientes, y desde la ventanilla contempló a sus amigos, que se apretaban para decirle las últimas palabras. Sonó la tercera campanada. Y entonces un muchacho alto, delgado, con gafas de concha, estudiante, sin duda, gritó con voz segura:

—¡Viva la Revolución!

La muralla de guardias se derrumbó sobre el grupo que aplaudía. Víctor, en la confusión de aquellos instantes, vio diez manos, veinte manos que sujetaban al estudiante y le alzaban casi en vilo. Vio el tren partir, tras un mechón de humo, y la silueta de Sureda interrogante y perdida. Cuando salía se cruzó con el automóvil policíaco, donde iba el estudiante, rodeado de guardias, con sus gafas rotas.

XLIV

Desde hacía algún tiempo Víctor notaba detrás de sí el paso sordo y sutil de la policía. En la calle, en el café, en el cinema, se sentía encañonado por ojos clandestinos que aprehendían sus palabras, sus ademanes, sus saludos. Al volver una esquina, al bajar de un vehículo o de una visita, al detenerse para observar un escaparate o una mujer, Víctor divisaba la silueta del espía. Él es el verdadero hombre-fantasma de los tiempos modernos. Entra con vosotros en una tienda, guía el taxi que os conduce, sirve el almuerzo del restaurante del hotel, abre servilmente la portezuela del ascensor, acude solícito en el club a encender vuestro cigarro. Oficio vergonzoso, insinuante, casi mórbido, mixto de pederastia y de disimulo, que os aprieta en un cerco sigiloso y de sombra. El confidente se transforma, se adelgaza, se ahíla, se hace invisible; pero os acompaña a todas partes, conoce como nadie vuestras ideas, vuestras aficiones y vuestras costumbres. A Víctor le producía un sufrimiento casi físico aquella persecución ambigua que violaba todas sus intimidades y le impedía moverse desembarazadamente en medio de la ciudad. Si no fuera por el niño, habría huido ya de aquel Madrid de mil ojos, vendido impúdicamente al ministro de la Gobernación.

Pero un día el niño se puso muy enfermo, y Víctor se encontró de pronto entre el torbellino de un dolor desconocido. Entonces supo cómo pesan sobre el corazón los silencios del médico, cómo quema las manos la barra del termómetro, cómo se hace humano y angustioso el llanto desordenado e impaciente. Víctor hubiera querido que Sureda estuviese allí, para interrogarle vorazmente y hacerle verter toda su ciencia sobre la cuna de su hijo. Pero este otro médico era taciturno y frío.

A las urgentes preguntas de Obdulia contestó:

—Es pronto para diagnosticar. Un niño es el más difícil de los enfermos.

Al día siguiente, sin embargo, declaró:

—Fiebre tifoidea.

Y escribió sus instrucciones en un papel. En otro recetó varios medicamentos.

Obdulia, al oírlo, casi gritó:

—Pero ¿cómo ha entrado aquí el tifus?

Sufría tanto que sus palabras se tornaban insensatas y torpes. Llevaba tres días inmóvil al lado de la cuna, como si siguiera milímetro a milímetro el curso de la terrible enfermedad. Víctor la veía lejos de sí. Sentada en las orillas infinitas, sin lamentos ni lágrimas, que se condensaban en su pecho para desmandarse cualquier día en un dolor violento o clamoroso. Patrocinio, en cambio, lloraba por los rincones, inconsolable, evocando al niño que días atrás colgaba de su brazo como un fruto.

Aquella noche, cuando entró Víctor en el cuarto, Obdulia tenía los cabellos revueltos y la cara lívida. Murmuró:

—Tiene cuarenta grados.

—¿Y el médico?

—No dice nada. No sabe nada ese hombre.

Luego, Obdulia se puso de pie, abrupta y trágica:

—¿Sabes? No existe Dios. No hay Dios. Ahora ya no me cabe duda. ¿Por qué ha de sufrir mi hijo?

—Calla. No te excites.

—¿Quién hace sufrir a mi hijo? ¿Quién? Yo quisiera que hubiera Dios, para pedirle cuentas: «¿Con qué derecho condenas al dolor a las criaturas…?». Pero no hay ni a quién consultar siquiera…

Se retorcía las manos, blasfematoria, tremenda, con un fulgor azul en los ojos oscuros.

—¿De manera que la vida es este azar, este capricho? ¡Ah! Yo quisiera luchar, defender a este niño, que es mío… ¡Mío! Aquí tengo mi vida, para cambiarla por la suya. La ofrezco así, a ciegas… Pero ¿a quién?, ¿a quién?

—Cálmate. Estás muy nerviosa. No pienses en eso.

Obdulia volvió a sentarse. Y fue entonces cuando llamaron a la puerta.

—Dos señores preguntan por usted —avisó una criada.

—¿Dos señores? Que no puedo recibir a nadie. Que vayan mañana al despacho.

Volvió la muchacha.

—Dicen que es preciso que hablen con usted ahora.

Salió Víctor, irritado, para despedirlos por sí mismo.

Eran dos agentes de policía. Uno, alto, grueso, afeitado, con abrigo gris; el otro, flaco, escurridizo, con bigote y capa.

—Tenemos orden de hacer un registro en su casa.

—¿Un registro? ¿Por qué?

—Es la orden que nos han dado.

—Pero esto es un abuso. Yo no soy un delincuente. ¿De qué se me acusa?

—Nosotros no sabemos nada —respondió el policía grueso. A nosotros nos dicen: «Éste, aquél». Y nosotros… pues cumplimos con nuestro deber.

—Además —dijo el de la capa con la mitad de una sonrisa—, luego tendrá usted que acompañarnos…

—¡Ah! ¿También detenido?

—Por ahora…

—Yo soy una persona conocida, responsable. Debo saber por qué se me detiene.

El agente grueso se encogió de hombros. Víctor pensó que era inútil todo diálogo.

—Pasen, pues.

Los llevó al despacho.

—Si quiere usted…, puede reclamar dos testigos.

—No me hacen falta.

Allí los dejó, rebuscando papeles, y fue a avisar a Obdulia. Le dio un beso antes de decirle nada.

—Es la policía.

—¿Pero te detienen?

—Sí.

—¿Y nuestro hijo, Víctor?

—Espero que cuando se lo explique al comisario me permita volver. Tú eres una mujer fuerte, ¿no es eso?

Obdulia le abrazó sin decir nada. Víctor puso los labios en la frente del niño, que ardía. Y en aquel momento tuvo la evidencia de que no volvería a verlo más, que el pequeño ya no sería para él otra cosa que un sueño mezclado de candor y pesadumbre.

En el despacho, los agentes habían desordenado la biblioteca y desarticulado los cajones. No hay mano más anárquica para el papel que la mano de los fieles guardadores del orden. El piso estaba sembrado de cartas y cuartillas.

El de la capa había hecho un hallazgo trascendente.

—Este artículo —le dijo a Víctor, mostrándole un recorte— se las trae, ¿eh?

—¿Por qué?

—Vea lo que pone ahí: «Prohibida la reproducción».

Para convencerlo de su error, Víctor tuvo que mostrarle el ejemplar de un periódico visado por la censura donde figuraba la misma coletilla.

Ahora manoseaban un libro de Lenin: *El Estado y la revolución proletaria*, en francés. El policía flaco, sin duda el más sagaz, se lo enseñó a Víctor.

—No me negará usted que es un libro de cuidado… Porque, vamos, este *Lenine*… es el de Rusia.

—Se vende en todas las librerías.

—Bien. Pero nos lo llevamos.

Se llevaban todo lo que no entendían. Al final salieron cargados de libros y papeles donde, por uno u otro motivo, se leía la palabra «Rusia», la palabra que lleva dentro un explosivo.

Después registraron el resto de la casa. Frente al cuarto del niño, uno de ellos preguntó:

—¿Y aquí?

—Aquí está mi hijo enfermo.

El hombre de la capa pretendió entrar. Pero Obdulia, en la puerta, le detuvo, con los ojos chispeantes:

—¿También aquí? ¿No les importa molestar a un niño enfermo?

El policía grueso sujetó al otro por la manga.

—Bueno. Déjalo.

Y luego, dirigiéndose a Víctor:

—Tenga la bondad de acompañarnos.

Víctor se puso el abrigo y besó de nuevo a Obdulia. Ella, resuelta y vigorosa, había rechazado a los policías. ¿Sería capaz también de rechazar a la muerte y cubrir con su cuerpo el cuerpo diminuto de su hijo?

Ya en la calle, los agentes invitaron a Víctor a subir a un automóvil. Hasta entonces no supo que le llevaban a la cárcel.

—Pero ¿por qué no me lo han dicho ustedes?

—Es la costumbre.

—¿Y no puedo avisar a nadie? ¿Quién resolverá mis asuntos?

El policía se encogió de hombros. Víctor se vio desamparado, solo, a merced del irresponsable arbitrio policíaco, y tuvo como nunca una oscura sensación de impotencia. Pasaban los coches alegres que volvían del teatro, los tranvías vocingleros de los suburbios. Mezclado con ellos iba este otro coche incómodo y frío, que había aprendido la infame ruta de la cárcel. El policía de la capa se lamentaba en voz alta:

—¡Cochino oficio! Tener que andar por ahí con estas noches… Ahora, a lo mejor, hay que seguir «visitando». Y luego, nadie lo tiene en cuenta. La política… ¡Qué cosas pasan…! Hoy prendemos a un señor y mañana le hacen ministro. Y después, toda la culpa la tiene la policía.

Llegaron a la cárcel.

El viento se abrazaba al capote del centinela. Un viejo, envuelto en una manta, les abrió la primera puerta. Otro viejo les abrió la segunda. Al final de un pasillo había una oficina, donde escribía un funcionario pálido. Los agentes le entregaron la orden, y él, sin mirar a Víctor, les alargó un papel.

—Ahí va el recibo.

Víctor ya no era Víctor. Era una cosa en depósito, un semoviente que pronto tendría la etiqueta de un número. Más que el recuerdo del niño, más que el frío de la noche y la rabia de la detención, le exasperaba aquella pérdida repentina de personalidad. «Tanto como nos esforzamos en ser hombres, y he aquí que en pocos minutos dejamos de serlo.» Pero después las humillaciones fueron aumentando. Un oficial le condujo a través de las galerías.

—Quítese el sombrero.

Allí dentro, la noche era espesa, pavorosa y helada. Tenía un vaho de pesadilla y de odio.

—¿Cómo se llama usted?

—Víctor Murias.

—¿Estado?

—Soltero.

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Sabe leer y escribir?

—Soy periodista.

El hombre de la oficina —otra oficina con un brasero dentro— insistió malhumorado:

—Conteste. ¿Sabe leer y escribir?

—Sí.

Otro oficial le quitó todo lo que llevaba en los bolsillos.

—¿La pluma también?

—También. Va usted incomunicado.

—Pero yo necesito…

—Nada, nada… Venga.

Subieron por una escalera de hierro, y poco después el empleado le señalaba con un gesto la puerta de la celda.

Víctor ya no era Víctor. Era el número 848 de la galería quinta.

La celda era una celda común, lóbrega, fría, repugnante. Tenía un camastro de paja empotrado en la pared, una mesa donde la vigilia había llorado lágrimas de esperanza, una banqueta y un lavabo hediondo. Por la alta reja, sin cristales, entraban el viento y la lluvia y, lo que era aún peor, los «alertas» de los centinelas. Víctor se abrochó el gabán, se calzó los guantes y se sentó sobre la cama. Así, estuvo una, dos, tres horas, con el pensamiento inmovilizado sobre la lejana cuna del niño. De madrugada vio una estrella clavada como una mariposa en el trozo de noche de la reja y se puso a pasear furiosamente.

ESTRELLA DE LA MAÑANA

Debieras tener nombre de niña, estrella de la mañana, menuda compañera de las criaturas enfermas. Papá está en una ciudad remota, en un campamento o en una cárcel, y sólo tú tienes noticia de la insomne alcoba donde una mujer está de guardia. Abre los visillos, estrella, y estudia el gráfico de la temperatura, el hipo angustioso y los sollozos maternales; escribe con tu aguja de luz los signos mágicos de un alfabeto de esperanza.

¿Tampoco tú? ¿También eres un orbe ciego, indiferente e inexpresivo para la pesadumbre humana?

¿Cuál es tu oficio, entonces, en ese firmamento inmóvil que se prende todos los días sus constelaciones como un faraón perezoso e inútil? ¿No eres más que eso, un punto de luz, una libélula celeste, un color, una metáfora? ¿O solamente una energía radiante, una materia activa, un dilatado mundo sin conciencia?

Aquí abajo, estrella, hay un preso que interroga al amanecer, un niño que agoniza mientras cantan los grillos y las campanas, un planeta que sufre, sin saber por qué, la injusticia y la muerte.

XLV

Para Víctor no existía el tiempo; las horas formaban en la celda un bloque de silencio y de incertidumbre. Alguna vez, por el espión de la puerta, divisaba un ojo redondo y palpitante como un infusorio.

Con la comida recibía siempre una esperanza y un desencanto. Allí estaba, sin duda, la mano de Obdulia, precavida y solícita; pero él rastreaba algo más en las viandas, en el cubierto, en la servilleta, en los paquetes de tabaco. Quería una seña que le hablase del estado del niño, un aviso que calmase un poco su impaciencia. Difícil lectura la suya en el blanco texto de la loza y el aluminio.

Por fin, un día no pudo más, y habló con el oficial:

—Yo quería saber de mi hijo. Lo he dejado enfermo.

—No es fácil. Usted se halla incomunicado. Sin embargo, hablaré al director.

Hasta el día siguiente no se presentó el funcionario.

—Dice el director que escriba usted delante de mí una carta donde haga constar su deseo. Él la enviará a quien corresponda. Aquí tiene usted papel y pluma.

Pasaron otros dos días de zozobra y malestar. Con el oído pegado a la puerta, estudiaba los rumores carcelarios, los pasos huecos, las voces lejanas. A veces, desesperado, caía en el jergón ahíto de ansiedad y de fatiga. Por fin, una mañana dijo el oficial:

—Está usted en comunicación.

—¿Pero sabe usted algo? ¿Le han dicho algo?

El funcionario dijo que no con la cabeza. Luego agregó:

—Dentro de una hora ya puede usted hablar con su familia.

Una hora: el trayecto sobre un abismo. Víctor querría devorarla en un segundo, cruzarla de un salto, sin meditar. O no llegar a ella en muchos años. Porque en aquel ángulo del día recuperaría a su hijo o acabaría de perderlo para siempre.

A través del triple enrejado oyó el paso veloz de Obdulia.

—¡¡Víctor!!

¿Qué espanto era el que ella traía en los ojos? Ojos sin lágrimas, desorbitados, candentes. Obdulia se abrazó a los barrotes como un náufrago.

—¡Nuestro hijo…!

—¿Es posible?

—¡Me lo han asesinado! ¡Qué noche! ¡Qué noche! De pronto se quedó amarillo y frío. A mí me parecía imposible… Le llevé en brazos por toda la casa para resucitarlo con el calor de mi pecho y de mis lágrimas. ¡Hubiera salido con él a través de las calles hasta llegar aquí y abrir estos cerrojos con mis gritos!

—Tenía el presentimiento de que no volvería a verle.

—Estoy como vacía. Como si me hubiesen extraído las entrañas y no me quedara más que este esqueleto abominable.

—¡Pobre Obdulia!

—Ahora yo quisiera saber… por qué suceden las cosas.

—No te atormentes.

—¿Y tú? ¿No sientes que la vida se ha empequeñecido a nuestro alrededor? El niño apaciguaba todas mis dudas. Era una fuerza que yo podría dirigir con mis manos. Me asusta tener que edificar de nuevo mi existencia.

Quedaron algún tiempo silenciosos. Se oían los diálogos urgentes de las rejas próximas, las preguntas anhelantes, el ruido de los besos al chocar contra los hierros impasibles.

—Y tú has padecido mucho, ¿verdad? —le dijo Obdulia—. Así, sin afeitar… Pareces otro.

—No importa. Estos días han servido para enardecerme. Hasta ahora yo no sabía lo que era el dolor. Pero advierto que el dolor no puede conmigo. Obdulia, amor mío, me encuentro más dispuesto que nunca. Cuando salga…

—Cuando salgas, yo te ayudaré a preparar nuestra venganza.

Venganza. Venganza. ¡Qué bien sonaba la palabra allí, bajo las bóvedas sombrías, bajo el techo ingrato y polvoriento!

La boca de Obdulia parecía morderla como un fruto, el único que rueda, verde y apetecible, por el piso de todas las cárceles.

OCTUBRE ROJO EN ASTURIAS

PRÓLOGO

Antecedentes políticos

Lo primero que advierte el que sin pasión examine el Octubre español, mejor diríamos el Octubre asturiano, pues sólo en Asturias tuvo lugar una verdadera sublevación armada, es la falta de ambiente. La sociedad española no estaba preparada para las consignas integrales de la revolución social y la dictadura del proletariado. No había una atmósfera social propicia; las defensas burguesas no estaban gastadas ni el Estado se descomponía. Fue un enorme error de los socialistas, que pasaban sin transición del colaboracionismo gubernamental a la revolución clasista.

Aunque muchas de las cosas que voy a decir en este prólogo están en la memoria de todos, no tengo más remedio que repetirlas. Cuando el lector, al recordarlas, las coteje con los acontecimientos de octubre, verá éstos de un modo mucho más diáfano, ya que los hechos históricos no nacen por generación espontánea; son consecuencia siempre de hechos anteriores.

Entre los antecedentes políticos de la sublevación el primero que hay que recordar es cómo sobrevino el cambio de régimen. Éste no fue fruto de una revolución triunfante. Existía, sí, una presión de la opinión pública contra la monarquía, porque de la dictadura militar de Primo de Rivera se culpaba preferentemente al rey. La masa conservadora y neutra, que había simpatizado al principio con la dictadura, por antipatía a los antiguos políticos, fue despegándose de la monarquía, que tampoco con aquel recurso extremo era capaz de resolver ninguno de los problemas nacionales. Por eso cuando, después de siete años de obligada abstención electoral, se consultó al país, éste eligió a los candidatos republicanos. Un ministro del rey dio cuenta del hecho en la siguiente frase: «Es un país que se acuesta monárquico y se levanta republicano». Mis lectores saben que al rey le preparó la fuga el Gobierno provisional, donde figuraban tres socialistas, y que don Alfonso salió de Cartagena como un monarca que se retira y no abdica. Dijo, al parecer, esto: «Sigo mi tradición». La tradición de su abuela y su bisabuela que también emigraron a París empujadas por sus errores; pero no abdicaron.

En el Gobierno provisional predominaban, como se sabe, las izquierdas, y sin embargo, los hombres más moderados, Alcalá Zamora, Lerroux, Maura, fueron los que dieron una tónica conservadora a la República naciente.

¿A qué se debió esta preponderancia de las fuerzas moderadas, que hubo de mantenerse a lo largo de las diferentes situaciones republicanas? Sin duda alguna al origen pacífico de la República. Las clases conservadoras, que se habían distanciado de la monarquía, veían con buenos ojos que al frente del nuevo régimen estuviese un hombre de orden, terrateniente de Andalucía, parlamentario furibundo, que representaba ya entonces la contrarrevolución. Había en España en aquellos momentos un gran miedo al bolchevismo. Además, los republicanos llamados «históricos» estaban desacreditados. Eran en la política monárquica la «oposición de su majestad» y se les acusaba públicamente de convivir dócilmente con los políticos monárquicos, sin que les importase gran cosa el triunfo de la República.

¿Cómo se plegaron los socialistas y los republicanos de izquierda a esta influencia conservadora? No confiaban demasiado en la capacidad revolucionaria de las masas. Los socialistas, desde Pablo Iglesias, respondían a la táctica del socialismo reformista. El señor Largo Caballero, después líder de la revolución, durante la dictadura militar había incluso pertenecido, por orden del partido, a un alto organismo del Estado monárquico, representando las fuerzas sindicales. Pero además ellos eran los primeros convencidos de la ineficacia del viejo republicanismo y preferían a los conversos Alcalá Zamora y Maura, por creerlos de mayor solvencia. La verdad es que éstos hacían constantemente protestas de su amor al proletariado, de la necesidad de grandes reformas sociales. Los republicanos de izquierda, por su parte, eran nuevos en la lucha política. Representaban grandes sectores de opinión, pero ésta apenas se articulaba en partidos inconexos, hechos a prisa, con una congestión de democracia que terminó por dividirlos y atomizarlos.

Lo primero en que se pensó fue en convocar Cortes Constituyentes. La preocupación primordial de los nuevos gobernantes, en vez de afrontar resueltamente los problemas del país, fue establecer la nueva legalidad, sin que hubiese solución de continuidad, sin que se trastocase lo más mínimo la vida del Estado.

Las Constituyentes se esforzaron para que esto no sucediese, pero al final fueron vencidas, no sin que ellas, ésta es la verdad, no incurriesen en algunas graves flaquezas. Las elecciones para la Asamblea Constituyente dieron en ésta una gran mayoría a socialistas y re-

publicanos de izquierda. El país hacía esfuerzos por romper la corteza tradicional y transformarse por medio de las nuevas instituciones. Pero desde el primer día se vio que las grandes oligarquías históricas sobrevivían al destronamiento de don Alfonso. El programa del laicismo del Estado desataba la ofensiva de la Iglesia. La reforma agraria, que venía a socializar las grandes fincas mediante la correspondiente indemnización a sus propietarios, fue recortada de tal modo que resultó ineficaz, sin colmar el ansia de tierra de miles de campesinos sin trabajo, despertando en cambio la enemiga de los propietarios. Se hizo una Constitución de tono avanzado, pero se hizo sólo en el papel, porque las reformas carecían de realidad por falta de coraje en el Gobierno republicano-socialista. El señor Azaña y el ministro de Justicia, señor Albornoz, fueron los únicos que se atrevieron a acometer las reformas del ejército, de la magistratura y de la iglesia. Se disolvió a los jesuitas, pero éstos siguieron alojados en los hogares católicos. Se dispuso que la enseñanza fuese misión exclusiva del Estado, pero los colegios de las órdenes religiosas siguieron funcionando a través de testaferros. Se hizo, en fin, una Constitución de papel, según la frase de Lassalle. No era, en realidad, la primera. La Constitución de Cádiz, en 1812, fruto del liberalismo de entonces, no llegó tampoco a cumplirse gracias al absolutismo de los Borbones, a la ineficacia de los liberales y a la incultura y versatilidad del pueblo. El señor Alcalá Zamora se declaró en las Cortes Constituyentes disconforme con la Constitución. A pesar de ello, la mayoría republicano-socialista lo eligió presidente de la República. Yo, no; yo, que era diputado, no sólo no le voté, sino que propuse otro candidato, ante la indignación de algunos jefes de izquierda.

La derrota sufrida por los monárquicos en la sublevación de agosto de 1932 les hizo pensar que el régimen republicano era más sólido de lo que al principio se creía y que era preciso utilizar contra él otra táctica. Para eso financiaron la campaña del antimarxismo, que aunque parecía dirigida contra los socialistas trataba de anular también a los republicanos de izquierda. Al fin el señor Alcalá Zamora entregó el poder al señor Lerroux, que gobernó unos días con una apariencia de Gobierno republicano, para dar paso a una situación híbrida que aceptó la disolución de las Constituyentes y la convocatoria de nuevas elecciones. Esto sucedía en noviembre de 1933, apenas transcurridos dos años y medio de la proclamación de la República.

En estas elecciones, ya los republicanos históricos se unieron definitivamente a los monárquicos para acabar con la influencia de los elementos democráticos. Invirtieron gran-

des sumas de dinero, mientras las izquierdas carecían de él. Para agravar la situación de la izquierda los partidos que hasta entonces habían gobernado juntos empezaron a distanciarse y dividirse, entretenidos en disputas bizantinas, mientras los conservadores se unían en compacto bloque. Fue entonces cuando los socialistas, que acababan de abandonar el poder, cambiaron de táctica para separarse de los republicanos de izquierda. Estaban, pues, todas las fuerzas tradicionales unidas, mientras las que habían elaborado la Constitución, esforzándose por darle una tónica moderna, luchaban disgregadas, sin fe, sin medios de propaganda, con una ley electoral hecha para favorecer las coaliciones de partidos. Triunfaron, claro es, los monárquicos, que aparecieron en las nuevas Cortes —las que ahora funcionan— integrando una mayoría que, dejando a un lado de momento el problema de la forma de gobierno, se proponía acabar con todas las reformas llevadas a cabo por la mayoría republicano-socialista de la Asamblea Constituyente.

Así empezaron las concesiones a la fuerza triunfante hasta llegar al trámite concreto de admitir en el poder a los elementos que, como los del señor Gil Robles, tenían una significación monárquica. Este partido se ha negado reiteradamente a declararse republicano; sus componentes proceden de la dictadura de Primo de Rivera. Llegó el instante en que el señor Alcalá Zamora admitió un Gobierno en que figuraban esas fuerzas. Las izquierdas se veían expulsadas del régimen que habían creado. Comprendían que estaban ya obstruidos los caminos legales y que sólo la revolución podía salvarlas; pero sufrían esa indecisión tan democrática que dio paso al fascismo en otros países. Hubo, sin embargo, un hombre, Azaña, que proclamó la necesidad de una revolución nacional para restablecer la Constitución y el primitivo sentido del régimen. Pero ya los socialistas, sus aliados de ayer, se habían embarcado en la aventura de la revolución social a la manera rusa, sin contar, ésta es la verdad, con ningún Lenin.

Ya he dicho que el socialismo tenía en España una tradición reformista. Sus personalidades más destacadas habían sido ministros del Gobierno de la República, colaborando francamente en una política moderada. Hasta tal punto que en la cuestión religiosa sostuvieron puntos de vista más conservadores que algunos ministros republicanos de izquierda, por ejemplo el señor Albornoz. Éste quiso en cierta ocasión nacionalizar la industria de ferrocarriles y se encontró con la opinión contraria de los socialistas. Está claro que no tenía razón ninguna el antimarxismo de las fuerzas tradicionales, porque los socialistas no habían hecho marxismo desde el poder. El antimarxismo de las derechas fue

sólo un pretexto para atraerse a su órbita a la República. Al dejar el poder, los socialistas se consideraron desahuciados del régimen y adoptaron, con la excepción del señor Besteiro, una posición revolucionaria. La mutación no podía ser más brusca. Los socialistas habían reprimido con energía las reclamaciones impacientes de comunistas y anarquistas. Con un intervalo de muy pocos meses, los socialistas no sólo rectificaban a fondo su táctica de siempre, sino que proclamaban la necesidad de la revolución social y trataban de improvisar el frente único proletario. Este frente único, en tales condiciones, era pura utopía. El proletariado español, sobre todo en las regiones del noroeste, centro y mediodía, tiene una raíz anarquista y está afecto a la Confederación Nacional del Trabajo. En España, por su arraigado individualismo, el anarquismo tiene una gran tradición. No controlan, pues, las organizaciones socialistas a todo el elemento trabajador, sino que en Cataluña, Levante, Galicia, y Andalucía, el grueso del proletariado es de matiz anarcosindicalista. Los comunistas también poseen núcleos importantes en toda la Península.

La revolución socialista

Las luchas internas del proletariado no son ya meras discrepancias, sino verdaderas luchas históricas. Por eso, cuando los socialistas se pronunciaron por la revolución social, los demás sectores obreros no les creyeron. Sólo los comunistas, muy condicionalmente, decidieron, a última hora, colaborar con ellos. Para sustituir al sóviet ruso, los socialistas crearon las Alianzas Obreras, donde, aparte las fuerzas socialistas, sólo figuraban grupos sueltos de trotskistas y otras fracciones del comunismo, que carecían en realidad de masas. La Confederación General del Trabajo se negó a entrar con las Alianzas en todas las regiones, con excepción de Asturias, donde se hizo el frente único gracias al impulso revolucionario de la masa. Esto explica un poco el empuje que allí tuvo la sublevación armada. Los órganos revolucionarios carecían, pues, en muchas partes de fuerzas suficientes. Pero es que, además, los obreros que los formaban, estaban educados en la escuela del reformismo socialista y carecían de preparación y de experiencia revolucionaria. Meses antes se les movilizaba en defensa del orden burgués y, apenas sin transición, se les invitaba a que lo destruyeran. Esto hizo que la revolución tuviera un carácter de cosa improvisada que de antemano constituía su fracaso.

Pero no fue esto lo más grave, con serlo tanto. Lo peor fue que desde el primer momento la sublevación estuvo descentralizada. En realidad cada región actuó por su cuenta, sin responder a una elemental unidad de acción. Mientras se sostenía la consigna de la revolución social, alejando así la simpatía y el apoyo de las izquierdas burguesas, se pretendía aprovechar las protestas violentas de las regiones autónomas, como Cataluña y las Vascongadas. En Cataluña no había un previo acuerdo revolucionario entre los socialistas y el Gobierno de la Generalidad; pero los socialistas esperaban la rebelión de ésta para vencer allí por ese medio indirecto. Fue un rotundo fracaso. Las Alianzas Obreras estaban sin armas y sin fuerzas y las que tenían no se utilizaron o se utilizaron con torpeza. Y el ejército se encargó de acabar, en unas horas, con lo que era pura ficción. Mientras tanto los trabajadores industriales de Cataluña, de significación sindicalista, no sólo se desentendieron del movimiento, sino que ni siquiera declararon la huelga pacífica.

En Vasconia, los sucesos fueron distintos, pero el resultado idéntico. Socialistas y comunistas, que preconizaban la revolución social y la dictadura del proletariado, se aliaron con los nacionalistas, que representaban allí la más intransigente burguesía. Los unía únicamente el odio a una política que amenazaba las libertades regionales. Allí bastó un gobernador para reducir la sublevación. La verdad es que los elementos nacionalistas, al notar el carácter que tenía en el resto de España la revolución, depusieron las armas. Murieron heroicamente, en lucha desesperada, cientos de obreros socialistas y comunistas. Como en Madrid y en algún otro sitio. En Madrid la revolución fue la acción aislada de jóvenes guerrilleros que disparaban desde los tejados contra la fuerza pública. Las milicias proletarias no actuaron, no se sabe por qué. Únicamente algunos grupos de jóvenes, armados de pistolas, se batieron en la Puerta del Sol contra el ejército. Allí perecieron con valentía singular por un abstracto ideal revolucionario. Sin jefes, sin dirección, con un arrojo inútil y primitivo.

Lo de Asturias ha sido otra cosa. Diez días después de haberse extinguido los focos revolucionarios en el resto de España, aún combatían los obreros asturianos. Dos cuerpos de ejército tuvieron que atacarlos por distintos sitios, además de las fuerzas que resistían el sitio de Oviedo. Para entrar en Asturias hubo que recurrir a las tropas coloniales de Marruecos, que iban en vanguardia y trataron a la capital como a una ciudad en guerra. Ya he dicho que allí es donde únicamente se hizo el frente obrero revolucionario. Esto, unido a lo abrupto del terreno, hizo que allí surgiese una verdadera revolución, deficientemente

organizada, ésta es la verdad. Faltó una dirección militar, que en vez de estar encomendada a técnicos estuvo a cargo de militantes socialistas de reconocida buena fe y de alto espíritu combativo, pero desconocedores en absoluto de la técnica de la guerra. Por ejemplo: los revolucionarios tenían cañones, pero no sabían utilizarlos y los proyectiles no estallaban; intentaron incluso cargarlos con dinamita. Descuidaron el problema de la aviación, que les destrozó y sembró el desaliento en las filas obreras; carecían, incluso, de comunicaciones entre sí. No supieron elegir los puntos estratégicos.

Los obreros de Asturias demostraron una capacidad combativa extraordinaria. ¿Por qué fueron ellos solos, entre los de toda España, los que lucharon con cierta cohesión y con auténtico arrojo revolucionario? Éste es un tema de psicología proletaria muy interesante. El minero asturiano es un obrero que, reuniendo las características del trabajador industrial, posee también el empuje primitivo del montañés. En las Casas del Pueblo está en contacto con las ideas revolucionarias, que llegan a través de la lucha de clases, pero no es de todos modos el obrero urbano que disfruta de algunas ventajas de la civilización; vive en las aldeas de la montaña, en los suburbios de la cuenca minera, y allí conserva, al lado del odio al poderoso, la fiereza del montañés. Ignora lo que es el peligro, porque vive en el fondo de la tierra, expuesto al grisú y manejando a diario la fuerza devastadora de la dinamita. Muchos de estos revolucionarios no combatieron con fusiles ni pistolas, armas para ellos demasiado livianas. Combatieron con cartuchos de dinamita. Se les vio en Oviedo, cruzada la cintura con dos o tres vueltas de mecha, encendiendo los cartuchos con el cigarro que fumaban. Esto, unido a una gran disciplina sindical, adquirida en los viejos sindicatos, hizo que la rebelión adquiriese una magnitud única. En estos proletarios (muchos de ellos afectos al comunismo, que en los últimos tiempos adquirió allí gran preponderancia), el reformismo socialista no penetró nunca, a pesar de que externamente aparecían disfrutando grandes ventajas sindicales: jornada de seis horas, retiro obrero, instituciones escolares y benéficas. Verdad es, también, que los dueños de las minas de Asturias no han sabido nunca hacerse amar de sus hombres, ni introducir en el trabajo mejoras de orden técnico.

Sin embargo, también en Asturias, donde se había hecho el frente único, se notó una depresión del entusiasmo anarcosindicalista. En Gijón, donde domina esta tendencia, el movimiento no tuvo la importancia que en la cuenca minera y Oviedo, zonas francamente socialistas. El plan era apoderarse de la capital y proclamar allí la dictadura del

proletariado. Para ello miles de mineros cayeron sobre Oviedo y se apoderaron de la fábrica de armas. La falta de dirección militar hizo que no pudieran vencer a una guarnición de apenas 2.000 hombres, refugiada en sus cuarteles. Además, enseguida se acentuaron las disensiones por las distintas tendencias que mantenían los miembros de los comités. En diez días hubo tres comités revolucionarios cada uno de un matiz distinto.

No es cierto que los revolucionarios destruyesen la ciudad; algunos edificios fueron incendiados por la aviación y un teatro, posición de los mineros, destruido por las tropas del Gobierno. Tampoco son ciertas las escenas de crueldad por parte de los revolucionarios que refirió cierta prensa. Algún caso aislado no abona semejante conducta. Los mineros fueron en general humanos y benévolos y respetaron a los prisioneros, muchos de ellos sus enemigos de clase. Lo ocurrido en Turón es la excepción que confirma la regla. No puede, en cambio, decirse lo mismo de la represión. Después de vencidos y sometidos, los obreros han sido tratados como gente fuera de la ley. Por último, la verdad es que los catorce millones de pesetas que se «expropiaron» al Banco de España, de Oviedo, se han perdido. Las camionetas que llevaban el dinero fueron desvalijadas por los aldeanos y por sus propios custodios.

La revolución ha fracasado porque carecía del clima social propicio; si hubieran intentado los socialistas un movimiento de defensa de la Constitución y la República, habrían triunfado. Pero está visto que inmediatamente después de haber participado en gobiernos burgueses, no les era posible improvisar el espíritu revolucionario para una lucha a fondo como la que quisieran plantear.

Los saqueadores de la revolución

Este relato está hecho sobre el manuscrito de un testigo de la revolución. No se cuenta en él más que lo que el autor del documento ha visto por sus propios ojos. Por eso se omite algún episodio resonante, pues nada se quiere contar de memoria, y es preferible pasar por alto algún hecho antes de falsearlo.

La narración llega hasta el punto y hora en que los revolucionarios abandonan Oviedo. De lo que pasó después hablarán otras crónicas, no menos impresionantes, sin duda alguna. A la revolución de Asturias hay que juzgarla generosamente, con arreglo a un cri-

terio histórico, sin ocultar sus errores ni añadirle crueldad. Yo he sentido, como el que más, el dolor de ver correr la sangre por aquel país que es mío, que está unido a la intimidad de mi corazón, porque en él se han mezclado mis luchas y mis triunfos. Las calles devastadas de Oviedo, sus ruinas innumerables, sus árboles destrozados y sus torres caídas pesan sobre mi alma, porque, además, todo eso va unido a los recuerdos de mi primera juventud. Pero me duele tanto como eso la injusticia que pudo hacer posible la revolución; me conmueve el heroísmo de esos mineros que, sin pensar si van a ser secundados, se lanzan a pelear por una idea que va dejando de ser una utopía, sin pensar si son bien o mal dirigidos, ofreciéndole a la revolución la vida, porque es lo único que tienen.

En cambio, frente a ellos están sus calumniadores, los mismos que en octubre, temblando de pánico, se disfrazaban y se escondían, para después surgir blandiendo la venganza y la delación. Esa burguesía indigna que pide penas de muerte y hace de ellas un programa político no puede despertar en las clases populares otra cosa que odio y repulsión. Hemos visto a ciertos hombres y ciertos partidos aprovechar la revolución de Octubre para apoderarse de los ayuntamientos, de la Diputación, de los organismos que el voto popular en su día les había negado y reponer en él al más viejo, inmundo y desacreditado caciquismo. Éstos son los verdaderos saqueadores de la revolución. Los saqueadores han llegado a extremos tales que las propias autoridades de Oviedo han tenido que oponerse a la consumación de ciertas venganzas y a la realización de ciertos negocios. Se quería especular con el dinero concedido por el Estado para la reconstrucción de Asturias, poner precio al dolor, comerciar con los escombros de la ciudad deshecha.

Desde aquí y ante la España de mañana, lanzo mi desprecio a estos saqueadores de la revolución.

J. Díaz Fernández

I. MIERES INICIA LA REVOLUCIÓN

Mieres fue la base de la revolución. Es un pueblo grande y negro, diseminado en la falda de una montaña, desde la cual lo anuncia un resplandor rojo, el de las fábricas metalúrgicas. La inmensa cuenca minera, que se extiende desde las estribaciones del Pajares hasta los umbrales de Oviedo, desemboca en Mieres, donde están instaladas las industrias más importantes, las oficinas de las empresas y los técnicos. Allí están también las casas obreras, pintadas de bermellón, donde al atardecer hormiguean los hombres vestidos de mahón, las mujeres despeluchadas y asténicas, con los grandes ojos enrojecidos por la temperatura del taller y de la escoria, y los chiquillos sucios, desgarrados, hostiles, que salen a la busca del carbón a las orillas del río, al borde de los lavaderos.

Al atardecer del día 5 salieron por todos los caminos de la montaña emisarios de los comités revolucionarios anunciando para el día siguiente la huelga general y la sublevación armada. Los grupos de Mieres no tenían armas. Había, sin embargo, que encontrarlas, y para eso se brindó un grupo de comunistas y socialistas que salió de madrugada armado de pistolas y escopetas. Este grupo fue, sin duda alguna, el que inició la revolución. Se dirigió, primero, al cuartelillo de la guardia municipal. Allí la empresa fue fácil. El retén dormía sobre los camastros, y cuando los guardias vieron entrar aquella fuerza, compuesta, además, de personas conocidas, apenas tuvieron tiempo de volver de su sorpresa. Los revolucionarios les quitaron las armas y las municiones y salieron para dirigirse a una armería próxima, en cuya puerta golpearon furiosamente. Por una ventana asomó el dueño, que fue invitado a entregar las armas.

El comerciante no hizo resistencia. Pero antes de franquear la entrada a los revolucionarios, llamó por teléfono al cuartel de Asalto. Por eso cuando aquéllos se dedicaban a recoger las escopetas y cartuchos de la tienda, apareció la camioneta de los guardias de asalto. Antes de que echasen pie a tierra, los revolucionarios dispararon. Tres guardias cayeron entonces heridos. Los demás, pensando que los atacantes lo eran en mayor número, retrocedieron hasta el cuartelillo de la guardia urbana, donde se hicieron fuertes.

Pero ésta fue la señal de la lucha. Los mineros comenzaban a llegar de sus aldeas con sus carabinas y sus pistolas. Una inmensa multitud se congregaba en la plaza de la Constitución, desde donde partían columnas de voluntarios para rendir los cuarteles. Algunos mineros iban armados con cartuchos de dinamita, dispuestos a volarlos en caso de resistencia. Y lo que sucedía en Mieres ocurría casi simultáneamente en los demás pueblos de la cuenca, en Aller, en Pola de Lena, en Turón. A las ocho y media de la mañana la fuerza pública de aquella zona se había rendido totalmente, no sin haber tenido duras refriegas con los revolucionarios. La avalancha era tal, sin embargo, que la cuenca entera estaba en armas, desmandada, como un río en crecida que todo lo arrasa.

En la plaza de Mieres se registraron escenas impresionantes. Después de rendirse los guardias de Asalto, las masas pedían que dos de ellos, famosos por su dureza en reprimir manifestaciones, les fueran entregados. El comité se negó a ello. Estos dos guardias estaban heridos y había que trasladarlos al hospital de sangre. Cuando la multitud los vio llegar a la plaza, protegidos por algunos obreros, se destacaron hasta diez escopeteros que los reclamaban para rematarlos. Los obreros tuvieron necesidad de cubrirles con sus cuerpos para que no disparasen sobre ellos. Pero uno de los guardias, en un acceso de pánico, con el uniforme desgarrado y cubierto de sangre, quiso huir rompiendo el cerco de los que le protegían. No bien lo había hecho cuando cayó muerto de dos tiros de escopeta.

Mediada la mañana, millares de obreros se congregaban alrededor de la Casa del Pueblo, desde donde se transmitían las órdenes del movimiento. El comité de transportes se había incautado de camiones y automóviles. El de abastecimiento había centralizado los víveres, declarando la abolición del dinero, facilitando en cambio los bonos de aprovisionamiento para la población civil.

Delante de la Casa del Pueblo se iban congregando camiones y automóviles, cuyos motores trepidaban como bestias impacientes. De vez en cuando, en medio de la trágica barahúnda, sobresalían voces nerviosas y enérgicas:

—¡Revolucionarios voluntarios para Oviedo!

—¡Revolucionarios voluntarios para Campomanes!

Los hombres se lanzaban al asalto de las camionetas, deseosos de ser los primeros en marchar. La mayoría entraba en ellas sin armas, porque no las había para todos. A

los mineros se les notaba la decisión de entrar en combate desafiando el mayor peligro, convencidos de que aquella lucha era, más que necesaria, fatal. Se despedían de los amigos con cierto júbilo, y no era raro oír desde lo alto de los camiones diálogos y bromas a cuenta de las terribles jornadas.

—¡También se muere en la mina, chacho! —gritaba uno, armado con un viejo fusil casi inservible.

—Verdad; verdad. Ayer tiré las herramientas al río. ¡Viva la revolución…!

Al mismo tiempo que se organizaban las expediciones de guerra, grupos de obreros asaltaban los polvorines y se apoderaban de la dinamita que se utiliza en las faenas mineras. Otros ocuparon los talleres y fábricas metalúrgicas, donde se formaron equipos para preparar las bombas que habían de utilizarse en el ataque. Algunos de estos artefactos eran verdaderas máquinas infernales. Contenían dos paquetes de dinamita —unos cuarenta y dos cartuchos— y diez kilos de metralla hecha con recortes de varillas de acero. En estos talleres trabajaban día y noche numerosos obreros. Se construyeron allí más de cinco mil bombas.

El cuartel que más tardó en rendirse fue el de Campomanes, pueblo minero de la línea del Norte, fronterizo con León. Allí resistía un cabo de la guardia civil con unos cuantos números. Al conocerse la noticia en Mieres, salieron numerosas expediciones de revolucionarios, que a las tres de la tarde habían logrado rendir a la fuerza pública, después de matar al cabo y herir gravemente a dos guardias. Como desde el cuartel se habían pedido refuerzos a León, poco después apareció un camión con guardias de asalto, que llevaba emplazada una ametralladora.

En aquel momento los mineros, concentrados en gran número, eran dueños del pueblo. Los guardias indudablemente ignoraban que les esperaba allí un verdadero ejército. Apenas el camión asomó por una de las calles de Campomanes, una descarga cerrada destrozó la mitad de la dotación. Los guardias no tuvieron tiempo siquiera de utilizar la ametralladora. Los supervivientes se lanzaron a tierra y desplegados fueron a refugiarse en una fábrica donde a los veinte minutos fueron aniquilados. Sólo un cabo y dos números lograron huir, a monte traviesa, camino de León.

El terreno favorecía los designios de los revolucionarios. Toda la zona, a partir de Pajares, es una sucesión de picachos y colinas, con profundos corredores flanqueados de arbolado, donde pueden parapetarse miles de hombres sin ser vistos. Al día si-

guiente de la primera refriega, los mineros organizaron espontáneamente un frente de combate. Las órdenes de los comités eran lentas y vacilantes, pero los hombres comprendían por instinto las exigencias de la guerra y se preparaban al ataque. Presumían que por la línea de León llegarían fuerzas dispuestas a reducirlos. Aunque el entusiasmo creaba los rumores más optimistas, anunciando el triunfo proletario en todas partes, los mineros esperaban el combate.

En efecto, pocas horas después aparecían las primeras fuerzas militares: las del batallón ciclista de Palencia, seguidas de otras dos unidades de Infantería. El choque fue durísimo. Las fuerzas de vanguardia sucumbieron casi totalmente; pero las restantes, a costa de grandes pérdidas, pudieron ganar la posición de Vega de Rey, en la cual resistieron el asedio incesante de los mineros durante una semana, desde el 8 al 16 de octubre, fecha en que aflojó definitivamente la presión revolucionaria.

La marcha sobre Oviedo fue más fácil. Cientos de mineros se alistaban para el frente. La primera refriega entre la fuerza pública y los sublevados tuvo lugar en plena carretera, en la llamada cuesta de la Manzaneda. Los guardias ocuparon las casas y desde allí quisieron cortar el paso a los grupos. Fue inútil. Los revolucionarios, en medio de continuas descargas, ocuparon la loma más alta, desde la cual dominaban la posición de la fuerza. Ésta no tuvo más remedio que abandonarla y batirse en retirada hacia los montes próximos. Allí fueron cazados los guardias uno a uno, mientras los mineros, tras despojarles de correaje y armamento, marchaban como una tromba sobre Oviedo, donde comenzaron las nuevas y trágicas jornadas.

En la carretera quedaban mezclados y barajados por el destino cadáveres de guardias y de revolucionarios. Al día siguiente, los labriegos de las aldeas próximas abrieron una fosa en la falda del monte y los enterraron apilados, bajo el ronco zumbido de los primeros aviones.

II. LA LUCHA EN CAMPOMANES

En el frente de combate de Campomanes se reunieron alrededor de tres mil mineros. Las armas eran escasas. Hasta que cayó en poder de los revolucionarios la fábrica de la Vega, de Oviedo, no hubo armamento suficiente. Por otra parte, los mineros luchaban desordenadamente, sin una organización regular, actuando por propia iniciativa. Apenas funcionaban los servicios de guerra más elementales. Muchos mineros jóvenes habían llevado consigo sus novias y sus mujeres, y ésta fue la intendencia con que contaron. Estas mujeres, llenas de coraje y de rebeldía, les alentaban y ayudaban, pero constituían un impedimento extraordinario en la lucha con las tropas.

Los primeros grupos medianamente organizados que llegaron procedían de Moreda. Al frente de uno de ellos iba un revolucionario que se había destacado por su decisión y valentía en la toma de los cuarteles. Se llamaba Gerardo Monje y trabajaba como listero en unas obras municipales. Monje había estado en Buenos Aires y hablaba todavía con acento porteño. Era un tirador magnífico. Llevaba el máuser y el correaje de un guardia civil y sus compañeros le acataban como jefe indiscutible. Lo primero que hizo fue nombrar su lugarteniente a un muchacho joven, picador de mina, llamado Antonio Martín. El comité de Campomanes encargó a Monje la toma de la estación de Linares, en la que según confidencias había un convoy de víveres. En cambio los obreros del pueblo carecían de ellos. Suponían que la estación estaría defendida por fuerzas militares y reclamaban la presencia de los revolucionarios para atacarlas.

Monje dispuso sus hombres para la lucha. Pero cuando llegó a las inmediaciones de la estación se encontró que allí estaban solamente el jefe y algunos ferroviarios.

—¡Pero qué *sonsos*! —exclamó Monje, irrumpiendo con sus hombres en la estación—. Tienen víveres al alcance de la mano y pasan hambre.

Inmediatamente procedió a la requisa de vagones. Había allí harina, legumbres, conservas, e incluso unas cajas de champaña.

Los vecinos que habían llegado detrás de los mineros quisieron participar en el botín, lanzándose en desorden sobre los víveres. El indiano los contuvo. Disparó a los pies de los primeros asaltantes y éstos, aterrados, retrocedieron. A uno, más decidido, que no quiso hacer caso tuvo que barrenarle de un tiro el brazo derecho. Luego dijo:

—¡Atrás todos! Aquí nadie se lleva nada hasta que yo disponga cómo se ha de llevar. Comerá el que tenga hambre, pero no admito *macanas*…

Después ordenó a sus hombres que protegieran el reparto. A los vecinos los colocó en fila:

—A ver, usted, *vieja*, delante. Todos en fila al tercer vagón. Vosotros —a sus compañeros—, aquí con el fusil preparado, por si queda por ahí algún *chingao* que quiera dárselas de guapo.

Luego abrió un vagón:

—Los que necesiten patatas…

Fue distribuyéndolas equitativamente. Luego repartió legumbres, harina para pan, latas de conserva.

—¿Están ustedes satisfechos?

Alguien rezongó, disconforme:

—No admito *macanas*, ¿sabe? —replicó rápido—. Por esos pueblos hay también necesidades y niños que no comen. Todos tenemos derecho a vivir y ustedes van arreglados para unos días. Lo que queda lo repartiré ¿sabe? No tocaremos nosotros a tanto.

Cumplió su palabra. Aquellas mercancías remediaron un poco la escasez que se notaba en los pueblos del contorno, donde algunos días costaba cuatro horas de cola recoger el valor de dos pesetas en víveres. Muchos de los saqueos de aquellos días tuvieron su origen en el hambre y la impaciencia de las masas.

Gerardo entregó al comité de abastecimientos los géneros restantes. Pidió que se reservasen las cuatro cajas de champaña para sus hombres:

—Quiero *escanciarlas* una noche, para que estos parias del monte beban lo que beben los burgueses en los hoteles caros.

Al día siguiente le encargaron de copar un cañón emplazado por las tropas en una posición peligrosísima:

—Ese cañón —dijo el presidente del comité, comunista destacado —domina nuestros frentes. Varios camaradas han caído todos estos días. Nos hace tanto daño el cañón como los aviones.

Gerardo Monje respondió:

—Se copará el *cañoncito*, camarada. Pero yo rogaría también al camarada que se atendiese un poco a los trabajadores. A veces se pasan el día entero sin probar bocado.

En efecto, la organización era desastrosa. Reinaba una completa anarquía en los servicios auxiliares. Los mineros presentían que el final de la lucha no podía ser otro que la derrota. El frío, aquellos días, en la montaña era intensísimo. Llovía y granizaba con frecuencia. Los mineros, a la intemperie, sin mantas ni abrigos, aguantaban estoicamente aquella campaña inesperada. Algunos estaban semidescalzos, con los pies encharcados en unas botas deterioradas, o en unas alpargatas ya inservibles. Los sostenía sólo la esperanza de que la revolución estuviese triunfando fuera de allí, aunque la verdad es que estaban incomunicados habitualmente, sin más que alguna que otra proclama que llegaba desde Mieres, redoblando en ellos la fe en la revolución.

En las casas cercanas al frente, desde donde se hacía el aprovisionamiento de los grupos, había un desorden inaudito. Las mujeres repartían las raciones sin orden ni concierto. Algunos emboscados saqueaban los depósitos y huían a esconderse del fuego.

Gerardo, con su pequeña columna, cumpliendo instrucciones del comité, quiso corregir defectos. Era ya tarde, sin embargo, para poner las cosas en su lugar y dar a la resistencia una mediana organización. En realidad, los comités que controlaban aquel frente habían dejado incorporarse a él las gentes menos útiles. Nubes de rateros y de maleantes, de mujeres y de chiquillos merodeaban por allí, sembrando el desorden y la anarquía.

El movimiento se había escapado de las manos de los dirigentes. El comité se limitaba a enviar patrullas de veinte hombres, como si se tratase de ganar batalla tan difícil con golpes de audacia, venciendo hoy una posición y mañana otra. Faltaba una técnica de la revolución. En cambio, había pelotones de jóvenes mineros con valentía y arrestos para enfrentarse con la muerte y ofrendar sus vidas a la revolución. Mientras los románticos revolucionarios, hambrientos y descalzos, daban su vida en

el parapeto, otros que nada hacían comían su pan y llevaban su abrigo y sus zapatos, repartiéndose las prendas que procedían de las confiscaciones revolucionarias.

Fue casi inútil que Gerardo Monje enviase al comité de Mieres una comunicación interesando cuantos abrigos, cueros, checos, trincheras y zapatos quedasen en los comercios sin distribuir. Cuando una pequeña remesa llegó al frente, la mayor parte de las prendas estaban inservibles. Hubo revolucionario que para descansar unas horas, libre de las ropas empapadas de agua, se quedó totalmente desnudo entre la hierba de un pajar, como una hormiga en su hormiguero.

A los tres días de llegar Gerardo al frente amaneció un hermoso día. Hermoso porque el sol doraba la cumbre de las montañas; pero terrible para los que habían de batirse con la aviación, la fusilería y los obuses. Los mineros casi preferían los días lluviosos y con niebla.

Mientras el sol iba limpiando de oscuridades las montañas, los revolucionarios tomaban posiciones tras los árboles y argomales, para combatir a las tropas y despistar a los aeroplanos que arrojaban bombas y disparaban sus ametralladoras.

Enseguida el fuego de cañón alternaba con el bombardeo aéreo. La estribación derecha, al bajar de Pajares, era la más comprometida porque carece de vegetación. Diseminados y acurrucados al abrigo de cualquier arbusto, los mineros de vanguardia veían caer las bombas, sin dejar de disparar a su vez, también con éxito. Cuando un compañero era alcanzado por un casco de metralla, había siempre un par de voluntarios dispuestos a cargárselo a las espaldas para conducirlo a la ambulancia y desde allí al hospital de sangre. Algunas veces aquellos trágicos convoyes eran descubiertos por la aviación; pero ellos no abandonaban la carga y corrían con ella para que los aviones no pudiesen situar el tiro. Alguno pereció en este trágico regate por salvar a un compañero herido.

La lucha era demasiado desigual durante los días claros.

Al asomar aquella mañana la escuadrilla de aviones por el Pajares, los revolucionarios estaban ya en sus madrigueras de la ladera izquierda. Los aparatos evolucionaban sobre las posiciones de las tropas y sobre las del frente rojo, sin descubrir un solo revolucionario. Cuando pasaban sobre las casas donde se habían estacionado las tropas, los mineros oían un gran griterío:

—¡Viva España! ¡Viva España!

Saludaban a los libertadores. Porque el asedio de los mineros no llevaba trazas de concluir, a pesar de conocerse la suerte adversa de la revolución.

Los hombres de Gerardo Monje estaban escondidos tras los árboles y se disponían a apoderarse del cañón. Gerardo se reprochó que antes no hubieran intentado realizar aquel servicio:

—Son tantas las cosas que hay que hacer aquí…

De vez en cuando un obús rasgaba el viento, seguido al instante de una sorda explosión. Luego se oía la detonación del disparo. Después, otra y otra. Era la señal para que la aviación precisara, por las explosiones de las granadas, la posición de los revolucionarios. El cañón servía, en realidad, de guía.

La ofensiva de las tropas duró toda la tarde. Tronaban los cañones con el seco acompañamiento de las granadas. La aviación, zumbando contra el cielo inclemente, arrojaba cargas de metralla. Los mineros permanecían envueltos en esta lluvia mortífera, contra la que no podían casi nada. Es verdad que tenían también un cañón; pero las municiones carecían de espoleta y sus disparos eran poco menos que inútiles.

La única defensa eficaz era el tiro de fusil contra los aviadores. Gerardo disparó una vez y el avión acusó por su repentina vacilación la herida del piloto. El bombardero debió de lograr, sin embargo, apoderarse del mando, no sin que antes el aparato emprendiese una acrobacia desesperada, como para desplomarse. Pero se estabilizó de pronto y desapareció raudo tras el puerto de Pajares.

Gerardo comentó con ironía:

—Uno que ya no nos estorba más. Desgraciadamente, aún quedan bastantes.

Las bajas de los mineros lo acusaban. A pesar del peligro habían sido recogidos un muerto y cinco heridos graves. Uno tenía un brazo molido por los cascotes y desgarrado profundamente; ni siquiera se quejaba. Otro fue alcanzado en las dos piernas, que sólo tenía sujetas por jirones de carne sanguinolenta. Éste era un obrero de rostro cobrizo. Decía con voz débil:

—Yo muero… Acordaos de mis hijos. Si triunfamos, sabréis corresponder…

Luego quiso incorporarse:

—Dadme el fusil… Pero… no puedo…, no puedo. Dejadme descansar tumbado. Que otra bomba acabe conmigo.

Poco después palideció intensamente y murió en brazos de un camarada. Los mineros miraron con una mezcla de fervor y de espanto aquella cara ya lívida. Fue un soldado oscuro del marxismo, del que nadie hablará más.

Se le enterró en el monte, cerca de un arroyo, cuyas aguas bajaron muchos días mezcladas con sangre.

Los mineros esperaban ya el intento de asalto a sus posiciones. Pero esperaban por su parte la noche para atacar, libres de los aeroplanos.

—¡Que nadie se mueva! —dijo Gerardo Monje.

Después de las cuatro de la tarde se vio salir a la fuerza desplegada en guerrilla para apoderarse de las posiciones revolucionarias. Al mismo tiempo la aviación seguía lanzando bombas. Los cañones disparaban sin tregua. Los revolucionarios dejaron desplegarse a las tropas. A menos de quinientos metros hicieron una descarga cerrada que ocasionó varias bajas. Eran tiros seguros de cazadores.

—¡Cuerpo a tierra! —ordenó alguien a los soldados.

Pero los revolucionarios se estaban quietos.

—Acostados no avanzan —decía Monje—; cuando se pongan en pie, ¡duro!

Los soldados se enderezaron nuevamente y echaron a correr agazapados. Las descargas rojas les hacían doblegarse y desistir. Iban todos a una muerte segura. No tuvieron más remedio que retirarse.

Tres soldados quedaron, sin embargo, rezagados y fueron capturados por los revolucionarios.

—¡No nos matéis! Nosotros estamos aquí obligados.

Se les llevó al depósito de prisioneros.

—Al fin y al cabo —decía un minero—, sufren como nosotros.

Por ellos se enteraron los mineros de la difícil situación de las tropas durante los primeros días. No podían enterrar sus muertos. Los víveres les fueron arrojados desde los aeroplanos, después de pasar hambre cuatro días. Si los cañones revolucionarios hubiesen disparado con espoleta, habrían sido aniquilados.

Aquella noche era preciso copar el *cañoncito*. Destacaba este cañón entre los emplazados por las tropas por su posición estratégica. Dominaba toda la ladera del monte, por la parte norte. En las horas de bombardeo aéreo, sus disparos señalaban con

precisión la situación de los mineros. Se hablaba de él en los pueblos sublevados como de la peor máquina enemiga.

Gerardo Monje, con su grupo, se había comprometido a enmudecerlo. Aunque otras faenas de la lucha le habían obligado a *demorar*, como él decía con su acento porteño, de aquella noche no pasaba. Al riscar el alba había que apoderarse de la pieza. Los rojos sabían que estaba defendida por una sección al mando de un teniente. Había, además, una ametralladora.

En efecto, a la luz levísima del amanecer se lanzó el grupo a la temeraria empresa. El teniente los debió de descubrir y pensó, sin duda, prepararles una emboscada. Situó a sus hombres fuera de la posición para envolver a los asaltantes. Unos pocos quedaron custodiando el cañón y rompieron el fuego los primeros, lo que hizo que los revolucionarios no pensasen en la emboscada. Pocos metros antes del reducto, se dieron cuenta de que estaban copados. Gerardo gritó:

—¡Compañeros, ánimo y fuego!

Las fuerzas les acosaban. El teniente que estaba de pie, disparando su pistola, gritó a su vez:

—Es inútil. Moriréis todos si no os entregáis.

Apenas dijo esto, un tiro certero de Gerardo lo hacía rodar. Un sargento y tres soldados cayeron también, mientras Gerardo exclamaba:

—¡Ánimo, camaradas!

Fueron sus últimas palabras. Antonio Martín, que disparaba cerca, vio cómo a su amigo le caía el fusil de las manos y se desplomaba sin exhalar una queja, muerto de un balazo en el pecho.

Otros mineros estaban muertos y heridos. Antonio Martín tuvo que disponer la retirada, mientras un grupo de sus hombres se apoderaba de una ametralladora de la tropa. El cañón, en cambio, continuaba en lo alto de la loma, confabulado con los aviones de bombardeo para batir a los pueblos en armas.

III. EL TREN BLINDADO

En vista del avance inminente de las fuerzas militares, el comité de Mieres, a instancia de algunos jóvenes revolucionarios, dispuso la salida para Campomanes de un tren blindado, con hombres de refresco.

Esto sucedía en la madrugada del día 13. A pesar de haber transcurrido una semana de lucha y hallarse en su apogeo los combates de Oviedo, no fue difícil encontrar voluntarios para la expedición. El tren quedó formado con seis vagones, donde iban unos doscientos hombres armados con mosquetones traídos de Oviedo. En otro vagón se cargaron vituallas recién requisadas en las aldeas, adonde apenas llegaba el eco de la revolución. Empezaban entonces a escasear los víveres, entre otras razones porque en los comités de abastecimientos reinaba una total confusión.

De madrugada empezó a formarse el tren. Hubo que improvisarlo todo. El material estaba en desorden en las vías muertas, tal como había quedado una semana antes, al surgir los primeros chispazos. Los ferroviarios no aparecían por parte alguna. Grupos de obreros recorrían sus domicilios, donde les contestaban, temblando, que nada sabían de ellos.

—¿Quién va a conducir el tren? —preguntaban de aquí y de allá, mientras los grupos iban engrosando y repartiéndose por el estrecho andén, por las oficinas de la estación, hasta derramarse en la explanada próxima. Se hablaba a gritos, nerviosamente, contándose impresiones y rumores del frente, detalles brutales de los combates. De vez en cuando las blasfemias y las amenazas silbaban sobre el sordo rumor de los atropellados diálogos.

Por fin, a la luz indecisa de las lámparas de la estación, apareció un ferroviario, en medio de varios mineros armados. Venía sin gorra, alteradísimo, agitando los brazos:

—Yo llevo el tren, pero no respondo…

De pronto se paraba y exclamaba insistentemente:

—¡No respondo! ¡No respondo!

Era fogonero del norte. Le hicieron subir a la máquina y allí, ayudado de varios obreros, empezó la faena, mientras otros enganchaban los vagones, los cubrían con el

blindaje, cargaban los víveres o discutían furiosamente sobre lo que convendría hacer. No había jefe. De vez en cuando, algún individuo del comité era abordado por un grupo de voluntarios que le planteaban cualquier problema de la organización del convoy. El directivo vacilaba, decía una cosa y luego otra, y al fin se escabullía. Los expedicionarios tenían que resolver entonces por sí mismos, farfullando insultos contra «estos *babayos* del comité».

El más enérgico de los expedicionarios era un muchacho rubio, casi rojo, al que todos, en efecto, llamaban *Roxu*. El *Roxu* iba de aquí para allá, metiendo a la gente en los coches, apuntando las cajas de municiones, colocando centinelas en las plataformas. Nadie le conocía y, sin embargo, le obedecían todos.

—¿Quién *ye esti* rapaz, chacho?

—*Non* sé. Debe de ser comunista.

Lo cierto es que el *Roxu* logró que el fogonero capturado, ascendido por la revolución a maquinista, pusiese el tren en marcha. Aquello produjo entre los que se quedaban y los que se iban cierta emoción. La técnica proletaria, siquiera fuese tan elemental como la de poner en marcha un tren, triunfaba en aquel momento histórico. El *Roxu* se asomó a una de las ventanillas y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Viva el ejército rojo!

El viva fue sofocado por un largo y desgarrado pitido. El fogonero se había cogido al pito de la máquina y lo había oprimido durante más de cinco minutos. Era un grito de socorro y de angustia más que una señal de marcha. Aquel jornalero pacífico, obligado a sumarse a la rebelión, querría despedirse, quizá para siempre, de la mujer y los hijos, que tantas veces habrían oído indiferentes el pito del convoy.

El tren marchó con regularidad por espacio de media hora; pero de pronto una avería en la caldera lo hizo detenerse, entre las protestas de los revolucionarios. El *Roxu*, que llevaba un mosquetón colgado al hombro y en la mano una pistola, se convenció por sí mismo de que de aquella *panne* inesperada no tenía culpa el fogonero. Varios mecánicos que venían en el tren se dedicaron a hacer un reconocimiento minucioso de la máquina, mientras los demás se tumbaban por las inmediaciones sin abandonar las armas.

La detención duró cerca de tres horas. Al fin, la avería fue reparada y el tren pudo continuar su marcha.

En todas las estaciones del trayecto fue preciso detenerse. Las familias se agolpaban en los andenes y cambiaban impresiones con los revolucionarios. Contaban los destrozos de los aviones, la fuga de las familias pudientes, las rendiciones de los cuarteles. Al partir el tren, hombres y mujeres lo despedían con el puño en alto.

—¡U. H. P.! («Unión, hermanos proletarios») —gritaban abajo.

—¡U. H. P.! —contestaban desde el tren.

Pero cuando éste partía, todos se alejaban silenciosos, sumidos en el horror de la revolución.

Era bien entrada la tarde cuando el tren llegó a las inmediaciones de Vega de Rey, donde se parapetaba la vanguardia de las tropas, al borde de la vía del ferrocarril. Las tropas recibieron al tren con una descarga cerrada de fusilería y ametralladora. El tren contestó del mismo modo. Pero los disparos enemigos lograron perforar la chapa de doce milímetros que recubría la máquina, horadando la caldera. Ésta empezó a perder vapor y agua y al fin el tren tuvo que detenerse.

Enseguida los cañones enemigos comenzaron a vomitar metralla. Del interior del tren salían imprecaciones y blasfemias mezcladas con el silbido de los disparos. Muchos creían que el maquinista había hecho traición. Un minero, tocado con una gran boina, que iba disparando su fusil desde una aspillera, saltó del coche y subió a la máquina.

—¡Tira adelante o te mato! —dijo al pobre fogonero, apuntándole con el mosquetón.

El *Roxu* le apartó el arma:

—No seas bárbaro. Es que la máquina no tira. Mira: convéncete tú mismo.

La máquina, en efecto, no obedecía al regulador. El convoy quedó encallado allí, bajo la metralla de las tropas. De pronto aparecieron dos aviones, dominando con sus motores el tumulto de las descargas. En medio segundo dejaron caer dos bombas, que no estallaron sobre el tren, sino unos metros más allá. Pero los cascos de la metralla rebotaban en el blindaje, dejando un eco metálico.

El fogonero, acurrucado en su rincón, había abandonado el mando de la máquina.

—Ven acá, cobarde —le gritaba el *Roxu*, mientras disparaba—. Algo hay que hacer. Van a acabar con nosotros los aviones.

Pero el ferroviario no se movía. Entonces el *Roxu*, desesperado, aflojó los frenos y vio que el tren, gracias al desnivel del terreno, retrocedía.

—Ven aquí que nos deshacemos por esa cuesta.

El fogonero, temblando, obedeció al fin y llevó el tren hasta un túnel entre Ujo y Pola de Lena, seguido por los aviones que pretendían hincar sus granadas en el convoy como sus uñas dos pájaros de presa.

Aquella noche los expedicionarios del tren marcharon a pie hasta el frente de combate, donde durante dos días sostuvieron encuentros reñidísimos con las tropas, que recibían constantemente refuerzos desde León. Aquél fue en realidad el último esfuerzo de los mineros para romper la línea enemiga. El *Roxu* quiso asaltar el día 16 los parapetos enemigos. Pero su iniciativa fue recibida ya con frialdad. Aquella noche empezaron las deserciones de los revolucionarios. El día 17 sólo quedaban unos cincuenta hombres con el *Roxu* a la cabeza, dispuestos a resistir hasta que el comité dispusiese la retirada. La verdad es que a aquellas horas no quedaba ya comité alguno. Con un pretexto o con otro los combatientes del frente se habían marchado, para huir por la montaña o buscar refugio seguro. Sabían que el total fracaso de la revolución les pisaba ya los talones.

El *Roxu* cambió impresiones con sus compañeros. Casi todos querían huir.

—Eso nunca —gritó el *Roxu*—. Además, no sabemos cómo andarán las cosas por otra parte.

Se ofreció a parlamentar con los militares:

—Mientras quedemos nosotros, la revolución no está vencida.

Pero su criterio no triunfó. Todos estaban dispuestos a marcharse. Entonces el *Roxu* decidió una locura:

—Pues yo voy a hablarles a los soldados. Son proletarios como nosotros…

No hubo manera de disuadirlo. Con su fusil al hombro se dirigió a la posición enemiga. Soldados y oficiales le dejaron avanzar, un poco asombrados de lo insólito del caso. Nadie sabe lo que pasó. Sus compañeros le vieron llegar y vieron que a su alrededor se formaba un grupo. El *Roxu* discutía, haciendo grandes gestos. Por fin, los soldados le internaron en el campamento y nadie volvió a saber más de él.

IV. EN EL HOSPITAL

Los heridos del frente de combate de Campomanes y aquellos que caían víctimas de la aviación a lo largo de la cuenca eran hospitalizados en Mieres. Un médico de la Beneficencia municipal, requerido en unión de otros para la asistencia de las víctimas, sugirió al comité la instalación de un hospital de sangre en la Escuela de Capataces, único lugar apropiado para ello. Se requisaron camas y efectos en las tiendas y casas particulares, se aprovechó el material sanitario de las casas de socorro y de las farmacias locales y se nombró el personal adecuado, tomado de aquí y de allá, entre revolucionarios y personas de orden. Las enfermeras y sanitarios eran, por lo general, gentes de la masa neutra que se ofrecían voluntariamente a una labor que además de humanitaria tenía la ventaja de poner a cubierto a los que la realizaban de los azares de la lucha. El personal que pudiéramos llamar político era escaso. Un practicante socialista, llamado Patricio, tenía el mando del establecimiento. Era un hombre discreto, útil, generoso, que tomaba su papel sin arrogancia ni altivez, descargándolo todo lo posible de su carácter clasista. Ha habido muchos proletarios de éstos que en los puestos de responsabilidad se han comportado sin vehemencia ni rencor, ajustando sus actos estrictamente a los deberes de la revolución. Otros, en cambio, los entendían de otra manera. Todo el odio ancestral de los parias subía a su corazón en medio de las inclemencias de la guerra, para desencadenarse en la represalia y el despotismo.

Patricio regía con ejemplar mesura el hospital de sangre. Los facultativos encontraban en él un hombre razonable, que les facilitaba su función, y el personal sanitario veía en él un jefe enérgico y justiciero que no admitía atropellos ni desigualdades. Lo mismo se atendía a los guardias que a los sublevados, y si alguna preferencia se toleraba era para los niños y las mujeres caídos bajo la metralla, seres neutrales en el terrible y enconado combate.

Las escenas dramáticas se sucedían día y noche en aquellas salas donde días antes se oían las risas y vayas de los muchachos que estudiaban la técnica elemental de las labores mineras. Aún quedaban allí los encerados, los mapas geológicos, las escuadras,

los cartabones, los telémetros, arrinconados entre gasas empapadas en sangre y en tintura de yodo.

El primer día de la revolución, cuando ya había instalados allí numerosos heridos, llegó como loca la esposa de un guardia civil, de Santullano, herido de consideración en la toma del cuartel. Ella y su hijo habían sido evacuados antes de que los revolucionarios atacasen el cuartel con dinamita. Había venido a pie, con un niño de la mano, la falda manchada del carbón de la vía. La llevaron a Patricio, que la autorizó para que buscase a su marido.

Aquella escena no puede describirse. El niño iba cogido de la falda de la madre, lloroso. Ella, con la ansiedad retratada en el semblante, los ojos muy abiertos, se inclinaba sobre las camas de los heridos, tratando de descubrir entre los vendajes el rostro de su esposo. Cuando las vendas y el esparadrapo no le dejaban detallar bien las facciones, llamaba con voz opaca:

—¡Ramón! ¡Ramón!

Pero Ramón no estaba allí. La mujer fue de un piso a otro, sala por sala, en aquella inquisición inútil. Cuando se convenció de que no estaba, prorrumpió en gritos espantosos, cortados por el llanto:

—¡Ay, me lo habéis matado! ¡Me lo habéis matado! ¿Qué hago yo ahora con este hijo, sola en una provincia donde no conozco a nadie? ¡No puede ser! ¡No puede ser!

Y luego, en otro acceso desesperado, dirigiéndose a los obreros y sanitarios, que la escuchaban en silencio, con los ojos bajos:

—¡Matadnos a los dos también! ¡Ah, Dios! ¡Cómo murió mi marido, sin tener quien lo curara y lo atendiera, y sin estar a su lado su mujer y su hijo!

Los presentes procuraron calmarla. También había heridos hospitalizados provisionalmente en la Casa del Pueblo. Quizá estuviese allí su marido. Cogida de la mano de un obrero, como un ciego de su lazarillo, salió con su hijo para la Casa del Pueblo.

El trayecto estaba lleno de revolucionarios que llegaban para alistarse, o regresaban de las requisas de presos y de víveres de los pueblos vecinos. La mujer miraba a todos con doloroso recelo. Eran, sin duda, los que habían dado muerte a su esposo, los enemigos implacables de los guardias, los que habían dejado a su hijo a merced de la orfandad y la miseria.

Recorría las salas como una autómata. Cuando comprobó que tampoco estaba allí su marido, empezó a temblar y a demudarse. El niño la llamaba asustado:

—¡Mamá! ¡Mamá!

De pronto, con la mirada extraviada y la boca llena de espuma, la mujer se abalanzó a la barandilla del pasillo, para arrojarse al patio. Los obreros lograron sujetarla por las faldas, cuando ya oscilaba sobre el vacío.

En una de las camas estaba, vendado, un niño de unos ocho o diez años. La fiebre hacía más brillantes sus ojos inteligentes y tristes. No se quejaba apenas. Lo contemplaba todo resignadamente, y cuando algún herido exhalaba una queja o solicitaba la presencia de la enfermera, el niño lo miraba profundamente, sin pestañear, durante un largo rato. Su curiosidad infantil estaba alerta, incluso, en medio de tan terrible situación. De su alma no se irá nunca, seguramente, la trágica impresión de aquellos días, calcada con sangre, mezclada al despertar de su conciencia.

Los médicos contaban la historia de este niño como uno de los episodios más patéticos de la revolución. Él estaba allí sin saber ciertamente la razón de la catástrofe, que de pronto había destrozado su hogar. Procedía del frente de Campomanes. La casa donde vivía con sus padres estaba en medio de los dos fuegos, y fue necesario abandonarla; la familia se alojó en otra menos peligrosa, aunque también expuesta a ser alcanzada por una granada de cañón o una bomba aérea. Un día, las tropas de vanguardia iniciaron un fortísimo ataque, durante el cual algunas bombas cayeron en el edificio donde este niño, con otros muchos vecinos, había buscado refugio. El niño perdió una pierna y quedó sin sentido. Su padre pereció y su madre cayó gravemente herida. Cuando los revolucionarios los recogieron y los cargaron al hombro para trasladarlos a la carretera donde estaban las camionetas de la ambulancia, fueron perseguidos por un avión que volando muy bajo, quería ametrallarlos. Por dos veces tuvieron que abandonar a los heridos para no servir de blanco al bombardeo.

El niño, ya en el hospital de Mieres, preguntaba de vez en cuando por su madre, pero nadie sabía darle razón. Y sin embargo, la madre murió en una de las salas bajas del edificio, sin saber que su hijo, suspirando por ella, estaba gravemente herido en una sala del piso superior.

Las escenas de horror se sucedían sin interrupción. Una tarde entró una mujer, con dos criaturas, herida por la metralla, cuando esperaba en una cola de pan. Un mendigo de barbas blancas, llamado Pedro, conocido en toda la cuenca, presentaba sus pies destrozados por los cascotes, como un santo martirizado. Aquel mismo día, en el patio, tuvo lugar una escena terrorífica. Un minero casi atlético mordía sus manos, de donde salían túrdigas de piel. En vano pretendían sujetarle los enfermeros y sanitarios. Lograba desasirse de los que le sujetaban y volvía a su espantable autofagia. Hasta que se logró reducirlo. Sufría un repentino ataque de locura.

Pero el episodio que parece sacado de un relato de Poe es el de Lucero, un joven socialista de diecinueve años, chófer de profesión. El comité de Oviedo le había enviado a Mieres conduciendo un automóvil en el que iban otros dos revolucionarios, encargados de determinadas gestiones. Era el momento álgido de la lucha en la capital. Uno de los que iban en el coche, obsesionado con una supuesta persecución de las tropas, empezó a gritar:

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa, que vienen!

—¡Si no viene nadie, hombre!

—¡Más deprisa!

—Vamos a ochenta; no puede ser más.

Pero el obseso se había puesto de pie en el coche, y por más que su compañero quiso calmarlo, no lo logró. Sacó una navaja barbera y dándole al chófer un terrible tajo en el cuello, dijo:

—Toma. Para que no nos entregues a los revolucionarios.

Lucero paró el coche. Entonces el loco, huyendo a campo traviesa, repetía:

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! ¡Vamos, deprisa!

Lucero, que tenía una herida mortal en el cuello, tuvo que seguir hasta Mieres conduciendo el coche. Cuando en el hospital se disponían a curarlo, cayó muerto.

Otra tarde entró Bautista, un minero que hacía guardia en la Casa del Pueblo, con su mujer y sus dos niños. Los tres estaban heridos por la metralla aérea. Bautista iba con su fusil al hombro. Pero Patricio, el practicante, tan pronto lo vio entrar, le hizo dejar fuera el fusil.

—Aquí no tenemos nada que ver con las armas.

Se habilitó una cama para la mujer, que tenía un brazo destrozado, y otras para los niños. El niño era moreno, carirredondo, con una dulzura infinita en el semblante. Estaba muy grave. Tuvieron que hacerle una amputación delicadísima. El niño, cuando salió de su sopor, llamaba:

—¡Papá! ¡Papá! No te vayas. Ven, acuéstate aquí.

Y señalaba un sitio a su lado. Cuando el padre iba a simular que se acostaba, el semblante del niño se ensombreció, sus ojos se turbaron. Cinco minutos después dejaba de existir. El padre no dijo nada. Quedó como petrificado, mientras la mujer lanzaba gritos desgarradores.

Momentos después el minero salía de la sala para tomar de nuevo el fusil. Sus sollozos se atropellaban por los pasillos, entre los ayes de los enfermos, el ruido de las ambulancias y los diálogos entrecortados y anhelantes.

V. LANGREO

Así como en la cuenca de Mieres fue fácil rendir a la fuerza pública, en la de Langreo no sucedió lo mismo. Langreo es un inmenso valle, a orillas del río Nalón, que corre sucio, desgarrado y espeso, en medio de unos pueblos apretados y oscuros, desparramados al azar en la falda de la montaña llena de caries y de túneles. La vegetación está manchada de carbonilla y de humo. Allí, en efecto, se perdió la aldea de que hablaba Palacio Valdés. En época normal los trenes mineros entran y salen en las explotaciones, como alimañas en sus madrigueras. Desde Sama hasta Sotrondio, corre una inmensa prole de pequeños pueblos, donde se amontonan las casas estrechas, sucias, pitañosas, morada de numerosas familias obreras. Lo característico de las zonas mineras es la escasez de viviendas. De modo que los obreros viven hacinados en misérrimos zaquizamíes que en vez de atraerlos al hogar, les expulsan de él. Gracias a los *chigres* (tabernas) y a las Casas del Pueblo, donde encontraban el mundo civilizado —cine, teatro, cantina, biblioteca—, los mineros aprendían los rudimentos de la solidaridad social. La pobreza y el destierro alimentaban cada día su odio de clase y encendían en ellos la rebeldía, atizada más tarde con la propaganda de un marxismo puramente sentimental.

Así como en Mieres domina el socialismo y el Sindicato Minero controla la mayor parte de las organizaciones, en Langreo abundan el comunismo y el anarcosindicalismo. Éstos se agrupaban principalmente en el Sindicato Único, que ha sostenido rudas batallas con el sindicato socialista. Uno de los pueblos más importantes de la cuenca, La Felguera, es un reducto anarquista, y fue allí, en los grandes talleres de la Duro Felguera, tomados por los obreros desde el primer día, donde se construyeron las bombas y los blindajes para trenes y camiones que se utilizaron en el asedio de Oviedo.

En la mañana del día 6 la cuenca de Langreo estaba en armas. Los comités de Alianza Obrera habían circulado las órdenes para la concentración revolucionaria, y los mineros se disponían a tomar el cuartel de la Guardia Civil. Pero como se espe-

raba que ésta recibiese refuerzos de Oviedo se dispuso que varios grupos se situasen en la carretera, desde la Gargantada, mientras otros atacaban el cuartel.

Las fuerzas rojas de Langreo tenían alguna mayor cohesión que las del frente de Campomanes. Predominaban en ellas los comunistas que se sometían fácilmente a la dirección única. En cambio, los anarquistas actuaban por cuenta propia y en muchas ocasiones desatendieron las indicaciones de los comités. En La Felguera, por ejemplo, intentaron la implantación del comunismo libertario, con la consiguiente abolición del dinero y el cambio de productos en la comuna. Al fin, aquello fracasó. Hubo que abrir las tiendas y hacer el aprovisionamiento según las normas corrientes, tal como lo exigían las circunstancias de la lucha.

Colocados los revolucionarios en los puntos estratégicos de la Gargantada, bien pronto advirtieron la llegada de una camioneta de guardias de Asalto. Venía en ella una sección al mando de un oficial y, temiendo una sorpresa, los guardias llegaban ya con los fusiles preparados. De pronto, una descarga cerrada de los revolucionarios vino a estrellarse en el vehículo, que en vez de parar siguió en medio de las balas, mientras los guardias disparaban a su vez. Así pudo llegar al puente por el cual la carretera hace su entrada en Sama. Pero, allí, ya la muralla revolucionaria les hizo detenerse y echar pie a tierra para parapetarse detrás del coche.

La batalla fue enconadísima. Los guardias llevaban dos ametralladoras y barrían las primeras líneas enemigas. Los obreros más arrojados, al lanzarse al asalto de la camioneta, caían para no levantarse más bajo el fuego en abanico. Entonces los revolucionarios carecían aún de las bombas que horas más tarde habían de servir para desalojar el cuartel. También los guardias tenían bajas. Uno de ellos, que sin darse cuenta se había colocado en un hueco del pretil, recibió un disparo en la cabeza que le precipitó al río. El cuerpo se hundió con el peso de las cartucheras, mientras sus compañeros seguían luchando incapaces de prestarle ningún auxilio.

Por fin, el oficial, un muchacho joven, que contestaba sonriendo a las intimaciones que le dirigían los revolucionarios, decidió avanzar hasta el cuartel, porque su situación era cada vez más comprometida. Saltaron de nuevo los guardias a la camioneta y ésta salió a gran velocidad, mientras sus ocupantes se abrían paso con fuego de ametralladora y de fusil. El cuartel, que estaba en situación apurada, recibió con esperanza aquel refuerzo. En total no llegaban a los cien hombres los que allí se hicieron

fuertes. Les acosaban miles de revolucionarios que combatieron toda la noche, mientras construían barricadas con sacos de cemento y chapas de acero traídas de la Duro Felguera. Eran unas barricadas capaces de resistir muchas horas toda clase de metralla.

Al siguiente día el asedio del cuartel se hizo más estrecho. Cerca del mediodía, los revolucionarios empezaron a atacar con dinamita. Las furiosas descargas de los guardias no disminuían la violencia de los sitiadores, que estrenaban allí las poderosas bombas construidas por los metalúrgicos de la Duro Felguera. El edificio empezaba a caerse a pedazos. Primero se hundió por un flanco y después empezó el derrumbamiento de la techumbre. El capitán Alonso Nart, que con el oficial de Asalto dirigía la resistencia, vio que era necesario abandonar el cuartel. Era una iniciativa desesperada; pero no quedaba otra. El dilema terrible era morir aplastado o cruzar las barricadas casi inexpugnables de los sublevados.

Salieron, sin embargo. Los oficiales, primero, disparando sus pistolas. Después los guardias, en guerrilla, con bayoneta calada y disparando bombas de mano. Lograron atravesar la línea revolucionaria; pero el acoso de los mineros fue de tal naturaleza que los guardias no pudieron conservar la disciplina.

—¡A ellos! ¡A ellos! —gritaban los mineros disparando sus mosquetones y sus escopetas.

Los guardias huían a la desbandada, en pequeños grupos, en dirección a la montaña. Algunos ya no eran jóvenes y en cambio les perseguían mozos ágiles, ciegos de coraje y de sangre, que les capturaron y les dieron muerte, sin atender las indicaciones de los comités.

Los dos oficiales quisieron dirigirse a Oviedo al frente de un pequeño destacamento. Antes de llegar a Gargantada, ya quedaron sin guardias. Perseguidos por los revolucionarios, se refugiaron en una casa del trayecto y aún allí quisieron defenderse. Era imposible. Los mineros venían en avalancha contra ellos, capitaneados por un muchacho de apenas veinte años, sin nada a la cabeza, que vestía gabardina gris:

—Entréguense —les conminó el revolucionario.

El capitán Nart, por toda respuesta, hizo fuego contra él, sin herirle.

—¡Ah, perros!

Otro minero, que venía detrás, iba a disparar contra el capitán a bocajarro. El muchacho de la gabardina le detuvo:

—¡Quieto! Hay que cogerlos vivos.

Así fueron capturados los dos oficiales. Mientras los conducían hacia Sama, deliberaban lo que se debía hacer con ellos. El de la gabardina decía que la justicia revolucionaria no podía demorarse. Había que fusilarlos inmediatamente. En cambio, un minero un poco más viejo creía que debían ser entregados en el Ayuntamiento donde estaban reunidos los comités:

—Qué comités ni que m… —dijo el de la gabardina—. Lo que hay que hacer es llevarlos al cementerio *pa* ahorrar trabajo.

La bárbara sentencia fue aprobada sin discusión.

—Y tú —agregó el improvisado jefe, dirigiéndose al que se inclinaba por la clemencia—, si no sirves *pa* esto, quédate en casa…

Los oficiales se dieron cuenta de que la muerte les pisaba ya los talones. El capitán llevaba la cara manchada de sangre y la guerrera desgarrada. Pero conservaba los guantes. Se los calzó, en silencio. Detrás, en otro grupo, venía el teniente, con las manos atadas.

Cuando divisó el cementerio, el teniente, adivinando el propósito de los sublevados, hizo un esfuerzo para desprenderse y huir. Entonces uno de los conductores le hizo varios disparos y cayó muerto. Unos metros más allá fue fusilado el capitán.

Los dos cuerpos quedaron allí hasta el día siguiente, que fueron enterrados en unión de otras víctimas. Un minero, quizá el mismo que había tenido compasión de ellos, comentó cuando bajaban hacia Sama:

—Pero eran valientes… Hay que reconocerlo.

En aquella frase, tan humana, palpitaba la verdadera justicia de la revolución.

VI. AVANCE SOBRE OVIEDO

Según iban venciendo a la Guardia Civil, los mineros de las dos cuencas iban concentrándose en Sama y en Mieres, de donde partían en camiones y camionetas, camino de Oviedo. Muchos de ellos iban con los correajes y los fusiles de los guardias, deseosos de entrar en fuego, enardecidos por el peligro. La gran ciudad brillante y atractiva, que muchos sólo habían entrevisto en rápidos viajes desde sus miserables viviendas del monte, ejercía en los mineros una atracción irresistible. Aquel foco de lujo, de comodidad, de vida fácil, la ciudad a la que escapaban los ingenieros para pasar el fin de semana, allí donde vivían los dueños de las minas de los cuales los que arrancaban el carbón apenas tenían una vaga noticia, les sugestionaba como un imán. En todos los tiempos, mientras la vida esté organizada en fracciones sociales, el impulso que moverá a los hombres será el instinto de poderío. Los rudos mineros querían mandar sobre la capital, someterla. El dominio político implicaba en sus almas simples la conquista de todo lo que hasta entonces les había sido negado. La palabra «revolución», que trepidaba dentro de ellos, como un motor, quería decir sobre todo acceso a una existencia hasta entonces vedada. El hombre de la vida difícil, el desterrado de la aldehuela inhóspita y del suburbio minero, llegaba como una tromba a tomar posesión de una existencia nueva. ¿Es extraño que en el descanso de la lucha, en algún comercio abandonado, descorchase alguna botella de champaña y calzase un par de zapatos nuevos?

El primer error grave de los revolucionarios fue dejar expeditas las carreteras que acuden a Oviedo. El día 6 se cortaron las comunicaciones telegráficas y telefónicas; pero se dio lugar a que partiesen de Mieres y Sama automóviles que llegaron al Gobierno Civil dando cuenta de la sublevación. Esto dio tiempo a preparar la defensa. Las primeras camionetas de Asalto que salieron para las cuencas no iban en realidad a sofocar la rebelión, sino a entretener a los obreros para que no llegasen a Oviedo con la rapidez que se proponían. A no ser por esto, Oviedo habría caído el mismo día 6 en poder de los revolucionarios.

Las primeras escaramuzas en Olloniego y la Gargantada entretuvieron algunas horas a los expedicionarios. Porque los obreros ovetenses, aunque estaban en huelga y preparados para la contienda, no se alzaron en armas hasta que entraron por San Lázaro los primeros núcleos. Allí estaban parapetados los guardias de Asalto, que ocupaban las casas mejor situadas y de construcción más sólida. Los primeros encuentros fueron violentísimos. Como los mineros atacaban principalmente con dinamita, no había modo de detener su empuje. Tras varias horas de fuego intensísimo, las fuerzas tuvieron que retroceder hasta la calle de la Magdalena, la cual desemboca en la plaza del Ayuntamiento. Allí había, convenientemente parapetadas, fuerzas del ejército, que combatieron durante muchas horas, sin dejar avanzar a los atacantes. Desde los soportales, donde estaban emplazadas las ametralladoras, se barría el último tramo de la calle de la Magdalena.

De allí, los rojos no pasaban.

Un minero llamado Feliciano Ampurdián, que manejaba en vanguardia la dinamita, declaró que iba a desalojar la plaza. Ampurdián prendía la mecha de las bombas con el cigarrillo y las lanzaba sobre los parapetos de la fuerza. Su paso se anunciaba siempre con explosiones horrísonas, hundimientos de techos, rotura de cristales. No era un hombre, sino un monstruo, un aquilón mítico que sacudía el suelo como un terremoto.

—¡Voluntarios para tomar la plaza! —gritó Feliciano, aquella mañana, después de haber pasado la noche disparando.

Más de cien voluntarios aparecieron en pocos minutos para acometer la empresa. Feliciano expuso el plan. Había que avanzar calle adelante, arrojando bombas a los portales donde resistían aún pequeños destacamentos de guardias. Así, sin intermitencias, llegaría al Ayuntamiento.

Fueron unos cincuenta hombres los que llevaron a cabo la idea. Las explosiones se producían casi sin solución de continuidad, y así llegaron a la plaza. Los defensores habían ido replegándose hasta el Ayuntamiento, y desde los soportales, desde los balcones, desde la iglesia inmediata, las ametralladoras disparaban sin cesar.

Los revolucionarios prepararon diez bombas de las más potentes y se lanzaron a desalojar los soportales. Allí caían los guardias envueltos en cascotes y trozos de pared. Los que servían las ametralladoras tuvieron que abandonarlas y retirarse hacia el Fontán. Desde Santo Domingo y Campomanes, las fuerzas seguían disparando. Ampurdián y los suyos se dispusieron a tomar el edificio de las Consistoriales:

—Hay que acabar con los que están arriba. Entonces Oviedo es nuestro.

Inició el ascenso por la escalera principal. Pero antes de llegar al primer piso caía acribillado a balazos. Arrojando sangre por la boca, con la cara destrozada, aún gritó:

—¡Quemadlos vivos!

El grupo, lleno de rabia, subió disparando sus mosquetones. Varios guardias perecieron en la defensa y otros huyeron por las puertas laterales.

Así se apoderaron los revolucionarios del Ayuntamiento de Oviedo. De todos modos, tardaron todavía en dominar el barrio. La plaza de Cimadevilla había que atravesarla en medio de las balas gubernamentales. Los sublevados quisieron retirar el cadáver del camarada Feliciano, pero cuando un minero pretendió atravesar la plaza llevándolo sobre la espalda, fue muerto a tiros desde un balcón próximo. Lo curioso es que los dos cadáveres quedaron varios días en medio de la plaza, en medio de una enorme mancha negra, que había sido una laguna de sangre. Cuando las tropas no veían ningún rebelde sobre el cual disparar, disparaban contra los dos muertos, fusilados cientos de veces durante dos días.

Al día siguiente, los rojos tomaron dos calles próximas. Donde encontraron gran resistencia fue en el cuartel de Carabineros. Algunos proponían incendiar el edificio, y hasta se trajeron unas botellas de líquido inflamable para llevar a cabo el propósito. Pero unas mujeres de las casas de enfrente comenzaron a gritar:

—¡Hay mujeres y niños en el segundo piso!

Entonces, los mineros desistieron. Pero como les urgía deshacerse de aquel enemigo, idearon otro plan. Los mejores tiradores de fusil dispararían simultáneamente sobre las ventanas del piso bajo donde estaba la fuerza. Como el ataque impediría a los defensores asomarse a las ventanas, un minero voluntario iría arrastrándose con unas cuantas bombas para lanzarlas al interior. Así fue desalojado el edificio y muertos cuando huían algunos de los carabineros. También los cadáveres de éstos permanecieron algunos días en medio de la calle. Los transeúntes tropezaban con ellos, pero no les quedaba tiempo para emocionarse.

Por fin, los rojos pudieron apoderarse totalmente de Cimadevilla y allí trasladaron su cuartel general. En el Ayuntamiento se reunían los comités y desde allí se daban instrucciones sobre el curso de la lucha. Tener un edificio oficial daba ánimos a

los sublevados que acentuaban el asedio del Gobierno Civil. Al mismo tiempo, varias proclamas anunciaban el triunfo de la revolución en algunas provincias y pedían un esfuerzo más «para la victoria total de la gloriosa revolución proletaria».

Dutor, el socialista, que había sido sargento, dio una mediana organización a los obreros combatientes. Formó patrullas, que recorrían los barrios ya conquistados, colocó guardias rojos en los sitios estratégicos, y hasta preparó una especie de intendencia que se entendía con el comité de abastecimientos. De todos modos, las deficiencias había que suplirlas con la resistencia de aquellos soldados improvisados que se pasaban las noches sin dormir, a los que nadie se preocupaba de alimentar y que, sin embargo, rara vez se entregaban al saqueo. Si acaso, en las casas de las inmediaciones pedían humildemente alguna provisión.

Los vecinos de la población neutral se refugiaban en los sótanos. Las patrullas de revolucionarios, que recorrían las casas tomando nota de sus habitantes, los encontraban acurrucados en las sombrías estancias. Las mujeres rezaban. Los hombres comprendían por primera vez que a la vida no se la puede mirar con un encogimiento de hombros; que de pronto aparece con su garra siniestra, para sorprender a los más indiferentes. La zona ocupada por los revolucionarios, donde se libraban los combates más duros, era precisamente la que habitaban los burócratas, las gentes de las profesiones liberales, pensionistas y jubilados, comerciantes y pequeños industriales.

La patrulla llegaba golpeando la puerta con las culatas de los fusiles. Los hombres abrían, temblando:

—No se asusten, señores —decía el que parecía jefe—. Solamente queremos los nombres de los que viven aquí.

A la luz de las bujías, las caras de los mozos mineros, desencajadas por la fatiga, se les aparecían a los pacíficos habitantes de Oviedo como rostros monstruosos chamuscados por el fuego infernal. Cuando veían que la patrulla se conformaba con tomar nota y se despedía con un «dispensen por la molestia», el alma se les inundaba de gratitud. A veces los mineros solicitaban algún alimento:

—¿*Non* tendrán por ahí algo de comer? Llevamos todo el día sin probar nada.

Los vecinos se apresuraban a darles pan duro y a veces longaniza y conservas:

—Muchas gracias. Es que somos muchos y los víveres andan escasos.

En una casa de la calle de la Magdalena llegó una tarde una patrulla compuesta sólo de cuatro mineros. En el piso bajo se habían refugiado los inquilinos. Entre ellos había una mujer con un niño enfermo. Su marido era militar y combatía, sin duda, en el cuartel de Santa Clara. El niño, que tenía mucha fiebre, pedía agua sin cesar.

—¿Está enfermo el niño? —preguntó uno de los obreros.

—Sí, señor. Lleva así ocho días —contestó la madre llorando—. No sé qué hacer con él.

—¿Y no le ve ningún médico?

—El que venía lleva tres días sin aparecer. ¡Ay, Dios mío, qué va a ser de mí!

—No se apure, señora. Yo traeré uno de nuestros médicos.

Dieron por terminada la requisa y salieron. Al cuarto de hora, el minero, que era un muchacho casi negro, con un jersey rojo, apareció con un joven médico revolucionario.

—A ver, camarada. Mira bien al *peque*… Él no tiene culpa de la revolución.

El médico, a la luz vacilante de una vela, examinó al niño. El termómetro marcaba 40 grados de fiebre.

—¿Cuántos días hace que no toma nada esta criatura?

—Ayer se nos terminó la leche. No le he podido dar más que un poco de sopa de pan.

—Hay que darle leche o foscao, tres veces al día. Eso hay que buscarlo en el depósito donde entregan los víveres.

La madre, también desfallecida, con los ojos rojos, no hacía más que llorar. Otras mujeres de la casa la consolaban.

El minero prometió traer él la leche para el enfermito:

—Tranquilícese. No le faltará alimento al niño. Yo mismo me ocuparé de eso.

En efecto, durante dos días estuvo abasteciendo a aquella familia de leche condensada, adquirida con los vales que a él le entregaban en el comité de abastecimientos. Pero al tercer día, el médico llegó solo. El niño iba mejor y estaba ya fuera de peligro:

—¿Y su compañero? —preguntó la madre—. Hoy no ha venido por aquí.

El médico, que ya salía, contestó:

—No vendrá más, señora. Le mataron esta madrugada en la Escandalera.

VII. OVIEDO EN LLAMAS

De la universidad se apoderaron, por sorpresa, los revolucionarios la noche del día 7. Era una posición indispensable para atacar el Banco Asturiano, donde las tropas se habían hecho fuertes con objeto de impedir el acceso al Gobierno Civil.

Cuando Peña se enteró de que se había tomado la Universidad, mandó un recado: «Que tengan cuidado con lo que hacen. Que procuren no estropear nada». En efecto, a la Universidad se la designó para depósito de prisioneros. Pero el combate con los defensores del banco exigió utilizar la torreta, desde la cual disparaban los revolucionarios. Las fuerzas hacían fuego contra aquel reducto, que pronto fue desmochado por la metralla. Allí murieron varios obreros, que disparaban a cuerpo limpio sus fusiles. Exasperados por estas bajas, los revolucionarios arrojaron contra el banco, que estaba a una distancia de ocho o diez metros, latas de gasolina que entraban por las ventanas. Después lanzaron bombas cubiertas de algodón, también empapadas en gasolina. Al explotar las bombas, se inflamó la gasolina y así se produjo el incendio del edificio, que se propagó a toda la manzana. Las escasas tropas que allí peleaban tuvieron que huir rápidamente. Las llamas prendieron en el uniforme de un guardia, que pereció carbonizado, porque sus compañeros hubieron de abandonarle si querían salvarse.

Esto sucedía el día 10. Las llamas levantaban más de tres metros sobre lo que había sido tejado del banco. Desde San Lázaro la ciudad parecía una inmensa tea. Los incendios eran la única luz en medio de la noche. Tronaba el cañón y sonaban casi sin intermitencias las descargas de los fusiles y las ametralladoras. El tableteo de los disparos, mezclado a las explosiones y los derrumbamientos, producía un baladro tremebundo como si aquello no fuera cosa humana. Un olor denso, donde el de la pólvora y los gases se mezclaba al de las calles, sucias de detritus, de cadáveres sin enterrar, de sangre coagulada, dominaba la atmósfera.

Aquello era la guerra, quizá más horroroso que la guerra, porque faltaba la organización rígida de los ejércitos y todo denunciaba la improvisación trágica, la sorpresa alucinante, el no saber en ningún instante qué es lo que va a ocurrir.

Al día siguiente voló la Universidad, no se sabe si por la dinamita de los revolucionarios o por las bombas de los aviones. Una versión dice que una bomba aérea cayó en un laboratorio y produjo el incendio. Otra asegura que fue una explosión casual de la dinamita que los revolucionarios habían acumulado allí. Lo cierto es que la vieja casa donde explicara Clarín sus clases (Clarín y sus antípodas, los profesores del pliegue profesional) cayó entera, convirtiéndose en un confuso montón de piedras y de escombros. Sólo quedó en pie, como un símbolo, la estatua del patio, la de su fundador el arzobispo Valdés, gran inquisidor. Al parecer, el fuego era amigo suyo desde los autos de fe y respetó su efigie.

La fábrica de armas de la Vega estuvo sitiada desde los primeros momentos. Los revolucionarios la atacaban con furia, pero los defensores resistían. El día 9, el sargento Vázquez, que dirigía los grupos, suspendió el fuego para organizar el asalto. Las fuerzas tampoco disparaban, aunque veían a los rojos concentrarse para un nuevo ataque. Empezó a decirse entre los revolucionarios que allí dentro ya no había más que cadáveres. Dos de los sitiadores, antiguos obreros de la fábrica, se ofrecieron a penetrar allí para saber el número de los defensores.

Lo hicieron, en efecto. Y además se apoderaron de una ametralladora. Al parecer, los soldados, muertos de cansancio y de fatiga, viendo que los revolucionarios no atacaban se habían echado a dormir en su mayoría. Al día siguiente, muy de mañana, se redobló el esfuerzo, y ya los obreros pudieron llegar a las ventanas del edificio. Al fin, los soldados abandonaron las armas y huyeron por las ventanas posteriores, que dan a la vía del ferrocarril Vasco Asturiano. Algunos ni siquiera pudieron escapar. Fueron recogidos y conducidos al hospital, heridos y hambrientos.

Desde ese momento los revolucionarios tuvieron grandes elementos de combate. Se distribuyeron armas largas, fusiles, mosquetones y rifles. Pero después empezó a escasear la munición, que se había malgastado con la misma liberalidad con que se malgastaban los medicamentos y los víveres. Los mineros creían que España habría caído ya a aquellas horas en poder de los obreros y esperaban de sus camaradas los refuerzos que no llegaron nunca.

Entretanto, se combatía en la calle Uría, en el campo de San Francisco, en la plaza de la Catedral. En una explanada del hospital un grupo revolucionario había em-

plazado un cañón para bombardear la calle Uría, todavía en poder de las tropas. En el suelo, debajo de unos árboles de abundante ramaje, había más de doscientas granadas del diez y medio. Se había hecho un hoyo para empotrar la máquina. Un metalúrgico iba a hacer el oficio de artillero. Después de colocar el cañón, el artillero preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Pues disparar —contestó uno del grupo.

—Pero primero hay que saber dónde están esos *mangantes*.

—Están por la calle Uría y el campo.

—¡Ah! Entonces haremos un buen tiro…

—Pues ¡fuego! —dijo el artillero.

Cargó el cañón y disparó a cero. Pero la explosión de la granada no se oía. Volvió a disparar y tampoco se oyó nada.

—¿Cómo no se oye la explosión? —preguntó uno.

—Porque no tenemos espoletas.

Era como lanzar una piedra al espacio para que, por casualidad, pudiese darle a un enemigo en la cabeza.

Pero los disparos fueron contestados bien pronto desde el campo de San Francisco con fuego de fusilería y ametralladora. Las balas silbaban sobre sus cabezas. Los revolucionarios, en número de unos cincuenta, se arrimaron a una pared para contestar del mismo modo, mientras el cañón seguía disparando sus tiros ciegos.

Entonces los revolucionarios idearon atacar el campo de San Francisco, desde la esquina de la calle del Marqués de Santa Cruz. Salieron cada uno por su lado y arrastrándose por entre los árboles, se juntaron en el sitio convenido.

Desde allí comenzaron a disparar, pero las fuerzas les dominaban y les causaron numerosos muertos y heridos. Dos revolucionarios intentaron retirar fuera del blanco de las fuerzas a un compañero herido. Al hacerlo, uno de ellos fue alcanzado en la cara de un balazo. La herida no era grave, pero manaba abundante sangre. No obstante, consiguieron sacar al herido. Mientras tanto cayeron heridos dos más. Todos retrocedieron entonces. El de la lesión en la cara se indignó:

—Pero, compañeros, ¿vamos a abandonar la posición? ¡Todos aquí, aunque nos maten!

En un arrebato se llevó una mano a la cara y con su propia sangre se hizo una máscara espantable. Era la imagen viva del horror de la guerra. Él seguía gritando:

—¡Compañeros, aquí todos!

Pero nadie le hacía caso. Una camioneta cargaba a los heridos para conducirlos al hospital. Cuando la camioneta, parada en la esquina de la calle próxima, trepidaba para arrancar, el hombre de la máscara de sangre se desplomó herido nuevamente por un disparo en el pecho. Unos compañeros le recogieron y le estibaron en la camioneta. Esta vez había muerto.

Las fuerzas del campo de San Francisco capturaron a un minero que temerariamente llegó hasta ellas. Con frecuencia sucedía esto… Entre los revolucionarios se suscitaba una especie de emulación, a ver quién era más valiente. Como en las romerías del monte efectúan con frecuencia estos torneos primarios, casi siempre en honor de las muchachas, acostumbradas a que se disparen sus pistolas por ellas, los mineros llevaron a la revolución sus pugilatos de audacia. Alguno batió el récord de la temeridad, pero lo pagó con su vida: aquel que, combatiendo con un grupo de guardias de Asalto, en la carretera, se lanzó en una camioneta, sin frenos, arrojando bombas. Inutilizó a la mayor parte de la fuerza, pero pereció en la prueba.

El minero que llegó al reducto de las tropas fue descubierto por un centinela y capturado enseguida. Los guardias le condujeron a presencia de un oficial, que le interrogó. El minero daba muestras de una gran impasibilidad. Contrastaba con la inquietud que se notaba en el pequeño campamento gubernamental.

—¿A qué has venido aquí? —le preguntó el capitán.

—No le voy a mentir —respondió el obrero—. Quería enterarme de cuántos eran ustedes.

—Pero ¿no sabes que te juegas la vida? —repuso el oficial excitado.

—Ya lo sé. Pero también ustedes se la juegan. Ya me vengarán.

El capitán pensó que lo mejor era utilizar el desenfado y la serenidad del minero.

—Ya sé que tenéis muchas armas. Todas las de la Vega. ¿Cuántos sois próximamente?

—Ah, no lo sé. Cada día llegan más para combatir.

—Tenéis cañones, ya lo sé.

—Y ametralladoras.

—¿Cuántos cañones tenéis?

—No lo puedo precisar. Yo sé de tres.

—¿Y ametralladoras? —insistió el oficial, al que se notaba preocupado por aquellas noticias.

—Sólo en mi sector hay más de diez. Algunas se las hemos cogido a ustedes.

—Pero los cañones, no sabéis manejarlos.

—Vaya si sabemos. Han venido de Trubia obreros que son mejores artilleros que los de ustedes.

—Bueno, ¿y qué pensáis hacer con Oviedo? Estáis destrozándolo.

—Nosotros lo que queremos es tomarlo. Los del comité dicen que se procure hacer el menor daño posible; pero hay que tomarlo. Y como hay que tomarlo… no le quepa duda de que lo tomaremos, cueste lo que cueste.

—Pero nosotros no os dejaremos.

El revolucionario se encogió de hombros.

—Además, vendrán refuerzos de otras provincias.

El oficial se echó a reír con una risa que quería ser sarcástica:

—En otras provincias… Pero si ha fracasado todo… Si no quedáis más que vosotros. Vosotros tenéis radio. ¿No habéis oído que está todo terminado? En Madrid no hubo más que tiros sueltos.

—Sí. Eso dicen por la radio. Pero para despistar.

—Está bien. Te voy a fusilar inmediatamente.

El minero se le quedó mirando:

—Usted puede hacerlo, porque estoy en su poder, pero no crea que por eso habrá acabado con la revolución.

—Os están engañando. ¿Tú qué te crees que es la revolución?

—Pues la revolución… es una cosa que no acabará, aunque acaben con todos nosotros.

El capitán pateó coléricamente.

—¿No comprendéis que esto es una barbaridad? No tomaréis Oviedo. ¡No lo tomaréis! ¿Lo oyes?

Un grupo de oficiales y guardias oía, unos metros más allá, el extraño diálogo. La situación debía de ser difícil para los defensores. El capitán llamó a dos tenientes y los tres discutieron con viveza durante unos minutos.

El capitán volvió junto al preso y le dijo:

—Mira: te voy a dejar en libertad, porque eres valiente. Pero con la condición de que lleves un recado al comité. Le dices que nuestras noticias son que la revolución ha fracasado en toda España; que lo mejor es que os retiréis sin causar más daño y que nosotros prometemos no ejercer represalias. Esto lo hago bajo mi responsabilidad. Pero es que tengo la convicción de que vuestro comité no sabe lo que sucede en el resto de España. De lo contrario nuestros aviones os aplastarán. Y ahora, puedes marcharte.

El minero, al que habían quitado el fusil, abandonó el recinto y se dirigió, sorteando peligros, al Ayuntamiento, donde estaba reunido el comité, el primero que funcionó con la consigna socialista del U. H. P. Por cierto que en aquel momento los miembros del comité sostenían una violentísima discusión con un líder sindicalista de Gijón, José María Martínez, muerto días después un poco misteriosamente.

Martínez era un hombre alto, de cara roja y ojos inteligentes. Él, luchando con la corriente anarquista de la organización obrera gijonesa, había logrado hacer la Alianza Obrera con socialistas y comunistas. Pedía armas al comité para combatir contra la marinería y la fuerza pública que los había derrotado el día anterior, después del bombardeo del barrio de pescadores. Pero el comité alegaba que no podía desprenderse de armas ni de municiones mientras Oviedo no quedase en poder de los revolucionarios. Todo se precisaba para presionar a los defensores de la ciudad, que seguían resistiendo, a pesar del esfuerzo de los sitiadores. José María Martínez insistía:

—Si no me dais armas, Gijón dará paso a las tropas y acabarán con vosotros.

—Tomado Oviedo —respondía el comité— no hay quien entre en Asturias. Es ya tener una provincia en nuestro poder.

—Una provincia con la puerta abierta. Si no se tienen los puertos, no se tiene nada.

En el fondo, lo que se discutía ya entonces era el predominio de los núcleos obreristas en la revolución. Los socialistas consideraban suicida entregarles elementos de lucha a los anarquistas, que en Gijón carecían de todo control.

Martínez se despidió, amenazador:

—Voy a La Felguera y allí encontraré hombres. Si la revolución se pierde, será por vosotros. Pero ya pediremos cuentas.

Cuando el minero enviado por el capitán de San Francisco llegó a presencia del comité, apenas le hicieron caso:

—Bah, bah —dijo uno de los jefes—. Ésas son *babayaes*. Lo que quieren es desorientarnos. No les hagáis caso. La revolución está triunfando.

Algunos ocultaron un gesto escéptico, que no le pasó desapercibido al minero. Luego le preguntaron a éste detalles acerca de lo que había visto durante su efímera detención. El muchacho dio todas las referencias que le pedían sin ocultar su conversación con el oficial y la preocupación de éste ante el armamento de los obreros.

Al día siguiente fue tomado el campo de San Francisco. Grandes núcleos de revolucionarios, con ametralladoras, se lanzaron sobre los defensores. Al mismo tiempo un camión blindado, preparado en la fábrica de Trubia, corría por la calle Uría, vomitando metralla por las aspilleras. Las balas latigueaban entre las ramas, casi desnudas, de los árboles. Los bichos del pequeño parque zoológico, los patos, las palomas, saltaban de aquí para allá, aterrorizados y enloquecidos. Los senderos por donde había paseado Clarín, a caza del paso de *La Regenta*, estaban cuajados de cascotes y de cápsulas vacías.

El capitán de Asalto, con algunos guardias, cayó prisionero y fue encerrado en el teatro Principado. Por cierto que en el trayecto fue reconocido por el minero que el día anterior había estado en su poder. Ambos se miraron sin decirse nada. En realidad, fue en aquel momento cuando el oficial recibió una contestación a su mensaje. Pero el minero, que era un simple soldado de la revolución, supo agradecer el comportamiento del capitán. Lo hizo de un modo sencillo: contándoselo a los guardias rojos del teatro, que trataron al prisionero con toda la ruda gratitud de que eran capaces.

Conquistado el campo de San Francisco, toda una zona de la capital era del dominio proletario. Desde un edificio llamado la Casa Blanca, se paqueaba constantemente a los revolucionarios. Éstos enfilaron la azotea con un cañón y la deshicieron en unos minutos.

El día 12, un comandante de Asalto pretendió reconquistar el Parque. Con menos de un centenar de guardias salió del cuartel de Santa Clara, desplegó a la fuerza rápidamente por la plaza de la Escandalera y salió en dirección al Campo, para atravesar la calle Uría:

—¡Adelante, muchachos!

Pero fue inútil. A los pocos momentos caía herido de un balazo en un pie. Algunos guardias perecieron allí. Las fuerzas tuvieron que regresar al cuartel, con sus muertos y heridos, en medio de un mortífero fuego.

El grueso de las fuerzas gubernamentales combatía desde el cuartel de Pelayo. Hubo jefes heroicos que lucharon desde el primer instante con extraordinaria presencia de ánimo. Pero hubo alguno que cuando se discutía la antigüedad de los presentes para tomar la responsabilidad de la defensa se tumbó en una butaca y declaró:

—No se muere más que una vez. Yo no salgo.

Desde fuera, durante tres días, se asedió el cuartel que dialogaba, por medio de grandes letreros colocados en el tejado, con los aviones. Los obreros lo atacaban incluso con dinamita. Salían a cada momento voluntarios, que arrojaban las bombas o morían bajo el fuego del interior. El día 12, el cuartel, presionado por Dutor, estaba en situación desesperada. Algún aviador que, a pesar del fuego de los sitiadores, llegó allí para dejar víveres, pudo leer en la sábana del tejado este parte angustioso: «Sólo tenemos municiones hasta mañana».

Alguien propuso lanzar un camión cargado con dinamita contra el cuartel, a modo de catapulta. Había voluntarios que se comprometían a realizar el plan, aun sabiendo que aquello significaba la muerte. Peña se opuso a aquel recurso extremo, porque además comprendía que ya era tarde. La revolución había fracasado en España.

Donde se combatía con verdadera furia era en la plaza de la Catedral. Peña, a los artilleros del Naranco, les había rogado desde el primer día:

—No tiréis contra la catedral o sería de mal efecto para la revolución.

Pero la catedral se convirtió en posición estratégica de los revolucionarios, para defender el Gobierno Civil. Algún obrero le dijo a Peña:

—Tú no querías tirar contra la catedral. Pero la catedral tira contra nosotros.

Hubo que atacarla con fuego de fusilería. Después se utilizó la dinamita. Allí combatía un teniente del ejército, con soldados y fuerza de la Guardia Civil. Habían instalado en las torrecillas de la catedral varias ametralladoras, y así impedían el paso de los revolucionarios que caían sin poder atravesar la explanada. ¿Quién era capaz de pensar entonces que se atacaba un templo del siglo XIII, maravilla del gótico, con sus piedras curtidas por siete siglos de intemperie? Los mineros no sabían arqueología, ni historia, y los eruditos estaban a aquellas horas aterrados en sus sótanos oscuros,

mientras tronaba el cañón y tableteaba la ametralladora de la torre. Esa torre, que llevaba siglos presenciando el paso pacífico de las nubes, de los vencejos y de los canónigos; sus piedras son los únicos testigos de los comienzos de la nacionalidad, pues ellas, antes de ser ordenadas por los arquitectos, sintieron el paso del Cid, cuando llegó para casarse con doña Jimena, la hija del conde de Oviedo.

Los revolucionarios sólo veían allí una posición enemiga. Sobre las losas de la plaza, que sienten de ordinario el paso tenue de las mujeres ovetenses, se esparcían los cadáveres. La sangre corría hacia las puertas santas en cuyos herrajes rebotaban las balas isócronamente. Fue una bomba lanzada contra los defensores de la catedral la que hizo saltar la pequeña nave de la Cámara Santa, que en el siglo IX había mandado construir Alfonso el Casto para guardar las reliquias cristianas de Palestina y ponerlas a cubierto de los musulmanes. Pero a buen seguro que estas otras piedras ilustres de la Cámara Santa no se intimidaron demasiado con el estruendo de la dinamita. La verdad es que algunas, las más viejas, son contemporáneas de don Ramiro, aquel rey cristiano que para mantenerse en el trono mandaba sacar los ojos a sus adversarios y luego los condenaba a muerte en la hoguera, con todos sus hijos y parientes. La guerra civil y la represión tienen, pues, en Asturias, notorios antecedentes.

VIII. EL MÉDICO RURAL

En los hospitales escaseaba el material sanitario y con frecuencia llegaban emisarios de Langreo y de Mieres para que se enviasen elementos de cura. El comité designó a un médico joven para que inspeccionase los servicios. Este médico, tan pronto tuvo noticia de la revolución había bajado del concejo rural, de donde era titular, para tomar parte en ella. Era un muchacho rubio, de aire optimista, que alternaba el manejo del fusil con las curas de urgencia. Había tomado parte en el asalto a la fábrica de armas y se le veía siempre en los sitios de mayor peligro. Pertenecía a la Juventud Socialista y en las remotas aldeas de la montaña, en compañía de un maestro comunista, hacía antes de octubre propaganda marxista. Campesinos que apenas sabían leer y que hasta entonces ignoraban la existencia de Rusia conocían a Lenin y a Stalin y estaban enterados «por lo que dijo el médico» de las reformas soviéticas.

Este médico, Ramón Tol, fue uno de los intelectuales que se batieron en la revolución. Su marxismo era quizá puramente sentimental; pero soñaba con un mundo nuevo y una justicia superior. Cuando encontraba a los aldeanos trabajando la tierra o cuidando el ganado les gritaba:

—¿Sabéis que se va a acabar la renta? Las tierras van a ser vuestras.

Los aldeanos hacían un gesto escéptico, pero en el fondo pensaban que algo raro estaba ocurriendo cuando el médico, un señorito, hablaba de aquel modo. Estos aldeanos le amaban como nadie. Porque el médico no sólo les acompañaba al Ayuntamiento y al Juzgado de la villa para arreglarles sus asuntos y reñir, por ellos, con los curiales, sino que no les cobraba las visitas, si bien desaparecía semanas enteras en que se marchaba a la capital. Estos campesinos, después de la revolución, escondieron a Ramón Tol y por el monte, a caballo, le condujeron hasta Galicia, por donde se internó en Portugal.

Pues bien, Ramón Tol fue comisionado por el comité para que inspeccionase los servicios sanitarios. En uno de los automóviles requisados, que conducía un camarada, salió para Langreo, mientras en Oviedo quedaban combatiendo. Tol tenía ya la

impresión de que el movimiento estaba en declive, pero animaba a todo el mundo y ponía su propio ejemplo. Llevaba cuatro días sin dormir, el cabello revuelto, la gabardina manchada de sangre y los zapatos sucios de tanto chapotear en el lodo sanguinolento. Aquella mañana empezaban a desertar algunos mineros. El coche cruzó la plaza del Fontán, desierta, con sus tenderetes derrumbados y sus soportales gélidos. Con el fusil colgado, dos randas se dedicaban a sacar cajas de zapatos de una tienda de calzado, al parecer abandonada.

El médico sacó la cabeza por la ventanilla y les dijo:

—Cómo se lucha, ¿eh?

Los dos ladronzuelos miraron al médico, pero no se dignaron responderle ni interrumpieron por eso su faena.

El chófer los disculpó a medias:

—También los guardias saquean. Si no fuera por lo que se coge por ahí, no había quien luchase.

Tol repuso:

—Pero los marxistas no hacemos eso.

Muchos mineros retornaban a sus casas. Llovía torrencialmente y la carretera era un lodazal. Los obreros paraban el coche para que les transportase. El médico recogió a los dos primeros, que iban maltrechos y desfallecidos. Llevaban ocho días sin descansar. Eran de Sotrondio, y a no ser por aquel automóvil providencial habrían tenido que recorrer un largo trayecto en el que invertirían varias horas de camino. Sin embargo, pensaban volver al frente. Iban a sus casas a reponer fuerzas y regresarían para continuar luchando. Tol les animó y cuando llegó a Sama pidió una ayuda para ellos. Pero no fue posible atenderles. Todos pedían, y los elementos de resistencia se habían agotado.

Ramón Tol buscó al comité y marchó al hospital de la Duro Felguera. En el quirófano un grupo de médicos y practicantes amputaban una pierna a un guardia herido. Los guantes de goma del operador chorreaban sangre.

Allí vio el médico que faltaba material sanitario. Se había desperdiciado el yodo y la gasa; faltaban camas y alimentos especiales. Los revolucionarios no habían contado con aquel número de heridos de una y otra parte. Tol hizo una lista de las necesidades de aquel hospital y prometió enviarlo, no muy seguro de que en Oviedo encontrase lo suficiente.

En Mieres ocurría lo propio. Pero allí la indigencia del hospital de sangre ponía terror en el ánimo más templado. Tol comprendió que sería imposible atender a las demandas de aquellos comités, y comprobó, una vez más, que no se habían previsto una serie de necesidades primordiales de la lucha.

Tuvieron que volver a Sama para conducir a un herido grave al que no había modo de operar en Mieres. Pero cuando Tol quiso regresar con su coche a Oviedo le dijeron que lo hiciera por «el Berrón». Las demás carreteras no ofrecían seguridad. Ésta la habían cortado los revolucionarios, tumbando frondosos árboles a lo largo del camino y deshaciendo con dinamita algunos muros de contención. Los árboles habían sido descuajados con un paquete de dinamita atado al tronco. No era cosa de gastar tiempo. Como los hombres andaban escasos, concentrados en el frente de combate, se había decidido colocar árboles en vez de centinelas.

Apenas llegados a la parte cortada de la carretera, el automóvil de Tol fue detenido:

—¡Alto! —dijo una voz imperiosa.

—¡U. H. P.!

Los guardias rojos revisaron el volante de circulación y empezaron a poner tablones para atravesar la gran zanja de varios metros de profundidad. El chófer se resistía a pasar por aquel puente improvisado; pero el médico lo hostigó:

—¿No tienes miedo a las balas y vas a tener miedo a pasar por donde pasan los demás?

Por fin, el automóvil se puso en franquía y emprendió velozmente la marcha hacia Oviedo. Pero he aquí que de repente apareció volando, relativamente bajo, un avión militar que, al divisar el automóvil, lanzó una bomba con el propósito de destrozarlo. La metralla no logró alcanzar el coche. Pero inmediatamente el avión se disponía a disparar de nuevo. El chófer entonces lanzó el coche a un castañar y los viajeros saltaron de él para refugiarse al pie de un grueso castaño. Los cascotes de la segunda bomba se clavaron en el castaño inmediato.

Ramón Tol lamentaba no haber traído el fusil para disparar contra el aeroplano. Hizo fuego, sin embargo, con su pistola, aun sabiendo que era totalmente ineficaz.

«Por lo menos», pensó para sí, «cumplo mi deber de agredir al enemigo, aunque sea infructuosamente».

Al entrar por la calle Uría dos centinelas armados detuvieron el coche. Tol dio la consigna:

—¡U. H. P.!

Uno de los muchachos se echó a reír:

—No es ésa la consigna, camarada. Eso era esta mañana.

—Es la que me dio el comité. No sé de otra.

—Pues ese comité se marchó y andan buscándolo. No tenemos más remedio que detenerte.

—¡Pero si yo soy socialista! Vengo de inspeccionar los hospitales, por orden del comité.

—Mira; vamos a llevarte al chalet de Herrero. Allí te entenderás con los dirigentes.

Uno de los centinelas montó en el coche y ordenó al chófer que siguiese a la plazuela de San Miguel. Allí, en la casa del banquero Herrero, estaba reunido el nuevo comité, compuesto por comunistas.

—Bien —dijo el presidente—, este camarada es conocido.

Y luego, dirigiéndose a Tol, le dijo:

—Supongo que te pondrás a las órdenes del nuevo comité.

—Yo —dijo el médico— estoy a las órdenes de la revolución.

—Pues coge un fusil.

—Perfectamente. Pero el otro comité me había encargado la inspección de los hospitales.

—Bueno. Ese comité ya no pinta nada.

—Es que en Sama y en Mieres se carece de lo más necesario.

—No se puede hacer nada, camarada. Ahora se trata de conquistar Oviedo y proclamar la República de Obreros y Campesinos en Asturias.

IX. PRISIONEROS Y FUGITIVOS

Los prisioneros habían sido recluidos en diferentes sitios. Los depósitos principales estaban en el teatro del Principado, la Universidad y el Instituto. No hubo órdenes de detención contra nadie. Los detenidos lo fueron espontáneamente por los obreros, o capturados en medio de la lucha. Los revolucionarios los llevaban al Ayuntamiento y allí el comité autorizaba su detención. Había sacerdotes, magistrados, el director de un banco, unos militares de la fábrica de la Vega. Teodomiro Menéndez, que el primer día había estado en el Ayuntamiento, se interesó por los presos. El comité le prometió respetarlos. Alguno, es verdad, fue fusilado por las turbas, donde la venganza personal aleteaba oscuramente explotando el impulso ciego de los combatientes.

El director del banco fue detenido en un momento grave. Un avión, surgiendo de repente sobre la plaza del Ayuntamiento, cuajada de revolucionarios, arrojó dos bombas de gran potencia y huyó después sin dar lugar a la respuesta de los tiradores. El pánico y la confusión que aquello produjo son indescriptibles. Algunos de los presentes saltaron hechos pedazos. Miembros descuajados, cráneos rotos, pellas de carne sanguinolenta contra las columnas de los soportales. Muchos hombres huían horrorizados y otros, pálidos, se apelotonaban en el portal de las Consistoriales, temerosos de que surgiesen nuevas explosiones. Pasados algunos minutos, los revolucionarios se rehicieron y, comentando el suceso, volvieron a reunirse en grupos bajo los soportales. Aquel hecho fue tan espantoso que un vocal del comité tuvo que bajar a dirigir la palabra a los compañeros. Había que redoblar el esfuerzo para apoderarse de Oviedo. En unas proclamas que después se publicaron se anunciaba el auxilio inminente de los revolucionarios del resto de España para evitar la acción de los aeroplanos.

—¡Si nosotros tuviéramos aviones! —se oía decir a los rojos con insistencia.

Aquella mañana, después del bombardeo, fue detenido el director de un banco. Cuando le llevaban al Ayuntamiento, un jefe de escuadra le increpó:

—¡Son unos bandidos! ¡No cumplen los tratados internacionales!

El detenido no comprendía bien la relación que establecía aquel revolucionario entre la política internacional y lo que estaba ocurriendo en Oviedo. Pero después dedujo que, al parecer, las bombas aéreas caían también sobre los hospitalizados y sobre la población pacífica.

A pesar de que la irritación de los rojos era evidente, el comité se condujo sin violencia ni nerviosismo con el prisionero. Mandó que lo recluyesen en el Instituto y que le tratasen con consideración.

En una de las clases estaban los prisioneros. No tenían camas, ni mantas, porque los colchones había que utilizarlos como parapeto, para combatir. En las puertas vigilaban dos guardias rojos. Dos veces al día se les traían conservas y un poco de pan. La verdad es que los últimos días faltó la alimentación y sólo comieron los presos algunas galletas. Pero no comían mucho más los combatientes.

Una tarde el director del banco fue llamado enérgicamente:

—¡Ciudadano, a declarar!

Los demás prisioneros creyeron que empezaban los fusilamientos. Con los ojos enrojecidos por el llanto, despedían a la presunta víctima. Uno de los sacerdotes presos le bendijo. Cuando salió el banquero, todos quedaron silenciosos, rezando in mente.

El banquero, lívido, salió detrás del hombre que le reclamaba, el cual le condujo a otra estancia donde estaba el jefe de la prisión, un socialista ovetense que el banquero conocía de vista. Sobre la mesa había una gran jarra de leche y una caja de galletas.

—Siéntese, don Nicanor. Vamos a tomar algo.

Don Nicanor pensó para sus adentros que, condenado a muerte, se le darían las últimas viandas. No fue una broma su contestación:

—Le advierto que estoy desganado…

—¿A pesar de llevar dos días sin comida? ¡Siéntese, *home*, siéntese! Si nosotros *non* somos tan malos como dicen.

El banquero se sentó, un poco más dueño de sí. Realmente, no creía que los rojos llegasen al refinamiento de convidar a los presuntos fusilados.

—Pues esta mañana —siguió diciendo el improvisado alcaide— trajéronme estas galletas unos rapaces de Sama, y yo dije: «Pues voy a convidar a don Nicanor, que el *probin* debe estar pasándolas negras».

—Entonces ¿no me llamaba para declarar?

—No, *home*, no. Ésa *ye* la fórmula.

Al banquero le había entrado de repente un apetito atroz. Se lanzó sobre las galletas y alternándolas con grandes tragos de leche no daba paz a la boca.

El carcelero le miraba complacido y consideró necesario exhortarle a aceptar el nuevo estado de cosas:

—Nosotros necesitamos intelectuales, don Nicanor. Usted tiene que venir con nosotros.

—Pero si yo no sé más que cosas de banca, y ustedes van a abolir el dinero.

—Bueno; eso ya lo veremos.

—Además, yo creo que ustedes fracasan. Es muy difícil organizar de nuevo una sociedad.

—No lo crea, don Nicanor. Mire usted lo que pasa en Rusia.

El banquero no consideró prudente continuar en aquellas circunstancias una discusión que podría ser demasiado peligrosa. Calmada su hambre, recordó la de los compañeros de prisión:

—¡Caramba! Me gustaría llevarles algo a los demás presos.

—*Non* se apure, que ahora mandaré lo que queda para que se lo repartan.

—Tome ahora un cigarro, don Nicanor —dijo alargándole un espléndido cigarro habano—. Eso teníalo reservado para usted.

Cuando el banquero retornó al lado de sus compañeros, le recibieron llenos de ansiedad. Él iba lanzando bocanadas de humo, casi feliz.

—Pero ¿qué ha pasado, don Nicanor? —le interrogó el sacerdote—. ¿Ya no nos fusilan?

—No, hombre, no. A mí me han convidado suculentamente. Y me han dado un puro.

Entre los presos la alegría era extraordinaria. Pasaban de la antesala de la desesperación a la del paraíso.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! —gemía el sacerdote—. Dios no nos abandona.

El banquero describió la entrevista, y añadió un poco presuntuosamente:

—Además, me han pedido mi colaboración para el nuevo régimen. Va a ser cosa de pensarlo. Porque, a última hora, uno es un técnico.

Cuando los presos supieron que se les preparaba algún alimento, paseaban impacientes de un lado a otro. La tranquilidad les había despertado el apetito. En medio de todo —pensaban—estos comunistas son unos buenos chicos.

Por fin, llegó la caja de galletas, la leche y una botella de vino blanco. A los pocos minutos las viandas se habían agotado, distribuidas equitativamente por don Nicanor, entre los prisioneros.

Las escenas más patéticas ocurrieron entre los fugitivos: los que tenían que huir de sus casas, incendiadas y deshechas por la dinamita. Familias enteras cargadas con pequeñas maletas, donde habían colocado lo más indispensable, emprendían el éxodo por la ciudad, en busca de refugio. Como era arriesgadísimo atravesar las calles, estos hogares transeúntes cruzaban patios y solares con su impedimenta de niños y enseres. A veces, era preciso horadar la pared de una casa para pasar a otra y así sucesivamente. Hubo familia que atravesó siete medianerías, empujada por el incendio y el tiroteo. Con hachas, cuchillos, martillos y ganchos de cocina, los inquilinos abrían las brechas salvadoras. A veces, abrían el camino de la sepultura, pues hubo quien ahí cayó víctima de la lucha entablada en la calle.

No era raro encontrar en aquellas mañanas lívidas, en los portales de algunas casas alejadas de los lugares de la contienda, una familia de funcionario, de artesano, de empleado, que tiritaba allí de hambre y de frío, sin saber qué hacer, después de haber pasado en aquel sitio una terrible noche cargada de explosiones e iluminada por las hogueras cercanas.

Una de estas familias tuvo que evacuar la casa con una anciana enferma. La llevaban en una butaca, bajo la lluvia, sin saber adónde dirigirse. Unos guardias rojos que tropezaron con la extraña expedición los condujeron a todos al hospital. Pero la impresión que recibió la anciana al entrar en la gran sala, llena de heridos, fue de tal naturaleza que falleció antes de ser colocada en una cama. Cuando el médico de guardia acudió para atenderla, dijo:

—Aquí no traen ustedes más que un cadáver.

Otras veces, los revolucionarios se encontraban en los quicios de las puertas con unos hombres aterrados, perdidos, a quienes interrogaban con premura:

—¿Usted qué hace aquí?

—Es que se me ha quemado la casa y no sé adónde ir.

—Pero ¿usted con quién está? ¿Con el Gobierno o con la Revolución?

—Pues yo… Mire usted… Yo estoy con ustedes.

—Pues ¡hale!, a coger un fusil.

Le empujaban hacia la línea de fuego, y si el hombre no lograba huir antes de llegar al cuartel general, tenía que tomar un arma y pelear por el marxismo.

El magistrado Suárez se había escondido en una casa próxima a la suya, en compañía de su esposa. A media mañana, cuando rezaban todos el rosario, llegó un pelotón de revolucionarios, con gran estrépito de culatas y gritos.

—¡A ver! ¿Quién vive en esta casa?

Todos los vecinos fueron diciendo sus nombres. Cuando le tocó el turno al magistrado, un revolucionario le señaló:

—Éste es fascista.

El magistrado, temblando, dijo:

—No; no, señor. No soy fascista.

—Estuvo en lo de agosto —gritó otro.

De pronto, uno de los revolucionarios disparó su pistola contra él:

—Toma, para que no mientas.

La esposa del magistrado, enloquecida, se arrojó a abrazar a su marido que se derrumbaba. Le alcanzó en un brazo el segundo disparo del agresor, que salió después guardándose tranquilamente el arma. En la estancia sólo se oían las palabras y los ayes de dolor de la pobre mujer que se desangraba. Los demás vecinos, aterrorizados, se acurrucaban en un rincón. Sólo cuando salió el pelotón revolucionario llevándose a la herida hacia el hospital, se atrevieron a acercarse al cadáver.

X. EN LOS PUEBLOS

Que el movimiento fue solamente una sublevación de mineros, apenas controlada por las organizaciones obreras, se advierte por la débil repercusión que tuvo en otros pueblos de Asturias, incluso Gijón y Avilés. En Gijón, alentados por José María Martínez, antiguo anarquista, se sublevaron los pescadores de Cimadevilla y los obreros de El Llano. Cimadevilla es un barrio del antiguo Gijón, apretado en un promontorio sobre la dársena. Aquellas gentes forman un núcleo social aparte, odian a los señoritos y cuando pasan por la calle Corrida, los hombres con sus trajes de mahón y sus botas de aguas, y las mujeres con sus cestas de pescado y su charla pintoresca e insolente, los paseantes se apartan temerosos. Hay siempre en Cimadevilla un fermento revolucionario.

Pero en octubre apenas tenían armas. Pelearon en la plaza del Ayuntamiento infructuosamente. Cuando apareció frente al barrio el crucero *Libertad* y arrojó las primeras granadas, los pescadores huían hacia el interior, hacia los barrios obreros, con sus mujeres y sus hijos.

El mayor contingente de obrerismo industrial lo dan El Llano y La Calzada. Aquellos proletarios han sostenido huelgas heroicas y no se han detenido cuando fue preciso en el camino de la violencia. El sindicalismo español ha librado en Gijón batallas reñidísimas, si bien el motín ha predominado siempre sobre la lucha organizada. Esta vez, a pesar de los esfuerzos de José María Martínez, el sindicalismo gijonés quedó fuera de la Alianza Obrera. Aquellos anarquistas no olvidaban las discrepancias que les habían separado siempre del socialismo, recrudecidas en plena República. Por eso el octubre gijonés fue un débil estallido popular, del cual estaba ausente el sector más violento del proletariado, que vive la utopía del comunismo libertario, pero es incapaz de encuadrarse en una disciplina revolucionaria. Hubo un momento en que la rebeldía ingénita de las masas y la atracción que sobre ellas ejercen las batallas de clase estuvieron a punto de prender en los huelguistas. Pero la verdad es que carecían de armamento suficiente y que, además, ya la marinería

del buque de guerra había desembarcado, sin que se confirmasen los rumores de sedición.

Las fuerzas dominaron fácilmente Cimadevilla y batieron sin grandes pérdidas los pequeños grupos revolucionarios que combatían en El Llano. Algunos obreros quedaron muertos en encuentros aislados. Martínez, el líder, que había tenido violentas disputas con los comités, apareció días después muerto en la carretera, con un fusil al lado.

En Avilés los obreros coparon los puestos de la Guardia Civil, tomaron el Ayuntamiento y combatieron en contacto con los revolucionarios de Trubia. A Trubia fue conducido Pedregal, político melquiadista que fue encerrado en una fonda sin que sufriese otro ataque que el de una ligera flebitis. Los mismos grupos de Avilés volaron un buque, con dinamita, en San Juan de Nieva, para obstruir el paso del puerto a posibles fuerzas llegadas por vía marítima.

En general, en los pueblos rurales apenas repercutió la revolución. En Llanera la lucha fue dura. Pero en Grado y Salas, donde los socialistas locales se apoderaron del mando y practicaron algunas requisas, la cosa no pasó de un simulacro de revolución. A los comités locales les parecía indispensable detener al cura y al cacique, penetrar en la sala del Ayuntamiento y ordenar el cierre de comercios, después de apoderarse de algún aparato de radio para estar al tanto de lo que pasaba, y de algún automóvil que llevase al comité a Oviedo.

Las escenas eran casi las mismas en todos estos pueblos. Como los guardias se habían concentrado en la capital, no quedaba más fuerza pública que los guardias municipales. El grupo de revoltosos llamaba en casa del alcalde:

—¿Está don Arturo?

Salía la señora, temblando:

—Pues… no está. Ha salido muy temprano.

Entonces uno de los agitadores, el de más carácter, insistía:

—Bueno, bueno. Dígale que salga, que aquí no nos comemos a nadie…

El alcalde, que, además, con frecuencia era de la izquierda, aparecía más amable que de ordinario:

—Pero ¿qué pasa? A mi mujer le ha entrado miedo y no quería que saliese.

—Pues… mire usted, don Arturo… Usted ya sabrá que *estamos* en revolución.

—Sí. He oído decir que en Oviedo… Oficialmente yo no sé nada ¿eh?

—Pues aquí… Ya ve usted… No tenemos más remedio. Cumplimos órdenes del comité. Tiene usted que entregarnos la alcaldía…

—Hombre… Eso de entregar… Podéis fracasar y entonces ¿qué pasa? Un alcalde tiene que mirar lo que hace.

—Pues nosotros necesitamos el Ayuntamiento.

—Bueno; eso es otra cosa. Vosotros vais allí y yo no aparezco… Así no se compromete a nadie.

Se dirigían en tropel al Ayuntamiento y allí se instalaban durante algunos momentos. Pero como había que hacer algo revolucionario, un grupo marchaba a casa del cura, que acababa de llegar de decir misa y conversar con las mujerucas madrugadoras. A los revoltosos ya los conocía el párroco. Eran los díscolos del pueblo, los ateos, los «socialistas». El sacerdote, con su bonete deslustrado, les recibía un poco alterado:

—Pero ¿qué pasa, muchachos?

—Pues que ha estallado la revolución, don Federo.

—Bueno, bueno. ¿Y que queréis de mí?

—Pues sabrá usted que nos hemos apoderado del Ayuntamiento y somos los dueños del pueblo. Queremos que usted cierre la iglesia.

—¿Y por qué? Por eso no se perjudica la revolución…

El marxista del pueblo intervenía:

—Sabrá usted que es una revolución como la de Rusia. «La religión es el opio del pueblo.»

—¡Válgame Dios, y cómo os estropean el juicio los diarios! La religión es necesaria.

—*Pa* ustedes —intervenía uno del grupo.

—Bien, bien. No quiero discutir.

—Usted tiene que venir con nosotros al Ayuntamiento.

—¿Es que voy preso?

—Hombre, tanto como preso, don Federo… Allí estará el comité.

El cura era conducido al Ayuntamiento y allí pasaba el día, hasta que por la noche le autorizaban a regresar a la Rectoral. Mientras tanto, los grupos se armaban de escopetas y pistolas y recorrían las calles desiertas.

En la plaza se había reunido el pueblo que comentaba las noticias de la capital, y sobre todo los acontecimientos locales, rodeados allí de una importancia mucho mayor que las batallas que a aquellas horas se libraban en Oviedo y Campomanes.

El tercer día del movimiento, cuando llegó la noticia de que había sido tomada la fábrica de la Vega, la gran victoria revolucionaria, en algunos pueblos quisieron asaltar las tiendas y las casas de los propietarios. Los comités se vieron muy comprometidos para calmar a los grupos, y hasta se dispusieron algunas requisas de géneros en los comercios previas unas notas firmadas por el comité local para garantía de los comerciantes. Unas cuantas prendas y algunos víveres bastaron para pacificar a los más exaltados.

Cuando se supo que las fuerzas habían entrado en Oviedo y que podía darse por derrotada la revolución, el pánico entre los revoltosos de algunos pueblos fue extraordinario. Se arrojaron todas las armas al río y los más comprometidos huyeron. Al mismo tiempo, aparecían otra vez en las calles las llamadas gentes de orden, que durante los sucesos habían permanecido en sus casas temerosas de las represalias populares. Los respetables señores del Casino, ocultos y temblorosos durante una semana, volvían a sus butacas, insultando a los vecinos y tejiendo la tela de las delaciones y las venganzas.

XI. LA FUGA DE LOS COMITÉS

La deserción del primer comité que funcionaba en Oviedo se efectuó el día 12. Peña conocía la derrota de la revolución en el resto de España y consideraba prudente la retirada de la fuerza que luchaba en condiciones de desventaja a causa del bombardeo aéreo.

Estos argumentos pesaban en el ánimo de los dirigentes, casi todos amigos de Peña. Pero no se atrevían a plantear la cuestión en el seno del comité, donde existían grandes discrepancias con los comunistas. El primer conflicto interno se produjo cuando los comunistas de Turón, por indicación de un miembro del comité de Mieres, anunció por medio de una emisora de radio clandestina, que funcionaba en aquel pueblo, la proclamación de la República Obrera y Campesina de Asturias. En aquel acto, los socialistas vieron el propósito de los comunistas de apoderarse del movimiento.

Nadie se atrevía en realidad a detener el ímpetu de aquella masa armada, a la que se había hecho creer que la revolución constituía el fin de sus dolores y sus miserias. Verdad es que ya empezaba a decaer el entusiasmo de algunos combatientes, sorprendidos de la resistencia de la fuerza pública; sobre todo, les amilanaba la acción de los aeroplanos, contra la cual no tenían medios de combate, ni siquiera de resistencia, los revolucionarios.

En la última conversación que tuvo Peña con sus amigos de Mieres, declaró terminantemente que él abandonaba la lucha. Lo hizo así. Preparó con otros amigos un automóvil y huyó de Oviedo. Aquel mismo día entraba la columna de López Ochoa en la capital. Los miembros socialistas del comité, ante esta decisión del que consideraban el hombre más representativo del movimiento, se fugaron también. Quedó sólo un comunista, que decidió inmediatamente convocar a una reunión a todos los jefes de grupo. Éstos, comunistas en su mayoría, llenos de ira por la huida de los dirigentes, decidieron continuar la lucha.

—¡Lucharemos hasta morir! —gritaban.

—¡La revolución ha sido traicionada!

—¡Hay que buscarlos y fusilarlos!

Inmediatamente se constituyó un segundo comité, compuesto exclusivamente por comunistas, cinco muchachos jóvenes y otros dos obreros de alguna edad, que decidieron continuar combatiendo. Este comité se trasladó a un lujoso chalet del marqués de Aledo, en la plazuela de San Miguel, ocupado desde el primer momento por los revolucionarios. Las ricas alfombras de Herrero eran holladas por primera vez por los zapatos de los mineros, que arrastraban pellas de lodo y de sangre. El *hall* estaba lleno de fusiles y de cajas de municiones. Sobre las mesas y las butacas se mezclaban las armas y las prendas de los combatientes. Montones de proclamas se esparcían por el piso y salían hasta el jardín enarenado. Un entrar y salir constante de hombres que pedían armas, y de mujeres que buscaban los vales de los víveres, daban al chalet aire de improvisado campamento.

Lo primero que hizo el comité fue acordar que compareciese Teodomiro Menéndez, como socialista significado. La excitación de los obreros era tal en aquellos momentos que muchos hablaban de la necesidad de fusilarlo. Un comunista se opuso:

—Teodomiro no ha estado nunca con la revolución. Pero no ha engañado a nadie. Él no puede cargar con culpas ajenas.

Prevaleció el criterio de que compareciese para notificarle la fuga de sus compañeros. Dos obreros armados fueron a buscarle por encargo del comité.

—Si no quiere venir —dijo el presidente— me lo traéis a la fuerza.

Media hora después apareció Teodomiro, en medio de los guardias rojos. Cuando estuvo en presencia del nuevo comité, un poco pálido y excitado, protestó:

—Me habéis mandado a buscar con gente armada, como a un enemigo. No me explico este trato, camaradas.

Entre los miembros del comité se armó un gran barullo:

—¿No sabes que se han escapado todos tus compañeros? Habéis traicionado a la revolución.

—Nos habéis engañado —rugía otro.

—La revolución no está vencida —gritaba el que parecía más sereno.

Teodomiro Menéndez exclamó:

—Ya me diréis cuándo puedo hablar.

—Habla —dijo el que ejercía la función de presidente—. Pero ten en cuenta que van a exigirse responsabilidades.

—Parece imposible —empezó diciendo Teodomiro— que quien lleva cerca de cuarenta años de militante, defendiendo a los trabajadores, reciba de vosotros un trato tan injusto. Estoy sufriendo los mayores dolores de mi vida. No sé si sabréis que mi mujer está gravemente enferma, y que a los desastres de estos días se añade para mí la terrible pena de ver cómo mi compañera puede morirse de un momento a otro. Compañeros, sabéis de sobra que he sido opuesto a la revolución; que desde el primer día la doy por fracasada…

—Estás equivocado —le interrumpió alguien ajeno al comité.

—Eso es de cobardes —murmuró otro.

—¡Silencio! —gritó el presidente—. Es preciso oír. El camarada habla sinceramente. Lo que no aguantaríamos es que mintiese.

—Comprenderéis, camaradas —siguió diciendo Teodomiro—, que por no engañar a nadie dejé de sumarme a ella. Yo creo que con los elementos que tiene el Gobierno, mientras no se levante España entera, no hay triunfo posible.

—Madrid se ha sublevado —dijo uno.

—No es cierto. Desgraciadamente, las noticias de la radio son auténticas. En Barcelona se ha rendido la Generalidad y en Madrid no hubo más que tiros sueltos. No hay que hacerse ilusiones. La revolución está vencida. Prolongar la lucha es aumentar la catástrofe.

—Camarada —declaró el presidente—, a ti no te hemos llamado para que des consejos. La lucha seguirá, porque los obreros quieren continuar. A ti te hemos llamado para notificarte que ante la huida de tus compañeros socialistas, que formaban parte del comité, se ha constituido otro que toma la responsabilidad del movimiento. Te lo comunico para que el día de mañana cada uno quede en su lugar.

—Bien. Me doy por enterado. Pero permitidme que os diga que, a mi juicio, mis compañeros no podían hacer otra cosa.

—¡Son unos traidores! —exclamó alguien.

—Y además —insistió el presidente— se ha dado orden de detención contra ellos. Tendrán que responder de su fuga ante el Tribunal revolucionario.

—¿No permitís, en nombre de nuestros ideales, que insista en lo que creo un deber?

—No puede ser, camarada. Estamos decididos a continuar…

En aquel momento entró en la estancia un revolucionario dando grandes voces:

—Ha entrado una columna en el cuartel de Rubín. Llegó por la carretera de Avilés.

Todos se levantaron. Los que no tenían armas las cogían en medio de una gran confusión:

—¡Hay que morir matando! —decía uno.

—¡Atacaremos con dinamita! ¡A ver, llamad a los de Turón, que vengan a vernos! —dispuso el presidente del comité.

A Teodomiro ya no le hacían caso:

—¿Puedo volver a mi casa? —preguntó al presidente.

—Puedes volver. La consigna ahora es T. R. S. («Trabajadores rojos, salud»). Te lo digo por si te detienen.

Mientras los revolucionarios discutían a gritos y se oía un estruendo de armas y de muebles, mezclado con blasfemias y amenazas, Teodomiro Menéndez, líder durante muchos años de los trabajadores asturianos, bajaba derrotado y triste hacia su casa. Pensaba, sin duda, que todo se había perdido; que los sueños esparcidos a través de tantas campañas generosas y entusiastas habían dado sólo una cosecha de decepción y de sangre. Él no huía; en su corazón humanitario y sentimental mandaban más los afectos que los intereses de la revolución. Comprendía que su obra había terminado entonces, y no le importaba que acabase también su poder sobre las masas. El suyo era el fracaso de un socialismo que quiso reformar el mundo por la palabra, instrumento demasiado frágil en un ambiente de violencias. El que durante muchos años quiso la salvación de los parias, en aquel momento, mientras tronaban las explosiones y silbaban las balas de las ametralladoras enloquecidas, sólo pedía la salvación de su compañera de siempre, de aquella mujer humilde y laboriosa que ahora respiraba dificultosamente en el lecho, con los ojos semicerrados por la fiebre.

XII. MOMENTOS DIFÍCILES

Desde aquel momento el desorden y la confusión predominó en el campo revolucionario, a pesar de las órdenes tajantes del nuevo comité y del arrojo de que daban prueba todavía muchos revolucionarios.

López Ochoa había entrado por sorpresa con su columna por la carretera de la costa, recogiendo algunos puestos de la Guardia Civil que llevaban sitiados muchos días, y sometiendo fácilmente a los revolucionarios, desde Salas a Lugones. Por cierto, que cuando se presentó ante el cuartel de Rubín, las tropas que allí resistían les hicieron fuego creyéndolas enemigas. Ya en el cuartel, el general organizó la reconquista de Oviedo. Pero no puede decirse que la ciudad quedase en su poder inmediatamente. Hubo que luchar, y sólo cuando las tropas del Tercio y Regulares llegaron, fueron rechazados los revolucionarios hasta retirarse a los pueblos de la cuenca.

El segundo comité no presidió más que anarquía y represalia. Ante la noticia de que habían entrado tropas se recrudecieron los saqueos y la indisciplina. Las patrullas que llegaban a los prostíbulos de la Puerta Nueva allí se quedaban. Las mujeres temblaban, apelotonadas en la cocina, pero los mineros las sacaban de allí y les hacían bailar, jaleándolas con las manos, llevando el compás con las culatas de los fusiles. De una taberna próxima llevaron cajas de vino y de cerveza, y bajo el ruido de los disparos se oían los cantares de los borrachos, más tristes en la noche del Oviedo en ruinas. Las muchachas tenían miedo y hambre y sobre las rodillas de los revolucionarios no temblaban de pasión sino de pánico. Había una que era de Langreo y preguntaba ansiosamente por sus hermanos, que sin duda habrían estado combatiendo desde el primer día. Pero nadie le daba razón de ellos. Un minero la consolaba:

—No te preocupes, guapina. Si están en el hospital, allí no hay tiros; y si murieron, mejor *pa* ellos.

Algunos bailaban con el fusil colgado, rodeada la cintura por las cartucheras quitadas a los guardias muertos.

Se veía que necesitaban aturdirse y que después de una semana de combate, respirando pólvora y sangre, con el presentimiento de la derrota inminente, habían entrado en la vía muerta de una extraña desesperación. Todas sus palabras rezumaban sarcasmo, bebían sin ton ni son, mojándose las manos que les ardían con el calor de las armas recalentadas por los disparos. A la luz de las velas, que estampaban en las paredes sombras vivientes, aquella juerga sombría y forzada era lo más triste de la revolución. Todos bebieron de tal modo que de madrugada estaban enfermos o inconscientes. Dominados por el cansancio, fueron cayendo, uno aquí y otro allá, en la escalera, en el comedor, en los cuartos de la casa. La madrugada turbia, cenicienta, horrible, encontró amontonados aquellos falsos cadáveres que permanecieron allí muchas horas, mientras caían en las calles otros combatientes para no levantarse más.

Algunos de los miembros del primer comité fueron capturados el mismo día de su fuga. El segundo comité deliberó acerca de la pena en que habían incurrido. Había quien proponía fusilarlos. Al fin, se impuso el criterio más benévolo y se les perdonó, con tal de que tomaran las armas para combatir. A las órdenes inmediatas de los jefes de escuadra, los antiguos dirigentes pelearon en vanguardia contra las tropas del general López Ochoa.

En realidad, al segundo comité nadie lo obedecía. Los revolucionarios actuaban por su cuenta y toda iniciativa, cuanto más temeraria y extremada que fuese, era bien recibida por los grupos. Había empezado, si así puede decirse, el período del terror, porque si bien la dinamita había sido usada desde el primer momento, siempre respondió a ciertas exigencias del combate. Ahora se utilizaba sin objetivo concreto, por el simple afán de destruir. La revolución había enloquecido y se lanzaba vertiginosamente hacia el caos.

¿Qué iba a pasar? Ramón Tol, el médico que ya conocen nuestros lectores, que alternaba la cura de heridos con la lucha activa, empezó a notar que entre los combatientes tomaba cuerpo la idea de destruir la ciudad. Ya que no se podía vencer, y las fuerzas del Gobierno avanzaban sobre Oviedo, que no encontrasen más que escombros. Aquella idea neroniana no la sustentaba nadie en particular; pero tenía ya una existencia difusa entre los revolucionarios. El médico, aterrado ante tal propósito, acudió a la casa donde actuaba el comité y expuso a éste sus temores. La verdad es

que se encontró con unos hombres vacilantes, nerviosos, que no parecían ser los mismos de la víspera, cuando se encargaron tan gallardamente de la dirección del movimiento.

—Yo creo —dijo Ramón Tol— que debéis reunir a los jefes de grupo y ordenarles que no consientan siquiera que se hable de eso.

—Pero ¡si no hacen ningún caso! Están obrando por su cuenta. El movimiento se nos va de las manos —confesó el presidente preocupado.

—Pues hay que tomar alguna medida —repuso el médico—. Si se lleva a efecto lo que dicen, no sólo sería un acto de barbarie, sino que desacreditaríamos nuestra revolución.

—Tienes razón, camarada. Pero ¿estás seguro de que se habla de eso?

—Segurísimo. Lo he oído a varios en menos de una hora.

—Pues hay que hablar con los jefes de grupo. No queda otro remedio.

—Es que les llamamos y no vienen —dijo otro del comité.

—Mira —declaró un tercero—, lo mejor es dejar esto. Que ellos se las entiendan.

Ramón Tol creyó que aquella proposición levantaría un tumulto de protestas; pero vio con asombro que los demás se callaban, como si meditasen o estuviesen de antemano conformes. El temor y la decepción se habían apoderado también del segundo comité. Se veía que carecía de autoridad, de iniciativa y de energía. Entonces Tol exigió que el presidente le acompañase para entrevistarse con algunos jefes de grupo. Por el camino, aquél se lamentaba con el médico:

—Esto ha nacido sin cabeza, camarada. No sé cómo vamos a salir. Tengo la impresión de que tenía razón Teodomiro: nos han dejado solos; fuera de aquí no pelea nadie.

—Pues propongan la retirada —dijo Tol, convencido de que tenían razón.

—¿Y quién se atreve a proponer semejante cosa? Dirían que estábamos vendidos. El otro día un jefe de escuadra me puso la pistola al pecho porque le dije que no permitía saqueos.

—Pues es un problema que hay que plantear.

El médico y el presidente se dirigieron a la estación del Norte, donde estaban las avanzadas revolucionarias. Hablaron con algunos jefes de grupo que apenas daban importancia al asunto. Uno de ellos aseguró:

—Todavía triunfaremos, camaradas. No hay que apurarse. Las tropas se metieron en el cuartel y no se atreven a salir.

—Pero volar Oviedo sería una barbaridad —dijo el médico.

—Si no es *pa* nosotros, camarada, que no sea *pa* nadie.

Fueron a San Lázaro, donde estaba emplazado un cañón, y allí nadie quiso oír nada de comités, ni de dirigentes:

—Creo que los comités se escaparon. Bueno, pues nosotros no dejamos esto. ¡Valientes vainas los dirigentes!

Los dos revolucionarios se retiraron convencidos de que ya no había manera de controlar a las masas desmandadas. El presidente del comité declaró que él abandonaba el puesto. Cuando llegaron al chalet de Herrero, los demás ya no estaban. El segundo comité también había desaparecido.

Ramón Tol comprendió que era preciso a toda costa evitar la catástrofe. En su viaje a Langreo había podido comprobar que allí había un jefe valiente, de gran ascendiente entre los obreros de todas las significaciones. Este jefe, Belarmino Tomás, quizá pudiese tomar a aquellas alturas las riendas del movimiento. El médico buscó un coche de la Cruz Roja y pidió que se le llevase a Sama para un servicio urgente. A regañadientes, el jefe del hospital autorizó el viaje.

Ya en Sama, Tol encontró a Belarmino en el Ayuntamiento, ocupándose del aprovisionamiento del valle de Langreo. Belarmino Tomás, con la boina puesta, el gesto sereno, la mirada inteligente, rodeado de gente pidiendo vales, tardó bastante tiempo en poder atender al médico. Por fin, ambos hablaron largamente. Belarmino conocía la situación de Oviedo, y sabía, además, que las tropas avanzaban desde Gijón y San Esteban de Pravia. Era urgente, desde luego, organizar la retirada:

—Pero esto es lo más difícil —declaró Belarmino—. Al fin y al cabo una revolución es una guerra y en la guerra lo más difícil es una buena retirada.

—Es que, además —repuso Tol—, los hay que mientras tengan armas no se retiran.

—No hay quien les convenza de que en el resto de España ha fracasado todo.

—Pero lo grave es que hablan de volar la ciudad.

—¿Dicen eso? —preguntó Belarmino alarmado.

—Se habla de eso con demasiada insistencia.

—¡Ah! Hay que hacer algo. Yo voy con usted ahora mismo a Oviedo.

Durante el trayecto no hacían más que encontrar obreros que retornaban a sus casas, con sus fusiles al hombro. Habían desaparecido los guardias que antes exigían los pases a los coches. Todo tenía un aire de desolación, de desilusión y de derrota.

Belarmino decía:

—Nos ha faltado dirección. Pero, además, contra la aviación no se puede luchar. Hay que tener, por lo menos, armas iguales.

A la entrada de Oviedo nadie les pidió el volante de circulación, ni la consigna. Se oía, sin embargo, fuego de cañón y de fusilería. Aquella tarde los aviones volaron de nuevo sobre el cuartel, y arrojaron víveres. Los revolucionarios dispararon contra ellos inútilmente.

Belarmino se entrevistó con varios de los combatientes más significados y aquella noche se convocó una reunión en el chalet de Herrero, donde ya no quedaban más rastros del segundo comité que botellas vacías e innumerables cigarros. Asistieron la mayoría de los jefes de grupo y muchos socialistas y comunistas significados. Allí se reconoció que era preciso trasladar fuera de Oviedo la dirección del movimiento. En el caso de que las tropas que venían sobre la capital lograsen apoderarse de ella, quedaba aún la cuenca minera, donde los rojos se consideraban invencibles. En montañas casi inaccesibles, conociendo el terreno palmo a palmo, abastecidos por sus familias, la lucha podría prolongarse indefinidamente y Asturias podría continuar siendo baluarte de la revolución proletaria. Ésta era la idea de los combatientes de más prestigio. Éstos no contaban, sin embargo, que ya en la masa había entrado la depresión; que faltaba la ardiente ilusión de los primeros días, y que era imposible reconstruir lo que con la retirada de Peña se había deshecho: la convicción del triunfo, el espíritu generador de la victoria. Belarmino y el médico comprendían perfectamente que todo estaba perdido; pero sabían también que sólo de un modo indirecto, dando rodeos, era posible llegar a la terrible conclusión de que había que capitular. Por eso asintieron a todo, con tal de ir ordenando un poco el caos, echando frenos a la desesperada reacción de las masas.

Después de combinar un nuevo ataque a la cárcel, al cuartel y al Gobierno Civil, para el día siguiente, el nuevo comité salió en el automóvil de la Cruz Roja para Sama de Langreo. Era el primer paso para la capitulación.

XIII. LA CAPITULACIÓN

El día 16 se atacó briosamente las posiciones enemigas. Se trataba, sobre todo, de apoderarse de la cárcel, donde se encontraban significados revolucionarios, cuya incorporación influiría indudablemente en el ánimo de los combatientes. No fue posible. La guarnición resistía, y por dos veces rechazó con bayoneta calada el asalto de los sitiadores.

Al atardecer, éstos pidieron más municiones. Pero del cuartel general les contestaron que se necesitaban para atacar el cuartel, de donde pretendían salir las fuerzas de socorro. Hubo, pues, que suspender el ataque a la cárcel. Como se suspendió el que se había iniciado al Gobierno Civil, defendido todavía desde la catedral. Los revolucionarios, con las cartucheras agotadas, se pedían unos a otros municiones:

—¿Es que no quedan ya cartuchos? —preguntaban a los jefes de grupo.

—No. Se han mandado buscar a Sama. Pero hoy tenemos que arreglarnos con las cajas que nos entregaron por la mañana.

Aquello era desmoralizador. Se veía a los mineros, apoyados en los quicios de las puertas, con el fusil tirado en el suelo, aburridos:

—¿No combates, chacho?

—¿Con qué? No me queda ni una bala.

—Chico; esto va muy mal…

—Los dirigentes, que nos han abandonado…

Se había hecho un verdadero derroche de municiones. Como la revolución había carecido desde el primer momento de una concepción técnica, militar, y había estado encomendada solamente al valor personal y a la audacia de los obreros, éstos desconocían el valor de las municiones. La toma de la fábrica de la Vega les había alucinado; creían que aquellos pertrechos no se acababan nunca; que los barcos de guerra sublevados llegarían de un momento a otro con refuerzos; que Rusia enviaba su flota hasta las costas cantábricas para ayudar en la epopeya de los montañeses asturianos. Almas simples y encendidas, los rumores más absurdos bastaban para avivarles

el fuego de la fe y el fervor de la lucha. Pensaban que un poder misterioso obraba casi milagrosamente en aquellas jornadas. El impulso que a ellos les llevaba a morir por las ideas, creían que tenía suficiente fuerza para obrar en todos los actos de la revolución. En una palabra, confiaban en el poder y la fuerza de su clase, tal como la habían exaltado sus propagandistas en discursos y proclamas.

Cuando el comité recibió la petición de municiones, comprendió que se habían agotado. Gestionó, sin embargo, en Mieres algunos refuerzos. Allí las tropas habían logrado romper el cerco de Vega de Rey y avanzaban en medio del pánico de pueblos y aldeas. El comité, que se reunía en el Ayuntamiento de Langreo, recibía noticias pesimistas de todas partes. Por fin, Belarmino Tomás planteó la cuestión:

—Señores, la situación es insostenible. Hemos luchado hasta última hora. No queda más que capitular.

El comité aún se resistía. Había que enterarse personalmente de la situación en Oviedo, explorar el ánimo de los combatientes, conocer exactamente la situación de las tropas. Al día siguiente, los diferentes miembros del comité salieron hacia Oviedo y Mieres, para realizar una labor de exploración. Las impresiones no podían ser más desconsoladoras. En Mieres habían comenzado las luchas entre los propios obreros, y empezaban a temerse colisiones internas. En Oviedo, la desmoralización alcanzaba caracteres alarmantes. Menudeaban las riñas y los disgustos. Las deserciones se hacían en masa, ya sin pretextos ni disculpas. Los asaltos a las tiendas, las borracheras, los escándalos eran mucho más frecuentes. Las guardias no se hacían con regularidad y los enlaces apenas funcionaban. Si las fuerzas del cuartel de Rubín hubieran salido en muchos momentos, se habrían apoderado fácilmente de la ciudad, inaccesible días antes para todo un cuerpo de ejército. Las municiones estaban a punto de agotarse, y sólo el cañón y la dinamita atestiguaban, de vez en cuando, que la revolución no había enmudecido todavía. Por las calles no se veían más que gentes que recogían restos del botín, portando toda clase de objetos, rebuscando en los escombros, desvalijando los cadáveres. Se veía a la legua que aquéllos no eran de los que habían combatido, sino que salían de sus escondrijos para aprovecharse de la pausa de la revolución.

Las impresiones de los comisionados no podían ser peores. El día 17, por la mañana, quedó reunido en el Ayuntamiento de Sama el tercer comité de la revolución. Había circulado el rumor de que se iba a suspender la lucha y en la plaza empezó a

congregarse el público, compuesto de obreros y de familias de los combatientes. Mientras el comité deliberaba, abajo se hacían apasionados comentarios acerca del desenlace de la jornada. Eran pocos los que sostenían la necesidad de continuar resistiendo. En el fondo, aunque la mayoría se negase a confesarlo, todos deseaban el armisticio. Los horrores de aquellos diez días habían torturado a todo el mundo y el que más y el que menos llevaba impresa su huella en el corazón.

La conferencia del comité fue muy laboriosa. Todos coincidían en la necesidad de capitular; pero donde discrepaban era en las condiciones de la rendición. Había incluso quien pretendía que el general López Ochoa reconociese, previamente, que los emisarios lo eran del ejército rojo. Si la emisora de Turón había anunciado la proclamación de una supuesta República Obrera y Campesina de Asturias, era congruente que existiese un ejército que negociase.

Por fin, se llegó a un acuerdo. Para el cese de las hostilidades se le propondría al general en jefe que no entrasen las tropas en plan de guerra en la cuenca minera, y que en vanguardia no figurasen las fuerzas coloniales. Por su parte, los revolucionarios se comprometían a suspender la lucha y abandonar la capital y la cuenca minera.

Belarmino Tomás salió al balcón y dio cuenta del acuerdo al público que esperaba. Habló con sencillez y emoción del esfuerzo de los revolucionarios, de las condiciones de inferioridad en que éstos se encontraban, de la sangre derramada y de los hogares devastados.

—Seguimos creyendo —dijo— que es nuestra la razón y no nos resignamos a perderla por haber perdido esta vez —terminó preguntando a la improvisada asamblea—: ¿Aprobáis el acuerdo del comité?

Un grito unánime, sofocado en parte por la emoción, respondió:

—Sí.

Querían la paz, no por convicción, ni por arrepentimiento, sino por cansancio, por agotamiento físico, por deseo de reposar sin la terrible sacudida de la lucha. ¡Hacía tanto tiempo que no comían tranquilos, que se racionaban los víveres, que tableteaban las ametralladoras sembrando el sobresalto a lo largo del valle! Por fin, dejarían de aparecer sobre las cumbres los pájaros atroces que portaban las bombas. Ya se podría andar por las calles sin miedo, y sin consultar a cada paso los ruidos del aire, el vuelo sigiloso del enemigo, que lleva el incendio y la muerte entre sus garras.

Fue Belarmino Tomás, en unión de un teniente de la Guardia Civil que figuraba como prisionero de los revolucionarios, el teniente Torrens, el encargado de transmitir al general López Ochoa la propuesta. Torrens, al parecer, conocía al general y atestiguaría que el emisario representaba al comité revolucionario.

Los negociadores llegaron al cuartel de Rubín con las manos en alto. En realidad, los centinelas los hicieron presos desde el primer momento. Al dar a conocer la misión que llevaban, el general les hizo pasar a su presencia. Belarmino Tomás le hizo notar, primeramente, que los obreros trataban con un general republicano, y después le dio cuenta de las condiciones de la capitulación. El general, por su parte, propuso las suyas: entrega de la cuarta parte del comité revolucionario; entrega del armamento y cese absoluto de las hostilidades.

A mediodía quedó acordado el pacto. El comité hizo circular las órdenes de retirada, que se cumplieron con alguna dificultad. El propósito de los dirigentes era abandonar Oviedo aquella misma noche, pues ya les pisaban los talones las tropas coloniales.

XIV. LA EVACUACIÓN DE OVIEDO

Aquel extraño campamento que había sido Oviedo durante once días iba a ser levantado en el término de unas horas. El hombre echa raíces en todas partes, incluso en la guerra, incluso en la miseria, en la cárcel y en el hospital. A pesar de las penalidades de aquellas siniestras jornadas, a pesar del peligro constante, de la fatiga y la necesidad, había muchos hombres encariñados con la revolución. Volver a la dureza de la mina, a la monótona faena de todos los días, después de haber soñado con una existencia nueva, rotas las cadenas del trabajo manual, era una amarga prueba. Cuando los delegados del comité llegaron con la indicación de suspender la lucha y retirarse hacia Langreo, se encontraron con la negativa de muchos.

—¡Lucharemos hasta morir! —decían.

—Cuando no queden balas, atacaremos a navajazos.

En algunos puestos los revolucionarios permanecían tumbados, sin hacer caso de las órdenes que se les transmitían. Exaltados o deprimidos, los mineros no acababan de resignarse a abandonar la capital. Y los que lo hacían se negaban en redondo a entregar las armas.

Belarmino Tomás tuvo que recorrer los puestos, en unión de los jefes comunistas, para que la orden fuese obedecida. A regañadientes, los mineros más reacios tomaban asiento en camionetas y camiones, protestando:

—*Pa* eso pudimos ahorrarnos tanto desastre.

—Nos han engañado —decían los más díscolos.

Pero ya en el vehículo se alegraban de que la pesadilla terminase, y estaban deseando llegar a sus casas para dormir de una vez muchas horas, sin el duermevela de las trágicas jornadas.

El cañón de San Lázaro seguía tronando, sin embargo. Se les habían enviado varios recados a los que combatían para que cesase el fuego, inútil por otra parte, porque las granadas carecían de espoleta. Belarmino estaba irritadísimo, porque aquel cañón pa-

recía demostrar que los obreros no cumplían el pacto. Decidió ir él mismo a someterlo, seguido de un grupo de incondicionales.

El cañón estaba servido por un artillero de Trubia, que disparaba a las órdenes de un grupo de Mieres. Belarmino se dirigió al artillero:

—Pero ¿no habéis recibido órdenes de no disparar más?

—Es que a mí me obligan. Yo estoy disparando a la fuerza.

—A ver, ¿dónde está el jefe del grupo?

El jefe del grupo, un mozo achaparrado, con la camisa desabrochada y el gesto hostil, apareció en la puerta de una casa próxima. Llevaba una pistola en la mano, y le seguían media docena de hombres armados.

Belarmino se dirigió a él:

—¿No me conoces, camarada?

El aludido le miró un poco sombríamente. Después respondió:

—Sí. Ya sé que eres Belarmino, el de Sama.

—¿Cómo no habéis hecho cesar el fuego? El comité lo ha acordado.

—Yo no entiendo de comités —respondió el minero alterado—. Unos dicen que los comités se han fugado; otros que se está tratando con las tropas. Y yo no sé nada. A mí el que me nombró para esto fue Peña, y no me dijo todavía que lo dejara.

—Nosotros no nos rendimos —intervino otro de los mozos armados—. Si quieren el cañón que vengan por él.

Belarmino les habló serenamente de las condiciones en que se había acordado la rendición. La lucha estaba perdida, y era preciso evitar las represalias en los hogares de la cuenca. La idea socialista no había sido derrotada, y ellos ya tendrían ocasión de volver a combatir por ella. Pero todas las dificultades que se opusiesen entonces no harían más que perjudicar la causa obrera.

Ante las palabras del líder, los revolucionarios cedieron:

—Pero no entregamos los fusiles, ¿eh? Eso de ninguna manera.

Belarmino les indicó que ocuparan un camión para regresar a Mieres. Los mineros, resignados, emprendieron la marcha hacia el centro de la ciudad. El cañón había enmudecido por fin, y allí quedó solitario, en medio de la calle, como una bestia muerta.

Los mineros arrastraban sus fusiles hacia los vehículos. Algunos llevaban recuerdos del combate, unas polainas de guardia de Asalto, un sable, una pistola reglamen-

taria. Otros emprendían la marcha a pie, sin prisa por llegar, esperando que los recogiesen los autos del trayecto. Se notaba en todos un gran cansancio, una indiferencia sin límites. Apenas se hablaba entre los grupos. Según iban saliendo los revolucionarios, la ciudad aparecía más trágica, silenciosa, devastada. Después de muchos días de espantoso tumulto, donde se mezclaba el rumor humano al ruido de las armas, aquella calma era quizá más angustiosa. En el atardecer bituminoso, los rescoldos humeantes de los incendios, el paso asustado de algunos transeúntes, las esquinas estranguladas, las casas sangrando por sus flancos, todo ofrecía un aire pavoroso y cruento. Oviedo, en efecto, era una ciudad yerta, parada, desangrándose en silencio. Ni siquiera los aeroplanos habían aparecido aquella tarde. El último motor de los camiones que evacuaban la ciudad había quedado trepidando en el aire, hasta que se mitigó también como el eco postrero de la lucha.

Pero de pronto una explosión inmensa, como un terremoto, que hizo conmoverse a la ciudad, como si acabaran de romperse sus raíces, como si una montaña se hundiera, resonó en aquella calma efímera. ¿Qué había sido? Había volado el Instituto, donde se depositaba la dinamita revolucionaria.

Horas antes, los prisioneros allí depositados habían sido puestos en libertad por orden del comité. Nadie sabe quién indicó la necesidad de volar el edificio. Lo cierto era que allí había unas veinte cajas de dinamita (cerca de cinco mil cartuchos) y varias cajas de bombas fabricadas en La Felguera y Mieres, algunas hasta de treinta kilos de peso.

A última hora de la tarde, cuatro revolucionarios fueron recorriendo las viviendas cercanas para que fuesen desalojadas por los inquilinos. Éstos, llenos de pánico, ni siquiera preguntaban a qué obedecía aquella medida. Salían apresuradamente y se trasladaban sin rumbo, al otro lado de la ciudad. Acostumbrados ya estos vecinos a los horrores de la revolución, nada les impresionaba, y lo único que hacían era obedecer ciegamente las indicaciones de los obreros. Un anciano que había presenciado curiosamente el curso de la lucha y al que ya conocían los revolucionarios de aquel sector inquirió la razón del traslado.

—Es que vamos a acabar con nuestra dinamita, para que no nos la cojan.

—¡Ah, vamos! —dijo el viejo muy convencido—. Como Cervera en la guerra de Cuba.

—¿También hizo explotar la dinamita?

—Dicen que echó a pique los barcos.

Cuando ya en los alrededores no quedaba nadie, fueron alejando a los que hasta entonces habían hecho guardia en el edificio. Por cierto, que en una de las aulas dormía profundamente su borrachera de aquella mañana uno de los centinelas. Como todos los días, había entrado en la taberna próxima y había bebido copiosamente. Los compañeros contaban que este luchador ejemplar no había hecho otra cosa en los diez días de ocupación de Oviedo que decomisar toda clase de bebidas y libar incesantemente. Se pasaba los días borracho.

Los revolucionarios quisieron despertarlo; pero fue inútil. Le sacudían violentamente; le llamaban una y otra vez, y el borracho seguía roncando. Entonces uno de los revolucionarios le sacó a rastras del local; pero cuando llegó a la escalera dijo a sus compañeros:

—¿Sabéis lo que os digo, camaradas? A éste debemos dejarlo aquí.

—Desde luego, si le dejamos no volverá a beber en su vida.

—Un revolucionario que en vez de luchar se emborracha no merece que le salvemos.

—Tienes razón. Que vaya a beber al infierno.

Y allí lo dejaron. Rociaron con gasolina el piso donde estaba la dinamita, le prendieron fuego y huyeron.

Minutos después la explosión sembraba de pánico la ciudad. Al oírla, las gentes salían empavorecidas de sus casas, dando gritos, corriendo de un lado a otro sin dirección fija. ¿Qué nueva catástrofe se anunciaba con aquel estruendo sobre la ciudad martirizada? ¿Qué nuevos horrores aguardaban todavía a la población neutral, encogida de miedo, hambrienta, abochornada, en cuyos oídos resonaba aún la barahúnda horrorosa de la guerra?

Tardó algún tiempo en tranquilizarse la ciudad. Cuando se supo que los revolucionarios habían hecho saltar sus explosivos, nadie estaba seguro de que no existiesen otros depósitos y no continuasen las temibles explosiones.

La calma no renacía, a pesar de todo. En los barrios extremos de Oviedo se seguía combatiendo. En el Naranco grupos de revolucionarios resistían a las primeras fuer-

zas del Tercio, que llegaban después de accidentadas jornadas. La evacuación se había hecho desordenadamente; pero, además, muchos combatientes seguían todavía en posesión de fusiles y ametralladoras. Allí fue donde murió la Libertaria, una muchacha hija de un anarquista que se había vestido de rojo para combatir. Parecía imposible que hubieran transcurrido varios días de lucha y la Libertaria estuviese ilesa; con sus ropas rojas ofrecía un blanco magnífico. Pero allí estaba cuando entraron las fuerzas coloniales, disparando su fusil en un parapeto, mientras otros camaradas hacían fuego también con fusiles y ametralladoras.

El oficial que iba en vanguardia se resistía a creer que fuese una mujer la que disparaba.

—Me gustaría cogerla viva —dijo el teniente.

Pero a los pocos momentos una descarga la derribaba sobre un seto del camino. Rechazados los revolucionarios, los militares estuvieron contemplándola, un poco sorprendidos de aquel heroísmo para ellos incomprensible. Libertaria quedó allí, como un charco rojo en medio del camino, hasta que al día siguiente recogieron el cadáver las ambulancias y fue enterrada en la fosa común. Tenía veinte años y era comunista.

Evacuada la ciudad por los revolucionarios y posesionada por completo de ella las tropas, empezaron a surgir en las calles seres extraños, aturdidos, incoherentes, que era como si regresasen de un mundo fantasmal, tras una existencia de pesadilla. Las mujeres lloraban sin saber por qué, los hombres se contaban sus lances grotescos o trágicos y volvían a sus refugios, no convencidos de que aquello hubiese terminado.

Sin conocerse, las gentes hablaban atropelladamente de las angustias de la revolución.

—Y ¿qué pasa en Madrid? ¿Qué pasa en Madrid?

Un hombre calvo, nervioso, el traje manchado y arrugado, con la huella de no habérselo quitado en muchos días, no hacía más que lanzar a todos esta pregunta. A un oficial que pasaba por la calle Fruela también le interrogó anhelante:

—¿Qué pasa en Madrid?

El oficial le miró despectivamente, y respondió:

—En Madrid no pasa nada. ¿Qué va a pasar?

El hombre calvo tenía, sin embargo, razones más que suficientes para hacer esta pregunta. Había llegado a Oviedo la víspera de la revolución. Era farmacéutico en

Madrid y había ido a la capital para ajustar un pedido importante de un producto alemán que él representaba en España. Se hospedó en Oviedo en el hotel Inglés, en cuya casa se instaló desde el primer momento un grupo de guardias de Asalto para impedir el paso de los revolucionarios. Al huésped le despertó el día 6 un horroroso estrépito, carreras y gritos, luego el seco sonido de los disparos. Alguien le dijo a voces que había estallado la revolución y que los mineros atacaban el hotel. Tuvo que pasar allí dos días sin probar apenas bocado, internado en las habitaciones interiores, en unión de otros huéspedes igualmente aterrorizados. Al fin, los mineros tomaron la casa y detuvieron a todos sus habitantes. El farmacéutico fue llevado a presencia del comité y sometido a un minucioso interrogatorio:

—¿Qué hacías en esa casa, camarada?

—Era huésped del hotel Inglés.

—¿Dónde vives habitualmente?

—En Madrid.

—¿Y cuál es tu profesión?

—Farmacéutico.

—Ah. ¿Farmacéutico? Necesitamos farmacéuticos. ¿Tú estás con la revolución?

—Hombre, yo… la verdad. Nunca me mezclé en política.

—Bueno; eres un pequeño burgués sin partido. Te vas a encargar de una farmacia de la Escandalera. Supongo que no envenenarás a nuestros enfermos.

—¡Por Dios! Pero… mejor sería que lo hiciese otro. Yo estoy tan impresionado…

—No hay más remedio. Mejor estarás ahí que expuesto a un balazo el día menos pensado.

El farmacéutico no tuvo más remedio que encargarse de la farmacia y despachar los vales que le mandaba el encargado del hospital. Por cierto, que constantemente recibía pedidos exorbitantes de específicos, de material, de toda clase de elementos sanitarios. Su espíritu industrial se sublevaba ante aquel derroche:

—Hombre —decía a los mandaderos—, decidles que no gasten tanto; que se van a acabar las existencias, y entonces sí que va a ser ella…

Pensaba, además, que a aquellas horas, en su querida farmacia de Madrid, se estaría haciendo lo mismo, creándole una situación irreparable. Para aquel hombre la tragedia consistía principalmente en la liberalidad con que se procedía en materia sa-

nitaria. A última hora llegó a tomar tan en serio aquel problema que no hacía más que enviar notas al comité con la relación de existencias, instándole a que interviniese para evitar aquellos abusos.

Por eso cuando los mineros evacuaron Oviedo, y las gentes salieron a la calle después de tantos horrores, el farmacéutico preguntaba, obsesivamente, qué pasaba en Madrid. Saber que su farmacia estaba intacta sería la satisfacción más grande de su vida.

XV. LA HUIDA

Muchos mineros regresaron a sus casas. Otros coincidieron en Sama, donde habían de ser recogidas las armas, aunque los primeros días se depositaron bien pocas. Pero algunos grupos huyeron por el monte, dispuestos a ponerse fuera del alcance de las tropas. Algunos porque tenían mayor responsabilidad, y otros porque la revolución los había puesto ya fuera de la ley, incitándoles a una vida de riesgo y de aventura. Muchos de estos grupos combatieron todavía durante varios días con la Guardia Civil, que les perseguía. Otros lograron diseminarse por las montañas de occidente, hacia Galicia, y otros fueron capturados en alguna aldea, sin darles tiempo a combatir.

El grupo de Ramón Tol, el médico, se dirigió hacia occidente, a pie, porque ninguna camioneta quiso llevarles por la carretera del interior. Ramón Tol se proponía llegar hasta su concejo, perdido casi en los confines de Galicia, y allí, a caballo y con algún guía experto, pasar a Portugal. Otros tres jóvenes revolucionarios se ofrecieron a acompañarle.

—Pero lo primero que tenéis que hacer —dijo el médico— es dejar los fusiles.

—¿Y con qué nos vamos a defender?

—Con pistolas.

—Es que no tenemos.

—A ver si encontráis quien os cambie las armas largas.

Por fin, pudieron hacer el trueque. Los cuatro hombres emprendieron el camino sin víveres ni equipaje de ninguna clase. El médico les dio instrucciones:

—Vosotros no habléis con los paisanos. Dejadme a mí, que los conozco bien. El éxito de la fuga depende de que mañana a estas horas estemos en La Espina.

—¿Y no podríamos encontrar un coche que nos llevase hasta allí? —dijo uno de los fugitivos.

—No lo creo probable ni conveniente. Además podrían denunciarnos. La cuestión está en llegar a mi aldea antes de que las tropas se den cuenta de que por este lado también puede haber quien se fugue.

La marcha se hacía difícil, porque el médico no quería seguir la carretera general y había trazado con un lápiz un itinerario en cierto modo caprichoso. Los montes estaban encharcados, los caminos convertidos en lodazales y el cielo lo surcaban nubes negras, hidrópicas, que amenazaban encallar sobre los campos desteñidos y pálidos.

Los cuatro hombres caminaban silenciosos. De pronto uno de ellos murmuró.

—Esta vez la perdimos…

—Pero otra vez la ganaremos —dijo Ramón Tol, como hablando consigo mismo—. Nos faltó dirección y unión. No se puede luchar más que con armas iguales. Hoy no es como el 17, que los mineros pudieron hacerse fuertes en el monte y combatir contra los soldados. Entonces no había aeroplanos.

—Si nosotros hubiéramos tenido aeroplanos…

—Fue lo que más nos desmoralizó. Pero además no tuvimos jefes. No basta ser valiente para dirigir una revolución. Una revolución hay que plantearla como una guerra.

Aquella noche apenas durmieron. A la altura de Salas, uno de ellos se destacó a una aldea para comprar algo en una taberna. Compró pan y longaniza.

El médico repartió equitativamente la cena, y después se tumbaron en la espesura del monte, en un sitio seco. Ramón Tol no durmió apenas, pero sus compañeros se quedaron durante tres o cuatro horas sumidos en profundo sueño. El médico tuvo que despertarlos para proseguir el viaje.

Había luna y esto les ayudaba a caminar más fácilmente. En las charcas de los caminos brillaban a veces las estrellas, como objetos perdidos. Las moles de los árboles, agrandadas por las sombras, parecían abalanzarse sobre los fugitivos. Algún perro lanzaba su ladrido, desgañitado, desde una aldea lejana y otro ladrido venía a enlazarse con el primero, para recorrer juntos el silencio de la noche campesina.

De madrugada llegaron al puerto de La Espina. En aquella altura había un silencio sereno, el de las cumbres solitarias. El alba rompía la última tela de la noche otoñal, y los campos empezaban a insinuar sus formas irregulares, sus matices, la mancha de sus caseríos. Los gallos rompían el cristal del aire con sus quiquiriquíes metálicos. Para los que venían de la agitación de la lucha, de oír la explosión de las bombas, el trueno de los cañones y de la dinamita, aquella calma era cosa inesperada y nueva.

Los revolucionarios iban indiferentes al paisaje. A pesar del cansancio de la jornada iban contentos. Habían avanzado mucho, y a mediodía podían estar en la aldea donde el médico tenía la seguridad de encontrar fácil la fuga. Entraban en la comarca de Tineo. Ramón Tol pensó que aquel paisaje habría asistido alguna vez al paso de un revolucionario más importante que ellos: Riego, el caudillo constitucional, ahorcado por la reacción. Pero Riego no había pasado por allí huido, sino triunfador, con su uniforme nuevo de subteniente. Además aquel liberalismo estaba equivocado. Creía que bastaba que la libertad se escribiese en unos códigos para que ya existiera. El médico despreciaba aquella idea desde la altura de su materialismo histórico. Le parecía imposible que pudieran existir gentes tan ciegas que no comprendieran que sin libertad económica no hay libertad espiritual.

El médico tenía la costumbre de pensar en marxista. Por eso, a pesar del cansancio, le asaltaban aquellos pensamientos. Cerca de mediodía les cortó el paso el Narcea, un río poderoso, que camina largas jornadas bajo abedules, cerezos y castaños. El médico lo saludaba como a un viejo amigo. En sus cabalgaduras por aquellas tierras era su compañero el río, y aunque Tol, poco propenso a la poesía, no lo trataba con la ternura y la confianza con que podría tratarlo un poeta, no pudo menos de conmoverse vagamente ante aquellas aguas inmanentes y familiares. Días atrás las había dejado para entregarse a la aventura de la revolución; había bordeado la muerte y la catástrofe, y volvía a estar allí, aunque derrotado y fugitivo, luchador ilegal por una idea desinteresada.

Al atardecer llegaron al pueblo del médico. Se dirigieron a una casa de labor, donde un campesino, que trabajaba en la era, se quedó asombrado ante la aparición de aquel extraño grupo de hombres derrotados, sucios y famélicos.

—Pero ¿es usted don Ramón?

—Yo soy, amigo Arturo. Y necesito vuestra protección.

—Vamos a la casa, don Ramón. Allí hablaremos mejor.

—No llames a nadie. Quiero que hablemos a solas.

Penetraron en la casa y, a través de la cuadra, subieron al piso superior, que olía a heno y a manzanas.

—Primero, tráenos algo de comer. Estamos desfallecidos.

—Enseguida, don Ramón.

El labrador salió y minutos después volvió con una enorme hogaza, un jamón y una jarra de vino.

Los fugitivos se lanzaron ávidamente sobre los víveres. A pesar de lo que les urgía preparar la fuga, el hambre era de tal naturaleza que no les dejaba espacio para pronunciar una sola palabra. El labrador, por su parte, los observaba curiosamente, sorprendido de aquel apetito voraz. Por fin, el médico le dijo al campesino:

—Mira, Arturo. Ya supondrás que he tomado parte en la revolución.

—Lo suponía, don Ramón. Pero ¿ya se acabó todo?

—Se acabó y nos han derrotado. Necesito fugarme a Portugal; pero por Galicia, donde tengo amigos. He pensado que vosotros podíais ayudarme.

—Usted disponga de mí como quiera, don Ramón. Yo estoy para servir a los amigos cuando llega la ocasión. Usted me dirá lo que hay que hacer.

Hablaron largo rato combinando el plan. Se buscarían cuatro buenos caballos, y saldrían por la noche, guiados por Arturo y otro campesino, camino de Fonsagrada. Al llegar a Galicia cada uno se marcharía por su lado para no despertar sospechas y procuraría internarse en Portugal.

—Sal a hacer las gestiones; pero no digas nada a nadie más que a las personas que te indico. Estoy seguro de que todos nos ayudarán.

En efecto, antes de las diez de la noche estaban las caballerías dispuestas. Arturo colocó víveres en las alforjas de todas, y la pequeña caravana se puso en marcha, alumbrada por la luna. Los espoliques iban a pie, delante. Uno de los fugitivos, que no había montado nunca a caballo, tuvo que ser instruido para dirigir la cabalgadura. El médico, acostumbrado a montar, marchaba en primer término.

Así caminaron varias horas, hasta la madrugada. Como al día siguiente era feria en Fonsagrada, se encontraron aldeanos a caballo que se dirigían a la villa gallega. En las inmediaciones los campesinos, siguiendo las indicaciones del médico, recogieron las caballerías y se despidieron de los fugitivos. Éstos se abrazaron y cada uno se fue por su lado. El médico se dirigió a la feria, estuvo en una posada y aquella tarde tomó un autobús para Lugo. Nadie le reconoció. Con el auxilio de un amigo pasó a Portugal, por Tuy, y más tarde embarcó para Francia.

Pero otros revolucionarios, que también habían huido por el monte, no tuvieron tanta suerte. La Guardia Civil les persiguió incesantemente. Unos cayeron comba-

tiendo y otros fueron capturados. Rotos, hambrientos, desamparados, fueron sucumbiendo sin gloria ni heroísmo. El Nalón y el Caudal, los dos ríos mineros, astrosos y lentos, llevan desde entonces en sus aguas la sangre de los parias, mezclada con la escoria y el carbón de la mina.

ENSAYO

EL NUEVO ROMANTICISMO

POLÉMICA DE ARTE, POLÍTICA Y LITERATURA

I. LA MODA Y EL FEMINISMO

Últimamente, de una manera inesperada, y entre las protestas más o menos explícitas de los hombres y el disgusto pasivo de las mujeres, se ha producido una «revolución» de la moda. Ruego que esta palabra «revolución», que circula clandestinamente en nuestro país como un explosivo, sea aceptada para los fines de mi pensamiento en sus términos esenciales. La «revolución» de la falda y de los cabellos largos es la primera y evidente expresión de un cambio profundo de normas vitales, el síntoma irrecusable de que el mundo ha enfilado una dirección distinta a la que venía siguiendo durante los últimos cincuenta años. Claro está que una «revolución» que modifica cosas tan frágiles como los cabellos, los crespones y las sedas, no ha inquietado para nada a nuestra celosa burguesía, que tanto azuza a sus cancerberos para defender el orden y el principio de autoridad. Pero lo que me extraña es que la gendarmería literaria o intelectual, tan abundante en nuestro país, no quiera darse por enterada de que en este año 1930 se registra en todos los frentes del arte contemporáneo una transformación de estilos y de ideas que significa, sencillamente, el punto de partida de una nueva concepción de la vida. Habrá que achacar este silencio a ese pacto oscuro que han hecho la mayoría de nuestros intelectuales con los valores establecidos y al temor, que raya en lo pavoroso, de las llamadas minorías dirigentes, para todo cuanto signifique radical alteración de los grandes principios que forman el esqueleto de la civilización de nuestro tiempo.

Puede que alguien crea exagerado prurito de análisis esta insistencia mía en hacer de la moda un eco de las inclinaciones íntimas del hombre de hoy y en atribuirle un valor de caracterización que pudiera ser achacado a causas menos sutiles. Pero sobre la importancia de la moda como reflejo del espíritu de las sociedades no tengo necesidad de repetir ahora opiniones de investigadores tan solventes como Simmel y Ortega y Gasset. Lo que interesa, sobre todo, es estudiar este hecho: la falda abundante de las mujeres y la melena alargada de pronto hasta los hombros no son momentos caprichosos y versátiles de las costumbres actuales, sino rasgos típicos de una ten-

dencia de vida colectiva que se anuncia irremisiblemente para lo futuro. Lo cierto es que los mismos caracteres que encontramos en la moda femenina los hallamos en el arte y la literatura de nuestro tiempo, en las obras llamadas de avanzada[1], y, por fin, en las últimas modalidades de la política y la sociología, cuyas ideas se proponen nada menos que modificar el croquis espiritual del mundo.

La emancipación de la mujer no es tanto obra del liberalismo político del siglo XIX como del progreso mecánico del mundo. La máquina descarga a la humanidad del superesfuerzo corporal, que es la más fuerte contradicción de la llamada civilización cristiana y facilita a la mujer el acceso a toda suerte de actividades productoras. Una de las paradojas más curiosas de los últimos lustros es que mientras la mujer se encuentra en casi todos los países alejada de la política activa, figura en cambio al lado del hombre en las funciones de tipo social. No dirige la vida desde los Parlamentos —el caso de Inglaterra confirma la regla—, pero la ordena y elabora desde las universidades o desde las fábricas. El movimiento sufragista era muy poca cosa, por lo que se refiere a la participación de la mujer en la vida pública. La imaginación popular veía a las sufragistas como una guerrilla de solteronas que hostilizaba a los pobres parlamentarios de antes de la guerra por el afán de suplantar a los hombres. Tampoco en esta ocasión se equivocaba el juicio general. El sufragismo es un fenómeno liberal sin más importancia que los escándalos neuróticos de la señora Pankhurst. Yo creo que los biólogos debían estudiar ese odio al hombre del feminismo primitivo a la luz de la endocrinología. Lo cierto es que el feminismo político no ha significado nada en las reivindicaciones sociales de la mujer y en cambio ha podido producir —y ha producido, desde luego— una gran confusión en torno a sus fines de colaboración humana. Si los derechos políticos le han servido al hombre para tan poco, no sé por qué habían de servirle para más a la mujer, sobre todo si tener voto no significa tener pan.

En un libro de Krische, *El enigma del matriarcado*, traducido recientemente al castellano, encontramos un estudio inmejorable acerca de las influencias de la mujer en las sociedades primitivas. El autor explica el predominio de la mujer o del hombre

[1] Que no de vanguardia. Este vocablo hay que repudiarlo porque ha vestido de moderna en España a una literatura mixtificadora de la que hablaré más adelante.

con arreglo a la tesis de las circunstancias determinantes. La mujer tiende al sedentarismo, porque la sexualidad y la especie le impiden participar ventajosamente en una sociedad activa y errante. La única época de ginecocracia, de gobierno de la mujer, que registra la humanidad, parece ser aquella en que la sociedad primitiva pasa de la existencia dinámica de la caza a la agrícola y pescadora. Entonces las circunstancias económicas determinantes ponen en manos del sexo sedentario los resortes de la producción y, por lo tanto, los del mando político.

Véase, pues, cómo la dirección social está regida por factores de orden económico.

Para fijar las características del movimiento feminista moderno nos encontramos con que esta misma ley continúa vigente. De este modo resulta indispensable sostener que si la mujer ha entrado resueltamente a colaborar en la vida contemporánea lo ha hecho no por causas de carácter político, sino por razones del progreso social. Pero de ningún modo para instaurar una especie de matriarcado, como han sostenido algunos pseudosociólogos, ni siquiera como consecuencia de la guerra que apartó momentáneamente al hombre de las tareas puramente productoras. La sustitución del hombre por la mujer no se ha verificado porque no podía verificarse. He ahí el fracaso del ruidoso feminismo político, que pudo un día llegar, como ha sucedido en los últimos años, a copiar la indumentaria del hombre, a imponer los cabellos cortos, la nuca rapada, la falda corta y los arreos masculinos. Nuestras damas del movimiento feminista están todavía tan retrasadas que siguen pidiendo para la mujer el voto político y el escaño parlamentario.

En cambio, a mi manera de ver, la victoria del feminismo consiste en haberse articulado por sus propios medios en todas las zonas de la sociedad humana. La mujer tiene, incluso biológicamente, una función complementaria a la función masculina. Con lo cual no quiero decir que esté incapacitada para ninguna profesión de carácter intelectual ni para ninguna labor manual que no represente sólo un esfuerzo típicamente muscular. Cuando Marañón sostiene que la obra de la mujer es puramente familiar y específica, encierra el problema en los límites clínicos, en vez de abrirle más anchura sociológica. El mérito de la participación femenina en las actividades contemporáneas es que incorpora al mundo de hoy una sensibilidad y un apetito que desconocía el mundo anterior a la guerra. Por primera vez en veinte siglos la mujer

vierte en la vida su alma espléndida y brillante. No es extraño que ella comunique a esta vida que ahora empieza, a esta formidable fundación cósmica, su gesto peculiar. No es extraño que ella haya lanzado el grito del vestido romántico, falda y cabellos largos, cuando asoma por Oriente un nuevo romanticismo.

II. SIGLO XIX Y ROMANTICISMO

No intento una definición del romanticismo. Hay tantas y tan diversas que una más apenas añadiría a mi tesis argumentación respetable. Quiero, sin embargo, expresar un juicio al que atribuyo cierta firmeza. Es éste: que el romanticismo no ha sido tanto la exaltación de lo individual como de lo humano. El individualismo ha tenido su expresión más acabada en el orden jurídico, que dio paso libre a la democracia; pero la jurisprudencia no es más que la cristalización de una energía anterior, que adquiere de pronto virtualidad y forma. La medida del romanticismo nos la dan las revoluciones, la política y la artística, porque ambas mueven al pueblo y al intelectual hacia las grandes aspiraciones, hacia los ideales culminantes. El mismo espíritu que gana la «batalla de Hernani» toma la Bastilla y carga la carreta trágica de cabezas recién cortadas.

Frente a una literatura academicista y una vida putrefacta, donde todo es tradición y estilo, los románticos levantan las barricadas del corazón. Es decir, colocan lo humano en primera línea. Dejan que en el hombre hablen las voces más sinceras, las voces del alma y del instinto. Si hay suicidios son suicidios por amor, porque en el amor es sin duda alguna donde se encuentran las raíces más hondas de lo humano. ¿Olvida alguien que hace poco se ha suicidado por amor Maiakovski, el poeta máximo de la Rusia soviética?

Yo no quiero hacer una defensa del romanticismo, al que acuso de hinchazón retórica, de borrachera pasional, de gesticulación excesiva y ociosa. Pero no puedo menos de apreciar en aquella generación arrebatada y triste el anhelo ideal que les ha faltado a las posteriores. La tragedia del mundo se alojaba en su propio pecho y con ese huracán interior atravesaban la vida y hacían frente a la muerte. La vida tenía entonces un sentido: amar, odiar, luchar y morir.

Para comprender bien el siglo xix hay que partirlo en dos mitades: la revolucionaria y la constructiva. Lo que interesa para este tema es el período primero, porque en él se encuentra la fuerza que transforma el mundo. Mientras la democracia no su-

frió la hipertrofia de sus instituciones, mientras la burguesía no se encontró bien instalada en el área social, duró la tensión romántica que logró dar un acento a todas las formas de la existencia. Una clase se hizo dueña del mecanismo del vivir y construyó su arte, su política, sus instituciones y sus gustos para servirse de ellos. Si el siglo XIX es el siglo del romanticismo, es también el siglo racionalista y científico. Conquista la libertad para el hombre, pero al final el hombre se pierde en un juego de sistemas, de teorías y de postulados filosóficos y sociológicos. Llega un momento, ya cuando la centuria acaba, en que a la sociedad humana le falta la fe en sus hondos destinos. Se han dado las batallas religiosas y el laicismo pasa a ser pura pedagogía. Adviene al arte y a la política un cansancio, una flojedad que en vano quieren disimular los tópicos gigantes que ruedan por las planas de los periódicos y por los discursos oficiales. Y surge, por fin, la gran prueba que ha de justificar el caudal de verdad y de idealismo que el siglo XIX transportaba en su hinchado vientre. Se produce la guerra europea.

La guerra es el fracaso de todos los principios y todas las predicciones del último siglo. La democracia liberal tenía como último objetivo la paz universal. El pacifismo había informado las palabras de los políticos y las doctrinas de los sociólogos. En 1870 gritaba en Francia el verbo tronitonante de Víctor Hugo: «¡Basta de fronteras! ¡El Rin para todos! ¡Seamos la misma República, seamos los Estados Unidos en Europa, seamos la libertad europea, seamos la paz universal!». Es curioso. El poeta de Francia habla en 1870 el mismo lenguaje que los estadistas europeos de 1930 en la Sociedad de Naciones. Mr. Briand le copia a Víctor Hugo la frase de los Estados Unidos de Europa. Pero es que aquel río retórico, espejeante y gigantesco, arrastraba una materia corruptora: el dinero. El dinero flota por encima de las ideas de fraternidad y pacificación y organiza un choque casi cósmico. Hemos visto que tampoco la democracia liberal era capaz de instaurar la bella comunidad humana. El mundo tuvo ocasión de conocer la más temible de las autocracias: la autocracia capitalista. La democracia, próvida matrona, dio a luz a un monstruo de mil cabezas: la plutocracia.

Esto coincidió con la hegemonía de la máquina. La máquina significa una nueva civilización. El desarrollo de la técnica y del capitalismo industrial colocó en el centro mismo de la vida una clase para quien la justicia seguía siendo sólo una palabra. El artesano de antes fue sustituido por el proletario. Éste empezó a pensar que la de-

mocracia no podía ser una concepción irreal de los juristas, sino una obra concreta de producción social, un elemento dinámico de las sociedades organizadas. La vida sindical empezó a actuar en la órbita de los poderes tradicionales y nació el hombre que, aliado con la máquina, concibe normas nuevas de convivencia. Nació el colectivismo, con un programa de libertad económica.

Entretanto, empezaron a aflojarse las ligaduras que sujetaban el Estado al liberalismo histórico. Los pueblos sufren otra vez el sarampión nacionalista, llámense Italia con su fascismo gobernante o Inglaterra con su laborismo imperialista y burocrático. Algunos programas políticos retrocedieron a formas despóticas de Gobierno, creyendo apuntalar así el ruinoso sistema que la guerra dejó deshecho.

Esto, por lo que se refiere a la vida pública, considerada como un reflejo del estado de ánimo del mundo. En cuanto a la sensibilidad individual, pudo observarse que unas veces por laxitud y otras por extravío la vida humana flotaba sin norte, cargada de superficialidad y de escepticismo. La experiencia de la guerra trajo a las generaciones subsiguientes un apetito voraz de vitalismo, que se tradujo en una euforia física, vinculada al deporte y al placer fácil y casi decadente de la refinada vida contemporánea. Pero eso era muy poca cosa. Era muy poca cosa, porque nada hay tan falso, efímero y externo como la pasión del músculo o del sexo. El deporte o el baile son válvulas de escape para la exuberancia vital de ciertos años de la juventud; pero transcurren éstos y el espíritu necesita un alimento más delicado y continuo. Necesita desplazarse hacia ideales permanentes, históricos, que forman, por decirlo así, el combustible indispensable para recorrer los caminos de la existencia. Las generaciones de la preguerra cultivaron con alocado empeño las aspiraciones inferiores de la naturaleza humana. De pronto, volvieron los ojos a su intimidad y se encontraron con el vacío inmenso que supone una vida sin pluralidad de fines, y lo que es peor, sin fe ni confianza en el futuro. «¡Qué horror! —dice el personaje de una novela francesa contemporánea—. ¡Qué horror siento en este cabaret, bajo esta luz que me marchita, pensando en que mañana me esperan las mismas horas estériles!» Se había abandonado lo humano. Porque lo humano no es dejar suelto el impulso biológico, ni lo humano consiste en desatar la personalidad de sus vinculaciones interiores. Lo humano es mejor que nada la acción espiritual del hombre, su contacto permanente con el futuro que es patrimonio que no perece. En este sentido la vida del hombre

después de la guerra fue floja y vacía como no lo fuera seguramente en ningún período de la historia, a contar desde las edades bárbaras. Sólo parecían salvarse de esa negación de ideales los hombres que velaban al lado de la máquina y sentían que la justicia no había llegado aún hasta ellos.

III. LA LITERATURA ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA

El progreso maquinista que engendra el siglo xix impone a la literatura una dirección nueva. Por otra parte, los escritores son, naturalmente, los que reciben de manera más directa esa impresión desoladora de una época que va perdiendo la fe en sus convicciones fundamentales. En estos espíritus es donde se incuba la reacción más violenta. Lanzan sus apóstrofes más duros contra el arte, que empezaba a hipertrofiarse, producto de las ideas y los sentimientos del siglo xix, y aseguran que quieren romper con el pasado en nombre del porvenir. Eso es el futurismo. El futurismo se da primero en Italia y después en Rusia, pueblos especialmente preparados para las transgresiones artísticas, Italia, por su enorme pasado, que pesará siempre sobre el espíritu original de sus creadores. Rusia, porque presentaba un medio social propicio a la siembra de toda idea extraña y radical, y porque, además, poseía una tradición literaria de gran porte. Nótese que esta revolución literaria acontece precisamente en dos pueblos donde se registran dos revoluciones sociales diferentes. Se dice que Marinetti, el futurista italiano, es el precursor del fascismo. Más bien creo al fascismo precursor de Marinetti. Es decir, las causas que movilizaron el nacionalismo de las camisas negras, sus mitos románicos, sus violencias, fueron las mismas que hacían caminar a Marinetti con unos versos incendiarios en la mano. Pero el futurismo italiano y el futurismo ruso se separaron en dos líneas divergentes, tan divergentes como el fascismo y el comunismo. Quiere decirse que Marinetti se hizo fascista y él, que se llamaba destructor de museos, tiene hoy un cargo oficial por el cual resulta un conservador de museos.

La decadencia de Marinetti empieza poco después de la guerra, en la cual toma parte como capitán de automóviles blindados. De esta época es su libro *La alcoba de acero*, vibrante canción a la mecánica bélica. Es entonces cuando el futurismo se encuentra absorbido por el fascismo. Los evangelistas del arte puro, los que quieren dejarlo al margen de los movimientos políticos y sociales, convinieron en que Marinetti había llevado en el pecado la penitencia, al injertar en su postulado estético ideologías extrañas como las preconizadas por Nietzsche y Sorel.

Conviene que el lector se fije en un hecho de gran interés: donde el futurismo obtiene mayores núcleos de partidarios es en Italia y en Rusia. Trotski, en su libro *Literatura y revolución*, lo explica diciendo que se trata «de un fenómeno varias veces repetido en la historia: los países que se han quedado atrasados, pero que disponen de cierto grado de cultura intelectual, reflejan en su ideología más clara y poderosamente que otros las conquistas de los países más adelantados. Por lo mismo no es en América, ni en Alemania, donde el futurismo ha encontrado su expresión más esencial, sino en Italia y en Rusia». Efectivamente; la filosofía nietzscheana ha tenido epígonos valiosos en Alemania y Norteamérica, y, sin embargo, en ninguno de los dos países prendieron ni la dictadura ni el futurismo. Éste procede directamente de Nietzsche y Whitman.

Al divulgar Marinetti la guerra como esencial actividad del artista frente a un arte organizado ya, el futurismo es fecundo gracias al pensamiento de Zaratustra. Le era necesario, sin embargo, asimilarse otras ideas que aglutinasen a los futuristas en una corporación activa, imperiosa, combatiente, que les diese eficacia como poder social. Así se asimiló el futurismo la *Teoría de la violencia*, de Sorel, con sus postulados de *boicot, sabotaje, acción directa*. Es decir, puñetazo, asalto de museos, etc. Los futuristas son los primeros que luchan en las calles, colectivamente, con la policía. Marinetti estuvo preso por un violento discurso pronunciado en Milán contra el rey.

Pero eso era el sindicalismo. El sindicalismo se apodera en Italia de las fábricas y amenaza con la dictadura sindical. Entonces aparece un falso futurista: Mussolini, socialista relapso, de historia sindical muy turbia, y crea el fascismo con su mito romano, su teoría de la dictadura política y su programa de reconstitución nacional. Van al fascismo la clase media y la burguesía, los verdaderos enemigos del futurismo, compuesto de intelectuales que habían sostenido, sin embargo, dirigidos por Marinetti, la intervención armada. Marinetti no podía retroceder. Una figura más popular, Mussolini, le suplantaba con sus propias doctrinas ante la gran masa italiana. Marinetti no se había dado cuenta del terrible peligro de moldear un programa estético con ideas de tipo político.

Por eso ahora sostiene Marinetti, con tanto empeño, que el futurismo es el creador del fascismo. No hay tal. Ambas concepciones tienen, es cierto, una procedencia común: el superindividualismo de Nietzsche. El advenimiento del fascismo supone la decadencia del futurismo, hasta tal punto que Marinetti, el incendiario de museos,

el Eróstrato moderno, el furioso denostador del pasadismo, acepta ese retorno a la Roma antigua que Mussolini propugna un día y otro para mantener la cohesión de sus milicias, y se reconcilia con el imperialismo.

Desde hace cinco años la vida de Marinetti es una continua rectificación, pero no para repudiar el error, sino con propósitos de sostenerlo. En realidad, el futurismo italiano no existe. El antiguo periódico de Marinetti, *Poesía*, que dirige Mario Dessy, vive lánguidamente y tiene difusión entre estudiantes y artistas plásticos, el más notable de ellos Prampolini. Hubo un momento en que el futurismo estuvo a punto de convertirse en doctrina estética de grandes posibilidades: fue cuando los obreros italianos empezaron a interesarse por aquel estilo artístico que se desvinculaba del arte tradicional y escogía elementos derivados de la técnica industrial moderna. Pero el giro ideológico de las teorías de Marinetti decidió su impopularidad porque ni la burguesía ni la clase media, con el gesto estético estragado por un largo proceso de cultura académica, son capaces de comprenderlo, ni siquiera de disculparlo.

No sucedió así por lo que se refiere al futurismo ruso, que se afilió inmediatamente en las filas revolucionarias con Maiakovski a la cabeza. En su libro *Literatura y revolución*, Trotski asegura que Maiakovski ha podido convertirse en el poeta épico de la Revolución; que su «150.000.000», poema tan popular en todas partes, no es el poema de la epopeya social de 1917. Lenin tampoco simpatizaba con el futurismo. Pero es lo cierto que las nuevas generaciones soviéticas cantaban en la lucha los poemas de Maiakovski, fijados más tarde como periódicos murales en las fábricas, y que cuando se suicidó Maiakovski, todo el pueblo obrero de Moscú desfiló ante su cadáver.

El futurismo es la tendencia más seria y más fecunda de cuantas figuran en el índice de la nueva literatura. Lo caracterizaba un ímpetu destructor, imprescindible en toda obra de avanzada artística. Daba entrada por primera vez en la lírica a elementos que habían estado hasta entonces desahuciados de la literatura y que respondían a exigencias de una nueva sensibilidad. Fue el futurismo el que creó las metáforas maquinistas, las imágenes simultáneas, el dinamismo lírico, y ese entusiasta desplazamiento del poeta hacia temas multitudinarios. Algunos críticos de entonces acusaron de neorrománticos a los futuristas, con gran indignación de algunos de éstos. Yo creo que el futurismo tuvo un perfil poderoso precisamente porque era neorromántico y venía a deshacer con gesto duro las espumas irisadas del modernismo.

Casi al mismo tiempo apareció en Francia el cubismo. El cubismo no es, como sabe todo el mundo, una escuela literaria, sino pictórica; pero su papel en el arte y sus estrechas relaciones con la creación estética de su época me autorizan para colocar bajo esta denominación a las literaturas paralelas. El cubismo, que en pintura reaccionaba contra el impresionismo, volvía a las llamadas formas puras, geométricas. Sus filiales literarias retornaban del mismo modo a la prosa pura, a la expresión como técnica, al estilo estilizado. Tendían simplemente a realizar lo que en literatura se llama la *forma*. Al mismo tiempo se intelectualizaban de tal modo que su obra literaria estaba destinada exclusivamente a las minorías. Existía un decidido alejamiento de lo humano, por oposición resuelta a lo que se consideraba esencia del romanticismo. A mi juicio, estas literaturas heredaban el frío cerebralismo de las últimas fechas del siglo XIX, y cuanto más presumían de encontrarse lejanas de él, más se le acercaban. Cada autor era una oficina de imágenes y de trasposiciones ingeniosas.

Contra lo que cree mucha gente, la epidemia de los *ismos* —futurismo, ultraísmo, creacionismo, dadaísmo— es anterior a la guerra. Significa sencillamente un síntoma del cansancio cósmico de aquellas generaciones a las que faltaba un ideal que pudiéramos llamar extraestético. La guerra conmovió igualmente el mundo literario. A raíz de ella, los ismos siguieron rigiendo impunemente en el desconcierto que produjo en el alma humana la catástrofe. Aumentaron las falanges de *snobs*. «El esnobismo —dice Franz Werfel— alcanza su más alto florecimiento cuando empieza a vacilar la estabilidad de los ideales. Es la polilla destructora que Dios envía para terminar con las formas ya periclitadas de la sociedad.» Es indudable que el éxito de las literaturas *formales* constituye la prueba más convincente de la liquidación de un sistema social. Las presuntuosas literaturas de vanguardia no han tenido otra misión en la historia de nuestro tiempo que anunciar el último vagido del siglo XIX. Ellas, ¡que se creían matrices del futuro! En vano quisieron colocarse fuera del tiempo, ya que no del espacio —eran tan puras como el aliento de los ángeles—, llamándose ambiciosamente neoclásicas. Pero estaban muy lejos de responder a ese momento plenario y único de una civilización que llega a su cenit.

La divergencia que había iniciado el futurismo de Marinetti respecto al futurismo ruso fue todavía en Francia más ostensible y peligrosa. Porque Marinetti pactó con el pasado en nombre del nacionalismo italiano, para enardecer líricamente el fascismo.

En cambio, los neoclásicos franceses se acogieron a un pasado mucho más tremendo: el de la Iglesia. Creyendo negar así toda la ideología racionalista del siglo XIX, buscaron para sus metáforas el albergue tradicional del catolicismo. Ignoraban, sin embargo, que el mundo no necesitaba un dogma, sino una fe. Se aliaron con los legitimistas franceses, resumen de lo *snob*, y como querían una literatura de santo y seña, fueron a ponerse de acuerdo con diplomáticos, obispos y aristócratas, la gran familia del imperialismo putrefacto. De todas suertes, se estableció en todo el mundo una especie de acuerdo fascista-intelectual, que iba de las letras a la política, y viceversa.

Esa caracterización ha tenido la vanguardia literaria en nuestro país, influido por Francia desde siempre. Son inútiles hipocresías y disimulos, porque el juego está claro y hemos descubierto, por fin, su mecanismo. Pero aún hubo de complicarse más esta regresión de las formas artísticas con motivo de las reacciones de la preguerra. Del mismo modo que el transitorio feminismo político inventó la mujer deportiva y masculinizada, los vanguardistas literarios instauraron como única fórmula de modernidad las metáforas deportivas. Era pintoresco leer la literatura de esos señoritos satisfechos[2] donde se mezclaban imágenes atléticas y palabras del tenis, del fútbol o del boxeo. Por lo general, estos muchachos no hacían otro deporte que el de ir al teatro con su familia en automóvil propio, o recorrer en bicicleta las carreteras lugareñas. Creían que los versos con muchos aviones y muchos *cocktails* eran cifra y compendio de la moderna sensibilidad.

Todas estas causas decidieron que la palabra vanguardia, tan significativa en ocasiones, lograse total desprestigio. Porque escritor de vanguardia, en la firme acepción del concepto, será el escritor que va delante lo mismo en pensamiento que en estética. Aquí se daba el caso de que el vanguardismo representativo era tan reaccionario en política como cualquiera de esos «trogloditas» de que hablaba Unamuno refiriéndose a los conservadores españoles. Por esta razón hay que buscar otra palabra para designar el movimiento de la auténtica vanguardia literaria, cuyo perfil quiero trazar inmediatamente.

[2] Insuperable definición de Ortega y Gasset.

IV. LA LITERATURA DE AVANZADA

En medio de los hombres sin fe que fueron a la guerra empujados por los últimos tópicos heroicos del patriotismo, existían otros que habían adelantado su mirada más de cincuenta años. Estos hombres lograron vislumbrar una nueva civilización, que había de levantarse sobre los escombros de la lucha. Una civilización fundada en la justicia humana, sostenida por la libertad integral del hombre. Entre los escritores, estos grandes espíritus se llaman Gorki, Bernard Shaw, Romain Rolland… Su literatura revelaba la falsedad de todos los principios admitidos como intangibles, y oponía a ese cúmulo de falacias una nueva moral. Ellos y unos pocos más lanzaban contra el mundo entero la profecía de que el siglo xix había dejado de gobernar a los pueblos y que era inminente un cambio de rumbo en los destinos de la sociedad humana.

La guerra, por su parte, creó la verdadera literatura pacifista, la que no habían conseguido los campeones de la fraternidad universal. Barbusse, Glaeser, Remarque, Zweig, cualquiera de estos autores traducidos a todas las lenguas, han descrito de tal modo los sufrimientos del hombre en las trincheras y la inutilidad del sacrificio popular que el espíritu de nuestro tiempo se levanta indignado y unánime contra las ideas que los fomentaron. Pero estos escritores no se conforman con presentar el índice alucinante de los horrores bélicos; tornan sobre sí la responsabilidad de una obra más duradera. La Revolución rusa, que pretende sencillamente organizar la vida, transformando, no un Estado, sino una moral, produce la verdadera literatura de avanzada. Porque allí no se conmueve un sistema social. Las nuevas generaciones rusas se han decidido a realizar una obra original y a construir con mano firme todo un aparato de gobierno, todo un programa de transformaciones. Para ello han tenido que inventar una nueva fe, tan alta y de tal calidad que sólo la que movió el sacrificio de los primeros cristianos puede compararse a la suya. He aquí, por eso, cómo los escritores rusos preconizan la vuelta a lo humano, porque son el esfuerzo y el ansia del hombre los que han de llevar a cabo la gigante empresa.

Esta vuelta a lo humano es la distinción fundamental de la literatura de avanzada, que agrega a su pensamiento y a su estilo las cualidades específicas del tiempo presente. Aquellos valores aportados por el futurismo de Maiakovski no han sido desdeñados por los nuevos escritores: síntesis, dinamismo, renovación metafórica, agresión a las formas académicas: todo eso se encuentra en Ivanov, en Leonov, en Pilniak, en Rodionov[3]. Las radicales mudanzas que ha sufrido el mundo en los últimos años han polarizado los conflictos del alma humana, en problemas diferentes a los que antes movían las plumas de los creadores. Uno de los más grandes es esa prueba de resistencia interior que ha de dar el hombre de hoy, al comprometerse ante la historia a construir por sí solo un nuevo modo de vivir. Ya no es esa concepción vaga e imprecisa de las idealidades abstractas: es la realidad indeclinable de un nuevo orden de cosas, que tiene que afirmarse y fortalecerse.

Para eso se necesita, sencillamente, un nuevo romanticismo. Yo lo auguro para el arte y para la vida. Europa ya no puede más de cansancio, de escepticismo y de desconcierto. Dicen que el alma no puede vivir sin una religión. Nosotros, hijos del siglo más científico y mecanizado, hemos extirpado quizá toda clase de mitos y simbolismos; pero no podemos vivir sólo para esto, para esto tan breve, tan personal, tan egoísta y tan efímero. Necesitamos vivir para el más allá. No para el más allá del mundo, puesto que no es posible creer en una tierra detrás de las estrellas, sino para el más allá del tiempo. Es decir: necesitamos vivir para la historia, para las generaciones venideras. Los mejores espíritus de nuestra época preconizan, para hacerse cargo de esta responsabilidad histórica, una austeridad y un misticismo ejemplares.

Pienso que los nuevos románticos han de parecerse muy poco a los románticos del siglo XIX. Carecerán, afortunadamente, de aquel gesto excesivo, de aquella petulancia espectacular, de aquel empirismo rehogado en un mar de retórica. Pero volverán al hombre y escucharán el rumor de su conciencia. Fuera de esto, lo demás apenas tiene importancia. Esperemos, además, que este nuevo romanticismo no descargue su eléctrico impulso solamente sobre el amor. Es posible que las generaciones nuevas en-

[3] Últimamente, el auge de la literatura social es extraordinario. En Francia «el populismo» congrega a los escritores jóvenes de más relieve. De ese movimiento forma parte el de la «literatura proletaria», cuyas firmas triunfan en todas las literaturas europeas. (Véase el libro de Henry Poulaille *Nouvel âge littéraire*, París, Valois, 1930.)

cuentren el amor más franco y accesible de lo que está ahora, menos rodeado de prohibiciones y de estímulos. Si hubo un tiempo en que al espíritu del hombre le bastaba la preocupación del amor para movilizar todos sus afanes y desvelos, llegará otro en que el amor erótico quede muy en segundo término, tal como ya está regulado por la naturaleza y por la especie. Otro amor más dilatado y complejo, fruto del progreso humano y de la depuración de las relaciones sociales moverá a los hombres del futuro, será el eje de la gran comunidad universal. Me imagino que el cambio de circunstancias vitales de la mujer influirá en la situación de ésta, incluso en sus sentimientos elementales. En la vida actual, la mujer está preparada única y exclusivamente para el matrimonio. Es lógico que hoy la pasión amorosa se condense en ella de tal manera que excluya aspiraciones de otra índole. La sociedad actual es manca, porque le falta el brazo activo de la mujer. Cuando la mujer no necesite el matrimonio para resolver su vida y cuando el hogar deje de ser la sepultura del espíritu, entonces la pasión amorosa podrá ser sometida a disciplina y equilibrio. Por lo menos no encontraremos mezclados en vergonzoso contubernio el amor y el cálculo, la pasión y el dinero.

Para terminar: lo que se llamó vanguardia literaria en los años últimos no era sino la postrera etapa de una sensibilidad en liquidación. Los literatos neoclasicistas se han quedado en literatos a secas. La verdadera vanguardia será aquella que ajuste sus formas nuevas de expresión a las nuevas inquietudes del pensamiento. Saludemos al nuevo romanticismo del hombre y la máquina, que harán un arte para la vida, no una vida para el arte.

LA JUVENTUD Y LA POLÍTICA

I

Son muchos los que al solicitar el concurso de la juventud para una obra de esfuerzo colectivo que nos depare días distintos utilizan el sofisma con el propósito único de extraviarla. Si nuestro tiempo tiene alguna virtud es la de haber esclarecido bien los contornos de las ideas y señalado diáfanamente sus fronteras. El fariseo quiere combatir ahora, por ejemplo, el liberalismo, y se declara antiburgués. Pretende exaltar el «fascio» y compara el golpe de Estado de Italia con la revolución social de Rusia. Alude a una España joven, vital e impulsiva, y la quiere extraer exclusivamente de los campos deportivos, como si la vitalidad y el impulso fuesen cosa puramente física y no supusieran la existencia ineludible del resorte espiritual. Hasta en el juego actúa el espíritu. Pero menguado espíritu el que no siente otra gallardía que la del salto; ni otra confianza que la que otorga el músculo. Si los valores humanos se sujetaran sólo a la escala física no habría más héroes que los atletas ni más cobardes que los hombres corporalmente insignificantes. Pero por fortuna para la humanidad las almas se miden de otra manera.

Convendrá, pues, de vez en cuando, puntualizar bien los conceptos que disputan actualmente en el área del pensamiento, aunque no sea sino para responder a tanto equívoco como pulula por ahí. En primer lugar, queridos jóvenes españoles, ahora, como en todos los días de la historia, las diferencias que separan a los hombres de la tierra son diferencias morales. El hombre debe ser, desde luego, una fuerza activa; pero tiene que ser preferentemente una conducta. La fuerza del bandolero es una fuerza disolvente, negativa; la fuerza del hércules de feria es una fuerza intrascendente; la fuerza del minero es una fuerza creadora, lo mismo que la del artista. Está claro que tales energías son respetables en cuanto contribuyen a la perfección de las relaciones humanas, en cuanto ostentan jerarquía moral. Yo no soy de los que confunden la ética con la estética, que sería tanto como confundir la gimnasia con la magnesia, según

el dicho vulgar. Pero estimo que ningún hombre, aunque sea artista, puede estar desinteresado de la justicia. Ésta es otra confusión que está circulando como moneda moderna para comprar juventudes indiferentes y perezosas. Nadie pide que la obra de arte sea política ni contenga esencialmente una finalidad proselitista a favor de tal o cual tendencia, extraña al arte mismo. Lo que se solicita es una atención para aquellos tema susceptibles de interpretación artística que posean, por propia naturaleza, un contenido moral. Trágica es la lucha del hombre con los designios del Destino; pero es igualmente trágica su batalla con la brutalidad atávica, con el egoísmo, con la codicia, con la ignorancia, con la crueldad. Esto es: con el «troglodita» que definió Unamuno.

Un país, España, por ejemplo, tiene sobre sí los rigores del fanatismo, del analfabetismo, del cerrilismo. Se odia ferozmente a la inteligencia, se persigue al que no acepta la justicia llamada histórica. ¿Puede la juventud desentenderse de una obra de renovación? ¿Debe hacer el sacrificio de sus horas alegres y emplearlas en un escrupuloso examen de conciencia?

Para el que esto escribe, escritor que ama su oficio, estas preguntas están resueltas. Tomar la pluma en la mano constituye, tal como va el mundo, la máxima responsabilidad. En el fondo de las provincias, perdida y anhelante en ciudades y pueblos oscuros, está una juventud que es espíritu vivo de la España que todos queremos. Juventud enemiga de la pobreza, ansiosa de cultura, adversaria de la injusticia; pero mal avenida también con los antiguos sistemas de educación o de política, con el caciquismo o el tópico. A esa juventud no se la puede engañar. A esa juventud hay que decirle que, en el fondo, lo que buscan quienes le aconsejan apoliticismo y abstención es la pasividad y la inercia para que las fuerzas tradicionales puedan permanecer en sus posiciones.

El escritor no es un funámbulo que pueda hacer cuerda floja de las ideas. Y ahora menos que nunca. Hay que insistir cerca de los jóvenes de provincias para que se vacunen contra ciertas sugestiones del Madrid intelectual. Lo dice quien está empozado en él; pero bien provisto de escafandra y seguro de no perecer. A veces se escribe así, se dice esto o lo otro, por notoriedad o por despecho; en muchas ocasiones para desfogar el «troglodita» que va dentro, ese al que hemos aludido antes. Daría pena que la juventud virgen, entusiasta, capaz de comprender y obrar, siguiese el ejemplo su-

poniendo tales actitudes propias de la época que vivimos. Nuestra época tiene su expresión, que no puede ser la antigua, ni en esto ni en nada. Pero la fórmula nueva expresará mejor que ninguna las angustias y las preocupaciones del hombre de ahora.

Afirmo, dispuesto a probarlo, que el fascismo literario —el fascismo, en realidad, no es más que literatura— no es tal vanguardia. Es, sencillamente, una farsa de señoritos que han merodeado siempre alrededor de los ministerios. El fascismo es la alianza en el poder de la clase media y la burguesía, con su catolicismo, su mito romano, su afianzamiento de la propiedad y del industrialismo privados. Mientras el liberalismo va facilitando la emancipación del proletariado hasta dejar sitio al socialismo, el invento de Mussolini va cerrando ese camino hasta dar a la política un sentido medieval y guerrero. En cambio, Rusia es el productor en el poder, la proletarización del Estado. Esto es tan evidente que casi resulta una perogrullada decirlo. Lo digo, sin embargo, porque, como he dicho al principio, hay gentes interesadas en hermanar las dos dictaduras en vituperio, no del liberalismo, sino de la democracia. Y para insistir, además, en el carácter de vanguardia que tiene el fascismo subvencionado por el poder. Porque si éste ayudaba antes al señoritismo con empleos y prebendas ahora costea literatura y proclamas como las de Curzio Malaparte.

Existe seguramente en España una juventud a quien puedan confiarse las palabras que quedan escritas. Ella medita sin duda en el generoso esfuerzo que le espera.

II

No soy de los que añoran un pasado que sólo conozco de oídas, ni de los que se muestran descontentos del tiempo en que viven. Pero estimo saludable encontrarle sus contradicciones y propagar una conducta opuesta a la corriente. El hombre actual, que marcha con los pies bien pegados a la tierra, no sé por qué ha de abandonarse a la voluptuosidad de la despreocupación, si ésa es también una forma de sueño vacuo y de suicida renunciamiento. Nada más incongruente que una juventud exenta de sentimentalismo y de interés, forjada en la máquina, la velocidad y el deporte, que se desentiende de los resortes de la vida social: es decir, que no defiende sus bienes de civilización. Los que se indignan con los jóvenes porque aparecen ale-

jados de los problemas sociales servirían mejor a sus convicciones si les incitaran a ser consecuentes con sus gustos y a defenderlos en el área de la vida pública, dándole a ésta lo que le falta ahora: músculo, valentía y sinceridad.

«La época anterior a la nuestra —escribe Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*— se entregaba de un manera exclusiva y unilateral a la estimación de la cultura, olvidando la vida.» Es verdad. Al hombre actual le interesa preferentemente la vida, el ejercicio de la vida, que es una cualidad nueva y embriagadora de la presente humanidad. El siglo XIX cultivó la muerte con orgullo, y a la sombra de ese árbol hermoso y sollozante nacieron revoluciones gloriosas, heroicas inspiraciones, epopeyas geniales del espíritu. El progreso mecánico determinó una supervaloración de la vida, que se hizo más cómoda y más alegre. Antes bastaba saber morir. Ahora las gentes prefieren la sabiduría de vivir. Un siglo que viajaba en silla de postas y se alumbraba con aceite era un siglo menos sensual y, por lo tanto, vivía con el pensamiento puesto en una ideal fantasmagoría, en un trasmundo que era delicioso explorar.

Pero al siglo de las intuiciones y los descubrimientos ha seguido el siglo de la especialización, de la técnica y de la ciencia aplicada. El hombre se beneficia ahora, como nunca, de la civilización. ¿Cómo es posible que no se ocupe de regir y administrar esa enorme fortuna de vitalidad que es toda la vida moderna? Porque la política es la actividad pública más cargada de realidades, la más sujeta a los grandes problemas que rodean la existencia individual y colectiva. Precisamente nunca como en esta hora tiene más razón de ser la política, aun sin acudir a la definición aristotélica. Quizá el arte de los Estados no tuvo nunca una atmósfera tan propicia, un clima tan favorable. Las concentraciones industriales, la invasión del campo por la urbe, el predominio de la democracia, la socialización de la cultura: todo surge de esa fecunda matriz de la política, llámese sindicalismo, socialismo, parlamentarismo o régimen de corporaciones. No vale adjudicar al vocablo «política» una significación caprichosa; las fórmulas políticas han cambiado, tienen fisonomías diferentes, pero son, en esencia, iguales: el desenvolvimiento del hombre dentro de la vida social. Se arguye que los grandes pleitos actuales son de carácter económico; pero se olvida que la lucha política siempre ha sido eso: guerra económica. Las revoluciones inglesas de 1640 y 1688, baluartes del liberalismo parlamentario, no significan otra cosa que la pugna entre terratenientes y productores. Luchan entonces «cabezas redondas» (burgueses y

artesanos) y «caballeros» (palatinos), o *whigs* y *tories*, como se denominaron posteriormente. La Revolución francesa acaba lo mismo con los privilegios materiales de los nobles que con sus privilegios de tipo social. Por lo regular, todos los grandes conceptos políticos, esas soberanas palabras de libertad, fraternidad, democracia, constituyen la envoltura del fruto económico que codician las muchedumbres.

Siendo, pues, la hora presente la que marca el contorno real de las aspiraciones inmediatas del hombre, hallándonos como es notorio en una época que persigue por encima de todo los valores tangibles de la vida humana, el órgano más eficaz que poseemos para alcanzarlos dentro de la equidad y de la justicia será la política. Política de realidades, política de juventud, política positiva, donde cristalice el esfuerzo y los bienes de la vida se distribuyan sin privilegios con arreglo a los merecimientos de cada cual. El carácter de la sociedad contemporánea nos ha hecho más que nunca ciudadanos, miembros de un cuerpo vivo, disciplinado y orgánico. ¿Cómo no vamos a pedirles a los jóvenes que participen en la dirección de esa vitalidad que se desborda con briosa insistencia?

Por lo que se refiere a nuestro país, si las gentes estuvieran atentas a la obra de sus hombres, aprovecharían mejor las lecciones de algunos y serían más fieles a sus doctrinas. Otra vez acude a la pluma el nombre de Ortega y Gasset, cuyo pensamiento está acendrado por la preocupación política. Esto no lo han aprendido de él muchos de aquellos que le siguen. Por el contrario, permanecen encerrados en sus torres estéticas, lejos del torrente social, que no les conmueve siquiera. Hablan de juventud y de vitalidad, cantan el deporte y la máquina, y, sin embargo, se apartan con terror de todo contacto con las fuentes auténticas de esa energía. No saben hacer un alto en las tareas del arte para acudir solícitos a la conciencia nacional y cuidar que la vida pública sea la vida civilizada y fecunda que deben tratar de construir todos los hombres inteligentes, aunque no sea más que en beneficio de sí mismos y de su obra.

III

Estamos hartos de oír las voces pesimistas de ciertas izquierdas que como las cornejas de las casas abandonadas hablan de la indiferencia de la juventud por los pro-

blemas políticos. Figuras ilustres del pensamiento español contemporáneo han caído algunas veces en el mismo deleznable tópico. Lo cierto es que, si nos fijamos un poco en el panorama que ofrece a nuestros ojos la vida pública desde el advenimiento de la dictadura, sólo vemos alguna energía y algún valor en los elementos jóvenes que, afectos a uno u otro grupo o desligados de todos, conservan la confianza en el porvenir próximo. El equívoco de la inhibición juvenil ha partido principalmente de un error de punto de vista. Se ha mirado exclusivamente a Madrid —como si Madrid fuese toda España—, y en Madrid la atención ha recaído en las gentes jóvenes más visibles, es decir, en los escritores profesionales. El grupo de escritores puros engañó incluso a los políticos izquierdistas que para combatirlos daban vigencia a muchachos que eran, si acaso, la excepción de la regla. Nuestros liberales históricos llegan, en sus yerros, a crearle personalidad al enemigo. Ahora bien; se ha visto que tal grupo no existía siquiera. Que cuando se trataba de hacer una afirmación política sólo quedaban a extramuros de ella cuatro o cinco escritores medio católicos, medio fascistas, que disimulan su sentido reaccionario en el apoliticismo, o defienden con él las subvenciones oficiales. La juventud es universitaria, es obrera; se la busca en el aula, en el comercio, en la oficina o en el taller. Pero no se falla en última instancia asegurando que la juventud actual es conservadora, acomodaticia, indiferente y deportiva.

Puede que sea deportiva. ¿Por qué no ha de serlo? Las formas vitales cambian y uno de los rasgos más firmes de nuestra época es ese sentido de fuerza, de alegría, de vitalidad, que no excluye la participación en los negocios públicos. Al contrario, la exige porque vivimos un siglo práctico, de inexorables problemas económicos y hay que hacerle frente con un ímpetu que desconocían los hombres de otro tiempo. Los viejos se quejan de la indiferencia de los jóvenes. Pero ¿se dan ellos cuenta de la incomprensión con que los contemplan? Un joven de hoy empezará por rechazar el vocabulario político que arrebataba a nuestros abuelos. Después rechazará ideas ya prescritas, procedimientos fracasados, actitudes pasadas de moda. Sí, sí; pasadas de moda. Porque la moda es una realidad política, un valor con el que hay que contar para que el hombre contemporáneo se sienta sumergido en el contorno social. La juventud de hoy siente como ninguna el impulso de la libertad, oponiéndose a que continúe figurando nominalmente en la ley escrita. Quiere que esa libertad se traduzca en hechos y realidades positivas y no sea una ficción de la verdadera democracia.

La juventud actual se ha encontrado hecha la España de ayer y no puede corregir la de hoy de un día para otro. No se puede decir que ha tenido ocasión de actuar. Cuando actúe, yo estoy seguro de que no ha de incurrir en los formidables errores que han hecho posible entre nosotros una dilatada suspensión de garantías jurídicas. Nuestro país se ha singularizado por el gobierno de los viejos, por el predominio del escalafón y del ascenso; por el desprecio y la sordera para toda actitud que no estuviese regida por la madurez pacata y la transigencia electorera. Después de la experiencia dictatorial no es posible que nadie piense continuar en el ejercicio de métodos políticos en crisis. Todos sabemos qué clase de fuerzas han incubado el desarreglo de España y cuáles son los elementos culpables de nuestro atraso y de nuestros errores históricos. Contra esos obstáculos tradicionales —los verdaderos obstáculos tradicionales—, la juventud de hoy se dispone a combatir sin cobardía y sin prisa, porque ha hecho su aprendizaje en momentos inolvidables y difíciles.

Alguien supondrá que estas afirmaciones son demasiado generalizadoras para que garanticen una irrebatible realidad nacional. Pero para probar su autenticidad basta echar una ojeada sobre el panorama juvenil de nuestras derechas. ¿Qué juventud han creado ellas? Los estudiantes católicos son insignificantes en relación con los que militan en las filas liberales. En el último Congreso de Viena quedaron una vez más al margen de la organización internacional. Con los obreros católicos sucede lo mismo; en relación con el proletariado industrial de España no representan una fuerza que pueda pesar decisivamente en la futura vida española.

IV

Cuando leo cierta literatura juvenil que se arroga puerilmente el título de «vanguardia», me divierto encontrándole las fallas y contradicciones, no porque la tome demasiado en serio, sino porque me sirve de pasatiempo. Existe, sobre todo, en ella un equívoco muy gracioso, el equívoco de lo vital. «Lo vital» para estas gentes es utilizar un léxico deportivo o manipular en el tópico de manera que las frases hechas, los giros tradicionales, las expresiones manidas, se conviertan en prosa moderna. Lañadores de la vieja retórica, estos literatos son capaces de recomponer a Góngora sin

Góngora e imitar a Proust en todo menos en lo de escribir una verdadera novela. Todos tienen, a la hora de escribir, unas décimas de fiebre clásica, y, sin embargo, buscan los vocablos del boxeo o del fútbol para darle al lector la sensación de que hay una «prosa del tiempo» como hay «limón del tiempo» o mariscos de la temporada en las cervecerías. Yo no sé qué vitalidad puede tener una literatura elaborada con materias muertas, ni qué clase de relaciones pueden existir entre la vida y la química literaria al uso. En realidad, estos «neoclásicos» no pugnan por un nuevo clasicismo, ni lo representan. Más bien son «neos» en el sentido político de la palabra: es decir, gentes que aceptarían sin gran esfuerzo un programa como el que llevaba al antiguo Congreso aquel delicioso don Manuel Senante.

Porque hablar de vitalidad será aludir a lo humano y a cuanto concierne al hombre. Y nada más lejos de ello que una literatura de imágenes visuales, de fulgores externos, donde existe una especie de lenguaje convenido que es todo su secreto. Esta literatura no refleja en ninguna de sus dramáticas variaciones al hombre contemporáneo ni tiene relación alguna con la conciencia de nuestro tiempo. Si acaso, participa del fenómeno actual del confusionismo, pues una de las modalidades de la crisis de la posguerra es la estafa ideológica, el «bulo» intelectual al servicio de la ciencia, de la política o la sociología. Defender una estética puramente formal, donde la palabra pierda todos aquellos valores que no sean musicales o plásticos, es un fiasco intelectual, un fraude que se hace a la época en que vivimos que es de las más ricas en conflictos y problemas. Cuando Ortega y Gasset habla de la deshumanización del arte, no la propugna. Pero unos cuantos han tomado el rábano por las hojas y han empezado a imitar en España lo que ya en el mundo estaba en trance de desaparecer. Precisamente ensaya ahora el espíritu europeo una virada en redondo por lo que al arte se refiere, se pregona una vuelta a la naturaleza, distinta a la de Rousseau; pero que es todo lo contrario a una deshumanización.

No podía ser de otro modo. La estética «neoclasicista» se contradecía a sí misma. Pretendía hacer un arte para minorías, y tenía como instrumento casi único de creación la metáfora, que por otra parte existió siempre en literatura. La metáfora es una creación popular, un elemento que reside en la boca del pueblo. Los nuevos literatos querían arrancarla de esos labios democráticos por donde afluye desde que el mundo es mundo y transformarla para uso de minorías. Naturalmente, por muchos juegos y

escamoteos que hicieron con la metáfora no pudieron desvincularla de su sentido popular y muchas veces, casi siempre, acudieron al folklore, a los elementos de arte primitivos para crear el arte nuevo. El *Romancero gitano* de García Lorca, por poner el ejemplo más logrado, garantiza esta afirmación.

Por lo demás, el neoclasicismo español estaba en manifiesta desventaja en relación con el patrón francés, del cual era epígono. Faltaban aquí los escritores de largo aliento, los Gide, los Valéry, los Giraudoux, los Morand. Teníamos unos profesores que imitaban lo más cumplidamente aquellas prosas taraceadas y primorosas, pero disminuidas siempre en cuanto al atrevimiento, la originalidad y la armonía. Después de todo, estos escritores purgaban su propia culpa, porque querían hacer arte de selección en un pueblo sin minorías selectas y lo más que conseguían era leerse unos a otros y, claro está, titularse recíprocamente maestros. Francia es uno de los pueblos con un nivel de cultura suficientemente alto para arriesgarse a toda clase de pruebas y tentativas artísticas. Pero España tiene un coeficiente cultural muy modesto y no puede entretenerse en esas diversiones de señoritismo intelectual. Sin contar con el detalle definitivo: que estos literatos han roto con la tradición literaria española, incluso con su generación anterior. Esto parece que no tendría importancia tratándose de un arte verdaderamente nuevo, con valores de creación y de iniciación; pero lo cierto es que nuestros clásicos y nuestros escritores representativos —incluso Góngora que es precisamente el modelo neoclásico— representan a maravilla el puro espíritu de raza, son por muchos conceptos antieuropeos y en su obra ha cristalizado una España que aparece en muchos momentos y por muchas cualidades en pelea con la conciencia de Europa.

De todo lo escrito se deduce que la literatura «vitalista» no existe más que como etiqueta para hacer pasar como nueva la vieja mercancía. Ahora bien: es notorio que las formas vitales han cambiado desde el siglo XIX al siglo XX, y que el arte, la literatura, por lo tanto, no puede conservar la expresión romántica ni naturalista, que también era vital a su modo. Nuestro género de vida implica un arte, un estilo. Pero un estilo arraigado en el fondo humano, intransferible del hombre de hoy. El hombre de hoy, que acaba de desprenderse de la hinchazón retórica del siglo pasado, busca una fórmula esencial: la síntesis, la estilización de las formas vivas. La borrascosa expansión del pensamiento contemporáneo querrá eliminar elementos de pasado y ofrecer

a los espíritus de hoy la emoción y la fuerza de una vida extraordinariamente rica, enérgica y vital.

De ahí que la literatura de gabinete se haya evaporado tan pronto y surja un arte de escribir que, aprovechando todas las fórmulas modernas, consiga encontrar las sugestiones del espíritu actual sin perder nunca el contacto con él. Yo diría que ahora es cuando el hombre no es otra cosa que el equilibrio entre las dos fuerzas, la del cerebro y la del corazón.

Nótese que los escritores que más han influido en los jóvenes literatos españoles llamados «puros» han sido los franceses de la generación de la guerra. Y la mayoría de ellos, católicos militantes o convertidos al catolicismo. El manojo es copioso y maduro: Cocteau, Claudel, Bertrand, Valois, Maritain, Massis, Henri Ghéon, Max Jacob. Algunos son nacionalistas furibundos. A esta literatura puramente formal, podemos filiarla como síntoma de la decadencia occidental. Occidente no logra siquiera inventar nuevos mitos y recurre a la mitología católica, para defenderse de la nueva fe de Oriente. Se pregona una reacción contra el racionalismo, culpable, según muchos, de cuantos males acaecen al mundo. Pero el tomismo no es más que la exhumación de una doctrina yacente entre los escombros del siglo XIX. Es natural que, cuando enflaquece el pensamiento y el arte da una vuelta sobre sí mismo para hacerse pura forma, los escritores traten de levantar las últimas estratificaciones de la conciencia y sacar a la luz otra vez el problema metafísico.

Pero ¿no habíamos quedado en que el arte es alegría, vitalidad, plasticidad, ironía? Una conversión, si es sincera, es un terremoto del alma. Los estetas actuales no nos habían hablado nunca de tales catástrofes. Más bien postulaban la serenidad y el orden. Y el apoliticismo. Toda idea es una representación política, una conducta, una concepción vital en movimiento. Ser literato católico supone, sencillamente, darle al arte un fin que no es el arte mismo. Por mucho que se quiera disfrazar este concepto, él romperá la envoltura para revelarnos su esencial verdad. Acabamos de leer en un joven católico, cuya originalidad de estilo no es otra que hacer del idioma una charada, esta afirmación delatora: «Y la única sola exclusiva y excluyente autoridad viva para un católico es la de su Iglesia. No en arte ni en parte, sino en todo». Este joven escritor español pasa por ser un joven príncipe de nuestras letras vanguardistas; por lo menos un infante. Es uno de los que organizaron el homenaje a Góngora a ba-

se de una misa. Sus palabras nos hablan de un tipo de literatura, de un dogmatismo tomista que informa la literatura nueva.

Se tiende, pues, a hacer una política con el instrumento del arte. A eso teníamos que venir a parar. Papini en su *Historia de Cristo* sirve al catolicismo de un modo tan perfecto que últimamente hemos sabido cómo con ese libro famoso el padre Gafo ha traído al rebaño evangélico a una descarriada oveja comunista.

En realidad, nos complace ver cómo se ponen los puntos sobre las íes, cómo no es posible desplazar a la literatura de los afanes, inquietudes y desvelos de la sociedad humana. Encerrados en sus laboratorios de metáforas no habríamos podido contender con estos escritores puros. Saber que están en la acera de enfrente nos produce el gozo de medir nuestras fuerzas con el enemigo, aunque este enemigo quiera emboscarse en las trincheras estéticas.

A una ideología, otra. Admitido que el conflicto humano debe regir la obra artística. Frente a esa galvanización de la vieja doctrina es preciso establecer la otra, la de la verdadera vanguardia: el arte social. Con el mismo empeño que ponen en resucitar el tomismo para su arte esos escritores convertidos, es preciso vincular la literatura y toda la obra intelectual a los problemas que inquietan a las multitudes, porque ellas buscan la justicia «así en la tierra como en el cielo».

La generación del 98 es una generación laica que tiene también su convertido: Ramiro Maeztu. El laicismo rinde asimismo sus mejores frutos en el ciclo siguiente, cuyas figuras relevantes son Pérez de Ayala y Ortega y Gasset. Los nuevos literatos españoles todo lo heredaron de ellos, y aunque quieran dar un salto en sus admiraciones hasta Góngora, lo cierto es que se trata de un salto mortal. Una vanguardia que se apellida neoclásica y neotomista es, sin remedio, una retaguardia del pensamiento aunque acierte muchas veces a expresarse con acento moderno. La mayor parte de las veces nos quieren pasar de matute ese catolicismo militante; pero en el fondo su servidumbre al canónigo Góngora y al jesuita Gracián no significa otra cosa. La auténtica vanguardia será aquella que dé una obra construida con todos los elementos modernos —síntesis, metáfora, antirretoricismo— y organice en producción artística el drama contemporáneo de la conciencia universal. No es la forma lo de menos: en eso estamos conformes con los neoclasicistas de la hora. El estilo literario debe ir de acuerdo con las formas vitales que constituyen la órbita social donde nos movemos. El progreso de la

expresión artística constituye un valor positivo de nuestro tiempo. Pero es un valor popular, porque al abominar el arte actual de toda retórica, de todo engolamiento, vuelve a las formas puras, al folklore, a la objetivación, a la fuerza inicial del esquema. Lírica, color, imagen. Pero, por debajo de todo eso, pasión, sinceridad, rebeldía y esfuerzo. He ahí el verdadero arte de vanguardia en una España católica.

Por otra parte, privar a la política de la magna ayuda de las letras, que tan decisivo papel en el orden de las ideas desempeñaron en la historia, parece, más que pernicioso, punible. Y lo es tanto más si se piensa que el vehículo de la cultura popular han sido las obras de imaginación, las obras que pudiéramos llamar «poéticas» por uno y otro concepto. Más que un decreto de Canalejas pudieron hacer los dramas de Galdós por las ideas liberales. Mejor propaganda socialista es la de una comedia de Bernard Shaw que la de un discurso del palaciego MacDonald.

Por otra parte, un escritor no puede eludir, como no sea en poesía lírica, temas o repercusiones de carácter político que se aprecian en el fluir del espíritu humano. Ni tampoco una sensibilidad de artista puede permanecer indiferente a los conflictos de la lucha individual o colectiva, ni a las reacciones de tipo humano dentro de la lucha social. Se ha querido simplificar la cuestión diciendo que el escritor debe participar en la política como otro ciudadano cualquiera, pero fuera de su arte, como el zapatero o el sastre que calzan o visten a sus clientes sin conocer su ideología. Pero ni las botas ni los trajes tienen relación con la vida del pensamiento, ni la literatura se compone sólo de palabras, de expresiones o atributos externos. Una página de Proust o de Giraudoux, cuajada de metáforas, míresela por donde se la mire, está trabajada sobre materia humana y afluye a ella una corriente de alma universal. Ponemos adrede los ejemplos menos útiles para extremar del todo el argumento.

Claro que pedirle a Giraudoux que haga una narración para defender la idea de república o debelar la de monarquía sería insensato. Precisamente el defecto del romanticismo literario, con su complejo naturalista, ha sido hacer tributaria a la literatura de la política como sucede en Zola. Pero ¿por qué no ha de servir indirectamente la creación literaria al pensamiento político del tiempo, eligiendo personajes o temas que en la dinámica novelesca o teatral desempeñen una misión, si no proselitista, incitadora? La terrible Rusia de los zares se nos ha anticipado en Dostoievski y en Andreiev. Y no porque ninguno de los dos acometiera deliberadamente una obra de pro-

paganda ideológica, sino que el ambiente y la pasión de aquella Rusia tenebrosa trabajaban en la conciencia del escritor de modo que su pluma se convertía, sin proponérselo, en arma de combate social. Es que el escritor, en relación con el mundo circundante, es el hombre del proverbio árabe. «Llamaron a la puerta de la tienda: "¿Quién eres?", preguntó. "Soy tú mismo", le contestaron.» Esa comunicación del alma del artista, sensible e intuitiva, con el alma del prójimo, con el latido ingente del universo, es la cualidad que la hace inmortal.

No es cierto que con ella padezca nada la pureza del arte, porque al montar los primeros veinte años del siglo XX observamos que la originalidad reside simplemente en la expresión. Lo importante será mantener la forma adecuada a la época, el estilo propio de la vida actual. Por eso no puede ser recusado el arte nuevo por lo que tiene de sintético, de metafísico y desrealizado. Ivanov en Rusia, como Barbusse en Francia, son escritores tan modernos como Giraudoux o Cocteau. Lo que sucede es que aquéllos son los escritores que pudiéramos clasificar como «políticos» y a éstos los encontramos impasibles ante la política.

En el fondo no hay más que una cuestión de temperamento. Estas dos tendencias han existido siempre en todas las generaciones literarias y no tienen por qué no registrarse ahora. Pero excluir en absoluto a la literatura de la política es tanto como negar la diferente condición de los hombres o empeñarse en desconocerlos.

VIDA NUEVA Y ARTE FUTURO

PODER PROFÉTICO DEL ARTE

Se oye decir a menudo que el mundo atraviesa una época penosa, donde están subvertidos todos los valores que han ido formándose y agregándose a la vida, a lo largo de las vicisitudes históricas. Pero si meditamos con algún reposo y con mediana cautela en esta afirmación que rueda, fría y hueca como un tópico, por la superficie de los medios sociales, venimos a comprender cuánto hay en ella de falso y expeditivo. Todo es cuestión de perspectiva, por utilizar un vocablo de técnica pictórica, que permanece intacto entre la evaporación de fórmulas y estilos. Hasta ahora, lo más sensato para la inteligencia fue tomar una perspectiva de pasado, es decir, recorrer las zonas pretéritas y abarcarlas en su visión totalizadora, a fin de someter el presente y el porvenir a un sistema de deducciones, experimentos y conclusiones. Pero esta prudente actitud se interpreta a veces con manifiesta falsedad. Abundan las gentes tan habituadas a enfrentarse con el pasado que a fuerza de mirarlo andan como el cangrejo: hacia atrás. Y lo peor es que aseguran marchar hacia delante, inevitable presunción de todo reaccionario, de todo hombre adscrito a lo arcaico. Acaso el hombre verdadero deba mirar al pasado por pura precaución: como el automovilista observa el camino que queda atrás por el espejito del parabrisas. De este modo, no caerá en la nostálgica vulgaridad de Jorge Manrique, ni achacará a una época defectos mayores que a otras.

Un buen punto de referencia para prever las formas sociales del futuro, sin sujetarse por completo al antecedente histórico, será el examen de la función artística que marca y colorea también los contornos de la época donde se produce. Si se considera discutible que el arte sea el eco más puro de la sociedad en la cual nace —tal es mi idea—, parece aclarado, en cambio, su carácter profético, su poder de insinuación de los movimientos vitales. Aquí ya tendríamos que utilizar el espejito del parabrisas pa-

ra ver a Grecia o al Renacimiento, sin entregarnos en absoluto a la filiación escrupulosa de estos momentos culminantes de la tradición artística.

Al hombre actual le interesa tanto el «hoy» como el «mañana». Primero y gran valor de la vida que hoy vive el mundo. El hombre contemporáneo aprecia su misión vital por lo que tiene de actualidad y de presencia. Más que un depositario de la tradición, es un arquitecto de su propio impulso. Ya veremos después a qué arquitectura y a qué gentes me refiero. Porque, como ha advertido últimamente Ernesto Curtius, construcción, y aún mejor reconstrucción, es la finalidad a que deben ajustarse todos los esfuerzos.

No hay que olvidar que habíamos abandonado hacía poco el laberinto del siglo XIX, lleno de clamores gloriosos, de agitaciones resonantes, de desprecio a las cualidades específicamente vitales. Se moría en nombre de la Inmortalidad individual o ideológica de una manera sencilla. Pero era, simplemente, porque la vida física, material, no valía la pena. Valía la muerte mucho más, ya fuese por una mujer o por una causa. La sobreestimación que acusa el romanticismo por los valores sentimentales parece que nacía de las angustiosas condiciones en que se vivía entonces, precisamente cuando la inteligencia atalayaba momentos más ricos para el destino humano. Viajar en diligencia, o sufrir cualquier otro rigor de aquel género de vida, tendría que valorizar muy parcamente la existencia. El progreso mecánico que enseña con soberbia nuestro siglo equilibra esas dos fuerzas, la espiritual y la física, antes desacordes, y ordena su función dentro de la órbita social. Yo bien sé que el heroísmo y el sacrificio, dioses crueles que precisan generosas inmolaciones, logran cada día un culto más tibio. Pero hay quien cree que esas energías perdurables del espíritu humano tienen actualmente una aplicación más fecunda, puesto que se ponen a servicio de ideales más próximos. Antes, una muerte bella glorificaba toda una vida. Ahora, una vida que no sobresalga espléndidamente no se justifica con una muerte elegante. Es el predominio de la categoría sobre la anécdota que nos enseñó Eugenio d'Ors.

En ese sentido se impone una reivindicación de nuestro tiempo, a pesar de sus fraudes equívocos, de sus monstruosos errores, de sus punibles superficialidades. La época del deporte y de la máquina, del invento y del juego, es también la época de la inteligencia y del orden. Cuidado con la palabra orden. No del orden en el sentido restrictivo de ese sarampión fascista que imita a la Roma cesárea como el mico imita al hombre. Se trata del orden en el concepto clásico de armonía, claridad y rigor. Lo

que decía Schopenhauer de una sinfonía de Beethoven: «Un orden maravilloso bajo un desorden aparente». El orden que hay por debajo de todas las revoluciones, que es, sencillamente, establecer una jerarquía distinta de valores vitales.

Lo mismo que las catástrofes geológicas han ordenado un tipo de paisaje, una estructura cósmica que consideramos racional, así las revoluciones ideológicas plasman otros conceptos morales, estéticos y políticos.

El tremendo choque de la Gran Guerra promovió el traumatismo del mundo. Pero esto no quiere decir que la catástrofe no estuviera prevista, que con anterioridad a ella no notaran los avisados vigías del pensamiento presagios del gran suceso. Si en un libro de Marx de hace cincuenta años se nos anticipaba una doctrina económica que hoy empieza a estar en trance de ejecución, y en un libro de Nietzsche encontramos la apología de la fuerza, el alcaloide de estos ensayos de dictadura y autoridad que no significan otra cosa que la agonía de un sistema, podremos pensar que la guerra no ha sido más que el trámite final de la descomposición iniciada en el último tercio del siglo XIX por el fracaso del pensamiento esencial que lo informara. Y esta derrota, disimulada y escondida a lo largo del tiempo por la inteligencia occidental, se hizo evidente en los años posteriores a la guerra. Es en vano que la ortopedia autoritaria quiera enderezar y componer métodos de connivencia social que se pudren ya como materiales inútiles.

Se trata, sencillamente, de un cambio de formas vitales que ha de tener su expresión en los distintos órdenes de la obra humana. Esa transmutación de la vida exterior es la que sustituye, por sí sola, la función del individuo como célula social. Por eso decía al principio que esa subversión de valores no existe, sino que ha surgido una nueva valorización. Por tal causa puede decirse que nuestra época es de las más claras y definidas de cuantas ha vivido la humanidad. El maquinismo ha traído, acaso, esta simplificación que es la cualidad que con más fruición disfrutamos. Porque la conciencia pictórica existe; lo único que ha variado es la dirección de esa conciencia.

Y la dirección reciente de esa conciencia la ha registrado el arte, como antes registrara las futuras turbulencias, las confusiones y luchas que precedieron a esta serenidad. Estas cuartillas quieren sostener lo que Hebbel llamó «el poder profético del arte». Puesto que ya parece resuelto el problema de las generaciones artísticas, lo cual demuestra que el arte se desarrolla por ciclos de creación homogénea, será saludable

fijarnos en que los artistas atisban antes que nadie las formas vitales del porvenir. Por algo los antiguos llamaron vate al artista más puro, al poeta lírico. Vate, es decir, adivino. La intuición es el atributo del genio, y genio, específicamente considerado, es el creador, el artista que por la gracia de su obra es semejante a un dios. Singulariza el arte la invención y si se trata del arte plástico revelará, mejor que ninguno, la expresión total de las futuras formas vivas. O, con más exactitud, trazará el diseño de la historia que está por escribir, de los movimientos inevitables que han de producirse. De ahí que en el Renacimiento, cuando Miguel Ángel y sus discípulos culminaban espléndidamente, se insinuase ya el barroco que, como estilo, posee también indiscutible jerarquía. Las formas artísticas son, pues, en relación con la vida social, unas preformas, una anunciación de las posibles reformas.

Basta una ojeada superficial por la historia para convencerse de esta realidad. Las transformaciones políticas son casi siempre posteriores a las variaciones artísticas. Antes de la Revolución francesa ¿no se advierte el clamor del romanticismo literario? Y antes de la Revolución rusa ¿no están Dostoievski, Chejov, Stanislavski y el mismo Gorki? El impresionismo francés nace en pleno *naturalismo*. Y es lógico que así sea, puesto que al artista le corresponde inventar, mientras que el sociólogo o el estadista no hacen sino estructurar y organizar la materia que, en forma primaria, después de la crisis, se mueve ante sus ojos. Por eso se ha podido decir que las epopeyas las hacen los poetas y no los guerreros. Vive el Cid porque así lo ha querido el juglar de Medinaceli. El artista es el explorador de vanguardia, el violador del tiempo virgen.

Ahora bien; es indudable que los años de la preguerra y de la posguerra fueron en todos los órdenes años de caos, de disolución y de titubeos. Se había perdido el norte para los empeños espirituales y en medio de las piras humeantes de las ideas y los sistemas no aparecía ninguna fuerza severa y firme, dispuesta a recoger y dirigir las aspiraciones sustanciales de individuos y pueblos. El torrente de la conciencia histórica seguía, sin embargo, retumbando en lo profundo, realizando su misión destructora y creadora a la vez. ¿Quién advirtió entre afirmaciones y desmanes, entre clamores babélicos y bárbaras explosiones, ese ritmo gigantesco y claro? El arte, y principalmente el arte plástico.

Era el que estaba más alerta, a pesar de sus *ismos* zigzagueantes, de sus contorsiones pueriles, de sus audacias turbadoras. Mientras el buen burgués vigilaba con los

ojos desorbitados las cajas de caudales y los príncipes huían sin equipaje para convertirse en profesores de idiomas o en conductores de automóviles, los artistas prendían en su lienzo el paisaje del porvenir. La vida iba a ser como presentían sus lápices o sus pinceles.

EL GRECO Y GOYA

Hay dos artistas que por ser nuestros utilizaremos como punto de mira para situar la posición del arte moderno: El Greco y Goya. Ambos facilitan a la pintura actual dos calidades diferentes —calidades, no cualidades—. A los dos se les puede considerar con absoluta fidelidad originales y revolucionarios. Los dos han sido incomprendidos por su tiempo y aun por los ciclos subsiguientes. Puede decirse que para que ambos quedasen con evidencia a nuestros ojos fue preciso que bajase la gran marea de la historia y los recuperásemos, limpiándolos de las algas que había dejado sobre su obra la incomprensión del espectador y de la crítica. En muchos sentidos se han anticipado a nuestros días, cumpliendo la ley eterna del genio que es descubrir el futuro, preverlo.

Lo que preferentemente nos interesa para nuestro tema es fijar la caracterización social del arte de cada uno. En El Greco actúa, con su inmenso poder de concentración, de dominación, el medievalismo, la sociedad organizada en bloque, unificada por una gran idea religiosa. Excuso decir que este concepto está al margen de toda cronología y es, sencillamente, una filiación libre del fenómeno histórico. El Greco trata sus temas a la manera gótica y bizantina, dando entrada a los elementos primitivos que no comprendía Felipe II, sumergido en la pintura flamenca e italiana de entonces. Cuando el rey rechaza el *Martirio de san Mauricio*, extiende al pintor cretense un pasaporte de inmortalidad puesto que le culpa de no aceptar una expresión de época, un academicismo que existe en todos los grandes momentos para la pintura. El pintor académico es el que se enrola en un tipo de pintura común y no es capaz de dejar en el lienzo un modo peculiar de interpretación.

Lo maravilloso de El Greco es que supo fusionar naturalismo y espiritualismo con la plasticidad del color, el movimiento de las formas y la composición de las escenas.

Como dice Waldo Frank, «El Greco proyecta un mundo que está más allá de los elementos dinámicos». No así Velázquez, que se concreta a un objetivismo estricto, muy moderno si se quiere, pero de menor alcance en las aspiraciones del arte. El Greco sirve a la sociedad de su tiempo, al Toledo católico y tradicional; pero su obra traspasa los límites conocidos entonces, porque su actitud ante la vida que le rodea es, sencillamente, personal. En él se adivina mejor que en nadie el culto de la forma pura. Espíritu profundamente religioso, estaba por encima de los ritualismos católicos del medio donde pintaba y por eso su expresión tiene los clamores legendarios de los primeros cristianos. He aquí cómo un artista, sin desvincularse de la sociedad donde se produce, sabe enaltecerle la conciencia, ponerla en contacto con pensamientos superiores. El misticismo de El Greco no se reduce a los asuntos que interpreta, sino que aparece en todos sus elementos expresivos. Su enlace con el expresionismo de hoy está en eso. Ésta es la causa de que Cézanne, precursor del arte nuevo, admirase a El Greco más que a ningún otro pintor. El primitivismo bizantino y gótico del artista oriental, también lo siente Cézanne intensamente, puesto que retorna a las formas puras, primarias, y les da, con místico deliquio, una interpretación actual.

Obsérvese que mas allá de lo anecdótico en El Greco está lo esencial, lo abstracto. Lo anecdótico era la vida española del siglo; lo esencial es lo humano de todos los tiempos, la bestia y el ángel que se simbolizan en el espiritualismo y el naturalismo. Un espíritu tan idealista como el de El Greco tenía que resolver con temas religiosos ese problema específicamente humano. Pero lo que tratamos de señalar es cómo el temperamento del pintor extravasa las fórmulas en boga. En aquel instante, la sociedad era el Estado y el Estado era el rey, que no sólo Luis XVI tuvo esa concepción del poder político. Los pintores estaban al servicio de ese poder personal y atávico. Y, sin embargo, un artista, por el prodigio de su temperamento, rompe la unidad social y se coloca a tres siglos de distancia. Pero siempre atendiendo al espectáculo de la vida circundante. Dice Mauricio Barrès que «El Greco no descubre su genio hasta que comienza a pintar a los nobles de Castilla». Y agrega que su camino artístico fue «expresar de una manera realista los espasmos de la vida del alma». «Delante del sublime modelo que le sobrecoge —dice también Barrès—, delante del alma castellana, El Greco olvida sus habilidades y se hace una retina nueva, una mano de niño, una conciencia de primitivo. En medio de una tendencia general al énfasis, un pensa-

miento desnudo se nos aparece. Un arte así pudiera parecernos un poco torpe y un poco inconsistente si no contase con su estado de espasmo para sorprendernos y para reanimarnos.»

En efecto, El Greco trabaja su obra como un moderno; conoce todas las fórmulas por lecciones del Tintoretto; pero las supera por cálculo, que tiene mucho de intelectual. Las supera, si se nos permiten las palabras, con frialdad y serenidad. Siendo un hombre de vida interior es un objetivista en el orden de la expresión. Ya veremos más adelante cómo este atributo es también el del artista actual.

El Greco representa, pues, la «personalidad» en el ámbito de una sociedad organizada alrededor de la idea de catolicismo. Goya, el otro genio, significa la «individualidad». Hasta Goya, la pintura está adscrita al organismo del Estado o de la nación y significa un matiz del concepto político. Dígase lo que se quiera, hasta Goya predomina el medievalismo, y los artistas e intelectuales, cuando no son nobles, son criados de los nobles, servidores de reyes, cardenales o duques. La obra de arte está en realidad sometida a estos poderes dogmáticos. Es cierto que el brazo secular repartía prebendas y protegía las artes; pero no es menos exacto que a éstas las regía el espíritu de tales *mecenas* para cuyo halago y esparcimiento creaban los artistas. El pintor de cámara era el puesto ambicionado por los artistas plásticos. Goya lo fue; pero deja de serlo en el momento en que su obra empieza a ser genial.

Es preciso consignar esto, de sobra sabido de todos, para fijar el alcance de la obra de Goya en relación con el arte de hoy. Goya es todo el siglo XIX, es el que anticipa el siglo XIX, el que lo intuye mejor que el enciclopedismo. Predominaba en su tiempo la tendencia clasicista del arte; él mismo fue discípulo de Mengs y pintor de cámara de Carlos IV. Pero así como Velázquez inscribió su pintura en el movimiento político de Felipe IV y creó un realismo que sólo se enriquece con la ironía, Goya forjó la gran libertad de la pintura, el enérgico individualismo del artista respecto a su tiempo. La «personalidad» de El Greco está con el pintor aragonés transformada en individualidad independiente, en sentido crítico. Goya desglosa la pintura de la burocracia política y la valoriza de nuevo puesto que le concede autonomía social. Si la Revolución francesa conquistó los «derechos del hombre», Goya alcanzó los derechos del artista. Su modernidad radica en ese gesto vigoroso sin el cual no hubieran existido los conceptos fundamentales del arte nuevo. No nos importa para este razona-

miento lo que hay de ética en su pintura, sino lo que hay de rebeldía contra los métodos acomodaticios del arte, lo que hay de afirmación humana en su obra. No es lo mismo pintar para una sociedad que pintar una sociedad. Hasta Goya todos los pintores, incluso El Greco, habían ejecutado su obra con cierta sumisión al ambiente. Goya es espectador y protagonista de su tiempo, lo mismo que el artista moderno que posee una voluntad creadora desplazada de la voluntad general. Ahí se encuentra el poder profético del arte de Goya.

Este humanismo de Goya, corolario de su individualismo, nos permite trabarlo en este trabajo con el espiritualismo exacto de El Greco. La mezcla de estas dos tendencias nos dará un precipitado moderno: el artista puro, avecindado en su tiempo. Entiéndase bien: en su tiempo, no en la sociedad de su tiempo que aún está formándose, acoplándose, estructurándose entre atroces titubeos.

TRES TENDENCIAS

El arte actual se nos aparece con tres tendencias diferentes que, según Franz Roh, tienen fundamentos comunes, aunque a primera vista parezcan contradecirse entre sí: son el impresionismo, el expresionismo y el post-impresionismo. El crítico alemán sostiene que «forman un frente único contra la reproducción extrínseca del mundo». El impresionismo no habría existido sin Goya, de donde extrajo Manet el furor demoníaco de las formas, además de la independencia de las ideas plásticas. Ni sin El Greco, donde está la espiritualización de la luz. Al impresionismo, más que las cosas en sí, le interesa su cromatismo, su sensualidad expresiva, su fluido colorista, su vapor temático. La naturaleza aparece transformada por la versión de los artistas que se entregan con frenético brío a la libertad ganada por el arte. Ese torbellino seductor, llevado a sus últimas consecuencias, más que heredero del naturalismo del siglo XIX parece que augura toda la fiebre social que se acumuló sobre el mundo antes de la guerra y que se descargó en ella como una tempestad registrada insistentemente por el arte.

En el impresionismo predomina la inquietud, la avidez explosiva llevada a los últimos términos. No es otra cosa todo el siglo XIX, que disfruta con el mismo ímpetu

de la filosofía, de la ciencia aplicada, de la literatura, hasta de las normas jurídicas. Y, sin embargo, en el orden plástico no se trata de un romanticismo propiamente dicho, puesto que la pintura no es puramente subjetiva, sino que la pasión cristaliza en las formas, o por mejor decir en el espacio, en la atmósfera, cualidad máxima en el cuadro impresionista. ¿Será lícito pensar que también el impresionismo se adelanta a su propio momento y proyecta su profecía sobre los diez primeros años del siglo XX?

Obsérvese cómo, entre aquel clamor de la materia pictórica, surge el pintor del equilibrio: Cézanne. Cézanne retorna a las formas puras, al primitivismo plástico, a la expresión primeriza, a la ejecución acabada y armoniosa del objeto. Su admiración por El Greco se comprende muy bien cuando sorprendemos al pintor cretense dando entrada en sus cuadros a elementos góticos y bizantinos. Cézanne reacciona contra el Renacimiento y el naturalismo, convertidos en pintura académica por la acción del tiempo implacable. El precursor del expresionismo y en general del movimiento artístico moderno es el primer vislumbre de un mundo distante que iba a organizarse entre estertores dolorosos. Entre la agitación y la tensión de un arte enfebrecido está la voz segura, certera, inagotable, persistente de Cézanne. Cuando en 1890, Van Gogh y Gauguin lanzan su manifiesto expresionista y con él el alarido creador de un estilo moderno, Cézanne ya había trazado el diseño de una época.

El advenimiento de Picasso, con el cubismo, supone la revalorización de la forma, o mejor dicho, la revisión de las normas plásticas elementales. El cubismo descompone los cuerpos y se ciñe a la abstracción intelectual precisamente para recomponer y asegurar los fines puros del arte plástico. El cubismo, con la maravillosa independencia que había conseguido ya la pintura, se atiene al esquema y a la síntesis, que no son la primera etapa de una creación de arte, sino precisamente la última, la totalización del esfuerzo, la vivificación del empeño total. Un cubista se parece a un clásico en que consigue igual resultado con un proceso de creación absolutamente distinto. No en vano la obra humana se enriquece cada día.

Alguien pudiera entender que el cubismo es escuela de transición, cuando lo que significa es la vinculación del estilo del hombre moderno. Estilización —lo dijo Ortega y Gasset— que es síntesis. La síntesis es el estilo de nuestra época. Sin el cubismo no sería posible el «constructivismo», que es la fusión en una sola expresión de la pintura, la estructura y la arquitectura. No sería posible el post-expresionismo con su

«verismo», que vuelve al sentimiento del objeto, estilo, al parecer, de un sistema social ya inminente. Utilizo a Franz Roh para definir con claridad esta tendencia: «Cuando veo varias manzanas sobre una mesa, recibo (aún sin salirme del plano de la intuición estética) una sensación sumamente compleja. No solamente me atrae el hálito de los exquisitos colores, en que se solazaba el impresionismo; ni tampoco me atrae exclusivamente el variado esquema de las formas esféricas, coloreadas y deformadas, que cautivaba al expresionismo. Sojúzgame una amalgama mucho más amplia de colores, formas espaciales, representaciones táctiles, recuerdos del olfato y del paladar; en suma, un complejo verdaderamente inagotable que comprendemos bajo el concepto de "cosa". Ahora bien, es preciso reconocer que sólo después de haberse hecho abstracto el arte, pudo reflorecer el sentimiento del objeto, que por doquiera venía arrastrado como un colgajo vago, vacuo e inconsistente. Sólo entonces pudo volver a construir una emoción fundamental y exigir la representación correspondiente».

Se trata, pues, de una vuelta a la realidad; una vuelta a la naturaleza, podríamos decir si la frase no nos trasladase a la doctrina rousseauniana. El expresionismo insistía aún en el lirismo exaltado y la introspección por un lado, y por otro en la dinámica y la calidez de la interpretación. Por eso había en él tantos asuntos religiosos. Aún quedaba bastante de aquel tumulto impresionista que quería retener en puro color a la vida transeúnte. Pero en el arte de ahora vuelven a recobrarse los elementos naturales que habían sido escamoteados con una genial combinación por los Carrá o los Severini. La furia mecánica, el asombro que había producido en el hombre moderno este agitado desenvolvimiento del destino humano, cautivó a los artistas que aún en sus intuiciones no pudieron desviarse del dinamismo y el estrépito. Las etapas que sufre Picasso en su arte son el ejemplo mejor de esta insistencia del arte joven en encontrar la expresión adecuada de la época que tenían el deber de descubrir.

Y vieron que el secreto estaba delante de ellos, en las formas vivas que están, sin embargo, muertas, y es el arte el que puede crearlas otra vez para que perduren a través de la interpretación del artista. Obsérvese cómo esto nada tiene que ver con el realismo académico, ni con el naturalismo que se complacía en imitar lo mejor posible una fruta o una hortaliza. La naturaleza ha de ser tratada por el post-expresionismo sintetizando igualmente las formas reales y las intuiciones artísticas. Un ejercicio

de equilibrio y de armonía, objetivando la escena y el ritmo interior. Todos los estilos pictóricos destilan su esencial rigor en esta pintura si acaso fría, pero eminentemente representativa y, por lo tanto, humana. Poco valdría la naturaleza sin la poesía, sin el toque mágico de la imaginación y del intelecto. La naturaleza sale al cuadro después de pasar por el laboratorio del pintor, donde las distintas emanaciones de la expresión concentraron la del espíritu contemporáneo.

Con cierta intención trágica que no depende de la anécdota, sino de la materia. Por debajo de toda esa quietud, de esa rigidez y de esa disciplina, una insinuación nos perturba, la misma que el hombre de mañana, el hombre duro, aclimatado, sereno, ha de tener en lo oscuro de su conciencia, en ese fondo virgen que no se alcanza por los caminos del sentimiento ni del pensamiento. Lo humano, propiamente dicho. Una vibración misteriosa, esencial, que se transmitirá de una época a otra sin variar más que en la representación. Véase un cuadro de Rousseau, el Aduanero, a quien se considera precursor de esta tendencia. Se titula *Durmiente*. El varias veces citado Franz Roh lo describe así: «Paisaje lunar, calvo, muerto, en un desierto nocturno. Todo yace en inmóvil silencio; no verdece ninguna vegetación. En la mitad del lienzo, tendido, a la misma distancia por arriba, abajo y los costados, está, rigurosamente silueteado, un león monstruoso, que resalta *mítico* sobre la tierra, las aguas taciturnas y la refulgente lontananza de montañas. Recorta la desolada y fría superficie del cielo, traspasado por diminutas estrellas. Delante, en apretada proximidad, forzado a insólita posición de frente, casi ensamblado con el animal, el bloque al sesgo de una figura humana, que bajo la mirada del animal parece sumida en el sueño de la muerte. Aún más cerca, instrumentos solitarios, con brillo de esmalte frío; una mandolina infantilmente acostada junto al cuerpo; un cántaro abandonado que se alza solitario hacia el disco de la luna, que ilumina fríamente el conjunto. Todo el cuadro —y esto es lo portentoso— está, hasta en sus últimos rincones, cuajado en una única sustancia: una tiniebla nocturna, azul-verdosa, con brillo de arena. Pero no volatizada en lirismo atmosférico, sino —y en esto reside el lirismo fabuloso del cuadro— cristalizada en el mundo de objetos tangibles, bruñidos y recostados. El conjunto está tratado como madreperlas o vidrio. En el cuerpo fulvio del león los planos son oscuros, nocturnales; pero en ellos, como en el lomo de las montañas lejanas, brilla la nevada claridad de la luna».

He aquí una escena irreal —una escena, no un asunto— materializada mediante el objeto y la figura. Por un lado, elementos primitivos, ingenuos, de fantasía legendaria. Por otro, un paisaje verídico e inquietante, resuelto con solidez por el color y la atmósfera. Lo que hay de metálico en esa materia pictórica sólo puede darlo una mano de nuestros días acostumbrada a sujetar con pulso firme el movimiento mecanizado de las cosas.

OBJETIVOS DE UNA GENERACIÓN

I

Hay que insistir en la idea de que nuestra generación tiene un deber imperioso y explícito que cumplir. Pocas fechas en la historia habrán aparecido tan estimulantes para el hombre español como esta de 1930. Es el momento de liquidar un pasado que angustiosamente pesa sobre nuestro país, aunque éste siga sin enterarse de la abrumadora carga.

Porque nuestro problema no es de ayer, ni ha nacido en la dictadura o inmediatamente antes de la dictadura[4]. Nuestro problema tiene, incluso, su raíz mucho antes del 98, cuando hombres mesiánicos como Ganivet o Costa exhalaban sus gritos en el desierto espiritual de España. De algún tiempo a esta parte una colección de eruditos que quieren injertar sus ambiciones en el árbol fructuoso de la política han dado en decir que no ha sido una desgracia que en España no hubiese entrado la Reforma. Creen estos sabios de pacotilla, a quienes la ignorancia nacional ha facilitado ocasión de superar su ingénita mediocridad, que la Contrarreforma dio a nuestro país un perfil peculiar y le ha ayudado a brillar con destello propio en el concierto del mundo. Exhiben entre otras vaguedades un supuesto florecimiento de la teología y de las artes y una caracterización original del pensamiento español que, al fin y al cabo, con relación al progreso de la cultura europea nos ha servido para bien poco. Pero lo cierto es que la Contrarreforma supuso en España el cierre de fronteras ideológicas y la

[4] En 1848 escribía Marx en sus artículos del *New York Tribune*: «A pesar de esas revueltas continuas no hubo en España, hasta el siglo presente, ninguna revolución seria». Y en aquel siglo tampoco, porque los pronunciamientos del siglo XIX no pueden considerarse como etapas de revolución, sino de «involución». La interpretación de Carlos Marx a nuestros movimientos políticos es, sin duda, la más sagaz y ejemplar. Demuestra cómo los famosos hombres de las Cortes de Cádiz y los posteriores hicieron de todo menos democracia. (Véase *La revolución española*, de Carlos Marx.)

imposibilidad de sembrar la primera semilla de la libertad de pensamiento. Desde entonces —es decir, desde siempre, hablando en relación con el mundo político— nuestro país vivió con el pecado original de la falta de libertades. El liberalismo moderno tiene bastante que ver con la lucha religiosa del siglo XVII y no es una casualidad que sea Inglaterra, cuna de la Reforma, la cuna del liberalismo político.

No entró en España la Reforma. Pero no entró tampoco la Revolución francesa. Una vez más quedaron los españoles al margen de ese magno movimiento que transformó en unos años la fisonomía de la sociedad humana y cerró con telón revolucionario el tenebroso escenario de la Edad Media. Nuestra revolución de septiembre no fue tal revolución, ni la República española fue tal República. España seguía retrasada en el desenvolvimiento de las ideas; dijérase un pueblo infantil y menor de edad cuando los restantes entraban en plena posesión de sus derechos históricos. En vez de revolución hubo Restauración y en lugar de libertad constitucional una Constitución autocrática polarizada en el derecho divino de los reyes. Yo no sé por qué las gentes se extrañan tanto de que haya reyes que quieran ser absolutos si la raíz de su poder sigue siendo absolutista y los políticos colaborantes piensan que el pueblo debe estar siempre en segundo término.

La falta de libertades determinó la impenetrabilidad de la masa para la evolución de toda forma política. De este modo, el pueblo permaneció ajeno a las fluctuaciones del gobierno, no se entrenó en el ejercicio de ningún derecho, fue materia blanda para cualquier mano enérgica que quisiera tomar el poder. Alguien dirá que esto se ha dicho mil veces. Creo saludable repetirlo en ocasiones como ésta. Si el pueblo participó en contiendas políticas, dinásticas o antidinásticas, lo hizo como un esclavo que se mueve automáticamente, es decir, soportando su inercia interior. El caudillaje de dos caras, el clerical y el militar, utilizó a la muchedumbre inconsciente. Después de la tiránica beatería de Felipe II, se suceden las autocracias político-sexuales de los validos. Más tarde, al absolutismo de Fernando VII siguen las dictaduras militaristas que encarnan unas veces en los generales y otras en las propias instituciones.

Vemos, pues, que ninguna de las etapas de perfeccionamiento político que ha recorrido el mundo las ha recorrido España. A juicio del que esto escribe, la generación actual tiene el deber de obligar a nuestro país a que se coloque en la línea de los pueblos que han sabido forjar una civilización política. Pero no recorriendo con lentitud

trechos políticos que ya quedan atrás. Los hombres de 1930 han presenciado la guerra europea, la caída de los imperialismos, el desarrollo próspero del socialismo, el triunfo de la máquina y del razonamiento lógico, la democratización de la vida en torno. ¿Podrán resignarse a que nada de esto rija en su país porque las viejas oligarquías, como esqueletos de elefantes, continúen en pie por la inercia y la indiferencia de una gran parte de la sociedad española?

Yo creo que no. Y creo, además, que la presente generación no encomendará esta obra al sufragio. El sufragio es instrumento de una política radicalmente distinta, la que hay que derrocar precisamente. Sólo podrá salvarnos una revolución, no sólo contra el régimen y el Estado, sino contra la actual sociedad española.

II

Creo que a todos los demócratas españoles nos convendría pensar un poco en los medios de adaptar a la política real, concreta, que habrá de ponerse en práctica de lo por venir, nuestros postulados ideológicos. No parecerá a nadie exagerada la siguiente afirmación: en España, la política liberal no ha tenido nunca una aplicación eficaz y auténtica, porque los reaccionarios se apoyaron en ella para hacerse impunes en sus baluartes. Hace poco Luis de Zulueta transcribía una frase de Pidal a Azcárate: «Está usted perdido, amigo mío. Porque yo, con mis ideas, puedo quemarle a usted, y usted, en cambio, con las suyas, no puede hacerme nada». Exacta definición de un liberalismo cándido y humanitario cuyo fracaso sería criminal encubrir. El hombre de la extrema derecha no vacila en aniquilar al contrario en nombre de una doctrina que podrá ser todo lo equivocada que se quiera pero que se practica sin rebozo ni piedad desde el poder. De esta manera, la democracia, cuando creía realizadas sus mejores conquistas de la mano del liberalismo, se encontró de nuevo en medio del arroyo, más pobre y desvalida que nunca; ¿hemos de dejarla de nuevo expuesta a los peligros de la tolerancia liberal, maniatada por las mil ligaduras de una política transigente y templada que la mayor parte de las veces sólo envolvía pequeñas ambiciones caciquiles? Yo no quiero ofender a nuestros viejos liberales, víctimas, sin duda, de ingenuos escrúpulos y de honradas convicciones ideológicas. Pero no puedo menos de echar-

les en cara su desconocimiento absoluto del medio español, sus flaquezas legislativas, que les llevaron a gobernar siempre al dictado de los poderes tradicionales, arraigados de tal manera en la vida del país que todas las situaciones, por avanzadas que fuesen, les eran propicias. Yo no comprendo al señor Moret confeccionando la ley de jurisdicciones ni al señor Lerroux pidiendo en las Cortes el aumento de los haberes del clero. Tal conducta fue la que llevó al pueblo a la desconfianza, al escepticismo y al desaliento.

Frente al conservador español el tolerante liberal no hará nunca más que el ridículo. Nuestros reaccionarios son terriblemente cerriles, ferozmente sectarios. Oponer a su implacable proceder político una actitud indulgente, hasta el punto de hacerles partícipes en la oposición de cualquier actividad gubernamental, es una conducta simplemente suicida. Por eso se impone cada vez más la revisión de ciertos postulados liberales que han dejado de servir a los intereses democráticos. Es preciso revestir de tal fortaleza a nuestros ideales de renovación política que no quede un hueco ni una rendija por donde el enemigo pueda herirnos.

Ya sé que estas recomendaciones de intolerancia han de ser juzgadas por algunos como una herejía doctrinal. Pero hay que responderles: «Ved la obra de vuestro liberalismo. Si los jóvenes de hoy consentimos que cuando el poder esté en nuestras manos el pueblo se aparte de nosotros con el mismo desprecio y la misma angustia con que os ha abandonado, bien podemos decir que hemos hecho traición a nuestras convicciones y no hemos escuchado la voz de nuestro tiempo». Porque, en último término, toda la política puramente liberal no representa nada si no tiende a organizar la sociedad humana sobre una base de mayor perfección. El liberal de hoy no puede hablar de libertad de enseñanza y dejar que continúen gravitando sobre el niño las coacciones del fanatismo religioso que no vienen sólo de la escuela, sino del ambiente. No puede hablar de libertad jurídica mientras consiente que la falta de libertad económica haga desiguales por la ley de la oferta y la demanda al potentado y al trabajador.

Porque al mismo tiempo que evoluciona el liberalismo evoluciona el concepto de democracia. Una democracia no es ya la ciudad entera, variada y compacta como un mosaico, que imaginara Rousseau. Una democracia es el pueblo activo y productor, compuesto por los ciudadanos que trabajan y que por ese hecho de carácter vital y

social gozan de la facultad de gobernarse a sí mismos. Nadie puede defender al vago ni al parásito, aunque por el milagro de los derechos del hombre ambos se sientan en soberbia posesión de los derechos individuales. Y hablo del parasitismo social, no refiriéndome precisamente al hombre que a causa de una educación deficiente, o por consecuencia de una defectuosa estructura del Estado, no rinde el fruto necesario a la colectividad. Me fijo con preferencia en el parásito de otro orden, en ciertos profesionales que no acrecen el acervo común, en los que por atávicas leyes de herencia se nutren del trabajo de los demás. La obra que se le encomienda con más urgencia al hombre de hoy es la de transformar las actividades individuales. La mayoría de nuestros jóvenes universitarios se inclinan al burocratismo, a las profesiones que pudiéramos llamar sedentarias. Se precisa desplazar a la juventud hacia ocupaciones de actividad productora que vayan ampliando las posibilidades del país y no lo inmovilicen bajo el peso de la empleomanía.

Cuando se habla de nuevos sistemas políticos, se piensa que bastarían por sí mismos para asegurar la transformación de la vida nacional. Pero nadie se ocupa de fijar los medios para defenderlos de los asaltos audaces de la reacción. No obstante, es la labor que no puede dejarse para después. Hay que rodear las ideas democráticas de una barbacana de autoridad que impida los ataques consuetudinarios de los que hoy todavía son fuertes. No nos basta, por ejemplo, tener un Parlamento; hay que tener un Parlamento que exprese la realidad democrática del país y que no actúe bajo las presiones de ningún interés, de ninguna institución que no tengan un origen netamente popular. Y conste que el Parlamento no es más que el embrión del verdadero cuerpo deliberante de la nueva democracia: el Sindicato.

Otro género de renovación política puede interesarles a los que, llamándose liberales, desean que la vida y la historia permanezcan encerradas en unas cuantas abstracciones jurídicas. Deseo vano e insensato, puesto que la vida y la historia no son más que una constante, dramática y avasalladora corriente hacia el futuro.

Veamos, por ejemplo, lo que ocurre con el voto femenino. El voto femenino basta por sí solo para modificar el mapa político de España y dar al país, no sólo una estructura distinta, sino un pensamiento diferente, una naturaleza nueva. Esto, enunciado así, parece la panacea salvadora. Desde hace muchos años venimos oyendo la afirmación de que España no podrá entrar francamente en el período de las trans-

formaciones sustanciales mientras no sufra una reforma electoral que la afecte integralmente y que sea capaz de ponerla en marcha. Para muchos, incluso para los hombres de la izquierda, los males políticos de España procedían de su inhibición política, que unas veces cristalizaba en la venta del voto y otras en la abstención del ciudadano. Pues bien: con la concesión del voto a las mujeres no se llegaría, sin duda, a la movilización del censo masculino, pero cambiaría totalmente el panorama electoral de España.

Yo no digo que la reforma, en el puro plano de las teorías, no sea una reforma liberal. Pero afirmo que puesta en práctica en España, en la realidad política de España, es una medida de resultados reaccionarios. Una vez más tenemos enfrente la enorme paradoja que preside la vida pública española. Amarrados a ella venimos debatiéndonos a lo largo del siglo XIX, hasta penetrar en el XX, donde tantas fórmulas políticas han zozobrado. Europa entera ha visto en ejecución durante ese período las ideas fundamentales de la Revolución francesa: los derechos del hombre, el sufragio universal, la enseñanza libre, el laicismo. Europa entera, con la sola excepción de España. La Constitución de Cádiz, la más avanzada, nació con el pecado original de la intolerancia. La que después elaboró Cánovas fue aún más pacata y conservadora; así y todo, los políticos posteriores la suspendieron, la mutilaron y se sirvieron de ella con la más bochornosa de las impudicias. Puede decirse que no rigió jamás y que se hizo ya con el propósito de que nunca tuviese validez ni fuerza como no fuera para servir los intereses de la monarquía. España, pues, vivió su vida política con un siglo de retraso y sobre sus problemas no se ensayó jamás el sistema de las democracias. La paradoja no puede ser más sorprendente; mientras se ejercía en todo el mundo la política liberal, en España, en la intimidad de la nación española, perduraba el medievalismo.

Este fenómeno, de facilísima filiación, impide que la idea de los derechos haya penetrado en las capas últimas del pueblo. Ahora es cuando el hombre español empieza a darse cuenta de que tiene ciertos derechos en relación con el Estado y de que el Estado se los otorga o se los cercena según actúen sus órganos políticos. Ahora, precisamente después de haber recorrido trechos políticos dolorosos, es cuando el hombre español empieza a comprender las ventajas que le reportan las instituciones democráticas. Pero al hablar del hombre español, no puede hablarse de la mujer es-

pañola. Al hombre español puede entregársele el sufragio, la libertad de enseñanza, el Parlamento, todas las instituciones que emanen de la voluntad popular a condición de orientarlo de antemano, y sin que esto signifique su salvación política. Pero a las mujeres no puede entregárseles ni siquiera esto. No puede entregárseles por la sencilla razón de que no sabrían hacer uso de ello, porque constituyen esa última capa popular donde no ha penetrado la conciencia política europea.

Me parece que no es la hora de la galantería. Por lo tanto, si existen en nuestro país mujeres de excepción, mujeres que confirman la regla, a quienes pudiera confiárseles el precioso encargo de gobernarse políticamente, sabrán darse cuenta de la exactitud y de la intención de estas afirmaciones. El retraso político de España se explica precisamente por su retraso cultural, porque después de algunos siglos de unidad religiosa muy pocas personas lograron la suficiente independencia de espíritu que les permitiese actuar por convicciones avanzadas. Fue la mujer quien más duramente ha sufrido esta tenaz influencia, fruto del medio y de la educación, del temperamento y de las costumbres. El hombre español hubo de reducirla a un simple concepto de domesticidad, esclavizándola en el reducto de la familia; cerrándole todos los caminos de emancipación y dejándole libre uno tan sólo: el camino de la fe religiosa. El analfabetismo de las mujeres rurales es tan evidente como el analfabetismo ilustrado de la «señorita» cuyos conocimientos no van más allá del francés y de la costura. En España se ha defendido muchas veces la ignorancia femenina con los mismos argumentos que se utilizan para defender el pudor. Para ciertos padres y ciertos maridos el diablo acecha detrás de la cultura.

A esta situación innegable en que se encuentra la mujer española han contribuido, sin duda, las mismas causas que hicieron infecundas las modificaciones de orden jurídico aceptadas en todos los países. Yo no creo en la atrevida afirmación de Schopenhauer de que «las mujeres son toda su vida niños grandes». Concediéndoles una jerarquía de colaboradoras en la vida social, acepto su participación en ella en otra medida que pueda tenerla el hombre. Pero discrepo de cuantos piensan que la mujer posee en la actualidad conciencia política para dirigir los negocios públicos. El hombre español no ha sabido interesarla en problemas ideales, ni compartir con ella aspiraciones de orden político. Tremendo error que todos hemos de tocar en plazo más o menos largo. La mujer necesitaba una actividad espiritual que no fuese la del

amor y hubo de buscarla donde se le ofrecía más próxima y hacedera: en el sentimiento religioso que se le facilitaba sin esfuerzo. España es un pueblo de mujeres católicas.

He aquí la paradoja. Una ley que con arreglo a postulados puros es una ley liberal se convierte en instrumento reaccionario como consecuencia de la historia política de nuestro país. Las derechas saben que el saldo electoral del feminismo les es tan favorable en España como adverso en Inglaterra, porque en Inglaterra es viejo el ejercicio de la democracia. Por eso no dejan de simpatizar con el voto de la mujer y lo alientan con el mismo ardor con que se oponen a otras reformas de carácter menos radical. Nuestras derechas son duchas en práctica política. Tan duchas como ingenuo y tímido el liberalismo que tuvieron enfrente.

III

Conviene sondear el fondo de los tópicos políticos y colocarlos bajo la experimental de las ideas. Desde hace mucho tiempo el liberalismo español camina a ciegas en el laberinto de los problemas nacionales y por eso no puede afrontarlos con decisión e inteligencia. Muchos liberales dan, efectivamente, la sensación de que se orientan por el tacto, cuando lo primero que exige la política es perspectiva y largo horizonte. De este modo hemos podido observar que existiendo liberales en España eran gentes, en sus últimas consecuencias, reaccionarias. Reaccionarias por los intereses que servían, por su concepto arbitrario de los derechos individuales, y por la tibieza con que en determinado momento defendían los puntos sustanciales de un programa de renovación y avance.

Un ejemplo concreto de esta inversión ideológica es lo que se ha llamado la lucha contra el cacique. El cacique es siempre conservador y su psicología se singulariza por un desmedido afán de mando personal y antidemocrático. Es el cordón umbilical de un régimen que no descansa en la voluntad del pueblo sino en la preponderancia de las minorías oligárquicas. Éstas se colocaban la etiqueta liberal o la conservadora según soplasen los vientos de Madrid, es decir, según la alternativa del llamado turno de los partidos. El turno de los partidos, inventado por Cánovas para hacer de la vi-

da nacional un impune monopolio del régimen, alcanzaba lo mismo a la vida de las provincias o los concejos. En Madrid gobernaba el cacique máximo; en la provincia, su apoderado, y en el distrito rural, el pequeño déspota, prestamista o terrateniente, que si disponía de las vidas y haciendas ¿cómo no iba a disponer de los votos? Por eso existía una organización faraónica, renovada por dinastías, cuyo poder era transmisible de padres a hijos, incluyendo las hembras, pues en España hemos llegado a conocer incluso el matriarcado caciquil.

Pero si hablo en pretérito no es porque el cacique haya desaparecido. Lo hago para referirme a una fecha concreta, la anterior a la dictadura. La dictadura habló del exterminio del caciquismo; pero en realidad vino a fortalecerlo, a facilitarle carta blanca para que siguiese expoliando al pueblo y sacrificándolo a sus fines privados. Hemos asistido entonces, en las zonas rurales, al impúdico espectáculo de una UP nutrida de liberales o conservadores, gentes que se adherían a Primo de Rivera como se adhirieron antes a uno de los condes que heredaron a Sagasta o a Cánovas. Y ahora, a lo largo de varios años de insolvencia jurídica, esa misma UP se disuelve como por magia y sus componentes retornan a sus antiguos lares, a sus partidos turnantes, para seguir disfrutando del poder según el sistema de lenidad que han aprendido de sus jefes. Es decir, el caciquismo tiene montada su máquina como antaño y piensa que la opinión pública —el cuerpo electoral— ha de continuar sirviendo sus fines vergonzosos, en los cuales está la explicación de toda la decadencia española. Las nuevas promociones políticas han de tener en cuenta que la vasta organización caciquil es una consecuencia del régimen que encabeza nuestra vida pública. Porque es el caciquismo del senador vitalicio, del plutócrata del monopolio, del aristócrata del latifundio y del coto de caza, del funcionario de la prebenda y el peculado: resortes de una institución tradicional que no se ha identificado jamás con la verdadera democracia. El centralismo de que se quejan las regiones no sería tan coherente y repulsivo si no estuviera defendido en las propias provincias por el caciquismo dinástico que hace traición a su tierra y a su raza para entregarse al señorío de los de arriba. Lo primero que hay que decirle al campesino y al obrero es que una cartería, una carretera o un puente, concesiones de limosna que ofrece el candidato, no significan nada en relación con el expolio de todo género que un Estado de privilegio hace diariamente de los intereses rurales. El cacique echa unas migajas al distrito para que el distrito le

ayude a conseguir con su inhibición los criminales negocios que se llevan a cabo al amparo del Poder central.

La condición mesiánica que caracteriza el temperamento español ha hecho circular en nuestro país el otro tópico de «los hombres nuevos». Es un argumento que se utiliza por unos y otros indistintamente para que cada grupo lo aplique, claro está, conforme a su particular conveniencia. Los conservadores y los neutros exclaman cuando se les habla de posibles transformaciones políticas: «Pero ¡cómo vamos a fiarnos! ¡Si no hay hombres nuevos! ¡Si no aparecen los caudillos!». Los hombres de tendencia liberal dicen por su parte: «Es preciso buscar hombres nuevos; son los únicos que pueden tener las soluciones políticas que reclaman nuestros actuales problemas». Ambas argumentaciones en un terreno doctrinal pudieran tener cierta vigencia. Pero en el orden de las realidades políticas, que es a las que hay que atenerse, no hacen más que estorbar el camino de la acción. Y los momentos que vive España no son los más a propósito para dilucidar abstracciones y teorías. Hemos llegado al instante crítico de la acción. Por eso conviene salir al paso de las frases cómodas y actuar sobre hechos concretos, sobre causas vivas, sobre experiencias y posibilidades inminentes.

Como nuestra política sigue nutriéndose de los tópicos más elementales, se habla con la más desaforada insistencia de la división de las izquierdas, entendiendo, claro está, por izquierdas las que arrancan del republicanismo tradicional y llegan a los partidos obreros. Se dice que los republicanos están divididos, que en el socialismo se prepara el cisma, que los sindicalistas luchan entre el apoliticismo y la política, que los comunistas están sin hombres representativos. Los que hablan de este modo poseen una concepción política rudimentaria. Siguen creyendo en la masa indiferenciada e inconsciente, en la multitud como rebaño, en el censo como instrumento caciquil. Aspiran al mesianismo y al caudillaje, como en los primeros instantes de la democracia, cuando el jefe, el apóstol o el mesías llevaban detrás de sí a la muchedumbre fanática y ciega. Como si después de todas las experiencias que ha sufrido el mundo pudiese la voluntad personal seguir sustituyendo a las ideas y continuasen rigiendo en política las panaceas redentoristas.

Cuando la democracia era nada más que un concepto, antes de que el hombre de la oficina, del comercio o del taller supiese lo que era la verdadera libertad y tuviese sentido de sus derechos «vitales» —es decir, sociales—, se comprende la existencia y

hasta la necesidad del taumaturgo político. Los movimientos populares surgieron muchas veces al calor de una palabra encendida o de un carácter integral. Pero en este momento todo el mundo sabe lo que quiere, y el problema de izquierdas y derechas es tan explícito como la condición del terrateniente respecto al que trabaja la tierra o la del mecánico en relación con el propietario de la fábrica. Lo demás son ganas de confundir las cosas, o quizá algo más repudiable: la conformidad egoísta con el medio, el afán de seguir aceptando cobardemente la línea curva, que es la que acepta, desde siempre, la bien llamada clase neutra. El género de los ambiguos es el que en parte pide la aparición de un mesías, como pudiera pedir la resurrección de la carne de bruces sobre el polvo de los esqueletos. Por eso cuando estas gentes insinúan esa estúpida aspiración de un hombre para que les garantice el triunfo fácil, hay que apartarse de ellas y despreciarlas. No influyen en la política como colaboradores ni como enemigos, venden el voto o votan en blanco. Cuando las izquierdas tengan el poder, habrán de encomendarles el papel inferior que les corresponde, o sea, el de «criados de la ciudadanía».

Nuestro país está cansado de caudillos y de jefes políticos que le condujeron al envilecimiento y a la decadencia.

Ya es hora de que la democracia empiece a ejercer de veras su función, sin sometimientos ni evasivas. Nuestra época es una época colectivista que repudia la servidumbre y la hegemonía personal, que no cree en los milagros ni en la infalibilidad de los faraones públicos. No confía más que en las ideas para resolver los problemas concretos que le salen al paso. Por eso todo partido o agrupación política puede elegir hombres circunstanciales que desempeñen los puestos directivos. Pero el último militante tendrá que realizar, dentro de la relatividad de su función, una obra de idéntico relieve y sus decisiones influirán del mismo modo en la minoría representativa. Las fuerzas nuevas que están llamadas a actuar en las izquierdas españolas tienen el deber de acabar con las jefaturas tradicionales, viciadas por la moderación y gastadas en la inercia, para imprimir en los grupos un ritmo acelerado y decidido. No necesitamos para nada a los «mascarones de proa» que hicieron un día delirar de esperanza a nuestros ingenuos antecesores. Basta que tengamos un programa definido y tajante contra la tradición y la plutocracia, que son «derechas» siempre, aunque se coloquen la desnaturalizada etiqueta del liberalismo. La democracia alemana, la francesa,

la rusa —sí, sí, la democracia rusa— han tenido los hombres que les hicieron falta, y ninguno llevaba en el maletín electoral el específico para curar todos los males del país.

Lo importante no es que haya hombres nuevos, sino ideas nuevas. Claro está que sin hombres, sin ejecutores, no hay manera de poner en marcha ningún programa político por excelente que parezca y por mucho que responda a las aspiraciones momentáneas del cuerpo social. Pero la revelación de individualidades no puede ser cosa milagrosa y taumatúrgica. Precisamente uno de los males que vienen pesando sobre la vida pública española es la confianza desmedida en el caudillo, en el taumaturgo cuya palabra llega a veces a poseer un contenido mágico, indiscutible. Por el predominio del caudillo —llámese cacique, general, o jefe de partido— no hubo nunca en España verdadera democracia. Lo que hubo fue una exacerbación del individualismo y un desaforado crecimiento de la influencia personal que enflaqueció las organizaciones y engendró el despotismo del poder. El idealismo español es el más curioso y sorprendente de los idealismos. Las antiguas cruzadas no le han dejado a nuestro país otra cosa que una terrible confianza en el azar, una fe casi estúpida en la previsión divina que se acomoda perfectamente a la inercia característica de nuestra vida nacional. Cuando un hombre siente el imperativo de la acción, emigra, porque su auge dinámico no se compadece con la típica inmovilidad del medio. Y cuando no emigra, se entrega a la tutela ultraterrena que ha de proveerle de políticos y de economistas para que le rijan y dirijan incluso en los trances críticos de su existencia.

Y es que vivimos de espaldas a lo positivo de las cosas sin lanzarnos tampoco detrás de las grandes idealidades. El sentido colectivista del mundo actual está imprimiéndole a la vida un ritmo distinto, una tónica diferente que alcanza antes que a nada a la política. La democracia de hoy no tiene necesidad de inscribirse bajo la garantía de un hombre, porque los problemas son tan concretos y rodean de tal modo a la muchedumbre que ésta se halla absolutamente sumergida en ellos. Por eso no hay que buscar individuos sino organizaciones, y de esas organizaciones es de donde han de extraerse las figuras más capaces para encauzar y acentuar la dirección de la lucha. Lo que interesa preferentemente es saturar de ideas el cuerpo social, hacerlo flexible y móvil por medio de la organización y de la propaganda. Los hombres nuevos están ahí, la-

tentes, para corporizar las aspiraciones colectivas con un mandato muy condicionado y, si puede ser, circunstancial y efímero. Pero la transformación política superficial, puramente episódica, por lo que afecta al cambio de instituciones y costumbres públicas no representa siquiera la verdadera renovación de España. La renovación de España es una obra lenta y persistente aun desde el punto de vista revolucionario. Para cambiar la fisonomía del Estado no basta la buena voluntad de unos programas políticos ni el desinterés de unos hombres que contemplan con asco y con horror las equivocaciones, fracasos y anomalías de toda una centuria absolutista.

Habrá que pensar primero en la valoración espiritual de las nuevas generaciones. Menguada obra sería la nuestra si no pudiese ser completada por nuestros hijos, a los que entregaremos intactos muchos problemas políticos fundamentales. El defecto más grave de la vieja democracia española ha sido no dar importancia al problema de la educación. En los mítines, en la prensa, en el Parlamento y las academias se ha hablado reiteradamente de la necesidad de reformar la educación y se postulaba sin descanso la enseñanza libre. Pero estos mismos demócratas entregaban sus hijos a las escuelas confesionales y a las escuelas del Estado, donde los maestros estaban formados en el criterio dogmático o coaccionados por un poder ortodoxo e intransigente. De esta manera disminuían en nuestro país las falanges izquierdistas y se retardaba la independencia mental de la juventud, que había de estar muy bien equilibrada intelectualmente para sobreponerse a las influencias del sectarismo pedagógico.

De lo cual se deduce que lo urgente es transformar la enseñanza superior para que cambien la primaria y la secundaria. La cultura integral de una nación es una pirámide cuya base tiene que afirmarse en el pueblo instruido. Antes que escuelas necesitamos maestros. Hace poco tiempo leía yo un acuerdo de los estudiantes universitarios representados por la FUE, donde se planteaba con la claridad a que nos tienen acostumbrados esos magníficos muchachos el problema de la aptitud pedagógica. En el profesorado español hay un tanto por ciento crecidísimo de profesores ineptos que han convertido la universidad y las escuelas especiales en fábricas de profesionales empollones y de universitarios inútiles. Entre los textos con censura eclesiástica, la intolerancia y el cerrilismo de los padres de familia y la ineptitud de muchos profesores, generaciones enteras de españoles han creado un ambiente ignorante y fanático que emana de las mal llamadas clases superiores.

El lema de Costa «Escuela y despensa» hay que cambiarlo por el de «Maestros y pan». Poco importa que existan muchas escuelas, si están regentadas por la inercia y la incomprensión pedagógica. La dictadura creó no sé cuántos miles de escuelas y nadie se atreverá a demostrarme que el coeficiente educativo de España aumentó en los siete años de ilegalidad y de impunidad legislativa. Y es que el analfabetismo más dañino es el de las gentes pseudoilustradas. Mucho peor que la ignorancia de las clases populares es la educación de las clases media y burguesa, que en nuestro país están casi siempre incapacitadas para comprender los nuevos modos de cultura y las inquietudes del hombre ante el futuro. La secular cerrazón española, la falta de curiosidad que existe aquí por lo que sucede en el mundo, proviene de esa enseñanza a medias, de esa educación anómala donde los mitos y las supersticiones sustituyen a la verdadera ciencia.

Nuestros hijos van a encontrarse, de un lado, con una cultura en liquidación; del otro, con una civilización que nace. Vienen a la vida entre escombros y luz. Nuestro deber no será sólo colocarles en medio de un país bien equipado frente al futuro. Será enseñarles a comprender que el hombre de mañana tiene un mandato superior al que nosotros hemos recibido de las flojas generaciones pasadas. El hombre de mañana va a cambiar de ideas, de gustos, de sensibilidad, de finalidades vitales. Para eso precisa una educación independiente e integral.

IV

Algunos de nuestros liberales se irritan cuando las plumas jóvenes postulan una revisión del liberalismo, una rectificación, más que de programas, de conductas. No se dan cuenta de que la libertad no puede ser una idea sentida en abstracto, sino una realidad puesta en marcha. El sentido realista que tienen de la política nuestras derechas ha vencido siempre al idealismo de nuestras izquierdas, que hasta por idealismo han vivido en continua colisión: cuando peligraba el orden, el sagrado orden, las derechas sacaban las bayonetas a la calle y metían en presidio a los huelguistas. Cuando los liberales encontraban obstáculos para una reforma, presentaban la dimisión. El liberalismo siguió siendo, después de la guerra carlista, un ideario dinástico, sin

contenido explícito, sin misión propia. Así se comprende que a través de sus etapas de gobierno, el sentimiento liberal no hubiese cuajado en el cuerpo político, que no valoró la libertad hasta después de perderla. Recordad las *Memorias* de Romanones, donde el conde confiesa sus debilidades ante la influencia de los obispos. Recordad los vergonzosos pactos electorales, donde las izquierdas de cualquier distrito se encontraban de pronto representadas por un candidato reaccionario, gracias a la combinación del jefe de Madrid. Recordad a los librepensadores, que votaban en las Cortes el aumento de los haberes al clero. Recordad ese liberalismo flaco, invertebrado, retórico, que sirvió tan bien a todos los intereses de las llamadas instituciones tradicionales.

Puede decirse que entre el liberalismo y el conservadurismo de los viejos políticos no existía, de hecho, ninguna discrepancia notable. Ideológicamente, acaso ostentasen algunas diferencias doctrinales, buenas para sutilizar las discusiones de los profesores de derecho político. Pero todos coincidían en defender los privilegios de todo orden, desacreditar el parlamentarismo y hacer de la democracia una palabra sin fuerza y sin eco.

El nuevo liberalismo tiene un objetivo radicalmente opuesto a esa función conservadora de la política. Trata de poner a cubierto de todos los riesgos que ha venido sufriendo a lo largo de un siglo el concepto de la libertad integral. La libertad jurídica puede estar en suspenso durante plazos más o menos largos por un hecho de fuerza indeclinable, pero transitorio. La libertad económica, en cambio, el fin último del moderno liberalismo, sigue desvirtuando la acción individual. Porque el hombre no vive sólo de derechos escritos, y no hay problema en la vida contemporánea que no afecte al estado económico del ciudadano. En este sentido, el liberalismo económico del siglo XIX es una doctrina bien diferente al liberalismo económico del siglo XX. Y se explica, porque cuando Rousseau definió las relaciones entre el individuo y el Estado, el mundo llevaba todavía pegadas a sus flancos las sombras de la Edad Media.

Por eso el pensamiento político conservador, en adelante, ya no podrá disfrazarse de liberal. Las fronteras son bien explícitas. Ahora bien: se plantea al mismo tiempo un problema de táctica. La libertad de los viejos liberales pudo permitir en el mundo el recrudecimiento de los nacionalismos imperialistas. Pudo permitirlos porque para aquéllos la libertad no era más que un medio, cuando, en realidad, la libertad es

un fin para llegar a establecer, sin distingos, la justicia social. Los sistemas representativos eran, en esencia, liberales. En la práctica resultaban francamente conservadores, porque no servían a otra cosa que al interés tradicional. El pretendido descrédito del Parlamento, si existe, existe porque en el Parlamento predominaba una «antidemocracia», una plutocracia, una aristocracia, una yernocracia. La reacción seguía ocupando los órganos típicamente liberales. El paradójico absolutismo parlamentario —no hagan dengues los legistas de nuestras izquierdas— es tan vergonzoso como el anticonstitucional.

Cuando los reaccionarios de nuestro país quieren presumir de modernos se dedican a denigrar las instituciones políticas del siglo XIX y al siglo XIX mismo. Pero a esa centuria la combaten no por sus vicios sino por sus virtudes. Hay que ponerse en guardia cuando uno de estos derechistas presume de hombre moderno y asegura que los problemas del mundo actual superan las fórmulas jurídicas que consagró la Revolución francesa. Porque desde el punto de vista de un hombre que mira alternativamente al pasado y al futuro y toma también el pulso a la realidad contemporánea, puede que esas fórmulas resulten insuficientes. Pero jamás por las razones que aportan esos modernistas fraudulentos cuya preocupación es organizar el porvenir a base de una concepción medievalista de la vida. Ortega y Gasset contesta a esos fascistas sedicentes en su libro *La rebelión de las masas*, recusable, sin embargo, en otros puntos, con un argumento que no tiene revés: «No cabe duda de que es preciso superar el liberalismo del siglo XIX. Pero esto es justamente lo que no puede hacer quien, como el fascismo, se declara antiliberal. Porque eso —ser antiliberal o no liberal— es lo que hacía el hombre anterior al liberalismo. Y como ya una vez éste triunfó de aquél, repetirá su victoria innumerables veces o se acabará todo —liberalismo y antiliberalismo— en una destrucción de Europa. Hay una cronología vital inexorable. El liberalismo es en ella posterior al antiliberalismo, o lo que es lo mismo, es más vida que éste, como el cañón es más arma que la lanza». La cosa es clara. El liberalismo significa la libertad íntima del hombre consagrada en la ley. Antes de él el hombre era esclavo de una injusticia tradicional y consuetudinaria que se repetía por el mecanismo automático de la herencia. Nadie podrá negar que este gran paso de la civilización representa en el plano de las reacciones históricas el avance más firme hacia los ideales de la comunidad humana. Ahora bien, el

error del liberalismo político ha sido querer encerrar la vida que crece y fluye sin tasa en un esquema ideológico susceptible de perfección y de enriquecimiento. La libertad interior del individuo significa mucho; pero no coloca al individuo como ente social, no lo valora con justicia en el orden de los valores vitales. La libertad integral del hombre se afirma y se completa en un tipo de libertad económica que no es la que postula el siglo XIX. Precisamente el hombre será realmente libre cuando con la transformación de las relaciones económicas se transforme incluso la moral social.

Ahora bien, sin ese punto de partida de la revolución liberal no habría sido posible afrontar los nuevos problemas que se suscitan día a día en la trayectoria de la existencia humana. Cuando los reaccionarios se declaran enemigos del Parlamento o del sufragio universal, no tratan de defender los plebiscitos sindicales ni la organización de la vida social sin monopolios ni jerarquías. Quieren un retorno a la etapa anterior al liberalismo, pues no otra cosa son los sueños imperialistas de todos los nacionalismos existentes. El liberalismo ha abierto su camino de comunión y de paz que se alarga hasta los dominios ideales de la fraternidad universal. Si los pueblos llamados liberales y las instituciones que en ellos funcionaban han podido fracasar en muchos momentos de la historia contemporánea —la guerra europea, por ejemplo—, no ha sido sino por la pervivencia del espíritu imperialista en Estados que, llamándose liberales, han consagrado una nueva autocracia capitalista. En cambio nuestros fascistas vestidos de teorizantes modernos se horrorizaban ante el libre pensamiento o ante la libertad económica de los hombres todos porque defienden sencillamente el privilegio en una clase cuya tendencia despótica ha heredado de la Edad Media el capitalismo moderno. La burguesía liberal, ante los avances del socialismo, se ha injertado ideas de dictadura y de absolutismo, a ver si de este modo alarga algunos años su predominio.

La política no es sólo un mecanismo de ideas puesto en juego para afrontar los problemas de un país y de una época. La política es, también, un despliegue de conductas, porque a los hombres hay que conocerlos por sus obras. La ética individual puede no tener importancia superlativa en genios políticos como Danton o Mirabeau, productos revolucionarios, eminentes cristalizaciones de la íntima transformación de un pueblo. Pero es esencial en la política cotidiana, en la política como téc-

nica, cuyo objetivo más próximo es utilizar instituciones estabilizadas y vigentes. Obsérvese que, aun en los períodos revolucionarios culminantes, cuando está más alta la marea de la historia, las figuras íntegras son las que llevan la muchedumbre detrás de sí: Robespierre, Lenin. Y es que si la política no se siente en función de sacrificio no ofrece ninguna virtualidad ejecutiva. Gorki cuenta cómo Lenin llegaba a prescindir de la música para evitar la invalidez sentimental.

En España, país de picaresca, los pícaros se acogieron habitualmente a la política. Esa larga teoría de validos que encontramos en toda la historia de España es el precedente directo del vasto caciquismo rural, que desde la corte se extendía hasta la más recóndita aldehuela. Organización intrincada de poderes personales que destruía la eficacia del sufragio e inmovilizaba la conciencia pública. Los homúnculos de nuestra política eran los enanos de Gulliver, maniatando al pueblo, impidiéndole toda voluntad de participación activa en sus propios destinos. Yo no digo que en el Estado español se registrasen mayores inmoralidades de orden económico que en otros Estados más adelantados y liberales (los Estados Unidos, por ejemplo, cuya política de escándalo sólo se concibe en el país plutocrático por antonomasia); pero la simonía y el peculado importan poco en relación con resultados más peligrosos. Por ejemplo: el desaliento que llegó a apoderarse de la muchedumbre hasta hacerla soportar sin protesta, y lo que es peor, sin escrúpulos, el régimen de dictaduras.

Lo primero que aquí se precisa para poner en marcha una nueva política es una escrupulosa revisión de conductas. Se está dando el caso de que gentes que de una manera u otra han colaborado en los seis años anticonstitucionales agitan ahora el banderín constitucional y pretenden encabezar movimientos renovadores. Hay otras que, denominándose liberales y dejando a salvo ese vago concepto de «los principios», no sólo han presenciado pacíficamente la fractura jurídica de España, sino que se han acercado al Poder anormal amparados en cargos y organismos que serán todo lo apolíticos que se quieran, pero que servían de apoyo y fortaleza a la dictadura. Existen también los participantes en organismos neutros, silenciosos, creados por iniciativa dictatorial, que, amparados en la penumbra burocrática, han aceptado sueldos, subvenciones y encargos de procedencia recusable. ¿Cómo pueden estos hombres intentar mezclarse con los que han conocido el destierro y los calabozos carcelarios, la necesidad económica y el desamparo civil? ¿Cómo es posible que la opinión pública

confunda a unos y a otros y no distinga de entre la algarabía política las voces sinceras que han dado ejemplo de perseverancia y de rectitud?

Tan culpables de la dictadura son los viejos políticos como los miembros de la UP, como los sedicentes intelectuales que no se atrevieron a condenarla, como los que hicieron la oposición nominal sin definirla en actos concretos, como los que se entregaron a la vida fácil y tranquila cuando su posición y sus medios les permitían obstaculizarla y contradecir el régimen. Un inexcusable deber civil, de ética política, exige la depuración inmediata de actos y conductas para que la opinión pública sepa quiénes merecen, para el porvenir, su confianza y quiénes deben ser aniquilados o residenciados. «La organización de la decencia nacional» de que habla Ortega y Gasset sólo podrá llevarse a la realidad con esta obra inaplazable y previa. Tan inaplazable y tan previa como la revisión de los actos políticos y administrativos de la dictadura.

Porque, al parecer, de lo que se trata ahora es de continuar *la organización de la picardía nacional* por parte de conservadores y de liberales, de colaboracionistas y de seudoindependientes. Quieren que la funesta tradición de nuestra técnica política, olvidadiza de procedimientos y conductas, continúe rigiendo en las horas más graves y difíciles. Quieren liberales y conservadores, intelectuales y analfabetos, que continúe el intercambio de intereses y compromisos, el cruce de amistades y simpatías, la tolerancia, el pacto y la desvergüenza. Madrid, el abominable Madrid del caciquismo rural, se alarma cuando el país entero les reclama a los hombres públicos su documentación de procederes y actitudes. A la nueva generación política, que con contados hombres de otra época ha sido la única que dio el pecho de veras a las violencias desatadas, cumple exterminar a los pícaros y exaltar a los decentes.

Tiene razón, a mi juicio, Araquistáin cuando señala a la familia como causa principal de los defectos de orden político que predominan en la sociedad española. Ningún núcleo tan doméstico y pasivo como el que escribió un día para la historia muchas páginas de aventura y azar. Dijérase que la civilización, que es refinamiento y jerarquía, actuó en él de manera totalmente adversa, reduciendo su ímpetu y sometiéndolo a un estado inferior de mansedumbre. Puede afirmarse que el español es un ejemplo de hombre domesticado. Así como en la evolución de las especies advertimos algunas que han perdido su acento primitivo para acomodarse a la vida pacífica

de las comunidades humanas, del mismo modo la raza española parece haber eliminado sus viejas inquietudes, sustituyéndolas por una restricta inquietud egocéntrica que no rebasa casi nunca el pequeño círculo familiar.

A primera vista pudiera creerse que tal condición haría del español un hombre disciplinado, suave, fácil de encajar en los moldes políticos. Pero, por explicable paradoja, ese sentido doméstico es el que le hace más hirsuto e ingobernable. Porque si el libertinaje, por ejemplo, sólo se combate eficazmente con la práctica escrupulosa de la libertad, la colaboración social sólo se consigue con cierta inhibición del egoísmo individual. Lo corriente en el hombre doméstico —o domesticado— es que no atienda a otro imperativo vital que el de sus deberes para consigo mismo y para con los suyos. De esta manera se desentiende de toda obligación de tipo cotidiano y de todo interés que no represente un beneficio fácil, particular e inmediato. Por eso es tan abundante el número de españoles neutros que enseñan a sus hijos y preconizan ante sus relaciones el apartamiento de la vida pública. Estamos cansados de oír al padre de familia, que antes fue hijo de familia: «Porque yo, sabe usted, no me mezclo en política. Estoy tranquilo en mi casa, ocupándome de los míos». Actitud típicamente conservadora. Por falta de ejercicio político, el hombre neutro ignora que la justicia y la moral son jerarquías humanas; que el hombre lleva dentro de sí un mundo de problemas que se traducen en diferentes estímulos sociales.

Creo que fue a don Ramón del Valle-Inclán a quien le oí decir una vez que ésta no era una tierra de Quijotes y que, si acaso, la imagen del español era Sancho Panza. Yo creo que ni siquiera Sancho Panza puede simbolizar al pueblo español medio. Porque Sancho era, en último término, un «animal político» que ambicionaba el gobierno insular para ejercer su elemental concepción de la justicia. Cervantes, que, por los desniveles de su existencia, conocía bien la sociedad de su país y había ahondado en el carácter inalienable del español, quiso, sin duda, ejemplarizar a sus compatriotas con la escala de valores que establecen sus dos personajes. La cordura de Sancho está exenta de egolatría y de domesticidad. Su amo le contagia del sueño de justicia y el criado va detrás de él, abandona el hogar, no por la gloria y el amor, sino por la codicia o el salario. Pero abandona el hogar, pone en riesgo su hoy y su ayer. Sospecha que la vida no se estabiliza y que el futuro hay que crearlo con la voluntad y el esfuerzo desplegados hacia horizontes extralocales.

No; el hombre medio de España no tiene siquiera su equivalencia en Sancho Panza. Es un conservador que no tiene nada que conservar, como no sea la esclavitud económica y la indigencia moral. Lo que hace con su inercia y su indiferentismo es contribuir a que perduren y se fortalezcan las oligarquías y los intereses de una clase, la más inepta, la más desmoralizada de todas, que es la clase capitalista. Por eso a este hombre domesticado hay que implicarlo, contra su misma voluntad, en los grandes conflictos y las grandes violencias. Hay que sacudirlo y, si es preciso, ejecutarlo.

V

Eso de que los obreros no están capacitados para tomar parte en la dirección de la vida española es una argucia tan burda como todas las que inventa la ínfima mentalidad derechista. Hasta ahora la experiencia nos tiene demostrado lo contrario. Las escasas figuras proletarias que han participado, de un modo o de otro, en las funciones públicas, han dado pruebas de tanta serenidad, competencia y preparación como las mejores de las clases altas. A ver qué hombre político ha creado en este país, con su solo esfuerzo, una organización como la de Pablo Iglesias. A ver quién supera en idealidad, en tesón, en energía, en desinterés a los promotores del sindicalismo andaluz de principios de siglo. El proletariado ha hecho en nuestro país, luchando con el ambiente más rencoroso e indócil, una obra asombrosa. Logró abrir brecha en un capitalismo cerril y obligarlo a sancionar la legislación más avanzada, por lo que se refiere a jornada y horario. En medio de las violencias del Poder, la oposición de los neutros y la represalia de las llamadas clases de orden, los obreros han logrado, solos, organizarse, disciplinarse, instruirse. Instruirse, sí. Y yo aseguro que la ignorancia de los obreros es mil veces más fecunda que la repugnante cultura de la casi totalidad de nuestra burguesía. El peor analfabetismo es el de los letrados. Un trabajador español está en condiciones de apropiarse una educación y una sensibilidad de tipo moderno. En cambio, la instrucción habitual de las altas clases, esas que estudian con clérigos y curoides —que tanto abundan en nuestros centros de enseñanza—, les impide ya para siempre enfocar con libertad los problemas contemporáneos y situar la mente y el espíritu en el área de la cultura nueva. Preguntadles a nuestras clases superio-

res cuáles son los escritos preferidos, qué periódicos leen y qué arte prefieren; sus lecturas, si es que las tienen, serán siempre las más mediocres y sus aficiones serán casi troglodíticas.

Por eso todo progreso político entre nosotros ha de polarizarse preferentemente en los núcleos trabajadores. Los obreros saben que para desenvolver sus aspiraciones de clase dentro de la táctica de cada fracción se necesita como postulado previo una auténtica democracia. Una forma de gobierno popular, la república, supone, por lo menos, la ruptura con los privilegios tradicionales, la democratización de la enseñanza, la muerte de la oligarquía caciquil, el fin del monopolio privado, la garantía de los derechos del hombre y del trabajador, la transformación de las relaciones entre el Estado y el individuo que produce. Y una república que no inscribiese en su programa el mínimo de reformas que defienden las organizaciones obreras sería una república facciosa, sin arraigo en la conciencia popular, tan flaca y paralítica como aquella que se dejó morir en Sagunto. Afortunadamente, las nuevas generaciones proyectan su obra hacia la línea de las soluciones socialistas y su conducta imprimirá al nuevo régimen la suficiente responsabilidad ideológica para que no se quede donde quieren dejarlo los faraones electoreros.

Los trabajadores españoles son en la política una fuerza pura, no contaminada de los vicios que provocaron nuestra decadencia. Su condición de víctimas de todos los regímenes los garantiza ante el porvenir español de una ética y una disciplina que no mejorarán las demás fuerzas de izquierda. Es indispensable acabar con el profesionalismo político y arrojar por la borda a los hombres de negocios, los cuales seguían siéndolo en el Parlamento y fuera de él. Tan pronto se le inyecte a la política una sustancia popular, que no viene sólo del voto, sino de la propia representación, caerá el complejo tinglado de intereses y codicias que hicieron posible un divorcio total entre el pueblo y los poderes del Estado. El injerto de las fuerzas obreras en la izquierda será, además, el único medio de afirmar un sistema republicano de gobierno donde la transigencia mal llamada liberal no pacte con el enemigo ni ponga en peligro a diario las garantías más elementales del trabajador. Cuando se trata de garantizar los fines de la democracia, no hay dualismo posible entre democracia y Parlamento. Pero, si lo hubiera, el Parlamento es lo de menos. Las izquierdas, antes que facilitar el triunfo derechista, es decir, antes de dar marcha atrás, deben ir en alianza con el pro-

letariado. En línea recta hacia el futuro, que es lo que le importa sobre todo a una civilización que nace. ¿Y los escolares?

Quizás por la gallardía con que los estudiantes españoles actuaron frente a la dictadura, reivindicando para la juventud española los títulos que muchos políticos miopes le negaban, se ha enunciado la posibilidad de un partido universitario. ¿Un partido universitario? ¿Y qué es eso? El estudiante, como tal estudiante, no forma siquiera una clase; es, sí, un núcleo vivo, dinámico y cambiante de la vida social que influirá en ella tan pronto desaparezca su condición de escolar. Si el hecho de que los médicos o los ingenieros constituyeran un partido político con el solo propósito de defender programas profesionales constituiría un absurdo que sólo se concibe en momentos de inconsciencia pública, una agrupación sin otro lema que el universitario sería una especie de aurora boreal de las organizaciones políticas. En los seis años de dictadura hemos visto cosas peregrinas. Hemos visto a un partido apócrifo, la UP, predicar sin réplica el apoliticismo y practicar la más ínfima y deleznable de las políticas. Hemos asistido a la taumaturgia de los técnicos, que ha traído la depreciación de la moneda y el enorme déficit presupuestario. Hemos visto cómo esos técnicos, sin otra aptitud que la de su especialidad, y muchas veces sin la aptitud de la especialidad, se agrupaban alrededor de un ingeniero erigido en ministro para aclamarle estadista de caminos, canales y puertos. El partido universitario, si alguien pensó en él, es una supervivencia del empirismo político dictatorial.

Porque los estudiantes están muy bien congregados en una asociación universitaria para vigilar los problemas íntimos de la universidad, influir en ella, defender sus derechos frente a las demasías del Estado, del Poder y del Claustro y realizar, en fin, esa especie de aprendizaje social, de actividad civil que han de desarrollar más tarde en la órbita de sus cargos, profesiones y empleos. Eso es la FUE, organización apolítica que si hubo de actuar corporativamente contra los excesos de la dictadura fue porque la dictadura atropelló los derechos y la dignidad escolar.

Pero la política es una función extrauniversitaria y un partido político sólo puede nutrirse de hombres que no se preocupen únicamente de sus problemas profesionales, sino de todas aquellas cuestiones que afectan al Estado y a la sociedad en que viven. Un partido político tiene un programa para transformar la universidad lo mismo que para transformar las leyes agrarias o las relaciones entre la industria y los trabaja-

dores. Un partido es un repertorio de soluciones concretas en múltiples materias de la vida nacional. Es, o debía ser. Porque en España hemos conocido a los partidos sin programa que desde hace un siglo llevan el rótulo de «conservador» o «liberal», sin que sepamos bien qué conservan los conservadores ni qué liberalizan los liberales.

Ahora bien: si alguien aconsejara a los estudiantes que permanecieran adscritos a sus asociaciones profesionales sin intervenir ni militar de otra manera en la vida pública cometería un error tremendo e incurriría en una gravísima responsabilidad. Porque el estudiante es ciudadano y tiene el deber de participar de un modo activo y continuado en la dirección política de su país. Lo primero que hay que recabar es el voto a los veintiún años para que la participación política de la juventud sea efectivamente un hecho y para que entren en la caduca política española inyecciones de doctrinas y energías nuevas. El estudiante debe inscribirse en los *partidos políticos* para realizar una auténtica acción universitaria. Porque mientras no se reforme el Estado totalmente, de arriba abajo, no se reformará la universidad. Que hay que reformarla y mucho, no sólo por lo que se refiere a su régimen interior, sino por sus relaciones con la cultura nacional. Mientras que la universidad sea monopolio de una clase y no tengan acceso a ella todas las vocaciones y todas las inteligencias, ser universitario no representa en muchas ocasiones más que una jerarquía de orden económico. Hay que eliminar esa jerarquía y crear las otras dos, únicos órganos de civilización; la jerarquía moral y la jerarquía intelectual. Como hay que transformar, si se quiere hacerla fecunda, esa cacareada cultura universitaria que no es cultura ni es nada, sino un conjunto de textos dogmáticos y de burdas interpretaciones científicas que a veces matan o paralizan los mejores talentos. La cultura de los empollones, de los incapaces y de los ineptos ha creado un tipo de español medio que es nuestra mayor y más abominable desgracia.

VI

Cuando yo escribo que España ha vivido, políticamente, con un siglo de retraso, no quiero dar a entender que deba seguir del mismo modo. Discrepo, pues, de los políticos republicanos, cuyo ideario se reduce a imitar de una manera mimética la democracia europea, que sólo permanece en pie por un milagro de estabilidad. Efecti-

vamente, ¿qué es Europa a estas alturas del año 1930? Un contubernio de grandes intereses, para explotar al hombre que trabaja, al productor intelectual y obrero, sobre el cual se reproduce la esclavitud que viniera a destruir la declaración de derechos de la Revolución francesa. La burguesía forjó un régimen social en beneficio propio arrebatándole a la aristocracia el poder político. La libertad íntima del hombre, consagrada por Kant, fue consignada en la letra de la ley y puesta en circulación por medio de las instituciones llamadas liberales. El sufragio universal, el Parlamento, el régimen de mayorías, fueron los resortes por medio de los cuales la clase gobernante pudo afirmar su preponderancia social y organizar la vida con arreglo a un criterio absorbente y monopolizador. La burguesía se dio cuenta bien pronto de que los factores de orden moral significan mucho menos en la organización humana que los factores de orden económico. La justicia y el derecho estaban, pues, en la práctica jurídica subordinados a la determinación del más fuerte. Exactamente igual que en el siglo de Rolando, o de Carlos el Temerario. Poco le importa al hombre que se le conceda derecho a la educación y derecho al voto, si el trabajo corporal de muchas horas ha de impedirle acudir a instruirse y si tampoco podrá votar otro representante que el que le imponga aquel ciudadano que le facilita medios de subsistencia. Ni siquiera el trabajo es libre, puesto que el patrono elige a quien le parece.

Esta farsa de los derechos políticos se complementa con la farsa del Parlamento y en general con la de todas las corporaciones análogas. Los parlamentos son hechura de la clase gobernante y no representan en ningún momento la decantada soberanía popular de que hablan nuestros demócratas. Instrumentos de la plutocracia, que convierte los órganos del Estado en sucursales de los grandes *trusts*; corrompido, además, el poder legislativo por el frondoso burocratismo que coloca en la ley la trampa de la ilegalidad, los parlamentos han llegado a ser la antítesis de la función democrática. Puede decirse que el pueblo sólo se encuentra representado en la oposición extremista, que ve ponerse de acuerdo a todas las fracciones gubernamentales, tan pronto como está en discusión un proyecto que afecta a personas o entidades influyentes. El Parlamento se ha desnaturalizado, como se ha desnaturalizado la ideología llamada liberal, humanitaria y pacifista. Ni libertad, ni igualdad ni fraternidad puede poner la Europa occidental del siglo XX al frente de sus banderas. Esa Europa constitucional y republicana hizo posible la guerra y prepara la próxima con un cinismo y una frial-

dad sólo concebible en los diplomáticos de Ginebra. Después del fiasco de los «doce puntos» se constituye una Sociedad de Naciones donde no se observa otra cosa que el sordo rumor de las codicias continentales. Se convoca una Conferencia del Desarme y cada delegado forcejea con la otra parte para que su país tenga más armamentos y quede en superioridad de condiciones respecto a los restantes. En China mueren ciegos y hambrientos los chinos, fusilados por la liberal Inglaterra; se persigue a los indios porque pretenden acogerse a los ordenamientos jurídicos que hacen felices a los burgueses británicos. Francia y Alemania compran y venden sus negros en el Congo y en el Camerún. La famosa civilización occidental tiene miles y miles de hombres sin trabajo; miles y miles de mujeres muriéndose en las explotaciones mineras, en las hilaturas y en las fábricas; miles y miles de niños que carecen de escuela y, lo que es peor, que nacen predestinados al salario mínimo y al esfuerzo agotador.

Entretanto, la burguesía aprovecha el progreso de la técnica —es decir, la obra del productor intelectual— para producir una especie de inflación del lujo y de la frivolidad. Ya no es el confort, ni el bienestar material, de los que por otra parte está alejada por falta de medios la clase que trabaja más continuada y angustiosamente, sino una exaltación del refinamiento y un desapoderado frenesí de vivir para el placer físico. No existen en las clases directoras de Occidente preocupaciones de orden espiritual que puedan enaltecer la existencia o consagrarla a fines superiores. La acumulación de dinero o de placer las ha hecho insensibles para los postulados de una nueva moral. El capitalista occidental tiene unos cuantos tópicos que le colecciona Briand en la Sociedad de Naciones o el articulista del *Figaro*, para que él pueda vivir tranquilo y fingir que siente preocupaciones morales. En arte, en política, en literatura, en sociología, impera el gran demonio de la mediocridad, hermano del demonio de la estupidez, según la leyenda china. Sin contar con la quiebra de la economía burguesa, Europa es hoy deudora de Norteamérica, que tampoco puede detener la caída del dólar.

Las aspiraciones vitales han excedido todas las posibilidades de las instituciones públicas. Y el descrédito de la técnica democrática ha determinado el retroceso de los instrumentos del Poder hasta recurrir a formas despóticas de gobierno personal, que se creían para siempre superadas. Pero están equivocados los que creen, por ejemplo, que el fascismo es un movimiento de abajo arriba, un movimiento proletario cuan-

do lo que en realidad representa es la descomposición de toda la teoría democrática del siglo XIX. Se trata de un movimiento de los pequeños burgueses y de las clases medias. Por eso no prescinde de la Constitución ni del Parlamento, aunque estén denostados y desmoralizados hasta la degradación.

¿Y es una Europa así, sin resortes de autoridad, sin sentido del porvenir ni de la historia, con una cultura en decadencia, con una moral corrompida y un avispero imperialista en cada institución, la que quieren ofrecernos como ejemplo los políticos españoles? Eso sería tanto como mantener a España en el retraso de un siglo, sin otra razón para ello que el miedo insuperable a la justicia.

VII

Además, España ofrece caracteres especiales que la diferencian de las demás naciones europeas. No es que yo sostenga la inepcia de los enemigos del colectivismo que dicen: «Aquí no puede hacerse una revolución social, porque los españoles somos rabiosamente individualistas». ¡Qué estupidez! Si fuésemos tan rabiosamente individualistas habrían tenido efectividad en España las reformas liberales y el individuo habría actuado por su propio impulso imponiéndose a la organización feudalista de la vida española. El orgullo español, el señorío, que dice Keyserling, no tiene nada que ver con la individualidad social y política, que se rige por las condiciones económicas de cada hombre. Por lo tanto, el colectivismo tiene igual razón de ser en Rusia que en España, en Francia igual que en Alemania. No es un pleito de convivencia, sino un pleito de subsistencia.

Ahora bien: precisamente por tratarse de un pueblo sin cultura política y sin costumbre de ejercitar derechos civiles, los llamamientos y solicitudes que se le hacen en nombre de la libertad le dejan completamente indiferente. Aquellos que podrían comprenderlo, los obreros industriales, por haber recibido cierta educación sindical, saben que ese argumento de las libertades ciudadanas es una monserga de la generación anterior, que no sirvió para otra cosa que para desencadenar las guerras y los despotismos. Por esta razón, será preciso acudir al pueblo para movilizar la verdadera democracia, ofreciéndole las soluciones económico-jurídicas que exigen los problemas

españoles. En el orden agrario, por ejemplo, no basta propugnar la solución de «la tierra para el que la trabaja». Claro está que tal reforma es una reforma previa que mientras no se lleve a cabo no se modificará la estructura del Estado español ni cambiará la existencia del agricultor. Habrá que facilitarle a éste medios para que trabaje la tierra cuando la tierra sea suya. Estos medios significarán al mismo tiempo la solución de otro problema de gran alcance: el de la emigración. La intervención del Estado en la vida agrícola y su cooperación en la obra transformadora del campo español abriría el camino de la socialización de la tierra, eje del colectivismo agrario. Pero ¿es posible que los programas republicanos del aprovechamiento de la propiedad improductiva, del impuesto sobre la renta y demás soluciones de carácter conservador atraigan al campesino eficazmente si no representan una modificación radical de su economía? Poco importa que haya más fincas para trabajar si han de seguir subsistiendo los arrendamientos. Sucederá con esto como con las leyes desamortizadoras de las que dice Julio Senador con excelente sentido: «Nuestro liberalismo desamortizador, ofrecido a la nación como doctrina emancipadora, era una simple parodia jacobina que ha convertido las ciudades en hordas de parias sin albergue propio y los pueblos en tribus sin suelo donde arraigar. Un país de familias sin casa, de braceros sin tierra y de propietarios absentistas es presa indefensa del primer jayán que se proponga sojuzgarlo; y apenas surja un candidato al despotismo, prometiendo "pan y circenses", se le aclamará como aclamaba a sus tiranos la hambrienta y vil plebe romana, porque al cabo de cuarenta siglos nuestra constitución económica y la de entonces continúan siendo idénticas».

El campo socializado y la socialización de las industrias son, claro está, ideales que no dependen de las recetas políticas, sino del esfuerzo revolucionario de los trabajadores. Si las llamadas izquierdas españolas no tuviesen como norma de su intervención en la vida pública la representación electoral y la influencia política, prestándose siempre a los más sórdidos colaboracionismos, se darían cuenta de que la única revolución posible sería la que tuviese estos objetivos. Para ello las izquierdas tendrían que establecer contacto íntimo con las fuerzas proletarias españolas, que son las únicas con *capacidad revolucionaria*. Y no asistiríamos a este deplorable espectáculo de los republicanos españoles, empeñados en hacer la revolución con la gente de orden, como si la gente de orden no estuviese dispuesta a garantizar su tranquilidad y sus

privilegios en la institución monárquica. Los republicanos españoles quieren hacer una revolución doméstica: se conforman con echar del poder a una familia, como si tal sustitución hiciese el milagro de quitar el poder económico de manos de quien lo tiene. El ejemplo de las repúblicas conservadoras lo tenemos en Portugal, donde los monárquicos continuaron rigiendo la vida pública, disfrazados de republicanos, hasta que trajeron al país la más estúpida dictadura policíaca de cuantas existen en el cuadro de dictaduras europeas.

Al parecer, para hacer la revolución en España, los republicanos tienen esperanza en el ejército. Preparan una república pretoriana y un resucitamiento del caudillaje, del que tenemos en el siglo XX una historia bien edificante. Si la democracia hubiera de ampararse en el militarismo, lucida estaría la democracia. Para que el ejército sea el ejército del pueblo éste tiene que convertirse primero en único soberano. Hemos llevado un siglo de sublevaciones, y después de la Regencia, el régimen no hizo otra labor que la de anarquizar el ejército y corromper a los políticos, para que no gobernasen sino como instrumento del régimen. Cuando los políticos dudaban, entonces se creaban las Juntas, que era la indisciplina alimentada desde las alturas. Esa obra hubo de desembocar en la dictadura de generales monárquicos de 1923.

Si los republicanos españoles tuviesen sentido histórico y verdadera conciencia revolucionaria postularían una república presidencialista y dictatorial, para acabar con las raíces del feudalismo monárquico, representado por la plutocracia, el militarismo y el clericalismo. Una república que fuese el punto de partida para una total transformación del régimen social y que congregase de antemano a su alrededor a las masas que quieren justicia.

VIII

Pongamos nuestra esperanza en las nuevas generaciones, en las que salen de la universidad y del taller. Entretanto, veo que la obra que nos incumbe a los que tenemos treinta años y trabajamos en oficios intelectuales es agruparnos en organizaciones que actúen paralelamente al obrerismo revolucionario, para preparar el día de mañana, el de la nueva civilización.

PROYECCIÓN SOCIAL DEL ARTE NUEVO

I

La concatenación o, mejor expresado, mezcla de idealismo y realidad —que no es ya propiamente la deformación expresionista— típica del arte actual ¿no significará la aspiración del hombre de hoy en lo que atañe a las formas sociales venideras? En un ensayo de Ramón Pérez de Ayala se plantea con claridad el tema del romanticismo y el clasicismo, y en él nos parece percibir los contornos más exactos de las nuevas formas sociales. Para Pérez de Ayala el clasicismo es lo lógico, lo razonable e imperecedero en las relaciones humanas, mientras el romanticismo es lo biológico, lo presente y variable, que adopta manifestaciones diferentes según los momentos del mundo. En el orden artístico, el romanticismo era «la hegemonía del hemisferio sensual y emocional». «Pero el hemisferio sensual y emocional no está ausente del genuino arte clásico, concentrado epítome substantífico de la integridad de la vida (nada humano le es ajeno; de aquí la sinonimia entre clasicismo y humanismo), sino en él incluido y patente, aunque disciplinado y sometido según razón ordenadora.» El mismo escritor asegura, con evidencia, que el romanticismo ha sido una reacción contra el academicismo que «ilícitamente se acoge a los fueros de la razón universal y normativa, habiéndola desvitalizado de antemano».

Resulta, pues, que el arte moderno, tras laboriosos y difíciles tanteos, recobra el orden esencial y humano que hace verídico y permanente al arte clásico. Ahora bien: el elemento biológico, que actúa en la función artística caracterizándola según el modo de sentir de cada época, en la nuestra parece inclinarse a una armonía con los principios fundamentales de la lógica. Sin perder su jerarquía, sino al contrario, conservándola. En el orden político, por ejemplo, la democracia aprovecha todos los conceptos de la libertad alcanzados en el transcurso de la historia de las ideas y busca la última y la más razonable de las libertades: la libertad económica. Continúa la inteligencia su obra: la de poner las cosas en orden. Se presiente una era popular. Po-

pular en el sentido de que la democracia, convertida en instrumento único de vida social, representa una categoría de acción y de vitalidad, únicos factores que mandan imperativamente en la historia. De ahí el debate en el mundo político acerca de las instituciones que mejor interpreten el espíritu de esta democracia, puesto que las inventadas por el siglo XIX resultan inadecuadas para los problemas de ahora.

En cambio, el arte quizás empieza a encontrar ya sus normas y explora en las zonas más intrincadas del nuevo sistema social. El «verismo», la reproducción idealizada de la naturaleza, aspira a encontrar contacto directo con el mundo de la representación. Hubo un tiempo —el impresionismo— en que la mera referencia de una pintura a la ética o a la política representaba una cualidad inferior. Después vino el arte puro, desde el cubismo hasta el expresionismo, a sostener con más rigidez este postulado. Pero esas tendencias coinciden precisamente con las derrotas de ciertos sistemas políticos o se anticipan a esas mismas derrotas. En cambio, ahora «todo arte verdaderamente humano es expresión de un sistema de acción colectiva». Entiéndase bien. La acción colectiva dirigida a los fines clásicos de la verdad y la belleza. No se confunda tampoco esta contribución del arte a las posibilidades de sistemas sociales futuros de una manera anecdótica o alegórica. Ése sería el academicismo aborrecible de los cuadros de historia o de tesis. Ya hemos dicho que la anécdota, como asunto, está eliminada por la pintura actual. Se trata de pintar las cualidades de la naturaleza o de la sociedad en relación con la sensibilidad contemporánea y con las radicales inclinaciones del alma moderna. Por eso no es extraño que artistas como Grosz o Dix, contra lo que opinan algunos críticos, interpreten todavía escenas desoladas o crueles, que constituyen la mejor definición de una época de lucha social que se acerca.

El elemento mítico, poético de esta nueva pintura es el mismo del arte popular, y por lo tanto, el reconocimiento de que las formas primarias del arte establecen su alianza con las modalidades intelectuales de la vida de hoy. En realidad El Greco o Picasso son el arabesco, como la música de Falla o el poema de Juan Ramón Jiménez. Nótese cómo la dinámica del expresionismo está sustituida por el estatismo del postexpresionismo. Lo que equivale a pensar que a una sociedad en constante persecución de sus formas la ha precedido un arte en fuga, lleno de extravíos y desvelos.

«Estamos hechos de tal manera —dice Simmel— que no sólo necesitamos una determinada proporción de verdad y error como base de nuestra vida, sino también una

mezcla de claridad y oscuridad en la percepción de nuestros elementos vitales.» Es natural que el nuevo arte se manifieste como centro y resumen de esa duda tan propia del hombre contemporáneo. El arte romántico era pesimista por exceso de individualismo. Después vino un concepto jocundo del arte donde alternaron la sensualidad del color y la cabriola. El espíritu cósmico seguía, sin embargo, meditando, y en esa meditación reside el principio de su sencillez. Porque parece que ahora es cuando el artista ha aprendido a «ver», operación clásica, pero olvidada durante largos años, de abstracción y de subjetivismo. A los veintiocho años Rilke, el poeta, decía: «Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que estoy aprendiendo a ver».

II

Uno de los problemas que más debieran preocupar a la actual juventud española es el problema del teatro. El arte escénico, por ser precisamente el más directo, podría influir en el cambio del espíritu público y preparar los nuevos cuadros de lucha social. Nadie lo ha comprendido todavía. Los que escriben sobre teatro apenas dicen más que superfluidades seudoliterarias, reculando únicamente ante el tabú. Benavente o el tabú de los jóvenes. Hemos visto que ninguno de los jóvenes autores recientemente encaramados a los escenarios españoles tiene sentido revolucionario. Se dedican a imitar —¡a estas horas!— a Wilde, o a Becque. Algunos se meten por la vía expedita de la farsa como si el humorismo —que está en quiebra— pudiera resolverlo todo.

Uno de los sucesos más viles ocurridos durante la dictadura fueron aquellos entusiasmos de las izquierdas españolas por *Pepa Doncel*, de Benavente. Y otro suceso, no tan vil, pero sí bastante repugnante, desde el punto de vista de la conciencia artística, el de los teatros de arte, cuyos títulos parecían colocados por algún zoólogo zumbón.

Si hubiésemos de juzgar por aquel estrépito, parecería que Benavente es un autor revolucionario. Los curiosos del teatro no lo podíamos haber sospechado nunca. Benavente nos había parecido siempre un comediógrafo amable, bien avenido con las clases distinguidas de la sociedad española. Una reducción de François de Curel pa-

ra andar por casa. Su teatro, con algunas excepciones, era un teatro de chismografía, de cotilleo, con ciertos brillos irónicos y con un lenguaje muy vago y espumoso, muy propio de 1905, en que este autor trasplantó los procedimientos de la comedia francesa. Sin gran trabajo, identificábamos al autor con su obra sabiéndolo patriota a la manera maurista y miembro ilustre de las falanges germanófilas. Era, pues, un autor homogéneo a la sociedad que aplaudía sus comedias: es decir, un comediógrafo conservador.

Pero he aquí que se verifica el estreno de *Pepa Doncel* y las gentes empiezan a hablar de liberalismo, de rebeldía, de remozamiento escénico y de una porción de cosas más. Fuimos al teatro envueltos en una atmósfera de ditirambos. La marea de tarjetas empezaba a insinuarse amenazadoramente. ¿Y qué es, en fin de cuentas, *Pepa Doncel*? Una obra ni mejor ni peor que las demás del autor, adscrita a ese teatro inmóvil y acomodaticio por la inercia espiritual del público. ¿Obra anticlerical? ¿Obra liberal? ¡Qué disparate! La protagonista es una criatura sin sustancia dramática, sin trayectoria ideal, cuya única preocupación es la de ganarse a la beatería de Moraleda, no para acabar con ella, sino para disfrutar de su convivencia. Todo su triunfo reside en sustituir una boda por otra. Pero, al fin, y al cabo, la comedia termina en boda, como quiere el público de Benavente. Es decir, obra conservadora para público conservador. «¿Entonces —dicen los buenos liberales— por qué se meten con ella las derechas?» Y yo les contestaría: «Por la única razón de haberla elogiado impremeditadamente las izquierdas». «Pero —se me arguye— el público conservador es clerical y a los conservadores no les gusta que se metan con el clero.» Y entonces habría que definir bien el clericalismo español. En España no existe un sentido religioso profundo, y aun los españoles que practican activamente el culto sienten cierto placer cuando se satiriza al clérigo. Es una modalidad de nuestra picaresca de café. El público aplaude porque *Pepa Doncel* satiriza sin declararse en rebeldía ideológica contra la obra eclesiástica. Si ese personaje fuera un símbolo del pensamiento libre frente al pensamiento tradicional, entonces sería un personaje revolucionario y la clientela de Benavente lo declararía nefando.

Alguien, con espantosa ligereza, habló de *Electra*. Qué absurdo. Galdós sí es un dramaturgo revolucionario, aun en la distancia artística con que le contemplamos. En *Electra*, en *La loca de la casa*, en *La de San Quintín*, está el pensamiento liberal en

trágica lucha, en grandioso combate con el fanatismo y la intolerancia. Si el teatro de Galdós hubiera prosperado en vez del de Benavente, otra sería la situación de la escena española. Habría actores capaces de encarnar verdaderos caracteres dramáticos y público ávido de otras inquietudes artísticas.

Adviértase que aludo a Galdós, situado en un tiempo y como expresión de una tendencia. Está por definir, y habrá que intentarlo algún día, el antecedente galdosiano para un teatro español de masas. Por esa línea, no por la de Benavente, habrá que ir a renovar nuestro teatro.

El teatro moderno es un teatro de masas, un teatro para el pueblo, que es el que tiene la sensibilidad virgen para la plástica escénica y para la emoción de gran calibre. El Teatro de Arte de Moscú, los ensayos de Tairov, las obras de Kaysler, el mismo Lenormand con sus *ratés* inquietantes, son ejemplos de este teatro multitudinario y expansivo. El dolor del mundo y la alegría de la nueva época son percibidos tan sólo por gentes desprovistas de una cultura decadente y de gustos marchitos.

Todo teatro de vanguardia necesitará, pues, ponerse en comunicación con esa democracia ávida y estremecida como un amanecer. Hacer teatro de vanguardia para minorías es tan estéril como escribir en el agua. El Caracol, sala privada para diletantes y *snobs*, evoca al señor Cachupin y le faltaba sólo dedicar los fondos a fines benéficos. Sólo puede uno explicarse la existencia de ese grupo dada la crisis que experimenta aquí el arte escénico. El teatro es ahora, y más que nunca, una técnica, una estructura unitaria. Habría que empezar por encontrar un *régisseur*, casi un precursor que trabajase sobre actores profesionales y les hiciese comparecer ante un público —que existe— independiente y puro, para interpretar obras nacidas con todas las características de la época.

¿Que esto es, por ahora, imposible? Quizá. El teatro, como las diferentes expresiones del alma de un país, no se renueva por arte de birlibirloque, aisladamente, sino que está a merced de cambios más profundos. Pero si ésta es la realidad, no tenemos por qué engañarnos.

Si bien se piensa, quizá sea el arte más propicio a este género de reacciones, puesto que actúa directamente sobre la masa y congrega, en democrática asamblea, a diferentes sectores sociales. Visto así, el teatro es lo que más se parece a un comicio. Desde un punto de vista puramente estético, la obra teatral alejaría toda otra preocu-

pación, y el público quedaría fraccionado sólo por diferencias de sensibilidad y gusto. Pero esto es imposible, porque toda obra humana, aunque sea artística, está sometida a un repertorio de realidades concretas —el temperamento del autor, el ambiente en que se genera y desarrolla, las zonas espirituales que ilumina—, y, por lo tanto, influye unas veces de muy variados modos en el espectador y otras es influida y coaccionada por él. El arte puro, sin aleaciones ni mezclas, habrá quizá que buscarlo en la poesía lírica y en la música, voces sutiles de lo que hay de inmaterial y permanente en la naturaleza humana. Y, aun así, es posible que esas dos expresiones del espíritu, hechas sonido o verso, se contagien de la inevitable y difusa emanación de la vida en torno. Si esto sucede en la lírica, ¿qué no pasará en el teatro al hacerse imagen de las costumbres y diseño de las pasiones humanas?

Es por eso el teatro el arte más cercano a las multitudes, el arte de dos filos que se hiere a sí mismo al pactar con el gusto cotidiano o se ennoblece y perdura al constituirse en instrumento de perfección colectiva sin menosprecio de la belleza. En el primer caso se trata de un teatro reaccionario y conservador; en el segundo, de un teatro progresivo y revolucionario. Nadie me negará que el pensamiento de Shakespeare o el de Lope, con respecto a la sociedad de su tiempo, resulta avanzado y genial. Pero tal diferenciación es más bien propia de este siglo, donde el teatro se generaliza y divulga hasta hacerse espectáculo democrático. Que no se escandalicen los que quieren hacer del arte un coto cerrado dentro de la producción intelectual. Escribo teatro conservador o revolucionario adjudicándoles a las palabras todo el sentido de lucha que tienen en sí mismas. Para mí *Hernani*, por ejemplo, es un grito de guerra de una época contra otras. Ibsen debe ser considerado asimismo como un dramaturgo individualista en pugna con una moral feudal que sobrevive al medievo. Y Bernard Shaw enuncia una dramática rebelde, que es el primer paso para llegar a un teatro socializante. Todas las fronteras estéticas que se quieran; pero si el autor dramático, como quería Schiller, ha de sentir la inquietud de la perfección humana, no tendrá otro recurso que constituirse en ariete social, en explorador de nuevos territorios ideales para el alma de la muchedumbre. De este modo resulta conservador el dramaturgo que hace un teatro a gusto del público medio, y revolucionario aquel que se arriesga a la impopularidad vislumbrando conflictos de una época nueva y expresándolos con lenguaje también nuevo.

Ante las locuaces explicaciones de un Bragaglia, nacidas del confusionismo mental que caracteriza toda la obra del fascismo, puede que los *snobs* de por aquí se hayan regocijado concienzudamente creyéndose en el secreto del teatro moderno. Pero Bragaglia y nuestros *snobs* son al teatro experimental lo que es el fascismo al movimiento de las nuevas ideas: epígonos lamentables de una época muerta y vacía que se mantiene en pie por un milagro de estabilidad histórica. No otra cosa puede significar la persistencia de un teatro hediondo, como el que nutre al público español de este momento, y, lo que es peor, la insensatez de ciertas minorías en contacto con la farsa —con la doble farsa: la escénica y la social—, que para renovar la escena hablan de un teatro privado, de tertulia o de familia, conforme al modelo traído de París hace veinte años. Pero ¿es que estos intelectuales, tan pagados de cierto tímido y aparente radicalismo político, no se enteran de lo que pasa en el mundo y siguen desconociendo la caracterización de nuestra época?

Hace mucho tiempo que el teatro minoritario, como germen de transformación artística, ha dejado de existir. Hace bastante tiempo que el teatro experimental se ha convertido en teatro de masas. Y es natural. En la sociedad contemporánea la masa está presente por primera vez y acerca a la vida su hombro multitudinario para levantarla a la altura del porvenir. Nadie ignora que el teatro es el arte más directo de cuantos practican los humanos, el que requiere una colaboración estrecha del público con el artista (con el creador, se entiende). Es insensato creer que ni siquiera en el teatro hemos superado el individualismo elemental, donde el drama humano se proyecta por medio de un juego de sentimientos inmutables. Como si cada época de la historia y cada hombre de esa época no tuvieran zonas distintas de sensibilidad, pliegues y recodos diferentes, que hacen variar las reacciones de las almas. Claro que relacionar el teatro de nuestro país con el de los países de cultura media es relacionar la prehistoria con el instante viviente, es tomar el antropopiteco para filiar la humanidad del año 2000.

Hasta ahora parece que pocos comprenden esa cosa tan sencilla de que por ser el teatro el arte más directo es el mejor espejo social. No cuesta ningún trabajo identificar la España que sale cualquier noche de éstas de un teatro de Madrid con la España que manda y que domina en el orden social y político. Nuestros autores están perfectamente a tono con nuestros ministros o con nuestros excelentes subsecretarios.

Cuando algunas personas discretas se asombran de que el teatro sea tan inaccesible para los nuevos experimentos, olvidan que el teatro ha llegado a ser una consecuencia del medio, que está cerrado y a la defensiva, aunque de vez en vez se oiga el chirrido sordo de algo que se deshace.

Leer en esta coyuntura *El teatro político* de Piscator es como trasladarse a otro hemisferio escénico. Porque para asimilar el relato del gigantesco esfuerzo emprendido por el *régisseur* alemán se precisa en primer lugar fallar el pleito que aún se sustancia en ciertos medios cultos acerca de las relaciones entre el arte y la política. Para mí está fallado, claro está, a favor del arte revolucionario. Ése es el de Piscator. Su *Teatro político* está por entero al servicio de la ideología marxista. Al crear en Berlín el Teatro del Proletariado trató de poner el arte dramático al servicio de un movimiento de clase, proponiéndose, sin embargo, superar al propio Max Reinhardt, que a su vez había logrado transformar el teatro vigente entonces. El libro de Piscator es un documento literario y gráfico acerca de la obra realizada en el transcurso de diez años. Piscator es un formidable organizador y un escenógrafo único; pero sus facultades extraordinarias no podrían desenvolverse si no hubiese encontrado dramaturgos como Toller, Hascheck, Mehring, Lania; dibujantes como Grosz, directores como Richter. La idea de Piscator empieza por identificar el arte con la masa; sigue por la adulteración de los clásicos según lo exija el gusto contemporáneo; continúa por la transformación del escenario y la fusión de teatro y cinematógrafo, y se bifurca en la dramatización de la historia política y de la vida proletaria.

Pero aun refiriéndonos a otro género de teatro, se observa que no serían las minorías de París las que dictasen normas a los productores españoles.

En *El emperador Jones* y *Antes del desayuno*, Ricardo Baeza presenta dos muestras del teatro de Eugenio O'Neill, autor norteamericano. Antes lo había hecho en la *Revista de Occidente*, tras un sagacísimo ensayo, cuyas ideas cardinales vemos ahora desarrolladas más ampliamente. Las conclusiones de Ricardo Baeza son sobremanera sugestivas para esclarecer el problema del teatro moderno. De ellas podemos deducir: primero, el predominio del teatro de masas como auténtico teatro de vanguardia; segundo, la vuelta del teatro a la literatura, como consecuencia de la popularidad del cine, después de haber pasado por la fase del espectáculo y el guiñol; tercero, la filiación exacta de la llamada crisis teatral, que «no tiene otra causa que la bondad relati-

va de algunas películas comparada con la maldad absoluta de la mayor parte de nuestras compañías y del repertorio vigente».

El hecho de que sean dos colectivismos antípodas, Rusia y Norteamérica, los que en este momento del mundo representan un teatro más rico, diferenciado y original prueba tanto el fervor de la muchedumbre por el arte dramático como la influencia de éste en el tejido íntimo de esas dos sociedades irreconciliables. Mientras un país tenga un teatro torpe y tartufo, decrépito y cerril, beocio y miserable, la escena seguirá siendo una síntesis fidelísima del medio donde aquel teatro se produce. La renovación norteamericana nace de los sindicatos dramáticos y de la obra de municipios y universidades, que difundieron por todo el país compañías y obras proscritas por los grandes *trusts*, los cuales monopolizaban anteriormente la producción yanqui.

De uno de esos teatros salió Eugenio O'Neill, autor de treinta y tres obras que recorren triunfalmente los Estados Unidos. Su vida ha sido arriscada y difícil: marinero, empleado, actor, obrero manual. Su obra es una sorprendente fusión de elementos naturalistas y líricos, que a veces pasan a la categoría de símbolos por el camino del análisis. En *El emperador Jones*, por ejemplo, «el hombre sigue siendo el juguete de sus fuerzas incógnitas y la víctima de un destino implacable». Su obra última y culminante, *Extraño intermedio*, es el conflicto de lo subconsciente, la trágica dualidad del alma humana. Conseguido todo de tal manera que O'Neill ha logrado del público lo que sólo al genio de Wagner pudo permitírsele: es decir, obligarlo a la representación tarde y noche, con solo intervalo para comer.

Yo consigno con toda firmeza al final de estas notas dos nombres que por haber emprendido un camino independiente y sincero sufren la dura oposición de mayorías y minorías teatrales: Jacinto Grau y Azorín. Estos dos escritores han torpedeado, con los proyectiles de su talento, la fortaleza del bárbaro teatro español contemporáneo. Azorín quiere ir al pueblo por el camino del auto sacramental moderno. Ha dicho: «Es hora ya de que el teatro español vuelva a utilizar uno de sus más eficaces y fecundos recursos: lo maravilloso. En el siglo XVIII se consideró como un triunfo el hacer que de la escena desapareciera ese recurso. Creían entonces que en el teatro debía imperar el positivismo que imperaba en el terreno científico. Se amputó al arte uno de sus más poderosos elementos; todo un mundo espiritual desapareció de la estéti-

ca dramática. Se perseguía un realismo feroz, intransigente». Ese realismo sigue gravitando sobre nuestro teatro contemporáneo, agravado aún con el descenso hacia los temas menudos y domésticos, hacia la retórica como suplemento de la verdadera creación poética o dramática. Y he aquí que Azorín se atreve en *Angelita* a recuperar la tradición más ilustre de nuestro teatro y a injertarla en el cuerpo moderno de una obra que por su carácter simbólico y sobrenatural es un verdadero auto sacramental de nuestros días.

A las asociaciones de estudiantes y a los centros obreros, de acuerdo con los intelectuales de la izquierda, corresponde en España iniciar un fuerte movimiento para llegar a un auténtico teatro del pueblo.

Asturias-Madrid, 1929-1930

OBRA PERIODÍSTICA

CRÓNICAS DE LA GUERRA DE MARRUECOS

CAMINO DE LA GUERRA

Esta mañana, Pedro Núñez, que estaba de guardia y había ido antes que nosotros al cuartel, nos despertó a gritos:

—Levantarse, que marchamos esta tarde a Ceuta.

En todos los cuartos de la fonda se oyó el rumor del sobresalto. La «señá Milagros» abrió desmesuradamente sus ojos claros, de vaca mansa, e hipó unas quejas con dolor inusitado. El cura, Portabales, inquirió detalles con afán, y los demás sonreían incrédulos.

Nosotros nos lanzamos a la calle para cerciorarnos de la noticia, y en la calle logramos comprobarla. Fuimos a Telégrafos para informar de la noticia al periódico, y después, más tranquilos, retornamos a casa lleno el espíritu de cierta frialdad y de cierta indiferencia que no creímos recibir con la noticia de la marcha. Allí preparamos nuestro hatillo de soldado, que hemos de llevar sobre la espalda a través de tierras africanas, y salimos, en una mañana luminosa y alegre, a despedirnos de Sevilla feliz, superficial y risueña.

En la calle encontramos muchos amigos que, precipitadamente, hacían los preparativos de marcha. Otros bullían en Telégrafos, enviando despachos de despedida a sus familias. Hallamos a Pepe Abad con la cabeza afeitada en un rasgo de genialidad y de higiene.

Todos comentaban la noticia de marcha. Días antes todos estaban tranquilos porque, transcurrido cerca de un mes, nadie creía en la marcha. Todos se preparaban para pasar el invierno en Sevilla y nadie pensaba ya en el viaje al Rif. Los confiados eran los más desalentados; en cambio, los que aguardábamos la noticia como ya sabida nos mostrábamos con ánimo glacial. En general, los buenos muchachos gijoneses no se sentían tristes. Muchos acudieron joviales a despedirse de los fondistas y no olvidaron las visitas a las cervecerías clásicas para tomar el último «chato» de manzanilla.

Nuestra indiscreción periodística pretendió averiguar nuestro destino en tierras africanas; pero nada pudimos saber en concreto. Los rumores hacían presumir que

con motivo de la agitación de estos días en el territorio de Tetuán, allí nos dirigíamos en unión de las demás tropas de reserva. La realidad era que durante la tarde debíamos estar en el cuartel para embarcar en el *Tablada* para Ceuta.

Y antes de salir, los compañeros de fonda, que durante veinticinco días sufrimos las salsas y los guisos de la «señá Milagros», nos hemos reunido a comer precipitadamente en el restaurante Siete Puertas. Presidía Portabales, y alrededor de la mesa, Ángel Sánchez, Alfonso Avendaño, Agustín Cejudo, Pedro Núñez, Claudio Olavarrieta, Martín Escalante y el cronista. La comida está llena de risa y de canto. Dentro de pocas horas el barco nos llevará camino de la guerra. Con la huella de la hélice, en los arabescos de la espuma, creeremos ver escrito nuestro destino. Mientras tanto yo escribo estas líneas con un adiós de amor para los que quedan.

Sevilla, 26 de octubre de 1921.

[*El Noroeste*, Gijón, 29-x-1921]

EN PLENA ZONA AFRICANA

Tras la noche larga, interminable, de la travesía, amaneció rosado el horizonte y el mar con la misma calma del día de salida. El *Tablada* parecía deslizarse sobre un lago rizado por una leve brisa que se dijera tan sólo enviada a fin de bordar de espuma el mar. Toda la mañana navegamos así, observando la costa lejana donde se divisaban los pueblos blancos. Igual que todos, nosotros llevamos nuestro plato a la hora del rancho, en la larga fila de soldados que deseaban la confortante comida caliente para desquitarse de los continuos refrigerios de fiambre.

Después del mediodía ya divisamos la costa de África, aún sin entrar en aguas del Estrecho. Los montes aparecían difusos en la lejanía y todos dirigíamos allá nuestras miradas con el pensamiento lleno de una curiosidad ciertamente rara y que hasta entonces nos fue desconocida. Después de las cinco de la tarde entramos en el Estrecho y aunque el mar estaba más movido, la diferencia no era tanta que ninguno de los soldados expedicionarios sufrió los síntomas del mareo. El peñón de Gibraltar estaba a nuestra vista; dirigimos a él nuestra mirada con la impaciencia de quien ve por primera vez ese pedazo de tierra tan discutido, fantasma de chambelanes y diplomáticos. El peñón, tendido sobre las olas azules, dijérase el casco de un buque viejo vuelto hacia arriba, sentado por algún capricho geológico. Pensamos con ironía en los problemas internacionales que han nacido de ese pedazo de tierra negra que parece un obstáculo a la mirada perdida en la inmensidad del cielo y del mar.

Cerca de las seis de la tarde se ofreció Ceuta a nuestra vista y era, en perspectiva, como una gran mancha de cal sobre el horizonte. Todos los soldados se abalanzaban a las escotillas para divisar la ciudad que había de ser el primer puerto de nuestra ruta. Hacia la ciudad avanzó el *Tablada* con una marcha que a nuestra impaciencia le parecía desesperante; creímos que, cuanto más avanzaba el buque, más se alejaba la mancha de cal a nuestra vista. Pero todo era ilusión óptica; tras algún tiempo la mancha de cal fue agrandándose, definiéndose hasta distinguirse perfectamente las viviendas blancas.

Pronto arribó el *Tablada*. Un bote se destacó hasta el puerto conduciendo a un jefe del Tarragona para convenir con las autoridades militares el desembarco. Pronto volvió el bote con la noticia de que el desembarco no se efectuaba durante la noche del jueves. Tendríamos, pues, que pasar otra noche en el barco, tendidos sobre el puente, en las escotillas o en los sollados de las bodegas. Menos mal que la noche aparecía tranquila y sin frío.

La población ofrecía entonces un aspecto fantástico y bello; se pensara que un grupo numeroso de estrellas pendientes en lo alto había descendido hasta el mar; tal era la fijeza unánime de las luces de Ceuta.

Renuncio a describir una noche amiga de angustias y recuerdos. El día amaneció también bello y ya el *Tablada* se acercó al muelle, donde fue dejando al batallón distribuido en compañías. Acampamos en las inmediaciones del muelle, donde se distribuyó el almuerzo. Nosotros apenas tuvimos tiempo de enviar unos telegramas y unas cartas, pues a las dos ya llegaron las órdenes de salida. Íbamos en la posición A, distante de la plaza unos siete kilómetros. La tarde era sofocante y encendida. Este sol africano fue bien llamado inclemente; caía de plano sobre los soldados llenándolos de sudor y fatiga. Ascendimos por la carretera construida para llegar a las posiciones avanzadas de Cudia Federico y Aydir hasta Zoco T'Latza. La carretera serpentea por lomas áridas como por la base y el cuerpo de un cono cuyo vértice no se sabe dónde está. Por el camino sólo hallábamos soldados desperdigados, la mayoría del tabor de Regulares, de rostros curtidos color de bronce. También topamos con moros y moras viejas que conducían borriquillos cargados con mercancías del campo. Los soldados los contemplaban en silencio y, más que odio, producían un poco de repugnancia las figuras sucias y peludas.

A media tarde llegamos a la posición A, situada sobre una loma pronunciada. Hay tres o cuatro barracones amplios y ventilados donde nos alojamos. Nada se sabe acerca del próximo destino, aunque pudiera ser que la posición A —desguarnecida por haber marchado a operaciones el batallón de Zamora— necesitara guarnición y fuera ésta la del Tarragona; entonces se alargaría nuestra estancia aquí. Nada puede adelantarse sin embargo; se combate duramente en la parte de Tetuán y ayer se oían amortiguados los cañones. Todas las fuerzas de la Comandancia de Ceuta están allí concentradas.

Por hoy, terminamos nuestra crónica. La escribimos a la luz de una vela en una cantina de la posición. Escriben a sus familias en la misma mesa otros soldados gijoneses. Nosotros escribimos para la gran familia de los lectores con el mismo amor.

Posición A, noche del 28 de octubre.

[*El Noroeste*, Gijón, 3-XI-1921]

PRIMERA IMPRESIÓN DE TETUÁN

El batallón está distribuido en Tetuán en dos cuarteles; dos cuarteles donde se alojan fuerzas de Regulares, de Infantería, de Intendencia… Tetuán es un inmenso hervidero de tropa. En la plaza, además de nuestro batallón, están los de Murcia, Zamora, Asturias, Badajoz, Aragón, Órdenes Militares, sin contar la de la guarnición. Las calles ofrecen un continuo desfile de soldados, como si la ciudad no fuese otra cosa que un inmenso campamento.

Hasta ahora nuestro batallón descansa de los últimos viajes. Se nos ha inyectado a los soldados la vacuna antitífica y se nos dio facilidades para el aseo personal, que buena falta hacía tras las largas marchas de días atrás. En general, el estado de los soldados es bueno y son muy pocos los enfermos afectados por el cambio de vida y de clima.

Acerca del destino del batallón, nada se puede aventurar y ni siquiera los jefes saben nada concreto. La aglomeración de fuerzas en Tetuán hace suponer algún plan militar importante. Pudiera iniciarse una ofensiva en Uad-Laud para el castigo de la kabila de Gomara, que tomó parte en las últimas agresiones. Pudiera también formarse una columna volante para la seguridad del territorio. Es más probable que de cualquiera de las dos maneras nuestro batallón forme parte de tal unidad y entonces saldríamos a operar al campo. Nuestra impresión es que la permanencia del batallón en la plaza será de pocos días, sólo los suficientes para ultimar las operaciones que se preparen.

Nada escribiré del estado de ánimo de los soldados. La juventud tiene compensaciones para todas las catástrofes espirituales, y si la ausencia de la tierra constituye siempre motivo de pesadumbre, siempre la risa moza se sobrepone a los momentos más duros. Tetuán tiene, además, excelentes paliativos. Su ambiente caprichoso y exótico contribuye a que las horas se sucedan sin lentitud ni amargura y que los recuerdos no se levanten como fantasmas llenando el corazón de pesimismo. Se siente aquí, únicamente, la terrible inquietud de la casta. La correspondencia llega con un

retraso inexplicable y el día en que escribo —3 de noviembre— sólo se han recibido las cartas fechadas en Gijón el día 26, cuando aún se ignoraba nuestra salida para África. Y no deja de ser bella cada esperanza de la carta que no se recibe. Se aguarda al cartero, al atardecer, como quien ha de hallar la emoción más pura en los pliegos blancos que él trae, y que son siempre escasos para amenguar el gran deseo de los soldados.

Por otra parte, Tetuán es un pueblo alegre y sonriente que no deja adivinar tras de sí la negrura de la guerra. Hay comodidades y confort y superficialmente impresiona con cordialidad al que llega. Parece como si la muerte anduviera muy lejos y no se hubiera posado nunca, como un cuervo fatídico, sobre esta ciudad blanca. Y, sin embargo, del campo llega cada poco tiempo un aire terrible de desolación. Es en un camión de heridos que muestran los rostros desencajados y tristes o en esas tropas que llegan de cualquier posición lejana a descansar donde los ojos de los soldados se apagan deslumbrados por tanto sol y los labios estallan por la sed y por el polvo.

Pero parece que Tetuán no se da cuenta de esta tristeza de la guerra, o que la olvida de repente como un buen burgués que no quiere ver un drama en el teatro después de cenar porque no le estorbe la digestión. Así los cafés están llenos siempre, y el único teatro, donde todas las localidades se venden, y los restoranes alojan a gente que come bien y disfruta del placer de vivir.

Nadie dijera, pues, que Tetuán esconde tras sí la guerra, ni aun que vive de la guerra misma. Es que la prosperidad de Tetuán nace de la aglomeración de tropas que da movimiento e industria a la ciudad. Con una paz duradera, Tetuán vería irse su vida y arrastraría la existencia lánguida de cualquier ciudad castellana. Es triste; pero es así. La misma muerte engendra la vida, como si todo fuera una continua metamorfosis porque pasa la humanidad eternamente. Lo que abate el ánimo es pensar que España queda pobre y esquilmada para que estas ciudades blancas, colgadas de los cerros africanos, sean un poco felices.

Tetuán, 3 de noviembre de 1921.

[*El Noroeste*, Gijón, 9-XI-1921]

LA GUERRA NO ES BROMA

Algunos cronistas improvisados, para disculpar su falta de dotes de observación, análisis y espíritu crítico que deben reunir quienes escriben para el público, se dedican a glosar la guerra desde un punto de vista humorístico, que no tiene ni el preciso valor de la ironía, ni siquiera el sarcasmo lleno de crudeza de la sonrisa de Hamlet. Para estos cronistas la guerra la constituyen una serie de episodios bufos con que casi siempre va enmascarada la tragedia; ellos quieren con esto dar una sensación de tranquilidad y de entereza, cuando lo que dan es una caricatura basta y grosera del dolor. Y el dolor es algo noble y alto que no puede inspirar más que respeto si es que hay almas de donde no ha huido el sentimiento de la piedad. Son estos escritos propios para regocijo de «peñas» de café con chistes de calendario muy comunes en los señoritos de España.

En cambio a nosotros, los cronistas que tenemos la preocupación de la tristeza y la pesadumbre de la guerra, se nos llama lirios y se nos dice que somos esclavos de nuestra propia imaginación puesta al servicio de la literatura.

Y, sin embargo, basta el reflejo de la guerra para llenar todas las cosas de sombra. A este pueblo de Tetuán sólo llega el reflejo de la guerra y basta sentir gravitar sobre el alma el peso de la tragedia para que la pluma se resista a sentirse frívola y su rasguear no tenga un ritmo alegre y banal. Basta observar a uno de estos soldados que vuelven del campo después de muchos meses con el rostro pálido y el traje hecho jirones para que se evoquen las horas interminables de campamento, cara a la muerte, luchando, no con las balas que son un enemigo pequeño, sino con el mal dormir y el mal comer y con la inquietud terrible de los pensamientos que son, en estas tierras de África, como cuervos que se alimentan de cadáveres de ilusiones y de esperanzas.

Basta contemplar a un herido o a un enfermo, o simplemente al soldado que visteis otro tiempo lleno de risa feliz, haciendo su vida ciudadana llena de paz y de trabajo, para que reflexionéis en los azotes del destino huraño y brutal.

Por eso la guerra no es broma ni puede ser tema de amenidad.

El oficio de periodista no es más que dar una sensación exacta de las cosas. Y no pueden dar a España una sensación ni siquiera aproximada de la gran tragedia marroquí los que no sientan esta tragedia intensamente. Será muy piadoso engañar a las madres de los soldados no contando los sufrimientos y amarguras de sus hijos; pero es criminal dar una idea engañosa al lector de cuanto sucede en este cementerio de mártires, porque es tanto como poner un epitafio burlón y sarcástico a los héroes olvidados y anónimos.

No es, no, esta guerra de Marruecos una guerra de juguete que merezca la acotación ligera de cualquier cronista improvisado. Es guerra de aguafuerte, calcado en sangre joven y generosa. No hemos de ser nosotros quienes hayamos de escribir así, aunque se nos diga que incurrimos en el pecado de la sensiblería. Es el corazón algo gigantesco y suprahumano que los humanos no pueden improvisar. ¡Ah, si pudieran improvisarse corazones! No estarían a estas horas atribulados y doloridos los de tantas madres españolas ni estarían pétreos e insensibles los de tantos hombres funestos. Fundir y renovar corazones es lo que se impone en estos instantes para que no prosiga la tragedia del Rif, que no es cosa de broma, que no puede ser cosa de broma.

Tetuán, 12 de noviembre.

[*El Noroeste*, Gijón, 17-XI-1921]

LITERATURA DE LA GUERRA

Hace pensar con detención esta literatura de la guerra que nació con los primeros episodios de la campaña y parece prolongarse según la campaña se prolonga. Los escritores madrileños —los de oficio, o por decirlo así, comerciantes de la actualidad literaria— han encontrado un tema mitad folletinesco y mitad teatral para urdir fantasías deplorables y acariciar las imaginaciones un poco ingenuas de esos lectores de novelas baratas que se encuentran en todas las clases de nuestra vida social. Ved cómo la modistilla romántica ha dejado *Los tres mosqueteros* por la narración de una de esas innumerables novelas semanales que ahora aparecen y cómo la mamá burguesa, o el papá del cupón, entretienen sus ocios después de comer con esos episodios trágico-bufos de los literatos ocasionales.

A mí no me guía ningún interés contrario al de esos buenos señores que desde su gabinete de trabajo o desde la mesa del café hilvanan cuentos de guerra, porque estimo que todas las profesiones tienen derecho a disfrutar de los beneficios que la casualidad o las circunstancias les traigan en cualquier época de la vida. Ocurre exactamente igual que con el fabricante cuyos productos en fecha determinada alcanzan en el mercado un alza insospechada y él se aprovecha de ella para realizar mejor su negocio. Nada padece tampoco en este caso el arte rodeándole de ese elemento mercantilista que se ha puesto en moda. Así como así, pasaron los tiempos en que el artista arrastraba una bohemia miserable que sería desde luego muy pintoresca, pero que desde luego era el camino de la tisis o de la locura. A nadie se le ocurrirá actualmente sostener que un poeta no coma más que de vez en cuando o que un músico alimente su estómago de ideas líricas. Hay derecho a la vida, sagrado hasta en los mismos umbrales de la muerte.

Pero lo que nos mueve a escribir esta crónica —comentario nada más— es señalar, aunque no sea más que de pasada, algunas viciosidades de esta literatura, porque con las letras sucede como con las bellas mujeres: han de ser utilizadas noblemente para el placer con el fin de que no dejen nunca de ser honradas. La literatura de esta

guerra ha creado un tipo fantástico: el Terciario, dándole un carácter romántico de que carece. Quien ha conocido muchos legionarios y los ha visto luchar y descansar puede hablar de ellos; son los mismos soldados que nutren las filas de otros Cuerpos, iguales en valentía y en ideal que saben morir como cualquier otro soldado español. Puede decirse que el legionario aristocrático no existe y si existe ha perdido bastante de su aristocracia, quizá porque sus equivocaciones lo han querido así. Falso, de toda falsedad, ese ambiente sentimental de los hospitales donde hay damitas de ojos claros y dulces que enloquecen con los guerreros de una gesta vulgar; falsos, de toda falsedad, esos fracasos de las vidas de unos cuantos hombres que esconden en el anónimo su pasado de infortunio; falsas, de toda falsedad, esas rehabilitaciones de conciencias en el fragor de la batalla.

No existen —bien lo saben todos— ni batallas donde la gloria extienda su manto de laurel; ni hazañas épicas para tallar en sonoros versos del romancero. Para nadie es esta guerra una gallarda guerra de conquistas, ni nadie existe tan cándido que crea desplegado sobre los campos africanos aquel estandarte de la Santa Cruz que hipnotiza aún a los viejos guerrilleros. «Es una operación de policía» —como ha dicho algún político—, desarrollada con cierta trágica lentitud que lleva al sacrificio muchas vidas. Pero vidas resignadas, con un pasado vulgar y oscuro. Se muere cumpliendo un deber y quizá amando la vida como nunca, disputándola palmo a palmo al enemigo traidor.

¡Ah, señores escritores de la actualidad! Es muy fácil ver la guerra y glosar la campaña en el confortable despacho donde la fantasía vuela para dar afanes a la pluma. La guerra imaginada es una bella sucesión de episodios heroicos que han de calofriar más tarde las vértebras sensibles de los lectores ingenuos. Pero la verdadera literatura de la guerra está por escribir. Y no son, precisamente, los ficticios combates bajo el sol ardiente, ni las escenas de hospitales entre señoritas de la Cruz Roja. Y gallardos legionarios heridos. Es una literatura que pudiera surgir de esas cartas sinceras, hondas, conmovedoras de los soldados que caen sin saber cómo en lo alto de una loma o en el fondo de un barranco. Literatura que pudiera llevar sobre sí, como sobre los lomos de un Pegaso, el odio a la guerra y el retorno al bienestar común; esa literatura que quizá no torture imaginaciones pueriles ni guste tanto a los editores mercachifles; pero que sea el reflejo de tantas almas amargadas y tantas vi-

das vulgares como quedan por aquí rotas. Eso que pudiera llamarse la moral de la tragedia.

Todo lo demás no es arte, es artificio, burdo artificio para pasar el rato y vender papel impreso.

Blokau de Amegar (Tetuán), 9 de marzo de 1922.

[*El Noroeste*, Gijón, 17-III-1922]

REFLEXIONES DE UN SOLDADO QUE NO SE EMBOSCÓ

Ayer he despedido a otro amigo mío, soldado de cuota, sobrino de un ministro, que marcha a la Península con licencia ilimitada; ha sufrido conmigo las inquietudes de la guerra y al fin descansará en su hogar acomodado algunas semanas, quizá unos meses. ¿Cuántos camaradas míos se han librado ya de los peligros y las amarguras de África? No soy capaz de contarlos. Uno, hijo de un banquero, no pasó de Ceuta; otro, aristócrata bien conocido, tampoco pasó de Tetuán; otros lograron formar en las caravanas dolientes de los hospitales; el hijo de un diputado figura como chófer de su mismo automóvil. Todos buenos muchachos, valientes, pero precavidos, egoístas de sus veintitrés años y de su juventud alegre. ¿Han hecho mal en hacer de la ley un asidero para su conveniencia? Yo no quiero discutirlo. En cuestiones así tengo un concepto muy amplio de la conciencia individualista y nunca juzgo definitivos los argumentos de ética y de moral ciudadana. Ahora bien; ellos se van y yo me quedo, y conmigo se quedan muchos jóvenes que han visitado las aulas universitarias, las salas de las oficinas y los largos pasillos de las fábricas. Somos soldados como los que se van; como los que se van, abonamos una cantidad por reducir nuestro servicio, y cuando fue necesario atravesar el mar para remediar un desastre, llegamos con el corazón encendido en sacrificios y abnegaciones pensando en que la ley nos hablaba entonces en nombre de la Patria. Acostumbrados a un régimen de disciplina social, aceptamos la otra más rígida disciplina militar. No fuimos cobardes, porque a los veintitrés años no se puede ser cobarde, sino que se tiene suficiente desdén por el peligro para no mirar cara a cara a la muerte. Y aquí permanecemos fusil al brazo, aguardando una lucha que no ha llegado aún, que no llegará nunca. Los que teníamos ya una personalidad bien definida en la vida social renunciamos a ella aceptando el anónimo del soldado; los que habíamos vivido con relativa libertad fuimos prisioneros de nuestro deber, y cuantos disfrutábamos de cierta vida cómoda abrazamos la sórdida monotonía del campamento, durmiendo mal y comiendo peor.

Todo por la Patria.

La Patria no es ingrata nunca, son ingratos sus hombres, los que la han hecho desventurada como esas pobres mujeres hermosas a quienes deshonran los hombres crueles que más tarde las abandonan. Si la Patria pudiera materializarse extendería su mano caduca sobre las frentes de los soldados y lloraría con ellos su propio dolor. Lloraría el estéril sacrificio de sus hijos pensando en que estos mozos que sufren en Yebala y en el Rif podrían servirla mejor desde sus estudios, sus oficinas y sus fábricas.

Pero ella piensa que a los veintitrés años no debe un hombre sentirse cobarde ni tacaño de su ímpetu juvenil y que el fuego del corazón anima y ennoblece las causas más injustas. Quizá la Patria no ame menos a los «emboscados» que a estos otros muchachos que permanecen frente al peligro bromeando con la muerte. Pero sin duda la Patria, como las mujeres idealistas, aprecia los románticos gestos de los que, si sirven a una empresa torpe ciegamente, servirán con el mismo ardor a una causa sublime.

ORACIÓN DEL SOLDADO QUE NO SE EMBOSCÓ

¡Pobre Patria envejecida y dolorosa, enlutada como una madre, a quien persigue la desgracia fatalmente! Yo vivo tu amor triste y tu dolor de siglos. Siento la misma pena que tú sientes al contemplarte esclava de ambiciones y egoísmos, derrotada por tus propios hijos venales. Jamás estuve tan cerca de ti como ahora que lloras mil vidas sacrificadas inútilmente: si no te amara porque eres mi Patria, te amara por triste y por dolorida.

¡Que el ramo de olivo de la paz caiga sobre tus viejos hombros derrengados, porque será lo único que te libre de la muerte!

Amén.

Audal-Zoco Arbaá de Tetuán, 8 de junio.

[*El Noroeste*, Gijón, 17-VI-1922]

CÓMO MUEREN LOS SOLDADOS

Aquel soldado me había interesado extraordinariamente, no sólo por su gravedad, sino porque el cabo que conducía la camilla, al penetrar en la sala, murmuró con pena:

—Es un pobre soldado asturiano que sufre palúdicas graves. Hace más de un mes que no come; apenas abre los ojos ya.

En efecto, el pobre soldado, sobre la lona de la camilla, mostraba su rostro pálido, de donde se dijera que huía a bocanadas la vida; los ojos, vidriosos, apenas brillaban y tenían ese fulgor mortecino que da la fiebre después de muchos días de sufrirla; las manos, amoratadas, le caían sobre el pecho, en ese ademán inconfundible de las últimas horas. Tenía el rostro tatuado ya por esas manchas trágicas de la calentura continuada, y apenas exhalaba ronquidos guturales y sordos, por los que únicamente se podía presumir que seguía viviendo. Yo creo que si en aquel momento acerco mi oído a su pecho no oigo el ritmo del corazón.

Dos sanitarios llegaron con gran calma y, casi a rastras, le colocaron sobre la cama inmediata a la mía. El cabo aparatista llegó con un impreso cubierto con tres frases lacónicas y concretas: «Número 8.— Fulano de Tal.— Paludismo». Los tres hombres se alejaron inmediatamente, taconeando fuerte por la sala envuelta ya por la triste penumbra del atardecer.

En la sala, sobre los lechos en fila, los enfermos callaban, torturados por ese silencio de los hospitales que da horror al ánimo más templado. Una monja entró de puntillas, corrió los embozos de algunas camas, y al hallarse frente al pobre soldado que acababan de entrar, quedó con las manos en cruz, diciendo en voz baja, con un significativo movimiento de cabeza:

—¡Pobrecillo! ¡Se muere!

Marchó, apesadumbrada, en busca de un médico. Yo observaba al enfermo lleno de un terror siniestro. El soldado estaba rígido, boca arriba, lanzando babas por sus labios pálidos. Pensé en los largos días de campamento, bajo las escarchas y las lluvias; en las largas noches, de pie tras el parapeto, acechando al enemigo que se es-

condiese en la noche, mientras el frío iba barrenando los huesos y el agua empapando la sencilla manta, que es lecho y abrigo a la vez. Pensé después en las cartas anhelantes, llenas de ilusiones y de promesas, a la madre o a la novia: «Iré pronto; no temas. Los días pasan, y vendrán otros mejores, si quiere Dios».

Pero el buen Dios se olvida a veces de sus criaturas, quizá porque tiene muchas diseminadas aquí por la tierra, y no evitó que el soldadito cediera al peso de tantas penalidades. Hasta que un día cayó sobre los jergones de la tienda para no levantarse más.

Pasó una hora larga, larga, para mí toda llena de sobresaltos. El soldado seguía exhalando ronquidos intermitentes. Entró un enfermero, envuelto en su blusa azul, dejando un vaso de leche sobre la mesilla cuajada de cuajarones de esperma y de grasa. Al ver al enfermo, exclamó rudo, terrible, como una sentencia bestial:

—Éste ya no se mueve más.

Oí clara y precisa la campana de la portería anunciando la hora de cierre. Los sanitarios abrieron las llaves de la luz, y sobre nosotros cayó una claridad violada y triste que daba a todas las cosas un aspecto fantasmal. Transcurrieron dos, tres horas. Mi angustia crecía, porque a cada instante pensaba no oír el ronquido del enfermo y que así terminase su agonía. ¡Y lo dejarían morir de tal manera, sin un intento de cura, sin un recurso de salvación!

Allá llegó, por fin, el médico, un joven moreno, de cabellos y ojos oscuros. Le seguía la monja, abriendo más que de ordinario sus ojos asustados, llenos de pureza y de piedad. Se explicó a sí misma, con voz temblorosa:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Hay tantos que no puede atender a todos!

El médico separó un poco las ropas y tomó la muñeca del soldado, de donde colgaba la mano escuálida y amarilla.

—No tiene pulso ya. Es un caso perdido —dijo con cierta indiferencia. Y luego, a gritos—: ¡A ver, sanitarios! Una inyección de cafeína.

La monja elevó las manos hasta la cabeza en una súplica. Los sanitarios llegaron precipitadamente con frascos, gasas y aguja, y el médico aplicó la inyección, impasible, ayudado por la monja. El enfermo ni siquiera se estremeció; seguía babeando y roncando lúgubremente. El médico le contempló un instante, y luego dijo a la monja, mientras encendía un pitillo con calma:

—Es mejor que avisen al cura.

—Voy, voy —contestó la monja, saliendo apresurada—. ¡Ojalá pudiera confesar!

Y vino el sacerdote, con los óleos, un crucifijo y un breviario. La monja y él, a media voz, rezaron unas oraciones. El rezo allí, en la soledad de la sala, ponía un poco de pavor y era como si ante todos nosotros pasara la terrible visión de la muerte. Una vela de cera lacrimeaba en las manos de la religiosa, haciendo más brillante su blancura. El sacerdote intentó la confesión; pero nada obtuvo del enfermo, que parecía momificado. Entonces extrajo los óleos de la cajita de plata donde los guardaba, descubrió los pies del soldado y los ungió suavemente mientras rezaba. Al acercar la estola a la boca del enfermo para que la besase, quedó colgada de la prenda sagrada un hilo de baba.

Salieron todos después, y allí quedé yo solo con el agonizante. El sanitario de guardia dio unas cuantas zancadas por la sala y, somnoliento, se retiró a dormir. Jamás he sentido, como aquella noche, el miedo a la muerte. Fue el más horrendo velatorio de mi vida. Con gran trabajo, porque también a mí las fuerzas me faltaban, me vestí, y sentado en la cama quedé frente al agonizante. No podía separar los ojos de sus ojos entreabiertos, que ya no veían la vida. Estuve así mucho tiempo. De madrugada, el enfermo sufrió un colapso y, con una mueca horrible en el rostro demacrado, expiró. Yo llamé al enfermero, alarmado. Llegó el buen hombre, restregando los ojos, de mal humor:

—Por fin, murió éste —murmuró—. Ya pudo dejarlo para de día. Habrá que llevarle al depósito.

Salió y volvió con un compañero. Entre los dos tomaron en brazos el cadáver, y alumbrados por un farol que sostenían mis manos temblorosas, lo trasladaron al depósito de cadáveres. Yo vi con ojos espantados cómo dejaban el cuerpo sin vida sobre unas lonas y vi cómo, después, cerraban la puerta con gran estrépito. A mí me pareció el golpe de la puerta al cerrarse como el cierre de una tumba.

Volví a la sala transido de tristeza y de cobardía. Sobre la cama estuve así hasta que el sol entró por las ventanas, que daban al jardín sin flores. Jamás se borrará de mi memoria la espantable noche en que vi morir a un soldado junto a mi lecho de enfermo…

[*La Libertad*, 21-VI-1922]

CRÍTICA LITERARIA

[LA POESÍA DE ALEJANDRO GAOS]

Aunque los azares de la lucha literaria me han obligado al ejercicio de la crítica periódica en un país que carece de críticos, no por eso me complace totalmente enjuiciar con frecuencia la obra de los creadores literarios. Pretendo, a mi vez, escribir libros de imaginación, y este propósito estimula poco el ejercicio de juzgar a los demás. Pero como tampoco soy en el paisaje de mi tiempo un escritor partidario de la clasificación singular, ni siquiera un hombre decidido a desempeñar en la vida un solo papel, acepto casi siempre las sugestiones del mundo circundante. Tanto como el arte y la cultura me interesa la vida, es decir, el humano llamamiento de las cosas y los hombres. Precisamente por esta aspiración integral de mi espíritu, he querido oponer al rito estético y narcisista de una parte de mi generación un concepto del arte que yo creo mucho más rico, permanente y profundo, porque establece eléctrico contacto con inquietudes extraestéticas de nuestra época. A una literatura de vanguardia que no hace otra cosa que resucitar formas y pensamientos viejos bajo una aparente modernidad, he opuesto la literatura de avanzada, cuya definición y finalidad se explica en mi libro *El nuevo romanticismo*. En esa obra trato ampliamente el pleito del pensamiento contemporáneo y me refiero concretamente a la colisión entre dos literaturas inconciliables: la literatura pura, o de imaginación, o la literatura del hombre que produce y crea, como las ha designado certeramente Henry Poulaille.

Cuando el poeta Alejandro Gaos ha solicitado de mí unas líneas previas para su libro, no he pensado, pues, hacer de ellas un trabajo crítico, sino presentar la obra desde mi punto de vista de escritor moderno a quien interesan todos los géneros. O mejor quizá: desde el punto de vista de un hombre moderno que en medio del estrépito de nuestra vida agitada y maquinal no excluye a los poetas de sus preferencias espirituales. Por eso quiero ahora hablar lo menos posible de la poesía como género literario. Prefiero situarla como una «actitud» del hombre ante el mundo, como una comunicación que establece el artista con esa trastierra que se encuentra más allá de las cosas cotidianas. En efecto, nunca tanto como ahora ha necesitado la humanidad

de los poetas para que le descubran ideales y anhelos remotos. Es ahora precisamente cuando termina una cultura y se inicia una nueva civilización y una nueva moral. En trance tan difícil y tan crítico, los poetas hablan un idioma cósmico, el idioma de la anunciación y la alborada.

Los poetas de la nueva generación española, con muy raras excepciones, han preferido fabricar una poesía intelectual y alambicada a reprimir en la precisa arquitectura del verso la tensión sincera del alma del hombre. El neoclasicismo francés ha sido copiado primorosamente por algunos de nuestros líricos que han roto de este modo —a pesar de Góngora— con la tradición castellana. Yo no le niego a este género de «poesía pura» cierto rango estético; pero afirmo que sólo Federico García Lorca y en cierto modo Gerardo Diego, Jorge Guillén y Pedro Garfias han logrado conservar esencias inalterables de poesía en la geometría de las formas modernas. Deploro además que los nuevos poetas no hayan aprovechado el futurismo para proyectar en la lírica castellana las nuevas formas vitales, como hizo en Rusia Maiakovski. Ante este poeta, Alejandro Gaos, donde hay reminiscencias de los mejores poetas clásicos, alquitaradas en expresión actual, pienso que nuestra moderna poesía puede llegar a las mismas conclusiones de belleza por el camino de la revelación humanística. Sus poemas son organismos vivos donde no falta jamás un fluido de vida y de conciencia. Sus metáforas son frescas, rotundas y temblorosas como frutas recién cortadas (Paul Valéry quiere que las metáforas sean en el verso como en los árboles las frutas). No les falta siquiera a los poemas de Gaos esa gota irónica del intelecto que pule y abrillanta los detalles íntimos. Algún día Alejandro Gaos, como muchos jóvenes escritores de España, acudirá a la cita que todos nosotros tenemos comprometida: la cita para un mundo, un arte y una moral organizados de otra manera.

[Alejandro Gaos, *Sauces imaginarios y agua de alegrías: Poemas*,
prólogo de José Díaz Fernández, Valencia, P. Quiles, 1931]

CAMPESINOS, DE ARDERÍUS

Podemos dar por extinguida en nuestro país la literatura que quiso un día galvanizar el viejo aforismo estético de «el arte por el arte» reduciendo las zonas de creación a las típicamente formales. Disipada la polvareda de los «ismos», sin un índice de obras verdaderamente sustanciales, dejándonos por toda herencia unos cuantos libros sin otra importancia que la de un juego de metáforas a cargo de unos cuantos hijos de familia, la generación presente enfila ahora el horizonte del arte social, núcleo de las preocupaciones de nuestro tiempo. Porque la literatura llamada de masas, la que en el argot estético se denomina «literatura proletaria», y que yo llamaría más justamente «literatura revolucionaria», no es el fruto de un día como lo fueron el ultraísmo y el superrealismo. Esta literatura de avanzada es, sencillamente, el signo de todo un siglo que aspira a fundamentar las relaciones humanas sobre bases distintas, que afectan lo mismo a la economía que a la moral.

Joaquín Arderíus es, de nuestros escritores contemporáneos, el mejor preparado para realizar esa novela de muchedumbres, donde las inquietudes del alma moderna encuentran expresión y holocausto, a costa, muchas veces, del propio rigor estético, que marcha ya hacia el archivo mortuorio de las Academias. En sus novelas anteriores latía con espléndido aliento el deseo de humanizar el gesto del mundo hasta liquidar el atavismo burgués. Por eso imprimía a sus personajes el vértigo de una libertad casi siempre desgarrada por el fracaso. *Campesinos* es otra etapa en el trayecto de este pensamiento directriz que puede otorgarle al autor la gloria de marchar en la primera línea de los escritores revolucionarios. Quizá por primera vez se intenta en nuestra literatura una verdadera novela de campesinos, donde el sufrimiento del hombre español aparece desnudo y severo, como una síntesis del eterno dolor del mundo. Porque nuestras novelas rurales fueron hasta ahora novelas rurales sólo por lo bastas, desmañadas y agrestes. Al Pereda de turno no puede tomársele en serio desde el punto de vista artístico. Y si bien es verdad que Azorín, Baroja y Valle-Inclán han desenvuelto temas campesinos, también es cierto que su

enfoque no es el que corresponde al drama vivo de aquel que trabaja una tierra que no es suya.

La novela de Arderíus tiene valores indiscutibles para encabezar un tipo de novela social española. Sus personajes reflejan con vigor extraordinario el problema que tan frívolamente manejan en nuestro país ciertos políticos y escritores superficiales. Quizá lo que necesitaría *Campesinos* sería alijar cierto lustre político de que le ha cargado el autor para cumplir compromisos partidistas, siempre heterogéneos a la verdadera función del arte. No es España un país de régimen proletario para que a sus escritores proletarizantes se les pueda exigir que «estén en la línea». Eso en Rusia tiene razón de ser; pero en España los escritores de tipo social bien pueden conformarse con ser escritores revolucionarios para agitar conciencias dormidas todavía bajo un sueño semifeudal y cumplir las exigencias de una vida nueva que acerque a nosotros la fraternidad y la justicia.

[*Crisol*, 7-XI-1931]

POEMAS DE ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN

En un autógrafo de Juan Ramón Jiménez que lleva el libro *La voz en el viento*, de Ernestina de Champourcín, exclama el mayor lírico de nuestros líricos actuales: «¿Qué boca de lobo hay al fondo del bosque de Ernestina?». En efecto: la imagen precisa para esculpir una figura como la de esta maravillosa mujer de nuestras letras no puede ser otra. No puede ser otra sino la que ofrece una leyenda sencilla e inmortal, cuando describe la extraña entrevista de la niña y la fiera. Si la reseña de obras como *La voz en el viento* permitiera ciertos simbolismos, yo diría que en toda creación artística brilla la dentadura temible del sexo o de la muerte, que ése, y no otro, es el lobo que amansa con sus poemas Ernestina de Champourcín.

Otros encontrarán en esta poetisa valores de índole distinta, quizá más cerca de la manufactura literaria que del profundo misticismo estético. Pero el que esto escribe advierte en primer término la virtud inocente de una musa aérea, desencarnada, y, sin embargo, firme y esencial. Un buen punto de referencia para la lírica castellana es Teresa de Jesús. Llega la mujer de Ávila a la sustancia inmaterial de la poesía, a fuerza de sentirse humana y evidente, trasmutando en emociones e imágenes los gritos del sexo. Santa Teresa siente la subversión de los sentidos; son alucinaciones de su carne y de sus sueños las que le conducen al espacio sin márgenes de la belleza. Y aun cuando esta monja singular invoca el amor más alto, que es el amor divino, es decir, el amor sin compensación ni correspondencia posible, su voz llega en nosotros a hacerse tan profunda porque está hecha de tejido humano y es eco del deseo, el dolor y la pasión que hace inmortal al mundo. Aun quitándole a esa poesía el acento religioso que la caracteriza, queda el abstracto misticismo de la belleza instrumentado con espasmos y deliquios materiales.

No es fácil que la poesía de las poetisas, la poesía nacida de esa zona entrañable que por designio natural corresponde a la mujer, neutralice el vigor de los sentimientos y sensaciones que, desde el romanticismo al modernismo, desataron la inspiración de los poetas. Aun en las modernas poetisas americanas persiste el fragor

apasionado que sólo en Gabriela Mistral calla y medita a ratos. Habría que ir a la condesa de Noailles, «la más condesa de las poetisas», como dijo alguien, a buscar el vapor penetrante de las cosas, la destilación de los instintos purificados por el verso. Pues bien: Ernestina de Champourcín, que tiene el noble antecedente de la Mistral y aun el de la condesa de Noailles, transfigura esas zozobras en puro aliento lírico, en impalpable materia imaginativa. Los pensamientos y las formas pierden duros contornos, y aun conservando el verso ese relieve escultórico que la poesía moderna ha recibido de los clásicos, vive en él toda la gracia de lo inefable. El título del libro, esa voz flotante que se abraza a las alas del viento y modula sin peso la intimidad del destino humano, es como un corolario de los elementos que maneja la poetisa en la confección de sus poemas. Ernestina se ha hecho dueña de su ritmo interior, ha domesticado la pasión de su alma. Por eso ha logrado valuar justamente la línea y el límite; detrás de su horizonte está el abismo de la desarmonía.

[*Luz*, 26-I-1932]

LAS OBRAS DE ORTEGA Y GASSET, EN UN TOMO

Esta edición es, sin duda alguna, el mayor suceso bibliográfico de este año en nuestro país. La editorial Espasa-Calpe, no el autor, ha creído necesario congregar en un solo volumen de 1.430 páginas las obras de don José Ortega y Gasset, desde las *Meditaciones del Quijote*, su primer libro, hasta la *Rectificación de la República*: veinte tomos que aparentemente aislados forman un todo orgánico, un conjunto original de temas y de ideas, como corresponde al pensamiento del filósofo cuando toca ya la plenitud. Reunidas ahora todas estas obras se observa claramente que constituyen una construcción mental perfecta, una arquitectura ideológica donde no se sabe qué es más admirable, si la firmeza y solidez del pensamiento o la gracia y pulcritud del estilo.

En Ortega y Gasset se ofrece, por raro designio, el triple atributo del sabio, el ideólogo y el literato. De ahí que en su obra aparezcan esas facultades insignes con armónica ejemplaridad, todas ellas al servicio de una concepción personal del mundo y de las cosas. El eje del sistema, que se diversifica y extiende en los problemas más diversos y las meditaciones más sutiles, es el profundo y a la vez sencillo hallazgo de que el hombre tiene todos los días que *hacer* su vida. En el prólogo de este volumen se explica esto con claridad incomparable: «El hombre no es sino lo que él se hace. En cada instante, queramos o no, tenemos que decidir lo que vamos a ser, esto es, lo que vamos a hacer en el siguiente. Al hacer algo, lo que verdaderamente hacemos es nuestra vida misma, puesto que la hacemos consistir en esa ocupación. De aquí que el hombre se encuentra siempre solicitado por las más varias posibilidades de hacer, de ocuparse. En rigor, se encuentra perdido en ellas y forzado a elegir». La cuestión se complica, pues, con el problema de la vocación, que es el impulso de su propio destino y el de las circunstancias que mueven los pasos del hombre. «Yo soy yo y mi circunstancia»: ésta es la síntesis del pensamiento de Ortega. Nadie puede ser otra cosa que aquella que traza su destino vital. Los que censuran en muchas ocasiones a este intelectual porque actúa como intelectual en aquellas faenas peculiares del hombre de acción ignoran toda la esencia de su pensamiento, la raíz de su doctrina, que le ha

servido para rectificar a la filosofía idealista, la cual definía la existencia como una afirmación fuera de todo lugar y tiempo: Ortega llama a eso utopismo, puesto que la vida, según él, es absolutamente actualidad. Su filosofía tiene por ingredientes el racionalismo y el idealismo; por eso es el filósofo de lo vital.

«Mi vocación era el pensamiento —dice en otro lugar del prólogo—, el afán de claridad sobre las cosas. Acaso este fervor congénito de mi circunstancia española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido en servicio de España.» El lector puede comprobarlo ahora sobradamente ante los textos de Ortega y Gasset. Todos ellos se refieren a España y están acendrados de preocupación española, partiendo de la raza, de la historia, del hombre y del paisaje para movilizar el espíritu de nuestro pueblo hacia estímulos superiores. Los que le reprochan cierta disgregación hacia los temas más opuestos, desde el arte a la política, pretenden desconocer el ideal de Ortega, que consiste en crear una conciencia para su país y colocarlo en la línea cultural más avanzada. Ha sido él quien hizo el mejor esfuerzo para llegar a una reforma de la sociedad española, desterrando los tópicos del siglo XIX, y es claro que en muchos momentos se vio obligado a atacar a esa sociedad por el flanco político. En sus primeros ensayos —en su conferencia de la Comedia, por ejemplo— están apuntadas ideas que libros más tarde tienen brioso desarrollo. Los capítulos de *El Espectador*, referidos con frecuencia a cuestiones de actualidad, no abandonan en ningún instante el contorno nacional y forman algo así como una sinfonía de temas españoles proyectados hacia las inquietudes de Europa. Se puede discrepar del punto de vista orteguiano en materia política y aun lamentar ocasionalmente que su mirada sea a veces tan extensa que abandone lo inmediato para fijarse en el horizonte histórico; pero será juzgar esta obra de mala fe si no se la reconoce dotada del fulgor del genio ibérico, orientada hacia el enriquecimiento de las cualidades más altas de nuestra raza, construida en el puro sacrificio intelectual, tan puro que en medio del desierto de la incomprensión española el escritor es un héroe. Quiéranlo o no los profesionales de la política, el nuevo régimen ha sido hecho por los intelectuales, por los que durante muchos años trabajaron solos contra la otra España.

Aún falta por consignar una frase bien explícita de don José Ortega y Gasset: «En la medida en que yo puedo ser anti-algo, yo he sido anti-intelectualista». Quiere apartar de la presencia de las juventudes el mito de la especialización y crear un hombre bien preparado científicamente; pero que no sea un idólatra de la ciencia. Porque para que el hombre se sienta señor del mundo y de sí mismo no hay que limitar su horizonte ni hacerlo esclavo de una preocupación particularista. El hombre vital atiende a todos los llamamientos que hace la vida a su alrededor: «Hacia ese señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas. Sólo en él tengo fe; sólo él realzará la calidad del español y le curará de ese sonambulismo dentro del cual va caminando siglos hace».

[*Luz*, 22-XI-1932]

SOBRE TODO, ARTISTA
[CON MOTIVO DE LA MUERTE DE VALLE-INCLÁN]

Me resisto siempre a escribir artículos necrológicos, entre otras razones porque mueren pocos grandes hombres que estén cerca de mi espíritu. Este que acaba de írsenos sin remedio, don Ramón del Valle-Inclán, lo estaba ciertamente, porque su altiva y solitaria figura era como una hermosa letra capitular para una página de la nueva generación. El que más y el que menos ha encontrado en sus libros ese carisma del arte que convierte la inteligencia humana en un atributo egregio y permanente. Valle-Inclán era el artista por antonomasia.

Artista y no esteta a pesar de la preocupación de estilo que ha predominado en su arte. Lo hace universal, no la poética evocación de la Galicia antigua, donde los últimos señores de los pazos intentan disimular su ruina con aventuras de caza, de amor y de guerra, sino la sátira española de los «esperpentos», arrancada del cuadro abigarrado de nuestras costumbres. La obra de Valle-Inclán se desarrolla en dos ciclos nítidamente diferenciados: el de las novelas y las comedias arcaizantes, pasionales y tempestuosas, nacidas bajo el signo literario del «modernismo», y el de las sátiras ibéricas, adonde acuden como los afluyentes de un gran río todos los elementos de nuestro clasicismo que un escritor diariamente renovado transmuta en literatura moderna. De una prosa lírica, entonada y musical, había pasado a otra no por crepitante y encabritada menos armoniosa y eficaz. Como en Goya, el último ciclo de su producción es el de los aguafuertes.

¿Por qué irritaba tanto Valle-Inclán en el ambiente madrileño de hace quince o veinte años, a pesar de que gustaba entonces de llamarse tradicionalista? La vida era demasiado chica, limitada y mediocre. La generación del 98, la generación «vabum», como la ha llamado Corpus Barga, combatía el espíritu de la Regencia con ademán desesperado, pero también excesivo. Esa generación que entintó de pesimismo la vida pública española combinaba los últimos posos del romanticismo con los ácidos de la crítica y del análisis. En aquel medio pacato, el gesto desmesurado y la protesta en-

tre acerba y petulante de los escritores aterrorizaban al filisteo y al burgués. Todo lo que no era doméstico y pastueño era anarquista. Era la época de los «anarquistas», como es ahora la de la «revolución», y en ella se confundía a los ácratas y a los bohemios, a los republicanos y a los «modernistas». Los conservadores españoles siempre han usado de un maniqueísmo catastrófico para intimidar al país sencillo y crédulo. Han pasado algunos lustros, y los terribles republicanos de ayer se han hecho palaciegos de la reacción, los insurgentes «noventa y ocho» académicos de la Española y los fieros demagogos como Maeztu personas patriotas y de orden.

Sólo Valle-Inclán, que, como Quevedo, vivirá en el vulgo más que por su literatura por su leyenda literaria, seguía siendo el artista independiente, personal y magnífico que había hecho de la profesión de escritor una aristocracia desdeñosa para todas las jerarquías sociales. Su barba de alquimista, de hechicero del idioma, era un adorno de Madrid en las noches de los cafés y de las calles iluminadas; su conversación, un centelleo de luces donde se mezclaba la lectura extraña con el disparate poético y la improvisación pintoresca.

He tenido la suerte de vivir con Valle-Inclán en la cárcel durante la dictadura. Con arrebato juvenil se había puesto a la cabeza de una manifestación de estudiantes, y el general Primo de Rivera había ordenado su detención. Por cierto que cuando la policía llegó a su casa, don Ramón, que se pasó en la cama la mitad de la vida —escribió en la cama muchas de sus obras—, estaba todavía acostado. Se negó a acompañar a los agentes, y no accedió ni siquiera a levantarse. Tuvieron que venir los inspectores, el comisario, y como insistía en que sólo se trasladaría a la cárcel por la violencia, hubo que consultar el caso con el ministro de la Gobernación. Martínez Anido ordenó que se le llevase a la fuerza, y si se obstinaba en no levantarse, que se le trasladara en un camión, con cama y todo, a la Moncloa. Cuando oyó esta orden Valle-Inclán se dispuso a levantarse, diciendo:

—*Eza* ya *ez* una orden que tiene carácter. Iré con *ustedez*.

En la cárcel, durante aquellas largas horas de la galería de políticos, tuvimos ocasión de oírle sus fantásticos relatos de México, cuando él era «coronel-general del ejército de Tierras Calientes». Quería que al recobrar la libertad nos trasladásemos a Pau para conspirar contra la monarquía. Aseguraba haber dirigido en América varias revoluciones, y quería convencer a Albornoz y a Marcelino Domingo de que él era un

técnico en hacer saltar trenes y sorprender columnas. Pero la confesión más estupenda nos la hizo una mañana paseando por el patio:

—Tenía razón *Zilvela*. *Ezte ez* el *paíz* de *laz viceverzas*. Han dado en decir que yo *zoy* un *ezcritor*, y lo que *zoy* en realidad *ez* un *economizta*. Mi plan *ez ezte*…

¡Espléndida encarnación del genio literario! Amaba sobre todo la gran libertad humana, el derecho del hombre a disponer de su ser y de su destino. A veces era implacable e injusto en la diatriba; por una frase directa y mordaz sacrificaba a su mejor amigo. Pero su altivez era prenda segura de un alma incorruptible. Darío le había visto «arrancarse del pecho la saeta que le lanzan los siete pecados capitales». Últimamente había comprendido que el papel del escritor ante las luchas de nuestro tiempo no puede ser el de un contemplativo que persigue el vuelo de una metáfora, y no ocultaba su simpatía por el gran arte populista y creador que contribuirá al triunfo del espíritu.

Que descanse Valle-Inclán bajo el cielo convexo y gris de su tierra, en el campo callado por donde cruzan los pájaros ateridos. Su voz no se apagará jamás, archivada en el seno de la belleza permanente, alta, misteriosa y real como una fuerza cósmica.

[*Política*, 7-I-1936]

ESCRITOS POLÍTICOS

ANNUAL, ARCHIVADO

El Tribunal Supremo ha mandado archivar el sumario de Annual, «porque si algunas responsabilidades se derivasen de él serían políticas». Y, claro está, las responsabilidades políticas pasan a los archivos, sin que pueda dibujarse la figura de delito y mucho menos la fisonomía real de los responsables.

La justicia histórica difícilmente sirve para sentenciar los delitos «contra la multitud». Sanciona, en cambio, los llamados delitos colectivos, eligiendo responsables a los directores circunstanciales de la rebelión, la cual no ha sido casi nunca iniciada por ellos, sino creada en la atmósfera de la opresión y la injusticia. Si el pueblo fuera a confiarse a los funcionarios encargados de la administración de justicia, siempre sería reo; estaría indefenso y a la merced de los políticos, que, por error o por cálculo, lo llevan a la ruina.

Las responsabilidades políticas por las catástrofes de Marruecos quisieron liquidarse a través del cambio de régimen. No hay duda de que el pueblo que votó la República había adquirido una parte de la repugnancia que le inspiraba la monarquía en los desastres coloniales. Los hombres de Annual eran, en primer término, don Alfonso de Borbón, después Berenguer y luego toda una larga teoría de políticos del viejo régimen, algunos de los cuales todavía alientan e influyen en la política republicana. El imperialismo de bajo vuelo, la improvisación técnica, los latiguillos patrioteros, la política del «masacre» y la revancha fueron los factores principales de nuestro fracaso en la zona del Protectorado, donde no se ha omitido ninguna vergüenza, desde el desfalco del millón de Larache a los diez mil muertos de la Comandancia de Melilla. Pero ese sistema respondía a una concepción política, a una manera de entender la obra del Estado español en relación con sus empresas de orden colonial, y esa concepción política la mantenía, no sólo el que entonces era rey, sino sus ministros, sus partidos y sus caciques, traspasados en gran parte a la República bajo la máscara de una conversión política. Pues qué, ¿la mayor parte de esos agrarios, que ahora ejercen el papel de reserva de la República, no figuraban en los partidos

conservadores y liberales de la monarquía, apoyando aquella política y solidarizándose con ella? ¿No fue el señor Martínez de Velasco, «ese burgalés de pro», subsecretario de la dictadura de Berenguer? Puestos a señalar por sus nombres a los «africanistas» de entonces, los encontraríamos nutriendo las filas de la mayoría parlamentaria, con las mismas ideas, con igual sensibilidad —igual insensibilidad, quiero decir—, con los mismos tópicos que pusieron a servicio del régimen caído. Cánovas decía que la Restauración venía a continuar la historia de España. Los conversos de la política actual vienen a continuar en la República la historia de la monarquía.

Nadie cree, como no sea Maeztu, que fue la visión genial de Primo de Rivera lo que puso fin a la guerra de Marruecos. Desde luego, Primo de Rivera era más humano y tenía bastante mejor sentido que algunos políticos que hemos heredado de la monarquía; pero en Alhucemas ganó una batalla pírrica. Si Francia no se decide a darle al problema la solución que, en definitiva, prevaleció, Primo de Rivera habría continuado con sus catastróficas iniciativas, como aquella famosa retirada dirigida por él mismo, donde en una cosa imitó a Napoleón cuando volvió de Rusia: en que regresó casi sin soldados. Todo el mundo sabe que, semanas antes de llegar a un acuerdo con Francia, el plan a desarrollar por la Dictadura en Marruecos era totalmente distinto. Por lo tanto, ni siquiera en sus éxitos la política monárquica puede vanagloriarse de haber acertado.

Es verdad que las Cortes Constituyentes confiaron las responsabilidades de Annual a la justicia regular, cuando debieron exigirlas por sí mismas. Pero si el «responsabilismo» fracasó en aquellas Cortes por el boicot reiterado de algunos grupos, era natural que también en este caso se exigiese la intervención de los Tribunales ordinarios. Lo que no podía creer nadie entonces es que alguno de los principales encartados de Annual, procesado y preso por la sangrienta represión de Jaca, llegase en menos de dos años a pasar absuelto y libre, como si no hubiera sido protagonista de las peores jornadas monárquicas.

Aquel expediente Picasso, que crecía amenazadoramente en otro tiempo, con gran terror de los servidores de las instituciones; aquel expediente, que provocaba crisis y sugirió golpes de Estado, ha pasado a los archivos judiciales para regocijo de hemípteros y roedores. Pronto se convertirá en polvo, como los huesos de los soldados

muertos en el desastre. Alguna vez, sin embargo, llegará la justicia; pero llegará tarde, porque será la justicia de la Historia, que a los verdugos del pueblo no les importa absolutamente nada. Pero lo peor no es la impunidad de los responsables, ni la indiferencia de la justicia ante sucesos semejantes, sino la restauración del espíritu en que se engendró la catástrofe. Ya no hay guerra de Marruecos; pero hay militarismo, desorganización, patriotería, malestar social, política de mezquindad y de compadrazgo. Como si no hubieran pasado catorce años ni hubiese venido la República.

[*Política*, 25-VII-1935]

SI NO HUBIERA MAÑANA
LOS CONTRARREVOLUCIONARIOS

Con motivo de un libro que acabo de publicar sobre la revolución de Asturias, me acomete la jauría derechista, ladrando sus inepcias con la insistencia y el descaro que caracteriza a los reaccionarios españoles. Al coro se han agregado dos o tres alcaldes gubernativos que actualizan el famoso cuento de los alcaldes del *Quijote*. Se valen todos de las circunstancias por las cuales un escritor no puede contestar como quisiera a quienes pretenden injuriarle.

Estas gentes tienen la pretensión de que sólo sus juicios y sus versiones han de prevalecer, como si la historia que ellos escriben fuese la historia que ha de juzgar los acontecimientos políticos y sociales de la España actual.

Ellos creen que no sólo ha de triunfar su política, sino su interpretación de los hechos impuesta a los demás españoles a través de un estado de excepción. Propósito absurdo y disparatado, porque cada suceso tiene que someterse al reactivo de muchos juicios para que pueda ostentar el cuño de la verdad. Tendrán que oír los cavernícolas de Asturias y de toda España lo que opinamos nosotros de la revolución y de la contrarrevolución. Y no les quedará más remedio que aceptar la verdad, comprobada y contrastada por los criterios más diferentes al suyo. Tener el mando no quiere decir que se tenga la razón. Pero quiere decir mucho menos que se acepte el concepto que sobre los hechos tengan los gestores gubernativos o los miembros de la Adoración Nocturna.

Aprovecharse de una conmoción social para especular con ella es una conducta indigna. Todos saben que las autoridades, el propio gobernador, han tenido que oponerse a los excesos que pretendían cometer a cuenta de las indemnizaciones para la reconstrucción de edificios personas que gritan histéricamente cuando se habla de los sucesos de Asturias. Del mismo modo el Gobierno hubo de rechazar las excitaciones a la pena de muerte que le hacían por un afán vergonzoso de represalia y de venganza. Si se fuera a proceder como insinúan los buitres de la contrarrevolución, los pajarracos que bajan a picotear vorazmente en las ruinas y los cadáveres, los horrores no acabarían nunca.

Y sin embargo, estas gentes son las mismas que en vez de acudir, con arreglo a su ideología, a ponerse al lado de la fuerza pública en los momentos de la revolución, se escondían y disfrazaban medrosamente. Que se les diga esta sencilla verdad es lo que les irrita. Y esta verdad no hay quien la destruya, por más que escandalicen las llamadas «gentes de orden» de la capital de Asturias.

Uno de los alcaldes «cervantinos» que se ha ocupado de mí ha pedido nada menos que se me expulse de la ciudadanía asturiana. Así como hay hijos adoptivos de una región, quiere que yo sea oficialmente una especie de hijo espurio, repudiado por ella. Pero este alcalde se olvida de que su Asturias no es la mía. Que yo no me siento conterráneo de unos hombres que nada tienen que ver conmigo espiritualmente, con los cuales no tengo ninguna afinidad sentimental, a los que desprecio desde lo más profundo de mi conciencia. ¿O es que el concepto de patria chica o patria grande va a estar por encima de las ideas y los sentimientos individuales? Yo puedo tener afinidades espirituales, intelectuales y hasta psicológicas con un francés o un americano, hasta con un kirguís remoto, si coincide con mi manera de entender el mundo, con mi noción de la verdad y de la justicia; pero no puedo tenerlas con un cavernícola de Pola de Siero o de Oviedo, por muy concejal que sea. Nos separan tantas cosas que no basta un trozo de tierra o de cielo para que sintamos alguna analogía. Si Asturias fuera la que representan los derechistas asturianos, yo no sería asturiano, ya que el amor a la tierra no depende de los demás, sino de uno mismo. Pero Asturias, como España, es otra cosa, y la patria y la nación que nosotros queremos forjar arrancándola de su tradición fanática, de su miseria y su servidumbre, es completamente distinta a la España contrarrevolucionaria, tradicionalista, militarista de las derechas españolas.

Esto me lleva de la mano a señalar la incomprensión de las fuerzas reaccionarias ante el desarrollo de las ideas en el mundo y aun en nuestro propio país. Pensar que se puede seguir tirando con la política de imposición y de privilegio, mientras las clases bajas arrastran cada día una situación más desdichada, es una posición cerril. A la larga, tanto aquí como fuera de aquí, por un medio o por otro, triunfarán las soluciones de izquierda, porque ni siquiera el fascismo puede aguantar la presión de las masas hambrientas ni de la economía desnivelada por la falta de equilibrio de la producción y el consumo. En un magazine americano acabo de leer estos datos: «En

1934, 2.400.000 individuos han muerto de inanición; 1.200.000 han perecido por enfermedades derivadas de una mala alimentación. Por otra parte, la crisis económica y la baja de los precios han provocado la destrucción de un millón de vagones de mijo, 267.000 vagones de café, 258 millones de kilos de azúcar y 25 millones de kilos de cereal».

Ni estos datos ni estos argumentos se los brindo, claro es, a los gestores de Oviedo, que bastante tienen con los problemas del mercado del Fontán. Los consigno para que mis lectores comprendan la absurda pretensión de los elementos conservadores, empeñados en que un estado de cosas tal se prolongue y tenga el respeto de las masas. Contradicciones tan flagrantes son las que demuestran que está fracasada la política al uso, y que si se quieren resolver en serio los problemas que apremian a la sociedad contemporánea, hay que hacerlo a costa de un corte de cuentas con el viejo régimen económico y con la sociedad que lo sostiene. Las contrarrevoluciones solamente tienen eficacia en momentos muy concretos. Querer prolongarlas indefinidamente y hacer de ellas un programa político no se le ocurre más que a los que desconocen la historia o aquellos que actúan cegados por la pasión. Ni Carlos V cuando la sublevación de los comuneros llevó adelante una política contrarrevolucionaria. Desoyendo a sus consejeros tudescos y españoles, después de las ejecuciones principales, anunció la liquidación de aquel episodio, y no fue demasiado lejos en el despojo y la persecución. La dictadura de Primo de Rivera se mantuvo algunos años, no sólo porque el rey lo quiso, sino porque no extremó la persecución ni enconó la lucha de clases.

Los que en Asturias no supieron oponerse a la revolución socialista querrían ahora que la contrarrevolución no dejase piedra sobre piedra. Creen ellos que eso les garantiza el mando político. Pero no comprenden que la vida no se estanca y que la marcha de las cosas cambia su perfil de la noche a la mañana. Ah, si no hubiera mañana. Entonces los contrarrevolucionarios serían felices.

[*El Liberal*, 10-VIII-1935]

LOS EMBOSCADOS

Conviene de vez en cuando tender el reflector hacia las zonas más oscuras de nuestra vida política e iluminar los rinconces donde se refugian los emboscados. Me refiero a esas gentes que, habiéndose significado notoriamente durante el «bienio», hasta el punto de desempeñar puestos y gozar de influencia en aquella situación, ahora permanecen callados, desentendiéndose de la lucha en el momento más crítico, disfrutando de la situación adquirida y adaptándose dócilmente a la política de este otro «bienio», del «bienio» estúpido.

Yo he tenido el honor, hace algunos meses, de hablar del «paraíso de los tránsfugas», del cínico desplazamiento de ciertos extremistas a la órbita de la derecha, de la defección descarada que se premia con un cargo retribuido o con una protección fructífera de esas que el señor Chapaprieta dejará intactas a pesar de sus terribles anatemas («Caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese…, y no hubo nada»). Las oscilaciones de la República han permitido la filiación de las especies más extrañas del «arribismo», y si por el lado de la derecha aparecen partidos enteros tránsfugas de la monarquía, por el de la izquierda, tras el equívoco de la conservación de no sé qué clase de República, alientan la deslealtad y la falacia, el provecho personal y la servidumbre recompensada.

Los emboscados pertenecen también al mundo abisal de los tránsfugas, a ese universo submarino donde se banquetea con los restos del naufragio, pero la verdad es que son peces de menor cuantía, apenas advertidos por los grandes tiburones de la política. Viven en las aguas oscuras de la mediocridad, y procuran pasar inadvertidos, devorando ávidamente y sin riesgo la presa que cae cerca. «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar… en política.» Mientras los amigos de ayer aparecen en la línea de vanguardia y dan la cara desafiando la reacción desencadenada, ellos viven la holgada existencia, adquirida al amparo de las izquierdas, y recomiendan calma, prudencia, sentido práctico, oportunismo. El periodista que se lo debe todo al «bienio» no opina para no comprometerse y aun deja que se deslice el periódico hacia la de-

recha para adular a los que mandan. El empleado que obtuvo el puesto cotizando antes que nada su condición de izquierdista firma ahora las adhesiones que haya que firmar y coloca *El Debate*, bien visible, sobre la mesa de la oficina. El médico, el abogado, el industrial que se acercaban a los diputados y a los gobernadores con el estribillo de que «yo siempre fui liberal» encuentran ahora indiscreta semejante confesión y procuran no significarse, «porque no se sabe lo que va a durar esto».

Semejantes conductas me confirman en la idea que siempre he tenido acerca del simbolismo del *Quijote* en relación con la vida española. Cervantes quiso ejemplarizar a sus compatriotas con una figura que es su antítesis: la del soñador, desvinculado de la realidad, que emprende las empresas más atrevidas y utópicas. Hay españoles que tienen menos idealismo que Sancho, el cual, al fin y al cabo, seguía el sueño de su amo, y si bien es verdad que no olvidaba la ínsula y los pollinos, también es cierto que arriesgaba la tranquilidad de su existencia y, en cierto modo, comprendía la grandeza del gesto de Don Quijote. De la estirpe del cura y del barbero son, pues, los desertores del izquierdismo, los que dejan la lucha cuando ésta adquiere caracteres extremados de dureza, y aun aquellos que, militando vergonzosamente en la izquierda, guardan el secreto como si se tratase de un vicio nefando.

Es indudable que si el día de mañana han de intentar las izquierdas una política eficaz, tienen que dar el corte al pasado, no tanto por lo que se refiere a las soluciones de gobierno como en lo que afecta al sistema escogido para desenvolverlas. Ahora bien, uno de los problemas más serios es el de la selección de hombres capaces y fieles, sinceramente identificados con una política auténticamente nacional, cada día más acuciosa y urgente. Los momentos actuales son los mejores para contrastar la lealtad y la energía. En fecha muy próxima habrá que hacer el balance de todas las conductas. Ciegos serán los partidos y los jefes que caigan en la debilidad de encomendarse de nuevo a los emboscados, a los arribistas, a los incapaces, pues todos surgirán enseguida alrededor del Poder, convencidos de que aquí todo se olvida y de que no hay nunca sanción para los tránsfugas.

El oportunismo en política tiene que ser genial para que sea fecundo. Por eso, sólo las grandes figuras de la historia han logrado sacar consecuencias provechosas de circunstancias particulares. Quiere decirse que no se le puede permitir a cualquier quídam, en nombre del mal menor y del sentido práctico, que pacte con el adversa-

rio o se avenga a colaborar con él para disfrazar su propia cobardía. Esa táctica es la que hace perdurar situaciones como las del fascismo. De concesión en concesión terminan los oportunistas por autorizar la tiranía.

Lo mismo que en vísperas de la República se podía identificar a los discrepantes del régimen por su actitud durante la Dictadura, ahora con más razón sabremos quiénes estaban con la renovación de España en el paréntesis sombrío del clericalismo desencadenado. ¿Qué hacía usted durante el «bienio estúpido»? ¿Cuál fue su comportamiento en la hora de la contrarrevolución? Estas dos preguntas concretan toda una moral política. Hay que arrojárselas a la cara a los emboscados y a los tránsfugas.

[*Política*, 12-IX-1935]

UNA POLÍTICA DE FRENTES POPULARES

Descontado el triunfo definitivo del Frente Popular en Francia, no estarán de más algunas reflexiones acerca del éxito de estas alianzas que los movimientos reaccionarios en todo el mundo han hecho necesarias. Sería un error que alguno de los partidos implicados en la coalición de las izquierdas se atribuyese el éxito para sí. Es el triunfo de una realidad frente a otra, de un esfuerzo común polarizado en un objetivo idéntico: la necesidad de vencer a los adversarios de la civilización política, confabulados contra la democracia. Jamás se habló tanto como ahora de marxismo y de antimarxismo, y, sin embargo, nunca estuvo la política tan desplazada de ese plano de lucha. Los hechos han venido a darnos la razón a los que sostenemos desde hace mucho tiempo que la división tajante de burguesía y proletariado no puede establecerse en el terreno político sin falsear la situación de los distintos grupos sociales. Asistimos al entrecruzamiento de intereses individuales y colectivos, de formas complejas de la lucha social que al mezclarse engendran problemas nuevos al margen de toda política dogmática.

Si como resultado de las elecciones francesas se constituyese en Francia un gobierno de Frente Popular, ¿habría alguien capaz de asegurar que ese gobierno, en un país de estructura burguesa, representaba exclusivamente a la burguesía? Aunque no formasen en él socialistas y comunistas, al apoyarle éstos con sus votos tenía que perder su significación exclusivamente capitalista, incluso porque el programa a realizar recogería parte de las consignas obreras. Del mismo modo, la política del señor Azaña no es una política de clase, ni de clase burguesa ni de clase proletaria, pues ya dijo él recientemente en las Cortes que la República se encontraba con el acceso a la política de fuerzas sociales nuevas. La explicación hay que encontrarla en esta realidad indeclinable, que muchas personas inteligentes se resisten a reconocer, de unas masas que, orientadas hacia una honda transformación de las relaciones humanas, coinciden en una política eficiente para detener el fascismo y elevar su propio nivel de vida en el orden material y espiritual. El hecho de que el único país socialista del

mundo participe de este criterio y dirija en este sentido su acción internacional no puede interpretarse de otra manera que como producto de un convencimiento histórico.

La derrota de la democracia en todas partes ha nacido de haber acentuado sus divergencias prematuramente las fuerzas de izquierda, unas veces por disculpas de táctica, y otras por haber cultivado desmedidamente la utopía. En Alemania, la derrota de la socialdemocracia nació, primero, por haberse desvinculado de los partidos democráticos, y, después, por las luchas sostenidas con el comunismo. En Austria y en Portugal, los partidos se deshicieron en pugnas internas. En Italia, el socialismo radicalizó a las masas, y el sindicalismo, impaciente, pretendió apoderarse de la noche a la mañana de la industria. Es atributo de la condición humana desear lo ignoto y enardecer la voluntad con la ilusión. Pero en la triste experiencia de la regresión política que conoce Europa se advierte que lo que más ha perjudicado a las ideas de progreso y de cambio ha sido la demagogia desatada, el extremismo violento diagnosticado como una enfermedad de los partidos marxistas.

Hay que reconocer, sin embargo, que la democracia, salida del abundoso y fláccido liberalismo decimonónico, se mostró incapaz de construir un Estado fuerte, desencantó a las masas que siguieron en el hambre y la miseria, y colaboró en la guerra. ¡Ah, contra esa democracia vamos nosotros! La nueva democracia que interpretan los frentes populares tiene que ofrecer paz y pan, venciendo a las oligarquías supervivientes y organizando el Estado populista, que hasta ahora no hemos conocido. Una política de Frente Popular en España tiene que dar tierra a los campesinos, combatir el paro obrero con obras reproductivas, acabar con el despotismo financiero, gravar la renta y elevar el nivel de vida de los trabajadores. En España, como en todas partes. Al fascismo no se le combate solamente con medidas policiacas, aunque hay que hacer constar que si la democracia no se hace fuerte y temida, será devorada por sus adversarios en poquísimo tiempo. Es un error el de muchos elementos de ideología extrema creer que bajo el poder del Frente Popular debe organizarse la revolución. Lo que se organiza es el fascismo, pues bajo la desconfianza y el desorden no hay quien gobierne, y el alma del fascismo es la desilusión social.

Los Frentes Populares tienen, pues, su política propia y hasta podríamos decir que su doctrina, basada en la historia de los movimientos sociales modernos y en las apor-

taciones teóricas de la democracia orgánica. Lo primero que necesitan los partidos que intervienen en esas alianzas es poner en orden sus ideas acerca de la misión histórica de los Frentes Populares y transmitírselas a las masas, frecuentemente desviadas de los objetivos concretos por la irresponsabilidad de muchos de los llamados dirigentes, que, por cierto, casi siempre se dejan dirigir. Ante el fracaso del fascismo, que no resuelve en ninguno de los países donde se ha establecido ningún problema económico ni de orden moral; ante las rectificaciones de la gran Revolución rusa, fecunda como ninguna; ante la subversión de las fuerzas tradicionales, que ven enloquecidas cómo el pueblo toma las riendas de sus destinos, hay una política que hacer que dará el pan y evitará la guerra: la de la nueva democracia de masas de los Frentes Populares.

Que tendrán que gobernar mucho tiempo en todas partes, si Europa, y con ella el mundo, quiere hacerse estable y habitable.

[*Diario de Aragón*, 7-v-1936]

LA GUERRA A LA INTELIGENCIA
EN LA MUERTE DE LEOPOLDO ALAS

Antes de haberse consumado el asesinato de Leopoldo Alas hube de escribir un artículo comentando la infamia de la acusación. Pero estaba convencido de que el crimen se llevaría a cabo, porque el fascismo en general tiende al exterminio de la inteligencia, y el hijo de Clarín era el tipo del intelectual puro, recoleto y laborioso, al que no perdona la vesania reaccionaria.

La muerte de Alas, como la de García Lorca, cubriría de oprobio a los facciosos si éstos no estuviesen ya condenados por la conciencia universal a cuenta de las ejecuciones de obreros y republicanos y de las matanzas de niños y mujeres por los obuses y las bombas incendiarias. Se asesina al rector de la Universidad de Oviedo por tratarse de un intelectual libre, trabajador infatigable de la cultura, que puso su esfuerzo al servicio del progreso humano. No ha pesado en la condena su personalidad política, apenas esbozada en cargos representativos. Ha sido su condición de profesor, de evangelista del pensamiento liberal, lo que ha influido en la bárbara condena. La acción esterilizadora del fascismo se manifiesta, sobre todo, en la persecución de cuantos valores de orden superior alumbra la democracia. El brutal concepto que tienen del mundo los fascistas les lleva a procurar la eliminación de aquellas personalidades cuya obra supone un fuerte estímulo espiritual de las masas. Creen que es posible destruir las ideas destruyendo a los hombres que las encarnan y se consagran a ellas con austeridad y consecuencia ejemplares.

Conocía a Alas desde mi primera juventud, y fue un maestro y un camarada mío en las luchas que sostuvimos contra la Asturias de la monarquía y de la dictadura. Juntos trabajamos en los ateneos, las bibliotecas y los centros culturales de aquel gran pueblo que ha sido en todas las épocas vanguardia de la renovación española. Alas no se conformaba con su trabajo ininterrumpido de la cátedra, sino que recorría constantemente los pueblos de la región para extender y difundir la cultura en conferencias y lecciones inolvidables. Gracias a él y a unos pocos profesores más, la cultura de-

jaba de ser monopolio de las clases altas para verterse también sobre las masas populares, deseosas de saber, de aprender, de identificarse con la inteligencia y el espíritu. Alas no hacía «política» en el sentido partidista de la palabra, aunque dedicaba, es verdad, la mayor parte de sus horas a instruir al pueblo y crear en él una conciencia. Por eso le han dado muerte los verdugos de la patria, que no veían en él al republicano ilustre, figura destacada del movimiento poético que derribó a la monarquía, sino al generoso intelectual que ha contribuido al renacimiento de España.

Había heredado de su padre el ingenio, la sensibilidad y la precisión. En la técnica del derecho civil su nombre se cita al lado de los maestros universales. Hablaba con brillantez y escribía con pulcritud. Su cátedra de Oviedo ha sido una de las más fecundas de estos últimos lustros, hasta el extremo de que el profesorado de la derecha y el de la izquierda le hizo rector y no hubo Gobierno que se atreviese a discutir su autoridad universitaria. En Asturias era la figura intelectual más relevante y los mismos reaccionarios hablaban de él con respeto y circunspección. Había de ser un Tribunal castrense, azuzado por fascistas extranjeros, el que, uniendo la estupidez a la vesania, colocase a este hombre ejemplar frente al ciego piquete de ejecución.

¡Pobre Leopoldo Alas! Aún le recuerdo en su modesto piso de Oviedo, feliz entre sus libros, acariciando los cabellos blandos de sus dos hijas. Era la suya una existencia ejemplar dedicada al hogar y al estudio. Se oían desde aquel despacho las campanadas de la catedral y se divisaba la torre, señora de los grises tejados, la misma que ahora, en profano servicio, enseña los dientes de las ametralladoras. Allí fui yo muchas veces para obligarle a que diese su nombre prestigioso en aras del resurgimiento político de nuestra tierra. Fue, conmigo, diputado de las Constituyentes contra su voluntad. Más tarde desempeñó la subsecretaría de Justicia, sacrificando su vocación inalienable de profesor y de ensayista. Pero los que le obligábamos a participar en la lucha, torciendo sus aficiones de intelectual solitario, sabemos que no ha muerto por ser hombre de partido, ni por hacer honor a una significación ideológica. Ha muerto por lo otro, precisamente: por ser hombre de pensamiento y sostener hasta el fin su línea inquebrantable de profesor libre. Porque amaba la verdad y combatía por ella.

El ignominioso proceso que le han instruido los fascistas pasará a la historia como uno de los más viles y monstruosos que conoce la injusticia humana. Los verdugos han tenido que declarar que Alas había «procedido siempre en la cátedra con ex-

tremada corrección». Le han condenado, como en la Edad Media, por difundir ideas de libertad. Y no le han quemado en la plaza pública porque en la ciudad sitiada por los valientes milicianos no hay espacio ya para semejantes espectáculos.

Ante este crimen bochornoso, que escandalizará a las generaciones futuras y bastaría por sí solo para que la Europa culta, si le quedase sensibilidad, se alzara horrorizada, hay que dirigirse a las masas españolas, a los obreros, a los combatientes, a los hombres libres y mostrarles el ejemplo de este intelectual que muere por el pueblo, por las ideas que germinan en esta hora trágica en el suelo humeante y ensangrentado de nuestro país. Hay que decirles que los intelectuales liberales caen por haber hecho suya la empresa de las multitudes. Hay en esta hora de España desertores y traidores. Pero también hay héroes de la pequeña burguesía, de la clase media, de las profesiones liberales que no han querido servir a los nuevos bárbaros y perecen con dignidad al lado de los héroes populares.

En este angustioso instante pongo sobre mi corazón el recuerdo de este pobre amigo que ha muerto por el terrible delito de ser útil a la humanidad. Él me hará amar mucho más a mi tierra, donde sufren los míos, donde las cárceles albergan seres de mi misma sangre. Esa tierra querida que abre sus entrañas ardientes para recibir los cuerpos destrozados de los que mueren por todos nosotros.

[*El Diluvio*, 14-IV-1937]

PALABRAS DE HOMENAJE
MADRID

Es la primera vez en la historia moderna que la capital de un Estado soporta el terrible azote de la guerra total. La prueba no se había hecho nunca, porque después de Gengis Kan y de sus guerreros mongoles jamás se ensayó el sistema de vencer por el aniquilamiento absoluto del enemigo. Esta vez se ha considerado enemigos incluso a las mujeres y a los niños cuando para ellos la fuerza es algo así como una maldición cósmica. Hubo grandes ciudades asediadas o sometidas. Napoleón llegó a Moscú, deshabitado y llameante, y sus coraceros no tuvieron allí otra cosa que hacer que calentarse al calor de los incendios y tender sus mochilas sobre los escombros. París sintió golpear a sus puertas los ejércitos alemanes, pero ni los aviones ni los Bertha lograron hacer presa de la ciudad. El mismo Madrid tuvo dentro a los franceses en 1808 y en sus calles se libraron batallas entre patriotas e invasores. Pero nunca como ahora, durante doce meses seguidos, ejércitos poderosos asediaron como canes hambrientos una gran urbe llena de vida, inmensa y brillante como un tesoro, que ha visto cubrirse su cielo de aviones de bombardeo y sangrar sus costados por las heridas de los obuses.

Para hablar de Madrid debiera prohibirse el uso de los tópicos. Las plumas que se mojan en la negra tinta del lugar común no tienen derecho a evocar la grande y sencilla historia de esa resistencia gigantesca de la que hablarán mañana los poetas como de un sueño realizado. El mejor elogio lo he visto en el tosco dibujo de un niño que ha querido pintar las escuadrillas italoalemanas vomitando fuego sobre la ciudad, y debajo ha escrito: «Madrid sufrido y eroico».

Así, con esa deliciosa falta de ortografía que subraya la emoción del homenaje. Sólo las almas puras están preparadas para las palabras sublimes. Los que hemos conocido el Madrid radiante de la anteguerra, con su vitalidad espléndida, su fuerza creadora, su vibrante ansiedad, sabemos bien lo que representa ese año de sufrimientos y de esfuerzos donde los corazones más indiferentes se han apretado con angustia mi-

llones de veces en las mismas veinticuatro horas. Romain Rolland, que no lo ha visto, es de los pocos que fuera de España ha sabido comprenderlo gracias a la maravillosa intuición del genio. En su llamamiento —inútil llamamiento— a las democracias supo reflejar con palabras patéticas el dolor de un hombre de nuestro tiempo ante la destrucción lenta, perseverante y sistemática de una gran urbe cuajada de trabajo y de riqueza que recibe ininterrumpidamente una lluvia de fuego.

Pero el mundo ya tiene la experiencia. A la guerra total se opone el heroísmo total, la abnegación sobrehumana que va desde el soldado del frente a las filas trémulas de las colas, donde las mujeres de todas las edades son como eslabones de una apretada cadena de sacrificios. Las muchachas que salen al balcón cuando se oye el ruido de los trimotores, y esas otras que se refugian en los portales como en los días de lluvia cuando se percibe la explosión del obús, son seres del mismo temple que esos voluntarios que salieron el 7 de noviembre de 1936 a los barrios extremos para contener el avance de los extranjeros. Muchos no regresaron, es verdad. Salieron de sus hogares, de sus oficinas, de sus talleres, de sus centros políticos y quedaron al pie de los parapetos en la Universitaria o en el puente de Toledo. Sobre sus cadáveres edificaron la formidable defensa de Madrid los supervivientes, muchos de los cuales hicieron morder el polvo a los primeros tanques y murieron después como si su papel en la batalla fuera el de precursores. «Te reconozco en mi sangre, Antonio Coll, marinero», pueden decir como en el romance de Prados todos los luchadores de entonces que habían llegado de todas las tierras de España, de Cataluña, de Aragón, de Galicia, de Asturias, de Vasconia, junto a los héroes de las brigadas internacionales.

Porque la defensa de Madrid no es la gloria de un partido, ni de una capital, ni siquiera de unos regimientos que han resistido la acometida feroz de un ejército regular muy superior en medios y en técnica. Es la gloria de la República que congregó allí a los combatientes de todas partes, como Madrid había congregado antes a las gentes de toda la Península, convirtiéndose en almáciga generosa del esfuerzo español. Muchos de aquellos combatientes que salvaron la capital en los días críticos habían sido derrotados en Talavera y en Toledo por falta de armas y de organización. En las guerras lo decisivo es la técnica, y un ejército no puede ser nunca masa inorgánica y desenfrenada, por alta que sea su moral combativa, sino un conjunto trabado e inteligente que administre el ímpetu y los medios. Hubo entonces por primera

vez coordinación y método, porque era preciso invalidar el empeño decisivo del enemigo. Un general mediocre, como el que Franco había enviado contra Madrid, aunque estuviese asistido de los Estados Mayores extranjeros y de los elementos de combate que a manos llenas habían puesto a su disposición los invasores, no había de tomar Madrid como se toma una posición escasamente guarnecida. Si Ludendorf, el mílite siniestro, que ha soñado con ser el anticristo de nuestra época, lanzó un día la terrible consigna de la guerra total, en España se le contesta con un ejemplo histórico que ha de ser necesariamente estudiado por los teóricos de las guerras modernas. Una ciudad acechada durante muchos meses puede mantenerse inaccesible por duro que sea el castigo que el enemigo le imponga. No es preciso nombrar Numancia, que pertenece a un pasado sin afinidades actuales; basta con valorar debidamente la fuerza propia y la decisión ajena. Basta con poner en tensión una enérgica voluntad de vivir, porque la muerte a manos del enemigo victorioso es siempre más cruel y más segura que la muerte en plena lucha teniendo a la conciencia por centinela de nuestro común destino.

En un año de asedio Madrid ha recibido muchas heridas; ha soportado diarias catástrofes. Barrios enteros enseñan los esqueletos de sus edificios, las brechas sangrantes de sus esquinas. El Manzanares ya no es un aprendiz de río como lo llamó Quevedo; no es un insignificante accidente físico, sino un manantial de magnífico esfuerzo humano donde se mezclan el arrojo del soldado y el heroísmo del hombre de la calle. Han caído sobre Madrid bombas, obuses e injurias. Injurias como la de ese decrépito y despechado duque de Alba, que dijo que había que deshacerlo como una plaza fuerte. Pero Madrid vive, trabaja y combate y el que por allí tiene el honor de transitar ve un pueblo extraordinario. «Ciudad sin prostitutas, sin amos y sin curas», como diría Louis Aragon. Muchas almas sabrán comprenderlo.

[*El Diluvio*, 9-XI-1937]

Se acabó de imprimir

en Madrid

el 18 de septiembre de 2006

José Díaz Fernández (Aldea del Obispo, Salamanca, 1898 – Toulouse, 1941) es una de las figuras más destacadas del grupo de intelectuales jóvenes e inquietos que se dan a conocer en los años veinte del siglo pasado. Periodista de muchos quilates y espabilado cronista de los dramáticos tiempos que le tocó vivir, sus obras recogen lo más fecundo del impulso innovador de la vanguardia literaria y al mismo tiempo propugnan un «nuevo romanticismo» arraigado en un rotundo compromiso ideológico ante la realidad sociopolítica de la época. Con el propósito de hacer resaltar la importancia de sus aportaciones a la literatura de aquellas décadas, la Fundación Santander Central Hispano recoge en su Colección Obra Fundamental el núcleo esencial de sus escritos en prosa.

Nigel Dennis (Londres, 1949) es catedrático de Literatura Española Contemporánea en la Universidad de St. Andrews, Reino Unido, y autor de numerosos trabajos sobre los escritores más destacados del primer tercio del siglo XX. Se interesa especialmente por los prosistas de la época y ha publicado varios libros sobre la obra de José Bergamín, así como ediciones de textos de escritores como Ramón Gómez de la Serna, Ernesto Giménez Caballero, Ramón Gaya y César Arconada.

9 788489 913752